

John Irving
AVENIDA
DE LOS MISTERIOS



Lectulandia

Juan Diego, un maduro y exitoso escritor de origen mexicano que reside en Iowa, acepta una invitación a viajar a Filipinas para hablar de sus novelas. En el curso del viaje, lleno de peripecias y mujeres insinuantes, sus sueños y recuerdos, no se sabe si por efecto (o falta) de la medicación que debe tomar, le retrotraen a su infancia: Juan Diego fue uno de los llamados «niños de la basura», crecido en un inmenso vertedero de Oaxaca. Si él leía con pasión los libros que rescataba entre la inmundicia, a su vez su hermanastra Lupe, una niña muy peculiar, era capaz de leer peligrosamente la mente de quienes la rodeaban y entrever su futuro. Hijos de una prostituta, ambos sobrevivieron gracias a la protección de uno de los capos del vertedero, hasta que, cuando Juan Diego tenía ya catorce años, sufrió un accidente que cambió su destino para siempre.

Lectulandia

John Irving

Avenida de los Misterios

ePub r1.0

Titivillus 04.08.16

Título original: *Avenue of Mysteries*

John Irving, 2015

Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Martin Bell y Mary Ellen Mark. Lo que empezamos juntos,
terminémoslo juntos.
También para Minnie Domingo y Rick Dancel, y su hija, Nicole Dancel,
por enseñarme las Filipinas.
Y para mi hijo Everett, mi intérprete en México, y Karina Juárez, nuestra
guía en Oaxaca: dos abrazos muy fuertes.

... que siempre acaba el caminar cuando te encuentra el amor.

William Shakespeare,
Noche de Reyes

1

Niños Perdidos

De vez en cuando, Juan Diego recalcaba: «Soy mexicano; nací en México, me crié allí». Desde hacía algún tiempo tenía por costumbre decir: «Soy estadounidense; he vivido cuarenta años en Estados Unidos». O, intentando quitar hierro a la cuestión de la nacionalidad, Juan Diego se complacía en decir: «Soy del Medio Oeste; de hecho, soy de Iowa».

Nunca decía que era mexicano-estadounidense. No era sólo porque la etiqueta le desagradase, aunque la veía como tal y realmente le desagradaba. Lo que Juan Diego creía era que la gente siempre andaba buscando elementos comunes en la experiencia mexicano-estadounidense, y él no encontraba que hubiese una base común entre su propia experiencia y la de los demás; para ser más sinceros, no la buscaba.

Lo que Juan Diego decía era que él tenía dos vidas, dos vidas desligadas y claramente diferenciadas. La experiencia mexicana —su niñez e incipiente adolescencia— era su primera vida. Al abandonar México —nunca había vuelto— inició una segunda vida: la experiencia en Estados Unidos o en el Medio Oeste. (¿O acaso estaba diciendo también que, en términos relativos, lo que su segunda vida le había deparado no era gran cosa?)

Lo que Juan Diego siempre sostenía era que, en su cabeza —en su memoria, desde luego, pero también en sus sueños—, vivía y revivía sus dos vidas en «camino paralelos».

Una querida amiga de Juan Diego —también era su médico— se tomaba a risa eso de los supuestos caminos paralelos. Le aseguraba que era, en todo momento, un niño de México o un adulto de Iowa. Aunque a Juan Diego le gustaba la controversia, en eso daba la razón a su amiga.

Antes de que los betabloqueantes empezaran a alterarle los sueños, Juan Diego le contó a su amiga médico que solía despertarse a causa de la «más leve» de sus recurrentes pesadillas. La pesadilla que tenía en mente era, en realidad, un recuerdo de la formativa mañana en que se quedó cojo. A decir verdad, sólo el principio de la pesadilla o recuerdo era «leve», y el origen de ese episodio sucedió en Oaxaca, México —en la barriada cercana al vertedero de la ciudad, en 1970—, cuando Juan Diego tenía catorce años.

En Oaxaca, él era lo que llamaban un ‘niño de la basura’^[1]; vivía en una chabola de Guerrero, el suburbio ocupado por las familias que trabajaban en el ‘basurero’. En 1970 sólo vivían en Guerrero diez familias. Por aquel entonces, la ciudad de Oaxaca tenía unos cien mil habitantes; muchos de ellos no sabían que quienes llevaban a cabo las labores de criba y clasificación en el ‘basurero’ eran principalmente los niños de la basura. La tarea de esos chiquillos consistía en separar el cristal, el aluminio y el

cobre.

Quienes sabían a qué se dedicaban los niños de la basura los llamaban ‘pepenadores’: «rebuscadores». Eso era Juan Diego a los catorce años: un niño de la basura, un rebuscador. Pero también era un lector; corrió la voz de que un ‘niño de la basura’ había aprendido a leer por su cuenta. Los niños de la basura no eran, por regla general, grandes lectores, y los jóvenes lectores de cualquier origen o extracción casi nunca son autodidactas. Por eso corrió la voz, y así fue como los jesuitas, que concedían gran importancia a la educación, oyeron hablar de ese muchacho de Guerrero. Los dos viejos sacerdotes jesuitas del Templo de la Compañía de Jesús se referían a Juan Diego como el «lector del basurero».

«Alguien debería llevarle un buen libro o dos al lector del basurero... ¡A saber qué lecturas se encuentra ese muchacho en el ‘basurero’!», decían el padre Alfonso o el padre Octavio. Cada vez que uno de esos dos viejos sacerdotes decía «alguien debería» hacer tal o cual cosa, siempre era el hermano Pepe quien lo llevaba a cabo. Y Pepe era un gran lector.

Para empezar, el hermano Pepe tenía coche y, como él era natural de Ciudad de México, circular por Oaxaca le resultaba fácil en comparación. Pepe daba clases en el colegio de los jesuitas, una reputada escuela desde hacía mucho tiempo (todo el mundo sabía que la gestión académica era uno de los puntos fuertes de la Compañía de Jesús). El orfanato jesuita, en cambio, era relativamente nuevo (hacía menos de diez años que habían reformado el antiguo convento para transformarlo en orfanato), y no todos veían con buenos ojos el nombre que se le había dado; para algunos, Hogar de los Niños Perdidos era un nombre largo y sonaba un poco severo.

Pero el hermano Pepe había puesto todo su corazón tanto en el colegio como en el orfanato; con el paso del tiempo, la mayoría de aquellas almas sensibles a quienes «Hogar de los Niños Perdidos» no les «sonaba» bien reconocerían sin reservas que los jesuitas regentaban también un orfanato más que aceptable. Además, todo el mundo había abreviado ya el nombre del establecimiento: la gente lo llamaba «Niños Perdidos». Una de las monjas que cuidaban de los niños no se andaba con tantas contemplaciones al respecto; en honor a la verdad, hay que admitir que la hermana Gloria debía de estar refiriéndose a un par de niños díscolos, no a todos los huérfanos, cuando alguna que otra vez decía entre dientes ‘los perdidos’; seguramente «los perdidos» era un apelativo que la vieja monja dirigía sólo a unos cuantos de los niños más exasperantes.

Por suerte, no era la hermana Gloria quien llevaba los libros al ‘basurero’ para el joven lector del vertedero; si Gloria hubiese elegido los libros y hubiese sido quien se los entregaba, la historia de Juan Diego quizás hubiera terminado antes de empezar. Pero el hermano Pepe tenía la lectura en un pedestal; era jesuita porque los jesuitas lo habían convertido en lector y le habían dado a conocer a Jesús, no necesariamente en ese orden. Era mejor no preguntar a Pepe qué lo había salvado, si la lectura o Jesús, o qué lo había salvado más.

A sus cuarenta y cinco años era obeso; una «figura de aspecto querúbico, aunque no un ser celestial», así era como el propio hermano Pepe se describía.

Pepe era la bondad personificada. Encarnaba el conocido mantra de santa Teresa de Ávila: «De devociones absurdas y santos amargados, líbranos, Señor». Asignaba un lugar preferente entre sus oraciones diarias a esa sagrada máxima de la santa. No es de extrañar que los niños lo adoraran.

Pero el hermano Pepe nunca había estado en el ‘basurero’ de Oaxaca. Por aquel entonces quemaban en el vertedero cuanto podían; había hogueras por doquier. (Los libros eran yesca útil.) Cuando Pepe se apeó de su Volkswagen escarabajo, el olor del ‘basurero’ y el calor de las hogueras coincidieron con la imagen que se había formado del Infierno; sólo que esa imagen no incluía niños trabajando.

En el asiento trasero del pequeño Volkswagen llevaba unos cuantos libros muy buenos; los buenos libros eran la mejor protección contra el mal que Pepe había tenido en sus manos: no era posible tener en las manos la fe en Jesús, no de la misma manera que se podía tener un buen libro.

—Busco al lector —dijo Pepe a los trabajadores del vertedero, tanto a los adultos como a los niños. Los ‘pepenadores’, los rebuscadores, dirigieron a Pepe una mirada rebotante de desprecio. Saltaba a la vista que no atribuían valor a la lectura. Habló primero uno de los adultos, una mujer, quizá de la edad de Pepe o un poco más joven, probablemente madre de uno o más rebuscadores. Indicó a Pepe que encontraría a Juan Diego en Guerrero, en la chabola del ‘jefe’.

El hermano Pepe se quedó desconcertado; quizás había entendido mal a esa mujer. El ‘jefe’ era el responsable del vertedero; estaba al frente del ‘basurero’. ¿Acaso era el lector hijo del ‘jefe’?, le preguntó Pepe a la trabajadora.

Varios niños de la basura se echaron a reír; al cabo de un momento volvieron la cabeza. Los adultos no le veían la gracia y la mujer se limitó a decir: «No exactamente». Señaló en dirección a Guerrero, que se hallaba enclavado en una ladera por debajo del ‘basurero’. Las chabolas del suburbio se componían de materiales que los trabajadores habían recogido en el vertedero, y la del ‘jefe’ era la que se hallaba en la periferia del suburbio, en el límite más cercano al vertedero.

Columnas negras de humo se elevaban desde el ‘basurero’, pilares de negrura que llegaban hasta el cielo. Los buitres lo sobrevolaban en círculo, pero Pepe vio carroñeros tanto arriba como abajo; en el ‘basurero’ había perros por todas partes, circundando los fuegos eternos y cediendo terreno de mala gana ante los hombres que llegaban en furgoneta, pero ante casi nadie más. Causaba desazón ver a los niños en compañía de los perros, porque unos y otros rebuscaban en la basura..., aunque no en pos de las mismas cosas. (Los perros no estaban interesados en el cristal ni en el aluminio ni en el cobre.) Los perros de vertedero eran, en su mayor parte, vagabundos, claro, y algunos estaban a las puertas de la muerte.

Pepe no se quedaría en el ‘basurero’ el tiempo suficiente para descubrir la presencia de los perros muertos, ni para ver qué era de ellos: los quemaban, pero no

siempre antes de que los localizaran los buitres.

Pepe se topó con más perros cuesta abajo, en Guerrero. A esos otros perros los habían adoptado las familias que trabajaban en el 'basurero' y vivían en el suburbio. Pepe tuvo la impresión de que los perros de Guerrero estaban mejor alimentados que los del vertedero, y de que tenían un comportamiento más territorial. Se parecían más a los perros de cualquier barrio; eran más nerviosos y agresivos que los perros del vertedero, proclives éstos a escabullirse de una manera vil o furtiva, si bien los perros del vertedero tenían su propia forma, más artera, de defender el territorio.

No convenía que te mordiera un perro en el 'basurero', o en Guerrero, a ese respecto Pepe apenas albergaba la menor duda. Al fin y al cabo, la mayoría de los perros de Guerrero procedían del vertedero.

El hermano Pepe llevaba a los chicos enfermos de Niños Perdidos a la consulta del doctor Vargas, en el hospital de la Cruz Roja, sito en la calle de Armenta y López; Vargas atendía prioritariamente a los niños del orfanato y a los niños de la basura. El doctor Vargas le había dicho a Pepe que los mayores peligros a los que se exponían los niños que rebuscaban en el 'basurero' eran los perros y las agujas; al vertedero llegaban numerosas jeringuillas desechadas con las agujas usadas. Un 'niño de la basura' podía pincharse fácilmente con una aguja vieja.

—La hepatitis B o C, el tétanos, además de cualquier forma de infección bacteriana imaginable —le explicó el doctor Vargas a Pepe.

—Y un perro del 'basurero', o cualquier perro de Guerrero, podría tener la rabia —había observado el hermano Pepe.

—A los niños de la basura, si los muerde uno de esos perros, sólo hay que vacunarlos contra la rabia, basta con eso —explicó Vargas—. Pero los niños de la basura les tienen un miedo exagerado a las agujas. Tienen miedo a las agujas viejas, y hacen bien en tenérselo, ¡pero por eso mismo les dan miedo las inyecciones! Si los muerden los perros, esos niños de la basura les tienen más miedo a las inyecciones que a la rabia, y eso no conviene. —Vargas era buena persona, en opinión de Pepe, pese a ser un hombre de ciencia, no un creyente. (Pepe sabía que, desde el punto de vista espiritual, Vargas podía ponerlo a uno a prueba.)

Pepe estaba pensando en el riesgo de contraer la rabia cuando se apeó de su Volkswagen escarabajo en Guerrero y se acercó a la chabola del 'jefe'; sostenía firmemente entre sus brazos los buenos libros que llevaba para el lector del basurero y recelaba de todos aquellos perros ladrones y en apariencia hostiles.

—¡'Hola'! —saludó a voz en cuello el orondo jesuita ante la puerta mosquitera de la chabola—. Traigo unos libros para Juan Diego, el lector... ¡Buenos libros!

Dio un paso atrás al oír un feroz gruñido en el interior de la chabola del 'jefe'.

La trabajadora del 'basurero' le había dicho algo sobre el responsable del vertedero: el 'jefe' en persona. Lo había llamado por su apellido. «Reconocerá a Rivera sin mayor problema», había dicho la mujer a Pepe. «Su perro es el que da más miedo.»

Pero a través de la mosquitera de la chabola el hermano Pepe no veía al perro que le gruñía tan ferozmente. Dio un segundo paso atrás apartándose de la puerta, que de pronto se abrió y dejó a la vista no a Rivera ni a nadie mínimamente parecido a un jefe de vertedero; la persona pequeña pero ceñuda encuadrada en el umbral de la puerta de la chabola del ‘jefe’ tampoco era Juan Diego, sino una niña de ojos oscuros y aspecto montaraz: la hermana menor del lector del basurero, Lupe, que tenía trece años. El lenguaje de Lupe era incomprensible, lo que salía de su boca ni siquiera parecía español. Sólo Juan Diego la entendía; él era el traductor de su hermana, su intérprete. Y esa habla extraña de Lupe no era su rasgo más misterioso; la niña, además, leía la mente. Lupe sabía qué pensaba una persona; en ocasiones, incluso sabía otras cosas acerca de esa persona.

—¡Es un hombre con un montón de libros! —anunció Lupe a gritos hacia el interior de la chabola, y desencadenó una andanada de discordantes ladridos en aquel perro ingrato al oído pero oculto a la vista—. Es un jesuita, y profesor, uno de esos santurriones de Niños Perdidos. —Lupe guardó silencio por un momento para leerle el pensamiento al hermano Pepe, que se hallaba en un estado de ligera confusión; Pepe no había entendido una sola palabra de lo que había dicho la niña—. Piensa que soy retrasada. Le preocupa que el orfanato no me acepte: ¡los jesuitas darían por supuesto que soy ineducable! —explicó Lupe a Juan Diego.

—¡No es retrasada! —exclamó el muchacho desde algún lugar en el interior de la chabola—. ¡Lo entiende todo!

—Supongo que es a tu hermano a quien busco, ¿no? —preguntó el jesuita a la niña. Pepe le sonrió y ella asintió; Lupe vio que Pepe sudaba en su hercúleo esfuerzo por sostener todos aquellos libros.

—Este jesuita es simpático, sólo que le sobran unos kilos —explicó la niña a Juan Diego.

Volvió a entrar en la chabola y mantuvo la mosquitera abierta para franquear el paso al hermano Pepe, que entró con cautela; buscó por todas partes al perro gruñidor pero invisible.

El muchacho, el lector del basurero en persona, apenas era algo más visible. Las estanterías en torno a él se veían mejor acabadas que las de otros sitios, como también la propia chabola; obra del ‘jefe’, supuso Pepe. El joven lector tenía poca pinta de carpintero. Juan Diego era un muchacho de apariencia soñadora, como tantos lectores adolescentes pero serios; el muchacho, además, era pintiparado a su hermana, y los dos le recordaban a alguien. A la sazón el jesuita, sudoroso, no logró identificar a ese «alguien».

—Los dos nos parecemos a nuestra madre —informó Lupe, puesto que conocía los pensamientos del visitante.

Juan Diego, que yacía en un sofá desvencijado con un libro abierto sobre el pecho, esta vez no tradujo a Lupe; el joven lector decidió dejar al docente jesuita en la ignorancia acerca de lo que había dicho su clarividente hermana.

—¿Qué lees? —preguntó Pepe al muchacho.

—Historia local..., historia de la Iglesia, podríamos llamarlo —respondió Juan Diego.

—Es un libro aburrido —comentó Lupe.

—Lupe dice que es aburrido... y supongo que sí es un poco aburrido —coincidió el muchacho.

—¿Lupe también lee? —preguntó el hermano Pepe.

Junto al sofá había un tablero de contrachapado en perfecto equilibrio sobre dos cajas de naranjas: una mesa improvisada, pero más que aceptable. Pepe dejó allí su pesado cargamento de libros.

—Le leo yo, todo —dijo Juan Diego al docente. El muchacho sostuvo en alto el libro que estaba leyendo—. Aquí cuentan que ustedes llegaron los terceros, ustedes los jesuitas —explicó Juan Diego—. Los agustinos y los dominicos vinieron a Oaxaca antes que los jesuitas; ustedes llegaron a la ciudad los terceros. Quizá por eso los jesuitas no pintan gran cosa en Oaxaca —prosiguió el muchacho. (Todo eso le resultó curiosamente familiar al hermano Pepe.)

—Y la Virgen María eclipsa a Nuestra Señora de Guadalupe... María y Nuestra Señora de la Soledad no son justas con Guadalupe —empezó a farfullar Lupe, ininteligiblemente—. La Virgen de la Soledad es toda una heroína local en Oaxaca: ¡la Virgen de la Soledad y el absurdo cuento del ‘burro’! Nuestra Señora de la Soledad también es injusta con Guadalupe. ¡Yo soy una niña de Guadalupe! —dijo Lupe y se señaló. Aquello parecía enrabiarla.

El hermano Pepe miró a Juan Diego, que parecía harto de las guerras de vírgenes, pero el muchacho lo tradujo todo.

—¡Yo conozco ese libro! —exclamó Pepe.

—¡Vaya, no me extraña! ¡Es uno de los suyos! —dijo Juan Diego; entregó a Pepe el libro que estaba leyendo.

El viejo libro despedía un fuerte olor a ‘basurero’, y algunas hojas parecían chamuscadas. Era uno de esos mamotretos académicos, textos eruditos católicos que casi nadie leía. El libro procedía de la biblioteca de los propios jesuitas en el antiguo convento, ahora el Hogar de los Niños Perdidos. Muchos de los libros viejos e ilegibles habían sido enviados al vertedero cuando se reformó el convento a fin de acomodar a los huérfanos y dejar libre el espacio de las estanterías para el colegio jesuita.

Sin duda, el padre Alfonso o el padre Octavio habían decidido qué libros debían destinarse al ‘basurero’ y cuáles valía la pena guardar. Tal vez eso de que los jesuitas llegaron a Oaxaca en tercer lugar no había complacido a los dos viejos sacerdotes; además, el libro probablemente era obra de un agustino o un dominico —no de un jesuita—, lo cual, por sí solo, podría haberlo condenado a los fuegos eternos del ‘basurero’. (Los jesuitas concedían en efecto gran importancia a la educación, pero nadie había dicho jamás que no fueran competitivos.)

—Te he traído unos cuantos libros que son más amenos —anunció Pepe a Juan Diego—. Unas cuantas novelas, buena narrativa..., ya sabes, literatura —añadió el docente con tono alentador.

—No sé qué opinión me merece la «literatura» —dijo Lupe, recelosa, a sus trece años—. No toda la narrativa es tan buena como la pintan.

—No empieces con eso —le advirtió Juan Diego—. Sencillamente aún no eras lo bastante madura para el cuento del perro.

—¿Qué cuento del perro? —quiso saber el hermano Pepe.

—No pregunte —atajó el muchacho, pero ya era demasiado tarde; Lupe buscaba algo a tientas, trasteaba entre los libros de los estantes. Había libros por todas partes, salvados de la quema.

—El de ese ruso —decía la niña de apariencia tan vehemente.

—¿Ha dicho «ruso»? No leerás en ruso, ¿verdad? —preguntó Pepe a Juan Diego.

—No, no; se refiere al autor. El autor es ruso —explicó el muchacho.

—¿Cómo es que la entiendes? —preguntó Pepe—. A veces ni siquiera sé muy bien si eso que habla es español...

—¡Claro que es español! —exclamó la niña; había encontrado el libro causante de sus dudas sobre la narrativa, sobre la literatura. Se lo entregó al hermano Pepe.

—El lenguaje de Lupe sólo es un poco distinto —decía Juan Diego—. Yo sí lo entiendo.

—Ah, ese ruso —dijo Pepe. El libro era una colección de relatos de Chéjov, *La dama del perrito y otros cuentos*.

—No trata del perro ni mucho menos —se quejó Lupe—. Trata de personas que, sin estar casadas entre sí, tienen sexo.

Juan Diego, por supuesto, lo tradujo.

—A Lupe sólo le interesan los perros —dijo el muchacho a Pepe—. Le advertí que no era lo bastante madura para ese cuento.

Pepe no tenía muy presente el argumento de *La dama del perrito*; no se acordaba ni remotamente del perro, eso por descontado. Era un relato sobre una relación ilícita, sólo eso acudía a su memoria.

—No estoy muy seguro de que sea una lectura apropiada para chicos de vuestra edad —dijo el docente jesuita y dejó escapar una risa incómoda.

Fue entonces cuando Pepe cayó en la cuenta de que aquello era una traducción al inglés de los relatos de Chéjov, una edición norteamericana; se había publicado en la década de 1940.

—¡Pero si esto está en inglés! —exclamó el hermano Pepe—. ¿Entiendes el inglés? —preguntó a la niña de aspecto incivilizado—. ¿Sabes leer también en inglés? —preguntó el jesuita al lector del basurero.

Tanto el muchacho como su hermana menor se encogieron de hombros. ¿Dónde he visto yo antes ese gesto?, pensó Pepe.

—En nuestra madre —contestó Lupe, pero Pepe no la entendió.

—¿A qué viene ahora nuestra madre? —preguntó Juan Diego a su hermana.

—Él se preguntaba de qué le suena nuestra manera de encogernos de hombros —contestó Lupe.

—También has aprendido a leer en inglés por tu cuenta —le dijo Pepe lentamente al muchacho; de pronto, la niña le puso los pelos de punta sin saber por qué.

—El inglés sólo es un poco distinto, y lo entiendo —contestó el muchacho, como si hablara aún de su capacidad para interpretar el extraño lenguaje de su hermana.

A Pepe le bullía la cabeza. Aquéllos eran niños extraordinarios: el muchacho era capaz de leer cualquier cosa; quizá no existía nada que escapara a su comprensión. Y la niña, bueno, lo suyo era distinto. Conseguir que llegara a hablar con normalidad sería todo un reto. Aun así, ¿no eran ellos, esos niños de la basura, precisamente la clase de alumnos superdotados que buscaba el colegio jesuita? ¿Y no decía la trabajadora del ‘basurero’ que Rivera, el ‘jefe’, no era «exactamente» el padre del joven lector? ¿Quién era entonces su padre, y dónde estaba? Además no había ni rastro de la madre, no en aquella chabola descuidada, pensaba Pepe. La carpintería no estaba mal, pero todo lo demás presentaba un aspecto deplorable.

—Dile que no somos Niños Perdidos... ¿Acaso no nos ha encontrado? —dijo de repente Lupe a su talentado hermano—. Dile que no somos carne de orfanato. Yo no necesito hablar con normalidad... Tú me entiendes perfectamente —dijo la niña a Juan Diego—. Dile que tenemos madre... ¡Seguramente ya la conoce! —exclamó Lupe—. Dile que Rivera es como un padre, sólo que mejor. ¡Dile que el ‘jefe’ es mejor que cualquier padre!

—¡Más despacio, Lupe! —instó Juan Diego—. No puedo decírselo todo si no hablas más despacio. —Eran demasiadas cosas para contárselas al hermano Pepe, empezando por la circunstancia de que Pepe seguramente ya conocía a la madre de los niños de la basura: por las noches, ella trabajaba en la calle Zaragoza, pero también trabajaba para los jesuitas, era su principal mujer de la limpieza.

De su trabajo nocturno en la calle Zaragoza se desprendía que la madre de los niños de la basura era muy posiblemente prostituta, y el hermano Pepe, en efecto, sí la conocía. Esperanza era la mejor mujer de la limpieza de los jesuitas; no cabía duda de dónde habían sacado los niños esos ojos oscuros y ese gesto de despreocupación suyo, aunque el origen del don del muchacho para la lectura no estaba claro.

Le resultó revelador que el muchacho, al referirse a Rivera, el ‘jefe’, como posible padre, no utilizase la locución «no exactamente». Según la formulación elegida por Juan Diego, el responsable del vertedero «probablemente no» era su padre, aunque Rivera sí «podía ser» el padre del muchacho: incorporaba la idea de «quizá»; así fue como Juan Diego lo expresó. En cuanto a Lupe, el ‘jefe’ no era su padre, «categóricamente no». Su impresión era que tenía «muchos» padres, «demasiados padres para nombrarlos», pero el muchacho decidió en el acto prescindir de esa imposibilidad biológica. Se limitó a decir que Rivera y su madre «ya no estaban juntos en ese sentido» cuando Esperanza se quedó embarazada de

Lupe.

De forma bastante extensa pero sosegada expuso el lector del basurero sus impresiones, las suyas y las de Lupe, en cuanto al responsable del vertedero, que era «como un padre, sólo que mejor», y aclaró que ellos, los niños de la basura, se consideraban parte de un hogar. Juan Diego, haciéndose eco de las palabras de Lupe, declaró que ellos no eran «carne de orfanato». Adornándolo un poco, Juan Diego lo expresó así: «No somos Niños Perdidos en el presente ni en el futuro. Nuestro hogar está aquí, en Guerrero. ¡Tenemos trabajo en el basurero!».

Pero esto le suscitó una duda al hermano Pepe: ¿Por qué esos niños no estaban trabajando en el ‘basurero’ junto con los ‘pepenadores’? ¿Por qué no estaban Lupe y Juan Diego allí fuera «rebuscando» con los otros niños de la basura? ¿Se los trataba mejor o peor que a los niños de las otras familias que trabajaban en el ‘basurero’ y vivían en Guerrero?

—Mejor y a la vez peor —dijo Juan Diego al docente jesuita sin vacilar. El hermano Pepe recordó el desprecio de los otros niños del vertedero por la lectura, y sólo Dios sabía qué pensaban esos pequeños rebuscadores de la niña ininteligible de aspecto incivilizado que a Pepe le ponía los pelos de punta.

—Rivera no nos deja salir de la chabola si no es con él —explicó Lupe.

Juan Diego no sólo tradujo sus palabras, se explayó sobre ese detalle.

Rivera los protegía de verdad, dijo el muchacho a Pepe. El ‘jefe’ era «como» un padre y a la vez «mejor» que un padre, porque mantenía a los niños de la basura y además velaba por ellos.

—Y nunca nos pega —lo interrumpió Lupe; Juan Diego también tradujo esto prestamente.

—Ya veo —dijo el hermano Pepe. Pero apenas estaba empezando a ver cuál era la situación de los dos hermanos: en efecto, la situación era mejor que la de muchos de los niños dedicados a separar todo aquello que cribaban y clasificaban en el ‘basurero’. Y también era peor, porque Lupe y Juan Diego eran blanco del resentimiento de los rebuscadores y sus familias en Guerrero. Por más que esos dos niños de la basura contaran con la protección de Rivera (razón por la cual eran blanco del resentimiento de los demás), el ‘jefe’ no era «exactamente» su padre. Y su madre, que de noche trabajaba en la calle Zaragoza, era una prostituta que en realidad no vivía en Guerrero.

En todas partes existe un orden jerárquico, pensó tristemente el hermano Pepe.

—¿Qué es un orden jerárquico? —preguntó Lupe a su hermano. (Pepe empezaba a darse cuenta ya de que la niña le leía el pensamiento.)

—Orden jerárquico es que los otros ‘niños de la basura’ se sienten superiores a nosotros —dijo Juan Diego a Lupe.

—Eso mismo —convino Pepe con cierta inquietud. Allí estaba él, que había ido a conocer al lector del basurero, el legendario muchacho de Guerrero, y le llevaba buenos libros como correspondía a un buen profesor..., y de repente se encontraba

con que era él, Pepe, el jesuita en persona, quien tenía mucho que aprender.

Fue entonces cuando el perro quejicoso pero invisible se dejó ver, si es que de verdad era un perro. La escurridiza e insignificante criatura salió a rastras de debajo del sofá: más roedor que cánido, pensó Pepe.

—Se llama *Blanco Sucio*... ¡Y es un perro, no una rata! —replicó Lupe, indignada, al hermano Pepe.

Juan Diego aclaró este comentario, pero añadió:

—*Blanco Sucio* es un sucio cobardica... y un ingrato.

—¡Lo salvé de la muerte! —exclamó Lupe.

Aun mientras avanzaba, apocado, hacia los brazos abiertos de la niña, el raquítico y contrahecho perro frunció involuntariamente los labios y enseñó los dientes afilados.

—Debería llamarse *Salvado de la Muerte*, no *Blanco Sucio* —dijo Juan Diego, y se echó a reír—. Mi hermana lo encontró con la cabeza atrapada en un cartón de leche.

—Es un cachorro. Se moría de hambre —protestó Lupe.

—*Blanco Sucio* todavía tiene hambre de algo —respondió Juan Diego.

—Para ya —instó su hermana; el cachorro se estremeció entre sus brazos.

Pepe intentó reprimir sus pensamientos, pero era más difícil de lo que imaginaba; decidió que prefería marcharse, aunque fuera de sopetón, antes que permitir que esa niña clarividente le leyera el pensamiento. Pepe no quería que aquella inocente de trece años supiera qué le pasaba en ese momento por la cabeza.

Puso en marcha su Volkswagen escarabajo. Cuando el docente jesuita se fue de Guerrero, no vio ni rastro de Rivera ni del perro «que más miedo daba». Las columnas de humo negro del 'basurero' se elevaban en torno a él, al igual que los pensamientos más negros de ese jesuita de buen corazón.

El padre Alfonso y el padre Octavio consideraban a la madre de Juan Diego y de Lupe —Esperanza, la prostituta— una «perdida». A juicio de los dos viejos sacerdotes, no había ninguna alma perdida que estuviera tan perdida como una prostituta; no existía en el género humano ni una miserable criatura tan extraviada como lo estaban esas mujeres. Los jesuitas tenían a su servicio a Esperanza como mujer de la limpieza en un intento, supuestamente santo, de salvarla.

Pero ¿acaso esos niños de la basura no necesitaban también la salvación?, se preguntó Pepe. ¿No se contaban los 'niños de la basura' entre los «perdidos», o no corrían el peligro de perderse en el futuro? ¿O de perderse aún más?

Cuando ese muchacho de Guerrero, convertido ya en un hombre adulto, se quejó a su doctora de los betabloqueantes, debería haber tenido a su lado al hermano Pepe; Pepe habría dado fe de los recuerdos de infancia de Juan Diego y de sus sueños más intensos. Incluso las pesadillas de aquel lector del basurero merecían conservarse, como bien sabía el hermano Pepe.

Cuando esos niños de la basura se acercaban a la adolescencia, el sueño más recurrente de Juan Diego no era una pesadilla. El muchacho soñaba a menudo que volaba... Bueno, no exactamente. Se trataba de una actividad aérea un tanto forzada y peculiar que tenía escaso parecido con el «vuelo». El sueño era siempre el mismo: una multitud de gente alzaba la vista; la muchedumbre veía a Juan Diego caminar por las alturas. Desde abajo —esto es, a nivel del suelo—, el muchacho, cabeza abajo, parecía estar caminando con sumo cuidado por el firmamento. (También daba la impresión de que iba contando para sí.)

Ese desplazamiento de Juan Diego por las alturas no tenía nada de espontáneo, no volaba libremente, como vuela un ave; carecía de la potente y rectilínea propulsión de un avión. Aun así, en ese sueño tan frecuente, Juan Diego sabía que estaba en el lugar que le correspondía. Desde su perspectiva en las alturas, cabeza abajo, veía los rostros tensos de la multitud vueltos hacia arriba.

Cuando le describía ese sueño a Lupe, el muchacho también le decía a su extraña hermana: «Llega un momento en la vida de toda persona en que debe soltar las manos, las dos manos». Lógicamente, eso no tenía sentido para una niña de trece años, ni lo tendría siquiera para una niña de trece años normal. La respuesta de Lupe era ininteligible incluso para Juan Diego.

Una vez, cuando le preguntó qué pensaba de ese sueño en el que él caminaba cabeza abajo por el firmamento, Lupe se mostró tan misteriosa como de costumbre, pero Juan Diego pudo comprender al menos sus palabras exactas.

—Es un sueño sobre el futuro —dijo la niña.

—El futuro ¿de quién? —preguntó Juan Diego.

—El tuyo no, espero —contestó su hermana, más misteriosamente todavía.

—¡Pero ese sueño me encanta! —había dicho el muchacho.

—Es un sueño de muerte —era lo único que añadiría Lupe.

Pero ahora era un hombre de cierta edad y, desde que tomaba betabloqueantes, ya no tenía ese sueño de la infancia, el sueño en que caminaba por las alturas, y Juan Diego tampoco conseguía revivir la pesadilla de esa lejana mañana en que se quedó cojo en Guerrero. El lector del basurero echaba de menos esa pesadilla.

Se había quejado a su médico. «¡Los betabloqueantes me bloquean los recuerdos!», exclamó Juan Diego. «Me están robando la infancia. ¡Me están robando los sueños!» Para su médico, toda esa histeria significaba sólo que Juan Diego echaba en falta el subidón que le provocaba la adrenalina. (Los betabloqueantes le gastaban, ciertamente, una mala pasada a la adrenalina.)

Su médico, que se llamaba Rosemary Stein, era una mujer con los pies en la tierra, amiga íntima de Juan Diego desde hacía veinte años; conocía de sobra lo que consideraba sus exageraciones histéricas.

La doctora Stein sabía muy bien por qué había recetado los betabloqueantes a Juan Diego; su querido amigo corría el riesgo de padecer un infarto. Él no sólo tenía

la presión arterial muy alta (170/100), sino que además estaba casi seguro de que su madre y uno de sus posibles padres habían muerto de un infarto; su madre, con toda certeza, a una edad temprana. Juan Diego no tenía escasez de adrenalina: la hormona vinculada a la reacción de lucha o huida que se libera en los momentos de estrés, miedo, tribulación y ansiedad escénica, así como durante un infarto. La adrenalina, además, desvía la sangre del intestino y las vísceras: la sangre pasa a los músculos, para que uno pueda correr. (Quizás un lector del basurero tiene más necesidad de adrenalina que la mayoría de las personas.)

Los betabloqueantes no previenen el infarto, le había explicado la doctora Stein a Juan Diego, pero esos fármacos sí bloquean los receptores de adrenalina en el organismo y protegen así el corazón del efecto potencialmente devastador de la adrenalina liberada durante un infarto.

—¿Dónde están mis condenados receptores de adrenalina? —había preguntado Juan Diego a la doctora Stein. («Doctora Rosemary», la llamaba él con cierta guasa.)

—En los pulmones, en los vasos sanguíneos, en el corazón..., casi en todas partes —había contestado ella—. La adrenalina acelera el ritmo cardiaco. La respiración se agita, el vello de los brazos se eriza, las pupilas se dilatan, los vasos sanguíneos se contraen..., y eso no es bueno si estás teniendo un infarto.

—¿Y qué puede ser bueno cuando uno está teniendo un infarto? —había preguntado Juan Diego. (Los niños de la basura son persistentes, son de esas personas testarudas.)

—Un corazón tranquilo y relajado, que lata despacio y no cada vez más deprisa —dijo la doctora Stein—. Un paciente tratado con betabloqueantes tiene el pulso lento; tu pulso no puede aumentar, pase lo que pase.

Bajar la presión arterial tenía sus consecuencias; un paciente tratado con betabloqueantes debía procurar no excederse con el alcohol, que aumenta la presión arterial, pero, en realidad, Juan Diego no bebía. (Bueno, sí, bebía cerveza, pero sólo cerveza..., y no demasiada, pensaba.) Y los betabloqueantes reducen la circulación de la sangre en las extremidades; uno nota las manos y los pies fríos. No obstante, Juan Diego no se quejaba de este efecto secundario; incluso le comentaba en broma a su amiga Rosemary que notar frío era un lujo para un niño de Oaxaca.

Algunos pacientes tratados con betabloqueantes se quejan de aletargamiento, tanto por la sensación de cansancio como por la menguada tolerancia al ejercicio físico, pero a Juan Diego, a su edad —tenía ya cincuenta y cuatro años—, ¿qué más le daba? Era cojo desde los catorce; renquear era su ejercicio. Llevaba cuarenta años renqueando, y con eso tenía más que suficiente. ¡Juan Diego ya no quería más ejercicio!

Deseaba sentirse más vivo, no tan «mermado»: ésa era la palabra que utilizaba para describir cómo se sentía por efecto de los betabloqueantes cuando hablaba con Rosemary de su escaso interés sexual. (Juan Diego no decía que era impotente; incluso con su doctora, la conversación empezaba, y terminaba, con la palabra

«mermado».)

—No sabía que tuvieras una relación sexual —dijo la doctora Stein; de hecho, le constaba que no la tenía.

—Mi querida doctora Rosemary —respondió Juan Diego—, si tuviera una relación sexual, creo que me sentiría mermado.

Ella le había dado una receta de Viagra —seis comprimidos al mes, cien miligramos— y le había dicho que experimentara.

—No esperes a conocer a alguien —advirtió Rosemary.

Él no había esperado; no había conocido a nadie, pero sí había experimentado. La doctora Stein le había extendido una nueva receta cada mes. «Quizá baste con media pastilla», le dijo Juan Diego después de sus «experimentos». Tenía guardados los comprimidos sobrantes. No se había quejado de ninguno de los efectos secundarios de la Viagra. Le permitía tener erecciones; podía tener orgasmos. ¿Qué más daba la congestión nasal?

Otro efecto secundario de los betabloqueantes es el insomnio, pero para Juan Diego eso no era nuevo ni lo inquietaba especialmente; yacer despierto en la oscuridad en compañía de sus demonios casi lo reconfortaba. Muchos de los demonios de Juan Diego habían sido compañeros de infancia suyos: los conocía muy bien, eran tan entrañables como los amigos.

Una sobredosis de betabloqueantes puede causar mareos, incluso desmayos, pero los mareos y los desmayos traían sin cuidado a Juan Diego. «Los cojos sabemos caer, para nosotros caer no es nada del otro mundo», dijo a la doctora Stein.

Así y todo, el motivo de su malestar, más aún que la disfunción eréctil, eran esos sueños deshilvanados; Juan Diego sostenía que ahora le resultaba imposible seguir la cronología de sus recuerdos y sus sueños. Detestaba los betabloqueantes porque, al alterar sus sueños, lo habían apartado de su infancia, y a él la infancia le importaba más de lo que aparentemente importaba la infancia a otros adultos; a la mayoría de los otros adultos, pensaba Juan Diego. Su infancia y las personas con quienes se había cruzado en ella —las que habían cambiado su vida, o sido testigos de lo que le había ocurrido en esa etapa crucial— eran lo que Juan Diego tenía en lugar de religión.

Pese a ser una amiga íntima, la doctora Rosemary Stein no lo sabía todo de Juan Diego; sabía muy poco de la infancia de su amigo. Es muy posible que la doctora Stein no alcanzara a ver por qué Juan Diego le hablaba —aparentemente sobre los betabloqueantes— con una aspereza impropia de él. «¡Créeme, Rosemary, si los betabloqueantes me hubieran quitado la religión, no vendría aquí a quejarme! ¡Por el contrario, te pediría que recetaras betabloqueantes a todo el mundo!»

Volvían a ser exageraciones histéricas de su vehemente amigo, pensaba la doctora Stein. Al fin y al cabo, Juan Diego se había quemado las manos rescatando libros del fuego, incluso libros de historia católica. Pero Rosemary Stein conocía sólo retazos de la vida de Juan Diego como niño de la basura; sabía más cosas de su amigo en la

edad madura. En realidad, no conocía al muchacho de Guerrero.

El Monstruo María

En 2010, el día después de Navidad descargó en la ciudad de Nueva York una tormenta de nieve. Al día siguiente, numerosos coches y taxis abandonados salpicaban las calles de Manhattan, aún sin limpiar. En Madison Avenue, cerca de la calle Sesenta y dos Este, había ardido un autobús; los neumáticos traseros, atascados en la nieve, se habían incendiado de tanto girar y el fuego había prendido en el autobús. Las cenizas de aquella carraca ennegrecida habían quedado esparcidas por la nieve.

Para los huéspedes de los hoteles de Central Park South, la vista de la inmaculada blancura del parque —y de las contadas familias con niños pequeños que tenían el valor de salir a jugar en la nieve recién caída— presentaba un extraño contraste con la total ausencia de tráfico rodado en las anchas avenidas y las calles más pequeñas. Aquella mañana teñida de un blanco intenso, incluso Columbus Circle estaba sobrecogedoramente vacío y silencioso; en un cruce por lo general muy transitado, como era el de la calle Cincuenta y nueve Oeste con la Séptima Avenida, no había un solo taxi en movimiento. Los únicos coches a la vista estaban encallados en la nieve, semienterrados.

El paisaje casi lunar que era Manhattan aquel lunes por la mañana indujo al conserje del hotel de Juan Diego a buscar ayuda especial para el discapacitado. Ése no era día para que un cojo parara un taxi o se arriesgara a montar en uno. El conserje había convencido a un servicio de alquiler de vehículos con conductor —no muy bueno— para que trasladara a Juan Diego a Queens, aunque las informaciones sobre si el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy estaba abierto o no eran contradictorias. En la televisión decían que el JFK estaba cerrado, y sin embargo el vuelo de Cathay Pacific con destino a Hong Kong que debía tomar Juan Diego salía en principio a su hora. El conserje, pese a sus muchas dudas al respecto —tenía la certeza de que el vuelo se retrasaría, eso si no se cancelaba—, había cedido a los ruegos de aquel huésped intranquilo y cojo. Juan Diego estaba cada vez más nervioso ante la perspectiva de no llegar al aeropuerto a tiempo, por más que no fuera a despegar, ni hubiera despegado, ningún vuelo después de la tormenta.

No era Hong Kong lo que le preocupaba; ése era un rodeo del que Juan Diego podía prescindir, pero un par de colegas suyos lo habían convencido de que no debía hacer el largo viaje hasta las Filipinas sin detenerse a ver Hong Kong en el camino. ¿Qué había allí para «ver»? se había preguntado Juan Diego. Si bien Juan Diego no entendía qué significaba en realidad «millas aéreas» (ni cómo se calculaban), sí comprendía que su vuelo de Cathay Pacific era gratuito; sus amigos lo habían convencido también de que la primera clase en Cathay Pacific era algo que debía experimentar, una cosa más que debía «ver», según parecía.

Juan Diego pensaba que todas esas atenciones de sus amigos se debían a su jubilación en el mundo de la docencia; ¿cómo se explicaba, si no, que sus colegas hubieran insistido en ayudarlo a organizar ese viaje? Pero existían otras razones. A pesar de que se jubilaba anticipadamente, era, en efecto, un «discapacitado», y sus amigos íntimos y colegas sabían que estaba medicándose por un problema cardíaco.

«¡No me jubilo del oficio de escritor!», les había asegurado. (Juan Diego había viajado a Nueva York en navidades por invitación de su editor.) «Únicamente» dejaba la docencia, dijo Juan Diego, aunque durante muchos años escribir y dar clases habían sido tareas inseparables; juntas, constituían toda su vida adulta. Y uno de sus ex alumnos de escritura creativa se había inmiscuido mucho en su viaje a las Filipinas, hasta el punto, pensaba ahora Juan Diego, de apropiárselo agresivamente. Ese ex alumno, Clark French, había convertido la «misión» de Juan Diego en Manila —pues Juan Diego pensaba en ella en esos términos desde hacía años— en la misión de «Clark». Los textos de Clark eran tan tajantes, o imperativos, como lo había sido su actitud con respecto al viaje de su ex profesor a las Filipinas, o esa impresión tenía Juan Diego.

Aun así, Juan Diego no había opuesto la menor resistencia a la ayuda bienintencionada de su ex alumno; no quería herir los sentimientos de Clark. Además, Juan Diego no se desenvolvía bien en los viajes y, por lo que había oído, las Filipinas podían ser un país complicado, incluso peligroso. Pecar por exceso en la planificación no estaría de más, había decidido.

A las primeras de cambio, ya tenía organizada una *tournee* por las Filipinas; su misión en Manila había dado pie a excursiones accesorias y engorrosas aventuras. Le preocupaba que el verdadero propósito de su visita a las Filipinas peligrara, por más que Clark French se hubiera apresurado a asegurar a su ex profesor que ese afán suyo de ayudarlo obedecía a su admiración por la noble causa que inspiraba (¡desde hacía tanto tiempo!) el viaje de Juan Diego.

En su incipiente adolescencia en Oaxaca, Juan Diego había conocido a un prófugo estadounidense; el joven había huido de Estados Unidos a fin de eludir el servicio militar durante la guerra de Vietnam. El padre del prófugo había sido uno de los miles de soldados norteamericanos caídos en las Filipinas durante la segunda guerra mundial, pero no en la Marcha de la Muerte de Bataán ni en la encarnizada batalla de Corregidor. (Juan Diego no siempre recordaba los detalles exactos.)

El prófugo norteamericano no quería morir en Vietnam; antes de morir, según le dijo el joven a Juan Diego, deseaba visitar el Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila, para presentar sus respetos a su padre caído. Pero el prófugo no sobrevivió a las penalidades de su huida a México; había muerto en Oaxaca. Juan Diego se había comprometido a visitar las Filipinas en representación del difunto prófugo; viajaría a Manila por él.

Aun así, Juan Diego ignoraba el nombre del joven norteamericano; el antibelicista había entablado amistad con Juan Diego y su hermana menor en apariencia retrasada,

Lupe, pero para ellos era, sencillamente, «el ‘gringo’ bueno». Los niños de la basura habían conocido al ‘gringo bueno’ antes de que Juan Diego se quedara cojo. Al principio, el joven norteamericano, encantador como era, no parecía predestinado a un final así, aunque Rivera lo había llamado «hippy del mezcal», y los niños de la basura conocían la opinión que tenía el ‘jefe’ de los hippies llegados a Oaxaca de Estados Unidos en aquellos tiempos.

El responsable del vertedero opinaba que los hippies del hongo eran «los memos»; con ello se refería a que buscaban algo que consideraban profundo, «algo tan ridículo», a juicio del ‘jefe’, «como la interconexión entre todas las cosas», pese a que, como los niños de la basura sabían, el propio ‘jefe’ era devoto de María.

En cuanto a los hippies del mezcal, Rivera sostenía que tenían más inteligencia, pero eran «los autodestructivos». Y los hippies del mezcal eran también los adictos a las prostitutas, o eso pensaba el responsable del vertedero. El ‘gringo’ bueno estaba «dejándose la vida en la calle Zaragoza», decía el ‘jefe’. Los niños de la basura esperaban que no fuese así; Lupe y Juan Diego adoraban al ‘gringo’ bueno. No querían que ese muchacho entrañable sucumbiera a causa de sus apetitos sexuales o de la embriagadora bebida espirituosa que se obtenía mediante la fermentación del jugo de ciertas especies de maguey.

«Es todo lo mismo», había dicho Rivera enigmáticamente a los niños de la basura. «En serio, no puede decirse que aquello con lo que se encuentra uno al final levante mucho la moral. Esas mujeres de mal vivir y el exceso de mezcal... ¡Al final es el pequeño gusano lo que tiene uno ante los ojos!»

Juan Diego sabía que el responsable del vertedero se refería al gusano que queda en el fondo de la botella de mezcal, pero Lupe aseguró que el ‘jefe’ también estaba pensando en su pene: en el aspecto que presentaba después de estar con una prostituta.

—Para ti, todos los hombres están pensando siempre en sus penes —reprochó Juan Diego a su hermana.

—Y siempre están pensando en sus penes, sí, todos —afirmó la telépata.

En cierto modo, ése era el punto más allá del cual Lupe no se permitía ya adorar al ‘gringo’ bueno. El malhadado americano había traspasado una línea imaginaria; la línea del «pene», quizás, aunque Lupe nunca lo habría expresado así.

Una noche, mientras el lector del basurero le leía en voz alta a Lupe, Rivera, que se encontraba con ellos en la chabola de Guerrero, escuchaba también. Quizás el responsable del vertedero estuviera construyendo otra estantería o hubiera algún problema con la barbacoa, y Rivera estaba arreglándolo; o a lo mejor se había pasado por allí sólo para ver si *Blanco Sucio* (alias «Salvado de la Muerte») había muerto.

El libro que Juan Diego leía esa noche era otro mamotreto académico desechado, un plúmbeo ejercicio de erudición enviado a la quema por uno u otro de aquellos dos viejos sacerdotes jesuitas, el padre Alfonso y el padre Octavio.

Ese texto académico en particular, que no se había leído, sí había sido escrito por

un jesuita, y el asunto era literario e histórico a la vez; a saber, un análisis del estudio de D.H. Lawrence sobre Thomas Hardy. Como el lector del basurero no había leído nada de Lawrence ni de Hardy, un análisis erudito del estudio de Lawrence sobre Hardy le habría resultado de difícil comprensión incluso en español. Y Juan Diego había elegido esa obra en particular porque estaba en inglés; deseaba practicar más la lectura en inglés, por más que su público, no precisamente cautivado (Lupe y Rivera y el desagradable perro, *Blanco Sucio*), tal vez lo habría entendido mejor en ‘español’.

Para mayor complicación, el fuego había devorado varias hojas del libro, y el fétido olor del ‘basurero’ se adhería aún al libro quemado; *Blanco Sucio* quiso olfatearlo repetidamente.

El responsable del vertedero no sentía más aprecio que Juan Diego por el perro salvado de la muerte por Lupe.

—Creo que a éste deberías haberlo dejado en el cartón de leche —se limitó a decir el ‘jefe’, pero Lupe, indignada, salió en defensa de *Blanco Sucio* (como siempre).

Y en ese preciso momento Juan Diego les leyó un fragmento irreproducible referido a la idea de alguien sobre la interrelación fundamental entre todos los seres.

—Un momento, un momento, alto ahí —interrumpió Rivera al lector del basurero—. ¿De quién es esa idea?

—Podría ser del tal Hardy; quizás es idea suya —aventuró Lupe—. O más probablemente de ese Lawrence; parece propia de él.

Cuando Juan Diego tradujo para Rivera la respuesta de Lupe, el ‘jefe’ coincidió de inmediato.

—O a lo mejor es idea de la persona que escribió el libro, quienquiera que sea —añadió el responsable del vertedero.

Lupe, con un gesto de asentimiento, confirmó que también eso podía ser. El libro era tedioso a la par que opaco; aparentemente se trataba de un puntilloso examen acerca de un tema que escapaba a toda descripción concreta.

—¿Qué «interrelación fundamental de todos los seres»? ¿Qué seres se supone que están relacionados? —exclamó el responsable del vertedero—. ¡Eso bien podría haberlo dicho un hippy del hongo!

El comentario arrancó una carcajada a Lupe, que rara vez reía. Poco después, Rivera y ella se estaban riendo juntos, lo cual era aún más raro. Juan Diego nunca olvidaría lo mucho que lo alegró oír reír a su hermana y al ‘jefe’ a la vez.

Y ahora, pasados tantos años —nada menos que cuarenta—, Juan Diego iba camino de las Filipinas, viaje que realizaba en honor del ‘gringo’ bueno sin nombre. Con todo, ni uno solo de sus amigos le había preguntado cómo se proponía presentar los respetos del prófugo muerto al soldado caído: el difunto padre, al igual que su hijo perdido, carecía de nombre. Por supuesto, todos esos amigos sabían que Juan Diego era novelista; quizás ese viaje del narrador en representación del ‘gringo bueno’ era

sólo simbólico.

En su juventud, el escritor había sido todo un viajero, y el estado de desorientación propio de cuando se viaja era un tema recurrente en sus primeras novelas, sobre todo en aquella sobre el circo ambientada en la India, aquella de título descomunal. Nadie había logrado disuadirlo de poner ese título, recordaba Juan Diego con afecto. *Una historia desencadenada por la Virgen María*: ¡vaya un título más farragoso y vaya una historia más larga y enrevesada! Quizá la más enrevesada de todas mis novelas, pensaba Juan Diego mientras el coche de alquiler, abriéndose paso por las calles nevadas y desiertas de Manhattan, avanzaba resueltamente hacia la autovía FDR. Era un todoterreno, y el chófer trataba con desdén a los otros vehículos y los otros conductores. Según el chófer, otros vehículos de la ciudad estaban mal equipados para la nieve, y los contados automóviles que estaban «casi correctamente» equipados llevaban «neumáticos inapropiados»; en cuanto a los otros conductores, no sabían conducir con nieve.

—¿Dónde te has creído que estás? ¿En la puta *Florida*? —vociferó el chófer por la ventanilla dirigiéndose a un automovilista que, tras derrapar, había quedado atascado y obstaculizaba el paso en una estrecha travesía.

Ya en la FDR Drive, un taxi había saltado por encima de la barrera de seguridad y había quedado hundido en un metro de nieve en el circuito de *footing* que discurría paralelo al río Este; el taxista intentaba desenterrar las ruedas posteriores, pero no con una pala sino con la rasqueta quita hielo.

—¿Tú de dónde eres, mamón? ¿Del puto México? —le gritó el chófer.

—Pues sí, soy mexicano —dijo Juan Diego al chófer.

—No me refería a usted, caballero; usted llegará al JFK a tiempo. Su problema es que va a tener que quedarse allí esperando —contestó el chófer, sin muy buenos modos—. No vuela nada, caballero, por si no se ha dado cuenta.

Juan Diego, en efecto, no se había dado cuenta de que no volaba ningún avión; él sólo pretendía estar en el aeropuerto preparado para salir cuando despegara su vuelo. La demora, si la había, le traía sin cuidado. Lo que se negaba a admitir era la posibilidad de perderse el viaje. «Detrás de cada viaje hay una razón», pensó de pronto sin saber por qué, y enseguida recordó que eso ya lo había escrito. Era una idea en la que había hecho hincapié en *Una historia desencadenada por la Virgen María*. Y ahora estoy aquí, viajando otra vez; siempre hay una razón, pensó.

«El pasado lo rodeaba como caras en medio de una multitud. Entre ellas había una que él conocía, pero ¿de quién era esa cara?» Por un momento, circundado por toda aquella nieve e intimidado por ese chófer tan ordinario, Juan Diego no recordó que también eso lo había escrito ya. Lo achacó a los betabloqueantes.

A todas luces, el chófer de Juan Diego era un hombre deslenguado y resentido, pero se conocía bien Jamaica, Queens, donde el antiguo lector del basurero vio una ancha avenida que le recordó a Periférico, una calle de Oaxaca dividida por las vías

del tren. Periférico era el lugar adonde el ‘jefe’ acostumbraba a llevar a los niños de la basura a comprar comida; por entonces, la fruta y la verdura más baratas, a punto de pudrirse, podían adquirirse en La Central, excepto en 1968, durante las revueltas estudiantiles, cuando los militares ocuparon La Central y el mercado se trasladó al zócalo, en el centro de Oaxaca.

Eso ocurrió cuando Juan Diego y Lupe contaban doce y once años y empezaron a familiarizarse con la zona de Oaxaca adyacente al zócalo. Las revueltas estudiantiles no duraron mucho; el mercado volvería a trasladarse a La Central y a Periférico (con su desolado puente peatonal por encima de las vías del tren). Aun así, el zócalo perduró en los corazones de los niños de la basura; se había convertido en su parte preferida de la ciudad. Los niños pasaban el máximo tiempo posible en el zócalo, lejos del vertedero.

¿Cómo no iban a estar interesados un niño y una niña de Guerrero en el centro de todo? ¿Cómo no iban a sentir curiosidad dos ‘niños de la basura’ por ver a los turistas de la ciudad? El vertedero no constaba en los planos turísticos. ¿Qué turista visitaría el ‘basurero’? Ante el mero tufo del vertedero, o el escozor en los ojos causado por las hogueras que ardían allí permanentemente, uno regresaría al zócalo a todo correr; de hecho, bastaría con una ojeada a los perros del vertedero (o a la manera en que los perros lo miraban a uno).

¿Era acaso de extrañar que —en torno a esas fechas, durante los disturbios estudiantiles de 1968, cuando los militares ocuparon La Central y los niños de la basura empezaron a rondar por el zócalo— Lupe, por entonces una niña de sólo once años, empezara a cultivar sus descabelladas y contradictorias obsesiones con las diversas vírgenes de Oaxaca? El hecho de que su hermano fuera el único capaz de entender su balbuceo impedía que Lupe pudiera mantener un diálogo coherente con adultos. Y por supuesto ésas eran vírgenes religiosas, vírgenes milagrosas, de las que exigían adeptos, y no sólo entre las niñas de once años.

¿Acaso no cabía esperar que Lupe, al principio, se sintiera atraída por esas vírgenes? (Lupe leía el pensamiento; no conocía en la vida real a nadie con ese don.) No obstante, ¿qué niño de la basura no recelaría un poco de los milagros? ¿Qué hacían esas vírgenes rivales para demostrar su valía aquí y ahora? ¿Habían obrado esas vírgenes milagrosas algún milagro en fecha reciente? ¿No era más que probable que Lupe desarrollara una actitud hipercrítica para con esas vírgenes tan cacareadas pero inoperantes?

En Oaxaca había una tienda de vírgenes; los niños de la basura la descubrieron en una de sus primeras incursiones en el zócalo y sus alrededores. Aquello era México: el país había sido invadido por los conquistadores españoles. ¿No llevaba años metida la Iglesia católica, siempre tan proclive al proselitismo, en el negocio de la venta de vírgenes? Antaño, Oaxaca había sido el centro de las civilizaciones mixteca y zapoteca. ¿Acaso no llevaban vendiendo vírgenes a la población indígena los españoles desde hacía siglos, desde la conquista, empezando por los agustinos y los

dominicos, seguidos en tercer lugar por los jesuitas? ¿Acaso no endilgaban todos ellos su Virgen María?

Ahora no sólo había que lidiar con María —o eso deducía Lupe de las muchas iglesias existentes en Oaxaca—, pero esas vírgenes en discordia no estaban expuestas tan chabacantemente en ninguna otra parte de la ciudad como podía encontrárselas (a la venta) en la tienda de vírgenes de la avenida de la Independencia. Allí había vírgenes de tamaño natural y vírgenes aún más grandes. Por nombrar sólo a tres de las que se hallaban representadas en diversas réplicas baratas y ramplonas por toda la tienda: María Madre, claro está, pero también Nuestra Señora de Guadalupe, y naturalmente Nuestra Señora de la Soledad. La Virgen de la Soledad era la virgen que Lupe tenía a menos por considerarla una simple «heroína local»: la muy denigrada Virgen de la Soledad y el «absurdo cuento del ‘burro’». (El ‘burro’, un asno pequeño, probablemente no tenía culpa de nada.)

La tienda de vírgenes también vendía versiones de tamaño natural (y más grandes) del Cristo en la Cruz; si uno tenía fuerzas suficientes, podía llevarse a casa un Jesucristo Sangrante gigantesco, pero el principal objetivo de la tienda de vírgenes, cuya actividad comercial en Oaxaca se remontaba a 1954, era surtir a la gente para la celebración de las ‘posadas’, los típicos festejos navideños de México.

De hecho, sólo los niños de la basura llamaban «tienda de vírgenes» a ese establecimiento de Independencia; todos los demás se referían a él como «tienda de los festejos navideños». El verdadero nombre de ese tétrico establecimiento era La Niña de las Posadas. La «Niña» en cuestión era la virgen que uno decidiera llevarse a casa, fuera cual fuese; obviamente, una de aquellas vírgenes de tamaño natural que allí vendían podía animar las posadas de la gente... desde luego más de lo que las animaría un Cristo agonizante en la cruz.

Pese a que Lupe se tomaba muy en serio a las vírgenes de Oaxaca, Juan Diego y ella se guaseaban del establecimiento de las posadas. «La Niña», como llamaban a veces los niños de la basura a la tienda de vírgenes, era el lugar adonde iban a reírse. Esas vírgenes que allí vendían no eran ni la mitad de realistas que las prostitutas de la calle Zaragoza; las vírgenes que podías llevarte a casa entraban más en la categoría de las muñecas sexuales hinchables. Y los jesusos sangrantes eran grotescos sin paliativos.

También existía un «orden jerárquico» (como habría dicho el hermano Pepe) entre las vírgenes expuestas en las distintas iglesias de Oaxaca; por desgracia, ese orden jerárquico y esas otras vírgenes sí afectaban a Lupe profundamente. La Iglesia católica contaba con sus propias tiendas de vírgenes en Oaxaca; para Lupe, esas otras vírgenes no daban risa.

Pongamos, por ejemplo, el «absurdo cuento del ‘burro’», y la aversión que Lupe sentía por la Virgen de la Soledad. La Basílica de Nuestra Señora de la Soledad era efectista —un engendro de puro relumbrón entre Morelos e Independencia—, y la primera vez que los niños de la basura la visitaron, impidió su acceso al altar un

vocinglero contingente de peregrinos, gente rústica (labriegos o recolectores de fruta, había supuesto Juan Diego), que no sólo oraban a gritos y grandes voces, sino que, además, con mucho alarde, se aproximaban de rodillas a la rutilante estatua de Nuestra Señora de la Soledad, casi a rastras por el pasillo central. Los peregrinos en oración provocaban el mismo rechazo en Lupe que la condición de heroína local que se atribuía a la Virgen de la Soledad, a la que llamaban de vez en cuando «santa patrona de Oaxaca».

Si el hermano Pepe hubiera estado presente, el bondadoso docente jesuita quizás habría prevenido a Lupe y a Juan Diego del riesgo de incurrir prejuiciosamente en su propio orden jerárquico: los niños de la basura tenían que sentirse superiores a alguien; en el pequeño suburbio de Guerrero, los ‘niños de la basura’ se creían superiores a la gente rústica. Por el comportamiento de los estridentes peregrinos en oración en la Basílica de la Virgen de la Soledad, y habida cuenta de su basta indumentaria de aldeanos, Juan Diego y Lupe no albergaron la menor duda: los niños de la basura eran, sin lugar a dudas, superiores a aquellos labriegos o recolectores de fruta arrodillados y gemebundos (o lo que quiera que fuese aquella patulea de gente rústica y tosca).

Lupe tampoco sentía el menor aprecio por el atuendo de la Virgen de la Soledad; su severo manto triangular era negro bordado en oro.

—Parece una reina malvada —dijo Lupe.

—Parece rica, querrás decir —corrigió Juan Diego.

—La Virgen de la Soledad no es de los nuestros —declaró Lupe. Quería decir que no era indígena. Quería decir que era española, o sea, «europea». (Quería decir «blanca».)

Según Lupe, la Virgen de la Soledad era «una cabeza de piñón de cara blanca vestida de tiros largos». También la sulfuraba que Guadalupe fuera una virgen de segunda en la Basílica de Nuestra Señora de la Soledad; el altar dedicado a Guadalupe estaba a la izquierda del pasillo central: un retrato mal iluminado de la Virgen morena (ni siquiera una estatua) era su único reconocimiento, y Nuestra Señora de Guadalupe sí era indígena; era nativa, india; era, como Lupe decía, «de los nuestros».

El hermano Pepe se habría asombrado de la gran cantidad de lectura de basurero que había devorado Juan Diego y lo atentamente que Lupe lo había escuchado. El padre Alfonso y el padre Octavio creían haber expurgado la biblioteca jesuita del material de lectura menos pertinente y más sedicioso, pero el joven lector del vertedero había rescatado muchos libros peligrosos de los fuegos eternos del ‘basurero’.

Las crónicas del adoctrinamiento católico de la población indígena mexicana no habían pasado inadvertidas; en las conquistas españolas, los jesuitas habían desempeñado la función de manipuladores psicológicos, y tanto Lupe como Juan Diego habían aprendido mucho de los conquistadores jesuíticos de la Iglesia católica,

apostólica y romana. Mientras que Juan Diego se había convertido inicialmente en lector del basurero con la intención de aprender a leer por su cuenta, Lupe había escuchado y asimilado: desde el principio, tenía la mira puesta en algo más concreto.

En la Basílica de la Virgen de la Soledad, una sala con suelo de mármol albergaba un retablo del cuento del ‘burro’: unos campesinos rezaban después de encontrar a un ‘burro’ solitario, sin dueño, que los siguió. El pequeño asno cargaba a lomos una caja alargada, semejante a un ataúd.

«Hasta el más tonto miraría enseguida dentro de la caja», comentaba siempre Lupe. No así aquellos campesinos cortos de alcances; no debía de llegarles oxígeno al cerebro por culpa de los sombreros charros. (Gente rústica del género bobo, en opinión de los niños de la basura.)

Existía —la hay aún— cierta controversia en torno al sino del ‘burro’. ¿Dejó de andar un día y se tumbó sin más ni más o, por el contrario, cayó muerto? En el emplazamiento donde el pequeño asno había parado de sopetón, o sencillamente había muerto, se erigió la Basílica de Nuestra Señora de la Soledad. Porque sólo entonces se les ocurrió a aquellos campesinos de pocas luces abrir la caja del ‘burro’. Contenía una estatua de la Virgen de la Soledad; inquietantemente, en el regazo de la Virgen de la Soledad descansaba una figura mucho más pequeña de Jesús, desnudo salvo por el pañete que le cubría las ingles.

«¿Qué hacía ahí un Jesús encogido?», preguntaba siempre Lupe. La disparidad de tamaño entre ambas figuras era lo más inquietante: la Virgen de la Soledad con un Jesús la mitad de grande. Y no era un Niño Jesús; era un Jesús con barba, sólo que de unas dimensiones anormalmente reducidas y sin más vestimenta que un pañete.

En opinión de Lupe, el ‘burro’ había sido «maltratado»; la Virgen de la Soledad con un Jesús semidesnudo la mitad de grande en el regazo era señal, para Lupe, de un «maltrato aún peor», y mejor ni hablar de esos campesinos «del género bobo» que no habían tenido la inteligencia de mirar en la caja ya de buen comienzo.

En resumidas cuentas, los niños de la basura consideraban a la santa patrona y virgen más jaleada de Oaxaca un engaño o una impostura; una «virgen de secta», llamaba Lupe a la Virgen de la Soledad. En cuanto a la proximidad entre la tienda de vírgenes de Independencia y la Basílica de Nuestra Señora de la Soledad, Lupe sólo decía: «Ya cuadra».

Lupe había escuchado muchos libros para adultos (aunque no siempre bien escritos); su habla podía ser incomprensible para todos excepto Juan Diego, pero su exposición al lenguaje —y, en virtud de los libros del ‘basurero’, a un vocabulario culto— estaba por encima de la que habría correspondido a su edad y su experiencia.

Contrariamente a los sentimientos que le inspiraba la Basílica de Nuestra Señora de la Soledad, Lupe consideraba la iglesia dominica de Alcalá una «hermosa extravagancia». Pese a haberse quejado del manto bordado en oro de la Virgen de la Soledad, le encantaba el techo dorado del Templo de Santo Domingo; no tenía queja sobre «lo muy barroco español» que era Santo Domingo, «lo muy europeo». Y a

Lupe le gustaba también el retablo de Guadalupe, con incrustaciones de oro: desde luego en Santo Domingo la Virgen María no eclipsaba a Nuestra Señora de Guadalupe.

Autoproclamada «niña de Guadalupe», Lupe se tomaba a mal que Guadalupe quedara eclipsada por el «Monstruo María». Lupe no sólo se refería a que María predominase en la «cuadra» de vírgenes de la Iglesia católica; a juicio de Lupe, la Virgen María era, además, «una virgen dominante».

Y eso recriminaba Lupe al Templo de la Compañía de Jesús, en la esquina de Magón con Trujano; en su Templo, los jesuitas presentaban a la Virgen María como atracción principal. Cuando uno entraba, captaban su atención la fuente de agua bendita —‘agua de san Ignacio de Loyola’— y un retrato del formidable san Ignacio en persona. (El santo miraba al Cielo en busca de orientación, tal como suele representárselo.)

En un acogedor rincón, después de dejar atrás la fuente de agua bendita, había una modesta pero encantadora capilla dedicada a Guadalupe; ocupaban un lugar destacado las palabras más célebres de la Virgen morena, expuestas en grandes letras que se veían fácilmente desde los bancos y los reclinatorios.

«¿‘No estoy aquí, que soy tu madre’?» Lupe rezaría allí, repitiendo incesantemente esa frase.

Sí, podría decirse que esa lealtad a la que Lupe se aferraba era poco natural; esa lealtad a una madre que era a su vez una figura virginal, sustituta de la verdadera madre de Lupe, una prostituta (y una mujer de la limpieza al servicio de los jesuitas), una mujer que no era gran cosa como madre para sus hijos, una madre a menudo ausente, que no vivía con Lupe y Juan Diego. Y Esperanza había dejado a Lupe sin padre, excepto por el responsable del vertedero, un sucedáneo de padre, y por la idea de Lupe de que era hija de un sinfín de padres.

Pero Nuestra Señora de Guadalupe despertaba una sincera veneración en Lupe a la vez que una acuciante duda; la duda surgía de la severidad con que la niña juzgaba a Guadalupe por lo que, según ella, era su «sometimiento» a la Virgen María, por su «complicidad» en consentir que María Madre se hiciese con el control.

Juan Diego no recordaba una sola experiencia lectora en el vertedero por la cual Lupe pudiera haber aprendido eso; a juicio del lector del basurero, Lupe creía en la Virgen morena y, al mismo tiempo, recelaba de ella por razones muy suyas. Ningún libro del ‘basurero’ había guiado a la telépata por ese atormentado camino.

Y por digno y correcto que fuese allí el culto a Nuestra Señora de Guadalupe —el templo de los jesuitas no faltaba al respeto a la Virgen morena en modo alguno—, la Virgen María acaparaba de forma incuestionable el protagonismo. La Virgen María imponía. La Madre Santa era enorme; el altar dedicado a María estaba en alto; la imagen de la Santísima Virgen era formidable. Un Jesús diminuto en comparación, sufriendo ya en la cruz, yacía sangrante a los grandes pies de María Madre.

«¿A qué viene esto del Jesús encogido?», preguntaba siempre Lupe.

«Al menos este Jesús lleva encima algo de ropa», decía Juan Diego.

Allí donde la Virgen María tenía firmemente plantados sus grandes pies —sobre un pedestal de tres gradas— aparecían inmovilizados entre las nubes los rostros de unos ángeles. (Para mayor desconcierto, el propio pedestal estaba formado por nubes y caras de ángeles.)

«¿Cómo ha de interpretarse?», preguntaba siempre Lupe. «La Virgen María pisotea a los ángeles... ¡Eso sí que me lo creo!»

Y a ambos lados de esa gigantesca Virgen Santísima se alzaban las esculturas considerablemente menores, oscurecidas por el paso del tiempo, de dos semidesconocidos: los padres de la Virgen María.

«¿Tenía padres?» preguntaba siempre Lupe. «¿Quién sabe siquiera cómo eran? ¿A quién le importa?»

Sin lugar a dudas, la formidable estatua de la Virgen María en el templo de los jesuitas era el «Monstruo María». La madre de los niños de la basura se quejaba de lo difícil que le resultaba limpiar esa virgen descomunal. La escalera de mano era demasiado alta; no había un lugar seguro o «decoroso» donde apoyarla, como no fuera en la propia Virgen María. Y Esperanza rezaba incesantemente a María; la mejor mujer de la limpieza de los jesuitas, con un trabajo nocturno en la calle Zaragoza, era una admiradora incondicional de la Virgen María.

Grandes ramos de flores —¡siete!— rodeaban el altar de María Madre, pero incluso esos ramos quedaban empequeñecidos por la propia virgen gigantesca. No sólo ‘imponía’; parecía ser una amenaza para todo y para todos. Incluso Esperanza, que sentía adoración por ella, opinaba que la estatua de la Virgen María era «demasiado grande».

«De ahí lo de “dominante”», repetía Lupe.

—«¿No estoy aquí, que soy tu madre?» —decía Juan Diego una y otra vez, sin darse cuenta, en el asiento trasero del coche de alquiler, rodeado de nieve, que se acercaba ya a la terminal de Cathay Pacific en el JFK. El antiguo lector del basurero bisbiseaba, tanto en español como en inglés, esa humilde enunciación de Nuestra Señora de Guadalupe, más humilde que la penetrante mirada de aquella imperiosa gigante, la estatua de la Virgen María en el templo de los jesuitas—. «¿No estoy aquí, que soy tu madre?» —repetía Juan Diego para sí.

Al oír el bisbiseo bilingüe del pasajero, el pendenciero chófer miró a Juan Diego por el retrovisor.

Es una lástima que Lupe no estuviera allí con su hermano; le habría leído el pensamiento al chófer: habría podido decirle a Juan Diego qué pensaba aquel hombre resentido.

Un espalda mojada con éxito, pensaba el chófer: ése era el juicio que se había formado sobre el pasajero mexicano-estadounidense.

—Ya casi hemos llegado a su terminal, amigo —anunció el chófer: la manera en que lo dijo no fue más amable que cuando antes había dicho «caballero».

Pero Juan Diego se acordaba de Lupe y su época juntos en Oaxaca. El lector del basurero estaba abstraído en sus ensoñaciones; en realidad, no percibió el tono poco respetuoso del chófer. Y sin su querida hermana, la telépata, a su lado, Juan Diego desconocía los pensamientos del xenófobo.

No era que Juan Diego no hubiese encontrado elementos afines entre su propia experiencia mexicano-estadounidense y la del resto. Se trataba más bien de dónde tenía la cabeza y por dónde vagaba; a menudo tenía la cabeza en otra parte.

3

Madre e hija

El discapacitado no había previsto que quedaría retenido en el JFK durante veintisiete horas. Cathay Pacific lo mandó a la sala de primera clase de British Airways. Gozaba de una situación más cómoda que la de los pasajeros de clase turista —allí se agotó la comida en las franquicias, y los aseos no estaban debidamente atendidos—, pero el avión de Cathay Pacific con destino a Hong Kong, cuya salida estaba prevista para las 9.15 horas del 27 de diciembre, no despegó hasta el día siguiente a media mañana, y Juan Diego había dejado los betabloqueantes junto con los artículos de baño en la maleta facturada. El vuelo a Hong Kong duraba unas dieciséis horas. Juan Diego tendría que prescindir de su medicación durante más de cuarenta y tres horas; pasaría casi dos días sin tomar los betabloqueantes. (Por regla general, los niños de la basura no sucumben al pánico.)

Si bien Juan Diego se planteó telefonar a Rosemary para preguntarle si corría algún riesgo por interrumpir la medicación durante un periodo de tiempo indeterminado, al final no lo hizo. Recordó la advertencia de la doctora Stein: si alguna vez tenía que suprimir los betabloqueantes por cualquier razón, debía dejar de tomarlos de manera «gradual». (Inexplicablemente, ese «gradual» lo llevó a pensar que no existía el menor riesgo en dejar los betabloqueantes o volver a tomarlos.)

Juan Diego sabía que apenas dormiría mientras aguardaba en la sala de British Airways del JFK; confiaba en recuperar el sueño perdido cuando por fin estuviera a bordo del vuelo de dieciséis horas a Hong Kong. Juan Diego no telefoneó a la doctora Stein porque le complacía la perspectiva de descansar de los betabloqueantes. Con un poco de suerte tal vez tuviera uno de sus antiguos sueños; sus importantísimos recuerdos de infancia quizá volvieran a él... cronológicamente, esperaba. (Como novelista, exageraba un poco la nota en lo tocante al orden cronológico, un tanto a la antigua usanza.)

British Airways hizo cuanto pudo para que el inválido estuviera cómodo; los otros pasajeros de primera advirtieron la cojera de Juan Diego y el zapato deforme, hecho a medida, de su pie lisiado. Todo el mundo fue muy comprensivo; aunque no había sillas suficientes para todos los pasajeros retenidos en la sala de primera clase, nadie se quejó por el hecho de que Juan Diego hubiera juntado dos sillas: se había procurado una especie de sofá a fin de mantener en alto aquel pie de aire trágico.

Debido a la cojera, Juan Diego aparentaba más años de los que tenía; aparentaba al menos sesenta y cuatro, no cincuenta y cuatro. Y, aparte de eso, mostraba algo más que ciertos indicios de resignación y eso le daba una expresión distante, como si en su vida las emociones hubiesen residido, mayoritariamente, en la niñez y la incipiente adolescencia, ya lejanas. Al fin y al cabo, había sobrevivido a todos sus seres queridos; eso, sin duda, lo había avejentado.

Conservaba el pelo negro; sólo desde muy cerca —y había que mirar con atención— se veían pintas grises intermitentes. No había perdido pelo, pero lo llevaba largo, y eso le confería una apariencia en parte de adolescente rebelde, en parte de hippy entrado en años; es decir, de alguien que cultivaba aposta cierto aire demodé. Sus ojos de color castaño oscuro parecían casi tan negros como su pelo; era todavía un hombre apuesto, y esbelto, y aun así transmitía una impresión de «viejo». Las mujeres —en especial las más jóvenes— le ofrecían una ayuda que no por fuerza necesitaba.

Un halo de fatalidad había dejado su marca en él. Se movía despacio, a menudo abstraído aparentemente en sus cavilaciones, o en su imaginación, como si su futuro estuviera predeterminado, y él no ofreciera resistencia.

Juan Diego, según creía él, no era un escritor tan famoso como para que lo reconocieran muchos de sus lectores, y las personas ajenas a su obra no lo reconocían nunca. Sólo aquellos que podían describirse como «admiradores a ultranza» lo identificaban. En su mayoría eran mujeres; mujeres de cierta edad, claro, pero también se contaban entre las fervientes lectoras de sus libros muchas universitarias.

Juan Diego no creía que fuera el tema de sus novelas lo que atraía a las lectoras; siempre decía que las mujeres eran las lectoras literarias más entusiastas, no los hombres. No teorizaba al respecto en busca de una explicación; se limitaba a constatar el hecho.

Juan Diego no era un teorizador; lo suyo no era la especulación. E incluso debía cierta notoriedad a unas declaraciones hechas en una entrevista cuando el periodista le pidió que especulara sobre determinado asunto muy trasnochado.

«Yo no entro en especulaciones», había respondido Juan Diego. «Simplemente observo; sólo describo.»

Como es natural, el periodista —un joven insistente— volvió a la carga. Los periodistas son amigos de la especulación; siempre andan preguntando a los novelistas si la novela ha muerto o está moribunda. No olvidemos que Juan Diego había arrancado las primeras novelas que leyó de los fuegos eternos del ‘basurero’; se había quemado las manos salvando libros. Uno no le pregunta a un lector del basurero si la novela ha muerto o está moribunda.

«¿Conoce usted a alguna mujer?», había preguntado Juan Diego a ese joven. «A alguna mujer que lea, quiero decir», añadió, alzando la voz. «¡Debería hablar con las mujeres, preguntarles qué leen!» (A esas alturas Juan Diego ya vociferaba.) «¡El día que las mujeres dejen de leer! ¡Ése será el día que muera la novela!», exclamó el lector del basurero.

Todo escritor con un público tiene más lectores de los que cree. Juan Diego era más famoso de lo que pensaba.

En esta ocasión fueron una madre y su hija quienes lo descubrieron, como sólo lo descubrían sus lectores más apasionados.

—Lo habría reconocido en cualquier sitio. Ni disfrazado habría podido esconderse de mí —dijo a Juan Diego la madre, una mujer un tanto imperiosa.

Por cómo le habló..., en fin, casi habría podido pensarse que, en efecto, él iba disfrazado. ¿Y dónde había visto antes Juan Diego esa mirada tan penetrante? Sin duda en aquella formidable y muy imponente estatua de la Virgen María: ella tenía esa misma mirada. Era una forma de mirar propia de la Santísima Virgen, pero Juan Diego nunca había sabido si esa expresión de María Madre era compasiva o inexorable. (Tampoco lo tenía muy claro en el caso de esta elegante madre, que era una de sus lectoras.)

En cuanto a la hija, que también era admiradora suya, Juan Diego consideró que resultaba algo más fácil de interpretar.

—Yo lo habría reconocido a oscuras... Sólo con oírlo hablar, aunque no hubiera pronunciado ni una frase entera, habría sabido que era usted —afirmó la hija, quizá con excesivo fervor—. Esa voz suya... —añadió, y se estremeció, como si no pudiera continuar. Era joven y teatral, pero hermosa a la manera campesina, con las muñecas y los tobillos algo gruesos, cierta robustez en las caderas y los pechos caídos. Tenía la tez más morena que su madre, facciones más prominentes, o menos refinadas, y era, sobre todo por su manera de hablar, más rotunda, más agreste.

«Más de los nuestros», imaginaba Juan Diego que diría su hermana. (De aspecto más indígena, habría pensado Lupe.) Con cierta turbación, Juan Diego visualizó de pronto las peripuestas réplicas que la tienda de vírgenes de Oaxaca podría haber creado de esa madre y su hija. El establecimiento de las posadas habría exagerado el ligero desaliño indumentario de la hija, pero ¿era su ropa lo que transmitía esa apariencia de dejadez? ¿O era más bien el desgaire con que la lucía?

Juan Diego pensó que en la tienda de vírgenes habrían dado al maniquí de tamaño natural de la hija una pose procaz, una actitud insinuante, como si la amplitud de sus caderas no pudiera contenerse en modo alguno. (¿O acaso estaba Juan Diego fantaseando con la hija?)

La tienda de vírgenes, que los niños de la basura llamaban a veces La Niña, habría sido incapaz de crear un maniquí equiparable a la madre de esa pareja. La madre presentaba un porte de sofisticación y privilegio, y poseía una belleza clásica; irradiaba superioridad y un alto tren de vida; su sentido de la prerrogativa parecía innato. Si esa madre, que sólo padecía un momentáneo retraso en la sala de primera clase del JFK, hubiera sido la Virgen María, nadie la habría mandado al pesebre; alguien le habría hecho hueco en la hospedería. Era del todo impensable que aquella vulgar tienda de vírgenes de Independencia hubiera logrado hacer una réplica; esa madre era inmune al estereotipo; ni siquiera La Niña habría conseguido fabricar una muñeca sexual a la altura de esa mujer. La madre era «sui generis» más que «de los nuestros». La madre no tenía cabida en la tienda de posadas, decidió Juan Diego; nunca estaría en venta. Y uno no desearía llevársela a casa, al menos no para atender a los invitados o entretener a los niños. No, pensó Juan Diego: uno querría

reservársela toda para sí mismo.

Aun sin decirles a esa madre y a su hija una sola palabra acerca de los sentimientos que le inspiraban, dio la impresión de que las dos mujeres, de algún modo, lo sabían todo sobre él. Y esa madre y su hija, pese a sus manifiestas diferencias, trabajaban en colaboración; formaban un equipo. Enseguida se entrometieron en lo que, en su opinión, era el absoluto desvalimiento de Juan Diego, quizá no sólo en esa situación, sino en su misma existencia. Juan Diego estaba cansado; sin vacilar, lo achacó a los betabloqueantes. No se resistió apenas. En esencia, permitió que esas mujeres se ocupasen de él. Además, eso ocurrió cuando ya llevaban esperando veinticuatro horas en la sala de primera clase de British Airways.

Con la mejor de las intenciones, los colegas de Juan Diego, todos amigos íntimos, habían programado para él una escala de dos días en Hong Kong; ahora, por lo visto, dispondría sólo de una noche en Hong Kong antes de tomar el vuelo de enlace con destino a Manila por la mañana temprano.

—¿Dónde se aloja en Hong Kong? —le preguntó la madre, que se llamaba Miriam. No se andaba con rodeos; en consonancia con su penetrante mirada, era muy directa.

—¿Dónde «iba» a alojarse? —corrigió la hija, que se llamaba Dorothy. No se parecía apenas a su madre, había observado Juan Diego; Dorothy era tan imperiosa como Miriam, pero no tan hermosa ni mucho menos.

¿Qué tenía Juan Diego para que personas más imperiosas consideraran que debían ocuparse de sus asuntos por él? Clark French, el ex alumno, se había entrometido en el viaje de Juan Diego a las Filipinas. Ahora dos mujeres —dos desconocidas— se encargaban de organizar la visita del escritor a Hong Kong.

Juan Diego debió de causarles a esa madre y a su hija la impresión de que era un viajero bisoño, porque tuvo que consultar su itinerario anotado para ver el nombre de su hotel en Hong Kong. Mientras aún buscaba en el bolsillo de la chaqueta las gafas de lectura, la madre le arrancó el itinerario de las manos.

—Dios bendito, no le conviene quedarse en el InterContinental Grand Stanford de Hong Kong —advirtió Miriam—. Está a una hora del aeropuerto en coche.

—En realidad está en Kowloon —añadió Dorothy.

—Hay un hotel aceptable en el aeropuerto —informó Miriam—. Debería alojarse allí.

—Nosotras siempre nos alojamos allí —dijo Dorothy con un suspiro.

Juan Diego empezó a decir que sería necesario anular una reserva y hacer la otra, pero no pasó de ahí.

—Resuelto —anunció la hija; sus dedos volaban sobre el teclado de su ordenador portátil.

Juan Diego no salía de su asombro al ver que los jóvenes, aparentemente, siempre andaban utilizando sus portátiles, que nunca enchufaban. ¿Por qué no se les agota la batería?, pensaba. (Y cuando no estaban pegados al portátil, enviaban mensajes de

texto como locos por el teléfono móvil, ¡que al parecer tampoco necesitaba recargarse nunca!)

—Yo pensé que el viaje era demasiado largo para traerme el portátil —explicó Juan Diego a la madre, que lo miró con un semblante de lo más compasivo—. Lo dejé en casa —añadió, abochornado, dirigiéndose a la afanosa hija, que no apartaba la vista ni por un instante de la pantalla de su ordenador en continuo cambio.

—Estoy anulando su habitación con vistas al puerto: dos noches en el InterContinental Grand Stanford, fuera. La verdad es que ese sitio no me gusta —dijo Dorothy—. Y le reservo una suite real en el Regal Airport Hotel, en el aeropuerto internacional de Hong Kong. No es un sitio tan absolutamente insípido como su nombre..., dejando de lado todas esas gilipollices navideñas.

—Una sola noche, Dorothy —recordó su madre a la joven.

—Ya lo sé —contestó Dorothy—. Un detalle sobre el Regal: las luces se apagan y se encienden de una forma extraña —advirtió a Juan Diego.

—Ya se lo enseñaremos, Dorothy —propuso la madre—. He leído toda su obra, hasta la última palabra que ha escrito —declaró Miriam, y apoyó la mano en su muñeca.

—Yo lo he leído casi todo —dijo Dorothy.

—Hay dos que no has leído, Dorothy —precisó su madre.

—Dos..., vaya cosa —respondió Dorothy—. Pues eso: casi todo, ¿o no? —preguntó la chica a Juan Diego.

Por supuesto, él contestó:

—Sí, casi.

No habría sabido decir si la joven coqueteaba con él o si coqueteaba la madre; quizá no era ésa la intención de ninguna de las dos. Eso de «no saber» también contribuía al prematuro envejecimiento de Juan Diego, pero en justicia debía admitirse que llevaba ya un tiempo fuera de la circulación. Hacía mucho que no salía con una mujer, aunque, a decir verdad, no había habido muchas mujeres en su vida, cosa que dos viajeras de aspecto tan mundano como esa madre y su hija ya debían de haber conjeturado.

Al conocerlo, ¿pensaban las mujeres que se lo veía desconsolado? ¿Era uno de esos hombres que había perdido al amor de su vida? ¿Qué tenía Juan Diego que llevaba a las mujeres a pensar que nunca superaría una relación pasada?

—Para serle sincera, le diré que me gusta el sexo en sus novelas —admitió Dorothy—. Me gusta cómo lo hace.

—A mí me gusta más —afirmó Miriam, mirando a su hija con expresión de omnisciencia—. Yo tengo perspectiva suficiente para saber qué es realmente el mal sexo —dijo la madre a su hija Dorothy.

—Por favor, mamá; ahórranos la descripción —respondió Dorothy.

Miriam no llevaba alianza matrimonial, había advertido Juan Diego. Era una mujer alta y esbelta, tensa e impaciente en apariencia, y vestía un traje pantalón gris

perla y una camiseta plateada. El rubio claro de su pelo no era desde luego el color natural, y probablemente se había hecho algún que otro arreglo en la cara, poco después de un divorcio, o transcurrido un tiempo algo mayor si es que había enviudado. (Juan Diego no poseía un conocimiento directo de esas cuestiones; no había tenido experiencia con mujeres como Miriam, a excepción de las lectoras o los personajes de sus novelas.)

Dorothy, la hija, que había dicho que leyó por primera vez una novela de Juan Diego cuando se la «pusieron como tarea» —en la universidad—, parecía en edad estudiantil, o sólo un poco mayor.

Las dos mujeres no iban camino de Manila —«todavía no», le habían dicho—, pero Juan Diego no recordaba adónde viajaban después de Hong Kong, si es que lo habían comentado. Miriam no le había dado su apellido, pero, por su acento, parecía europea; lo que Juan Diego detectaba era el elemento «extranjero». No era experto en acentos, por supuesto; Miriam bien podría haber sido estadounidense.

En cuanto a Dorothy, nunca sería tan hermosa como su madre, pero la chica poseía cierto encanto mohíno y descuidado, de esos que una mujer joven con unos kilos de más puede permitirse aún durante unos cuantos años. («Voluptuosa» no sería la palabra que acudiera siempre a la mente de uno al ver a Dorothy, como Juan Diego sabía, y tomó entonces conciencia, aunque sólo para sí, de que estaba escribiendo sobre esas mujeres eficientes a la vez que les permitía ayudarlo.)

Quienesquiera que fuesen, y a dondequiera que se dirigiesen, esa madre y su hija eran veteranas de los viajes en primera clase en Cathay Pacific. Cuando por fin subieron a bordo del vuelo 841 con destino a Hong Kong, Miriam y Dorothy no permitieron a la azafata con cara de muñeca enseñar a Juan Diego cómo ponerse el pijama de una sola pieza de Cathay Pacific ni cómo preparar la litera, una cápsula en forma de capullo. Miriam lo guió durante la rutina de ponerse aquel pijama infantil, y Dorothy —el genio de la tecnología en esa familia de dos mujeres— le mostró la mecánica de la cama más cómoda que Juan Diego había conocido jamás en un avión. Las dos mujeres prácticamente lo arroparon.

Me parece que las dos coqueteaban conmigo, reflexionó Juan Diego mientras lo vencía el sueño; la hija desde luego coqueteaba. Por supuesto, Dorothy le recordaba a alumnas que había tenido a lo largo de los años; muchas de ellas, como él sabía, sólo aparentaban coquetear con él. Había mujeres de esa edad —entre ellas, algunas escritoras solitarias y hombrunas— que, en opinión del escritor ya entrado en años, conocían sólo dos clases de comportamiento social: sabían coquetear y sabían manifestar un desprecio irreversible.

Juan Diego casi se había dormido cuando recordó que estaba tomándose un descanso imprevisto de los betabloqueantes; justo en el momento en que empezaba a soñar lo asaltó, aunque fugazmente, un pensamiento algo turbador. Dicho pensamiento era: en realidad no comprendo qué ocurre cuando uno deja de tomar betabloqueantes y después vuelve a tomarlos. Pero el sueño (o el recuerdo) lo vencía,

y se dejó llevar.

4

El retrovisor lateral roto

Había un geco. Aferrado a la malla de la puerta mosquitera de la chabola, retrocedía ante la primera luz del alba. En un abrir y cerrar de ojos, en ese medio segundo que el muchacho tardaba en tocar la mosquitera, el geco ya se había esfumado. La desaparición del geco, rápida como el encendido o apagado de una luz, era a menudo el principio del sueño de Juan Diego, ya que ese lagarto, su desaparición, había sido el principio de muchas mañanas en Guerrero.

Rivera había construido la chabola él mismo, pero había reformado el interior para los niños; aunque probablemente no era el padre de Juan Diego, y categóricamente no lo era de Lupe, el ‘jefe’ había llegado a un arreglo con la madre de los niños. Aun teniendo sólo catorce años, Juan Diego sabía que el arreglo entre ellos dos no era gran cosa. Esperanza, a pesar de su nombre, nunca había sido una fuente de esperanza para sus hijos ni, por lo que Juan Diego había visto, había alimentado las ilusiones de Rivera. No es que un muchacho de catorce años tuviera que darse cuenta necesariamente de esas cosas, y Lupe, a los trece, no era testigo fiable de lo que pudiera haber ocurrido o no entre su madre y el responsable del vertedero.

En cuanto a «fiabilidad», Rivera era la única persona con quien podía contarse para cuidar de esos dos niños de la basura, en la medida en que alguien podía proteger a los ‘niños de la basura’. Rivera era el único que había proporcionado resguardo a esos dos críos, y había resguardado a Juan Diego y Lupe de otras maneras.

Cuando el ‘jefe’ iba a casa por las noches —o a dondequiera que en realidad fuese— dejaba su furgoneta y su perro con Juan Diego. La furgoneta proporcionaba a los niños un segundo lugar de resguardo en caso de necesitarlo —a diferencia de la chabola, la cabina de la furgoneta podía cerrarse por dentro—, y excepto Juan Diego y Lupe nadie se atrevía a acercarse al perro de Rivera. Ni siquiera el responsable del vertedero las tenía todas consigo en presencia de ese perro: un macho de aspecto desnutrido, cruce de terrier y sabueso.

Según el ‘jefe’, el animal era mitad pitbull, mitad perro de San Huberto, de ahí su predisposición a pelear y a seguir rastros por el olor.

—*Diablo* tiene una propensión biológica a la agresividad —había dicho Rivera.

—Querrás decir una propensión *genética* —lo había corregido Juan Diego.

Resulta difícil valorar hasta qué punto un niño de la basura podía adquirir un vocabulario tan rico; aparte de las halagüeñas atenciones que el muchacho no escolarizado recibía del hermano Pepe en la misión jesuita de Oaxaca, Juan Diego carecía de educación, y sin embargo el muchacho no sólo había conseguido aprender a leer por su cuenta, además hablaba extraordinariamente bien. El niño de la basura

incluso hablaba en inglés, pese a que su única exposición oral al idioma procedía de los turistas estadounidenses. En Oaxaca, a la sazón, los expatriados norteamericanos se dividían en dos grupos: por un lado, los artesanos; por otro, los marihuaneros de costumbre. Esas almas en pena («los jóvenes que se buscaban a sí mismos», los llamaba el hermano Pepe) abundaban cada vez más conforme se alargaba la guerra de Vietnam —pasado ya 1968, año en que Nixon resultó electo con la promesa de que pondría fin al conflicto—, y en muchos casos incluían a los prófugos del ejército.

Juan Diego y Lupe tuvieron poca suerte en el intento de comunicarse con los marihuaneros. Los hippies del hongo estaban muy ocupados en la expansión de la conciencia por medios alucinógenos; no perdían el tiempo en conversaciones con niños. Los hippies del mezcal —aunque sólo cuando estaban sobrios— gustaban de charlar con los niños de la basura, y entre ellos había lectores esporádicos, si bien el mezcal afectaba a la memoria de esos lectores. No pocos prófugos eran lectores; regalaban a Juan Diego sus novelas en rústica. Eran, en su mayor parte, novelas de autores estadounidenses, claro está; a Juan Diego lo indujeron a imaginar que vivía allí.

Y sólo segundos después de desaparecer el gecko matutino y de cerrarse la puerta mosquitera en la chabola a espaldas de Juan Diego con un sonoro chasquido, un cuervo emprendió el vuelo desde el capó de la furgoneta de Rivera y todos los perros de Guerrero empezaron a ladrar. El muchacho observó el cuervo en pleno vuelo —lo cautivaba cualquier pretexto para imaginar que volaba— a la vez que *Diablo*, poniéndose en pie en la plataforma de la furgoneta de Rivera, iniciaba una andanada de espeluznantes aullidos que acallaban a todos los demás perros. Los aullidos de *Diablo* procedían de los genes de perro de San Huberto que tenía el temible animal de Rivera; la parte pitbull, los genes de pelea, eran la causa del párpado perdido de su ojo izquierdo, inyectado en sangre y permanentemente abierto. La cicatriz rosada, allí donde antes estuvo el párpado, confería a *Diablo* una mirada torva. (Una pelea de perros, quizás, o una persona armada de una navaja; el responsable del vertedero no había presenciado el altercado, fuera humano o animal.)

En cuanto a la muesca triangular de contornos irregulares extirpada por medios no precisamente quirúrgicos de una de las largas orejas del perro..., en fin, a saber qué había pasado.

—Eso seguro que se lo hiciste tú, Lupe —dijo Rivera una vez, sonriendo a la niña—. *Diablo* te dejaría hacerle cualquier cosa, incluso comértele la oreja.

Lupe formó un triángulo perfecto con los dedos índices y pulgares. Lo que dijo exigió, como siempre, la traducción de Juan Diego, o Rivera no lo habría entendido.

—No existe ningún animal ni humano con dientes que dejen esa marca —aseveró la niña sin admitir discusión.

Los ‘niños de la basura’ nunca sabían cuándo (o de dónde) llegaba Rivera cada mañana al ‘basurero’, ni cómo había bajado por la cuesta desde el vertedero hasta Guerrero. A esas horas, el responsable del vertedero generalmente estaba echando

una cabezada en la cabina de su furgoneta; solían despertarlo o bien el chasquido comparable a un disparo de pistola que producía la mosquitera al cerrarse o los ladridos de los perros. O lo despertaban los aullidos de *Diablo*, medio segundo después..., o, un rato antes, aquel geco que casi nadie veía.

—‘Buenos días, jefe’ —acostumbraba a decir Juan Diego.

—Hoy es un buen día para hacerlo todo bien, ‘amigo’ —contestaba a menudo Rivera al muchacho. El responsable del vertedero añadía—: ¿Y dónde está tu hermana la princesa, ese genio?

—Estoy donde siempre estoy —contestaba Lupe a la vez que la mosquitera se cerraba a sus espaldas con un sonoro chasquido. La detonación de ese segundo disparo de pistola llegaba hasta los fuegos eternos del ‘basurero’. Otros cuervos emprendían el vuelo. Se oían ladridos discordantes; ladraban los perros del vertedero y también los de Guerrero, seguidos de otro aullido amenazador y silenciador de *Diablo*, que ahora tocaba con el hocico húmedo la rodilla desnuda del muchacho por debajo del raído pantalón corto.

Las hogueras del vertedero ardían desde hacía rato: los altos y humeantes montículos de basura apilada y desechos escarbados. Rivera debía de encender las hogueras al amanecer; después echaba una cabezada en la cabina de la furgoneta.

El ‘basurero’ de Oaxaca era un páramo en llamas; tanto si uno se encontraba allí mismo como si estaba en Guerrero, las columnas de humo de las hogueras se elevaban en el cielo hasta donde la vista alcanzaba. A Juan Diego ya le lloraban los ojos cuando cruzaba la puerta mosquitera. Siempre brotaba una lágrima del ojo sin párpado de *Diablo*, incluso cuando el perro dormía, con el ojo izquierdo abierto pero sin ver.

Esa mañana, Rivera había encontrado otra pistola de agua en el ‘basurero’; la había echado a la plataforma de la furgoneta, donde *Diablo*, después de lamerla por un momento, la había dejado estar.

—¡Tengo una para ti! —anunció Rivera a Lupe, que comía una tortilla de maíz con mermelada; tenía mermelada en el mentón y en una mejilla y había invitado a *Diablo* a lamerle la cara. Permitió a *Diablo* comerse también el resto de la tortilla.

Había dos buitres encorvados sobre un perro muerto en la carretera, y otros dos buitres flotaban en el cielo; trazaban esas características espirales descendentes suyas. En el ‘basurero’ solía aparecer por lo menos un perro muerto cada mañana; sus cuerpos no permanecían intactos durante mucho tiempo. Si los buitres no localizaban a un perro muerto, o si los carroñeros no daban cuenta de él rápidamente, alguien lo quemaba. Siempre había alguna hoguera.

En Guerrero se trataba de otra manera a los perros muertos. Probablemente esos perros habían sido de alguien; uno no quemaba el perro de otra persona. Además, en Guerrero existían normas con respecto a las hogueras. (La principal preocupación era que ese pequeño barrio pudiera quedar reducido a cenizas.) En Guerrero uno dejaba a los perros muertos allí donde estaban; por lo general, no permanecían mucho tiempo

en el sitio. Si el perro muerto tenía dueño, el dueño se deshacía de él, o al final se ocupaban del cuerpo los carroñeros.

—Yo no conocía a ese perro, ¿y tú? —le decía Lupe a *Diablo* mientras examinaba la pistola de agua que el ‘jefe’ había encontrado. Lupe se refería al perro muerto objeto de la atención de los dos buitres en la carretera, pero si *Diablo* conocía o no al perro, se lo calló.

Los niños de la basura advirtieron que ese día tocaba cobre. El ‘jefe’ llevaba la plataforma de la furgoneta cargada de cobre. En las inmediaciones del aeropuerto había una fábrica que trabajaba con cobre; en la misma zona, otra fábrica aceptaba aluminio.

—Al menos no toca vidrio; no me gustan los días que toca vidrio —decía Lupe a *Diablo*, o acaso hablara sola.

Cuando *Diablo* rondaba cerca, nunca se oía el menor gruñido de *Blanco Sucio*. Ni un mínimo gimoteo de ese cobarde, pensaba Juan Diego.

—¡No es un cobarde! ¡Es un cachorro! —dijo Lupe a su hermano levantándole la voz. Luego se explayó (hablando sola) sobre el tipo de pistola de agua rescatada por Rivera en el ‘basurero’, en concreto, sobre algo relacionado con el «mecanismo lanza chorros flojo».

El responsable del vertedero y Juan Diego observaron a Lupe entrar corriendo en la chabola; sin duda iba a dejar la pistola de agua recién hallada con el resto de su colección.

El ‘jefe’ había estado inspeccionando el depósito de propano junto a la chabola de los niños; siempre lo inspeccionaba para cerciorarse de que no tenía fugas, pero esa mañana su inspección era sólo para comprobar si estaba lleno o casi vacío. Rivera lo comprobaba sopesando el depósito.

Juan Diego se preguntaba a menudo en qué se basaba el responsable del vertedero para llegar a la conclusión de que probablemente no era él el padre de Juan Diego. Era verdad que no se parecían en nada, pero —como en el caso de Lupe— Juan Diego era tan clavado a su madre que él mismo dudaba que pudiera parecerse a algún padre.

«Ojalá te parezcas a Rivera en la bondad», había dicho el hermano Pepe a Juan Diego en una de las ocasiones en que le entregó libros. (Juan Diego había estado sondeando a Pepe para ver si sabía o había oído algo sobre quién podía ser con mayor probabilidad su padre.)

Siempre que Juan Diego preguntaba al ‘jefe’ por qué se incluía en la categoría del «probablemente no», el responsable del vertedero sonreía y decía que «probablemente no era tan listo» como para ser el padre del lector del basurero.

Juan Diego, que había estado observando a Rivera levantar el depósito de propano (un depósito lleno era muy pesado), dijo de pronto:

—Algún día, ‘jefe’, tendré fuerza suficiente para levantar el depósito de propano incluso lleno. —(Eso era lo más cerca que el lector del basurero podía estar de decirle

a Rivera que deseaba y esperaba que el responsable del vertedero fuera su padre.)

—Deberíamos irnos —fue lo único que contestó Rivera a la vez que subía a la cabina de la furgoneta.

—Todavía no has arreglado el retrovisor lateral —reprochó Juan Diego al ‘jefe’.

Lupe farfullaba mientras corría hacia la furgoneta, y la puerta mosquitera se cerró con un chasquido a sus espaldas. El sonido de la mosquitera al cerrarse, semejante a la detonación de una pistola, no ejerció el menor efecto en los buitres encorvados sobre el perro muerto en la carretera; ahora eran cuatro los buitres en acción, y ninguno de ellos se inmutó.

Rivera había aprendido a no burlarse de Lupe con chocarrerías sobre las pistolas de agua. En una ocasión, Rivera dijo:

—Los niños estáis como locos con esas armas lanza chorros... La gente va a pensar que estáis haciendo prácticas de inseminación artificial.

El término se utilizaba desde hacía tiempo en los círculos médicos, pero los niños de la basura lo habían leído por primera vez en una novela de ciencia ficción rescatada de la quema. Lupe había sentido repugnancia. Cuando oyó al ‘jefe’ mencionar la «inseminación artificial», tuvo un arranque de ira preadolescente; por entonces contaba once o doce años. Juan Diego tradujo a su hermana:

—Lupe dice que sabe qué es la inseminación artificial; lo considera una ordinariez.

—Imposible que Lupe sepa qué es la inseminación artificial —había insistido el responsable del vertedero, pero miró con desazón a la niña airada. A saber qué le habría leído el lector del basurero, pensó el ‘jefe’. Desde muy pequeña, Lupe se había opuesto con toda su alma a lo indecente u obsceno, pese a prestarle mucha atención.

Lupe soltó otra andanada de indignación moral (ininteligible). Juan Diego se limitó a decir:

—Sí, lo sabe. ¿Quieres que Lupe te describa la inseminación artificial?

—¡No, no! —prorrumpió Rivera—. ¡Era broma! De acuerdo, las pistolas de agua son sólo lanza chorros. Dejémoslo ahí.

Pero Lupe no paraba de farfullar.

—Dice que siempre estás pensando en el sexo —interpretó Juan Diego para Rivera.

—¡No siempre! —exclamó Rivera—. Procuro no pensar en el sexo delante de vosotros dos.

Lupe siguió y siguió. Había estado pataleando: las botas le venían grandes; las había encontrado en el vertedero. El pataleo dio paso a una danza improvisada —con pirueta incluida— mientras increpaba a Rivera.

—Dice que es deplorable que hables de las prostitutas con desaprobación cuando sigues yendo con prostitutas —explicó Juan Diego.

—¡Vale, vale! —contestó Rivera a voz en cuello alzando sus musculosos brazos—. Las pistolas de agua, las lanza chorros, son sólo juguetes: ¡nadie se queda

embarazada con ellas! Lo que tú digas.

Lupe había dejado de bailar; se señalaba el labio superior repetidamente a la vez que dirigía un mohín a Rivera.

—¿Y ahora qué? ¿Eso qué es? ¿Mímica? —preguntó Rivera a Juan Diego.

—Lupe dice que nunca tendrás una novia que no sea una prostituta, no con ese bigote absurdo —aclaró el muchacho.

—Lupe dice, Lupe dice... —masculló Rivera, pero la niña de ojos oscuros mantenía la mirada fija en él, delineándose sin cesar el contorno de un bigote inexistente sobre el terso labio superior.

En otra ocasión, Lupe había dicho a Juan Diego:

—Rivera es demasiado feo para ser tu padre.

—El ‘jefe’ no es feo por dentro —contestó el muchacho.

—En general tiene buenos pensamientos, excepto sobre las mujeres —declaró Lupe.

—Rivera nos quiere —dijo Juan Diego a su hermana.

—Sí, el ‘jefe’ nos quiere, a los dos —admitió Lupe—. A pesar de que yo no soy suya y tú probablemente tampoco.

—Rivera nos dio su apellido, a los dos —le recordó el muchacho.

—Creo que es más bien un préstamo —dijo Lupe.

—¿Cómo puede ser un préstamo nuestro apellido? —preguntó el muchacho; su hermana se encogió de hombros con aquel gesto de su madre, un gesto difícil de interpretar. (Siempre un poco igual; un poco distinto en cada ocasión.)

—Puede que yo sea Lupe Rivera, y lo sea para siempre —dijo la niña, un tanto evasiva—. Pero tú eres otra persona. Tú no siempre serás Juan Diego Rivera: tú no eres ése —era lo único que Lupe decía al respecto.

Aquella mañana en que la vida de Juan Diego estaba a punto de cambiar, Rivera no hizo ninguna broma vulgar sobre las pistolas de agua. El ‘jefe’, sentado al volante de su furgoneta, andaba abstraído en sus cosas; el responsable del vertedero se disponía a iniciar su ronda y empezaría con el cargamento de cobre, un cargamento pesado.

El lejano avión reducía la velocidad; iba a aterrizar, supuso Juan Diego. Seguía observando el cielo en busca de objetos voladores. En las afueras de Oaxaca había un aeropuerto (poco más que una pista de aterrizaje por aquel entonces), y al muchacho le encantaba contemplar los aviones que sobrevolaban el ‘basurero’; él nunca había volado.

El sueño, claro está, incluía la devastadora precognición de quién viajaba aquella mañana a bordo de ese avión; así, nada más aparecer el avión en el cielo, Juan Diego tuvo una percepción simultánea de su futuro. En realidad, aquella mañana algo muy corriente había captado la atención de Juan Diego apartándola del avión lejano pero en descenso. El muchacho había alcanzado a ver lo que le pareció una pluma, no de

cuervo o buitre. Una pluma de aspecto distinto (pero tampoco muy distinto) había quedado atrapada bajo la rueda posterior izquierda de la furgoneta.

Lupe ya se había acomodado en la cabina junto a Rivera.

Diablo, pese a su manifiesta delgadez, era un perro bien alimentado; era un perro muy superior a los que hurgaban en la basura, y no sólo en ese sentido. *Diablo* era un perro altivo y dominante. (En Guerrero lo llamaban «el macho».)

Con las patas delanteras en la caja de herramientas de Rivera, *Diablo* podía asomar la cabeza y el cuello por encima del respaldo del acompañante de la furgoneta; si apoyaba las patas delanteras en la rueda de repuesto del ‘jefe’, obstruía la visibilidad de Rivera por el retrovisor lateral de su lado: el roto, en el lado del conductor. Cuando el responsable del vertedero echó una ojeada a ese espejo roto, vio una imagen multifacética: una telaraña de esquirlas de cristal reflejaba la cara de *Diablo* con cuatro ojos. De repente, el perro tenía dos bocas, dos lenguas.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Rivera a la niña.

—No soy yo la única que está loca —dijo Lupe, pero el responsable del vertedero no la comprendió ni remotamente.

Cuando el ‘jefe’ echaba una cabezada en la cabina de la furgoneta, solía dejar puesta la marcha atrás. La palanca del cambio estaba en el suelo de la cabina, y si la hubiese dejado en primera, el pomo se le habría hincado en las costillas mientras intentaba dormir.

La cara «normal» de *Diablo* aparecía ahora en el retrovisor del lado del acompañante —el indemne—, pero cuando Rivera miró por el retrovisor del lado del conductor, la telaraña de cristal roto, no vio a Juan Diego, que pretendía recoger la pluma de color marrón rojizo y aspecto poco común atrapada bajo la rueda posterior izquierda de la furgoneta. La furgoneta, con la marcha atrás puesta, retrocedió con una sacudida y arrolló el pie derecho del muchacho. Es sólo una pluma de gallina, comprendió Juan Diego. En esa misma décima de segundo se originó la cojera que le duraría ya toda la vida, por una pluma que en Guerrero era algo vulgar y corriente. En las afueras de Oaxaca, muchas familias tenían gallinas.

Con la leve sacudida de la rueda posterior izquierda, la figurilla de la Virgen de Guadalupe, colocada en el salpicadero, se contoneó.

—Cuidado no vayas a quedarte embarazada —advirtió Lupe a la figurilla, pero Rivera no alcanzó a entender qué había dicho; el jefe oía los chillidos de Juan Diego—. Has perdido el don de los milagros; ya no te queda ni una pizca —decía Lupe a la figurilla de Guadalupe. Rivera había echado el freno a la furgoneta; se apeó de la cabina y corrió hacia el muchacho herido. *Diablo* ladraba enloquecido; parecía otro perro. Todos los perros de Guerrero rompieron a ladrar—. Ya ves lo que has hecho —reprendió Lupe a la figurilla del salpicadero, pero la niña se apresuró a apearse de la cabina y corrió junto a su hermano.

El muchacho tenía el pie derecho aplastado; plano y sangrante, el pie lisiado señalaba hacia fuera, en una posición equivalente a las dos en un reloj con respecto al

tobillo y la espinilla de la pierna derecha. Por alguna razón, el pie parecía más pequeño. Rivera llevó a Juan Diego en brazos a la cabina; el muchacho habría seguido chillando, pero el dolor lo obligó a contener la respiración, tomar una bocanada de aire y contener la respiración de nuevo. La bota se le desprendió.

—Procura respirar con normalidad, o te desmayarás —dijo Rivera.

—¡A ver si ahora arreglas de una vez ese absurdo espejo! —reprochaba Lupe a grito limpio al responsable del vertedero.

—¿Qué dice? —preguntó Rivera al muchacho—. Espero que no esté hablando del retrovisor lateral.

—Ya intento respirar con normalidad —respondió Juan Diego.

Lupe fue la primera en subir a la cabina de la furgoneta, para que su hermano pudiera apoyar la cabeza en su regazo y sacar el pie herido por la ventanilla del lado del acompañante.

—¡Llévalo al doctor Vargas! —exclamaba la niña a Rivera, que entendió la palabra «Vargas».

—Primero probaremos con un milagro y luego con Vargas —contestó Rivera.

—No esperes milagros —advirtió Lupe; asestó un puñetazo a la figurilla de Guadalupe en el salpicadero y las caderas de la figurilla volvieron a balancearse.

—No quiero que se me queden los jesuitas —dijo Juan Diego—. El único que me cae bien es el hermano Pepe.

—Quizá debería ser yo quien explique esto a vuestra madre —decía Rivera a los niños; el ‘jefe’ avanzó lentamente, para no matar a ninguno de los perros de Guerrero, pero en cuanto la furgoneta llegó a la carretera, aceleró.

Juan Diego gemía a cada vaivén de la cabina; el pie aplastado, sangrando por la ventanilla abierta, dejaba un reguero de sangre en la cabina, por fuera, en el costado del acompañante. El retrovisor lateral, intacto, encuadraba la cara de *Diablo* salpicada de sangre. Con la fuerza del viento, la sangre del muchacho herido se escurría hacia la parte de atrás de la cabina, donde *Diablo* la lamía.

—¡Canibalismo! —vociferó Rivera—. ¡Tú, perro desleal!

—Canibalismo no es la palabra correcta —declaró Lupe con su habitual indignación moral—. A los perros les gusta la sangre. *Diablo* es un buen perro.

Con los dientes apretados a causa del dolor, el esfuerzo de traducir las palabras de su hermana en defensa del perro lamedor de sangre escapaba a las posibilidades de Juan Diego, que zarandeaba la cabeza sobre el regazo de Lupe.

Cuando Juan Diego consiguió mantener quieta la cabeza, creyó advertir un amenazador cruce de miradas entre su ardorosa hermana y la figurilla de Guadalupe fijada en el salpicadero de Rivera. Lupe debía su nombre a la Virgen de Guadalupe. Juan Diego debía su nombre al indio a quien se apareció la Virgen morena en 1531. Los ‘niños de la basura’ descendían de los indios del Nuevo Mundo, pero también tenían sangre española; esto los convertía (a sus propios ojos) en hijos bastardos de los conquistadores. Juan Diego y Lupe no tenían la sensación de que la Virgen de

Guadalupe velara necesariamente por ellos.

—¡Deberías rezarle, pagana ingrata, no darle puñetazos! —le decía ahora Rivera a la niña—. Reza por tu hermano. ¡Pídele ayuda a Guadalupe!

Juan Diego había traducido ya demasiadas veces la invectiva de Lupe sobre esa cuestión religiosa; mantuvo los dientes apretados, los labios firmemente cerrados, sin pronunciar palabra.

—Guadalupe ha sido corrompida por los católicos —empezó Lupe—. Era nuestra Virgen, pero los católicos nos la robaron; la convirtieron en la criada morena de la Virgen María. Ya puestos, podrían haberla llamado esclava de María... ¡o hasta mujer de la limpieza de María!

—¡Blasfemia! ¡Sacrilégio! ¡Descreída! —vociferó Rivera.

El responsable del vertedero no necesitaba que Juan Diego le tradujese la diatriba de Lupe; ya había oído antes a Lupe pontificar sobre la cuestión de Guadalupe. Para Rivera no era un secreto que Lupe tuviera una relación de amor-odio con Nuestra Señora de Guadalupe. El 'jefe' conocía también la antipatía de Lupe por María Madre. La Virgen María, en opinión de esa niña loca, era una impostora; la Virgen de Guadalupe era la auténtica, pero aquellos arteros jesuitas se la habían apropiado para sus maquinaciones católicas. En opinión de Lupe, la Virgen morena había sido desacreditada y, por tanto, «corrompida». La niña creía que nuestra Señora de Guadalupe había sido en otro tiempo milagrosa, pero ya no lo era.

Esta vez Lupe lanzó una patada casi letal con el pie izquierdo a la figurilla de Guadalupe, pero la ventosa de la base permaneció firmemente adherida al salpicadero mientras la figurilla se estremecía y cimbreaba de una forma no precisamente virginal.

A fin de patear la muñeca del salpicadero, Lupe apenas había arqueado el regazo hacia arriba, hacia el parabrisas, pero incluso ese leve movimiento arrancó un grito a Juan Diego.

—¿Lo ves? ¡Ahora le has hecho daño a tu hermano! —exclamó Rivera, pero Lupe se inclinó sobre Juan Diego; le besó la frente, y su cabello con olor a humo cayó a ambos lados del rostro del muchacho herido.

—Acuérdate de esto —susurró Lupe a Juan Diego—. Nosotros somos el milagro, tú y yo. No ellos. Sólo nosotros. Nosotros somos los milagrosos —dijo.

Con los ojos muy cerrados, Juan Diego oyó el rugido del avión por encima de ellos. En aquel momento sólo supo que estaban cerca del aeropuerto; no sabía nada acerca de la persona que viajaba a bordo de ese avión y se aproximaba. En el sueño, claro está, lo sabía todo; conocía incluso el futuro. (Parte de él.)

—Nosotros somos los milagrosos —musitó Juan Diego.

Aunque estaba dormido —seguía soñando—, sus labios se movían. Nadie lo oía; nadie oye a un escritor que escribe dormido.

Además, el vuelo 841 de Cathay Pacific avanzaba aún a velocidad de crucero hacia Hong Kong, el estrecho de Taiwán a un lado, el mar del Sur de China al otro.

Pero, en el sueño, Juan Diego tenía sólo catorce años —era un pasajero, dolorido, en la furgoneta de Rivera— y lo único que el muchacho podía hacer era repetir las palabras de su hermana clarividente: «Nosotros somos los milagrosos».

Quizá todos los pasajeros del avión dormían, porque ni siquiera la madre pavorosamente sofisticada y su hija de aspecto ligeramente menos peligroso lo habían oído.

No doblegarse ante ningún viento

El norteamericano que aterrizó en Oaxaca esa mañana —para el futuro de Juan Diego era el pasajero más importante a bordo de ese vuelo entrante— era un novicio en plena preparación para el sacerdocio. Lo habían contratado para dar clases en el colegio y el orfanato de los jesuitas; el hermano Pepe lo había seleccionado entre una lista de candidatos. El padre Alfonso y el padre Octavio, los dos viejos sacerdotes del Templo de la Compañía de Jesús, habían manifestado sus dudas en cuanto al dominio del español del joven norteamericano. El argumento de Pepe era que ese novicio, o escolar, poseía cualificación de sobra; como estudiante había sido un fenómeno: sin duda se pondría al día con el español.

En el Hogar de los Niños Perdidos todos esperaban con impaciencia su llegada. A excepción de la hermana Gloria, las monjas que cuidaban de los huérfanos en Niños Perdidos le habían comentado al hermano Pepe en confianza que les gustaba la fotografía del joven profesor. Pepe no se lo dijo a nadie, pero también él encontraba atractivo el retrato. (Si era posible que el fervor quedara reflejado en una foto, ése era un ejemplo de ello.)

El padre Alfonso y el padre Octavio habían enviado al hermano Pepe al aeropuerto a recibir al nuevo misionero. Por la fotografía del expediente del profesor norteamericano, el hermano Pepe se esperaba a un hombre más corpulento, de aspecto más maduro. No era sólo que Edward Bonshaw hubiese perdido mucho peso recientemente; el joven norteamericano, que no llegaba aún a los treinta años, no había comprado ropa nueva después de su pérdida de peso. La ropa le quedaba enorme, incluso bufonesca, lo cual confería al escolar de apariencia profundamente seria un aura de incuria infantil. Edward Bonshaw parecía el benjamín de una familia numerosa, el que heredaba la ropa que sus hermanos y primos mayores y más altos desechaban o ya no podían ponerse por la talla. Las mangas cortas de la camisa hawaiana le caían por debajo de los codos; los faldones de la camisa (con un estampado de papagayos posados en palmeras) le colgaban hasta las rodillas. Al salir del avión, el joven Bonshaw trastabilló con las vueltas de los holgados pantalones.

Como de costumbre, el avión, al aterrizar, había atropellado a una o más de las gallinas que plagaban caóticamente la pista. Las plumas de color marrón rojizo se elevaban en torbellinos aparentemente aleatorios; allí donde convergen las dos cadenas montañosas de la Sierra Madre, el viento puede soplar con fuerza. Pero Edward Bonshaw no advirtió que una gallina (o gallinas) había resultado muerta; reaccionó a las plumas y el viento como si fueran una calurosa bienvenida dedicada expresamente a él.

—¿Edward? —empezó a decir el hermano Pepe, pero una pluma de gallina se le adhirió al labio inferior y lo obligó a escupir. Simultáneamente pensó que el joven

norteamericano parecía frágil, fuera de lugar y mal preparado. Pero Pepe recordó su propia inseguridad a esa edad y volcó su corazón en el joven Bonshaw, como si el nuevo misionero fuera uno de los huérfanos de Niños Perdidos.

El periodo de servicio trienal en la etapa de preparación al sacerdocio se llamaba regencia; luego, Edward Bonshaw cursaría estudios de teología durante otros tres años. Después de la teología vendría la ordenación, recordaba Pepe mientras evaluaba al joven escolar, que intentaba apartar a manotazos las plumas de gallina. Y Edward Bonshaw, una vez ordenado, tendría por delante un cuarto año de estudios teológicos, ¡amén de la licenciatura en literatura inglesa que el pobre hombre ya había terminado! (No es de extrañar que haya perdido peso, se dijo el hermano Pepe.)

Pero Pepe había infravalorado al fervoroso joven, que parecía realizar un esfuerzo sobrehumano para asemejarse a un héroe conquistador en medio de una nube arremolinada de plumas de gallina. De hecho, el hermano Pepe no sabía que los antepasados de Edward Bonshaw habían sido gente formidable, incluso midiéndolos por el rasero jesuítico.

Los Bonshaw procedían del concejo escocés de Dumfries, limítrofe con Inglaterra. El bisabuelo de Edward, Andrew, había emigrado a las Provincias Marítimas de Canadá. El abuelo de Edward, Duncan, había emigrado a Estados Unidos, aunque con cautela. (Como Duncan Bonshaw se complacía en decir, «sólo a Maine, no al resto de Estados Unidos».) El padre de Edward, Graham, se había desplazado más al oeste, pero no más al oeste de Iowa, a decir verdad. Edward Bonshaw nació en Iowa City; hasta su viaje a México nunca había salido del Medio Oeste.

En cuanto a cómo se convirtieron los Bonshaw al catolicismo, sólo Dios y el bisabuelo lo sabían. Al igual que muchos escoceses, Andrew Bonshaw se había educado en un entorno protestante; al zarpar de Glasgow era protestante, pero cuando desembarcó en Halifax, ya tenía estrechos lazos con Roma: al pisar tierra, Andrew Bonshaw era católico.

A bordo de aquel buque debió de producirse una conversión, o acaso una experiencia milagrosa cercana a la muerte; durante la travesía transatlántica tuvo que obrarse un milagro, pero Andrew nunca habló de ello, ni siquiera en la vejez. Se llevó el milagro a la tumba. Lo único que llegó a decir Andrew sobre el viaje fue que una monja le había enseñado a jugar al mahjong. Algo debió de ocurrir durante una de las partidas.

Edward Bonshaw recelaba en general de los milagros; sin embargo, sentía un interés extraordinario por todo lo milagroso. Aun así, Edward jamás había puesto en duda su catolicismo, ni siquiera la conversión inexplicable de su bisabuelo. Por supuesto, todos los Bonshaw habían aprendido a jugar al mahjong.

«Según parece, en la vida de casi todos los creyentes más fervorosos hay a menudo una contradicción que no puede explicarse, o que sencillamente no se explica», había escrito Juan Diego en su novela ambientada en la India, *Una historia*

desencadenada por la Virgen María. Si bien esa novela trataba de un misionero imaginario, quizá Juan Diego tenía en mente cualidades concretas de Edward Bonshaw.

—¿Edward? —volvió a preguntar el hermano Pepe, esta vez en tono sólo un poco menos vacilante—. ¿Eduardo? —probó a continuación Pepe. (Pepe no se sentía seguro de su inglés; se preguntó si acaso había pronunciado mal la palabra «Edward».)

—¡Ajá! —exclamó el joven Edward Bonshaw. Sin razón aparente, el escolar recurrió entonces al latín y proclamó—: *Haud ullis labentia ventis!*

El hermano Pepe tenía un latín elemental. Pepe creyó haber oído la palabra equivalente a «viento», o tal vez «vientos», en plural; dio por supuesto que Edward Bonshaw hacía alarde de su alto nivel de formación, que incluía el dominio del latín, y que probablemente eso no era un comentario jocoso sobre las plumas de gallina arrastradas por el viento. En realidad, el joven Bonshaw recitó la divisa de su familia, una de esas cosas de los escoceses. Los Bonshaw tenían unos colores identificativos, una de esas cosas del tartán. La frase latina de la divisa familiar era lo que Edward recitaba para sí cuando lo asaltaba el nerviosismo o la inseguridad.

Haud ullis labentia ventis se traducía como: «No doblegarse ante ningún viento».

Dios bendito, ¿qué tenemos aquí?, pensó el hermano Pepe, admirado; el pobre Pepe creyó que el latinajo era de contenido religioso. Pepe había conocido a jesuitas que, en su fanatismo, tomaban como modelo de comportamiento la vida de san Ignacio de Loyola, el fundador de la orden de los jesuitas, la Compañía de Jesús. Fue en Roma donde san Ignacio anunció que sacrificaría su vida si lograba evitar los pecados de una sola prostituta durante una sola noche. El hermano Pepe había vivido en Ciudad de México y Oaxaca toda su vida; Pepe sabía lo loco que debía de estar san Ignacio de Loyola para proponer algo tan descabellado como sacrificar la propia vida para evitar los pecados de una sola prostituta en una sola noche.

Incluso una peregrinación puede parecerse a arremeter contra molinos de viento cuando la emprende un lunático, se recordó el hermano Pepe a la vez que avanzaba por la pista sembrada de plumas para saludar al joven misionero norteamericano.

—Edward, Edward Bonshaw —dijo Pepe al escolar.

—Me ha gustado eso de Eduardo. Es nuevo. ¡Me encanta! —dijo Edward Bonshaw, y sobresaltó al hermano Pepe con un vehemente abrazo.

Pepe sintió una gran satisfacción al verse abrazado; le complació lo expresivo que era el entusiasta norteamericano. Y Edward (o Eduardo) procedió de inmediato a explicar su proclama en latín. Pepe se sorprendió al descubrir que «no doblegarse ante ningún viento» era una máxima escocesa, no religiosa, a menos que fuera de origen protestante, especuló el hermano Pepe.

El joven originario del Medio Oeste era, sin lugar a dudas, una persona muy positiva y extrovertida: una presencia jubilosa, decidió el hermano Pepe. Pero ¿qué pensarán los demás de él?, se preguntaba Pepe. En opinión de Pepe, los demás eran

gente nada jubilosa. Estaba pensando en el padre Alfonso y en el padre Octavio, pero también, quizá muy en particular, en la hermana Gloria. ¡Uy, cómo se les van a atragantar a ellos estos abrazos, y no hablemos del estampado de papagayos sentados en palmeras de esta camisa hawaiana tan graciosa!, se dijo el hermano Pepe, y se alegró.

A continuación, «Eduardo» —como el oriundo de Iowa prefería que lo llamara— quiso que Pepe viera lo mucho que en la aduana de Ciudad de México habían maltratado sus maletas.

—¡Mire qué revuelto lo han dejado todo! —exclamó el norteamericano, alterado; abría sus maletas para que Pepe lo viera. Al apasionado nuevo profesor le traía sin cuidado que los transeúntes del aeropuerto de Oaxaca vieran sus pertenencias allí desparramadas.

En Ciudad de México, el agente de aduanas a cargo de la inspección del equipaje debía de haberse ensañado con las maletas de aquel misionero de indumentaria tan vistosa, encontrando más de esas prendas impropias y demasiado grandes, observó Pepe.

—¡Qué discreto! ¡Debe de ser la nueva norma papal! —exclamó el hermano Pepe al joven Bonshaw mientras señalaba más camisas hawaianas (en una maleta pequeña y alborotada).

—Es la última moda en Iowa City —afirmó Edward Bonshaw, quizá en broma.

—El padre Alfonso va a quedarse con el ganso detrás de la oreja —advirtió Pepe al escolar. En esa frase fallaba algo: posiblemente quería decir «quedarse con la “mosca” detrás de la oreja», claro; o quizá debería haber dicho «Esas camisas le parecerán una “gansada” al padre Alfonso». Así y todo, Edward Bonshaw lo había entendido.

—El padre Alfonso es un poco conservador, ¿verdad? —preguntó el joven norteamericano.

—Ahí te andas corto —dijo el hermano Pepe.

—Te «quedas» corto —corrigió Edward Bonshaw.

—El inglés se me ha oxidado un pequeño tamaño —admitió Pepe.

—Yo, de momento, le ahorraré mi español —contestó Edward.

Edward explicó a Pepe cómo el agente de aduanas había encontrado el primer flagelo, y después el segundo. «¿Instrumentos de tortura?», había preguntado el agente al joven Bonshaw, primero en español y luego en inglés.

«Instrumentos de devoción», le había respondido Edward (o Eduardo). El hermano Pepe pensó: ¡Dios misericordioso, tenemos a un pobre desdichado que se flagela cuando lo que queríamos era un profesor de inglés!

La segunda maleta estaba llena de libros. «Más instrumentos de tortura», siguió con lo suyo el agente de aduanas, en español y en inglés.

«También de devoción», corrigió Edward Bonshaw al agente. (Al menos el flagelante lee, pensó Pepe.)

—Las hermanas del orfanato, entre las que hay unas cuantas que serán tus compañeras en las tareas de docencia, se quedaron prendadas de tu fotografía —dijo el hermano Pepe al escolar, que pugnaba por volver a guardarlo todo en las maletas profanadas.

—¡Ajá! Pero desde entonces he perdido mucho peso —observó el joven misionero.

—A la vista está... No habrás estado enfermo, espero —aventuró Pepe.

—Renuncia, renuncia... La renuncia es buena —explicó Edward Bonshaw—. Dejé de fumar, dejé de beber... Creo que el factor alcohol cero me ha reducido el apetito. Ya no tengo tanta hambre como antes, así de sencillo —dijo el fervoroso joven.

—¡Ajá! —exclamó el hermano Pepe. (¡Ahora va y me lo contagia!, se dijo Pepe, maravillado.) Él nunca había probado el alcohol, ni una gota. El «factor alcohol cero» no había «reducido» ni una sola vez el apetito al hermano Pepe.

«Ropa, látigos, material de lectura», resumió el agente de aduanas, en español y en inglés, ante el joven norteamericano.

«¡Sólo lo esencial!», declaró Edward Bonshaw.

¡Dios misericordioso, apiádate de su alma!, pensó Pepe, como si los días del escolar en este mundo mortal ya estuviesen contados.

El agente de aduanas de Ciudad de México también había puesto en tela de juicio el visado del norteamericano, que era de residencia temporal.

«Y pretende quedarse... ¿cuánto tiempo?», preguntó el agente.

«Si todo va bien, tres años», contestó el joven oriundo de Iowa.

El hermano Pepe consideró que las posibilidades del pionero que tenía ante sí eran escasas. Parecía poco probable que Edward Bonshaw sobreviviera más de seis meses como misionero. El oriundo de Iowa necesitaría más ropa: prendas de su talla. Se quedaría sin libros que leer, y esos dos flagelos no le bastarían, no para el número de veces que el predestinado y fervoroso joven sentiría deseos de flagelarse.

—¡Hermano Pepe, tiene un Volkswagen escarabajo! —exclamó Edward Bonshaw mientras los dos jesuitas se encaminaban hacia el polvoriento coche rojo estacionado en el aparcamiento.

—Tutéame, por favor, y eso de «hermano» no es necesario —dijo Pepe. Se preguntaba si todos los norteamericanos recurrían tanto a la exclamación ante lo obvio, pero en verdad le gustaba el entusiasmo por todo de aquel joven escolar.

¿A quién elegirían esos avispados jesuitas para dirigir su colegio si no a un hombre como Pepe, que personificaba y a la vez admiraba el entusiasmo? ¿A quién, si no, habrían puesto los jesuitas a cargo de Niños Perdidos? Uno no incorpora un orfanato a un colegio de éxito, y lo llama además «Niños Perdidos», si no cuenta con un supervisor de buen corazón y propenso a preocuparse por todo.

Pero las personas propensas a preocuparse por todo, incluidas las de buen corazón, pueden distraerse al volante. Quizá Pepe estaba pensando en el lector del

basurero; tal vez estaba imaginando que llevaba más libros a Guerrero. Comoquiera que fuese, el caso es que Pepe, al salir del aeropuerto, se equivocó en el cruce: en lugar de doblar hacia Oaxaca, y de regreso a la ciudad, puso rumbo al ‘basurero’. Cuando el hermano Pepe cayó en la cuenta de su error, ya estaba en Guerrero.

Pepe no conocía demasiado bien la zona. Al buscar un sitio seguro donde cambiar de sentido, eligió el camino de tierra que llevaba al vertedero. Era ancho, y normalmente sólo circulaban por allí aquellas furgonetas malolientes, avanzando despacio hacia el ‘basurero’ o viniendo de él.

Naturalmente, en cuanto Pepe detuvo el pequeño Volkswagen y consiguió dar la vuelta, los dos jesuitas se hallaron envueltos por las columnas de humo negro del vertedero; a ambos lados del camino se alzaban las altas montañas de basura y desechos en lenta combustión. Se veían niños rebuscadores; subían y bajaban afanosamente por los montículos hediondos. Un conductor tenía que andarse con cuidado con los rebuscadores, tanto los granujillas como los perros del vertedero. El olor impregnado en el humo le provocó arcadas al joven misionero norteamericano.

—¿Qué es esto? ¡Una visión del Hades con su correspondiente olor! ¿A qué horrendo rito de iniciación se someten aquí estos pobres niños? —preguntó el exagerado y joven Bonshaw.

¿Cómo vamos a soportar a este encantador chiflado?, se preguntó el hermano Pepe; el hecho de que el fervoroso joven tuviese buenas intenciones no causaría la menor impresión en Oaxaca. Pero Pepe se limitó a decir:

—Es sólo el vertedero de la ciudad. Ese olor se debe a la quema de perros muertos, entre otras cosas. Nuestra misión ofrece auxilio a dos niños de aquí, dos ‘pepenadores’, dos rebuscadores.

—¡Rebuscadores! —exclamó Edward Bonshaw.

—Los ‘niños de la basura’ —añadió Pepe en voz baja con la esperanza de establecer cierta distinción entre los niños rebuscadores y los perros rebuscadores.

En ese preciso momento un niño mugriento de edad indeterminable —a todas luces un niño de la basura, como se adivinaba por sus botas demasiado grandes— acercó un perro pequeño y tembloroso a la ventanilla del acompañante del Volkswagen escarabajo.

—No, gracias —dijo educadamente Edward Bonshaw, dirigiéndose más al perrito apestoso que al niño de la basura, quien declaró con rotundidad que aquella criatura famélica era gratis. (Los niños de la basura no eran mendigos.)

—¡No deberías tocar ese perro! —gritó Pepe en español al niño de la basura—. ¡Podría morderte! —advirtió Pepe al golfillo.

—¡Ya sé lo de la rabia! —exclamó el niño sucio; apartó de la ventanilla al perro amedrentado—. ¡Ya sé lo de las inyecciones! —vociferó el pequeño rebuscador al hermano Pepe.

—¡Qué hermosa lengua! —comentó Edward Bonshaw.

¡Dios bendito, el escolar no entiende nada de español!, concluyó Pepe. Una

película de ceniza cubría el parabrisas del Volkswagen escarabajo y Pepe descubrió que el limpiaparabrisas no hacía más que desparramar la ceniza y enturbiar aún más la visión del camino de salida del ‘basurero’. El hecho de tener que salir del coche para limpiar el parabrisas con un paño viejo fue lo que indujo al hermano Pepe a hablarle al nuevo misionero de Juan Diego, el lector del basurero; quizá Pepe debería haber dicho algo más sobre la hermana menor del muchacho, concretamente sobre la aparente capacidad de Lupe para leer el pensamiento y sobre el habla ininteligible de la niña. Pero el hermano Pepe, por ese optimismo y ese entusiasmo que lo caracterizaban, tendía a centrar la atención en los aspectos positivos y poco complicados de las cosas.

La niña, Lupe, era un poco inquietante; en cambio, el muchacho..., en fin, Juan Diego era lisa y llanamente maravilloso. ¡No había contradicción alguna en un chico de catorce años, nacido y criado en el ‘basurero’, que había aprendido a leer por su cuenta en dos idiomas!

—Gracias, Jesús —dijo Edward Bonshaw cuando los dos jesuitas iban de nuevo en la dirección correcta, de regreso a Oaxaca.

Gracias ¿por qué?, se preguntaba Pepe mientras el joven norteamericano proseguía con su muy solemne plegaria.

—Gracias por mi total inmersión allí donde más se me necesita —dijo el escolar.

—Esto es sólo el vertedero de la ciudad —repitió el hermano Pepe—. Los niños de la basura están bastante bien atendidos. Créeme, Edward: en el ‘basurero’ no se te necesita.

—Eduardo —lo corrigió el joven norteamericano.

—Sí, Eduardo —consiguió apenas decir Pepe. Durante años se había enfrentado él solo al padre Alfonso y el padre Octavio; aquellos dos sacerdotes eran mayores que él y estaban más instruidos que el hermano Pepe en materia de teología. En presencia del padre Alfonso y el padre Octavio, Pepe llegaba a sentirse como un traidor a la fe católica, como un humanista secular incorregible, o algo peor. (¿Podía haber algo peor, desde la perspectiva jesuítica?) El padre Alfonso y el padre Octavio se sabían el dogma católico de carrerilla; si bien los dos sacerdotes, con su oratoria, daban mil vueltas al hermano Pepe y le hacían sentir poco apto en su fe, eran irreparablemente doctrinarios.

En Edward Bonshaw, Pepe había encontrado, quizás, un digno adversario para esos dos viejos sacerdotes jesuitas, un enloquecido pero audaz combatiente, uno que podía cuestionar la naturaleza misma de la misión de ‘Niños Perdidos’.

¿Había dado el joven escolar realmente gracias al buen Dios por lo que él llamaba su «total inmersión» en la necesidad de salvar a dos niños de la basura? ¿De verdad el norteamericano consideraba a los niños de la basura candidatos a la salvación?

—Perdón por no haberte dado la bienvenida debidamente, Eduardo —dijo ahora el hermano Pepe—. ‘Lo siento, bienvenido’ —añadió Pepe con admiración.

—¡‘Gracias’! —exclamó el fervoroso joven. A través del parabrisas sucio de

ceniza distinguieron los dos un pequeño obstáculo en la rotonda situada frente a ellos; el tráfico se desviaba para esquivar algo. Edward Bonshaw preguntó—: ¿Un animal atropellado?

Un belicoso contingente de perros y cuervos rivalizaba por el cadáver invisible; cuando el Volkswagen escarabajo rojo se acercó, el hermano Pepe tocó la bocina. Los cuervos alzaron el vuelo; los perros se dispersaron. En la carretera sólo quedaba un manchurrón de sangre. El animal atropellado, si era eso lo que había derramado allí su sangre, ya no estaba.

—Los perros y los cuervos se lo han comido —dedujo Edward Bonshaw.

Otra exclamación ante lo obvio, pensaba el hermano Pepe, pero justo en ese momento Juan Diego habló y se despertó al instante de su largo sueño, que no era en rigor un sueño. (Se trataba más bien de una sucesión de sueños manipulados por la memoria, o a la inversa; era lo que venía echando de menos desde que los betabloqueantes le habían robado la niñez y la incipiente adolescencia, etapa de vital importancia.)

—No, no es un animal atropellado —dijo Juan Diego—. Ésa sangre es mía. Ha goteado de la furgoneta de Rivera; *Diablo* no ha lamido hasta la última gota.

—¿Estaba escribiendo? —preguntó Miriam, la madre imperiosa, a Juan Diego.

—Es una historia truculenta, según parece —comentó la hija, Dorothy.

Sus dos rostros, no precisamente angelicales, lo miraban desde arriba; él notó que las dos habían ido al servicio y se habían cepillado los dientes: el aliento de ambas olía a fresco, no así el suyo. Las azafatas trajinaban en la cabina de primera clase.

El vuelo 841 de Cathay Pacific descendía hacia Hong Kong; en el aire flotaba un olor extraño pero grato, desde luego no el del ‘basurero’ de Oaxaca.

—Estábamos a punto de despertarlo cuando se ha despertado usted solo —dijo Miriam.

—No se pierda las magdalenas de té verde —recomendó Dorothy—; son casi tan buenas como el sexo.

—Sexo, sexo, sexo. Basta ya de sexo, Dorothy —le reprendió su madre.

Juan Diego, consciente de lo mal que debía de olerle el aliento, sonrió a las dos mujeres con los labios apretados. Poco a poco iba tomando conciencia de dónde estaba y de quiénes eran esas dos mujeres tan atractivas. Ah, sí, me salté los betabloqueantes, recordó. ¡He vuelto brevemente al lugar al que pertenezco!, pensaba; cuánto anhelaba volver allí.

¿Y qué era aquello? Tenía una erección bajo el cómico traje de dormir de Cathay Pacific, el bufonesco pijama transpacífico. Y ni siquiera se había tomado la media Viagra; sus comprimidos de Viagra de color azul grisáceo, junto con los betabloqueantes, se hallaban en la maleta facturada.

Juan Diego había dormido más de quince horas en aquel vuelo que duraba dieciséis horas y diez minutos. Renqueando, fue al lavabo con paso apreciablemente más rápido y ligero. Sus ángeles autoproclamados (aunque no exactamente en la

categoría de «ángeles de la guarda») lo observaron alejarse; madre e hija parecían contemplarlo con afecto.

—Es un encanto, ¿a que sí? —preguntó Miriam a su hija.

—Es mono, desde luego —dijo Dorothy.

—Gracias a Dios que lo hemos encontrado... ¡Sin nosotras estaría totalmente perdido! —comentó la madre.

—Gracias a Dios —repitió Dorothy; la palabra «Dios» escapó de los labios carnosos de la joven con poca naturalidad.

—Estaba escribiendo, creo. ¡Imagínate, escribir dormido! —exclamó Miriam.

—¡Sobre sangre que goteaba de una furgoneta! —dijo Dorothy—. ¿*Diablo* no significa «demonio»? —preguntó a su madre, que se limitó a encogerse de hombros.

—Hay que ver, Dorothy, y dale con las magdalenas de té verde. Por favor, son sólo magdalenas —protestó Miriam—. ¡Comerse una magdalena no es lo mismo que el sexo ni por asomo!

Dorothy alzó la vista al techo y suspiró; tanto si estaba sentada como si estaba de pie, parecía permanentemente repantigada. (Era más fácil imaginarla tumbada.)

Juan Diego salió del lavabo sonriendo a la madre y a la hija, tan cautivadoras ambas. Había conseguido quitarse el estrafalario pijama de Cathay Pacific, que entregó a una de las azafatas; estaba impaciente por comerse una magdalena de té verde, aunque al parecer no tanto como Dorothy.

La erección había aflojado sólo un poco, y Juan Diego se la notaba con toda claridad; al fin y al cabo, había echado de menos las erecciones. Normalmente necesitaba tomar media Viagra para tener una..., hasta ese momento.

El pie lisiado siempre le palpitaba un poco después de dormir, nada más despertar, pero ahora el pie le palpitaba de una manera nueva y distinta, o eso imaginó Juan Diego. En su cabeza volvía a tener catorce años, y la furgoneta acababa de aplastarle el pie derecho. Sentía el calor del regazo de Lupe en la nuca y la parte de atrás de la cabeza. La figurilla de Guadalupe, en el salpicadero de Rivera, se meneaba: en esa actitud que a menudo adoptaban las mujeres cuando parecían prometer algo no expresado y no reconocido, que era como se mostraban en ese momento Miriam y su hija, Dorothy, ante Juan Diego. (¡Aunque no puede decirse que ellas menearan las caderas!)

Pero el escritor no podía hablar; Juan Diego tenía los dientes apretados, los labios herméticamente cerrados, como si todavía se esforzara en no gritar de dolor y agitara la cabeza a uno y otro lado en el regazo de su hermana, desaparecida hacía ya tanto tiempo.

6

Sexo y fe

El alargado pasillo que conducía hasta el Regal Airport Hotel en el aeropuerto internacional de Hong Kong lucía una incompleta gama de adornos navideños: renos de rostro feliz y los característicos obreros élficos de Papá Noel, pero no se veía trineo alguno, ni regalos, ni al propio Papá Noel.

—Papá Noel ha ido a echar un polvo; habrá llamado a una agencia de acompañantes —explicó Dorothy a Juan Diego.

—Basta de sexo, Dorothy —advirtió la madre a la chica de aspecto díscolo.

A juzgar por la crispación que impregnaba sus bromas, en apariencia algo más que un simple diálogo entre madre e hija, Juan Diego habría dicho que esa madre y su hija llevaban años viajando juntas..., siglos, por inverosímil que fuera.

—Papá Noel, sin duda, se aloja aquí —afirmó Dorothy a Juan Diego—. Esas gilipolleces navideñas duran todo el año.

—Dorothy, tú no estás aquí todo el año —dijo Miriam—. Eso no puedes saberlo.

—Pasamos aquí tiempo más que suficiente —repuso la hija, malhumorada—. Da la impresión de que nos pasamos aquí todo el año —le dijo a Juan Diego.

Subiendo por una escalera mecánica dejaron atrás un pesebre. A Juan Diego se le hacía raro no haber salido al aire libre, no desde su llegada al JFK en medio de toda aquella nieve. Rodeaban el pesebre los personajes de costumbre, tanto los humanos como los animales de granja; entre los animales había sólo una criatura exótica. Y la milagrosa Virgen María no podía ser plenamente humana, había creído siempre Juan Diego; allí, en Hong Kong, esbozaba una tímida sonrisa y eludía las miradas de sus admiradores. En el nacimiento, ¿no debería haberse centrado la atención en su queridísimo hijo? Por lo visto, no: la Virgen María tendía a acaparar el protagonismo. (No sólo en Hong Kong, había creído siempre Juan Diego.)

Allí estaba José, el pobre incauto, tal como Juan Diego lo veía. Pero si María de verdad era virgen, José, en apariencia, sobrellevaba el episodio del nacimiento todo lo bien que cabía esperar: sin miradas flamígeras o recelosas a todos aquellos curiosos, los Reyes Magos y los pastores, o a los otros mirones y figurantes del belén: una vaca, un burro, un gallo, un camello. (El camello era, naturalmente, la única criatura exótica.)

—Seguro que el padre fue uno de los Reyes Magos —aventuró Dorothy.

—Basta de sexo, Dorothy —dijo su madre.

Juan Diego supuso erróneamente que sólo él se había dado cuenta de que en el pesebre faltaba el Niño Dios, o estaba acaso enterrado en el heno, quizás asfixiado.

—El Niño Jesús... —empezó a decir.

—Alguien secuestró al Santo Niño hace años —explicó Dorothy—. No creo que a los chinos de Hong Kong les importe mucho.

—Quizás el Niño Dios ha ido a hacerse un lifting —aventuró Miriam.

—No todo el mundo se hace liftings, mamá —dijo Dorothy.

—Ese Santo Niño ya no es un pipiolo, Dorothy —comentó su madre—. Créeme, Jesús se ha hecho un lifting.

—La Iglesia católica se ha hecho mucho más que un lifting para darse realce cosmético —afirmó Juan Diego con aspereza, como si la Navidad y toda esa campaña propagandística de los pesebres fueran un asunto exclusivamente católico. Madre e hija lo miraron con expresión interrogativa, como si las desconcertara su tono airado. Pero, desde luego, no podía ser que Miriam y Dorothy se sorprendieran de la perceptible causticidad en la voz de Juan Diego, no si habían leído sus novelas, como así era. Juan Diego tenía sus propios motivos de descontento, no con la gente de fe, no con los creyentes de ninguna índole, sino con ciertos principios sociales y políticos de la Iglesia católica.

Sin embargo, esa esporádica aspereza de Juan Diego en el habla sorprendía a todo el mundo, por lo ecuánime que parecía y —debido a la cojera del pie derecho— por lo despacio que se movía. No daba la impresión de que Juan Diego fuera una persona inclinada al riesgo, excepto en lo que a su imaginación se refería.

En lo alto de la escalera mecánica, los tres viajeros llegaron a un confuso cruce de pasillos subterráneos: había letreros que señalaban a Kowloon y la isla de Hong Kong, y a un lugar llamado península de Sai Kung.

—¿Vamos a tomar un tren? —preguntó Juan Diego a sus admiradoras.

—Ahora no —contestó Miriam, y lo agarró del brazo.

Tenían conexión con una estación de tren, supuso Juan Diego, pero había desconcertantes anuncios de sastrerías, restaurantes y joyerías; para las joyas ofrecían «ópalos sin fin».

—¿Por qué «sin fin»? ¿Qué tienen de especial los ópalos? —preguntó Juan Diego, pero esas mujeres, al parecer, tenían una forma de escuchar peculiarmente selectiva.

—Primero iremos al hotel, sólo para refrescarnos —dijo Dorothy, que lo había agarrado del otro brazo.

Juan Diego avanzó renqueante; imaginó que no cojeaba tanto como de costumbre. Pero ¿por qué? Dorothy arrastraba sin esfuerzo la maleta facturada de Juan Diego y la suya propia, las dos con una sola mano. ¿Cómo se las apaña?, estaba preguntándose Juan Diego cuando pasaron ante un gran espejo mural, ya cerca de la recepción del hotel. Pero cuando Juan Diego echó una rápida ojeada al espejo para examinarse, sus dos acompañantes no aparecían junto a él; curiosamente, no vio en el espejo las imágenes de esas dos eficientes mujeres. Quizás el vistazo al espejo había sido demasiado rápido.

—Iremos en tren a Kowloon. Allí veremos los rascacielos de la isla de Hong Kong, sus luces reflejadas en las aguas del puerto. Es mejor verlo de noche —susurraba Miriam a Juan Diego al oído.

—Picaremos algo, tomaremos un par de copas; luego volveremos en tren al hotel —le dijo Dorothy al otro oído—. Para entonces ya tendremos sueño.

Algo hizo pensar a Juan Diego que ya había visto a esas dos mujeres antes, pero ¿dónde?, ¿cuándo?

¿Fue en el taxi que había saltado por encima de la barrera de seguridad y quedado hundido en un metro de nieve en el circuito de *footing* que discurría paralelo al río Este? El taxista intentaba desenterrar las ruedas posteriores, no con una pala sino con la rasqueta quita hielo.

«¿Tú de dónde eres, mamón? ¿Del puto México?», le había gritado el chófer de Juan Diego.

Los rostros de dos mujeres que escudriñaban qué estaba pasando fuera parecían enmarcados en la ventanilla trasera del taxi; podrían haber sido una madre y su hija, pero Juan Diego consideraba en extremo improbable que aquellas dos mujeres visiblemente asustadas pudieran ser Miriam y Dorothy. A Juan Diego le resultaba difícil imaginar a Miriam y a Dorothy amedrentadas. ¿Quién o qué podría atemorizarlas? Aun así, la sensación no lo abandonaba: ya había visto antes a esas dos mujeres de armas tomar, no le cabía duda.

—Es muy moderno —fue lo único que se le ocurrió decir a Juan Diego sobre el Regal Airport Hotel mientras subía en el ascensor con Miriam y Dorothy. Madre e hija lo habían registrado en recepción; él sólo había tenido que enseñar el pasaporte. Creía que ni siquiera había pagado.

Se trataba de una de esas habitaciones de hotel donde la llave es una especie de tarjeta de crédito; después de entrar en la habitación se insertaba la tarjeta en una ranura instalada en la pared justo al lado de la puerta.

—Si no, las luces no funcionan y la tele no se enciende —había explicado Dorothy.

—Avísenos si tiene problemas con esos artilugios modernos —le dijo Miriam a Juan Diego.

—Problemas con esas gilipolleces modernas, o cualquier otro tipo de problema —añadió Dorothy. Había anotado el número de su propia habitación..., y el de la de su madre..., en la carpetilla de la llave-tarjeta de Juan Diego.

¿No comparten habitación?, se preguntó Juan Diego cuando se quedó a solas en su habitación.

En la ducha tuvo otra erección; sabía que debía tomar un betabloqueante: era consciente de que llevaba horas de retraso. Pero, al ver la erección, le entraron dudas. ¿Y si Miriam, o Dorothy, se le ofrecían? O, más inimaginable aún, ¿y si se le ofrecían las dos?

En el cuarto de baño, Juan Diego sacó los betabloqueantes del neceser; dejó los comprimidos al lado del vaso de agua, junto al lavabo. Eran comprimidos de Lopressor, elípticos, de un gris azulado. Sacó los comprimidos de Viagra y los miró. Los de Viagra no eran exactamente elípticos; venían a ser de la forma de un balón de

fútbol americano pero cuadrangular. La mayor similitud entre la Viagra y el Lopressor era el color de los comprimidos: los dos eran azul grisáceo.

Si llegaba a obrarse el milagro de que Miriam o Dorothy se le ofrecieran, era demasiado pronto aún para tomar Viagra, como Juan Diego sabía. Así y todo, extrajo del neceser su cortador de pastillas; lo colocó junto a los comprimidos de Viagra, en el mismo lado del lavabo, sólo para acordarse de que la mitad de una Viagra bastaría. (Como novelista, también concedía importancia a la anticipación.)

¡Estoy imaginando cosas como un adolescente calenturiento!, pensaba Juan Diego mientras se vestía para reunirse con las dos mujeres. Le sorprendía su propia conducta. En esas insólitas circunstancias no tomó medicación alguna; aborrecía la forma en que lo mermaban los betabloqueantes y sabía que no le convenía tomar la media Viagra prematuramente. Cuando volviera a Estados Unidos, pensaba Juan Diego, ¡debía acordarse de dar las gracias a Rosemary por recomendarle que experimentara!

Era una pena que Juan Diego no viajara con su amiga médico. De lo que debía acordarse el escritor no era de «Dar las gracias a Rosemary» (por sus indicaciones referentes al uso de la Viagra). La doctora Stein podría haberle recordado a Juan Diego la razón por la que se sentía como un desventurado Romeo cojeando de aquí para allá en el cuerpo de un escritor entrado en años: ¡si tomas betabloqueantes y te saltas una dosis, cuidado! Tu cuerpo ha estado privado de adrenalina; tu cuerpo de pronto produce más adrenalina, y más receptores de adrenalina. Esos mal llamados sueños, que en realidad eran evocaciones realizadas en alta definición de su niñez e incipiente adolescencia, obedecían tanto al hecho de que Juan Diego no hubiese tomado un Lopressor como a su repentino y sobrealimentado deseo sexual por dos desconocidas, una madre y su hija, que parecían tomarse más confianzas de las que deberían tomarse dos desconocidas.

El tren, el expreso entre el aeropuerto y la estación de Kowloon, costaba noventa dólares de Hong Kong. Puede que el motivo por el que Juan Diego no escrutara detenidamente a Miriam o Dorothy en el tren fuera la timidez; que le interesara sinceramente leer hasta la última palabra de ambas caras de su billete de ida y vuelta era más que dudoso. Juan Diego no tenía mucho interés en comparar los caracteres chinos con las palabras correspondientes en inglés. REGRESO EN EL MISMO DÍA, figuraba en versalita, pero, al parecer, no existía equivalente a la versalita en los invariables caracteres chinos.

Como escritor, Juan Diego consideró poco acertado el «1 solo viaje»: ¿el numeral «1» no debería haberse escrito con letras? ¿No habría quedado mejor «un solo viaje»? Casi como un título, pensó Juan Diego. Anotó algo en el billete con su omnipresente bolígrafo.

—¿Qué hace? —preguntó Miriam a Juan Diego—. ¿Qué encuentra tan fascinante en un billete de tren?

—Está escribiendo otra vez —aclaró Dorothy a su madre—. Siempre está escribiendo.

—«Billete de adulto a la ciudad» —dijo Juan Diego; leyó en voz alta a las mujeres el texto del billete de tren, que a continuación se guardó en el bolsillo de la camisa. En realidad no sabía cómo comportarse en una cita; nunca lo había sabido, pero esas dos mujeres eran especialmente inquietantes.

—Siempre que oigo la palabra «adulto», pienso que me hablan de algo pornográfico —comentó Dorothy a Juan Diego con una sonrisa.

—Basta, Dorothy —atajó su madre.

Ya oscurecía cuando el tren llegó a la estación de Kowloon; el paseo marítimo de Kowloon era un hervidero de turistas, fotografiando muchos de ellos la sucesión de rascacielos que formaban el paisaje urbano de Hong Kong, pero Miriam y Dorothy flotaron inadvertidas entre la muchedumbre. Debido acaso a la magnitud de su encaprichamiento con esa madre y su hija, Juan Diego imaginaba que cojeaba menos cuando Miriam o Dorothy lo cogían del brazo o la mano; incluso creyó «flotar» tan inadvertido como ellas.

Los ajustados jerséis que llevaban las dos mujeres bajo las rebecas realzaban sus pechos, y sin embargo eran jerséis en cierto modo conservadores. Quizás era ese elemento conservador el motivo por el que Miriam y Dorothy pasaban inadvertidas, pensó Juan Diego; ¿o se debía tal vez a que los demás turistas eran en su mayoría asiáticos, sin el menor interés, por lo visto, en esas dos atractivas occidentales? Además de los jerséis, Miriam y Dorothy vestían faldas, que también realzaban su silueta; es decir, eran «ceñidas», o así las habría descrito Juan Diego, pero sus faldas no atraían especialmente la atención.

¿Soy yo el único que no puede dejar de mirar a estas mujeres?, se preguntó Juan Diego. Vivía ajeno a las modas; no cabía esperar que entendiese el efecto de los colores neutros. Juan Diego no se fijó en que Miriam y Dorothy vestían faldas y jerséis de tonos beige y marrón, o plateado y gris, ni se fijó en el impecable diseño de su ropa. En cuanto al tejido, tal vez pensara que parecía agradable al tacto, pero en lo que sí se fijó fue en los pechos de Miriam y Dorothy..., y en sus caderas, claro está.

Juan Diego no recordaría casi nada del viaje en tren a la estación de Kowloon, y nada en absoluto del concurrido paseo marítimo de Kowloon, ni siquiera el restaurante donde cenaron, salvo por el hecho de que tenía un apetito inusitado, y de que se lo pasó bien en compañía de Miriam y Dorothy. A decir verdad, no recordaba cuándo se lo había pasado tan bien por última vez, pese a que, transcurrido un tiempo —menos de una semana—, no recordaba ya de qué habían hablado. ¿Sus novelas? ¿Su infancia?

Cuando Juan Diego conocía a sus lectores, procuraba no hablar de sí mismo más de la cuenta, porque los lectores tendían a preguntarle por su vida. A menudo intentaba encauzar la conversación hacia las vidas de sus lectores; seguramente había pedido a Miriam y Dorothy que le hablaran de sí mismas. ¿Cómo había sido su

infancia, su adolescencia? Y Juan Diego debía de haber preguntado a esas mujeres, aunque discretamente, sobre los hombres de sus vidas; con toda certeza había sentido curiosidad por saber si estaban comprometidas. Sin embargo, no recordaba nada de su conversación en Kowloon, ni una sola palabra aparte de la absurda atención prestada al billete de tren cuando iban de camino a la estación de Kowloon en el expreso del aeropuerto, y sólo algún retazo de conversación sobre libros en el tren durante el trayecto de regreso al Regal Airport Hotel.

Un detalle destacaba en el viaje de vuelta, un momento incómodo en la planta subterránea, lustrosa y aséptica de la estación de Kowloon mientras Juan Diego esperaba con las dos mujeres en el andén.

El interior acristalado y dorado, con sus relucientes papeleras de acero inoxidable —allí plantadas como centinelas de la limpieza—, confería al andén el aire de un pasillo de hospital. Juan Diego buscaba sin éxito el icono de una cámara o una fotografía en el llamado «menú» de su teléfono móvil —quería tomar una foto de Miriam y Dorothy— cuando la omnisciente madre le tomó el teléfono móvil.

—Dorothy y yo no nos hacemos fotos..., no nos gusta nada cómo quedamos en las fotografías..., pero permítame que le saque una a usted —dijo Miriam.

Estaban casi solos en el andén, salvo por una joven pareja china (unos chavales, pensó Juan Diego) cogida de la mano. El joven había estado observando a Dorothy, que había arrancado el móvil de Juan Diego de las manos de su madre.

—Trae, déjame a mí —dijo Dorothy a su madre—. A ti te salen muy mal las fotos.

Pero el joven chino quitó el móvil a Dorothy.

—Si la saco yo, puedo hacer una de los tres —se prestó el muchacho.

—¡Ah, sí, gracias! —contestó Juan Diego.

Miriam dirigió a su hija una de esas miradas que decían: si me hubieras dejado hacerla a mí, Dorothy, esto no habría pasado.

Todos oyeron acercarse el tren, y la joven china dijo algo a su novio: sin duda para apremiarlo por la inminente llegada del tren.

Él se dio prisa. La foto pilló a Juan Diego, y a Miriam y Dorothy, por sorpresa. Al parecer, la pareja china pensó que era una foto decepcionante —¿quizá desenfocada? —, pero el tren ya estaba allí. Fue Miriam quien arrebató el móvil a la pareja, y Dorothy quien —aún más rápida— se lo quitó a su madre. Juan Diego ocupaba ya su asiento en el expreso del aeropuerto cuando Dorothy le devolvió el teléfono; ya no estaba en modo cámara.

—No salimos bien en las fotografías —se limitó a decir Miriam dirigiéndose a los dos jóvenes chinos, que parecían demasiado alterados por el incidente. (Quizá las fotos solían quedarles mejor.)

Juan Diego escudriñaba una vez más el menú de su teléfono móvil, que para él era un laberinto de misterios. ¿Para qué servía el icono Centro Multimedia? Para nada que yo necesite, pensaba Juan Diego cuando Miriam le cubrió las manos con las

suyas; se inclinó hacia él, como si aquél fuera un tren ruidoso (no lo era), y le habló como si estuvieran solos, pese a que Dorothy se hallaba allí mismo y sin duda la oía... hasta la última palabra.

—Esto no tiene nada que ver con el sexo, Juan Diego, pero quisiera hacerle una pregunta —dijo Miriam. Dorothy soltó una áspera carcajada, tan estridente que atrajo la atención de la joven pareja, que cuchicheaba en un asiento cercano del vagón. (La chica, aunque iba sentada en el regazo del muchacho, parecía molesta con él por alguna razón)—. De verdad que no, Dorothy —replicó Miriam con brusquedad.

—Ya veremos —repuso la hija con desdén.

—En *Una historia desencadenada por la Virgen María* hay una parte en que el misionero..., no recuerdo cómo se llama... —Miriam se interrumpió.

—Martin —apuntó Dorothy en voz baja.

—Sí, Martin —se apresuró a repetir Miriam—. Supongo que ésta la has leído —añadió para su hija—. Martin admira a san Ignacio de Loyola, ¿no? —preguntó Miriam a Juan Diego, pero prosiguió de inmediato sin dar al novelista tiempo para contestar—. Estoy pensando en el encuentro del santo con ese moro que iba a lomos de una mula, y la posterior discusión entre ambos sobre la Virgen María —dijo Miriam.

—Tanto el moro como san Ignacio van en mula —interrumpió Dorothy a su madre.

—Ya lo sé, Dorothy —dijo Miriam con displicencia—. Y el moro dice que sí cree que María Madre ha concebido sin un hombre, pero no cree que siga siendo virgen después de dar a luz.

—Esa parte tiene que ver con el sexo, y tú lo sabes —afirmó Dorothy.

—No tiene nada que ver, Dorothy —repuso su madre.

—Y cuando el moro sigue adelante, el joven Ignacio piensa que debería ir tras el musulmán y matarlo, ¿no es así? —preguntó Dorothy a Juan Diego.

—Así es —consiguió decir Juan Diego, pero no estaba pensando en esa antigua novela ni en el misionero a quien había puesto el nombre de Martin, que admiraba a san Ignacio de Loyola. Juan Diego estaba pensando en Edward Bonshaw y el día de su llegada a Oaxaca, el día que le cambió la vida.

Mientras Rivera llevaba en la furgoneta a Juan Diego herido al Templo de la Compañía de Jesús, y el muchacho esbozaba una mueca de dolor y tenía la cabeza apoyada en el regazo de Lupe, Edward Bonshaw iba también camino del templo de los jesuitas. Si bien Rivera esperaba un milagro, de esos que, según imaginaba el responsable del vertedero, podía obrar la Virgen María, era el nuevo misionero norteamericano quien estaba a punto de convertirse en el milagro más creíble en la vida de Juan Diego, un milagro de hombre, no un santo, y una mezcla de flaquezas humanas donde las hubiera.

¡Ay, cómo echaba de menos al ‘señor Eduardo’!, pensó Juan Diego, con los ojos empañados en lágrimas.

—«Era extraordinario que san Ignacio sintiera tan vehemente necesidad de defender la virginidad de María Madre» —decía Miriam, pero su voz se apagó cuando vio que Juan Diego estaba al borde del llanto.

—«La difamación de las circunstancias vaginales de la Virgen María después del parto era un comportamiento inapropiado e inaceptable» —intervino Dorothy.

En ese momento, Juan Diego, conteniendo las lágrimas, cayó en la cuenta de que madre e hija repetían literalmente las frases que él había escrito en *Una historia desencadenada por la Virgen María*. Pero ¿cómo podían recordar tan fielmente las frases de su novela, casi al pie de la letra? ¿Cómo podía un lector cualquiera hacer algo así?

—¡No, no llore, buen hombre! —exclamó de pronto Miriam; le tocó la cara—. ¡Es sólo que me encanta ese fragmento!

—Le has hecho llorar —reprochó Dorothy a su madre.

—No, no; no es lo que piensan —empezó a decir Juan Diego.

—Su misionero... —prosiguió Miriam.

—Martin —le recordó Dorothy.

—¡Ya lo sé, Dorothy! —dijo Miriam—. Es tan conmovedor, tan tierno... Eso de que Martin encuentre admirable a Ignacio —continuó Miriam—. ¡O sea, da la impresión de que san Ignacio está loco de atar!

—Quiere matar a un desconocido que va en mula, y sólo por dudar de las circunstancias vaginales de la Virgen María después del parto. ¡Hay que estar como una chota! —declaró Dorothy.

—Pero Ignacio, como siempre —les recordó Juan Diego—, indaga la voluntad de Dios a ese respecto.

—¡No me venga ahora con la voluntad de Dios! —exclamaron Miriam y Dorothy espontáneamente, como si tuvieran por costumbre usar esa expresión, solas o juntas. (También eso atrajo la atención de la joven pareja china.)

—«Y en la bifurcación del camino, Ignacio soltó las riendas de su mula; si el animal seguía al moro, Ignacio mataría al infiel» —dijo Juan Diego. Podría haber relatado la historia con los ojos cerrados. No es insólito que un novelista recuerde lo que ha escrito casi palabra por palabra, estaba pensando Juan Diego. En cambio, que los lectores retuvieran las palabras textuales... En fin, eso sí era insólito, ¿o no?

—«Pero la mula eligió el otro camino» —recitaron madre e hija al unísono; a ojos de Juan Diego, parecían dotadas de la autoridad omnisciente de un coro griego.

—«Pero san Ignacio estaba loco; debía de ser un demente» —prosiguió Juan Diego; no sabía hasta qué punto ellas entendían esa parte.

—Sí —dijo Miriam—. Demuestra usted una gran valentía por decirlo..., aunque sea en una novela.

—La cuestión de las circunstancias vaginales de alguien es sexual —insistió Dorothy.

—No lo es; tiene que ver con la fe —contestó Miriam.

—Tiene que ver con el sexo y con la fe —musitó Juan Diego; no lo decía por ser diplomático: hablaba en serio. Las dos mujeres se dieron cuenta.

—¿Ha conocido usted a alguien como ese misionero que admiraba a san Ignacio? —preguntó Miriam.

—Martin —repitió Dorothy en voz baja.

Creo que necesito un betabloqueante; Juan Diego no lo dijo, pero fue lo que pensó.

—Lo que mi madre quiere saber es si Martin era real —preguntó Dorothy; había visto cómo el escritor se ponía tenso ante la pregunta de su madre, y lo hizo tan perceptiblemente que Miriam le había soltado las manos.

Juan Diego tenía el corazón acelerado: sus receptores de adrenalina estaban «recibiendo» a mansalva, pero no podía hablar.

—He perdido a tantas personas —intentó decir Juan Diego, pero la palabra «personas» fue ininteligible, como si lo hubiera dicho Lupe.

—Me da que era real —comentó Dorothy a su madre.

Las dos apoyaron las manos en Juan Diego, que temblaba en el asiento.

—El misionero que yo conocí no era Martin —farfulló Juan Diego.

—Dorothy, este buen hombre ha perdido a seres queridos; las dos leímos aquella entrevista, ya sabes —dijo Miriam a su hija.

—Sí, ya sé —repuso Dorothy—. Pero estabas preguntándole por el personaje de Martin —dijo la hija a su madre.

Juan Diego sólo pudo mover la cabeza en un gesto de negación; acto seguido se le saltaron las lágrimas, muchas lágrimas. No podría haber explicado a esas mujeres por qué (ni por quién) lloraba... O bueno, al menos no en el expreso del aeropuerto.

—¡‘Señor Eduardo’! —exclamó Juan Diego—. ¡‘Querido Eduardo’!

En ese momento la joven china, todavía sentada en el regazo de su novio —todavía molesta por algo, también—, tuvo al parecer un arrebato. Empezó a pegar a su novio, más por frustración que por ira, y casi en broma (en contraposición a cualquier acción ni remotamente cercana a la violencia real).

—¡Le he dicho que era usted! —dijo la chica de pronto a Juan Diego—. Sabía que era usted, ¡pero él no me ha creído!

Se refería a que había reconocido al escritor, quizá desde el principio, pero su novio discrepaba..., o no era lector. A ojos de Juan Diego, el muchacho chino no parecía lector, y al escritor no le habría sorprendido que la novia del muchacho sí lo fuera. ¿Acaso no era ésa la teoría que Juan Diego había formulado repetidamente? Las lectoras mantenían viva la literatura: ahí tenía un ejemplo más. Cuando Juan Diego, levantando la voz, pronunció en español el nombre del escolar, la joven china supo que no se había equivocado en cuanto a su identidad.

No era más que otro de esos momentos en que reconocían al escritor, comprendió Juan Diego. Lamentó no poder dejar de sollozar. Saludó con la mano a la joven china e intentó sonreír; si hubiese advertido cómo miraban Miriam y Dorothy a la pareja

china, tal vez se habría preguntado si no corría peligro en compañía de esa madre y esa hija desconocidas, pero Juan Diego no vio cómo Miriam y Dorothy obligaban a callarse a la lectora china con una mirada fulminante... No, era más bien una mirada amenazadora. (Era, en realidad, una mirada que decía: nosotras lo hemos encontrado primero, putilla adúladora. Ve a buscarte a tu propio escritor preferido; ¡éste es nuestro!)

¿Por qué Edward Bonshaw andaba siempre citando a Tomás de Kempis? El ‘señor Eduardo’ se complacía en tomarse un poco a broma una frase de *La imitación de Cristo*: «Con los mancebos y extraños conversa poco».

En fin, ya era demasiado tarde para prevenir a Juan Diego contra Miriam y Dorothy. Uno no se salta una dosis de betabloqueantes y se queda luego indiferente ante un par de mujeres como esa madre y su hija.

Dorothy había estrechado a Juan Diego contra su pecho; lo meció entre sus brazos asombrosamente fuertes, donde él siguió sollozando. Sin duda, Juan Diego había notado que la joven llevaba uno de esos sujetadores que dejan los pezones a la vista; se le veían los pezones a través del sujetador y a través del jersey que Dorothy llevaba bajo la rebeca abierta.

Debía de ser Miriam (pensó Juan Diego) quien ahora le masajeaba la nuca; una vez más se había inclinado hacia él para susurrarle al oído.

—¡Cielo de hombre, claro que es doloroso ser usted! ¡Esas cosas que siente! La mayoría de los hombres no siente lo que siente usted —dijo Miriam—. Esa pobre madre en *Una historia desencadenada por la Virgen María*... ¡Dios mío! Cuando pienso en lo que le pasa...

—No sigas —advirtió Dorothy a su madre.

—¡Una estatua de la Virgen María cae de su pedestal y la aplasta! Muere allí mismo —prosiguió Miriam.

Dorothy sintió cómo se estremecía Juan Diego contra sus pechos.

—Ya lo has conseguido, mamá —reprobó la hija—. ¿Es que pretendes hacerlo más infeliz aún?

—No captas el sentido, Dorothy —se apresuró a decir su madre—. Como dice en la novela: «Al menos era feliz. No todo cristiano tiene la buena fortuna de morir en el acto por obra de la Virgen Santísima». ¡Es una escena cómica, por Dios!

Pero Juan Diego zarandeaba la cabeza (otra vez), en esta ocasión contra los pechos de la joven Dorothy.

—¿No sería tu madre? Eso no fue lo que le pasó a ella, ¿verdad? —preguntó Dorothy.

—Basta ya de insinuaciones autobiográficas, Dorothy —dijo su madre.

—Mira quién fue a hablar —contestó Dorothy a Miriam.

Sin duda, Juan Diego se había fijado en que Miriam también tenía unos pechos atractivos, pese a que no se le veían los pezones a través del jersey. El suyo no era un sujetador tan «actual», pensaba Juan Diego a la par que, con visible esfuerzo,

intentaba contestar a la pregunta de Dorothy sobre su propia madre, que no había muerto aplastada al caerle encima una estatua de la Virgen María..., no exactamente.

Pero tampoco esta vez consiguió Juan Diego articular palabra. Padecía una sobrecarga emocional y sexual; corría por su cuerpo tal cantidad de adrenalina que no podía contener la lujuria ni las lágrimas. Echaba de menos a todos aquellos a quienes había conocido a lo largo de su vida. Deseaba a Miriam y a Dorothy, a las dos, hasta tal punto que habría sido incapaz de expresar a cuál de esas mujeres ansiaba más.

—Pobrecillo —le susurró Miriam al oído; Juan Diego notó que le besaba la nuca.

Dorothy se limitó a tomar aire. Juan Diego sintió que el pecho de la joven se expandía contra su cara.

¿Qué era lo que decía Edward Bonshaw en los momentos en que el fervoroso joven consideraba que el mundo de las flaquezas humanas debía doblegarse a la voluntad de Dios, cuando lo único que podíamos hacer los simples mortales era prestar atención a la voluntad de Dios, fuera cual fuese, y después cumplirla? Juan Diego aún oía al ‘señor Eduardo’ decir esto: «*Ad maiorem Dei gloriam*, “Para mayor gloria de Dios”».

En aquellas circunstancias —acurrucado contra el pecho de Dorothy, besado por la madre de ésta—, ¿no era eso lo único que Juan Diego podía hacer? ¿«Prestar atención» a la voluntad de Dios, fuera cual fuese, y después «cumplirla»? En eso, claro está, había una contradicción: Juan Diego no se hallaba precisamente en compañía de un par de mujeres afines a la voluntad de Dios. (Miriam y Dorothy eran de esas mujeres que decían: «¡No me venga ahora con la voluntad de Dios!».)

—*Ad maiorem Dei gloriam* —musitó el novelista.

—Debe de ser español —dijo Dorothy a su madre.

—Por Dios, Dorothy —protestó Miriam—. Es latín, joder.

Juan Diego sintió que Dorothy se encogía de hombros.

—Sea lo que sea —dijo la hija rebelde—, tiene que ver con el sexo, eso seguro.

Dos vírgenes

En la habitación del hotel de Juan Diego había un tablero de mandos con diversos botones en la mesilla de noche. Esos botones atenuaban —o encendían y apagaban—, de algún modo no muy claro, las luces del dormitorio y el cuarto de baño, pero tenían un efecto desconcertante en la radio y el televisor.

La sádica camarera había dejado la radio puesta —este avieso comportamiento, a menudo por debajo del umbral de detección precoz, debía de estar arraigado en las camareras de hotel de todo el mundo—, sin embargo, Juan Diego consiguió quitar el volumen de la radio, aunque no apagarla. Las luces, en efecto, se habían atenuado; pero esas mismas luces persistían débilmente pese a los esfuerzos de Juan Diego para apagarlas. El televisor había florecido, brevemente, pero se hallaba de nuevo a oscuras y en silencio. En último extremo, como Juan Diego sabía, podía extraer la tarjeta de crédito (en realidad, la llave de su habitación) de la ranura instalada junto a la puerta; así, como Dorothy le había informado, todos los dispositivos eléctricos se extinguirían, y tendría que moverse a tientas en la oscuridad absoluta.

Puedo convivir con la penumbra, pensó el escritor. No se explicaba a qué se debía ese cansancio después de dormir quince horas en el avión. Quizás el tablero de mandos estuviese averiado, ¿o se debía a su lujuria recién descubierta? Y la camarera cruel había cambiado de sitio los objetos del cuarto de baño. El cortador de pastillas no estaba donde él había colocado cuidadosamente los betabloqueantes (junto con la Viagra), sino en el lado opuesto del lavabo.

Sí, era consciente de que debería haberse tomado el betabloqueante hacía ya mucho tiempo; aun así, no se tomó una de aquellas pastillas de color azul grisáceo, Lopressor. Después de sostener el comprimido elíptico en la mano durante un rato, al final lo había devuelto al envase original. Juan Diego había optado por tomarse una Viagra entera. No había olvidado que media pastilla bastaba; imaginaba que necesitaría más de media Viagra si Dorothy lo llamaba por teléfono o se presentaba ante su puerta.

Mientras yacía apenas despierto en la habitación tenuemente iluminada del hotel, Juan Diego imaginó que una visita de Miriam quizá le exigiera también una Viagra entera. Y como estaba acostumbrado a sólo media Viagra —cincuenta miligramos en lugar de cien— notó la nariz más taponada que otras veces y la garganta seca, y sintió un incipiente dolor de cabeza. Siempre precavido, había tomado mucha agua con la Viagra; al parecer, el agua reducía los efectos secundarios. Y el agua lo obligaría a levantarse por la noche a orinar, si no bastaba con la cerveza. Así, si Dorothy o Miriam no hacían acto de presencia, no tendría que esperar hasta la mañana para tomar una de aquellas pastillas de Lopressor que tanto lo mermaban; con todo el tiempo que había pasado desde el último betabloqueante, reflexionó Juan Diego,

quizá debería tomar dos pastillas de Lopressor. Pero los turbadores deseos inducidos por la adrenalina se habían combinado con el cansancio, y con su eterna inseguridad. ¿Por qué cualquiera de esas dos deseables mujeres habría de querer acostarse conmigo?, se preguntó el novelista. Para entonces, por supuesto, ya estaba dormido. No había allí nadie para darse cuenta, pero, aun dormido, tenía una erección.

Si la subida de adrenalina había estimulado su deseo de mujeres —de una madre y de su hija, nada menos—, Juan Diego debería haber previsto que sus sueños (la reconstrucción de sus experiencias adolescentes más formativas) podían presentarse de forma más detallada.

Durante el sueño que tuvo en el Regal Airport Hotel, Juan Diego casi no reconoció la furgoneta de Rivera. Regueros de sangre del muchacho se entretejían en el exterior de la cabina azotada por el viento; poco más reconocible era la cara salpicada de sangre de *Diablo*, el perro del ‘jefe’. La sanguinolenta furgoneta, que estaba aparcada ante el Templo de la Compañía de Jesús, captó la atención de los turistas y devotos que habían acudido al templo. Resultaba difícil no fijarse en el perro jaspeado de sangre.

Diablo, al que habían dejado en la plataforma de la furgoneta de Rivera, poseía un implacable sentido del territorio; no permitiría que los mirones se acercaran a la furgoneta más de la cuenta, aunque un niño audaz había tocado un reguero de sangre ya medio seca en la puerta del acompañante el tiempo suficiente para constatar que seguía aún pegajosa y era, en efecto, sangre.

—¡‘Sangre’! —exclamó el niño valiente.

—‘Una matanza’ —susurró alguien. ¡En fin, hay que ver qué conclusiones extrae la gente!

A partir de un poco de sangre derramada en una furgoneta vieja, y un perro ensangrentado, esa gente se precipitaba a sacar conclusiones, una tras otra. Un grupo escindido del gentío se apresuró a entrar en el templo; circulaba el rumor de que la víctima de lo que parecía un tiroteo entre bandas había sido depositada a los pies de la enorme Virgen María. (¿Quién iba a querer perderse una cosa así?)

Inmediatamente después de ese desbarajuste de especulaciones, y del desplazamiento parcial pero repentino de la gente —un corrillo enloquecido abandonando el escenario del crimen (la furgoneta junto al bordillo) para presenciar el drama que se desarrollaba dentro del templo—, el hermano Pepe encontró un sitio donde aparcar su polvoriento Volkswagen escarabajo rojo junto al vehículo manchado de sangre y *Diablo*, el perro de aspecto asesino.

El hermano Pepe reconoció la furgoneta del ‘jefe’; vio la sangre y supuso que quizá los pobres niños, que estaban (como Pepe sabía) al cuidado de Rivera, habían sufrido algún daño indescriptible.

—Uy, ‘los niños’ —dijo Pepe. Dirigiéndose a Edward Bonshaw, Pepe se apresuró a añadir—: Deja tus cosas; parece que hay algún problema.

—¿Problema? —repitió el fervoroso joven a su manera entusiasta. Entre el gentío alguien había pronunciado la palabra ‘perro’, y Edward Bonshaw, que corría tras el oscilante hermano Pepe, alcanzó a ver al aterrador *Diablo*—. ¿Qué pasa con el perro? —preguntó Edward al hermano Pepe.

—‘El perro ensangrentado’ —repitió Pepe, primero en español y luego en inglés.

—¡Sí, ya lo veo! —dijo Edward Bonshaw, un tanto exasperado.

El templo jesuita estaba abarrotado de atónitos espectadores.

—¡‘Un milagro’! —vociferó uno de los mirones.

El español de Edward Bonshaw era más selectivo que malo a secas; conocía la palabra ‘milagro’: despertó en él un vivo interés.

—¿Un milagro? —preguntó Edward a Pepe, que se abría paso a empujones hacia el altar—. ¿Qué Milagro?

—¡No lo sé, acabo de llegar! —dijo el hermano Pepe con la respiración entrecortada. Queríamos un profesor de inglés y tenemos un ‘milagrero’, pensaba el pobre Pepe.

Era Rivera quien había estado suplicando audiblemente un milagro, y la multitud de idiotas —o algunos idiotas entre la multitud— sin duda lo había oído. Ahora la palabra «milagro» corría en boca de todos.

El ‘jefe’ había colocado a Juan Diego ante el altar con sumo cuidado, pero el muchacho chillaba igualmente. (En sus sueños, Juan Diego restaba importancia al dolor.) Rivera se santiguaba y hacía genuflexiones una y otra vez ante la imperiosa estatua de la Virgen María sin dejar de mirar por encima del hombro, atento a la aparición de la madre de los niños de la basura; no estaba claro si Rivera rezaba por la curación de Juan Diego, o si el responsable del vertedero esperaba más bien un milagro que lo salvara a él de la cólera de Esperanza; es decir, de que culpara a Rivera (como seguramente haría) del accidente.

—Esos gritos no son una buena señal —mascullaba Edward Bonshaw. Aún no había visto al muchacho, pero los gritos de dolor de un niño no daban pie a grandes expectativas de milagro.

—Un típico caso de ilusa falsedad —dijo el hermano Pepe entre jadeos, consciente de que en su frase algo no cuadraba. Preguntó a Lupe qué había pasado, pero no entendió la respuesta de la niña enloquecida.

—¿En qué idioma habla? —preguntó Edward con gran interés—. Se parece un poco al latín.

—Jerigonza incomprensible, aunque, por lo que se ve, es una niña muy inteligente, presciente incluso —susurró el hermano Pepe al oído del recién llegado—. Nadie la entiende aparte del muchacho. —Los gritos eran insoportables.

Fue entonces cuando Edward Bonshaw vio a Juan Diego, postrado y sangrante ante la formidable Virgen María.

—¡Madre misericordiosa! ¡Salva a este pobre niño! —exclamó el oriundo de Iowa, acallando los murmullos de la turbamulta pero no los gritos del muchacho.

Juan Diego no había reparado en la presencia de las otras personas en el templo, salvo por dos mujeres, en apariencia plañideras, que estaban de rodillas en el primer banco. Vestían de luto, tocadas con velo, la cabeza del todo cubierta. Curiosamente, ver a las dos plañideras le sirvió al niño de consuelo en su llanto. Cuando Juan Diego las vio, su dolor amainó.

No fue un milagro en sentido estricto, pero la súbita reducción del dolor llevó a Juan Diego a preguntarse si las dos mujeres lloraban por él: si era él quien había muerto, o si iba a morir. Cuando el muchacho las miró de nuevo, vio que las silenciosas plañideras no se habían movido; las dos mujeres de luto permanecían tan quietas como estatuas, sus cabezas gachas.

Con dolor o sin él, a Juan Diego no le sorprendió que la Virgen María no le hubiese sanado el pie; el muchacho tampoco estaba conteniendo la respiración en espera de un inminente milagro de Nuestra Señora de Guadalupe.

—Estas vírgenes holgazanas hoy no trabajan o no quieren ayudarte —dijo Lupe a su hermano—. ¿Quién es ese ‘gringo’ de pinta tan rara? ¿Qué quiere?

—¿Qué ha dicho? —preguntó Edward Bonshaw al muchacho herido.

—Que la Virgen María es un camelo —respondió el muchacho; al instante sintió cómo el dolor se recrudecía.

—¿Un camelo? ¿Nuestra María? ¡Eso no! —exclamó Edward Bonshaw.

—Éste es el niño del vertedero del que te hablaba, un ‘niño de la basura’ —intentaba explicar el hermano Pepe—. Es listo...

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó Juan Diego al ‘gringo’ de la peculiar camisa hawaiana.

—Es nuestro nuevo profesor, Juan Diego; sé amable —advirtió el hermano Pepe al muchacho—. Es de los nuestros, el señor Edward Bon...

—Eduardo —insistió el oriundo de Iowa, interrumpiendo a Pepe.

—¿Padre Eduardo? ¿Hermano Eduardo? —preguntó Juan Diego.

—‘Señor Eduardo’ —dijo Lupe de pronto. Incluso el oriundo de Iowa la había entendido.

—De hecho, basta con Eduardo —contestó Edward humildemente.

—‘Señor Eduardo’ —repitió Juan Diego; por alguna razón desconocida, el sonido de ese nombre agradó al lector del basurero. El muchacho buscó a las dos plañideras del primer banco, pero no las encontró. El hecho de que hubieran desaparecido sin más se le antojó a Juan Diego tan inverosímil como las fluctuaciones de su dolor; éste se había aplacado por un momento, pero ahora era (una vez más) implacable. En cuanto a las dos mujeres..., en fin, quizás esas dos andaban siempre apareciendo sin más, o desapareciendo. ¿Quién sabe qué aparece sin más o qué desaparece, para un muchacho así de dolorido?

—¿Por qué es un camelo la Virgen María? —preguntó Edward Bonshaw al muchacho, que yacía inmóvil a los pies de la Madre Santa.

—No preguntes, ahora no. No hay tiempo —empezó a decir el hermano Pepe,

pero Lupe farfullaba ya ininteligiblemente, señalando primero a María Madre y luego a la Virgen morena, de menor tamaño, que a menudo pasaba inadvertida en su capilla, más modesta.

—¿Es ésa Nuestra Señora de Guadalupe? —quiso saber el nuevo misionero.

Desde donde estaban, ante el altar del Monstruo María, la imagen de Guadalupe se veía pequeña y desplazada hacia un lado del templo, casi invisible, expresamente arrinconada.

—¡‘Sí’! —exclamó Lupe a la vez que descargaba un fuerte pisotón; de pronto escupió al suelo, casi exactamente entre las dos vírgenes.

—Otro posible camelo —dijo Juan Diego a modo de explicación del espontáneo escupitajo de su hermana—. Pero Guadalupe no es del todo mala; sólo está un poco corrompida.

—¿Es la niña...? —empezó a decir Edward Bonshaw, pero el hermano Pepe apoyó una mano en el hombro del oriundo de Iowa en un gesto de advertencia.

—No lo digas —avisó Pepe al joven norteamericano.

—No, no lo es —contestó Juan Diego. La palabra implícita, «retrasada», quedó flotando en el templo, como si la hubiera comunicado una de las vírgenes milagrosas. (Naturalmente, Lupe había leído el pensamiento al nuevo misionero; sabía qué tenía en la mente.)

—Este chico no tiene bien el pie; está aplastado y no apunta hacia donde debería —dijo Edward al hermano Pepe—. ¿No tendría que verlo un médico?

—¡‘Sí’! —exclamó Juan Diego—. Llévenme al doctor Vargas. Sólo el jefe esperaba un milagro.

—¿El jefe? —preguntó el ‘señor Eduardo’, como si eso fuera una alusión religiosa al Todopoderoso.

—Ese jefe no —aclaró el hermano Pepe.

—¿Qué jefe, pues? —preguntó el oriundo de Iowa.

—El ‘jefe’ —dijo Juan Diego en español, y señaló a Rivera, que, en vilo, se reconcomía de culpabilidad.

—¡Ajá! ¿El padre del chico? —preguntó Edward a Pepe.

—No, probablemente no; es el responsable del vertedero —respondió el hermano Pepe.

—¡Conducía la furgoneta! ¡El muy holgazán no arregló el retrovisor lateral! ¡Y fíjese en ese bigote absurdo! ¡Ninguna mujer, como no sea una prostituta, lo querrá jamás con ese gusano de pelo encima del labio! —despotricó Lupe.

—Dios bendito, tiene su propio idioma, ¿no? —preguntó Edward Bonshaw al hermano Pepe.

—Ése es Rivera. Conducía la furgoneta y me ha pisado con la rueda al retroceder, pero es como un padre para nosotros, mejor que un padre. Él no nos abandona —dijo Juan Diego al nuevo misionero—. Y nunca nos pega.

—¡Ajá! —dijo Edward con una prudencia impropia de él—. ¿Y vuestra madre?

¿Dónde está...?

Como emplazada por esas vírgenes inoperantes, que estaban tomándose el día libre, Esperanza corrió hacia su hijo tendido al pie del altar; era una joven de una belleza arrebatadora, que daba la nota donde y cuando aparecía. No sólo no tenía aspecto de mujer de la limpieza al servicio de los jesuitas; para el oriundo de Iowa, ciertamente no tenía aspecto de madre de nadie.

¿Qué les pasa a las mujeres con pechos como ése?, se preguntaba el hermano Pepe. ¿Por qué esos pechos están siempre en estado de agitación?

—Siempre tarde, por regla general histérica —dijo Lupe con gesto adusto. Las anteriores miradas de la niña a la Virgen María y Nuestra Señora de Guadalupe traslucían escepticismo; en el caso de su madre, Lupe se limitó a desviar la vista.

—¿No será ésa la...? —empezó a decir el señor Eduardo.

—Pues sí, ésa es; la madre del muchacho y también de la niña —dijo Pepe sin más.

La madre ensartaba incoherencias; dio la impresión de que suplicaba a la Virgen María en lugar de atender asuntos tan triviales como preguntar a Juan Diego qué le había pasado. Sus conjuros, a juicio del hermano Pepe, sonaban igual que la jerigonza de Lupe —posiblemente sea genético, pensó Pepe—, y Lupe (cómo no) intervino añadiendo sus propias incoherencias a aquella farfulla. Naturalmente, Lupe señalaba al responsable del vertedero a la par que reconstruía la crónica del espejo multifacético y el aplastamiento del pie obra de la furgoneta en marcha atrás; no tuvo compasión con Rivera, el del gusano por bigote, que parecía en un tris de postrarse él mismo a los pies de la Virgen María, o darse de cabezazos contra el pedestal sobre el que la Madre Santa se erguía tan desapasionadamente. Pero ¿era de verdad desapasionada?

Fue entonces cuando Juan Diego alzó la mirada para contemplar el rostro por lo general impávido de la Virgen María. ¿Tenía el muchacho la vista afectada por el dolor, o realmente clavó María Madre con inquina los ojos en Esperanza, ella, que, pese a su nombre, tan poca esperanza aportaba a la vida de su hijo? ¿Y qué desaprobaba exactamente la Madre Santa? ¿Qué había llevado a la Virgen María a mirar con tal ira a la madre de los niños?

El pronunciado escote de la descocada blusa de Esperanza mostraba desde luego buena parte del canalillo de esa inverosímil mujer de la limpieza, y la Madre Santa, en su elevada posición sobre el pedestal, avistaba la pechera de Esperanza desde una altitud que lo abarcaba todo.

Esperanza, por su parte, permanecía ajena a la implacable desaprobación de aquella estatua descomunal. Juan Diego vio con sorpresa que su madre comprendía lo que farfullaba su vehemente hija. Juan Diego estaba acostumbrado a ser el intérprete de Lupe —incluso para Esperanza—, pero esta vez no lo fue.

Esperanza había dejado de retorcerse las manos en actitud implorante a corta distancia de los dedos de los pies de la Virgen María; la sensual mujer de la limpieza

ya no suplicaba a la indolente estatua. Juan Diego siempre infravaloraba la capacidad de su madre para la culpa; es decir, para echar la culpa a los demás. En este caso fue Rivera —el ‘jefe’, con su retrovisor lateral sin reparar, el que dormía en la cabina de su furgoneta con la palanca del cambio en marcha atrás— el receptor de la dinámica culpa de Esperanza. Ésta golpeó al responsable del vertedero con las dos manos, cerradas en apretados puños; le asestó puntapiés en las espinillas; le tiró del pelo arañándole de paso la cara con las pulseras.

—Ayude a Rivera —dijo Juan Diego al hermano Pepe—, o también a él tendrá que verlo el doctor Vargas. —El muchacho herido habló a continuación a su hermana —: ¿Has visto qué mirada ha echado la Virgen María a nuestra madre?

Pero la niña en apariencia omnisciente se limitó a encogerse de hombros.

—La Virgen María pone reparos a todo el mundo —afirmó Lupe—. Para esa mala pécora, nadie da la talla.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Edward Bonshaw.

—Dios sabe —respondió el hermano Pepe. (Juan Diego no ofreció traducción.)

—Si quieres preocuparte por algo —dijo Lupe a su hermano—, vale más que te preocupes por la mirada que te ha echado a ti Guadalupe.

—¿Cómo me ha mirado? —preguntó Juan Diego a la niña. Si volvía la cabeza hacia la más inadvertida de las dos vírgenes le dolía el pie.

—Como si aún no supiera qué hacer contigo —aclaró Lupe—. En cuanto a ti, Guadalupe todavía no se ha decidido —dijo la niña clarividente.

—Sáqueme de aquí —dijo Juan Diego al hermano Pepe—. ‘Señor Eduardo’, tiene que ayudarme —añadió el muchacho herido, y agarró de la mano al nuevo misionero —. Rivera puede llevarme en brazos —prosiguió Juan Diego—. Sólo tienen que rescatar antes a Rivera.

—Esperanza, ‘por favor’ —dijo el hermano Pepe a la mujer de la limpieza; tendiendo los brazos, la había sujetado por las delgadas muñecas—. Tenemos que llevar a Juan Diego al doctor Vargas; necesitamos a Rivera y su furgoneta.

—¡Su furgoneta! —exclamó la histriónica madre.

—Debería usted rezar —dijo Edward Bonshaw a Esperanza; inexplicablemente, supo decir eso en español, lo dijo a la perfección.

—¿Rezar? —preguntó Esperanza—. ¿Quién es éste? —preguntó de pronto a Pepe, que se miraba el pulgar sangrante: se había cortado con una de las pulseras de Esperanza.

—Nuestro nuevo profesor, el que todos estábamos esperando —dijo el hermano Pepe como en una súbita inspiración—. El ‘señor Eduardo’ es de Iowa —entonó Pepe. Pronunció la palabra «Iowa» como si hablara de Roma.

—Iowa —repitió Esperanza con el arrobó que la caracterizaba, su pecho en estado de agitación—. ‘Señor Eduardo’ —repitió, y saludó al oriundo de Iowa con una reverencia que denotaba cierta torpeza pero hacía amplia exhibición del canalillo —. Rezar ¿dónde? Rezar ¿aquí? Rezar ¿ahora? —preguntó al nuevo misionero

vestido con aquella cómica camisa plagada de papagayos.

—‘Sí’ —contestó el ‘señor Eduardo’, que procuraba posar la mirada en cualquier sitio menos sus pechos.

Hay que reconocerlo, pensaba el hermano Pepe, este tipo se las trae.

Rivera ya había levantado en brazos a Juan Diego ante el altar donde la Virgen María se alzaba imponente. El niño había proferido un grito de dolor, breve, lo justo para acallar los murmullos del gentío.

—Mira a ése —dijo Lupe a su hermano.

—¿Que mire a...? —empezó a preguntar Juan Diego.

—A él, al ‘gringo’... ¡El hombre papagayo! —exclamó Lupe—. Él es el hombre milagroso. ¿No te das cuenta? Es él. Ha venido a por nosotros... O al menos a por ti —añadió Lupe.

—¿Qué quieres decir con eso de que ha venido a por nosotros? ¿A qué te refieres si se puede saber? —preguntó Juan Diego a su hermana.

—Al menos a por ti —repitió Lupe y volvió la cabeza; se la notaba casi indiferente, como si hubiera perdido el interés en lo que decía o no creyera ya en sí misma—. Ahora que lo pienso, el ‘gringo’ no es mi milagro, supongo, sino sólo tuyo —dijo la niña con visible desánimo.

—¡El hombre papagayo! —repitió Juan Diego y se echó a reír; no obstante, mientras Rivera lo llevaba en brazos, el muchacho vio que Lupe no sonreía. Tan seria como siempre, parecía escrutar al gentío, como si buscara a la persona que podía ser su milagro, el de ella, y no lo encontrara.

—Ustedes los católicos —dijo Juan Diego, haciendo una mueca mientras Rivera, a golpe de hombro, se abría paso entre la muchedumbre que se aglomeraba en la entrada del templo de los jesuitas; el hermano Pepe y Edward Bonshaw no supieron si el muchacho les había hablado a ellos. Con «ustedes los católicos» podría haberse referido a la multitud de mirones, incluida la madre de los niños de la basura, que de viva voz elevaba una estridente pero infructuosa plegaria (Esperanza siempre rezaba a grito limpio, como Lupe, y en el idioma de Lupe). Y ahora, también como Lupe, Esperanza había dejado de suplicar a la Virgen María; era la Virgen morena, más pequeña, quien recibía la ferviente atención de la hermosa mujer de la limpieza.

—Oh, tú en quien antes la gente no creía, tú de quien todos dudaban, tú a quien pidieron que demostraras quién eras —rezaba Esperanza a la imagen de tamaño infantil de Nuestra Señora de Guadalupe.

—Ustedes los católicos —empezó de nuevo Juan Diego. *Diablo* vio acercarse a los niños de la basura y meneó el rabo, pero esta vez el muchacho herido había agarrado un puñado de papagayos de la holgada camisa hawaiana del misionero—. Ustedes los católicos se apropiaron de nuestra virgen —reprochó Juan Diego a Edward Bonshaw—. Guadalupe era nuestra y ustedes se la llevaron; la utilizaron, la convirtieron en una simple acólita de su Virgen María.

—¡Una «acólita»! —repitió el oriundo de Iowa—. ¡Este chico habla el inglés

asombrosamente bien! —dijo Edward al hermano Pepe.

—‘Sí’, asombrosamente —contestó Pepe.

—Pero quizá desvaría por el dolor —comentó el nuevo misionero. El hermano Pepe dudaba que el dolor de Juan Diego tuviera algo que ver con aquello; el hermano Pepe había oído ya antes la invectiva del muchacho contra Guadalupe.

—Para ser un niño de la basura, es ‘milagroso’ —fue como el hermano Pepe se expresó—. Lee mejor que nuestros alumnos, y no olvides que es autodidacta.

—Sí, lo sé; es increíble. ¡Autodidacta! —exclamó el ‘señor Eduardo’.

—Y sabe Dios cómo y dónde aprendió el inglés... No sólo en el ‘basurero’ —continuó Pepe—. Ha rondado por ahí con hippies y prófugos... ¡Un muchacho emprendedor!

—Pero todo acaba en el ‘basurero’ —consiguió decir Juan Diego entre ramalazos de dolor—. Incluso los libros en inglés. —Había dejado de buscar a las dos plañideras; Juan Diego pensó que el dolor significaba que no las vería, porque no estaba muriéndose.

—Yo no me subo a la cabina con ese del gusano por bigote —dijo Lupe—. Quiero ir con el hombre papagayo.

—Queremos montar en la plataforma de la furgoneta, con *Diablo* —dijo Juan Diego a Rivera.

—‘Sí’ —respondió el responsable del vertedero con un suspiro; sabía cuándo se lo rechazaba.

—¿Es amistoso, el perro? —preguntó el ‘señor Eduardo’ al hermano Pepe.

—Yo os seguiré en el Volkswagen —respondió Pepe—. Si acabas hecho pedazos, puedo ofrecer testimonio..., hacer recomendaciones a las altas instancias en defensa de tu futura canonización.

—Hablo en serio —dijo Edward Bonshaw.

—Y yo también, Edward... Perdón, Eduardo..., y yo también —repuso Pepe.

En el preciso momento en que Rivera acababa de dejar al muchacho herido en el regazo de Lupe, en la plataforma de la furgoneta, llegaron al lugar los dos viejos sacerdotes. Edward Bonshaw se había agarrado a la rueda de repuesto de la furgoneta, quedando los niños entre él y *Diablo*, que, con una perpetua lágrima en el ojo izquierdo sin párpado, observaba receloso al nuevo misionero.

—¿Qué pasa aquí, Pepe? —preguntó el padre Octavio—. ¿Alguien se ha desmayado o ha tenido un ataque al corazón?

—Son los niños esos de la basura —dijo el padre Alfonso con expresión ceñuda—. La pestilencia de esa furgoneta del vertedero se huele desde el más allá.

—¿Y ahora para qué reza Esperanza? —preguntó el padre Octavio a Pepe, porque la lastimera voz de la mujer de la limpieza también se oía desde el más allá, o al menos desde la acera frente al templo de los jesuitas.

—Rivera ha atropellado a Juan Diego con su furgoneta —empezó a explicar el hermano Pepe—. Han traído aquí al muchacho en espera de un milagro, pero nuestras

dos vírgenes no han cumplido.

—Lo llevan al doctor Vargas, supongo —dijo el padre Alfonso—, pero ¿por qué va un ‘gringo’ con ellos?

Los dos sacerdotes arrugaron sus narices excepcionalmente sensibles y a menudo condenatorias, y no sólo por la furgoneta del vertedero, sino también por el ‘gringo’ de los papagayos polinesios en aquella inmensa camisa de mal gusto.

—No me digas que Rivera ha atropellado también a un turista —dijo el padre Octavio.

—Ése es el hombre a quien estábamos esperando —informó el hermano Pepe a los sacerdotes con una sonrisa pícara—. Es Edward Bonshaw, de Iowa, nuestro nuevo profesor. —El hermano Pepe estuvo en un tris de decir que el ‘señor Eduardo’ era un ‘milagrero’, pero Pepe se contuvo como buenamente pudo. El hermano Pepe quería que el padre Octavio y el padre Alfonso descubrieran a Edward Bonshaw por sí mismos. Pepe lo expresó con la intención calculada de provocar a esos dos sacerdotes muy pero que muy conservadores; aun así, tuvo la precaución de mencionar el asunto del «milagro» como quien no quiere la cosa—. ‘El señor Eduardo es bastante milagroso’ —fue como Pepe se expresó.

—‘Señor Eduardo’ —repitió el padre Octavio.

—¡Milagroso! —exclamó el padre Alfonso con aversión. Esos dos viejos sacerdotes no utilizaban la palabra ‘milagroso’ a la ligera.

—Uy, ya verán, ya verán —dijo el hermano Pepe inocentemente.

—¿Tiene el norteamericano otras camisas, Pepe? —preguntó el padre Octavio.

—¿Alguna que sea de su talla? —añadió el padre Alfonso.

—‘Sí’, muchas más camisas... ¡Todas hawaianas! —contestó Pepe—. Y me da la impresión de que todas le vienen un poco grandes, porque ha perdido mucho peso.

—¿Por qué? ¿Está muriéndose? —preguntó el padre Octavio.

Para el padre Octavio y el padre Alfonso, eso de la pérdida de peso no era más sugerente que la horrenda camisa hawaiana; los dos viejos sacerdotes eran casi tan obesos como el hermano Pepe.

—¿Está..., esto, muriéndose? —preguntó el padre Alfonso al hermano Pepe.

—No que yo sepa —respondió Pepe con un esfuerzo para reprimir un poco su sonrisa pícara—. De hecho, Edward tiene un aspecto muy saludable, y arde en deseos de ser útil.

—Útil —repitió el padre Octavio, como si fuera una condena a muerte—. ¡Qué utilitarista!

—Válgame Dios —dijo el padre Alfonso.

—Me voy con ellos —anunció el hermano Pepe a los sacerdotes; con su andar oscilante, se encaminó apresuradamente hacia el polvoriento Volkswagen escarabajo rojo—. Por si pasa algo.

—Válgame Dios —repitió el padre Octavio.

—Vaya unos, los norteamericanos, cuando les da por ser «útiles» —comentó el

padre Alfonso.

La furgoneta de Rivera se apartaba ya del bordillo, y el hermano Pepe se incorporó a la circulación detrás de ella. Ante él, veía el pequeño rostro de Juan Diego, que su extraña hermana sostenía entre las manos en actitud protectora. *Diablo*, una vez más, tenía las patas delanteras apoyadas en la caja de herramientas de la furgoneta; el viento le apartaba de la cara las orejas desiguales, tanto la normal como la de la muesca triangular de contornos irregulares. Pero fue Edward Bonshaw quien capturó y retuvo la atención del hermano Pepe.

«Mira a ése», había dicho Lupe a Juan Diego. «A él, al ‘gringo’..., ¡el hombre papagayo!»

Lo que el hermano Pepe veía en Edward Bonshaw era un hombre que parecía estar allí donde le correspondía, un hombre que nunca se había sentido en casa pero de pronto acababa de encontrar su lugar en el cosmos.

El hermano Pepe no sabía si sentía entusiasmo o miedo, o lo uno y lo otro; ahora veía que el ‘señor Eduardo’ era ciertamente un hombre con una meta.

Ésa era la sensación que Juan Diego tenía en el sueño, la sensación que uno tiene cuando sabe que todo ha cambiado, y que el momento presente presagia el resto de su vida.

—¿Hola? —decía una joven voz femenina al teléfono, cuyo auricular sostenía Juan Diego en la mano, como advirtió justo entonces.

—Hola —contestó el escritor, que poco antes dormía profundamente; sólo ahora tomaba conciencia de su palpitante erección.

—Eh, soy yo; soy Dorothy —dijo la joven—. Está solo, ¿verdad? Mi madre no está con usted, ¿no?

Dos condones

¿Qué puede creerse de los sueños de un literato? Juan Diego, en sus sueños, obviamente imaginaba a su antojo las reflexiones y sentimientos del hermano Pepe. Pero ¿desde qué punto de vista se narraban los sueños de Juan Diego? (No el de Pepe.)

Juan Diego habría hablado con mucho gusto de esto y de otros aspectos de su renacida vida onírica, pero le pareció que ése no era el momento. Dorothy jugueteaba con su pene; como el novelista había observado, la joven se abstraía en el juego poscoital con la misma concentración inalterable que acostumbraba a dedicar a su teléfono móvil y su portátil. Y Juan Diego no era muy propenso a las fantasías masculinas, ni siquiera como literato.

—Creo que puedes volver a hacerlo —decía la chica, desnuda—. Bueno..., quizá no inmediatamente, pero sí dentro de poco. ¡Tú fíjate en este muchacho! —exclamó. Tampoco la primera vez había pecado de tímida.

Juan Diego, a su edad, no se miraba mucho el pene, pero Dorothy sí lo miraba..., desde el principio.

¿Qué ha sido del juego previo?, se había preguntado Juan Diego. (No es que él tuviera mucha experiencia en cuestiones de juego previo, o de juego posterior.) Había estado intentando explicar a Dorothy la glorificación de Nuestra Señora de Guadalupe. Mientras se hallaban acurrucados en la cama tenuemente iluminada de Juan Diego, donde oían apenas la radio sin sonido —como desde un planeta lejano—, la chica, con todo su descaro, había apartado la sábana y echado un vistazo a su erección cargada de adrenalina y potenciada con Viagra.

—El problema empezó con Cortés, que conquistó el imperio azteca en 1521: Cortés era muy católico —decía Juan Diego a la joven. Dorothy, con el rostro cálido recostado en el abdomen de él, mantenía la mirada fija en su pene—. Cortés era extremeño; la Guadalupe de Extremadura, me refiero a una imagen de la Virgen, fue tallada presuntamente por san Lucas, el evangelista. Se descubrió en el siglo XIV —prosiguió Juan Diego— cuando la Virgen se descolgó con una de sus hábiles apariciones; ya me entiendes, una de esas apariciones ante el típico pastor humilde. Le mandó que cavara allí donde ella había aparecido; el pastor encontró el icono en ese lugar.

—Esto no es el pene de un viejo; esto que tienes aquí es un muchacho bien alerta —declaró Dorothy, una observación del todo ajena al tema de Guadalupe. Así había empezado; Dorothy no perdía el tiempo. Juan Diego procuró permanecer impasible.

—La Guadalupe de Extremadura era morena, como la mayoría de los mexicanos —señaló Juan Diego a Dorothy, aunque le desconcertaba hablar a la nuca de aquella joven de cabello oscuro—. Por tanto, la Guadalupe de Extremadura era el

instrumento de proselitismo perfecto para los misioneros que siguieron a Cortés hasta México; Guadalupe pasó a ser el icono idóneo para convertir al cristianismo a la población indígena.

—Ajá —contestó Dorothy, y se metió en la boca el pene de Juan Diego.

Juan Diego no era, ni había sido nunca, un hombre seguro de sí mismo en cuestiones de sexualidad; últimamente, al margen de sus experimentos en solitario con la Viagra, no había mantenido ninguna relación sexual. Aun así, Juan Diego logró reaccionar con indolencia ante la mamada de Dorothy; siguió hablando. Debió de ser el novelista que llevaba dentro: podía concentrarse en las largas distancias; nunca había destacado como cuentista.

—Eso ocurrió diez años después de la conquista española, en un monte a las afueras de Ciudad de México... —dijo Juan Diego a la joven que le hacía un francés.

—Tepeyac —apuntó Dorothy interrumpiendo brevemente lo que estaba haciendo; pronunció la palabra a la perfección antes de meterse otra vez en la boca la polla de Juan Diego.

Él se extrañó de que una muchacha tan poco docta en apariencia conociera el nombre del lugar, pero hizo lo posible por mostrarse tan impertérrito como fingía estarlo ante la mamada.

—Era una mañana de diciembre de 1531, muy temprano... —empezó de nuevo Juan Diego.

Sintió que Dorothy lo arañaba con los dientes cuando la chica, impulsiva, se apresuró a hablar sin sacarse antes el pene de la boca:

—En el imperio español, ese día en concreto se celebraba la Inmaculada Concepción..., no es casualidad, ¿verdad?

—Sí, ahora bien... —comenzó a decir Juan Diego, pero se interrumpió. Por cómo Dorothy se la chupaba ahora, cabía pensar que la joven no se molestaría en intercalar ninguna otra de sus apostillas. El novelista prosiguió con sus esfuerzos—. El campesino Juan Diego, cuyo nombre llevo yo, tuvo una visión de una muchacha. Estaba envuelta en luz y no pasaba de quince o dieciséis años, pero cuando le habló al campesino Juan Diego, éste, supuestamente, entendió..., por las palabras de ella, o eso se espera que creamos..., que la muchacha era la Virgen María o era, de algún modo, como la Virgen María. Y lo que quería era que se construyera una iglesia..., toda una iglesia, en su honor..., allí donde se le había aparecido.

Dorothy, ante esto, posiblemente en señal de incredulidad, dejó escapar un gruñido..., o un sonido análogamente indistinto, susceptible de interpretación. Puestos a adivinar, Juan Diego infirió que Dorothy conocía la historia, y que, en cuanto a la posibilidad de que la Virgen María (o alguien como ella) se apareciese en forma de adolescente y esperase que un desventurado campesino construyese toda una iglesia para ella, la manifestación no verbal de Dorothy transmitía no poca ironía.

—¿Qué iba a hacer el pobre campesino? —dijo Juan Diego, una pregunta retórica donde las hubiera, pareció opinar Dorothy a juzgar por el súbito resoplido de la

joven. Ante este irrespetuoso resoplido, Juan Diego —no el campesino, el otro Juan Diego— se estremeció. Sin duda el novelista temió que la chica, en su ajetreo, lo arañara de nuevo con los dientes, pero se libró de ese dolor, al menos de momento.

—En fin, el campesino contó esta historia difícil de creer al arzobispo español... —perseveró el novelista.

—¡Zumárraga! —consiguió farfullar Dorothy antes de emitir un pasajero sonido semejante a una arcada.

¡Qué joven tan excepcionalmente bien informada! ¡Incluso conocía el nombre del arzobispo escéptico! Juan Diego no salía de su asombro.

El hecho manifiesto de que Dorothy ya estuviera al corriente de esos detalles concretos disuadió por un momento a Juan Diego de proseguir con su versión de la historia de Guadalupe; se interrumpió poco antes de la parte «milagrosa» del relato, o bien desalentado por los conocimientos de Dorothy sobre un tema que lo había obsesionado durante largo tiempo, o bien distraído (¡por fin!) a causa de la mamada.

—¿Y qué hizo aquel arzobispo escéptico? —preguntó Juan Diego. Ponía a prueba a Dorothy, y la talentosa joven no lo decepcionó, salvo porque dejó de chupársela. El pene escapó de su boca con un audible chasquido, cosa que le provocó a Juan Diego un nuevo estremecimiento.

—El gilipollas del obispo dijo al campesino que lo demostrara, como si eso le correspondiera al campesino —contestó Dorothy con desdén. Deslizándose sobre el cuerpo de Juan Diego, se colocó el pene entre los pechos.

—Y el pobre campesino volvió a presentarse ante la Virgen y le pidió una señal, algo para demostrar su identidad —continuó Juan Diego.

—Como si eso correspondiera a la Virgen, joder —dijo Dorothy a la vez que le besaba el cuello y le mordisqueaba los lóbulos de las orejas.

En ese punto todo se desdibujó: es decir, es imposible delimitar quién dijo qué a quién. Al fin y al cabo, los dos conocían la historia y estaban impacientes por dejar atrás el proceso narrativo. La Virgen dijo a Juan Diego (el campesino) que recogiera unas flores; el hecho de que crecieran flores en diciembre posiblemente fuerza los límites de la credibilidad, y que las flores halladas por el campesino fueran rosas de Castilla, no autóctonas de México, resulta aún más difícil de creer.

Pero aquello era el relato de un milagro, y para cuando Dorothy o Juan Diego (el novelista) llegaron a la parte de la narración donde el campesino enseñaba las flores al obispo —la Virgen había dispuesto las rosas en el humilde manto del campesino—, Dorothy ya había obrado ella misma su pequeño prodigio. La emprendedora joven iba provista de su propio condón, que había conseguido poner a Juan Diego mientras los dos hablaban; la chica era multitareas, cualidad que el novelista había observado, y admiraba mucho, en los jóvenes a quienes había conocido a lo largo de su vida en la docencia.

El pequeño círculo de contactos sexuales de Juan Diego no incluía a ninguna mujer que llevara encima sus propios condones y fuera experta en ponerlos; ni había

conocido nunca a una chica que adoptase la posición superior con la familiaridad y el aplomo con que lo hizo Dorothy.

Dada su inexperiencia con las mujeres —sobre todo con mujeres jóvenes de la agresividad y sofisticación sexual de Dorothy—, Juan Diego había enmudecido. Es dudoso que Juan Diego pudiera completar esa parte esencial de la historia de Guadalupe; a saber, lo que ocurrió cuando el pobre campesino desplegó el manto con las rosas ante el obispo Zumárraga.

Dorothy, a la vez que se acomodaba firmemente sobre el pene de Juan Diego —sus pechos, cayendo al frente, rozaron la cara al novelista—, fue quien reiteró esa parte del relato. Cuando las flores cayeron de la capa, quedó en el lugar donde habían estado, estampada en la tela del rústico manto del pobre campesino, la mismísima imagen de la Virgen de Guadalupe, sus manos entrelazadas en ademán de oración, la mirada baja en actitud de recato.

—No fue tanto que la imagen de Guadalupe quedara estampada en el absurdo manto —decía la joven, meciéndose encima de Juan Diego—. Fue la propia Virgen; es decir, su apariencia. Eso debió de impresionar al obispo.

—¿A qué te refieres? —consiguió decir Juan Diego con la respiración entrecortada—. ¿Cuál era la «apariencia» de Guadalupe?

Dorothy echó atrás la cabeza y sacudió el pelo; sus pechos se balancearon sobre Juan Diego, que contuvo el aliento al ver correr entre ellos un hilillo de sudor.

—¡Me refiero a su porte! —exclamó Dorothy jadeando—. Tenía las manos colocadas de tal modo que ni siquiera se le veían las tetas, si es que tenía tetas; miraba hacia abajo y, a pesar de eso, se le veía una luz espeluznante en los ojos. No en la parte oscura...

—El iris... —empezó a decir Juan Diego.

—No en los iris..., ¡en las pupilas! —dijo Dorothy con voz ahogada—. En la parte central... tenía una luz en los ojos que ponía la carne de gallina.

—¡Sí! —gruñó Juan Diego. Ésa había sido siempre su propia opinión; sencillamente no había conocido a nadie que coincidiese con él hasta ese momento—. Pero Guadalupe era distinta, no sólo por su piel morena —dijo no sin esfuerzo. Con Dorothy zarandeándose sobre él, le costaba cada vez más respirar—. Hablaba en náhuatl, la lengua vernácula; era india, no española. Si era una virgen, era una virgen azteca.

—¿Qué más le daba eso al tarado del obispo? —preguntó Dorothy—. ¡El porte de Guadalupe era de lo más recatado, joder, muy propio de María! —exclamó la afanosa joven.

—¡‘Sí’! —exclamó Juan Diego—. Esos católicos manipuladores... —empezó a decir cuando Dorothy lo agarró por los hombros con una fuerza en apariencia sobrenatural. Le levantó la cabeza y los hombros de la cama por completo; lo obligó a rodar para colocarse sobre ella.

Sin embargo, en ese último instante en que ella se encontraba todavía encima de

Juan Diego, y él la miraba —a los ojos—, había visto cómo lo observaba Dorothy.

¿Qué era aquello que había dicho Lupe, hacía ya tanto tiempo? «Si quieres preocuparte por algo, vale más que te preocupes por la mirada que te ha echado a ti Guadalupe. Como si aún no supiera qué hacer contigo. En cuanto a ti, Guadalupe todavía no se ha decidido», había dicho la niña clarividente.

¿Acaso no era así como Dorothy estaba mirando a Juan Diego en la décima de segundo anterior a la llave que le aplicó para obligarlo a ponerse encima de ella? Esa mirada, aunque fugaz, daba miedo. Y ahora, debajo de él, Dorothy parecía una mujer poseída por el demonio. Sacudía la cabeza a uno y otro lado; en sus arremetidas con las caderas ejercía tan colosal fuerza ascendente que Juan Diego se aferró a ella como un hombre temeroso de caerse. Pero caerse, ¿adónde? La cama era enorme; no había peligro de caerse de ella.

Al principio, Juan Diego imaginó que la proximidad del orgasmo era la causa de su repentina agudeza auditiva. ¿Eso que oía era la radio sin sonido? El idioma desconocido le resultó inquietante y a la vez extrañamente familiar. ¿Aquí no hablan mandarín?, se preguntaba Juan Diego, pero la voz de la mujer que hablaba por la radio no tenía nada de chino, ni era una voz «sin sonido». ¿Acaso Dorothy, en la violencia del coito, había dado un manotazo al cuadro de mandos de la mesilla de noche, o la había golpeado con el brazo, o con una pierna? De hecho, la mujer de la radio, fuera cual fuese el idioma en que hablaba, vociferaba.

Fue entonces cuando Juan Diego cayó en la cuenta de que era Dorothy la mujer que vociferaba. La radio seguía como antes, sin sonido; era el orgasmo de Dorothy lo que se oía amplificado, por encima de todo lo concebible y razonable.

En la cabeza de Juan Diego se produjo entonces la inoportuna confluencia de los dos pensamientos siguientes: en simultaneidad con la percepción rigurosamente física de que estaba corriéndose, de un modo sensacional, como nunca antes, lo asaltó la convicción de que, decididamente, debía tomarse dos betabloqueantes... en la primera oportunidad que se le presentase. Pero esa idea no sujeta a examen tenía un hermano (o una hermana). Juan Diego creyó reconocer el idioma en que Dorothy hablaba pese a que habían pasado muchos años desde la última vez que lo oyó en boca de alguien. El idioma en el que Dorothy vociferaba, justo antes de correrse, parecía náhuatl, la lengua que hablaba Nuestra Señora de Guadalupe, la lengua de los aztecas. Pero el náhuatl pertenecía a un grupo de lenguas del centro y el sur de México y América Central. ¿Por qué iba Dorothy a hablarlo? ¿Cómo era posible?

—¿No vas a atender el teléfono? —le preguntaba Dorothy tranquilamente en inglés. Había arqueado la espalda, con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza sobre la almohada, para que Juan Diego alcanzara con más facilidad el teléfono de la mesilla de noche. ¿Se veía la piel de Dorothy más morena de lo que en realidad era por efecto de la tenue luz? ¿O acaso era en verdad más morena de lo que Juan Diego había observado hasta ese momento?

Tuvo que estirarse para llegar al teléfono, que seguía sonando; rozó los senos de

Dorothy primero con el pecho y luego con el abdomen.

—Debes saber que es mi madre —informó la lánguida joven—. Conociéndola, seguro que primero ha llamado a mi habitación.

Quizá tres betabloqueantes, pensaba Juan Diego.

—¿Sí? —dijo por teléfono, un tanto cohibido.

—Deben de estar zumbándole los oídos —comentó Miriam—. Me sorprende que haya oído el teléfono.

—La oigo —respondió Juan Diego levantando la voz más de lo que pretendía; aún le zumbaban los oídos.

—Toda la planta, si no el hotel entero, debe de haber oído a Dorothy —añadió Miriam. Juan Diego no sabía qué decir—. Si mi hija ha recuperado la facultad del habla, me gustaría cruzar unas palabras con ella. O podría darle el mensaje a usted —prosiguió Miriam—, y usted podría comunicárselo a Dorothy... cuando vuelva a ser ella misma.

—Es ella misma —dijo Juan Diego con una dignidad absurdamente extemporánea y exagerada. ¡Vaya una afirmación más ridícula sobre Dorothy o sobre cualquiera! ¿Por qué no iba Dorothy a ser ella misma? ¿Quién, si no, iba a ser la joven que estaba en la cama con él?, se preguntó Juan Diego a la vez que entregaba el auricular a Dorothy.

—Qué sorpresa, mamá —dijo lacónicamente.

Juan Diego no oía lo que Miriam le decía a su hija, pero sí advertía que Dorothy no contestaba gran cosa.

Pensó que esa conversación entre madre e hija podía ser un momento oportuno para quitarse discretamente el condón, pero cuando se apartó de Dorothy y se tendió de costado, de espaldas a ella, descubrió —para su sorpresa— que el condón ya había sido retirado.

Debe de ser un rasgo generacional... ¡Estos jóvenes de hoy!, pensaba Juan Diego, maravillado. No sólo son capaces de hacer aparecer un condón de la nada; sino que con igual presteza pueden hacer desaparecer un condón. Pero ¿dónde está?, se preguntó Juan Diego. Cuando se volvió hacia Dorothy, la chica lo rodeó con uno de sus fuertes brazos y lo estrechó contra sus pechos. Juan Diego vio el envoltorio de papel de aluminio en la mesilla de noche —no había reparado antes en su presencia—, pero el condón en sí no estaba a la vista.

Juan Diego, que en una ocasión se había definido a sí mismo como «cuidador de detalles» (es decir, en cuanto novelista), se preguntó dónde estaría el condón usado; quizás oculto debajo de la almohada de Dorothy, o abandonado despreocupadamente en la cama revuelta. Deshacerse de un condón de esa manera también podía ser un rasgo generacional.

—Mamá, soy consciente de que tiene que tomar un vuelo mañana temprano —decía Dorothy—. Sí, ya sé que por eso estamos alojadas aquí.

Tengo que mear, pensaba Juan Diego, y no debo olvidarme de tomar dos pastillas

de Lopressor la próxima vez que visite el baño. Pero cuando intentó escabullirse de la cama tenuemente iluminada, Dorothy le ciñó la nuca con su fuerte brazo; Juan Diego tenía el rostro oprimido contra el pecho de Dorothy más cercano.

—Pero ¿cuándo sale nuestro vuelo? —oyó que Dorothy le preguntaba a su madre—. Nosotras no vamos a ir a Manila ahora, ¿verdad?

O bien la perspectiva de que Dorothy y Miriam lo acompañaran a Manila, o bien el contacto del pecho de Dorothy en la cara, le había provocado una erección a Juan Diego. Y, en ese momento, oyó decir a Dorothy:

—Es broma, ¿no? ¿Desde cuándo te «esperan en» Manila?

Ajá, pensó Juan Diego, pero si mi corazón resiste estar con una joven como Dorothy, sin duda puedo sobrevivir a estar en Manila con Miriam. (O eso pensaba.)

—Bueno, mamá, es un caballero; por supuesto que no me ha llamado él —aseguró Dorothy a la vez que alcanzaba la mano de Juan Diego y se la llevaba al pecho más alejado—. Sí, lo he llamado yo. ¿No irás a decirme que tú no lo has pensado? —replicó la cáustica joven.

Con un pecho contra la cara y el otro bien agarrado con su mano inepta, Juan Diego se acordó de algo que se complacía en decir Lupe, a menudo sin venir a cuento. «‘No es buen momento para un terremoto’», solía decir Lupe.

—Tú también puedes irte a la mierda —saltó Dorothy y colgó.

Quizá no fuera buen momento para un terremoto, pero tampoco habría sido la ocasión idónea para que Juan Diego visitara el baño.

—Tengo un sueño que se repite —empezó a contar, pero Dorothy se incorporó de repente y, de un empujón, lo obligó a tenderse boca arriba.

—No quieras saber tú con lo que sueño yo —dijo ella.

Hecha un ovillo, tenía la cara apoyada en el vientre de Juan Diego, pero sin mirar hacia él; una vez más, Juan Diego tenía la vista fija en la nuca morena de Dorothy. Cuando ésta empezó a jugar con su pene, el novelista se preguntó cuáles serían las palabras correctas para ese..., ese juego poscoital, imaginó.

—Creo que puedes volver a hacerlo —dijo la chica, desnuda—. Bueno..., quizá no de inmediato, pero sí dentro de poco. ¡Tú fíjate en este muchacho! —exclamó.

Juan Diego la tenía tan tiesa como la primera vez; la joven lo montó sin vacilar.

Ajá, se dijo de nuevo Juan Diego. Sólo pensaba en las ganas de mear que tenía —no hablaba simbólicamente— cuando declaró:

—No es buen momento para un terremoto.

—Ahora verás tú lo que es un terremoto —anunció Dorothy.

El novelista se despertó con la inequívoca sensación de que se había muerto y había ido al infierno; desde hacía tiempo sospechaba que si el infierno existía (cosa que dudaba), allí sonaría sin parar mala música, en pugna, puesto el volumen lo más estridente posible, con el noticiario en un idioma extranjero. Cuando se despertó, ésa era la situación, pero Juan Diego seguía en la cama, en su ruidosa y bien iluminada

habitación del Regal Airport Hotel. Todas las luces estaban encendidas en su grado máximo de intensidad lumínica; la música de la radio y el telediario atronaban a su máxima potencia.

¿Había hecho eso Dorothy antes de marcharse? La joven se había ido, pero ¿le había dejado una muestra de lo que ella consideraba un servicio de despertador gracioso? O quizá la chica se había marchado de mal talante. Juan Diego no lo recordaba. Tenía la sensación de haber dormido más profundamente que nunca en su vida, pero no más de cinco minutos.

Golpeó el cuadro de mandos de la mesilla de noche y se hizo daño en el pulpejo de la mano derecha. El volumen de la radio y el televisor bajaron lo suficiente para permitirle oír el timbre del teléfono y atender la llamada: era alguien que vociferaba en un idioma en apariencia asiático (sea cual sea la «apariencia» de un idioma asiático).

—Perdone, no lo entiendo —contestó Juan Diego en inglés—. ‘Lo siento...’ —empezó a decir en español, pero su interlocutor no esperó.

—¡Tú giliplayas! —exclamó la persona en apariencia asiática.

—Creo que quiere usted decir «gilipollas»... —respondió el escritor, pero su colérico interlocutor ya había colgado. Sólo entonces cayó Juan Diego en la cuenta de que los envoltorios de papel de aluminio de su primer y segundo condón habían desaparecido de la mesilla de noche; Dorothy debía de habérselos llevado, o debía de haberlos tirado a la papelera.

Juan Diego vio que el segundo condón seguía en su pene; de hecho, era la única prueba que tenía de que había «cumplido» una vez más. No guardaba recuerdo alguno a partir del momento en que Dorothy lo había montado para el nuevo intento. El terremoto anunciado por ella se había perdido en el tiempo; si la joven había roto otra vez la barrera del sonido en una lengua que se parecía al náhuatl (pero no podía serlo), ese momento no había quedado registrado en la memoria ni en los sueños de Juan Diego.

El novelista sólo sabía que había dormido y no había soñado, ni siquiera una pesadilla. Juan Diego abandonó la cama y, renqueando, fue al baño; el hecho de no sentir necesidad de mear le reveló que ya lo había hecho. Esperaba no haberse meado en la cama, o en el condón, o en Dorothy, pero vio —cuando llegó al cuarto de baño— que el frasco de Lopressor estaba destapado. Debía de haber tomado un betabloqueante (o dos) al levantarse para ir a mear.

Pero ¿cuánto hacía de eso? ¿Fue antes o después de marcharse Dorothy? ¿Y había tomado sólo un Lopressor, como le habían recetado, o los dos que había imaginado que debía tomar? En realidad, claro, no debería haber tomado dos. Estaba contraindicado duplicar la dosis de betabloqueantes como remedio tras saltarse una dosis.

Fuera ya se veía una luz gris, sumada a la deslumbradora luz de la habitación; Juan Diego sabía que debía tomar un vuelo temprano. Apenas había sacado nada de

la maleta, y por tanto no tenía mucho que hacer. No obstante, fue muy meticuloso en la manera de guardar los artículos de baño en el neceser; esta vez pondría el Lopressor (y la Viagra) en la bolsa de mano.

Echó el segundo condón al inodoro pero lo desconcertó no encontrar el primero. ¿Y cuándo habría meado? De un momento a otro, imaginó, Miriam llamaría por teléfono o aporrearía la puerta para anunciarle que era hora de ponerse en marcha; de ahí que retirase la sábana superior y mirase bajo las almohadas con la esperanza de encontrar el primer condón. La puñetera goma no estaba en ninguna de las papeleras, como tampoco los envoltorios de papel de aluminio.

Juan Diego se hallaba de pie bajo la ducha cuando vio el condón desaparecido, que giraba en la espiral del desagüe de la bañera. Se había desplegado y parecía una babosa ahogada; la única explicación posible era que el primer condón utilizado con Dorothy se le había pegado a la espalda, o al culo, o a la parte de atrás de una pierna.

¡Qué vergüenza! Confiaba en que Dorothy no lo hubiera visto. Si hubiera prescindido de la ducha, tal vez habría subido a bordo del avión rumbo a Manila con el condón usado adherido a su cuerpo.

Por desgracia, seguía en la ducha cuando sonó el teléfono. A los hombres de su edad, como Juan Diego sabía —y sin duda las probabilidades eran mayores en hombres de su edad cojos—, les ocurrían accidentes graves en las bañeras. Juan Diego cerró el grifo de la ducha y, casi afectadamente, salió de la bañera. Chorreaba y sabía lo resbaladizas que podían ser las baldosas del suelo en un cuarto de baño, pero cuando agarró una toalla, el toallero se resistió a dejarla ir; Juan Diego dio un tirón con más fuerza de la debida. El toallero de aluminio se desprendió de la pared llevándose consigo los soportes de porcelana. La porcelana se hizo añicos al caer al suelo, y las esquirlas de cerámica translúcidas se esparcieron por las baldosas húmedas; el toallero de aluminio golpeó a Juan Diego en la cara y le abrió un corte en la frente por encima de la ceja. Chorreando agua, con la toalla sujeta contra la cabeza sangrante, salió del baño.

—¡Sí! —gritó al teléfono.

—¡Vaya, está despierto! Algo es algo —dijo Miriam—. No deje que Dorothy vuelva a dormirse.

—Dorothy no está aquí —respondió Juan Diego.

—No responde al teléfono; debe de estar en la ducha o algo así —dijo su madre—. ¿Ya está preparado para salir?

—¿Qué tal dentro de diez minutos? —preguntó Juan Diego.

—Que sean ocho, pero procure que no pasen de cinco; me acerco a buscarlo —anunció Miriam—. A Dorothy la recogeremos después; las chicas de su edad son las últimas en estar listas —explicó su madre.

—Estaré a punto —contestó Juan Diego.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber Miriam.

—Claro que sí —respondió él.

—Lo noto distinto —comentó ella, y colgó.

¿Distinto?, se preguntó Juan Diego. Vio que había manchado las sábanas de sangre; el agua que le caía del pelo había diluido la sangre del corte en la frente. La sangre se había decolorado y adquirido una tonalidad rosácea, y le salía más de la que habría cabido esperar; era un corte pequeño, pero la hemorragia no cesaba.

Sí, los cortes faciales sangraban mucho, y él acababa de darse una ducha caliente. Juan Diego intentó limpiar la sangre de la cama con la toalla, pero la toalla estaba más ensangrentada que las sábanas; sólo consiguió ensuciarlo todo aún más. El lado de la cama más cercano a la mesilla de noche semejaba el escenario de un sacrificio ritual con connotaciones sexuales.

Juan Diego regresó al cuarto de baño, donde había más sangre y agua, además de las esquirlas esparcidas de los soportes de porcelana hechos añicos. Se mojó la cara con agua fría, en especial la frente, en un intento de restañar aquel absurdo corte. Tenía, cómo no, provisiones de Viagra prácticamente para toda la vida, así como sus menospreciados betabloqueantes —y no olvidemos el rebuscado cortador de pastillas —, pero no tiritas. Se aplicó un rejujo de papel higiénico sobre el corte profusamente sangrante pero pequeño y detuvo por un momento la efusión de sangre.

Cuando Miriam llamó a la puerta y la dejó pasar, ya estaba preparado para salir; sólo le faltaba calzarse el zapato a medida en el pie lisiado. Eso siempre resultaba complicado; además, podía llevar su tiempo.

—Venga —instó Miriam, y lo empujó hacia la cama—; permítame ayudarlo.

Juan Diego se sentó a los pies de la cama mientras ella le ponía el zapato especial; para su sorpresa, parecía saber hacerlo. De hecho, llevó a cabo la tarea de manera tan experta, y con tal desenvoltura, que tuvo ocasión de echar un detenido vistazo a las manchas de sangre de la cama mientras ataba firmemente el cordón del zapato en el pie lisiado de Juan Diego.

—No se trata de un desvirgamiento ni de un asesinato —comentó Miriam, señalando con la cabeza toda aquella sangre y agua en las horripilantes sábanas—. Da igual lo que piensen las camareras, supongo.

—Me he cortado —explicó Juan Diego. Sin duda, Miriam se había fijado en el trozo de papel higiénico embebido en sangre que Juan Diego llevaba pegado a la frente, por encima de la ceja.

—Con toda probabilidad, no es uno de esos cortes del afeitado —dijo ella. Juan Diego la observó ir de la cama al armario y echar una ojeada dentro; a continuación, abrió y cerró los cajones donde podía haber quedado ropa olvidada—. Siempre reviso bien la habitación antes de marcharme de un hotel, de cualquier hotel.

Juan Diego no pudo impedirle que mirara también en el cuarto de baño. Le constaba que no se había dejado allí ninguno de sus artículos de higiene personal, y desde luego tampoco la Viagra ni las pastillas de Lopressor, ahora en su bolsa de mano. En cuanto al primer condón, recordó sólo en ese momento que se había quedado en la bañera, en cuyo desagüe debía de permanecer tristemente, como el

vestigio de un acto de deplorable lascivia.

—Hola, condoncito —oyó decir a Miriam en el cuarto de baño; Juan Diego seguía sentado en los pies de la cama ensangrentada—. Da igual lo que piensen las camareras, supongo —repitió Miriam cuando regresó al dormitorio—, pero ¿no tira al váter esas cosas la mayoría de la gente?

—‘Sí’ —fue lo único que pudo decir él. No muy propenso a las fantasías masculinas, Juan Diego, desde luego, nunca habría concebido ésa.

Debo de haberme tomado dos pastillas de Lopressor, se dijo a sí mismo; se sentía más mermado que de costumbre. Quizá pueda dormir en el avión, pensó; sabía que era pronto para especular sobre el posible efecto de eso en sus sueños. Era tal su cansancio que esperaba que su vida onírica quedara momentáneamente restringida por los betabloqueantes.

—¿Te ha pegado mi madre? —preguntó Dorothy cuando Juan Diego y Miriam llegaron a la habitación de la mujer de menor edad.

—No le he pegado, Dorothy —dijo su madre. Miriam ya había iniciado el registro de la habitación de su hija. Dorothy estaba a medio vestir: falda, pero sólo sujetador, sin blusa ni jersey. La maleta abierta estaba en la cama. (Era tan grande que habría podido contener un perro de tamaño considerable.)

—Un accidente en el cuarto de baño —se limitó a decir Juan Diego, señalándose el papel higiénico adherido a la frente.

—Creo que ya no sangra —dijo Dorothy. Se plantó ante él en sujetador y le toqueteó el papel higiénico; cuando Dorothy arrancó de un tirón el papel de la frente, el pequeño corte empezó a sangrar de nuevo, pero no tanto para que ella no pudiera contener la hemorragia humedeciéndose el dedo índice y haciendo presión con la yema encima de la ceja—. Quédate quieto —instó la joven mientras Juan Diego procuraba no mirarle el favorecedor sostén.

—Por Dios, Dorothy, vístete —apremió su madre.

—¿Y adónde vamos...? Me refiero a todos nosotros —preguntó la joven a su madre, no muy inocentemente.

—Primero vístete; ya te lo diré luego —respondió Miriam—. Ah, casi me olvidaba —dijo de pronto a Juan Diego—. Tengo su itinerario; será mejor que se lo dé.

Juan Diego recordó que Miriam se había hecho con el itinerario cuando aún estaban en el JFK; no había caído en la cuenta de que no se lo había devuelto. Miriam se lo entregó en ese momento.

—He hecho alguna anotación en el propio itinerario, recomendándole dónde alojarse en Manila. No esta vez; en su primera estancia pasará poco tiempo allí, y da igual un sitio que otro. Pero, confíe en mí, el hotel donde va a alojarse no le gustará. Para cuando vuelva a Manila..., o sea, en su segunda estancia, algo más larga..., le he anotado unas cuantas sugerencias en cuanto a alojamiento. Y he hecho una copia

de su itinerario para nosotras —dijo Miriam—, así podremos asegurarnos de que no tiene ningún percance.

—¿Para nosotras? —repitió Dorothy con recelo—. ¿O más bien para ti?

—Para nosotras: he dicho «nosotras», Dorothy —aclaró Miriam a su hija.

—Espero volver a verlas —dijo repentinamente Juan Diego—. A las dos —añadió, un tanto incómodo porque en ningún momento había apartado la vista de Dorothy. La chica se había puesto una blusa, que no había empezado a abotonarse; estaba mirándose el ombligo, y de pronto se lo hurgó.

—Ah, volveremos a vernos..., eso seguro —decía Miriam a la vez que entraba en el cuarto de baño para continuar con su registro.

—Sí, seguro —confirmó Dorothy, atenta aún a su ombligo; seguía sin abotonarse.

—Abróchate la blusa, Dorothy. ¡Tiene botones, por Dios! —vociferaba su madre desde el cuarto de baño.

—No me he dejado nada, mamá —replicó Dorothy, alzando la voz, en dirección al cuarto de baño. La joven se había abotonado ya la blusa cuando le dio un rápido beso en la boca a Juan Diego. Él vio que tenía un pequeño sobre en la mano; parecía parte del material de papelería del hotel, era esa clase de sobre. Dorothy le metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta—. No lo leas ahora; léelo más tarde. ¡Es una carta de amor! —susurró la chica y le introdujo la lengua fugazmente entre los labios.

—Me sorprendes, Dorothy —dijo Miriam mientras salía del cuarto de baño—. Juan Diego ha ensuciado más su cuarto de baño que tú el tuyo.

—Vivo para sorprenderte, mamá —respondió la chica.

Juan Diego dirigió una sonrisa vacilante a las dos. Siempre había imaginado su visita a las Filipinas como una especie de viaje sentimental, en el sentido de que no lo hacía por su propio interés. En realidad, iba allí por otra persona: un amigo muerto que había deseado hacer ese viaje pero había fallecido antes de presentársele la posibilidad de ir.

En cambio, el viaje en el que Juan Diego se veía metido parecía inseparable de Miriam y Dorothy, y ¿acaso no era ése un viaje que hacía exclusivamente por su propio interés?

—¿Y ustedes..., ustedes dos..., adónde van exactamente? —se aventuró a preguntar Juan Diego a esa madre y su hija, que eran (a todas luces) veteranas viajeras del mundo.

—¡Uy, no veas la de gilipolleces que nos toca hacer! —exclamó Dorothy de forma misteriosa.

—Obligaciones, Dorothy; tu generación abusa de la palabra «gilipollez» —corrigió Miriam.

—Volveremos a vernos antes de lo que piensas —anunció Dorothy a Juan Diego—. Acabaremos en Manila, pero no hoy —dijo la joven enigmáticamente.

—Al final nos veremos en Manila —explicó Miriam con cierta impaciencia—. Si no antes —añadió.

—Si no antes —repitió Dorothy—. ¡Ya, ya!

La joven levantó súbitamente la maleta de la cama antes de que Juan Diego pudiera ayudarla; era enorme y en apariencia pesada, pero Dorothy la levantó como si fuera una pluma. Juan Diego sintió desazón al recordar cómo lo había levantado a él —la cabeza y los hombros, separándoselos totalmente de la cama— antes de obligarlo a rodar para colocarlo sobre ella.

¡Hay que ver la fuerza que tiene esta chica!, fue lo único que Juan Diego pensó al respecto. Se volvió para agarrar su maleta, no su bolsa de mano, y le sorprendió ver que Miriam ya cargaba con ella y con su propia bolsa enorme. ¡Hay que ver la fuerza que tiene esta madre!, pensó también Juan Diego. Salió al rellano del hotel y apretó el paso para no rezagarse; casi no se dio cuenta de que apenas cojeaba.

Aquello era raro: en medio de una conversación que no recordaba, Juan Diego se separó de Miriam y Dorothy mientras pasaban por el control de seguridad del aeropuerto internacional de Hong Kong. Al avanzar hacia el detector de metales, se volvió a mirar a Miriam, que estaba descalzándose; vio que llevaba las uñas de los pies pintadas del mismo color que Dorothy. Luego cruzó el arco del escáner corporal y, cuando buscó de nuevo a las mujeres, Miriam y Dorothy ya no estaban; sencillamente (o no tan sencillamente) habían desaparecido.

Juan Diego preguntó a uno de los guardias de seguridad por las dos mujeres con las que viajaba. ¿Adónde habían ido? Pero el guardia de seguridad era un joven impaciente y estaba alterado por una posible avería en el detector de metales.

—¿Qué mujeres? ¿Cuáles mujeres? He visto toda una civilización de mujeres... ¡Deben de haber pasado ya! —contestó el guardia.

Juan Diego pensó en enviar un mensaje de texto o llamar a las mujeres con el móvil, pero no se había acordado de pedirles los números de teléfono. Recorriendo la lista de contactos, buscó en vano sus nombres inexistentes. Miriam tampoco había incluido su número de móvil ni el de Dorothy entre las anotaciones que había hecho en su itinerario. Juan Diego sólo vio los nombres y direcciones de hoteles alternativos en Manila.

¡Cuánta importancia había dado Miriam a su «segunda estancia» en Manila!, recordaba Juan Diego, pero dejó de pensar en ello y continuó el lento avance hacia la puerta de embarque de su vuelo a las Filipinas; su «primera estancia» en Manila, pensaba (si es que pensaba en algo). Lo invadía un cansancio fuera de lo común.

Debían de ser los betabloqueantes, reflexionaba Juan Diego. Supongo que no debería haber tomado dos, si es que los he tomado.

Incluso la magdalena de té verde del vuelo de Cathay Pacific —éste era un avión mucho más pequeño— lo decepcionó un poco. No fue una experiencia tan intensa como aquella primera magdalena de té verde previa a su llegada a Hong Kong con Miriam y Dorothy.

Juan Diego ya estaba en el aire cuando se acordó de la carta de amor que Dorothy

le había metido en el bolsillo de la chaqueta. Sacó el sobre y lo abrió.

«¡Hasta pronto!», había escrito Dorothy en el papel de cortesía del Regal Airport Hotel. Había estampado los labios —por lo visto, recién pintados— en la página, dejando la huella de su boca en íntimo contacto con la palabra «pronto». El carmín, como advirtió entonces, era del mismo color que la laca de uñas de los dedos de sus pies, y de los de su madre. Magenta, así lo describiría Juan Diego, o eso supuso.

No pudo pasar por alto lo que había en el sobre además de la pretendida carta de amor: los dos envoltorios vacíos de papel de aluminio que habían contenido el primer y el segundo condón. Quizás el escáner corporal del aeropuerto internacional de Hong Kong sí estaba averiado, pensó Juan Diego; el dispositivo no había detectado los envoltorios de papel de aluminio de los condones. Desde luego, pensaba Juan Diego, ése no era precisamente el viaje «sentimental» que él tenía previsto, pero había recorrido ya mucho camino y no había vuelta atrás.

Por si te preguntas...

Edward Bonshaw tenía en la frente una cicatriz en forma de L, debido a una caída en la infancia. Había tropezado con un perro dormido mientras corría con una ficha de mahjong en la manita. La minúscula pieza era de marfil y bambú; un ángulo de la bonita ficha se le hincó a Edward en su pálida frente, por encima del caballete de la nariz, donde dejó grabada una marca de verificación perfecta entre sus cejas rubias.

Se incorporó, pero, en su estado de aturdimiento, fue incapaz de ponerse en pie. La sangre le corría entre los ojos y le goteaba desde la punta de la nariz. El perro, ya despierto, meneó el rabo y lamió el rostro sangrante del niño.

Edward encontró reconfortantes las afectuosas atenciones del perro. El niño contaba siete años; su padre lo había tildado de «crío enmadrado», sin más razón que el rechazo a la caza manifestado por Edward.

«¿Por qué disparar contra cosas que están vivas?», había preguntado a su padre.

Al perro, una hembra, tampoco le gustaba la caza. Era un cobrador de labrador, y de cachorro tropezó y cayó a la piscina de un vecino; no se ahogó por poco. A raíz de ese suceso, le tenía miedo al agua, cosa anormal en un labrador. También era «anormal», según la taxativa opinión del dictatorial padre de Edward, que el perro no mostrase la menor disposición a «cobrar». (Ni una pelota ni un palo, y desde luego no un pájaro muerto.)

«¿Qué ha sido de su lado “cobrador”? ¿No se supone que es un “cobrador” de labrador?», decía siempre Ian, el cruel tío de Edward.

Pero Edward quería mucho a aquel labrador que no cobraba ni nadaba, y la tierna perra adoraba al niño; los dos eran «cobardes», según el severo juicio del padre de Edward, Graham. Para el joven Edward, el hermano de su padre —el intimidador tío Ian— era un zoquete antipático.

Basta con estos antecedentes para comprender lo que ocurrió a continuación. El padre de Edward y el tío Ian habían estado cazando faisanes; regresaron con un par de aves asesinadas e irrumpieron en la cocina por la puerta del garaje.

Ésa era la casa de Coralville —por entonces, una zona residencial en apariencia alejada de Iowa City—, y Edward, con la cara ensangrentada, seguía sentado en el suelo de la cocina, donde el labrador que no cobraba ni nadaba parecía comerse al niño empezando por la cabeza. Los hombres entraron de repente en la cocina con el cobrador de Chesapeake del tío Ian, un perdiguero macho insensato que, como Ian, adolecía de un temperamento agresivo y carecía de toda personalidad distinguible.

—¡Putra *Beatrice*! —exclamó el padre de Edward.

Graham Bonshaw había puesto *Beatrice* a la hembra de labrador, el nombre más despectivamente femenino que se le ocurrió; el nombre apropiado para una perra que, según el tío Ian, debía esterilizarse «para que no se reproduzca y desvirtúe aún más

una noble raza».

Los dos cazadores dejaron a Edward sentado en el suelo de la cocina mientras se llevaban a *Beatrice* afuera y le pegaban un tiro en el camino de acceso a la casa.

Ésa no era precisamente la historia que uno esperaba oír cuando Edward Bonshaw, en su vida posterior, se señalaba la cicatriz en forma de L de la frente y, con encantadora indiferencia, empezaba: «Por si te preguntas cómo me hice esta cicatriz...», lo que llevaba a la brutal muerte de *Beatrice*, una perra joven por la que Edward sentía adoración, una perra de una ternura inimaginable.

Y durante todos esos años, recordaba Juan Diego, el ‘señor Eduardo’ había conservado aquella bonita ficha de mahjong, la que le había dejado en la pálida frente una marca de verificación para siempre.

¿Era el insignificante corte producido por el toallero en la frente de Juan Diego, que por fin había dejado de sangrar, el desencadenante de esa truculenta evocación de Edward Bonshaw, una persona tan querida en la vida de Juan Diego? ¿Era el vuelo de Hong Kong a Manila demasiado breve para que Juan Diego durmiera profundamente? No era un vuelo tan corto como él imaginaba, pero se pasó las dos horas inquieto y medio despierto, y sus sueños fueron inconexos; para Juan Diego, ese duermevela y el desorden narrativo de sus sueños fueron una prueba más de que se había tomado una dosis doble de betabloqueantes.

Durante el viaje a Manila soñaría de manera intermitente, sobre todo con la horrenda historia de la cicatriz de Edward Bonshaw. ¡Eso es justo lo que provocan dos pastillas de Lopressor! Sin embargo, pese al cansancio, Juan Diego daba gracias por haber soñado, aunque fuera de forma inconexa. El pasado era el lugar donde vivía con mayor aplomo, y donde más convencido estaba de saber quién era, no sólo como novelista.

A menudo hay demasiado diálogo en los sueños inconexos, y las cosas ocurren de manera violenta y sin previo aviso. En el hospital de la Cruz Roja de Oaxaca, las consultas de los médicos estaban confusamente cerca de la entrada de urgencias, fruto de una mala idea o con toda intención, o lo uno y lo otro. A una niña mordida por uno de los perros de las azoteas de Oaxaca la llevaron a la consulta traumatológica del doctor Vargas en lugar de a urgencias; si bien tenía desgarrones en las manos y los antebrazos de intentar protegerse la cara, no presentaba ninguna lesión traumatológica manifiesta. El doctor Vargas era traumatólogo, pero atendía a los artistas circenses (principalmente los de corta edad), los niños de la basura y los huérfanos de Niños Perdidos, y no sólo por cuestiones traumatológicas.

Vargas estaba de mal humor porque le habían llevado a la víctima de la mordedura de perro.

—Te pondrás bien —le repetía a la niña llorosa—. Debería haber ido a urgencias, no aquí —reiteraba Vargas a la madre histérica de la niña.

En la sala de espera todos estaban alterados por la presencia de la niña maltrecha,

incluido Edward Bonshaw, recién llegado a la ciudad.

—¿Qué es un perro de las azoteas? —preguntó el ‘señor Eduardo’ al hermano Pepe—. ¡No será una raza de perro, espero!

En ese momento seguían al doctor Vargas a la sala de reconocimiento. A Juan Diego lo llevaban en camilla.

Lupe farfulló algo que su hermano herido no sintió el menor deseo de traducir. Lupe dijo que algunos de los perros de las azoteas eran espíritus, auténticos fantasmas de perros que habían sido atormentados y matados intencionadamente. Los perros fantasma rondaban por las azoteas de la ciudad y atacaban a personas inocentes, porque los perros (en su inocencia) habían sido atacados y buscaban venganza. Los perros vivían en las azoteas porque volaban; como eran perros fantasma, nadie podía hacerles daño, ya no.

—¡Vaya una respuesta más larga! —comentó Edward Bonshaw a Juan Diego en confianza—. ¿Qué ha dicho?

—Tiene usted razón, no es una raza —fue lo único que le dijo Juan Diego al nuevo misionero.

—Son en su mayoría mestizos. Hay muchos perros callejeros en Oaxaca; algunos son salvajes. Simplemente andan por las azoteas; nadie sabe cómo llegan hasta ahí —explicó el hermano Pepe.

—No vuelan —añadió Juan Diego, pero Lupe siguió farfullando. Se encontraban ya en la sala de reconocimiento con el doctor Vargas.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —preguntó el doctor Vargas a la incomprensible niña—. Cálmate y cuéntamelo despacio, para que te entienda.

—El paciente soy yo; ella sólo es mi hermana —dijo Juan Diego al joven médico. Quizá Vargas no se había fijado en la camilla.

El hermano Pepe ya había explicado al doctor Vargas que no era la primera vez que esos niños de la basura se visitaban con él, pero Vargas atendía a muchos pacientes; le costaba distinguir a unos niños de otros. Y el dolor de Juan Diego había remitido; por el momento, había dejado de gritar.

El doctor Vargas era joven y apuesto; emanaba un halo de nobleza desmedida, esa que a veces se deriva del éxito. Estaba acostumbrado a tener razón. Vargas se impacientaba fácilmente ante la incompetencia ajena, aunque el admirable joven tendía a precipitarse al juzgar a los demás en el momento de conocerlos. Todo el mundo sabía que el doctor Vargas era el principal cirujano traumatólogo de Oaxaca; los niños lisiados eran su especialidad, ¿y quién iba a quedarse indiferente ante los niños lisiados? Así y todo, Vargas sacaba de quicio a la gente. Los niños se ofendían porque Vargas no los recordaba; los adultos lo consideraban arrogante.

—El paciente eres tú, pues —dijo Vargas a Juan Diego—. Háblame de ti. No de los detalles de tu vida como niño de la basura. Ya te huelo; sé lo que pasa en el ‘basurero’. Me refiero al pie; háblame sólo de ese detalle.

—El detalle de mi pie es un detalle de la vida de un niño de la basura —respondió

Juan Diego al médico—. En Guerrero, una furgoneta ha echado marcha atrás y me ha pisado el pie, con un cargamento de cobre del ‘basurero’, un cargamento muy pesado.

A veces, Lupe hablaba en listas; aquélla fue una de esas veces.

—Primero: este médico es un capullo patético —empezó la niña que todo lo veía—. Segundo: se avergüenza de estar vivo. Tercero: cree que debería haber muerto. Cuarto: va a decir que necesitas radiografías, pero eso son simples rodeos: ya sabe que no puede arreglarte el pie.

—Eso se parece un poco al zapoteco o al mixteco, pero no lo es —declaró el doctor Vargas; no estaba preguntando a Juan Diego qué había dicho su hermana, pero (como todos los demás) Juan Diego no sentía gran aprecio por el joven médico y decidió traducirle todo lo que Lupe había afirmado—. ¿Ha dicho todo eso? —preguntó Vargas.

—Por lo general, acierta en cuanto al pasado —dijo Juan Diego—. Con el futuro no es tan precisa.

—Sí necesitas radiografías; y probablemente no pueda arreglarte el pie, pero tengo que ver las radiografías para decirte una cosa u otra —explicó el doctor Vargas a Juan Diego—. ¿Has traído a nuestro amigo jesuita a modo de ayuda divina? —preguntó el médico al muchacho, señalando con la cabeza al hermano Pepe. (En Oaxaca, todo el mundo conocía a Pepe; casi igual número de personas había oído hablar del doctor Vargas.)

—Mi madre trabaja de mujer de la limpieza para los jesuitas —dijo Juan Diego a Vargas. El muchacho señaló con la cabeza a Rivera—. Pero él es quien cuida de nosotros. El ‘jefe’... —empezó a decir el muchacho, pero Rivera lo interrumpió.

—Era yo quien conducía la furgoneta —admitió el responsable del vertedero, corroído por la culpabilidad.

Lupe acometió su rutina del retrovisor lateral roto, pero Juan Diego no se tomó la molestia de traducirlo. Además, Lupe ya había pasado a otro asunto, detalles nuevos en lo referente a por qué el doctor Vargas era semejante capullo patético.

—Vargas se emborrachó; se le pegaron las sábanas. Perdió el avión. Un viaje en familia. Ese absurdo avión se estrelló. Sus padres iban a bordo; también su hermana, con su marido y sus dos hijos. ¡Todos muertos! —exclamó Lupe—. Mientras Vargas dormía la mona —añadió.

—¡Qué voz tan forzada! —comentó Vargas a Juan Diego—. Debería echarle un vistazo a esa garganta. Quizá sean las cuerdas vocales.

Juan Diego dijo al doctor Vargas que sentía mucho lo del accidente aéreo en el que había perdido la vida toda la familia del joven médico.

—¿Ella te ha dicho eso? —preguntó Vargas al muchacho.

Lupe no dejaba de farfullar: Vargas había heredado la casa de sus padres y todos sus bienes. Sus padres eran «muy religiosos»; el hecho de que Vargas «no fuese religioso» había sido durante mucho tiempo fuente de fricciones familiares. Ahora el joven médico era «menos religioso», declaró Lupe.

—A ver, ¿cómo puede ser «menos religioso» ahora que cuando «no era religioso», Lupe? —preguntó Juan Diego a su hermana, pero la niña se limitó a encogerse de hombros. Ella sabía ciertas cosas; le llegaban mensajes, normalmente sin explicación.

«Yo sólo te digo lo que sé», decía siempre Lupe. «No me preguntes qué significa.»

—¡Alto ahí, alto ahí, alto ahí! —intervino Edward Bonshaw en inglés—. ¿Quién «no era religioso» y ahora es «menos religioso»? Conozco ese síndrome —dijo Edward a Juan Diego.

En inglés, Juan Diego contó al ‘señor Eduardo’ todo lo que Lupe le había contado a él sobre el doctor Vargas; ni siquiera el hermano Pepe conocía la historia completa. Entretanto, Vargas siguió examinando el pie aplastado y retorcido del muchacho. Juan Diego empezaba a sentir un poco más de aprecio por el doctor Vargas; la irritante facultad de Lupe de adivinar el pasado de un desconocido (y en menor grado el futuro de esa persona) distrajo a Juan Diego del dolor, y el muchacho agradeció que Vargas aprovechara ese momento de distracción para examinarlo.

—¿Dónde aprende inglés un niño de la basura? —preguntó el doctor Vargas al hermano Pepe en inglés—. Tu inglés no es tan bueno, Pepe, pero supongo que has intervenido en la enseñanza del muchacho.

—Lo ha aprendido él por su cuenta, Vargas; lo habla, lo entiende, lo lee —contestó Pepe.

—Ése es un don que debe cultivarse, Juan Diego —le dijo Edward Bonshaw al muchacho—. Lamento mucho la tragedia de su familia, doctor Vargas —añadió el ‘señor Eduardo’—. Algo sé yo de adversidades familiares...

—¿Quién es este ‘gringo’? —preguntó Vargas a Juan Diego sin contemplaciones, en español.

—‘El hombre papagayo’ —respondió Lupe.

Juan Diego descifró esto para Vargas.

—Edward es nuestro nuevo profesor —aclaró el hermano Pepe al doctor Vargas—. De Iowa —añadió.

—Eduardo —corrigió Edward Bonshaw; el oriundo de Iowa tendió la mano antes de reparar en los guantes de goma del doctor Vargas: los guantes con manchas de sangre procedente del pie grotescamente aplanado del muchacho.

—¿Seguro que no es de Hawái, Pepe? —preguntó Vargas. (Era imposible pasar por alto los estridentes papagayos de la camisa hawaiana del nuevo misionero.)

—Al igual que usted, doctor Vargas —empezó a decir Edward Bonshaw a la vez que, sensatamente, desistía de estrechar la mano al joven médico—, también yo he pasado por eso: mi fe se ha tambaleado ante la duda.

—Yo nunca he tenido fe, y por tanto tampoco dudas —contestó Vargas; tenía un inglés sucinto pero correcto: no se advertía en él el menor asomo de duda—. Te diré lo que me gusta de las radiografías, Juan Diego —prosiguió el doctor Vargas con su

inglés sin florituras—. Las radiografías no son espirituales; de hecho, son muchísimo menos ambiguas que un sinfín de elementos que me vienen ahora a la cabeza. Tú acudes a mí, herido, y con dos jesuitas. Traes a tu hermana, la visionaria, quien, como tú mismo dices, acierta más en cuanto al pasado que en cuanto al futuro. Te acompaña tu apreciado ‘jefe’; el responsable del vertedero, que cuida de ti y va y te atropella. —(Fue una suerte, para Rivera, que Vargas realizase su evaluación en inglés, no en español, porque ya bastante disgusto llevaba encima por el accidente)—. Y lo que las radiografías nos mostrarán son las limitaciones de lo que puede hacerse por tu pie. Hablo desde el punto de vista médico, Edward. —Vargas interrumpió su explicación y miró no sólo a Edward Bonshaw, sino también al hermano Pepe—. En cuanto a la ayuda divina..., en fin, eso se lo dejó a los jesuitas.

—Eduardo —corrigió Edward Bonshaw al doctor Vargas. El padre del ‘señor Eduardo’, Graham (el mataperros), tenía como segundo nombre «Edward»; ésa era razón más que suficiente para que Edward Bonshaw prefiriese «Eduardo», opción por la que también Juan Diego empezaba a sentir predilección.

Vargas lanzó una arremetida improvisada contra el hermano Pepe, esta vez en español.

—Estos niños de la basura viven en Guerrero y su madre limpia en el Templo de la Compañía de Jesús... ¡Qué jesuítico! Y supongo que limpia también en Niños Perdidos, ¿no?

—‘Sí’..., y también en el orfanato —contestó Pepe.

Juan Diego estuvo a punto de contar a Vargas que Esperanza, su madre, no era sólo mujer de la limpieza, pero lo otro a lo que se dedicaba Esperanza era «ambiguo» (por decir poco), y el muchacho sabía que el joven médico tenía un pobre concepto de la ambigüedad.

—¿Dónde está vuestra madre? —preguntó el doctor Vargas al muchacho—. No estará limpiando ahora, supongo.

—Está en el templo, rezando por mí —contestó Juan Diego.

—Hagamos las radiografías, que es el siguiente paso —propuso el doctor Vargas diligentemente; tuvo que contenerse, como se vio, para no dejar caer un comentario desdeñoso sobre los poderes de la oración.

—Gracias, Vargas —dijo el hermano Pepe; habló con una insinceridad tan impropia de él que todos lo miraron, incluido Edward Bonshaw, que acababa de conocerlo—. Gracias por el gran esfuerzo de ahorrarnos tu permanente ateísmo —añadió Pepe, más al grano.

—Es a ti a quien se lo ahorro, Pepe —contestó Vargas.

—Sin duda, su falta de fe es asunto suyo, doctor Vargas —dijo Edward Bonshaw—. Pero quizás éste no sea el mejor momento para exhibirla, por el bien del muchacho —añadió el nuevo misionero, convirtiendo así en asunto suyo la falta de fe.

—No se preocupe, ‘señor Eduardo’ —dijo Juan Diego al oriundo de Iowa en su

inglés casi perfecto—. Tampoco yo tengo mucha fe; no tengo mucha más fe que el doctor Vargas. —Pero Juan Diego tenía más fe de la que dejaba entrever. Albergaba sus dudas sobre la Iglesia (incluida su política, que era como él lo veía, con respecto a la virgen local), y sin embargo los milagros lo intrigaban. Se mostraba abierto a los milagros.

—No digas eso, Juan Diego; eres demasiado joven para apartarte de la fe —declaró Edward.

—Por el bien del muchacho —dijo Vargas con su inglés seco—, quizá sea éste un momento más adecuado para la realidad que para la fe.

—Personalmente no sé qué creer —intervino Lupe, indiferente a quién podía (y no podía) entenderla—. Quiero creer en Guadalupe, pero ya ves cómo se deja utilizar, ¡ya ves cómo la manipula la Virgen María! ¿Cómo va una a confiar en Guadalupe cuando se pone a las órdenes del Monstruo María?

—Guadalupe se deja pisotear por María, Lupe —dijo Juan Diego.

—¡Eh! ¡Basta ya! ¡No digas eso! —respondió Edward Bonshaw al muchacho—. Eres muy pero que muy joven para ese cinismo. —(En lo tocante a temas religiosos, el nuevo misionero comprendía mejor el español de lo que habría cabido pensar a primera vista.)

—Hagamos las radiografías, Eduardo —dijo el doctor Vargas—. Es el siguiente paso. Estos niños viven en Guerrero y trabajan en el vertedero, mientras su madre trabaja para los jesuitas. ¿No es eso *cinismo*?

—A por el siguiente paso, Vargas —dijo el hermano Pepe—. Hagamos las radiografías.

—¡Es un vertedero agradable! —insistió Lupe—. Juan Diego, dile a Vargas que nos encanta el vertedero. ¡Entre Vargas y el hombre papagayo acabaremos viviendo en Niños Perdidos! —exclamó Lupe, pero Juan Diego no tradujo nada; guardó silencio.

—Hagamos las radiografías —dijo el muchacho. A él sólo le interesaba saber qué le pasaba en el pie.

—Vargas está pensando que no tiene sentido operarte el pie —explicó Lupe—. Vargas cree que, si peligra el riego sanguíneo, ¡tendrá que amputar! Piensa que no puedes vivir en Guerrero con un solo pie, o cojo. En opinión de Vargas, el pie, con toda probabilidad, soldará por sí solo, en ángulo recto, y quedará así para siempre. Volverás a andar, pero no antes de un par de meses. Siempre andarás cojo, eso piensa. Vargas se pregunta por qué está aquí el hombre papagayo y no nuestra madre. ¡Dile que sé lo que piensa! —instó Lupe a su hermano a gritos.

Juan Diego empezó:

—Le diré lo que, según ella, está usted pensando.

Contó a Vargas lo que Lupe había dicho, a la vez que introducía pausas teatrales para explicárselo todo en inglés a Edward Bonshaw.

Vargas le habló al hermano Pepe como si estuvieran los dos solos:

—Tu niño de la basura es bilingüe y su hermana lee el pensamiento. Les irían mejor las cosas si trabajaran en el circo, Pepe. No tienen necesidad de vivir en Guerrero y trabajar en el ‘basurero’.

—¿El circo? —repitió Edward Bonshaw—. ¿Ha dicho «circo», Pepe? ¡Son niños! ¡No son animales! En Niños Perdidos cuidarán de ellos, ¿no? ¡Un niño cojo! ¡Una niña incapaz de hablar!

—¡Lupe habla mucho! Dice demasiadas cosas —aclaró Juan Diego.

—¡No son animales! —repitió el ‘señor Eduardo’; quizá fue la palabra «animales» (incluso en inglés) lo que indujo a Lupe a mirar más detenidamente al hombre papagayo.

Uy, uy, uy, pensaba el hermano Pepe. ¡Dios nos asista si esta niña loca le lee el pensamiento!

—Normalmente, el circo cuida de sus niños —aseguró el doctor Vargas en inglés al oriundo de Iowa, lanzando una fugaz mirada a Rivera, sumido éste en su sentimiento de culpabilidad—. Estos niños podrían hacer un número...

—¡Un número! —exclamó el ‘señor Eduardo’ a la vez que se retorció las manos; quizá la manera en que se retorció las manos llevó a Lupe a concebir una visión de Edward Bonshaw en su infancia, a los siete años. La niña se echó a llorar.

—¡Oh, no! —farfulló Lupe; se tapó los ojos con las dos manos.

—¿Sigue leyendo el pensamiento? —preguntó Vargas con aparente indiferencia.

—¿De verdad esta niña lee el pensamiento, Pepe? —preguntó Edward.

Uy, espero que ahora no, pensó Pepe, pero se limitó a decir:

—El muchacho ha aprendido a leer en dos idiomas por su cuenta. Podemos ayudar al muchacho; piensa en él, Edward. Por la niña no podemos hacer nada —añadió Pepe en inglés bajando la voz, aunque si lo hubiera dicho en español, Lupe no lo habría oído. La niña volvía a vociferar.

—¡Oh, no! ¡Le pegaron un tiro a su perra! Su padre y su tío... ¡Ellos dos mataron a la pobre perra del hombre papagayo! —gimoteó Lupe con su ronco falsete. Juan Diego sabía lo mucho que su hermana quería a los perros; la niña no quiso, o bien no pudo, decir nada más: sollozaba inconsolablemente.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó el oriundo de Iowa a Juan Diego.

—¿Usted tenía una perra? —preguntó el muchacho al ‘señor Eduardo’.

Edward Bonshaw se postró de rodillas.

—¡Santa María misericordiosa, Madre de Dios, gracias por traerme al lugar que me corresponde! —exclamó el nuevo misionero.

—Deduzco que sí tenía una perra —comentó el doctor Vargas en español a Juan Diego.

—La perra murió; alguien le pegó un tiro —explicó el muchacho a Vargas bajando la voz lo máximo posible. Con el llanto de Lupe y la loa jaculatoria del oriundo de Iowa a la Virgen María, es poco probable que alguien oyera este breve intercambio entre el médico y su paciente, o las palabras que cruzaron a continuación.

—¿Conoce a alguien en el circo? —preguntó Juan Diego al doctor Vargas.

—Conozco a la persona a quien, llegado el caso, os conviene conocer —dijo Vargas al muchacho—. Necesitaremos la intervención de vuestra madre... —Vargas vio cómo Juan Diego cerraba los ojos en un gesto instintivo—. O de Pepe, quizá necesitemos la aprobación de Pepe, más que contar con que vuestra madre apoye la idea.

—El ‘hombre papagayo’... —empezó a decir Juan Diego.

—No soy la persona más indicada para mantener una conversación constructiva con el hombre papagayo —interrumpió el doctor Vargas a su paciente.

—¡Su perra! ¡Le pegaron un tiro a su perra! ¡Pobre *Beatrice*! —farfullaba Lupe.

A pesar de la voz forzada y el habla ininteligible de Lupe, Edward Bonshaw distinguió la palabra «*Beatrice*».

—La clarividencia es un don divino, Pepe —dijo Edward a su colega—. ¿Realmente la niña es «presciente»? Ésa es la palabra que tú has usado.

—Olvídate de la niña, Eduardo —instó el hermano Pepe en voz baja..., otra vez en inglés—. Piensa en el muchacho..., a él podemos salvarlo, o ayudarlo a salvarse. El muchacho es salvable.

—La niña sabe cosas... —empezó a decir el oriundo de Iowa.

—Ninguna cosa que le sirva de ayuda —atajó de inmediato Pepe.

—El orfanato acogerá a estos niños, ¿no? —preguntó el ‘señor Eduardo’ al hermano Pepe.

A Pepe le preocupaban las monjas de Niños Perdidos; no eran necesariamente los niños de la basura los que desagradaban a las monjas: el problema preexistente era Esperanza, su madre, la mujer de la limpieza con un empleo nocturno. Pero lo único que dijo Pepe al oriundo de Iowa fue:

—Sí, Niños Perdidos los acogerá.

Y aquí Pepe se interrumpió; se preguntaba qué decir a continuación, y si debía decirlo; tenía sus dudas.

Ninguno de ellos se había dado cuenta de que Lupe ya no lloraba.

—‘El circo’ —dijo la niña clarividente, y señaló al hermano Pepe—. El circo.

—¿Qué pasa con el circo? —preguntó Juan Diego a su hermana.

—El hermano Pepe opina que es buena idea —respondió Lupe.

—Pepe opina que el circo es buena idea —dijo Juan Diego a todos los presentes, en inglés y en español. Pero Pepe no parecía tan seguro.

Eso puso fin a la conversación por un rato. Las radiografías requirieron mucho tiempo, sobre todo la espera previa al dictamen del radiólogo; como se vio, la espera se alargó tanto que ninguno de ellos albergaba grandes dudas sobre lo que oirían. (Vargas ya lo había pensado, y Lupe ya les había revelado los pensamientos del médico.)

Mientras esperaban a oír el informe del radiólogo, Juan Diego decidió que el doctor Vargas en realidad le caía bien. Lupe había llegado a una conclusión algo

distinta: la niña adoraba al ‘señor Eduardo’, principalmente por lo que le había ocurrido a la perra del niño de siete años, pero no sólo por eso. La niña se había dormido con la cabeza en el regazo de Edward Bonshaw. Que la niña que todo lo veía hubiese establecido un vínculo con él avivó el fervor del nuevo profesor; el oriundo de Iowa siguió mirando al hermano Pepe, como diciendo: ¿y tú crees que no podemos salvarla? ¡Claro que podemos!

¡Señor!, imploró Pepe. ¡Qué peligroso camino se abre ante nosotros, en manos de un desconocido y un demente! ¡Por favor, guíanos!

Fue entonces cuando el doctor Vargas se sentó junto a Edward Bonshaw y el hermano Pepe. Vargas tocó delicadamente la cabeza de la niña dormida.

—Quiero examinarle la garganta —les recordó el joven médico. Añadió que había pedido a su enfermera que se pusiera en contacto con una colega que también pasaba consulta en el hospital de la Cruz Roja. La doctora Gómez era otorrinolaringóloga; lo ideal sería que ella dispusiese de un momento para echarle un vistazo a la laringe de Lupe. Pero si la doctora Gómez no podía echarle una ojeada ella misma, como mínimo, sabía Vargas, le prestaría el instrumental necesario. Existía cierta lamparilla especial y un espejito que uno situaba al fondo de la garganta.

—‘Nuestra madre’ —dijo Lupe en sueños—. Nuestra madre. Permite que le examinen la garganta a ella.

—No está despierta —aclaró Rivera—. Lupe siempre habla dormida.

—¿Qué dice, Juan Diego? —preguntó el hermano Pepe al muchacho.

—Algo relacionado con nuestra madre —contestó Juan Diego—. Lupe puede leer el pensamiento mientras duerme —advirtió el muchacho a Vargas.

—Cuéntame algo más sobre la madre de Lupe, Pepe —dijo Vargas.

—Su madre habla como ella pero, a la vez, de otra manera; nadie la entiende cuando se altera, o cuando reza. Pero Esperanza es mayor, claro —intentó explicar Pepe, sin decir en realidad lo que pensaba. Le suponía un esfuerzo expresarse, tanto en inglés como en español—. Esperanza puede hacerse entender; no siempre es imposible comprenderla. ¡Esperanza es, de vez en cuando, prostituta! —añadió Pepe de forma atropellada después de comprobar que Lupe aún dormía—. Mientras que esta criatura, esta niña inocente... En fin, es incapaz de comunicar lo que piensa, excepto a su hermano.

El doctor Vargas miró a Juan Diego, quien, sencillamente, asintió con la cabeza; Rivera también asentía: el responsable del vertedero asentía y lloraba a la vez. Vargas preguntó a Rivera:

—En los primeros meses de vida, o cuando era un poco mayor, ¿padeció Lupe dificultades respiratorias en algún momento, cualquier cosa que recuerde?

—Tuvo el garrotillo: tosía y tosía —contestó Rivera entre sollozos.

Cuando el hermano Pepe explicó el asunto del garrotillo de Lupe a Edward Bonshaw, el oriundo de Iowa preguntó:

—¿No contraen el garrotillo muchos niños?

—Es su ronquera lo característico, la prueba audible de la tensión vocal —dijo lentamente el doctor Vargas—. Aun así, quiero echarle un vistazo a la garganta de Lupe... La laringe, las cuerdas vocales.

Edward Bonshaw, con la niña clarividente dormida en el regazo, permanecía inmóvil como una estatua. La magnitud de sus votos pareció abrumarlo y, a la vez, en ese mismo tumultuoso milisegundo, infundirle fuerzas: su devoción por san Ignacio de Loyola, basada en la intención del santo de sacrificar su vida si lograba evitar los pecados de una sola prostituta en una sola noche; aquellos dos niños de la basura superdotados, ambos en el umbral del peligro, o de la salvación, o acaso tanto de lo uno como de lo otro; y ahora el ateísmo de ese joven hombre de ciencia, el doctor Vargas, quien no pensaba más que en examinar la garganta de la niña vidente, su laringe, sus cuerdas vocales... ¡qué oportunidad aquella, y qué rumbo de colisión!

Fue entonces cuando se despertó Lupe, o —si es que llevaba despierta ya un rato — cuando abrió los ojos.

—¿Qué es la laringe? —preguntó la niña a su hermano—. No quiero que Vargas me la mire.

—Quiere saber qué es la laringe —tradujo Juan Diego para el doctor Vargas.

—Es la parte superior de la tráquea, donde están las cuerdas vocales —explicó Vargas.

—Nadie va a acercarse a mi tráquea. ¿Qué es eso? —preguntó Lupe.

—Ahora está interesada en su tráquea —informó Juan Diego.

—La tráquea es el conducto principal de un sistema de tubos; por esos tubos pasa el aire, el que entra y el que sale de los pulmones de Lupe —explicó el doctor Vargas a Juan Diego.

—¿Tengo tubos en la garganta? —preguntó Lupe.

—Todos tenemos tubos en la garganta, Lupe —aclaró Juan Diego.

—Sea quien sea esa doctora Gómez, Vargas busca sexo con ella —anunció Lupe a su hermano—. La doctora Gómez está casada, tiene hijos, es *mucho* mayor que él, y, aun así, Vargas busca sexo con ella.

—La doctora Gómez es otorrinolaringóloga, Lupe, especialista en oído, nariz y garganta —dijo Juan Diego a su insólita hermana.

—La doctora Gómez puede mirarme la laringe, pero Vargas no... ¡Este hombre me da asco! —declaró Lupe—. No me gusta la idea de que me metan un espejo en el fondo de la garganta. ¡Hoy no ha sido un buen día en cuestión de espejos!

—Lupe está un poco preocupada por el espejo —se limitó a decir Juan Diego al doctor Vargas.

—Dile que no le dolerá —aseguró Vargas.

—¡Pregúntale si lo que quiere hacerle a la doctora Gómez duele! —exclamó Lupe.

—O la doctora Gómez o yo le sujetaremos la lengua a Lupe con una gasa..., sólo para apartar la lengua del fondo de la garganta... —explicaba Vargas, pero Lupe no

lo dejó continuar.

—Esa Gómez puede sujetarme la lengua; Vargas, no —dijo Lupe.

—Lupe está impaciente por conocer a la doctora Gómez —fue lo único que dijo Juan Diego.

—Doctor Vargas —empezó Edward Bonshaw después de respirar hondo—, creo que en algún momento, mutuamente oportuno para ambos..., me refiero a otro momento, claro está..., usted y yo deberíamos mantener una charla sobre nuestras creencias.

Con la mano con que había tocado tan delicadamente a la niña dormida, el doctor Vargas —empleando más fuerza— cerró los dedos firmemente en torno a la muñeca del nuevo misionero.

—Le diré lo que pienso, Edward..., o Eduardo, o comoquiera que se llame —dijo Vargas—. Creo que la niña tiene algo en la garganta; quizás el problema esté en la laringe y afecte a las cuerdas vocales. Y este chaval va a cojear durante el resto de su vida, tanto si conserva el pie como si lo pierde. De eso tenemos que ocuparnos... O sea, aquí en este mundo —dijo el doctor Vargas.

Cuando Edward Bonshaw sonrió, su piel pálida pareció resplandecer; de pronto, la idea de que una luz interior se había encendido en él resultó sobrecogedoramente verosímil. Cuando el ‘señor Eduardo’ sonrió, una arruga tan precisa y llamativa como un relámpago cruzó el reluciente tejido blanco de aquella marca de verificación perfecta que el fervoroso joven tenía en la frente, justo entre las cejas rubias.

—Por si se pregunta cómo me hice esta cicatriz —inició su relato Edward Bonshaw, tal como lo iniciaba siempre.

Sin punto medio

«Volveremos a vernos antes de lo que piensas», le había anunciado Dorothy a Juan Diego. «Acabaremos en Manila», dijo la joven enigmáticamente.

En un momento de histeria, Lupe le había dicho a Juan Diego que acabarían viviendo en Niños Perdidos... Una verdad a medias, como luego se vio. Los niños de la basura —las monjas, como todo el mundo, los llamaban los ‘niños de la basura’— trasladaron sus cosas de Guerrero al orfanato jesuita. La vida en el orfanato era distinta de la vida en el vertedero, donde sólo Rivera y *Diablo* los protegían. Las monjas de ‘Niños Perdidos’ —junto con el hermano Pepe y el ‘señor Eduardo’— velarían por Lupe y Juan Diego más atentamente.

Para Rivera fue muy doloroso verse sustituido, pero estaba en la lista negra de Esperanza por haber atropellado a su único hijo varón, y Lupe fue inexorable en cuanto al asunto del retrovisor lateral sin reparar. Lupe dijo que sólo echaría de menos a *Diablo* y *Blanco Sucio*, pero iba a echar de menos a los otros perros de Guerrero y también a los perros del vertedero, incluso a los muertos. Con la ayuda de Rivera o de Juan Diego, Lupe tenía por costumbre quemar a los perros muertos del ‘basurero’. (Y, por supuesto, echarían de menos a Rivera: tanto Juan Diego como Lupe iban a echar de menos al ‘jefe’, a pesar de lo que había dicho Lupe.)

El hermano Pepe no se equivocaba en cuanto a las monjas de Niños Perdidos: podían acoger a los niños, aunque a regañadientes; era su madre, Esperanza, quien sacaba de quicio a las monjas. Pero Esperanza sacaba de quicio a todo el mundo, incluida la doctora Gómez, la otorrinolaringóloga, que era una mujer muy amable. No era culpa suya que el doctor Vargas buscara sexo con ella.

A Lupe le había caído bien la doctora Gómez, incluso mientras la doctora echaba un vistazo a la laringe de Lupe con Vargas incómodamente cerca. La doctora Gómez tenía una hija de la edad de Lupe; la otorrinolaringóloga sabía hablar con las niñas.

—¿Sabes en qué se distinguen los pies de un pato? —preguntó a Lupe la doctora Gómez, que se llamaba Marisol.

—Los patos nadan mejor que andan —contestó Lupe—. Les sale entre los dedos una cosa lisa que los une.

Cuando Juan Diego tradujo lo que Lupe había dicho, la doctora Gómez respondió:

—Los patos son palmípedos. Se les forma entre los dedos una membrana; «membrana interdigital», se llama. Tú tienes una membrana, Lupe; se llama «membrana laríngea congénita». «Congénita» significa que naciste con ella; tienes una especie de membrana en la laringe. Es algo poco común, o sea, especial —explicó la doctora Gómez a Lupe—. Sólo se da en uno de cada diez mil nacimientos, así de especial eres, Lupe.

Lupe se encogió de hombros.

—Si soy especial, no es por esa membrana —dijo Lupe, de forma intraducible—. Sé cosas que no debería saber.

—Lupe puede ser vidente en algunos casos. Suele acertar con el pasado —intentó explicar Juan Diego a la doctora Gómez—. Con el futuro no es tan precisa.

—¿Qué quiere decir Juan Diego? —preguntó la doctora Gómez al doctor Vargas.

—No pregunte a Vargas. ¡Busca sexo con usted! —exclamó Lupe—. Sabe que está casada, sabe que tiene hijos..., y es muy mayor para él... Aun así, piensa en hacerlo con usted. ¡Vargas siempre está pensando en buscar sexo con usted!

—Dime de qué habla, Juan Diego —pidió la doctora Gómez.

¡Qué demonios!, pensó Juan Diego. Se lo tradujo, palabra por palabra.

—La niña lee el pensamiento —dijo Vargas cuando Juan Diego hubo terminado—. Yo estaba pensando cómo decírtelo, Marisol, pero más en privado, no así... O sea, si llegaba a armarme de valor para decírtelo.

—¡Lupe sabía qué le pasó a su perra! —dijo el hermano Pepe a Marisol Gómez señalando a Edward Bonshaw. (Obviamente, Pepe intentaba cambiar de tema.)

—Lupe sabe qué le ha pasado a casi todo el mundo, y qué piensa casi todo el mundo —explicó Juan Diego a la doctora Gómez.

—Lo sabe aunque esté dormida mientras lo estás pensando —añadió Vargas—. No creo que la membrana laríngea tenga nada que ver con eso —añadió.

—A la niña no se la entiende en absoluto —dijo la doctora Gómez—. Una membrana laríngea explica el timbre de voz, la ronquera y la tensión vocal, pero no el hecho de que nadie la entienda. Excepto tú —añadió la doctora Gómez dirigiéndose a Juan Diego.

—Marisol es un nombre bonito; háblale de nuestra madre retrasada —dijo Lupe a Juan Diego—. Dile a la doctora Gómez que le eche un vistazo a la garganta de nuestra madre; ¡lo suyo es más grave que lo mío! —continuó Lupe—. ¡Va, díselo a la doctora Gómez!

Juan Diego así lo hizo.

—Lo tuyo no es grave, Lupe —explicó la doctora Gómez a la niña después de que Juan Diego le hablara a la doctora sobre Esperanza—. Una membrana laríngea congénita no tiene nada que ver con ser retrasado o no; tiene que ver con ser especial.

—Algunas de las cosas que sé son cosas que no conviene saber —dijo Lupe, pero Juan Diego dejó eso sin traducir.

—El diez por ciento de los niños con esa membrana tienen asociadas anomalías congénitas —informó la doctora Gómez al doctor Vargas, pero le habló sin mirarlo a los ojos.

—Explique la palabra «anomalías» —pidió Lupe.

—Lupe quiere saber qué son «anomalías» —tradujo Juan Diego.

—Desviaciones de la norma general, irregularidades —aclaró la doctora Gómez.

—Anormalidades —dijo el doctor Vargas a Lupe.

—¡Más anormal es usted! —exclamó Lupe.

—Sospecho que no necesito saber qué ha dicho —dijo Vargas a Juan Diego.

—Echaré un vistazo a la garganta de la madre —comentó la doctora Gómez, no a Vargas sino al hermano Pepe—. En todo caso, debería hablar con la madre. Hay varias opciones en lo referente a la membrana de Lupe...

Marisol Gómez, una madre bonita y juvenil, no pudo pasar de ahí; Lupe la interrumpió.

—¡Esa membrana es mía! —exclamó la niña—. Nadie va a tocar mis anomalías —dijo Lupe, y lanzó una mirada furibunda a Vargas.

Cuando Juan Diego repitió las palabras de su hermana punto por punto, la doctora Gómez dijo:

—Ésa es una de las opciones. Y echaré un vistazo a la garganta de la madre —repitió—. Dudo que también ella tenga membrana —añadió la doctora Gómez.

El hermano Pepe salió de la consulta del doctor Vargas para ir en busca de Esperanza. Vargas había dicho que también él necesitaba hablar con la madre de Juan Diego acerca de la situación del muchacho. Como las radiografías confirmarían, no había muchas opciones en cuanto al pie de Juan Diego, que era inoperable. Soldaría tal como estaba: aplastado, pero con riego sanguíneo suficiente, y torcido a un lado. Quedaría así para siempre. Ese pie no podría sostener peso durante un tiempo, fue como Vargas lo expresó. Primero silla de ruedas, después muletas..., por último la cojera. (La vida de un lisiado consiste en ver hacer a los demás lo que él no puede hacer, lo cual no era la peor opción para un futuro novelista.)

En cuanto a la garganta de Esperanza... Bueno, ahí el problema era otro. Esperanza no tenía membrana laríngea, pero un cultivo de garganta dio positivo en gonorrea. La doctora Gómez le explicó que el noventa por ciento de las infecciones gonorreicas de faringe eran indetectables, sin síntomas.

Esperanza se había preguntado qué era la «faringe» y dónde estaba.

—El espacio, muy al fondo de la boca, donde se comunican las fosas nasales, el esófago y la tráquea —había explicado la doctora Gómez.

Lupe no estuvo presente durante esa conversación, pero el hermano Pepe sí había permitido a Juan Diego quedarse allí; Pepe sabía que si Esperanza se alteraba o se ponía histérica, sólo la entendería Juan Diego. Pero, al principio, Esperanza había reaccionado con displicencia al enterarse; ya había padecido antes gonorrea, aunque ignoraba que la tuviera en la garganta.

—El ‘señor’ Purgaciones —lo llamó Esperanza encogiéndose de hombros; resultaba fácil ver de dónde había sacado Lupe ese gesto, aunque era poco más lo que Lupe había heredado de su madre..., o eso esperaba el hermano Pepe.

—Ése es el problema de la felación —explicó la doctora Gómez a Esperanza—. La punta de la uretra entra en contacto con la faringe; eso es llamar al mal tiempo.

—¿Felación? ¿Uretra? —preguntó Juan Diego a la doctora Gómez, que le respondió con un gesto de negación.

—Una mamada, ese absurdo agujero que tienes en el pene —explicó Esperanza a su hijo con impaciencia.

El hermano Pepe se alegró de que Lupe no estuviera presente; la niña y el nuevo misionero aguardaban en otra sala. Para Pepe también fue un alivio que Edward Bonshaw no oyera esa conversación, ni siquiera en español, aunque tanto el hermano Pepe como Juan Diego se asegurarían de que el ‘señor Eduardo’ recibiera información completa en lo relativo a la garganta de Esperanza.

—Pruebe usted a decirle a un fulano que se ponga un condón para una mamada —dijo Esperanza a la doctora Gómez.

—¿Un condón? —preguntó Juan Diego.

—¡Una goma! —exclamó Esperanza, exasperada—. ¿Qué le enseñan las monjas? —preguntó a Pepe—. ¡Este niño no sabe nada!

—Sabe leer, Esperanza. Pronto lo sabrá todo —contestó el hermano Pepe. Pepe sabía que Esperanza era analfabeta.

—Puedo recetarle un antibiótico —dijo la doctora Gómez a la madre de Juan Diego—, pero no tardará en contagiarse otra vez.

—Usted deme el antibiótico —respondió Esperanza—. ¡Claro que me contagiare otra vez! Soy prostituta.

—¿Lupe le lee el pensamiento también a usted? —preguntó la doctora Gómez a Esperanza, que empezó a alterarse y a ponerse histérica, pero Juan Diego permaneció callado. El muchacho sentía simpatía por la doctora Gómez; no le transmitiría las obscenidades e imprecaciones ininteligibles que ensartaba su madre.

—¡Dile a esta capulla de médico lo que he dicho! —exigía Esperanza a su hijo a gritos.

—Lo siento —dijo Juan Diego a la doctora Gómez—, pero no entiendo a mi madre; está loca de atar y es una malhablada.

—¡Díselo, cabronzuelo! —exclamó Esperanza. Empezó a pegar a Juan Diego, pero el hermano Pepe se interpuso entre ellos.

—No me toques —advirtió Juan Diego a su madre—. Ni te me acerques. Estás infectada. ¡Estás infectada! —repitió el muchacho.

Quizá fuera ésa la palabra que arrancó a Juan Diego de su sueño inconexo, la palabra «infectada», o, si no, el sonido del tren de aterrizaje al desplegarse, porque su vuelo de Cathay Pacific ya descendía. Vio que estaba a punto de aterrizar en Manila, donde lo esperaba su vida real... Bueno, si no del todo real, sí al menos lo que pasaba por ser su vida presente.

Por mucho que Juan Diego disfrutara de sus sueños, jamás lamentaba despertarse cuando soñaba con su madre. Si los betabloqueantes no causaban la inconexión, la causaba ella. Esperanza no era una madre que debiera llevar el nombre que llevaba. «Desesperanza», la llamaban las monjas, aunque a sus espaldas. «Desesperanza», o a veces se referían a ella como «Desesperación», cuando la palabra se correspondía mejor con su estado. Juan Diego, pese a contar sólo catorce años, tenía la sensación

de ser el adulto de la familia; él y también Lupe, que era una perspicaz niña de trece años. Esperanza era una chiquilla, incluso a ojos de sus hijos, excepto desde un punto de vista sexual. ¿Y qué madre desearía ser la presencia sexual que representaba Esperanza a ojos de sus hijos?

Esperanza nunca vestía como una mujer de la limpieza; siempre llevaba la ropa propia de su otra actividad. Cuando limpiaba, Esperanza vestía a la manera de la calle Zaragoza y el hotel Somega: el «hotel de las putas», lo llamaba Rivera. La manera en que vestía Esperanza era infantil, o propia de un niño, salvo por la parte sexualmente obvia.

Esperanza era también una chiquilla en lo referente al dinero. A los huérfanos de Niños Perdidos no se les permitía tener dinero, pero Juan Diego y Lupe lo guardaban igualmente. (A los rebuscadores no puede quitárseles el hábito de rebuscar; los ‘pepenadores’ seguían cribando y clasificando aun mucho después de haber dejado de buscar aluminio, cobre o vidrio.) Los niños de la basura poseían una gran habilidad para esconder el dinero en su habitación de Niños Perdidos; las monjas nunca lo encontraban.

Pero Esperanza sí conseguía encontrar el dinero de los niños, y se lo robaba cuando lo necesitaba. Cierto es que luego Esperanza se lo devolvía a sus hijos, a su manera. De vez en cuando, después de una noche fructífera, Esperanza ponía dinero debajo de la almohada de Lupe o Juan Diego. Los niños tenían la suerte de «oler» el dinero que su madre les dejaba antes de que las monjas lo encontraran. El perfume de Esperanza la delataba (a ella y al dinero).

—‘Lo siento, madre’ —susurró Juan Diego para sí mientras el avión aterrizaba en Manila—. Lo siento, madre.

A los catorce años, no tenía edad para sentir compasión por ella, ni por la chiquilla ni por la adulta que era.

La palabra «caridad» tenía mucho peso para los jesuitas; en especial para el padre Alfonso y para el padre Octavio. Era por caridad por lo que contrataban a una prostituta para limpiarles; para los sacerdotes, ese acto de bondad era una manera de conceder a Esperanza una «segunda oportunidad». (El hermano Pepe y Edward Bonshaw se quedarían despiertos una noche hasta bien tarde conversando sobre qué clase de «primera oportunidad» se había concedido a Esperanza; es decir, antes de convertirse en prostituta y mujer de la limpieza de los jesuitas.)

Sí, a todas luces era por caridad jesuítica por lo que los ‘niños de la basura’ habían obtenido la condición de huérfanos; al fin y al cabo, tenían madre, al margen de lo apta o inepta que fuese Esperanza (como madre). Sin duda, el padre Alfonso y el padre Octavio consideraban que habían sido excepcionalmente caritativos al consentir que Juan Diego y Lupe dispusieran de su propia habitación y su cuarto de baño, al margen de lo dependiente que fuese la niña de su hermano. (Ésa sería otra conversación a altas horas de la noche entre el hermano Pepe y el ‘señor Eduardo’: a

saber, cómo imaginaban el padre Alfonso y el padre Octavio que se las habría arreglado Lupe allí sin Juan Diego para traducir sus palabras.)

Los demás huérfanos, los hermanos inclusive, estaban agrupados por sexo. Los varones ocupaban un dormitorio en una planta de Niños Perdidos; las chicas dormían en otra planta. Había un cuarto de baño común para los niños, y un espacio similar (pero con mejores espejos) para las niñas. Si los niños tenían padres u otros parientes, no se permitía a los adultos visitar a los niños en sus dormitorios, pero Esperanza sí estaba autorizada a visitar a Juan Diego y a Lupe en la habitación de los niños de la basura, que antiguamente había sido una pequeña biblioteca, o lo que llamaban «sala de lectura», para los escolares visitantes. (La mayoría de los libros seguían en las estanterías, a las que Esperanza quitaba regularmente el polvo; como todo el mundo repetía hasta la saciedad, ella era, de hecho, una buena mujer de la limpieza.)

Por supuesto, habría sido complicado mantener a Esperanza alejada de sus propios hijos; también ella tenía una habitación en Niños Perdidos, pero en la zona del servicio. De los miembros del servicio, sólo las mujeres permanecían en el orfanato, quizá como medida de protección para los niños; aunque las propias sirvientas —Esperanza era la que más se hacía oír, y no menos sobre este tema en particular— imaginaban con vehemencia que era de los sacerdotes («aquellos célibes, unos bichos raros», los llamaba Esperanza), sobre todo, de quienes los niños necesitaban protección.

Nadie, ni siquiera Esperanza, habría acusado al padre Alfonso o al padre Octavio de esa perversión en concreto, tan documentada entre sacerdotes; nadie creía que los huérfanos de Niños Perdidos corrieran ese peligro en concreto. Entre las sirvientas, las conversaciones acerca de los niños que eran víctimas sexuales de sacerdotes presuntamente célibes discurrían en términos muy generales; se centraban sobre todo en el «carácter antinatural» del celibato en los hombres. En cuanto a las monjas... Bueno, no era lo mismo. En las mujeres, el celibato era más concebible; nadie decía nunca que fuera «natural», pero no pocas de las sirvientas expresaban el sentir de que las monjas tenían suerte de prescindir del sexo.

Sólo Esperanza decía: «Bueno, sólo tienes que ver a las monjas. ¿Quién iba a querer tener sexo con ellas?». Pero ése era un comentario poco benévolo y —como muchas de las cosas que decía Esperanza— no necesariamente cierto. (Sí, el tema del celibato y su «carácter antinatural», o no, era otra de esas conversaciones a altas horas de la noche entre el hermano Pepe y Edward Bonshaw, como cabe imaginar.)

Como el ‘señor Eduardo’ se flagelaba, procuraba hablar en broma con Juan Diego al respecto; el flagelante oriundo de Iowa comentaba que, afortunadamente, él tenía su propia habitación en el orfanato. Pero Juan Diego sabía que el flagelante compartía el cuarto de baño con el hermano Pepe; el muchacho acostumbraba a preguntarse si el pobre Pepe encontraba restos de sangre de Edward Bonshaw en la bañera o en las toallas. Si bien Pepe no sentía especial interés en la mortificación de la carne, le hacía gracia que el padre Alfonso y el padre Octavio, que se consideraban superiores al

oriundo de Iowa en otros sentidos, encomiaran a Edward Bonshaw por sus dolorosas autopuniciones.

—¡Qué propio del siglo XII! —exclamaba el padre Alfonso con admiración.

—Un rito digno de conservarse —decía el padre Octavio. (Fueran cuales fuesen sus otras opiniones sobre Edward Bonshaw, ambos sacerdotes consideraban valerosa la práctica de azotarse.) Y si bien estos dos admiradores del «siglo XII» seguían criticando las camisas hawaianas del ‘señor Eduardo’, el hermano Pepe también encontraba gracioso que los dos viejos sacerdotes nunca relacionaran las flagelaciones de Edward Bonshaw con los papagayos polinesios y las selvas de sus holgadas camisas. Pepe sabía que el ‘señor Eduardo’ siempre rezumaba sangre; se azotaba de lo lindo. Los estridentes colores y la confusión general de las camisas hawaianas del fervoroso joven ocultaban la sangría.

El cuarto de baño que compartían, y la proximidad de sus habitaciones independientes, convertía en compañeros de cuarto poco verosímiles a Pepe y el oriundo de Iowa; sus habitaciones se hallaban en la misma planta del orfanato que la antigua sala de lectura compartida por los niños de la basura. Sin duda, Pepe y el oriundo de Iowa reparaban en la presencia de Esperanza: se pasaba por allí a altas horas de la noche o ya de madrugada, como si fuera el fantasma de la madre de los ‘niños de la basura’ más que una verdadera madre. Al ser Esperanza una mujer real, tal vez fuera su presencia lo que desconcertaba a aquellos dos célibes; también ella debía de oír de vez en cuando a Edward Bonshaw azotarse.

Esperanza sabía lo limpios que estaban los suelos en Niños Perdidos; al fin y al cabo, los había limpiado ella. Iba descalza cuando visitaba a sus hijos; así hacía menos ruido, y —dado su horario cuando no trabajaba de mujer de la limpieza— casi todos los demás en ‘Niños Perdidos’ dormían cuando Esperanza rondaba sigilosamente por allí. Sí, se acercaba a besar a sus ‘niños’ cuando dormían —en este único aspecto, Esperanza se parecía a otras madres—, pero también iba a robarles, o a dejarles un poco de dinero perfumado bajo la almohada. Aun así, Esperanza hacía sobre todo esas visitas silenciosas para utilizar el cuarto de baño que compartían Juan Diego y Lupe. Debía de desear un poco de intimidad; probablemente, Esperanza no disfrutaba de intimidad en el hotel Somega ni en la zona del servicio en el orfanato. Debía de desear, al menos una vez al día, bañarse sola. Y a saber cómo trataban a Esperanza las otras sirvientas de Niños Perdidos. ¿Les parecía bien a esas otras mujeres compartir su cuarto de baño comunitario con una prostituta?

Como Rivera había dejado puesta la marcha atrás, aplastó el pie a Juan Diego al retroceder; como el retrovisor lateral estaba roto, los niños de la basura dormían ahora en una pequeña biblioteca, una antigua sala de lectura, en el orfanato jesuita. Y como su madre trabajaba de mujer de la limpieza para los jesuitas (y como también era prostituta), Esperanza deambulaba por la planta de ‘Niños Perdidos’ en que vivía el nuevo misionero norteamericano.

¿Acaso no era éste un apaño que podía haber perdurado? ¿Acaso no parecía que

el acuerdo entre ellos, compatible como era para todos, bien podía funcionar? ¿Por qué los niños de la basura no habrían de preferir, con el paso del tiempo, su vida en Niños Perdidos a la chabola de Guerrero? En cuanto a la mujer de belleza percedera, cosa que Esperanza sin duda era, y el siempre sangrante Edward Bonshaw, que se azotaba incansablemente..., en fin, ¿es absurdo imaginar que pudieran aprender algo el uno del otro?

Para Edward Bonshaw podría haber resultado beneficioso oír las opiniones de Esperanza sobre el celibato y la autoflagelación, y, desde luego, ella habría tenido algo que decirle sobre eso de sacrificar la vida si lograba evitar los pecados de una sola prostituta en una sola noche.

El ‘señor Eduardo’, por su parte, podría haber preguntado a Esperanza por qué trabajaba aún de prostituta. ¿No tenía ya un empleo y un lugar seguro donde dormir? ¿Era por vanidad, acaso? ¿Era ella tan vanidosa que, en cierto modo, prefería ser deseada a ser amada?

¿No llevaban los dos, Edward Bonshaw y Esperanza, las cosas al extremo? ¿No les habría servido igualmente un punto medio?

En una de sus muchas conversaciones a altas horas de la noche, el hermano Pepe lo expresaría de la siguiente manera ante el ‘señor Eduardo’: «¡Dios misericordioso, debe de haber un punto medio donde sea posible no sacrificar la propia vida y aun así evitar los pecados de una sola prostituta en una sola noche!». Pero eso no llegarían a resolverlo; Edward Bonshaw nunca exploraría ese punto medio.

No vivirían juntos, todos ellos, el tiempo suficiente para averiguar qué podría haber ocurrido. Vargas fue el primero que pronunció la palabra «circo»; la impercedera idea del circo procedía de él.

Cúlpese al ateo. Considérese al humanista secular (el eterno enemigo del catolicismo) responsable de lo que sucedió a continuación. Aquello podría no haber sido una mala vida: ser algo menos que verdaderos huérfanos, o ser huérfanos con privilegios poco comunes, en Niños Perdidos. Podría haber salido bien.

Pero Vargas había plantado la semilla del circo. ¿Qué niños no adoran el circo o imaginan que lo adoran?

Hemorragia espontánea

Cuando los ‘niños’ de la basura abandonaron la chabola de Guerrero para ir a Niños Perdidos, se llevaron casi tantas pistolas de agua como ropa tenían. Naturalmente, las monjas les confiscarían las armas lanza chorros, pero Lupe les permitió encontrar sólo las que no funcionaban. Las monjas nunca supieron qué uso daban ellos a las pistolas de agua.

Juan Diego y Lupe habían practicado con Rivera; si conseguían engañar al responsable del vertedero con el truco de los estigmas, éste surtiría efecto, pensaban, con cualquiera. Pero no lo engañaron por mucho tiempo, Rivera distinguía la sangre verdadera de la falsa, y, además, compraba las remolachas; Lupe siempre pedía al ‘jefe’ que le comprara remolachas.

Los niños de la basura llenaban una pistola de agua con una mezcla de jugo de remolacha y agua. Juan Diego gustaba de añadir un poco de su propia saliva a la mezcla. Sostenía que la baba confería al jugo de remolacha una «textura más sanguínea».

—Explica eso de «textura» —había dicho Lupe.

El truco consistía en que Juan Diego se escondía en la cinturilla, bajo el faldón de la camisa, el arma lanza chorros cargada. El blanco con menos riesgo era el zapato del incauto; la víctima no notaba que era sangre falsa cuando el chorro le alcanzaba el zapato. Las sandalias representaban un problema, pues el mejunje entraba en contacto con los dedos desnudos de los pies.

Con las mujeres, Juan Diego prefería disparar el chorro desde atrás, en la pantorrilla desnuda. Antes de que la mujer pudiera volverse a mirar, al muchacho le daba tiempo de esconder la pistola de agua. Entonces Lupe empezaba a farfullar. Señalaba primero la zona de la hemorragia espontánea y luego hacia el cielo; si la sangre era de origen celestial, sin duda procedía de la eterna morada de Dios (y de los muertos bienaventurados). «Dice que la sangre es un milagro», traducía Juan Diego a su hermana.

A veces Lupe, incomprensiblemente, recurría a ambigüedades. «No, perdón; es un milagro o una hemorragia corriente», decía entonces Juan Diego. Lupe ya estaba a medio agachar, el paño a punto en su diminuta mano; enjugaba la sangre, milagrosa o no, del zapato (o de la pantorrilla de la mujer) antes de que la víctima tuviera tiempo de reaccionar. Si el dinero a cambio de ese servicio se ofrecía de forma inmediata, los niños de la basura protestaban; siempre se negaban a aceptar el pago por señalar un milagro, o por enjugar la sangre sagrada (o profana). Bueno, mejor dicho, rechazaban el dinero al principio; los niños de la basura no eran mendigos.

Después del accidente con la furgoneta de Rivera, Juan Diego descubrió que la silla de ruedas ayudaba; por lo regular, era él quien tendía la mano abierta y, a

regañadientes, aceptaba la retribución; además, la silla de ruedas proporcionaba más sitios donde ocultar el arma lanza chorros. Con las muletas era un poco más incómodo; es decir, soltar una a fin de tender la mano. Cuando Juan Diego llevaba muletas, normalmente era Lupe quien cogía con actitud vacilante el dinero; nunca, claro está, con la mano con que había enjugado la sangre.

Llegados al punto de la cojera oscilante en la recuperación de Juan Diego —la categoría de cojera que perduraría, la que ya no era una fase—, los ‘niños’ de la basura tomaron más decisiones improvisadas. En general, Lupe (a su manera remisa) cedía ante los hombres que insistían en recompensarla. Juan Diego descubrió, ya cojo, que, con las víctimas femeninas del truco de los estigmas, un muchacho lisiado despertaba compasión de forma más convincente que una niña de aspecto colérico. ¿O acaso las mujeres presentían que Lupe les leía el pensamiento?

Los niños de la basura reservaban la palabra «estigmas» propiamente dicha para aquellas ocasiones de alto riesgo en que Juan Diego osaba hacer blanco en la mano de un posible incauto; en esos casos disparaba la pistola de agua siempre desde atrás. Cuando una persona deja las manos suspendidas a los costados, tanto si está parada como si va caminando, las palmas quedan orientadas hacia atrás.

Cuando a uno le aparece en la palma de la mano un repentino salpicón de sangre diluida de color remolacha —y hay una niña de rodillas a sus pies, embadurnándose el rostro arrobado con la sangre de la palma de esa mano—..., en fin, uno podría sentirse más vulnerable a la fe religiosa que de costumbre. Y era entonces cuando el muchacho lisiado empezaba a vociferar la palabra «estigmas». En el zócalo, con los turistas, Juan Diego recurría a la exclamación bilingüe: «estigmas» y «*stigmata*».

La única vez que los niños de la basura consiguieron engañar a Rivera fue disparándole al zapato. El responsable del vertedero había lanzado una mirada al cielo, pero no buscaba constatación celestial. «Quizás hay por ahí un pájaro sangrando», fue lo único que dijo Rivera; el ‘jefe’ tampoco ofreció propina a los niños de la basura.

En otra ocasión, el tiro directo a la mano de Rivera no surtió efecto. Mientras Lupe se embadurnaba el rostro con la sangre de la palma de la mano del ‘jefe’, éste apartó tranquilamente su mano de la niña arrobada. Y mientras Juan Diego vociferaba la palabra ‘estigmas’, el responsable del vertedero se lamió la «sangre» de la palma de la mano.

‘Los betabeles’, dijo el ‘jefe’ a Lupe con una sonrisa. Las remolachas.

El avión había aterrizado en las Filipinas. Juan Diego envolvió parte de una magdalena de té verde con una servilleta de papel y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Los pasajeros, ya de pie, recogían sus cosas: un momento incómodo para un cojo ya de cierta edad. Pero Juan Diego no tenía el pensamiento puesto en lo que le estaba pasando en ese momento; en su cabeza, Lupe y él entraban apenas en la adolescencia. Exploraban el zócalo, en el corazón de Oaxaca, atentos a turistas

incautos y desventurados lugareños capaces, aparentemente, de creerse elegidos por un Dios imaginario —desde una altitud invisible— para tener una hemorragia espontánea.

Como siempre, y en cualquier parte —incluso en Manila—, fue una mujer quien se compadeció de la cojera de ese hombre ya mayor.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó la joven madre. Viajaba con sus hijos, una niña pequeña y un niño aún menor. Era una mujer con muchos asuntos entre manos, nunca mejor dicho, pero ése era el efecto que ejercía la cojera de Juan Diego (sobre todo en las mujeres).

—Ah, no, ya me las arreglo. ¡Pero gracias! —contestó de inmediato Juan Diego.

La joven madre sonrió; de hecho, pareció sentir alivio. Sus hijos mantenían la mirada fija en el pie derecho mal orientado de Juan Diego; a los niños siempre les fascinaba ese ángulo, equivalente a las dos en las agujas de un reloj.

En Oaxaca, recordaba Juan Diego, los ‘niños’ de la basura habían aprendido a actuar con cautela en el zócalo, que estaba cerrado al tráfico pero plagado de mendigos y vendedores ambulantes. Los mendigos podían tener una actitud territorial, y uno de los vendedores, el hombre de los globos, había reparado en el truco de los estigmas. Los niños de la basura no sabían que ese hombre llevaba tiempo observándolos, pero, un día, el vendedor dio un globo a Lupe; miró a Juan Diego cuando habló.

—Me gusta el estilo de la cría, chaval de la sangre, pero a ti se te ve venir a la legua —dijo el hombre de los globos. Llevaba alrededor del cuello un cordón de zapato, de cuero sin curtir y manchado de sudor, un tosco collar del que pendía una pata de cuervo, y mientras hablaba toqueteaba con el dedo la pata de cuervo como si ese resto de ave fuese un talismán—. Yo he visto sangre de verdad en el zócalo, chaval de la sangre; quiero decir que, a veces, ocurren accidentes —prosiguió—. No os conviene que ciertos individuos descubran vuestro juego. Ciertos individuos a ti no te querrían, pero a ella se la llevarían —dijo señalando a Lupe con la pata de cuervo.

—Sabe de dónde venimos; en el ‘basurero’ mató de un tiro el cuervo del que sacó esa pata —le dijo Lupe a Juan Diego—. El globo está pinchado. Pierde aire. No puede venderlo. Mañana no será un globo.

—Me gusta el estilo de la cría —repitió el hombre de los globos a Juan Diego. Mirando a Lupe, le dio otro globo—. Éste no está pinchado; no pierde aire. Mañana..., ¿quién sabe? En el ‘basurero’ no he matado sólo cuervos, hermanita —dijo el hombre de los globos a Lupe.

Los niños de la basura se quedaron de una pieza al ver que el escalofriante vendedor había entendido a Lupe sin necesidad de traducción.

—Mata perros, a tiros, en el ‘basurero’... ¡Muchos perros! —exclamó Lupe. Soltó los dos globos. Pronto flotaron a gran altura por encima del zócalo, incluso el pinchado. A partir de entonces, el zócalo nunca volvería a ser lo mismo para los niños de la basura. Recelaban de todo el mundo.

En la terraza de la cafetería del Marqués del Valle, el hotel para turistas más frecuentado, trabajaba cierto camarero. Éste sabía quiénes eran los ‘niños de la basura’; había visto el truco de los estigmas, o el hombre de los globos lo había puesto al tanto. Ladinamente, el camarero advirtió a los niños que «quizá se lo contara» a las monjas de Niños Perdidos.

—¿No tenéis algo que confesarles, vosotros dos, al padre Alfonso o al padre Octavio? —fue como se expresó el camarero.

—¿Qué es lo que «quizá le cuente» a las monjas? —preguntó Juan Diego.

—Lo de la sangre falsa, eso es lo que tenéis que confesar —respondió el camarero.

—Ha dicho que «quizá se lo cuente» —insistió Juan Diego—. ¿Va a contárselo a las monjas o no va a contárselo?

—Yo vivo de las propinas —fue como se expresó el camarero.

Así perdieron los niños de la basura el mejor sitio de la ciudad para echar chorros de jugo de remolacha a los turistas; tenían que mantenerse alejados de la terraza de la cafetería del Marqués del Valle, donde un camarero oportunista quería sacar tajada.

Lupe sostuvo que, en todo caso, prefería no ir al Marqués del Valle por razones supersticiosas; uno de los turistas a quienes habían manchado con la pistola de agua se tiró al zócalo desde el balcón de una quinta planta. El suicidio se produjo poco después de recompensar el desdichado turista a Lupe, muy generosamente, por enjugarle la sangre del zapato. Era una de esas almas sensibles que había preferido no darse por enterado cuando los niños de la basura afirmaron que ellos no mendigaban; de forma espontánea, había entregado a Lupe una cantidad de dinero considerable.

—Lupe, ese hombre no se mató porque empezara a sangrarle el zapato —le había explicado Juan Diego, pero a Lupe aquello le había dejado mal sabor de boca.

—Yo sabía que estaba triste por algo —dijo Lupe—. Me di cuenta de que llevaba una mala vida.

Juan Diego no tuvo inconveniente en eludir el Marqués del Valle; detestaba ese hotel ya antes de que Lupe y él se toparan con el camarero codicioso. El hotel debía su nombre al título que Hernán Cortés adoptó para sí (marqués del Valle de Oaxaca), y Juan Diego desconfiaba de todo aquello relacionado con la conquista española, incluido el catolicismo. Oaxaca había sido en su día el centro de la civilización zapoteca. Juan Diego consideraba que Lupe y él eran zapotecos. Los niños de la basura aborrecían a Cortés; ellos eran gente de Benito Juárez, no gente de Cortés, se complacía en decir Lupe: eran indígenas, creían Juan Diego y Lupe.

En el estado de Oaxaca, dos cadenas montañosas de la Sierra Madre convergen y se funden en una sola cordillera; la ciudad de Oaxaca es la capital. Pero, aparte de la previsible injerencia de la siempre proselitista Iglesia católica, los españoles no se interesaron mucho por el estado de Oaxaca, salvo para cultivar café en las montañas. Y, como invocados por los dioses zapotecos, dos terremotos destruirían la ciudad de

Oaxaca, uno en 1854 y otro en 1931.

Debido a esta historia, Lupe estaba obsesionada con los terremotos. No sólo decía, muy a menudo a destiempo, ‘No es buen momento para un terremoto’, sino que, ilógicamente, deseaba que un tercer terremoto destruyera Oaxaca y aniquilara a sus cien mil habitantes, sin más razón que la tristeza del huésped suicida del Marqués del Valle o el abominable comportamiento del hombre de los globos, ese mataperros impenitente. Una persona que mataba perros merecía la muerte, a juicio de Lupe.

—Pero ¿un terremoto, Lupe? —solía preguntar Juan Diego a su hermana—. ¿Y todos nosotros? ¿Todos merecemos morir?

—Más vale que nos marchemos de Oaxaca... Bueno, más vale que al menos te marches tú —fue la respuesta de Lupe—. Sin duda tiene que haber un tercer terremoto —fue como se expresó ella—. Más vale que te marches de México —añadió.

—Pero ¿tú no? ¿Y cómo es que vas a quedarte? —le preguntaba siempre Juan Diego.

—Porque sí. Yo me quedo en Oaxaca. Porque sí —repetía su hermana, según recordaba Juan Diego.

Sumido en esas cavilaciones llegó Juan Diego Guerrero, el novelista, a Manila por primera vez; estaba alterado y a la vez desorientado. La joven madre de los dos niños pequeños no iba desencaminada al ofrecerle ayuda; había sido un error por parte de Juan Diego contestar que «se las arreglaría». Esa joven y atenta mujer esperaba con sus niños en el punto de recogida de equipaje. Eran muchas las maletas acumuladas en la cinta transportadora, y por la sala pululaba gente sin propósito fijo, incluido algún individuo que, en apariencia, no tenía por qué estar allí. Juan Diego no era consciente de lo abrumado que se lo veía en medio de una muchedumbre, pero la joven madre debió de advertir lo que era penosamente evidente para todos los demás. Ese hombre cojo de aspecto distinguido parecía extraviado.

—Éste es un aeropuerto caótico. ¿Viene alguien a recogerlo? —preguntó la joven; era filipina, pero tenía un inglés excelente. Juan Diego había oído a sus hijos hablar sólo en tagalo, pero parecían entender lo que decía su madre al lisiado.

—¿Que si viene alguien a recogerme? —repitió Juan Diego. (¿Cómo es posible que no lo sepa?, debía de estar preguntándose la joven madre.) Juan Diego estaba abriendo la cremallera del compartimento de su bolsa de mano donde había guardado el itinerario; a continuación vendría la obligada búsqueda a tientas de las gafas de lectura en el bolsillo de la chaqueta, como en el salón de primera clase de British Airways, allá en el JFK, cuando Miriam le arrancó el itinerario de las manos. Helo ahí otra vez, ofreciendo la imagen de viajero bisoño. Lo raro fue que no le dijera a la filipina (como le había dicho a Miriam): «Yo pensé que el viaje era demasiado largo para traerme el portátil». Vaya un comentario ridículo, se dijo ahora. ¡Como si a un ordenador portátil le importaran mucho las largas distancias!

Clark French, ex alumno destacado por su gran autoestima, le había organizado la

estancia en las Filipinas; sin consultar su itinerario, Juan Diego no recordaba cuáles eran sus planes, salvo por el detalle de que Miriam había encontrado pegas a su alojamiento en Manila. Naturalmente, Miriam había sugerido ciertas posibilidades en cuanto al lugar donde debía alojarse: en la «segunda estancia», había dicho. Con respecto a esa estancia, lo que Juan Diego recordaba era la omnisciente manera en que Miriam había utilizado la expresión «Confíe en mí». («Pero, confíe en mí, el hotel donde va a alojarse no le gustará», así se había expresado.) Mientras Juan Diego consultaba en el itinerario los detalles de su estancia en Manila, buscó una explicación al hecho de que, en efecto, no confiaba en Miriam, y sin embargo la deseaba.

Vio que se alojaba en el Makati Shangri-La, en Makati City; en un primer momento, Juan Diego se alarmó, porque ignoraba que Makati City se consideraba parte del área metropolitana de Manila. Y como al día siguiente partía de Manila con rumbo a Bohol, nadie que él conociera estaba esperando la llegada del vuelo, ni siquiera un pariente de Clark French. Según el itinerario de Juan Diego, iría a recogerlo al aeropuerto un chófer profesional. «Sólo un chófer», eso había escrito Clark en el itinerario.

—Viene a recogerme sólo un chófer —contestó Juan Diego finalmente a la joven filipina.

La madre dijo algo en tagalo a sus hijos. Señaló una maleta enorme de aspecto inmanejable en la cinta transportadora; el gran bulto, en una curva, expulsó otras maletas de la cinta en movimiento. Los niños se rieron al ver la abotargada maleta. En aquella absurda maleta habrían cabido dos cobradores de labrador, pensaba Juan Diego; era su maleta, claro está: se avergonzó de ella. Era de color naranja, ese naranja poco natural de las prendas que usan los cazadores para que no se los confunda con nada parecido a un animal, el llamativo naranja de esos conos de tráfico que indicaban obras en la carretera. La dependienta que le había vendido la maleta a Juan Diego lo había convencido con el argumento de que sus compañeros de viaje nunca confundirían esa maleta con las de ellos. Nadie más tendría una igual.

Y en ese preciso momento —cuando la madre filipina y sus hijos risueños tomaron conciencia de que aquel armatoste, aquella estridente maleta, pertenecía al hombre lisiado—, Juan Diego se acordó del ‘señor Eduardo’: de que habían matado de un tiro a su labrador cuando él tenía la formativa edad de siete años. A Juan Diego se le saltaron las lágrimas ante la horrenda idea de que en su espantosa maleta cupieran dos perras como la querida *Beatrice* de Edward Bonshaw.

A menudo, con los adultos, las lágrimas se malinterpretan. (¿Quién sabe qué momento de sus vidas están reviviendo?) La bienintencionada madre y sus hijos debieron de imaginar que el hombre cojo lloraba porque se habían burlado de su maleta facturada. La confusión no acabaría ahí. En esa zona del aeropuerto en que amigos y familiares y chóferes profesionales aguardaban a los pasajeros recién llegados reinaba el caos. La joven madre filipina llevó a rastras el ataúd para dos

perros de Juan Diego; él acarreó como pudo la maleta de ella y su propia bolsa de mano; los niños llevaban mochilas y cargaban con la bolsa de mano de su madre entre ambos. Lógicamente, fue necesario que Juan Diego diera su nombre a la servicial joven; así, los dos podrían buscar al chófer correspondiente, el que sostenía el cartel con el nombre «Juan Diego Guerrero». Pero el cartel rezaba SEÑOR GUERRERO. Juan Diego estaba desconcertado; la joven madre filipina supo de inmediato que ése era su chófer.

—Ése es usted, ¿no? —preguntó la paciente joven.

No existía una respuesta sencilla a la pregunta de por qué lo había desconcertado su propio nombre —sólo una historia completa serviría de explicación—, pero Juan Diego sí comprendió el contexto de ese momento: él no había nacido como señor Guerrero, pero ahora era el Guerrero que el chófer buscaba.

—Usted es el escritor; usted es ese Juan Diego Guerrero, ¿verdad? —le había preguntado el chófer, un joven apuesto.

—Sí, soy yo —contestó Juan Diego. No quería que la joven madre filipina sintiera la menor incomodidad por no saber quién era él (el «escritor»), pero cuando Juan Diego la buscó alrededor, ella y sus hijos habían desaparecido; se había escabullido sin llegar a saber que él era «ese» Juan Diego Guerrero. Tanto daba; ella ya había hecho su buena acción del año, imaginó Juan Diego.

—A mí me pusieron mi nombre por un escritor —explicó el joven chófer; levantó con esfuerzo la descomunal maleta de color naranja para cargarla en el maletero de la limusina—. Bienvenido Santos..., ¿ha leído algo de él? —preguntó el chófer.

—No, pero he oído hablar de él —contestó Juan Diego. (¡Me horrorizaría oír decir eso sobre mí!, pensó Juan Diego.)

—Puede llamarme Ben —dijo el chófer—. A algunas personas les confunde un poco eso de «Bienvenido».

—A mí me gusta Bienvenido —aseguró Juan Diego al joven.

—Seré su chófer a dondequiera que vaya en Manila, no sólo para este viaje —anunció Bienvenido—. Su ex alumno pidió expresamente que el chófer fuera yo. Fue él quien me dijo que era usted escritor —explicó el chófer—. Lamento no haber leído sus libros. No sé si es usted famoso...

—No soy famoso —se apresuró a decir Juan Diego.

—Bienvenido Santos sí es famoso..., o al menos era famoso aquí —dijo el chófer—. Ya murió. Yo he leído todos sus libros. Son muy buenos. Pero creo que es un error ponerle a un hijo el nombre de un escritor. Me crié sabiendo que tendría que leer los libros del señor Santos; eran muchos. ¿Y si los aborrecía? ¿Y si no me gustaba leer? Eso conlleva una verdadera carga, no digo nada más —añadió Bienvenido.

—Me hago cargo —contestó Juan Diego.

—¿Tiene hijos? —preguntó el chófer.

—No —respondió Juan Diego, pero para esa pregunta tampoco existía una respuesta sencilla: habría requerido otra historia completa, y a Juan Diego no le

gustaba recordarla—. Si llego a tener algún hijo, no le pondré el nombre de un escritor —no dijo nada más.

—Ya sé cuál es uno de sus destinos durante su estancia aquí —dijo el chófer—. Tengo entendido que quiere ir al Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila...

—No en este viaje —lo interrumpió Juan Diego—. En este viaje pasaré muy poco tiempo en Manila, pero cuando vuelva...

—Cuando quiera usted ir allí, señor Guerrero, por mí no hay inconveniente —se apresuró a decir Bienvenido.

—Llámeme Juan Diego, por favor...

—Cómo no, si es lo que prefiere —respondió el chófer—. A lo que me refiero, Juan Diego, es que está todo resuelto..., todo organizado. Haremos lo que usted quiera, cuando usted quiera...

—Puede que cambie de hotel... No esta vez, pero sí cuando vuelva —dejó caer de pronto Juan Diego.

—Lo que usted diga —dijo Bienvenido.

—He oído hablar mal de ese hotel —comentó Juan Diego.

—En mi trabajo, oigo hablar mal de muchas cosas. ¡De todos los hoteles! —aseguró el joven chófer.

—¿Qué ha oído decir del Makati Shangri-La? —preguntó Juan Diego.

El tráfico estaba detenido; el barullo en la calle congestionada creaba el caótico ambiente que Juan Diego relacionaba con una estación de autobuses, no con un aeropuerto. El cielo presentaba una tonalidad beige sucia y se respiraba un aire húmedo y fétido, pero el aire acondicionado de la limusina enfriaba demasiado.

—La cuestión es qué puede uno creerse y qué no, ya me entiende —contestó Bienvenido—. Oírse, se oye de todo.

—Eso me pasó a mí con la novela: que me costaba creérmela —dijo Juan Diego.

—¿Qué novela? —preguntó Bienvenido.

—Shangri-La es una tierra imaginaria en una novela titulada *Horizontes perdidos*. Creo que se escribió en los años treinta; ya no recuerdo el nombre del autor —respondió Juan Diego. (¿Y si oyera decir eso sobre un libro mío?, pensó; sería como oír que he muerto, se le ocurrió a Juan Diego.) Se preguntaba por qué la conversación con el chófer le resultaba tan agotadora, pero en ese preciso momento se abrió un hueco en el tráfico, y el coche empezó a avanzar rápidamente.

Incluso el aire maloliente es mejor que el aire acondicionado, decidió Juan Diego. Abrió la ventanilla y el aire beige sucio le azotó la cara. La calima de la polución le recordó de pronto a Ciudad de México, que no quería recordar. Y el ambiente de estación de autobuses y embotellamiento del aeropuerto indujo a Juan Diego a evocar los autobuses de su infancia en Oaxaca; la proximidad de los autobuses parecía contaminante. Sin embargo, en sus recuerdos de adolescencia, aquellas calles al sur del zócalo sí estaban contaminadas: la calle Zaragoza en particular, pero incluso las

calles que llevaban desde Niños Perdidos y el zócalo hasta la calle Zaragoza. (Cuando las monjas se dormían, Juan Diego y Lupe tenían por costumbre ir a buscar a Esperanza a la calle Zaragoza.)

—Quizás una de las cosas que he oído sobre el Makati Shangri-La sea imaginaria —se aventuró a decir Bienvenido.

—¿Y cuál es? —preguntó Juan Diego al chófer.

Por la ventanilla abierta del coche en marcha entraba el olor de múltiples comidas. Estaban atravesando una barriada de chabolas o algo parecido, donde el tráfico era más lento; las bicicletas zigzagueaban entre los coches; niños, descalzos y descamisados, se abalanzaban a la calle. Los baratísimos yipnis iban de bote en bote; los yipnis circulaban con los faros apagados, o los tenían fundidos, y los pasajeros viajaban apiñados en los bancos, semejantes a los de las iglesias. Quizá Juan Diego pensó en bancos de iglesia porque los yipnis estaban adornados con consignas religiosas.

¡DIOS ES BUENO!, proclamaba una. ES EVIDENTE QUE DIOS VELA POR TI, se leía en otra. Juan Diego acababa de llegar a Manila, pero ya había reparado en un asunto espinoso: los conquistadores españoles y la Iglesia católica habían llegado a las Filipinas antes que él; habían dejado su huella. (¡El chófer de su limusina se llamaba Bienvenido, y anuncios de Dios revestían los yipnis, el más barato entre los medios de transporte baratos!)

—Pasa algo raro con los perros —dijo Bienvenido.

—¿Los perros? ¿Qué perros? —preguntó Juan Diego.

—En el Makati Shangri-La... Los perros detectores de bombas —explicó el joven chófer.

—¿Han puesto alguna bomba en el hotel? —preguntó Juan Diego.

—No que yo sepa —contestó Bienvenido—. Hay perros detectores de bombas en todos los hoteles. En el Shangri-La, según cuentan, los perros olfatean sin saber qué buscan... Sencillamente lo olfatean todo.

—Eso no me parece tan grave —comentó Juan Diego. A él le gustaban los perros; siempre los defendía. (Quizá los perros detectores de bombas del Shangri-La sólo pecaban por exceso de cautela.)

—Según cuentan, los perros del Shangri-La no están adiestrados —dijo Bienvenido.

Pero Juan Diego no podía concentrarse en seguir el diálogo. Manila le recordaba a México; no estaba preparado para eso, y ahora la conversación se desviaba hacia los perros.

En Niños Perdidos, Lupe y él habían echado en falta a los perros del vertedero. Cuando nacía una camada en el 'basurero', los niños intentaban cuidar de los cachorros; cuando un cachorro moría, Juan Diego y Lupe procuraban encontrarlo antes que los buitres. Los niños de la basura habían ayudado a Rivera a quemar los perros muertos; quemarlos era también una manera de quererlos.

De noche, cuando iban a la calle Zaragoza en busca de su madre, Juan Diego y Lupe procuraban no pensar en los perros de las azoteas; esos perros eran distintos, daban miedo. Eran, en su mayoría, mestizos, como había dicho el hermano Pepe, pero Pepe se equivocaba al afirmar que sólo algunos de los perros de las azoteas eran salvajes; lo eran la mayoría. La doctora Gómez contó que ella sabía cómo iban a parar los perros a las azoteas, pero, en opinión del hermano Pepe, nadie sabía cómo llegaban allí los perros.

Muchos de los pacientes de la doctora Gómez habían sido mordidos por perros de las azoteas; al fin y al cabo, era otorrinolaringóloga, especialista en oído, nariz y garganta, y era ahí donde los perros intentaban morderlo a uno. Los perros atacaban a la cara, dijo la doctora Gómez. Años atrás, en los apartamentos de la última planta de los edificios situados al sur del zócalo, la gente dejaba a sus animales de compañía sueltos en las azoteas. Pero los perros se habían escapado, o los habían ahuyentado los perros salvajes; muchos de esos edificios estaban tan cerca entre sí que los perros podían saltar de una azotea a otra. Llegó un punto en que ya nadie permitió a sus perros subir a las azoteas; pronto, casi todos los perros de las azoteas eran salvajes. Pero ¿cómo habían ido a parar a las azoteas los primeros perros salvajes?

De noche, en la calle Zaragoza, los faros de los coches que pasaban se reflejaban en los ojos de los perros de las azoteas. No era de extrañar que Lupe pensara que esos perros eran fantasmas. Los perros corrían por las azoteas como si se aprestaran a dar caza a las personas que caminaban por la calle. Si uno no estaba hablando, o escuchando música, oía el jadeo de los perros mientras corrían. A veces, cuando los perros saltaban de una azotea a otra, se caía uno. Los que caían se mataban, claro está, a menos que aterrizaran sobre un transeúnte. El transeúnte servía para amortiguar la caída del perro. Esos perros afortunados normalmente no se morían, pero si resultaban heridos al caer, era más que probable que mordieran a los transeúntes sobre los que habían caído.

—Imagino que le gustan los perros —decía Bienvenido.

—Pues sí, sí me gustan los perros —contestó Juan Diego, pero estaba distraído por el recuerdo de esos perros fantasma de Oaxaca (si es que los perros de las azoteas, o algunos de ellos, de verdad eran fantasmas).

—Esos perros no son los únicos fantasmas de la ciudad; Oaxaca está llena de fantasmas —había dicho Lupe, a su manera omnisciente.

—Yo no los he visto —fue la primera respuesta de Juan Diego.

—Los verás —fue lo único que dijo Lupe.

Ahora, en Manila, a Juan Diego también le distrajo un yipni abarrotado que exhibía una de las consignas religiosas que ya había visto; obviamente era un mensaje muy difundido: ES EVIDENTE QUE DIOS VELA POR TI. Un adhesivo de signo opuesto en la ventanilla trasera de un taxi captó entonces la atención de Juan Diego. TURISMO SEXUAL INFANTIL, rezaba el adhesivo del taxi. NO MIRES EN OTRA DIRECCIÓN. DENÚNCIALOS.

Pues sí; ¡denunciemos a esos cabrones!, pensó Juan Diego. Pero Juan Diego creía que, en el caso de los niños reclutados con fines sexuales para los turistas, no era en absoluto «evidente» que Dios velara «por ellos».

—Me interesará saber qué piensa usted de los perros detectores de bombas —dijo Bienvenido, pero cuando echó un vistazo por el retrovisor, vio que su cliente se había dormido. O muerto, pensó tal vez el chófer, salvo que Juan Diego movía los labios. Quizás el chófer imaginó que el novelista no tan famoso componía un diálogo en sueños. Por cómo movía Juan Diego los labios, daba la impresión de que conversaba consigo mismo; tal como hacen los escritores, supuso Bienvenido. El joven chófer filipino no podía saber cuál era la verdadera discusión que el hombre mayor estaba recordando, ni podría haber adivinado adónde transportarían los sueños a continuación a Juan Diego.

12

Calle Zaragoza

—Escúcheme, señor Misionero; estos dos deben seguir juntos —decía Vargas—. El circo les comprará ropa; el circo les pagará cualquier medicamento..., y además tres comidas diarias, y también una cama donde dormir, y habrá una familia que cuide de ellos.

—¿Qué familia? ¡Es un circo! ¡Duermen en carpas! —exclamó Edward Bonshaw.

—La Maravilla viene a ser una familia, Eduardo —explicó el hermano Pepe al oriundo de Iowa—. Los niños del circo no pasan penurias —añadió Pepe, ahora con mayor incertidumbre.

El nombre del pequeño circo de Oaxaca, al igual que Niños Perdidos, no se había librado de las críticas. Podía resultar confuso: Circo de La Maravilla. La «L» de «La» iba en mayúscula, porque La Maravilla en sí era una persona, una artista. (El número en sí, el supuesto prodigio, recibía el confuso nombre de ‘la maravilla’, un prodigio o maravilla en minúscula.) Y en Oaxaca había quienes opinaban que el Circo de La Maravilla hacía publicidad engañosa de sí mismo. Los demás números eran corrientes, no tan maravillosos; los animales no eran especiales. Y corrían rumores.

Aquello de lo que todo el mundo hablaba en la ciudad era de La Maravilla en sí. (Al igual que Niños Perdidos, el nombre del circo solía abreviarse; la gente decía que iba al ‘circo’ o a La Maravilla.) La Maravilla en sí siempre era una niña; había habido muchas. Era un número sobrecogedor, no siempre un desafío a la muerte; varias artistas anteriores habían muerto. Y las supervivientes no seguían siendo La Maravilla por mucho tiempo. Había una considerable rotación entre las artistas; probablemente el estrés superaba a esas jóvenes. Al fin y al cabo, arriesgaban sus vidas en el momento en que llegaban a la pubertad. Quizás el estrés, unido a las hormonas, podía con ellas. ¿No era ciertamente prodigioso que esas jóvenes hicieran algo que podía costarles la vida justo cuando estaban a punto de tener su primera regla y veían crecer sus pechos? ¿No era llegar a la pubertad el verdadero peligro, el auténtico prodigio?

Algunos de los niños mayores del vertedero que vivían en Guerrero se habían colado en el circo, y éstos les habían hablado a Lupe y a Juan Diego de La Maravilla. Pero, a ellos dos, Rivera nunca les habría tolerado tales correrías. Cuando La Maravilla estaba en la ciudad, el circo se instalaba en Cinco Señores; el recinto circense de Cinco Señores estaba más cerca del zócalo y del centro de Oaxaca que de Guerrero.

¿Qué atraía a tan numeroso público al Circo de La Maravilla? ¿Era la perspectiva de ver morir a una niña inocente? Con todo, el hermano Pepe no se equivocaba al decir que La Maravilla, o cualquier circo, venía a ser una familia. (Naturalmente, hay familias buenas y familias malas.)

—Pero ¿qué podría hacer La Maravilla con un cojo? —preguntó Esperanza.

—¡Por favor! ¡No delante del niño! —exclamó el ‘señor Eduardo’.

—No pasa nada. Es verdad que soy cojo —había dicho Juan Diego.

—La Maravilla te acogerá porque eres necesario, Juan Diego —adujo el doctor Vargas—. Lupe necesita traducción —dijo Vargas a Esperanza—. De nada sirve una adivina si no se la entiende; Lupe requiere un intérprete.

—¡Yo no soy adivina! —protestó Lupe, pero Juan Diego no lo tradujo.

—La mujer a la que usted busca es Soledad —dijo Vargas a Edward Bonshaw.

—¿Qué mujer? ¡Yo no busco a ninguna mujer! —exclamó el nuevo misionero; se imaginó que el doctor Vargas no entendía las obligaciones que conllevaba el voto de castidad.

—No una mujer para usted, señor Célibe —precisó Vargas—. Me refiero a la mujer con la que necesita hablar en nombre de los niños. Soledad es la mujer que cuida de los niños en el circo; es la esposa del domador de leones.

—Ése no es un nombre muy tranquilizador para la esposa de un domador de leones —comentó el hermano Pepe—. «Soledad» no augura nada bueno; le espera la viudez, cabría concluir.

—Por el amor de Dios, Pepe; es sólo un nombre —repuso Vargas.

—Es usted un anticristo... Lo sabe, ¿verdad? —dijo el ‘señor Eduardo’ señalando a Vargas—. Estos niños pueden vivir en Niños Perdidos, donde recibirán una educación jesuita, ¡y usted quiere ponerlos en peligro! ¿Es su educación lo que le asusta, doctor Vargas? ¿Tan convencido está de su ateísmo que teme que podamos convertir a estos niños en creyentes?

—¡Estos niños ya están en peligro en Oaxaca! —exclamó Vargas—. A mí me trae sin cuidado si creen o no.

—Es un anticristo —insistió el oriundo de Iowa, dirigiéndose esta vez al hermano Pepe.

—¿Hay perros en el circo? —preguntó Lupe. Juan Diego lo tradujo.

—Sí, perros adiestrados. Presentan números con perros. Soledad prepara a los nuevos acróbatas, incluidos los trapeceistas, pero los perros tienen su propia carpa. ¿Te gustan los perros, Lupe? —preguntó Vargas a la niña; ella se encogió de hombros.

Juan Diego advirtió que Lupe veía la idea de La Maravilla con tan buenos ojos como él; sencillamente, no veía con buenos ojos a Vargas.

—Prométeme una cosa —dijo Lupe a Juan Diego, cogiéndole la mano.

—Claro. ¿Qué? —contestó Juan Diego.

—Si muero, quiero que me quemes en el ‘basurero’, como a los perros —dijo Lupe a su hermano—. Sólo tú y Rivera, nadie más. Prométemelo.

—¡Jesús! —exclamó Juan Diego.

—Jesús no —dijo Lupe—. Sólo tú y Rivera.

—Vale —contestó Juan Diego—. Te lo prometo.

—¿Conoce bien a esa tal Soledad? —preguntó Edward Bonshaw al doctor

Vargas.

—Es paciente mía —respondió Vargas—. Soledad es una antigua acróbata, trapecista. Mucha tensión en las articulaciones, sobre todo en manos, muñecas y codos. De tanto agarrar y apretar, y no hablemos ya de las caídas —comentó Vargas.

—¿Los volatineros no trabajan con red? —preguntó el ‘señor Eduardo’.

—En la mayoría de los circos mexicanos, no —contestó Vargas.

—¡Dios misericordioso! —exclamó el oriundo de Iowa—. ¡Y está diciéndome que estos niños corren peligro en Oaxaca!

—Los adivinos no sufren muchas caídas, y menos aún tensión en las articulaciones —repuso Vargas.

—Yo no sé qué tiene en la mente todo el mundo; para mí, no está claro lo que piensan todos. Sólo sé qué piensan algunas personas —explicó Lupe. Juan Diego esperó—. ¿Qué pasará cuando me encuentre con personas cuya mente no sea capaz de leer? —preguntó Lupe—. ¿Qué les dice una adivina a esas personas?

—Necesitamos conocer mejor el funcionamiento del circo. Tenemos que pensárnoslo. —(Así fue como Juan Diego interpretó las palabras de su hermana.)

—Eso no es lo que yo he dicho —se quejó Lupe a su hermano.

—Tenemos que pensar en ello —repitió Juan Diego.

—¿Y qué pasará con el domador de leones? —preguntó el hermano Pepe a Vargas.

—¿Qué habría de pasar? —inquirió Vargas.

—Según he oído, Soledad tiene problemas con él —explicó Pepe.

—Bueno, seguramente no resulta fácil convivir con un domador de leones; en la doma de leones debe de intervenir una cantidad considerable de testosterona, supongo —comentó Vargas, y se encogió de hombros.

Lupe imitó su gesto.

—¿El domador de leones es muy macho, pues? —preguntó Pepe a Vargas.

—Eso he oído —dijo Vargas—. No es paciente mío.

—No hay muchas caídas en la doma de leones, ni tensión en las articulaciones —comentó Edward Bonshaw.

—Vale, lo pensaremos —dijo Lupe.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Vargas a Juan Diego.

—Vamos a pensárnoslo —respondió Juan Diego.

—Siempre puedes venir a Niños Perdidos; podrías pasar a verme —dijo el ‘señor Eduardo’ a Juan Diego—. Te recomendaré lecturas; podemos hablar de libros; podrías enseñarme tus textos...

—¿Este niño escribe? —preguntó Vargas.

—Eso quiere, sí. Quiere una educación, Vargas; está claro que tiene un don para el lenguaje. El futuro de este muchacho está en la enseñanza superior —dijo Edward Bonshaw.

—Usted siempre puede venir al circo —dijo Juan Diego al ‘señor Eduardo’—.

Podría pasar a verme, traerme libros...

—Sí, claro que sí —dijo Vargas a Edward Bonshaw—. Prácticamente puede ir a pie hasta Cinco Señores, y, además, La Maravilla es itinerante. Se va de gira de vez en cuando; los niños conocerán Ciudad de México. Quizá pueda acompañarlos usted. Viajar viene a ser una forma de educación, ¿o no? —preguntó el doctor Vargas al oriundo de Iowa; sin esperar respuesta, Vargas desvió la atención hacia los ‘niños’ de la basura—. ¿Qué echáis en falta del ‘basurero’? —les preguntó. (Cuanto conocían a los ‘niños’ sabían lo mucho que Lupe echaba en falta a los perros, y no sólo a *Blanco Sucio* y *Diablo*. El hermano Pepe sabía que había un largo trecho desde Niños Perdidos hasta Cinco Señores.)

Lupe no contestó a Vargas, y Juan Diego contó para sí en silencio: enumerando todo aquello que echaba en falta de Guerrero y en el vertedero. El gecko rápido como el rayo en la mosquitera de la chabola; la vasta extensión de desechos, las diversas formas de despertar a Rivera cuando dormía en la cabina de su furgoneta; la manera en que *Diablo* acallaba los ladridos de los demás perros; la solemne dignidad de las piras funerarias de los perros en el ‘basurero’.

—Lupe echa en falta a los perros —dijo Edward Bonshaw; Lupe sabía que era eso, precisamente, lo que Vargas quería que respondiese el oriundo de Iowa.

—¿Sabes una cosa? —dijo de pronto Vargas, como si acabara de ocurrírsele—. Seguro que Soledad dejaría dormir a estos niños en la carpa de los perros. Podría pedírselo yo mismo. No me extrañaría que la propia Soledad pensara que eso también les gustaría a los perros... ¡Así todos serían felices! Éste es un mundo pequeño, a veces —prosiguió Vargas, y volvió a encogerse de hombros. Una vez más, Lupe imitó su gesto—. ¿Se cree Lupe que no sé lo que está haciendo? —preguntó Vargas a Juan Diego; tanto el muchacho como su hermana se encogieron de hombros.

—¡Niños y perros en una misma carpa! ¿Dónde se ha visto? —exclamó Edward Bonshaw.

—Ya veremos qué dice Soledad —dijo Vargas al ‘señor Eduardo’.

—La mayoría de los animales me gustan más que la mayoría de las personas —comentó Lupe.

—A ver si adivino: a Lupe le gustan más los animales que las personas —dijo Vargas a Juan Diego.

—He dicho «la mayoría» —corrigió Lupe.

—Ya sé que Lupe me detesta —dijo Vargas a Juan Diego.

Escuchando a Lupe y a Vargas quejarse el uno del otro, o el uno al otro, Juan Diego se acordó de las bandas de mariachis que acosaban a los turistas en el zócalo. Los fines de semana siempre había bandas en el zócalo, incluidas las tristes bandas de instituto con sus animadoras. A Lupe le gustaba empujar la silla de ruedas de Juan Diego entre la muchedumbre. Todo el mundo les franqueaba el paso, incluidas las animadoras. «Es como si fuéramos famosos», decía Lupe a Juan Diego.

Los niños de la basura eran famosos por sus andanzas en la calle Zaragoza; allí se

convirtieron en asiduos. En la calle Zaragoza nada de absurdos trucos con estigmas: nadie habría dado propina a los niños por enjugar sangre. En la calle Zaragoza ya se derramaba demasiada sangre por regla general; enjugarla habría sido una pérdida de tiempo.

En toda la calle Zaragoza siempre había prostitutas, y hombres que deambulaban por allí en busca de prostitutas; en el patio del hotel Somega, Juan Diego y Lupe veían ir y venir a las prostitutas y sus clientes, pero los niños nunca veían a su madre en la calle Zaragoza ni en el patio del hotel. No tenían constatación de que Esperanza hiciera la calle, y es posible que en el Somega hubiera también otros huéspedes, personas que no eran prostitutas ni sus clientes. Aun así, Rivera no era el único que llamaba «hotel de las putas» al Somega, por lo que habían oído los niños, y con tantas idas y venidas ésa era, sin duda, la impresión que daba el hotel.

Una noche, cuando Juan Diego ya iba en silla de ruedas, Lupe y él habían seguido a una prostituta llamada Flor por la calle Zaragoza; sabían que la prostituta no era su madre, pero Flor, vista desde atrás, se parecía a Esperanza: Flor andaba como Esperanza.

Cuando Lupe empujaba la silla de ruedas, le gustaba ir a toda prisa; se acercaba a las personas por la espalda: éstas no advertían la presencia de la silla de ruedas hasta que las embestía. Juan Diego siempre temía que los atropellados cayeran en su regazo; se inclinaba hacia delante e intentaba tocarlos con la mano antes de que la veloz silla de ruedas entrase en contacto con ellos. Así fue como tocó por primera vez a Flor; pretendía tocarle una mano, pero Flor, al andar, balanceaba los brazos atrás y adelante, y Juan Diego, sin querer, le tocó el trasero en pleno contoneo.

—¡Jesús, María y José! —exclamó Flor a la vez que giraba sobre los talones. Era muy alta; dispuesta ya a lanzar un puñetazo a la altura de la cabeza, se encontró ante sí a un niño en silla de ruedas.

—Sólo somos mi hermana y yo —dijo Juan Diego, encogido—. Buscamos a nuestra madre.

—¿Me parezco yo a vuestra madre? —preguntó Flor. Era una prostituta travestida. Por aquel entonces no había en Oaxaca muchas prostitutas travestidas; Flor, ciertamente, destacaba, y no sólo por su estatura. Era casi hermosa; lo que había de hermosa en ella no desmerecía, desde luego, por el tenue asomo de bigote, aunque Lupe reparó en él.

—Sí te pareces a nuestra madre, un poco —contestó Juan Diego a Flor—. Las dos sois muy guapas.

—Flor es mucho más grande, y además tiene lo que tú ya sabes —comentó Lupe a la vez que se deslizaba el dedo por encima del labio superior. Juan Diego no tuvo necesidad de traducir eso.

—Niños, vosotros no deberíais estar aquí —dijo Flor—. Deberíais estar en la cama.

—Nuestra madre se llama Esperanza —informó Juan Diego—. Quizá la ha visto

usted por aquí, quizá la conoce.

—Sí que conozco a Esperanza —contestó Flor—. Pero por aquí nunca la veo. A quienes veo por aquí, a todas horas, es a vosotros —dijo a los niños.

—A lo mejor nuestra madre es la más solicitada de todas las prostitutas —observó Lupe—. A lo mejor nunca sale del hotel Somega... y los hombres, sencillamente, acuden a ella. —Pero esto Juan Diego no lo tradujo.

—No sé qué farfulla, pero hay una cosa que sí es verdad —dijo Flor—: todo el que ha estado aquí alguna vez ha sido visto, eso os lo aseguro. Quizá vuestra madre ni siquiera ha estado aquí; quizá vosotros, niños, deberíais iros a dormir sin más.

—Flor sabe mucho sobre el circo; lo veo en su mente —informó Lupe—. Venga, pregúntale.

—Tenemos una oferta de La Maravilla, para un simple número secundario —dijo Juan Diego—. Tendríamos nuestra propia carpa, pero la compartiríamos con los perros; son perros adiestrados, muy listos. ¿Usted no conocerá a la gente del circo, por casualidad? —preguntó el muchacho.

—No acepto enanos. En algún sitio hay que poner el límite —contestó Flor—. Los enanos tienen un interés irracional en mí... No me los puedo quitar de encima.

—Esta noche no podré dormir —dijo Lupe a Juan Diego—. Me quedaré en vela sólo de pensar en unos enanos encima de Flor.

—Tú me has pedido que se lo preguntara. Tampoco yo podré dormir —reprochó Juan Diego a su hermana.

—Pregunta a Flor si conoce a Soledad —dijo Lupe.

—Quizá no nos convenga saberlo —respondió Juan Diego, pero preguntó a Flor qué sabía de la esposa del domador de leones.

—Es una mujer solitaria e infeliz —contestó Flor—. Su marido es un cerdo. En su caso, estoy del lado de los leones —dijo.

—Imagino que tampoco acepta domadores de leones —aventuró Juan Diego.

—A ése no, 'chico' —dijo Flor—. ¿Vosotros no sois de Niños Perdidos? ¿No trabaja allí vuestra madre? ¿Por qué vais a iros a vivir a una carpa con perros si no tenéis ninguna necesidad?

Lupe recitó una lista de razones.

—Primero: el amor por los perros —empezó—. Segundo: para ser astros; en un circo, podríamos ser famosos. Tercero: porque el hombre papagayo vendrá a visitarnos, y nuestro futuro... —se interrumpió por un segundo—, o al menos el futuro de él... —rectificó Lupe señalando a su hermano—. El futuro de él está en manos del hombre papagayo... Eso, con circo o sin circo, sencillamente lo sé.

—No conozco al hombre papagayo; nunca me lo han presentado —dijo Flor a los niños cuando Juan Diego concluyó el considerable esfuerzo de traducir la lista de Lupe.

—El hombre papagayo no busca a una mujer —informó Lupe, cosa que Juan Diego también tradujo. (Lupe había oído decir eso al 'señor Eduardo'.)

—¡La de hombres papagayo que yo conozco! —exclamó la prostituta travestida.

—Lupe quiere decir que el hombre papagayo ha hecho voto de castidad —intentó explicar Juan Diego a Flor, pero ella no le dejó terminar.

—Ah, entonces no... De éstos no conozco a ninguno —dijo Flor—. ¿Tiene ese hombre papagayo un número en La Maravilla?

—Es el nuevo misionero en el Templo de la Compañía de Jesús; es un jesuita de Iowa —explicó Juan Diego.

—¡Jesús, María y José! —exclamó de nuevo Flor—. Conque es esa clase de hombre papagayo...

—Mataron a su perro; seguramente eso le cambió la vida —dijo Lupe, pero Juan Diego lo dejó sin traducir.

En ese momento captó su atención una pelea enfrente del hotel Somega; el altercado debía de haberse iniciado dentro del hotel, pero había pasado del patio a la calle Zaragoza.

—Mierda, es el ‘gringo’ bueno; ese chico es un peligro para sí mismo —dijo Flor—. Habría estado más a salvo en Vietnam.

Cada vez eran más los hippies norteamericanos en Oaxaca; algunos de ellos llegaban con sus novias, pero las novias nunca se quedaban mucho tiempo. La mayoría de los muchachos en edad militar estaban solos, o acababan solos. Huían de la guerra de Vietnam, o de aquello en lo que su país se había convertido, decía Edward Bonshaw. El oriundo de Iowa les tendía la mano —intentaba ayudarlos—, pero, en su mayoría, los hippies no eran religiosos. Al igual que los perros de las azoteas, eran almas en pena: andaban de aquí para allá sin control, o vagaban por la ciudad como fantasmas.

Flor también había tendido la mano a los jóvenes prófugos norteamericanos; todos los muchachos perdidos la conocían. Quizá les caía bien porque era travesti —al igual que ellos, todavía era un muchacho—, pero Flor también caía bien a esos norteamericanos perdidos porque hablaba un inglés excelente. Flor había vivido en Texas, pero había regresado a México. Flor siempre contaba esa historia de la misma manera. «Digamos que sólo encontré una forma de salir de Oaxaca, y me llevó a Houston», empezaba. «¿Has estado alguna vez en Houston? Digamos que tuve que marcharme de Houston.»

Lupe y Juan Diego ya habían visto antes al ‘gringo’ bueno rondar por la calle Zaragoza. Una mañana, el hermano Pepe se lo había encontrado dormido en un banco del templo de los jesuitas. El ‘gringo bueno’ cantaba en sueños *Calles de Laredo*, la canción del vaquero; sólo la primera estrofa, una y otra vez, había dicho Pepe.

Mientras paseaba por las calles de Laredo,
mientras paseaba por Laredo un día,
vi a un joven vaquero envuelto en lino blanco,
envuelto en lino blanco y frío como la arcilla.

El hippy era siempre amable con los niños de la basura. En cuanto a la reyerta que se había iniciado en el hotel Somega, el ‘gringo bueno’, por lo visto, no había tenido tiempo de vestirse. Yacía en la acera en posición fetal para protegerse de las patadas; sólo llevaba unos vaqueros. Tenía en las manos las sandalias y una camisa sucia de manga larga, la única camisa que los niños de la basura le habían visto puesta. Pero Lupe y Juan Diego no habían visto hasta entonces el enorme tatuaje del muchacho. Era un Cristo en la Cruz: el rostro sangrante de Jesús, coronado de espinas, abarcaba el descarnado pecho desnudo del hippy. El torso de Cristo, incluido el costado herido, cubría el vientre desnudo del hippy. Los brazos extendidos de Cristo (las muñecas y las manos gravemente laceradas) estaban tatuados sobre los brazos y antebrazos del hippy. Era como si la mitad superior del cuerpo de Cristo hubiese sido violentamente estampada en la mitad superior del cuerpo del ‘gringo’ bueno. Tanto el Cristo Crucificado como el hippy necesitaban un afeitado, y los dos llevaban el pelo igual de apelmazado.

Dos matones se cernían junto al muchacho en la calle Zaragoza. Los niños de la basura conocían a Garza, el más alto y barbudo. O te permitía entrar en el vestíbulo del Somega, o no te lo permitía; normalmente era él quien decía a los niños que se largaran. Garza tenía una actitud territorial con respecto al patio del hotel. El otro matón —el más joven y gordo— era el esclavo de Garza, César. (Garza se lo follaba todo.)

—¿Es así como os ponéis cachondos? —preguntó Flor a los dos matones.

En la acera de la calle Zaragoza había otra prostituta, una de las más jóvenes; tenía la piel muy picada de viruela, y no llevaba encima mucha más ropa que el ‘gringo’ bueno. Se llamaba Alba, y Juan Diego, por su apariencia, pensó que era una chica con quien uno podía cruzarse durante un momento tan efímero como un amanecer.

—Me ha pagado de menos —le dijo Alba a Flor.

—Le he dado lo que me ha dicho que costaría —adujo el ‘gringo bueno’—. Le he pagado lo que me ha pedido al principio.

—Llévate al ‘gringo’ —indicó Flor a Juan Diego—. Si puedes salir a escondidas de Niños Perdidos, puedes entrar a escondidas..., ¿no es así?

—Las monjas lo encontrarán por la mañana..., o lo encontrará el hermano Pepe, o el ‘señor Eduardo’ o nuestra madre —dijo Lupe.

Juan Diego intentó explicárselo a Flor. Lupe y él compartían habitación y cuarto de baño; su madre, sin previo aviso, se presentaba para usar el cuarto de baño, y tal y cual... Pero Flor quería que los ‘niños’ de la basura retiraran al ‘gringo’ bueno de la calle. Niños Perdidos era un sitio seguro; los niños debían llevarse al hippy: en el orfanato nadie le pegaría.

—Decidles a las monjas que os lo encontrasteis en la acera, y que sólo lo hicisteis por caridad —sugirió Flor a Juan Diego—. Decidles que el muchacho no tenía tatuaje, pero que por la mañana, al despertar, el Cristo Crucificado cubría todo el

cuerpo del ‘gringo’ bueno.

—Y diremos que lo hemos oído cantar en sueños esa canción del vaquero durante horas, pero como estábamos a oscuras, no veíamos nada —improvisó Lupe—. ¡Al ‘gringo bueno’ ha debido de salirle ese tatuaje en la oscuridad a lo largo de toda la noche!

En ese preciso momento, el hippy medio desnudo empezó a cantar; ahora no dormía. Debía de haber cantado *Calles de Laredo* para provocar a los dos matones que lo acosaban, esta vez sólo entonó la segunda estrofa.

«Por tu indumentaria veo que eres vaquero.»

Estas palabras dijo cuando me acercaba lentamente.

«Ven a sentarte a mi lado y escucha mi triste historia; me han disparado en el pecho, y sé que debo morir.»

—Jesús, María y José —fue lo único que dijo Juan Diego, en un susurro.

—Eh, ¿cómo te va, hombre sobre ruedas? —preguntó el ‘gringo’ bueno a Juan Diego, como si acabara de advertir la presencia del muchacho en su silla de ruedas—. ¡Eh, hermanita, la conductora veloz! ¿Aún no te han puesto ninguna multa por exceso de velocidad? —(Lupe ya había embestido al ‘gringo’ bueno con la silla de ruedas.)

Flor ayudaba al hippy a vestirse.

—Garza, si vuelves a ponerle la mano encima —comenzó Flor—, te cortaré la polla y los huevos mientras duermes.

—A ti te cuelga el mismo chisme entre las piernas —dijo Garza a la prostituta travestida.

—No, mi chisme es mucho más grande que el tuyo —contestó Flor.

César, el esclavo de Garza, se echó a reír, pero se interrumpió al ver cómo lo miraban Garza y Flor.

—Deberías haber dado tu precio ya de entrada, Alba —dijo Flor a la joven prostituta de la piel deteriorada—. No deberías cambiar de opinión sobre el precio.

—Flor, tú no eres quién para decirme qué debo hacer —repuso Alba, pero, antes de hablar, la chica se había escabullido al patio del hotel Somega.

Flor acompañó a los niños de la basura y al ‘gringo’ bueno hasta el zócalo.

—¡Estoy en deuda contigo! —exclamó el joven norteamericano cuando ella se alejaba—. También estoy en deuda con vosotros, ‘niños’ —dijo el hippy a los niños de la basura—. Os haré un regalo por esto —añadió.

—¿Cómo se supone que vamos a esconderlo? —preguntó Lupe a su hermano—. Podemos hacer que entre en Niños Perdidos a escondidas esta noche... Eso no es problema..., pero no podremos sacarlo a escondidas por la mañana.

—Estoy dándole vueltas a esa historia de que el tatuaje del Cristo Sangrante es un milagro —dijo Juan Diego. (Sin duda, ésa era una idea que atraería a un lector del basurero.)

—Ciertamente es un milagro, más o menos —empezó a decir el ‘gringo bueno’—. Se me ocurrió la idea de este tatuaje...

Lupe no iba a consentir que el joven perdido contara su historia, no en ese momento.

—Prométeme una cosa —dijo Lupe a Juan Diego.

—Otra promesa...

—¡Tú prométemelo! —instó Lupe a voz en cuello—. Si acabo en la calle Zaragoza, mátame..., tú mátame. Quiero oírtelo decir.

—¡Jesús, María y José! —dijo Juan Diego; intentaba exclamar estas palabras igual que Flor.

El hippy se había olvidado de lo que estaba diciendo; lidiaba con una estrofa de *Calles de Laredo*, como si compusiera la inspirada letra por primera vez.

Que seis alegres vaqueros carguen con mi ataúd,
que seis bonitas doncellas sostengan mi palio mortuorio.
Que pongan ramos de rosas sobre mi ataúd,
rosas que amortigüen los puñados de tierra al caer.

—¡Dilo! —gritó Lupe al lector del basurero.

—Vale, te mataré. Ahí tienes, dicho está —respondió Juan Diego.

—¡Eh! Hombre sobre ruedas, hermanita... Aquí nadie va a matar a nadie, ¿entendido? —dijo el ‘gringo’ bueno—. Todos somos amigos, ¿entendido?

El aliento del ‘gringo’ olía a mezcal, lo que Lupe llamaba «aliento de gusano», por el gusano muerto en el fondo de la botella de mezcal. Rivera llamaba al mezcal «tequila de pobre»; el responsable del vertedero decía que el mezcal y el tequila se bebían de la misma manera, con una pizca de sal y un poco de zumo de lima. El ‘gringo’ bueno olía a zumo de lima y cerveza; la noche que los niños de la basura lo metieron a escondidas en Niños Perdidos, el joven norteamericano tenía una costra de sal en los labios, y se veían más restos de sal en la perilla triangular que el muchacho se había dejado sin afeitarse bajo el labio inferior. Los ‘niños’ dejaron dormir al ‘gringo’ bueno en la cama de Lupe; tuvieron que ayudarlo a desnudarse, y ya estaba dormido —tendido de espaldas, y roncando— antes de que Lupe y Juan Diego pudieran prepararse para ir a la cama.

Entre ronquidos, la estrofa gutural de *Calles de Laredo* pareció emanar del ‘gringo bueno’... como su olor.

Ay, tañed el tambor despacio y tocad el pífano muy bajo,
tocad la marcha fúnebre mientras cargáis conmigo;
llevadme al valle, y cubridme de tierra,
porque soy un joven vaquero y sé que he obrado mal.

Lupe humedeció un paño de cocina y limpió la costra de sal de los labios y el rostro del hippy. Tenía intención de tapanlo con su camisa; no quería ver a ese Jesús sangrante en plena noche. Pero cuando Lupe olió la camisa del ‘gringo’, dijo que olía a vómito de mezcal o cerveza, o a gusano muerto: se limitó a subirle la sábana al joven norteamericano hasta la barbilla y luego se tomó la molestia de remeterla.

El hippy era alto y delgado, y sus largos brazos —con las maltrechas muñecas y manos de Cristo grabadas— yacían a sus costados, fuera de la sábana.

—¿Y si se muere en la habitación con nosotros? —preguntó Lupe a Juan Diego—. ¿Qué pasa con el alma si te mueres en una habitación que no es la tuya en un país extranjero? ¿Cómo volverá el alma del ‘gringo’ a su casa?

—Jesús —dijo Juan Diego.

—No metas a Jesús en esto. Los responsables del ‘gringo’ somos nosotros. ¿Qué hacemos si el hippy se muere? —preguntó Lupe.

—Quemarlo en el ‘basurero’. Rivera nos ayudará —contestó Juan Diego. No lo pensaba en serio; sólo pretendía que Lupe se acostara—. El alma del ‘gringo’ se escapará con el humo.

—Vale, tenemos un plan —dijo Lupe.

Cuando se metió en la cama de Juan Diego, llevaba más ropa de la que solía ponerse para dormir. Lupe explicó que, con el hippy en la habitación, prefería «vestir recatadamente». Quiso que Juan Diego durmiese en el lado de la cama más cercano al ‘gringo’; Lupe no quería que la visión del Cristo agonizante la sobresaltara por la noche.

—Espero que sigas dándole vueltas a la historia del milagro —dijo a su hermano, y se volvió de espaldas a él en aquella cama estrecha—. Nadie va a creerse que ese tatuaje es un ‘milagro’.

Juan Diego se pasaría media noche en vela ensayando la manera de presentar el tatuaje del Cristo sangrante del norteamericano perdido como un milagro nocturno. Poco antes de que el sueño por fin lo venciera, Juan Diego cayó en la cuenta de que Lupe también seguía despierta.

—Me casaría con este hippy si oliera mejor y dejara de cantar esa canción del vaquero —dijo Lupe.

—Tienes trece años —recordó Juan Diego a su hermana.

En su estupor por efecto del mezcal, el ‘gringo bueno’ no consiguió pronunciar más que los dos primeros versos de la primera estrofa de *Calles de Laredo*; por cómo se iba apagando la canción, los niños de la basura casi desearon que el ‘gringo’ bueno continuara con su canto.

Mientras paseaba por las calles de Laredo,
mientras paseaba por Laredo un día...

—Tienes trece años, Lupe —repitió Juan Diego, ahora con mayor insistencia.

—Quiero decir más adelante, cuando sea mayor..., si es que llego a mayor —dijo Lupe—. Empiezo a tener pecho, pero aún muy poco. Sé que tiene que crecer.

—¿A qué te refieres con eso de «si es que llegas a mayor»? —preguntó Juan Diego a su hermana. Permanecían de espaldas el uno justo al otro en la oscuridad, pero Juan Diego percibió que Lupe se encogía de hombros a su lado.

—No creo que el ‘gringo’ bueno y yo lleguemos a ser mucho mayores —dijo.

—Eso tú no lo sabes, Lupe —replicó Juan Diego.

—Sé que mis pechos no crecerán más —declaró Lupe.

Juan Diego seguiría despierto durante un rato aún, pensando sólo en eso. Le constaba que Lupe, por lo regular, acertaba en cuanto al pasado; se quedó dormido con la convicción medio reconfortante de que su hermana no acertaba el futuro con igual precisión.

Ahora y siempre

Lo que le ocurrió a Juan Diego con los perros detectores de bombas en el Makati Shangri-La puede explicarse de una manera sosegada y racional, pese a que el suceso se desarrolló precipitadamente y para el portero del hotel y los guardias de seguridad del Shangri-La —éstos perdieron el control de los dos perros al instante—, que lo presenciaron horrorizados, no hubo nada de sosegado o racional en el momento de recibir al Distinguido Huésped. Ése era el grandilocuente título que acompañaba al nombre de Juan Diego Guerrero en la recepción del hotel: «Distinguido Huésped». Ay, ese Clark French: el ex alumno de Juan Diego no había escatimado esfuerzos, fiel a su inmoderada autoestima.

Al novelista mexicano-estadounidense lo trasladaron a una habitación de categoría superior; habían incluido servicios de cortesía especiales, uno de los cuales era poco común. Y la dirección del hotel fue advertida de que con el señor Guerrero no debía utilizarse la designación «mexicano-estadounidense». En todo caso, nadie habría imaginado que el peripuesto director del hotel en persona andaría rondando por la zona de recepción para conceder rango de celebridad al exhausto Juan Diego; es decir, nadie que hubiera presenciado el descortés recibimiento ofrecido al escritor en la entrada de vehículos del Shangri-La. Por desgracia, Clark no estaba disponible para dar la bienvenida a su ex profesor.

Cuando se detuvieron ante el hotel, Bienvenido vio por el retrovisor que su apreciado cliente dormía; el chófer intentó alejar con un gesto al portero, que ya se había puesto a correr para abrir la puerta trasera de la limusina. Bienvenido vio que Juan Diego se hallaba desplomado contra esa misma puerta trasera; el chófer se apresuró a abrir su propia puerta y se apeó ante el hotel agitando los dos brazos.

¿Quién iba a saber que los perros detectores de bombas se excitaban al ver a una persona agitar los brazos? Los dos perros se abalanzaron hacia Bienvenido, que levantó los brazos por encima de la cabeza, como si los guardias de seguridad lo tuvieran encañonado. Y cuando el portero del hotel abrió la puerta trasera de la limusina, Juan Diego, que parecía muerto, empezó a caerse del coche. Ver caer a un muerto alteró aún más a los perros detectores de bombas; los dos, tras arrancar de las manos de los guardias de seguridad las asas de cuero de sus arneses caninos, subieron de un salto al asiento trasero de la limusina.

El cinturón de seguridad impidió que Juan Diego se cayera totalmente del coche; se despertó sobresaltado, balanceando la cabeza medio dentro, medio fuera de la limusina. Tenía en el regazo un perro que le lamía la cara; era un perro de tamaño medio, un labrador macho pequeño o un labrador hembra, en realidad, un labrador mestizo, con orejas y ojos de labrador, las orejas blandas y caídas, los ojos afectuosos y muy separados.

—¡*Beatrice!* —exclamó Juan Diego. Cabe imaginar con qué estaba soñando, pero cuando Juan Diego pronunció en voz alta un nombre de mujer, un nombre femenino, el Labrador mestizo, que era macho, se quedó desconcertado; él se llamaba *James*. Y al oír la exclamación de Juan Diego, «¡*Beatrice!*», el portero, que había supuesto que el huésped recién llegado estaba muerto, se descompuso por completo. El portero soltó un alarido.

Obviamente, los perros detectores de bombas tenían predisposición a volverse agresivos cuando oían alaridos. *James* (que estaba en el regazo de Juan Diego), decidido a proteger a Juan Diego, gruñó al portero, pero Juan Diego no había reparado en el otro perro; ignoraba que había un segundo perro sentado junto a él. Éste era uno de esos perros de aspecto nervioso, de orejas tiesas y alertas y pelaje raído e hirsuto; no era un pastor alemán de pura raza, sino un pastor alemán mestizo, y cuando este perro de voz salvaje empezó a ladrar (al oído de Juan Diego), el escritor debió de imaginar que estaba sentado junto a uno de los perros de las azoteas, y que acaso Lupe tuviera razón: algunos perros de las azoteas eran fantasmas. El pastor alemán mestizo bizqueaba: el ojo desviado era de color amarillo verdoso, y su inestable mirada no estaba alineada con la del ojo indemne. El ojo disparejo fue para Juan Diego una prueba más de que el perro tembloroso sentado junto a él era un perro de las azoteas y un fantasma; el escritor lisiado se desabrochó el cinturón de seguridad e intentó salir del coche, tarea difícil con *James* (el Labrador mestizo) en el regazo.

Y en ese preciso momento los dos perros hundieron los hocicos en las inmediaciones de la entrepierna de Juan Diego; lo inmovilizaron contra el asiento: lo olisquearon detenidamente. Dado que los perros, en teoría, estaban adiestrados para detectar bombas con el olfato, su comportamiento captó la atención de los guardias de seguridad.

—Quieto ahí —ordenó uno de ellos con cierta ambigüedad, quizás a Juan Diego, quizás a uno de los perros.

—Los perros me adoran —anunció Juan Diego, muy ufano—. Fui ‘niño de la basura’ —intentó explicar a los guardias de seguridad; los dos permanecían absortos en el zapato a medida de aquel hombre de aspecto inestable. Las palabras del caballero discapacitado carecían de sentido para los guardias. («Mi hermana y yo procurábamos cuidar de los perros del ‘basurero’. Si los perros morían, procurábamos quemarlos antes de que los buitres llegaran a ellos.»)

Y he aquí el problema con las dos únicas maneras en que Juan Diego podía cojear: o bien empezaba con el pie lisiado que apuntaba hacia las dos en un absurdo ángulo, y en ese caso el vaivén de su cojera era lo primero que se veía, o bien comenzaba con el pie ileso y arrastraba el malo por detrás, y en ese caso el pie apuntado hacia las dos y aquel zapato deforme llamaban la atención.

—¡Quieto ahí! —repitió el primer guardia de seguridad; por cómo levantó la voz y señaló a Juan Diego, fue evidente que no hablaba a ninguno de los perros. Juan

Diego se quedó paralizado, a medio cojear.

¿Quién iba a saber que a los perros detectores de bombas no les gustaba eso de que la gente se quedara paralizada, inmóvil de una manera antinatural? Los detectores de bombas, tanto *James* como el pastor alemán mestizo, comenzaron entonces a hincar los hocicos en la zona de la cadera de Juan Diego —más concretamente, en el bolsillo de su americana de *sport*, donde se había guardado la servilleta de papel con los restos de la magdalena de té verde— y de pronto se pusieron tensos.

Juan Diego intentaba recordar un reciente atentado terrorista: ¿dónde había sido, en Mindanao? ¿No era ésa la isla más meridional de las Filipinas, la más cercana a Indonesia? ¿No había en Mindanao una considerable población musulmana? ¿No se había sujetado explosivos a una pierna un terrorista suicida? Antes de la explosión, la gente sólo se había fijado en la cojera del terrorista.

Esto no pinta bien, pensaba Bienvenido. El chófer dejó la maleta naranja, el armatoste aquel, al portero cobarde, que aún se recuperaba de la convicción de que Juan Diego era un muerto retornado a la vida, que cojeaba como un zombi e invocaba el nombre de una mujer. El joven chófer entró en el hotel y fue a recepción, donde anunció que, fuera, se disponían a tirotear a su Distinguido Huésped.

—Retiren a esos perros no adiestrados —dijo Bienvenido al director del hotel—. Sus guardias de seguridad están a punto de matar a un escritor cojo.

El malentendido se aclaró enseguida; Clark French incluso había avisado al hotel de que Juan Diego llegaría con antelación. Para Juan Diego, lo más importante era que perdonaran a los perros; la magdalena de té verde había desorientado a los detectores de bombas.

—No echen la culpa a los perros —fue como se expresó Juan Diego ante el director del hotel—. Son perros perfectos; prométame que no los maltratarán.

—¿Maltratarlos? ¡No, caballero! Maltratarlos nunca —declaró el director. Es poco probable que, anteriormente, un Distinguido Huésped del Makati Shangri-La hubiese salido tan en defensa de los perros detectores de bombas. Fue el propio director quien acompañó a Juan Diego a su habitación. Los servicios de cortesía del hotel incluían una cesta de fruta y la habitual bandeja de galletas saladas y queso; la cubitera con cuatro botellas de cerveza (en lugar del champán de costumbre) había sido idea del leal ex alumno de Juan Diego, que sabía que su querido profesor sólo bebía cerveza.

Clark French era también uno de los lectores que veneraban a Juan Diego, aunque, en Manila, a Clark sin duda se lo conocía más como el escritor estadounidense que se había casado con una filipina. Juan Diego lo supo nada más verlo: el acuario gigante había sido idea de Clark. Clark French gustaba de ofrecer a su ex profesor obsequios que demostraran el afán del escritor de menor edad por conmemorar los episodios más destacados de las novelas de Juan Diego. En uno de los primeros esfuerzos literarios de Juan Diego —una novela que casi nadie había leído—, el personaje principal es un hombre con un defecto en el tracto urinario. Su

novia tiene una pecera enorme en el dormitorio; ver y oír la exótica vida subacuática ejerce un efecto inquietante en el hombre, cuya uretra se describe como «una carretera estrecha y tortuosa».

Juan Diego sentía un afecto sempiterno por Clark French, un consumado lector que retenía los detalles más concretos, detalles de esos que, por lo general, los escritores sólo recordaban de su propia obra. Sin embargo, Clark no siempre se acordaba de cuál era el pretendido efecto de esos detalles en el lector. En la novela de Juan Diego sobre el tracto urinario, el personaje principal vive con extrema desazón los dramas subacuáticos que se desarrollan permanentemente dentro del acuario de su novia, allí junto a la cama; los peces no le dejan pegar ojo.

El director del hotel explicó que el préstamo por una noche de esa pecera iluminada y borboteante era regalo de la familia filipina de Clark French; una tía de la mujer de Clark tenía una tienda de animales exóticos en Makati City. El acuario pesaba demasiado para cualquier mesa de la habitación del hotel, así que se hallaba inamovible en el suelo del dormitorio, junto a la cama. La pecera, un imponente rectángulo de actividad en apariencia siniestra, era casi tan alta como la cama. Una nota de bienvenida de Clark acompañaba el acuario: «¡Los detalles conocidos te ayudarán a conciliar el sueño!».

—Todos son criaturas de nuestro Mar de la China Meridional —comentó el director del hotel con cautela—. No les dé comida. Pueden pasarse una noche sin comer, según me han dicho.

—Entiendo —contestó Juan Diego. No entendía, en absoluto, cómo podía imaginar Clark, o su tía filipina dueña de la tienda de animales exóticos, que alguien pudiera considerar relajante un acuario. Debía de contener más de doscientos litros de agua, calculó Juan Diego; cuando oscureciera, la luz verde subacuática sin duda se vería más verde (amén de más resplandeciente). Los peces pequeños, tan rápidos que era imposible describirlos, nadaban como flechas, furtivamente, cerca de la superficie del agua. Algo más grande acechaba en el rincón más oscuro del fondo de la pecera: allí relucían dos ojos; se advertía la ondulación de unas agallas.

—¿Eso es una anguila? —preguntó Juan Diego.

El director del hotel era un hombre menudo y acicalado, con un cuidadísimo bigote.

—Una morena, tal vez —respondió el director—. Será mejor que no meta el dedo en el agua.

—No, qué va; eso es una anguila sin lugar a dudas —repuso Juan Diego.

Al principio, Juan Diego se arrepintió de haber accedido a que Bienvenido lo llevara a un restaurante esa noche. Nada de turistas, sobre todo familias: «Un secreto bien guardado», había dicho el chófer para persuadirlo. Juan Diego pensó que quizá le habría apetecido más recurrir al servicio de habitaciones del hotel y acostarse temprano. Sin embargo, ahora veía con alivio que Bienvenido lo alejara del Shangri-

La; aquellos peces desconocidos y la anguila de aspecto malévolo aguardarían su regreso. (¡Antes habría preferido dormir con *James*, el labrador mestizo detector de bombas!)

En la posdata de la nota de bienvenida de Clark French se leía lo siguiente: «¡Con Bienvenido estás en buenas manos! ¡A todos les apetece mucho que vengas a Bohol! ¡Toda mi familia está impaciente por conocerte! ¡La tía Carmen dice que la morena se llama *Morales*: no la toques!».

Como estudiante de posgrado, Clark French había necesitado defensa, y Juan Diego lo había defendido. Era una presencia de una efervescencia y un optimismo permanente más propios de otra época; no eran sólo sus textos los que adolecían del abuso de los signos de exclamación.

—Es una morena sin lugar a dudas —le dijo Juan Diego al director del hotel—. Se llama *Morales*.

—Un nombre irónico para una anguila mordedora: *Morales* la morena —comentó el director—. La tienda de animales ha enviado a una cuadrilla para montar el acuario: dos carritos de equipaje para trasladar las garrafas de agua de mar; el termómetro subacuático es de lo más delicado; había un problema de burbujeo en el sistema que hace circular el agua; las bolsas de goma donde traían a las criaturas por separado han tenido que acarrear a mano... Un despliegue impresionante para una visita de una sola noche. Es posible que hayan sedado a la morena para un viaje tan estresante.

—Entiendo —repitió Juan Diego.

El ‘señor’ *Morales* no parecía estar bajo la influencia de un sedante en ese momento; la anguila, emboscada con actitud amenazadora en el rincón más recóndito de la pecera, respiraba plácidamente sin el menor parpadeo de sus ojos amarillentos.

En su etapa como alumno del Taller de Escritores de Iowa —y más tarde como novelista publicado—, Clark French evitaba todo amago de ironía. Clark era infatigablemente serio y sincero; poner a una morena el nombre de *Morales* no era su estilo. La ironía debía de partir enteramente de la tía Carmen, del lado filipino de la familia de Clark. Juan Diego veía con inquietud que en Bohol todos estuvieran impacientes por conocerlo; no obstante, se alegraba por Clark French; el joven escritor aparentemente sin amigos había encontrado una familia. Los compañeros de clase de Clark French (todos aspirantes a escritor) lo consideraban irremediabilmente ingenuo. ¿Qué joven escritor se siente atraído por un talante jubiloso? Clark era de un positivismo inverosímil; poseía el rostro agraciado de un actor, un cuerpo atlético, y vestía igual de mal, pero con el mismo estilo conservador, que un testigo de Jehová que va de puerta en puerta.

Las convicciones religiosas reales de Clark (Clark era muy católico) debían de haberle recordado a Juan Diego a Edward Bonshaw en su juventud. De hecho, Clark French había conocido a su mujer filipina —y a «toda la familia» de ella, como los había descrito con entusiasmo— durante una misión católica de beneficencia en las

Filipinas. Juan Diego no recordaba las circunstancias exactas. Era una de esas organizaciones benéficas católicas. Quizá tuviera relación con niños huérfanos y madres solteras.

Incluso en las novelas de Clark French se ponía de manifiesto una tenaz y combativa buena voluntad: sus personajes principales, almas en pena y pecadores en serie, siempre encontraban la redención; por lo general, el acto de redención venía después de un abismo moral; las novelas terminaban previsiblemente en un clímax de benevolencia. Como era comprensible, esas novelas recibían los ataques de la crítica. Clark tendía a predicar; evangelizaba. Juan Diego consideraba una pena que las novelas de Clark French fueran blanco del desdén, tal como el pobre Clark en persona había padecido las burlas de sus compañeros de clase. Juan Diego leía con verdadero agrado los textos de Clark French; Clark era un artesano. Pero la maldición de Clark estribaba en ser irritantemente «majo». Juan Diego sabía que lo de Clark no era una pose: el optimismo del joven era sincero. Pero Clark también era un proselitista: no podía evitarlo.

Clímax de benevolencia después de abismos morales: pura fórmula, pero ¿da eso resultado con los lectores religiosos? ¿Era Clark digno de desprecio por tener lectores? ¿Podía evitar Clark ser un autor edificante? («Edificante sin remedio», había dicho un compañero de posgrado en Iowa.)

Aun así, el acuario para una sola noche era excesivo; ahí Clark se había superado a sí mismo, eso era pasarse de la raya. ¿O acaso estoy tan cansado del largo viaje que no soy capaz de apreciar el gesto?, se preguntó Juan Diego. No le gustaba culpar a Clark de ser Clark, o de poseer una bondad eterna. Juan Diego sentía un afecto sincero por Clark French; aun así, ese afecto por el joven escritor lo atormentaba. Clark era irreductiblemente católico.

De pronto, en medio de una turbulenta agitación, saltó agua marina del acuario, y Juan Diego y el director del hotel se sobresaltaron. ¿Había sido devorado o víctima de un ataque letal algún desventurado pez? El agua asombrosamente cristalina e iluminada de verde no presentaba rastros de sangre ni partes corporales; la siempre vigilante anguila no daba señales externas de haber cometido una fechoría.

—Éste es un mundo violento —comentó el director del hotel; ésa era una frase, sin la menor ironía, que uno podría encontrar en uno de los abismos morales de las novelas de Clark French.

—Sí —fue lo único que dijo Juan Diego.

Él era un golfillo callejero de nacimiento; no le gustaba mirar por encima del hombro a otras personas, y menos cuando eran buenas personas, como Clark; y, sin embargo, Juan Diego lo miraba por encima del hombro, tal como miraba a Clark French por encima del hombro toda esa gente tan superior y condescendiente del mundillo literario: por ser «edificante».

Cuando el director dejó a solas a Juan Diego, éste lamentó no haberle preguntado por el aire acondicionado; en la habitación hacía frío, y el termostato de la pared

ofrecía al cansado viajero un laberíntico conjunto de opciones representadas en forma de flechas y números: lo mismo que, según imaginaba Juan Diego, podría encontrar en la cabina de un caza. ¿Por qué sentía tal cansancio?, se preguntó Juan Diego. ¿Por qué será que sólo deseo dormir y soñar, o volver a ver a Miriam y Dorothy?

Echó otra cabezada involuntaria; sentado ante el escritorio, se quedó traspuesto en la silla. Se despertó temblando.

No tenía sentido deshacer la enorme maleta naranja para una estancia de una sola noche. Juan Diego dejó a la vista los betabloqueantes en el lavabo del cuarto de baño, para no olvidar que debía tomar la dosis de costumbre: la dosis correcta, no una doble. Dejó en la cama la ropa que llevaba puesta. Se duchó y se afeitó. Su vida de viajero sin Miriam y Dorothy se parecía mucho a su vida normal; aun así, de pronto, sin ellas, se le antojó vacía y sin sentido. ¿Y eso por qué?, se preguntó, a la vez que se preguntaba por su cansancio.

Juan Diego vio las noticias por televisión envuelto en su albornoz del hotel; el frío ambiente seguía igual de frío, pero, manipulando el termostato, había logrado reducir la velocidad del ventilador. El aire acondicionado no enfriaba menos; sencillamente expulsaba menos aire. (¿Acaso esos pobres peces, incluida la morena, no estaban habituados a mares cálidos?)

En la televisión reprodujeron un vídeo poco nítido, grabado por una cámara de vigilancia, donde aparecía el terrorista suicida de Mindanao. A éste no se le podía reconocer, pero su cojera presentaba un inquietante parecido con la de Juan Diego. Juan Diego estaba examinando las leves diferencias —la pierna afectada era la misma, la derecha— cuando la explosión lo borró todo. Se oyó un chasquido y la pantalla del televisor se tornó negra con un sonido chirriante de fondo. Tras ver el vídeo, Juan Diego se quedó con la perturbadora sensación de que había visto su propio suicidio.

Advirtió que la cubitera contenía hielo suficiente para mantener fría la cerveza hasta mucho después de la cena, aunque bien habría bastado con el gélido aire acondicionado. Juan Diego se vistió en el verdoso resplandor proyectado por el acuario.

—‘Lo siento, señor *Morales*’ —dijo cuando salía de la habitación del hotel—. Lamento que ésta no sea la temperatura que necesitan usted y sus amigos.

La morena pareció observar al escritor mientras éste vacilaba en el umbral de la puerta; la anguila lo miraba tan fijamente que Juan Diego se despidió de la inmutable criatura con un gesto antes de cerrar la puerta de la habitación.

En el restaurante familiar al que lo llevó Bienvenido —«un secreto bien guardado» para algunos, quizá— había un niño gritón en cada mesa, y todas las familias parecían conocerse; hablaban a voz en cuello de una mesa a otra, las bandejas circulaban de aquí para allá.

La decoración escapaba a la comprensión de Juan Diego: un dragón, con trompa de elefante, pisoteaba a unos soldados; una Virgen María, con un Niño Jesús de

aspecto colérico en los brazos, montaba guardia a la entrada del restaurante. Era una María amenazadora, una María con actitud de matón, decidió Juan Diego. (Vaya uno, Juan Diego, para encontrarle pegas a la actitud de la Virgen María. ¿Acaso aquel dragón con trompa de elefante, el que pisoteaba a los soldados, no tenía también un problema de actitud?)

—¿No es San Miguel una cerveza española? —preguntó Juan Diego a Bienvenido en la limusina; regresaban ya al hotel. Juan Diego debía de haberse tomado varias cervezas.

—Bueno, es una marca española —confirmó Bienvenido—, pero la empresa matriz está en las Filipinas.

Toda versión de colonialismo —el colonialismo español en particular— indignaba a Juan Diego. Y a eso se añadía el colonialismo católico, tal como lo concebía Juan Diego.

—Colonialismo, supongo —fue lo único que dijo el escritor; en el espejo retrovisor vio que el chófer reflexionaba al respecto. Pobre Bienvenido; había creído que hablaban de cerveza.

—Supongo —fue lo único que dijo Bienvenido.

Debía de ser el día de algún santo patrón; cuál en particular, Juan Diego no lo recordaba. La oración responsorial, que empezaba en la capilla, no existía sólo en el sueño de Juan Diego; la oración ascendía escalera arriba la mañana en que los niños de la basura despertaron con el ‘gringo bueno’ en su habitación de Niños Perdidos.

—¡‘Madre’! —exclamó una de las monjas; por la voz, parecía la hermana Gloria—. ‘Ahora y siempre, serás mi guía’.

—¡Madre! —respondían los huérfanos del parvulario—. Ahora y siempre, serás mi guía.

Los párvulos estaban en la capilla, una planta por debajo de la habitación de Juan Diego y Lupe. Los días de los santos patrones, las oraciones responsoriales ascendían escalera arriba antes de que los párvulos iniciaran su marcha de la mañana. Lupe, despierta o semidormida, musitaba su propia oración en respuesta a la oda a la Virgen María de los párvulos.

—‘Dulce madre mía de Guadalupe, por tu justicia, presente en nuestros corazones, reine la paz en el mundo’ —oró Lupe, con cierto sarcasmo.

Pero esa mañana, cuando Juan Diego estaba apenas despierto, con los ojos todavía cerrados, Lupe dijo:

—¿Querías un milagro? Pues ahí lo tienes: nuestra madre ha conseguido cruzar la habitación..., está bañándose..., sin ver siquiera al ‘gringo’ bueno.

Juan Diego abrió los ojos. O bien el ‘gringo bueno’ había muerto mientras dormía, o bien no se había movido; sin embargo, ya no lo cubría la sábana. El hippy y el Cristo Crucificado yacían inmóviles y a la vista —un cuadro vivo de una muerte prematura, de la juventud abatida— mientras los niños de la basura oían a Esperanza

cantar una tonada secular en la bañera.

—Es guapo, ¿a que sí? —preguntó Lupe a su hermano.

—Apesta a meados de cerveza —señaló Juan Diego inclinándose sobre el joven norteamericano para asegurarse de que respiraba.

—Deberíamos sacarlo a la calle, o al menos vestirlo —dijo Lupe. Esperanza ya había retirado el tapón de la bañera; los ‘niños’ oían el ruido del desagüe. El canto de Esperanza llegaba amortiguado: probablemente estaba secándose el pelo con la toalla.

En la capilla, una planta más abajo, o quizás en la licencia poética que Juan Diego se tomaba en el sueño, la monja cuya voz parecía la de la hermana Gloria exhortaba una vez más a los niños a repetir sus palabras:

—‘¡Madre! Ahora y siempre’...

—«¡Quiero tener los brazos y las piernas alrededor de ti!» —cantaba Esperanza—. «Quiero también que mi lengua toque la tuya.»

—«Vi a un joven vaquero envuelto en lino blanco» —cantaba el ‘gringo’, dormido como un tronco—. «Envuelto en lino blanco y frío como la arcilla.»

—Llámalo como quieras, pero este lío en el que estamos no es un milagro —dijo Lupe; se levantó de la cama para ayudar a Juan Diego a vestir al ‘gringo’ desvalido.

—¡Eh! —gimió el hippy; seguía dormido, o había perdido el conocimiento por completo—. Todos somos amigos, ¿entendido? —seguía preguntando—. ¡Hueles estupendamente y eres preciosa! —dijo a Lupe mientras ella intentaba abotonarle la camisa sucia. Pero el ‘gringo’ bueno no abrió los ojos en ningún momento; no veía a Lupe. Era tal su resaca que no podía despertar.

—Me casaré con él sólo si deja de beber —dijo Lupe a Juan Diego.

El aliento del ‘gringo’ bueno olía peor que el resto de él, y Juan Diego intentó distraerse del mal olor preguntándose qué regalo podía hacer el amigable hippy a los niños de la basura; la noche anterior, cuando estaba más lúcido, el joven prófugo les había prometido un regalo.

Naturalmente Lupe sabía en qué pensaba su hermano.

—No creo que este muchacho encantador pueda permitirse hacernos regalos muy caros —dijo Lupe—. Un día, dentro de unos cinco o siete años, una sencilla alianza de oro podría estar bien, pero ahora yo no contaría con nada muy especial, no mientras el hippy se gaste el dinero en alcohol y prostitutas.

Como en respuesta a la palabra «prostitutas», Esperanza salió del cuarto de baño; llevaba sus acostumbradas dos toallas (una liada en torno al pelo, el cuerpo apenas cubierto con la otra) y su ropa de la calle Zaragoza en la mano.

—¡Fíjate, mamá! —exclamó Juan Diego; desabotonó la camisa del ‘gringo’ bueno en menos tiempo del que había tardado Lupe en abotonarla—. Lo encontramos anoche en la calle. No tenía ni una sola marca en el cuerpo. ¡Y fíjate cómo está esta mañana! —Juan Diego abrió la camisa del hippy para mostrar el Jesús sangrante—. ¡Es un milagro! —exclamó Juan Diego.

—Es el ‘gringo bueno’, no es un milagro —aseguró Esperanza.

—¡Vaya, así me muera! ¡Lo conoce! ¡Han estado juntos desnudos! ¡Ella lo ha hecho todo con él! —exclamó Lupe.

Esperanza hizo rodar al ‘gringo’ para que quedara boca abajo; le bajó el calzoncillo.

—¿Llamáis milagro a esto? —preguntó a sus hijos. El encantador muchacho llevaba tatuada en el trasero la bandera estadounidense, pero la bandera estaba intencionadamente rota por la mitad; la raja del culo del hippy dividía la bandera. Era, en gran medida, lo contrario de una imagen patriótica.

—¡Eh! —dijo el ‘gringo’ inconsciente con voz ahogada; yacía boca abajo en la cama, donde parecía en peligro de asfixiarse.

—Huele a vómito —dijo Esperanza—. Ayúdame a llevarlo a la bañera: el agua lo devolverá a la vida.

—El ‘gringo’ le metió la cosa en la boca —farfullaba Lupe—. Le metió la cosa en...

—Basta ya, Lupe —atajó Juan Diego.

—Olvida lo que he dicho de casarme con él —dijo Lupe—. Ni dentro de cinco años ni dentro de siete..., ¡ni nunca!

—Ya conocerás a otro —aseguró Juan Diego a su hermana.

—¿A quién ha conocido Lupe? ¿Quién le ha dado un disgusto? —preguntó Esperanza. Sostenía al hippy desnudo por las axilas; Juan Diego cogió al muchacho por los tobillos, y lo acarrearón hasta el cuarto de baño.

—Tú le has dado un disgusto —reprochó Juan Diego a su madre—. La sola idea de que hayas estado con el ‘gringo’ bueno ya es un disgusto para ella.

—Tonterías —replicó Esperanza—. Todas las chicas aprecian al joven ‘gringo’, y él nos aprecia a nosotras. Seguro que a su madre le parte el corazón, pero hace muy felices a las demás mujeres del mundo.

—¡El joven ‘gringo’ me ha partido el corazón a mí! —gimoteaba Lupe.

—¿Qué le pasa a ésta? ¿Tiene la regla o qué? —preguntó Esperanza a Juan Diego—. Yo, a su edad, ya había tenido la primera regla.

—No, no tengo la regla... ¡Nunca tendré la regla! —vociferó Lupe—. Soy una retrasada, ¿recuerdas? ¡La regla también me llega con retraso!

Cuando Juan Diego y su madre metieron al hippy en la bañera, éste se golpeó la cabeza con el grifo del agua caliente, pero el muchacho no dio un respingo ni abrió los ojos; su única reacción fue llevarse la mano al pene.

—¿No es un gesto adorable? —preguntó Esperanza a Juan Diego—. Es entrañable, ¿a que sí?

—«Por tu indumentaria veo que eres vaquero» —entonó el ‘gringo’ dormido.

Lupe quería ser quien abriera el grifo, pero cuando vio que el ‘gringo bueno’ tenía la mano en el pene, se llevó otro disgusto.

—¿Qué se está haciendo? Está pensando en el sexo, ¡lo sé! —dijo a Juan Diego.

—Está cantando, Lupe; no está pensando en el sexo —replicó Juan Diego.

—Seguro que sí... El joven ‘gringo’ piensa en el sexo a todas horas. Por eso se lo ve tan joven —les dijo Esperanza a la vez que dejaba correr el agua; abrió los dos grifos del todo.

—¡Eh! —exclamó el ‘gringo’ bueno, y abrió los ojos.

Desde la bañera vio que los tres lo miraban. Posiblemente nunca había visto a Esperanza de esa manera: con una toalla blanca ceñida al cuerpo y el cabello húmedo y alborotado cayéndole al frente y a ambos lados del agraciado rostro. Se había quitado la segunda toalla de la cabeza; la toalla del pelo estaba mojada, pero quería dejársela al hippy para que la utilizara él. A ella le llevaría un rato vestirse e ir a buscar un par de toallas limpias para la habitación de los niños.

—Bebes demasiado, chico —dijo Esperanza al ‘gringo’ bueno—. No tienes cuerpo suficiente para asimilar el alcohol.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el muchacho encantador; tenía una sonrisa maravillosa, al margen del Cristo moribundo tatuado en el flaco pecho.

—¡Es nuestra madre! —gritó Lupe—. ¡Te estás follando a nuestra madre!

—Caray, hermanita... —empezó a decir el ‘gringo’. Naturalmente, no la había entendido.

—Ésta es nuestra madre —dijo Juan Diego al hippy mientras la bañera se llenaba.

—Ah, vaya. Todos somos amigos, ¿entendido? ‘Amigos’, ¿no? —preguntó el muchacho, pero Lupe se apartó de la bañera; regresó a la habitación.

Todos oían a la hermana Gloria y los párvulos subir por la escalera desde la capilla, porque Esperanza había dejado abierta la puerta que daba al pasillo, y Lupe había dejado abierta la puerta del cuarto de baño. La hermana Gloria describía la marcha forzosa de los párvulos como su «reconstituyente»; los niños subían con ruidosos pasos por la escalera canturreando las respuestas de la oración «¡‘Madre’!». Desfilaban rezando por el pasillo; lo hacían a diario, no sólo los días de los santos patronos. La hermana Gloria sostenía que hacía marchar a los niños por el «beneficio añadido» del buen efecto que eso ejercía en el hermano Pepe y en Edward Bonshaw, a quienes encantaba ver y oír cómo los párvulos repetían todo eso del «ahora y siempre».

Pero la hermana Gloria tenía una vena punitiva. Probablemente la hermana Gloria quería castigar a Esperanza sorprendiéndola —como ocurría habitualmente— con las dos toallas, recién salida de la bañera. La hermana Gloria debía de imaginar que la entrañable santidad de los párvulos cantarines abrasaba el corazón pecador de Esperanza como una espada al rojo. Posiblemente las vanas ilusiones de la hermana Gloria iban aún más lejos: tal vez pensaba que los párvulos, con su «serás mi guía», tenían un efecto purificador en los criajos descarriados de la prostituta, esos ‘niños de la basura’ a quienes se habían otorgado privilegios especiales en Niños Perdidos. ¡Una habitación para ellos solos y, encima, con su propio cuarto de baño! No era así como la hermana Gloria habría tratado a los ‘niños de la basura’. Ésa no era forma de dirigir un orfanato, no en opinión de la hermana Gloria. ¡No se concedían privilegios

especiales a rebuscadores del ‘basurero’ que apestaban a humo!

Pero la mañana que Lupe descubrió que su madre y el ‘gringo’ bueno habían sido amantes, Lupe no estaba de humor para oír a la hermana Gloria y los párvulos recitar la oración «¡‘Madre’!».

—¡‘Madre’! —repetía afanosamente la hermana Gloria; se había detenido ante la puerta abierta de la habitación de los niños de la basura, desde donde la monja veía a Lupe sentada en una de las camas deshechas. Los párvulos dejaron de desfilar por el pasillo; allí parados, marcando el paso sin avanzar, miraron hacia el interior de la habitación. Lupe sollozaba, lo cual no era del todo nuevo.

—«Ahora y siempre serás mi guía» —repetieron los niños, por centésima (o milésima) vez, o al menos eso debió de parecerle a Lupe.

—¡María Madre es una impostora! —les gritó Lupe—. ¡A ver cuándo me enseña la Virgen María un milagro... El milagro más insignificante, por favor..., y a lo mejor así creería, por un minuto, que vuestra Madre María de verdad ha hecho algo, aparte de robar México a nuestra Guadalupe! ¿Qué ha hecho realmente la Virgen María? ¡Ni siquiera se quedó embarazada por sus propios medios!

Pero la hermana Gloria y los párvulos cantarines estaban acostumbrados a los ininteligibles exabruptos de la vagabunda presuntamente retrasada. (‘La vagabunda’, llamaba la hermana Gloria a Lupe.)

—¡‘Madre’! —se limitó a decir la hermana Gloria una vez más, y los niños nuevamente repitieron la incesante oración.

Cuando Esperanza salió del cuarto de baño, los párvulos la tomaron por una aparición fantasmal: interrumpieron la respuesta de la oración a mitad de frase. «‘Ahora y siempre...’», decían los niños cuando enmudecieron repentinamente y terminaron con el ensalmo. Esperanza llevaba sólo una toalla, la que cubría exiguamente su cuerpo. Aquel cabello recién lavado, revuelto, indujo a los párvulos a creer por un momento que no era la mujer de la limpieza del orfanato, la perdida; de pronto los niños vieron a Esperanza como un ser distinto, más seguro de sí mismo.

—¡Vamos, supéralo, Lupe! —exhortó Esperanza—. ¡No es el último chico desnudo que te partirá el corazón! —(Eso bastó para que también la hermana Gloria interrumpiera su oración.)

—¡Sí lo es! ¡El primer y último chico desnudo! —exclamó Lupe. (Naturalmente, los párvulos y la hermana Gloria no comprendieron esas últimas palabras.)

—No hagáis caso a Lupe, niños —dijo Esperanza a los párvulos a la vez que se dirigía descalza al pasillo—. Una visión de Cristo Crucificado la ha alterado. Ha creído que Jesús moribundo estaba en su bañera: ¡la corona de espinas, el exceso de sangre, todo eso del cuerpo clavado en la cruz! ¿Quién no se llevaría un disgusto encontrándose con una cosa así al despertar? —preguntó Esperanza a la hermana Gloria, que estaba sin habla—. Buenos días, eh, hermana —saludó Esperanza, y se alejó por el pasillo pavoneándose, en la medida en que era posible «pavonearse» envuelta con una toalla ceñida y exigua. De hecho, llevaba tan ajustada la toalla que

se veía obligada a avanzar con pasos cortos y afectados; aun así, se las arreglaba para andar bastante deprisa.

—¿Qué chico desnudo? —preguntó la hermana Gloria a Lupe. La pequeña vagabunda permanecía sentada en la cama con semblante inexpresivo; Lupe señaló la puerta abierta del cuarto de baño.

—«Ven a sentarte a mi lado y escucha mi triste historia» —cantaba alguien—, «me han disparado en el pecho, y sé que debo morir.»

La hermana Gloria vaciló; tras el cese de la «¡‘Madre’!» y el mutis de Esperanza escasa de ropa, la monja de rostro aguileño creyó oír voces procedentes del cuarto de baño de los niños de la basura. Al principio, la hermana Gloria imaginó quizá que había oído hablar (o cantar) a Juan Diego solo. Pero en ese momento, elevándose por encima de los sonidos del chapoteo y el agua del grifo, la monja supo que había oído dos voces: la de aquel muchacho parlanchín del ‘basurero’ de Oaxaca, Juan Diego (el alumno predilecto del hermano Pepe) y lo que a la hermana Gloria se le antojó la voz de un muchacho mucho mayor, o tal vez un hombre joven. La voz de lo que Esperanza había descrito como «chico desnudo» parecía más bien, o eso pensó la hermana Gloria, la de un hombre hecho y derecho; por eso la monja vaciló.

No obstante, los párvulos habían sido bien aleccionados; los párvulos estaban adiestrados para marchar, y eso hicieron: marchar. Los párvulos cruzaron con sonoras pisadas la habitación de los niños de la basura y entraron en el cuarto de baño.

¿Qué otra cosa podía hacer la hermana Gloria? Si había un joven que, de un modo u otro, se parecía al Cristo Crucificado —un Jesús moribundo en la bañera de los niños de la basura, tal como Esperanza lo había descrito—, ¿no era el deber de la hermana Gloria proteger a los huérfanos de lo que Lupe había malinterpretado como una visión (una visión que, aparentemente, la había alterado mucho)?

En cuanto a Lupe, no se quedó allí esperando; salió al pasillo.

—«¡‘Madre’!» —exclamó la hermana Gloria, y entró apresuradamente en el cuarto de baño detrás de los párvulos.

—«Ahora y siempre, serás nuestra guía» —entonaron los párvulos en el cuarto de baño, justo antes de desencadenarse el griterío. Lupe siguió adelante por el pasillo.

La conversación que Juan Diego había estado manteniendo con el ‘gringo’ bueno era muy interesante, pero —dado lo que ocurrió cuando los párvulos irrumpieron en el cuarto de baño— es comprensible que Juan Diego (sobre todo en su edad tardía) tuviera dificultad para recordar los detalles con claridad.

—No sé por qué tu madre sigue llamándome «niño»..., no soy tan joven como parezco —había empezado el ‘gringo bueno’. (Por supuesto, Juan Diego, que sólo tenía catorce años, no lo veía como un niño, Juan Diego sí era un niño, pero Juan Diego se limitó a asentir)—. Mi padre murió en las Filipinas, en la guerra; allí murieron muchos norteamericanos, pero no cuando murió mi padre —prosiguió el prófugo—. Mi padre tuvo muy mala suerte. Esa clase de mala suerte puede ser algo de familia, ¿sabes? En parte fue por eso por lo que pensé que no debía ir a Vietnam...

La mala suerte de la familia..., pero además siempre he querido ir a las Filipinas para ver dónde está enterrado mi padre y presentarle mis respetos, sólo para decirle lo mucho que siento no haberlo conocido, ¿sabes?

Por supuesto, Juan Diego se limitó a asentir con la cabeza; empezó a advertir que la bañera seguía llenándose, pero el nivel de agua nunca cambiaba. Juan Diego cayó en la cuenta de que la bañera se vaciaba y llenaba en cantidades equivalentes; quizás el hippy había sacado el tapón: una y otra vez resbalaba y se revolvía sobre el trasero desnudo y tatuado. Además, se echaba champú al pelo sin parar, hasta acabárselo, y la espuma del champú envolvió al ‘gringo’ resbaladizo; el Cristo Crucificado había desaparecido por completo.

—Corregidor, mayo de 1942: ésa fue la culminación de una batalla en las Filipinas —decía el hippy—. Los norteamericanos fueron aniquilados. Un mes antes había tenido lugar la Marcha de la Muerte de Bataán..., ciento diez putos kilómetros, después de la rendición de Estados Unidos. Muchos prisioneros norteamericanos no sobrevivieron. Por eso hay en las Filipinas un cementerio norteamericano tan grande y un monumento conmemorativo: está en Manila. Ahí es adonde tengo que ir para decirle a mi padre que lo quiero. No puedo irme a Vietnam y morir allí antes de visitar a mi padre —explicó el joven norteamericano.

—Entiendo —fue lo único que dijo Juan Diego.

—Pensé que conseguiría convencerlos de que era pacifista —prosiguió el ‘gringo’ bueno; estaba totalmente cubierto de champú, a excepción de la porción de barba triangular bajo su labio inferior. Aparentemente, sólo allí le crecía la barba, ese asomo de vello oscuro; se lo veía demasiado joven para necesitar afeitarse el resto de la cara, pero huía del reclutamiento desde hacía tres años. Dijo a Juan Diego que tenía veintiséis; habían intentado reclutarlo al acabar la universidad, con veintitrés. Fue entonces cuando se hizo el tatuaje del Cristo agonizante: para convencer al Ejército de Estados Unidos de que era pacifista. Por supuesto, el tatuaje religioso no surtió efecto.

En una manifestación de hostilidad antipatriótica, el ‘gringo’ bueno se tatuó entonces el culo —la bandera estadounidense, aparentemente rota en dos mitades, separadas por la raja del culo— y se fugó a México.

—Esto es lo que uno consigue haciéndose pasar por pacifista: tres años a la fuga —decía el ‘gringo’—. Pero ya ves cómo acabó mi pobre padre: era más joven que yo ahora cuando lo mandaron a las Filipinas. La guerra casi había terminado, pero él formaba parte de las tropas anfibas que recuperaron Corregidor: febrero de 1945. Uno puede morir cuando está ganando una guerra, ¿sabías?, igual que puede morir cuando está perdiéndola. Pero ¿eso es mala suerte o qué es?

—Es mala suerte —convino Juan Diego.

—Eso mismo digo yo: nací en el cuarenta y cuatro, sólo unos meses antes de la muerte de mi padre. No llego a verme —explicó el ‘gringo’ bueno—. Mi madre ni siquiera sabe si vio mis fotos de bebé.

—Lo siento —dijo Juan Diego. Estaba arrodillado en el suelo del cuarto de baño, junto a la bañera.

Juan Diego era tan impresionable como la mayoría de los niños de catorce años; pensó que el hippy norteamericano era el joven más fascinante que había conocido en la vida.

—Hombre sobre ruedas —dijo el ‘gringo’ a la vez que le tocaba la mano a Juan Diego con sus dedos impregnados de champú—. Prométeme una cosa, hombre sobre ruedas.

—Cómo no —dijo Juan Diego; al fin y al cabo, acababa de hacer un par de promesas absurdas a Lupe.

—Si me pasa algo, tienes que ir a las Filipinas por mí, tienes que decirle a mi padre que lo siento —dijo el ‘gringo bueno’.

—Cómo no... Sí, iré —contestó Juan Diego.

Por primera vez el hippy pareció sorprendido.

—¿Irás? —preguntó a Juan Diego.

—Sí, iré —repitió el lector del basurero.

—¡Eh! ¡Hombre sobre ruedas! Me parece que necesito más amigos como tú —dijo el ‘gringo’.

En ese momento se sumergió totalmente bajo el agua y la espuma del champú; el hippy y su Jesús sangrante habían desaparecido por completo cuando los párvulos, seguidos de la escandalizada hermana Gloria, irrumpieron en el cuarto de baño, entonando de forma implacable el «¡‘Madre’!» y el «Ahora y siempre...», por no hablar ya de la otra sandez: «serás mi guía».

—A ver, ¿dónde está? —preguntó la hermana Gloria a Juan Diego—. Aquí no hay ningún chico desnudo. ¿Qué chico desnudo? —repitió la monja; no percibió el burbujeo bajo el agua de la bañera (no, con tanta espuma), pero uno de los párvulos señaló las burbujas, y de pronto la hermana Gloria miró hacia el lugar que le señalaba el niño alerta.

Fue entonces cuando el monstruo marino surgió del agua espumosa. Cabe suponer que ésa fue la impresión que causaron el hippy tatuado y el Cristo Crucificado (o una convergencia de ambos cubierta de champú) a los párvulos bien aleccionados: un monstruo marino religioso. Y, con toda probabilidad, el ‘gringo’ bueno pensó que aparecer de pronto desde el fondo de la bañera tendría cierto efecto lúdico; después de contar a Juan Diego una historia triste, quizás el prófugo pretendía cambiar el ánimo del momento. Nunca sabremos cuál fue la intención de aquel hippy loco al levantarse desde el fondo de la bañera expulsando chorros de agua como una ballena y abriendo los brazos, como si estuviera igual de clavado a la cruz, y de moribundo, que el Jesús sangrante tatuado en el pecho agitado del muchacho desnudo. ¿Y qué se adueñó de aquel muchacho alto, qué lo llevó a decidir ponerse en pie en la bañera, irguiéndose ante todos los presentes y mostrando más aún su desnudez? En fin, nunca sabremos en qué estaba pensando el ‘gringo bueno’, si es

que pensaba en algo. (Al joven fugitivo norteamericano no se lo conocía en la calle Zaragoza precisamente por su comportamiento racional.)

En honor a la verdad, debe decirse que el hippy se había sumergido cuando Juan Diego y él estaban solos en el cuarto de baño; al salir del agua y erguirse, el ‘gringo’ bueno ignoraba que tenía enfrente una multitud, y que, para colmo, la mayoría de ellos eran niños de cinco años que creían en Jesús. El hecho de que aquellos niños pequeños estuvieran allí no fue culpa de ese Jesús.

—¡Eh! —exclamó el Cristo Crucificado; en ese momento parecía más bien el Cristo ahogado, y su «eh» sonó a palabra extranjera a los párvulos hispanohablantes.

Cuatro o cinco de los niños aterrorizados se orinaron al instante en los pantalones; una niña chilló con tal estridencia que varias niñas y niños se mordieron la lengua. Los párvulos más cercanos a la puerta del cuarto de baño salieron como flechas de la habitación, entre alaridos, y echaron a correr por el pasillo. Aquellos niños que seguramente creyeron que no había manera de escapar del Cristo ‘gringo’ se postraron de rodillas, meándose y llorando, y se cubrieron la cabeza con las manos; un niño abrazó a una niña con tanta fuerza que ésta le mordió en la cara.

La hermana Gloria tuvo un mareo y, para mantener el equilibrio, apoyó una mano en la bañera, pero el Jesús hippy, que temió que la monja pudiera desplomarse, la rodeó con los brazos mojados.

—Eh, hermana... —fue lo único que el joven consiguió decir antes de que la hermana Gloria aporreara con los dos puños el pecho del chico desnudo. Asestó varios golpes en el rostro atormentado y vuelto hacia el cielo en actitud suplicante del Jesús tatuado, pero cuando la hermana Gloria (horrorizada) vio lo que hacía, levantó los brazos y volvió el rostro al cielo, también ella en su actitud más suplicante.

—¡‘Madre’! —exclamó la hermana Gloria una vez más, como si María Madre fuese la única salvadora y confidente de la monja: de hecho, como sostenía la oración responsorial, su única guía.

Fue entonces cuando el ‘gringo bueno’ resbaló y cayó de bruces en la bañera; el agua jabonosa se desbordó por todos los lados y encharcó el suelo del cuarto de baño. El hippy, ahora a cuatro patas, tuvo suficiente presencia de ánimo para cerrar el grifo. La bañera por fin pudo desaguar, pero, al retroceder rápidamente el agua, los párvulos que permanecían en el cuarto de baño —el miedo había impedido huir a muchos de ellos— vieron asomar la bandera estadounidense (partida en dos) en el culo desnudo del Cristo ‘gringo’.

La hermana Gloria también vio la bandera: un tatuaje tan indudablemente secular que chocaba con el tatuaje del Jesús agonizante. A la monja, proclive de forma instintiva a la desaprobación, le pareció que emanaba una satánica discordia del chico desnudo en la bañera a medio vaciarse.

Juan Diego no se había movido. Continuaba arrodillado en el suelo del cuarto de baño, con los muslos mojados por el agua vertida de la bañera. En torno a él, los párvulos encogidos yacían en húmedos ovillos. Acaso fuera el futuro escritor que se

desarrollaba dentro de él, pero Juan Diego se acordó entonces de los soldados de las tropas anfibas caídos en la reconquista de Corregidor, algunos de ellos poco más que niños. Se acordó de la descabellada promesa que le había hecho al ‘gringo’ bueno y se emocionó, tal como puede uno emocionarse a los catorce años por una visión del futuro totalmente irreal.

—‘Ahora y siempre’ —decía entre gimoteos uno de los párvulos empapados.

—Ahora y siempre —repitió Juan Diego, más seguro de sí mismo. Supo que ésa era una promesa que se hacía a sí mismo: aprovechar, de ahí en adelante, toda oportunidad que tuviera visos de futuro.

14

‘Nada’

En el pasillo, frente al aula de Edward Bonshaw en ‘Niños Perdidos’, había un busto de la Virgen María con una lágrima en la mejilla. El busto se alzaba sobre un pedestal en un rincón del balcón de la primera planta. En su otra mejilla, María solía tener un manchurrón de color rojo remolacha; a Esperanza le parecía que era sangre: la limpiaba todas las semanas, pero a la semana siguiente allí estaba otra vez.

—Puede que sí sea sangre —había dicho al hermano Pepe.

—Imposible —replicó Pepe—. No hay constancia de ningún caso de estigmas en Niños Perdidos.

En el descansillo entre la planta baja y el primer piso se hallaba la escultura de san Vicente de Paúl, con dos bebés en brazos, sobre el tema QUE VENGAN LOS NIÑOS A MÍ. Esperanza comunicó al hermano Pepe que también había limpiado sangre en el dobladillo del manto de san Vicente.

—¡La limpio cada semana, pero vuelve a aparecer! —había dicho Esperanza—. Debe de ser sangre milagrosa.

—No puede ser sangre, Esperanza —era lo único que Pepe decía al respecto.

—¡Tú no sabes lo que yo veo, Pepe! —insistió Esperanza, señalándose los ojos de mirada encendida—. Y sea lo que sea, deja mancha.

Los dos tenían razón. No era sangre, pero cada semana reaparecía y en efecto dejaba mancha. Los niños de la basura habían tenido que andarse con cuidado con el jugo de remolacha después del episodio del ‘gringo’ bueno en su bañera; también se habían visto obligados a reducir sus visitas nocturnas a la calle Zaragoza. El ‘señor Eduardo’ y el hermano Pepe —amén de la hermana Gloria, la muy bruja, y las otras monjas— no les quitaban ojo. Y Lupe tenía razón en cuanto a los regalos que podía permitirse el ‘gringo’ bueno: no eran regalos precisamente excepcionales.

El hippy sin duda había regateado por las imágenes religiosas baratas que había comprado en el establecimiento de las posadas, la tienda de vírgenes de Independencia. Una era un pequeño tótem, en la categoría de estatuilla —más una figurilla que una figura realista—, pero la Virgen de Guadalupe era de tamaño natural.

La Virgen de Guadalupe era, en realidad, de tamaño un poco mayor que Juan Diego. Ése era el regalo para él. El manto verde azulado de la virgen —una especie de capa o capote— era tradicional. Su cinto, o lo que parecía un fajín negro, daría pie un día a la especulación de que Guadalupe estaba embarazada. Mucho después de estos hechos, ya en 1999, el papa Juan Pablo II proclamó a Nuestra Señora de Guadalupe Santa Patrona de las Américas y Protectora de los Niños Por Nacer. («Ese papa polaco», despotricaría Juan Diego más tarde contra él, y esa monserga suya de los niños por nacer.)

La Guadalupe de la tienda de vírgenes no parecía embarazada, pero el maniquí de Guadalupe aparentaba quince o dieciséis años... y tenía pechos. Con esas tetas no presentaba un aspecto religioso ni mucho menos.

—¡Es una muñeca sexual! —exclamó Lupe de inmediato.

Eso no era rigurosamente cierto, claro está; así y todo, la figura de Guadalupe sí tenía cierto aire de muñeca sexual, aunque Juan Diego no podía desnudarla ni la figura poseía extremidades móviles (o aparato reproductor reconocible).

—¿Cuál es mi regalo? —preguntó Lupe al hippy.

El 'gringo' bueno preguntó a Lupe si lo perdonaba por acostarse con su madre.

—Sí —contestó Lupe—, pero nunca nos casaremos.

—Eso me parece muy definitivo —comentó el hippy cuando Juan Diego le tradujo la respuesta de Lupe a la pregunta del perdón.

—Enséñame el regalo —fue lo único que dijo Lupe.

Era una figurilla de Coatlicue, tan fea como cualquier réplica de la diosa. Juan Diego pensó que, afortunadamente, la horrenda estatuilla era pequeña, incluso más pequeña que *Blanco Sucio*. El 'gringo bueno' no tenía ni idea de cómo pronunciar el nombre de la diosa azteca; Lupe, a su manera difícil de entender, no consiguió ayudarlo a decir «Coatlicue».

—Tu madre me contó que admirabas a esta diosa madre tan rara —explicó el 'gringo' bueno a Lupe; por el tono de su voz, no se lo veía muy convencido.

—La adoro —dijo Lupe.

A Juan Diego siempre le había costado creer que una diosa pudiera contener tantos atributos contradictorios, pero sí entendía fácilmente por qué la adoraba Lupe. Coatlicue era una extremista, una diosa del parto y de la impureza sexual y del comportamiento indebido. Se asociaban a ella varios mitos de la creación. En uno, le caía encima una bola de plumas mientras barría un templo y se quedaba embarazada, razón suficiente para sulfurar a cualquiera, opinaba Juan Diego; pero, según Lupe, era una de esas cosas que bien podían ocurrirle a su madre, Esperanza, o eso imaginaba ella.

A diferencia de Esperanza, Coatlicue llevaba una falda de serpientes. En esencia, toda su vestimenta eran serpientes retorcidas; lucía un collar de corazones y manos y cráneos humanos. Coatlicue tenía garras en manos y pies, y los pechos flácidos. En la figurilla que el 'gringo' bueno regaló a Lupe, los pezones de Coatlicue eran anillos de serpiente de cascabel. («De amamantar demasiado, quizás», observó Lupe.)

—Pero ¿qué te gusta de ella, Lupe? —había preguntado Juan Diego a su hermana.

—Algunos de sus propios hijos juraron matarla —había contestado Lupe—. Una mujer difícil.

—Coatlicue es una madre devoradora; el útero y la tumba coexisten en ella —explicó Juan Diego al hippy.

—Eso ya lo veo —dijo el 'gringo' bueno—. Tiene una pinta mortífera, hombre sobre ruedas —afirmó el hippy con más convicción.

—¡Nadie se pasa de listo con ella! —proclamó Lupe.

Incluso Edward Bonshaw (que siempre veía el lado bueno de las cosas) encontró temible a la Coatlicue de Lupe.

—No me extraña que un percance así con una bola de plumas tenga sus repercusiones, pero esta diosa no parece muy compasiva —dijo el ‘señor Eduardo’ a Lupe, lo más respetuosamente posible.

—Coatlicue, al nacer, no pidió ser quien fue —contestó Lupe al oriundo de Iowa—. La ofrecieron en sacrificio... supuestamente por necesidades de la creación. Dos serpientes formaron su cara, pero antes fue decapitada, y la sangre salió a borbotones de su cuello en forma de dos serpientes gigantescas. Algunos de nosotros —dijo Lupe al nuevo misionero, haciendo una pausa para que Juan Diego no se rezagara en la traducción— no podemos elegir quiénes somos.

—Pero... —empezó Edward Bonshaw.

—Yo soy quien soy —afirmó Lupe; Juan Diego alzó la vista al techo mientras se lo repetía al ‘señor Eduardo’.

Lupe se apretó contra la mejilla el grotesco tótem de Coatlicue; saltaba a la vista que no sólo adoraba a la diosa porque la estatuilla fuera un regalo del ‘gringo’ bueno.

En cuanto al obsequio que el ‘gringo’ hizo a Juan Diego, éste, de vez en cuando, se masturbaba con la muñeca de Guadalupe tendida a su lado en la cama, su rostro arrobado sobre la almohada junto al rostro de él. La ligera turgencia de los pechos de Guadalupe bastaba.

El impasible maniquí era de un plástico duro pero ligero, que no cedía al tacto. Aunque la Virgen de Guadalupe medía cinco centímetros más que Juan Diego, era hueca; pesaba tan poco que Juan Diego podía cargar con ella bajo el brazo.

En sus tentativas de trato sexual con la muñeca de Guadalupe de tamaño natural —mejor dicho, cuando imaginaba que tenía trato sexual con la virgen de plástico—, Juan Diego tropezaba con una doble incomodidad. En primer lugar, era necesario que Juan Diego estuviera solo en la habitación que compartía con su hermana menor, a lo que se añadía la circunstancia de que Lupe sabía que su hermano pensaba en tener trato sexual con la muñeca de Guadalupe; Lupe le había leído la mente.

El segundo problema era el pedestal. Los agraciados pies de la Virgen de Guadalupe estaban fijados a un pedestal de hierba de color verde amarillento, cuyas dimensiones equivalían a la circunferencia de un neumático de automóvil. El pedestal era un impedimento para el deseo de Juan Diego de acurrucarse contra la Virgen de plástico cuando yacía junto a ella.

Juan Diego se había planteado serrarle el pedestal, pero eso implicaba cortar a la virgen aquellos bonitos pies a la altura de los tobillos, con lo cual, además, la estatua no se sostendría. Naturalmente, Lupe conocía los pensamientos de su hermano.

—No quiero ver tumbada a Nuestra Señora de Guadalupe —dijo Lupe a Juan Diego—, ni apoyada en la pared de nuestra habitación. ¡Ni se te ocurra dejarla cabeza abajo en un rincón con los muñones de los pies amputados al aire!

—¡Pero mírala, Lupe! —exclamó Juan Diego. Señaló la imagen de Guadalupe, de pie junto a una de las estanterías de la antigua sala de lectura; el maniquí de Guadalupe semejaba, en cierto modo, un personaje literario fuera de lugar, una mujer escapada de una novela, que no encontraba el camino de regreso al libro al que pertenecía—. Mírala —repitió Juan Diego—. ¿A ti te parece que está mínimamente interesada en tumbarse?

Quiso la suerte que la hermana Gloria pasara por delante de la habitación de los niños de la basura; la monja echó una ojeada desde el pasillo. La hermana Gloria había puesto reparos a la presencia de la muñeca de Guadalupe de tamaño natural en la habitación de los niños —más privilegios inmerecidos, había supuesto la hermana—, pero el hermano Pepe había salido en defensa de los niños de la basura. ¿Cómo podía aquella monja proclive a la desaprobación desaprobando una imagen religiosa? La hermana Gloria consideraba que la figura de Guadalupe de Juan Diego parecía más bien el maniquí de una modista; «un maniquí sugerente», fue como se expresó la monja ante Pepe.

—No quiero oír ni una palabra más de tener ahí tumbada a Nuestra Señora de Guadalupe —advirtió la hermana Gloria a Juan Diego.

Las vírgenes de La Niña de las Posadas no eran vírgenes como Dios manda, opinaba la hermana Gloria. Los propietarios de La Niña de las Posadas y la hermana Gloria no coincidían en el aspecto que debía ofrecer Nuestra Señora de Guadalupe: ¡no el de tentación sexual!, pensaba la hermana Gloria, ¡no el de seductora!

Fue, por desgracia, este recuerdo —entre todos los demás— lo que despertó a Juan Diego de ese sueño en medio del calor súbitamente sofocante de su habitación del hotel Makati Shangri-La. Pero ¿cómo era posible que en aquella nevera de habitación hiciera calor?

Los peces muertos flotaban en la superficie del agua iluminada de color verde del tranquilo acuario; el caballito de mar que antes nadaba erguido ya no estaba en posición vertical, y por su exánime cola prensil cabía deducir que se había unido (para siempre) a los miembros perdidos de su familia de peces aguja. ¿Se había reproducido el problema del burbujeo en el acuario? ¿O acaso uno de los peces muertos había taponado el sistema de circulación de agua? La pecera había dejado de borbotear; el agua no se movía y estaba turbia, y, sin embargo, un par de ojos amarillentos miraban fijamente a Juan Diego desde el nebuloso fondo del acuario. La morena —cuyas agallas sorbían el escaso oxígeno restante— parecía la única superviviente de la hecatombe.

Uy, recordó Juan Diego: al volver de la cena, la habitación del hotel estaba helada; el aire acondicionado funcionaba de nuevo a tope. La camarera del hotel debía de haberlo subido al máximo; además, había dejado la radio puesta. Juan Diego no encontraba la manera de apagar la incesante música; se había visto obligado a desenchufar la radio despertador para poner fin a aquel palpitante sonido.

Y la camarera no era una mujer fácil de complacer: había visto que Juan Diego había dejado preparados los betabloqueantes para tomar la dosis precisa; la camarera, por iniciativa propia, había sacado todos sus medicamentos (la Viagra incluida) y el cortador de pastillas. Esto irritó y a la vez distrajo a Juan Diego; y no ayudó el hecho de que descubriera el entrometimiento de la camarera con sus artículos de baño y sus pastillas justo después de desenchufar la radio despertador y de beberse una de las cuatro cervezas españolas de la cubitera. ¿Era San Miguel ubicua en Manila?

Mientras asimilaba la cruda realidad de la catástrofe del acuario, Juan Diego advirtió que sólo quedaba una botella meciéndose en el agua tibia de la cubitera. ¿Se había bebido tres cervezas después de la cena? ¿Y cuándo había apagado el aire acondicionado? Quizá se había despertado con un castañeteo de dientes y (medio muerto de frío, medio dormido) se había acercado temblando al termostato de la pared de la habitación.

Sin quitar ojo al señor *Morales*, Juan Diego metió y sacó rápidamente el dedo índice en el acuario; el Mar de la China Meridional nunca alcanzaba temperaturas tan altas. El agua de la pecera estaba casi tan caliente como una bullabesa en lenta ebullición.

Dios mío..., ¿qué he hecho?, se preguntó Juan Diego. ¡Y qué sueños tan vívidos! Eso no era normal, no con la dosis debida de betabloqueantes.

Uy, recordó, ¡uy, uy, uy! Cojeando, fue al cuarto de baño. El poder de sugestión se revelaría allí. Por lo visto, con el cortador de pastillas había partido por la mitad un comprimido de Lopressor; se había tomado la mitad de la dosis debida. (¡Al menos no se había tomado la mitad de una Viagra por equivocación!) Una dosis doble de betabloqueantes la noche anterior, y sólo media dosis esa noche... ¿Qué le diría la doctora Rosemary Stein a su amigo a este respecto?

—No está bien, no está bien —musitaba Juan Diego para sí cuando volvió a la habitación sobrecalentada.

Ante sí tenía las tres botellas vacías de San Miguel; parecían guardaespaldas, pequeños pero inflexibles, en la mesita del televisor, como si defendieran el mando a distancia. Ah, sí, recordó Juan Diego; allí sentado (¿durante cuánto tiempo, después de la cena?) había contemplado, estupefacto, cómo se disolvía en la negrura el terrorista cojo de Mindanao. Para cuando se fue a la cama, después de las tres cervezas muy frías y con el aire acondicionado encendido, su propio cerebro debía de estar refrigerado; medio Lopressor no era rival para los sueños de Juan Diego.

Recordó el calor y la humedad que se percibía en la calle cuando Bienvenido lo llevó de regreso al Makati Shangri-La desde el restaurante; a Juan Diego se le había pegado la camisa a la espalda. Los perros detectores de bombas jadeaban a la entrada del hotel. A Juan Diego le preocupó que los detectores de bombas del turno de noche no fuesen los perros que él conocía; los guardias de seguridad también eran distintos.

El director del hotel había descrito el termómetro subacuático como algo «muy delicado»; ¿había querido decir quizá «termostato»? En una habitación de hotel con

aire acondicionado, ¿no correspondía al termostato subacuático mantener la temperatura del agua marina para aquellos antiguos residentes del Mar de la China Meridional? Al apagarse el aire acondicionado, se había alterado el funcionamiento del termostato. Juan Diego había cocido todo un acuario de animales exóticos de la tía Carmen; sólo la morena de aspecto iracundo se aferraba a la vida entre sus amigos muertos en flotación. ¿No podía el termostato mantener también el agua marina suficientemente fresca?

—‘Lo siento, señor *Morales*’ —repitió Juan Diego. Las estresadas agallas de la anguila no sólo se ondulaban; aleteaban.

Juan Diego llamó al director del hotel para informar de la masacre; era necesario avisar a la tienda de animales exóticos de la tía Carmen en Makati City. Tal vez fuera posible salvar a *Morales*, si el equipo de la tienda de animales llegaba con celeridad suficiente: si desmontaban el acuario y revivían a la morena en agua de mar nueva.

—Quizás haya que sedar a la morena para el viaje —comentó el director del hotel. (A juzgar por la mirada del señor *Morales*, Juan Diego pensó que la morena no aceptaría bien la sedación.)

Juan Diego encendió el aire acondicionado antes de abandonar la habitación del hotel para ir a desayunar. En la puerta de la habitación dirigió lo que esperaba que fuera una última ojeada al acuario prestado: la pecera de la muerte. El señor *Morales* observó a Juan Diego marcharse, como si la morena estuviera impaciente por volver a ver al escritor..., preferiblemente cuando Juan Diego estuviese en su lecho de muerte.

—‘Lo siento, señor *Morales*’ —dijo Juan Diego una vez más, y cerró la puerta con delicadeza a sus espaldas.

Pero cuando se encontró a solas en la sofocante y fétida caja del ascensor — naturalmente allí no había aire acondicionado— Juan Diego gritó a pleno pulmón.

—¡Anda y que te den, Clark French! —exclamó—. ¡Y que te den también a ti, tía Carmen, quienquiera que seas! —vociferó Juan Diego.

Dejó de gritar cuando vio que la cámara de vigilancia lo apuntaba; la cámara estaba montada sobre la hilera de botones del ascensor, pero Juan Diego no sabía si la cámara de vigilancia registraba también el sonido. El escritor pudo imaginarse a los guardias de seguridad del hotel mientras veían, con o sin sus palabras reales, al cojo demente: gritando, él solo, en el ascensor que bajaba.

El director del hotel se acercó cuando el Distinguido Huésped terminaba de desayunar.

—Esos desventurados peces, caballero..., ya nos hemos ocupado de ellos. El equipo de la tienda de animales ha venido y se ha ido... Llevaban mascarillas de quirófano —confió el director a Juan Diego bajando la voz al decir «mascarillas de quirófano». (No había necesidad de alarmar a los otros huéspedes; la alusión a unas mascarillas de quirófano podía inducir a pensar en un posible contagio.)

—¿No sabrá usted si la morena...? —empezó a decir Juan Diego.

—La anguila ha sobrevivido. No es fácil matarlas, imagino —dijo el director—. Pero estaba muy inquieta.

—Inquieta, ¿en qué sentido? —preguntó Juan Diego.

—Ha habido una mordedura, caballero; nada grave, según me han dicho, pero ha mordido. Ha sacado sangre —confió el director, bajando de nuevo la voz.

—Mordido, ¿dónde? —preguntó Juan Diego.

—En una mejilla.

—¡Una mejilla!

—Nada serio, caballero. Le he visto la cara al hombre. Cicatrizará sin dejar mucha marca, un simple infortunio.

—Sí..., un infortunio —fue lo único que Juan Diego pudo decir.

No se atrevió a preguntar si la tía Carmen había llegado y se había marchado con el equipo de la tienda de animales. Con un poco de suerte, ya habría salido de Manila rumbo a Bohol; acaso estuviera ya en Bohol, esperándolo (junto con el lado filipino de la familia de Clark French). Naturalmente, la matanza de peces llegaría a oídos de la tía Carmen en Bohol, incluido el informe sobre el «inquieto» señor *Morales* y el «infortunio» de la mordedura en la mejilla del empleado de la tienda de animales.

¿Qué me está pasando?, se preguntó Juan Diego al volver a la habitación del hotel. Vio que había una toalla en el suelo junto a la cama, sin duda donde se había derramado parte del agua marina del acuario. (Juan Diego imaginó a la morena coleando y atacando el rostro de su asustado manipulador, pero en la toalla no había sangre.)

El escritor se disponía a utilizar el inodoro cuando vio el diminuto caballito de mar en el suelo del cuarto de baño; el caballito de mar era tan pequeño que debía de haber escapado a la atención del equipo de la tienda de animales en el momento en que echaban al váter a los compañeros peces de esa pequeña criatura y tiraban de la cadena. Los ojos redondos del caballito de mar, con expresión de sorpresa, aún parecían vivos; en su minúscula y prehistórica cara, los furibundos ojos expresaban indignación contra todo el género humano, como los ojos de un dragón al que se ha dado caza.

—‘Lo siento, caballo marino’ —dijo Juan Diego antes de echar el caballito de mar al inodoro.

En ese momento se enfadó; se enfadó consigo mismo, con el Makati Shangri-La, con el director del hotel, ese servil adulator. Ese figurín de historiado bigote había dado a Juan Diego un folleto del Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila, publicado por la Comisión de Monumentos en Recuerdo de Batallas Estadounidenses, como había averiguado Juan Diego (en una lectura superficial del pequeño folleto en el ascensor después del desayuno).

¿Quién había dicho al director del hotel, ese metomentodo, que Juan Diego tenía un interés personal en el Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila? Incluso Bienvenido sabía que Juan Diego se proponía visitar las tumbas

de los norteamericanos caídos en las «operaciones» del Pacífico.

¿Acaso había contado Clark French (o su mujer filipina) a todo el mundo que Juan Diego se proponía presentar sus respetos al heroico padre del ‘gringo’ bueno? Juan Diego había tenido, durante años, una razón «personal» para ir a Manila. ¡Nadie mejor que el bienintencionado Clark French, a su leal manera, para convertir la misión de Juan Diego en Manila en un asunto de dominio público!

Naturalmente, Juan Diego estaba enfadado con Clark French. Juan Diego no sentía el menor deseo de ir a Bohol; apenas entendía qué era Bohol o dónde estaba. Pero Clark había insistido en que su venerado mentor no pasara solo la Nochevieja en Manila.

«¡Por el amor de Dios, Clark, me he pasado casi toda la vida solo en Iowa City!», había dicho Juan Diego. «¡En su día tú mismo estuviste solo en Iowa City!»

Ah, ya..., quizás el bienintencionado Clark albergaba la esperanza de que Juan Diego encontrara una futura esposa en las Filipinas. ¡Bastaba con ver lo que la suerte le había deparado a Clark allí! ¿Acaso él no había conocido a una mujer? ¿No era Clark French (es posible que gracias a su esposa filipina) demencialmente feliz? A decir verdad, Clark ya era demencialmente feliz cuando estaba solo en Iowa City. Clark era religiosamente feliz, sospechaba Juan Diego.

Tal vez fuera cosa de la familia filipina de su esposa: quizás eran ellos quienes se habían obstinado en invitar a Juan Diego a Bohol. Pero, en opinión de Juan Diego, Clark era muy capaz de obstinarse él mismo.

Todos los años la familia filipina de Clark French ocupaba un complejo turístico junto al mar en una playa cercana a la bahía de Panglao; tomaban el hotel entero durante unos cuantos días después de Navidad hasta Año Nuevo y el día posterior.

«¡Todas las habitaciones del hotel son nuestras, nada de desconocidos!», había anunciado Clark a Juan Diego.

¡Yo soy un desconocido, pedazo de idiota!, había pensado Juan Diego. Clark French sería la única persona a quien él conociera allí. Naturalmente, la imagen de Juan Diego como asesino de la valiosa vida subacuática le precedería hasta Bohol. La tía Carmen lo sabría todo; Juan Diego no dudaba de que la especialista en animales exóticos se habría comunicado (de algún modo) con la morena. Si el ‘señor’ *Morales* estaba inquieto, a saber qué debía esperarse Juan Diego en cuanto a la «inquietud» de la propia tía Carmen, una probable señora *Morales*.

En lo que a su creciente enfado se refería, Juan Diego sabía qué habría dicho su apreciada médico y querida amiga, la doctora Rosemary Stein. Seguramente le habría señalado que un enfado tan grande como el que había desahogado en el ascensor, y experimentaba aún ahora, indicaba que medio comprimido de Lopressor no era suficiente.

¿No era el nivel de enfado que sentía una señal indudable de que su cuerpo producía más adrenalina y más receptores de adrenalina? Sí. Y sí, un letargo acompañaba la dosis «debida» de betabloqueantes, y al reducirse la circulación de la

sangre en las extremidades, Juan Diego tenía las manos y los pies fríos. Y sí, una pastilla de Lopressor (la pastilla entera, no la mitad) podía generarle sueños tan perturbadores y vívidos como los que había tenido al suprimir por completo los betabloqueantes. Eso era ciertamente muy confuso.

Sin embargo, él no sólo tenía la presión sanguínea alta (170/100). ¿Acaso uno de los posibles padres de Juan Diego no había muerto de un infarto a una edad temprana..., si es que podía darse crédito a la madre de Juan Diego?

Y, por otro lado, estaba lo que le había ocurrido a Esperanza... ¡Ojalá no sea ése mi siguiente sueño perturbador!, pensó Juan Diego, consciente de que la idea quedaría alojada en su cabeza aumentando así las probabilidades de que sucediese. Además, lo que le había ocurrido a Esperanza —en los sueños de Juan Diego y en su memoria— era recurrente.

—No hay manera de pararlo —dijo Juan Diego en voz alta.

Seguía en el baño, recobrándose aún de la experiencia de echar el caballito de mar al váter, cuando vio la mitad del comprimido de Lopressor que no había tomado y se lo tragó raudo con un vaso de agua.

¿Agradecía Juan Diego conscientemente una disminución de las emociones durante lo que quedaba de día? Y si se tomaba una dosis completa de betabloqueantes esa noche en Bohol, ¿no sucumbiría una vez más al hastío, la inercia, la pura atonía de los que a menudo se había quejado a la doctora Stein?

Debería telefonar a Rosemary en el acto, pensó Juan Diego. Sabía que había modificado la dosis de betabloqueantes; puede que incluso supiera que tendía a alterar la dosis, de manera intermitente, por la tentación de manipular los resultados. Sabía de sobra que debía bloquear la adrenalina, pero echaba de menos la adrenalina en su vida, y también sabía que quería más. Juan Diego no tenía ninguna buena razón para no llamar a la doctora Stein.

En realidad, el problema allí era que Juan Diego tenía muy claro qué le diría la doctora Rosemary Stein sobre eso de andar jugando con su adrenalina y sus receptores de adrenalina. (Sencillamente no quería oírlo.) Y como Juan Diego tenía muy claro que Clark French era una de esas personas que lo sabían todo —Clark, o bien lo sabía todo, o bien estaba dispuesto a averiguarlo todo—, Juan Diego hizo el esfuerzo de memorizar la información más destacada del folleto turístico sobre el Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila. Cualquiera habría pensado que Juan Diego había visitado ya aquel lugar.

De hecho, en la limusina, Juan Diego se sintió tentado de decir a Bienvenido que ya había estado allí. («En el hotel se alojaba un veterano de la segunda guerra mundial; fui con él. Desembarcó con MacArthur... Ya sabe, cuando el general regresó en octubre de 1944. MacArthur desembarcó en Leyte», estuvo a punto de decir Juan Diego.) Pero en lugar de eso dijo:

—Ya iré a ver el cementerio en otro momento. Quiero echar un vistazo a un par de hoteles... Sitios donde quizá me aloje cuando vuelva. Me los recomendó una

amiga.

—Cómo no, usted manda —contestó Bienvenido.

En el folleto sobre el Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila aparecía una foto del general Douglas MacArthur en Leyte, avanzando hacia la playa con el agua hasta las rodillas.

En el cementerio había más de diecisiete mil lápidas; Juan Diego había encomendado esa cifra a la memoria, junto con otras: eran más de treinta y seis mil los «desaparecidos en combate», pero menos de cuatro mil los «no identificados». Juan Diego se moría de impaciencia por explicar a alguien lo que sabía, pero se abstuvo de decírselo a Bienvenido.

Más de mil militares estadounidenses resultaron muertos en la Batalla de Manila —más o menos en las mismas fechas en que aquellas otras tropas anfibias recuperaban la isla de Corregidor, entre cuyos héroes caídos se encontraba el padre perdido del ‘gringo’ bueno—, pero ¿y si uno o más de los familiares de Bienvenido habían resultado muertos en la Batalla de Manila, que se prolongó durante un mes y en la que murieron cien mil civiles filipinos?

Juan Diego sí preguntó a Bienvenido qué sabía sobre la disposición de las lápidas en el inmenso cementerio: ¡más de sesenta hectáreas! Juan Diego se preguntaba si se había asignado una zona concreta a los soldados muertos en Corregidor, ya fuera en el 42 o en el 45. El folleto mencionaba un monumento conmemorativo concreto para los militares que perdieron la vida en Guadalcanal, y Juan Diego sabía que el cementerio se dividía en once zonas de enterramiento. (Aun así, desconocer el nombre del ‘gringo’ bueno —o el nombre de su padre muerto— era un problema.)

—Creo que usted les da el nombre del soldado, y le dirán la zona, la fila, la tumba —contestó Bienvenido—. Sólo tiene que darles el nombre, funciona así.

—Entiendo —fue lo único que dijo Juan Diego.

El chófer siguió lanzando miradas por el retrovisor al escritor visiblemente cansado. Tal vez pensó que Juan Diego tenía cara de haber dormido mal. Pero Bienvenido no sabía nada acerca de los asesinatos del acuario, y el juvenil chófer ignoraba que el aire de postración de Juan Diego en el asiento trasero de la limusina era sólo una señal de que la segunda mitad del comprimido de Lopressor empezaba a hacer efecto.

El Sofitel, adonde Bienvenido lo llevó, estaba en la zona de Pasay City de la ciudad de Manila; incluso desde su postración en el asiento trasero de la limusina, Juan Diego reparó en los perros detectores de bombas.

—Aquí es el bufé lo que debe preocuparle —explicó Bienvenido—. Eso es lo que he oído sobre el Sofitel.

—¿Qué pasa con el bufé? —preguntó Juan Diego.

La posibilidad de una intoxicación alimentaria pareció sacarlo de su estado de sopor. Pero no era eso: Juan Diego sabía que podía aprender mucho de los chóferes

de limusina; los viajes a los países de lenguas extranjeras donde se publicaban sus libros le habían enseñado a prestar atención a sus chóferes.

—Sé dónde está el servicio de caballeros más cercano al vestíbulo o al restaurante de todos los hoteles —decía Bienvenido—. Un chófer profesional tiene que saber esas cosas.

—Donde echar una meada, quiere decir —dijo Juan Diego; eso se lo había oído ya a otros chóferes—. ¿Qué problema hay con el bufé?

—Si hay opción de elegir, los servicios de caballeros utilizados por los clientes del restaurante son mejores que los que están en la zona del vestíbulo del hotel... Eso por regla general —explicó Bienvenido—. Aquí no.

—El bufé —repitió Juan Diego.

—He visto a más de uno echar las papas en los urinarios; los he oído cagarse patas abajo en los retretes —advirtió Bienvenido.

—¿Aquí? ¿En el Sofitel? ¿Y está seguro de que es por el bufé? —preguntó Juan Diego.

—Puede que la comida ande por ahí rondando una eternidad. A saber cuánto tiempo tienen las gambas a temperatura ambiente. ¡Me juego lo que sea a que es el bufé! —exclamó Bienvenido.

—Entiendo —fue lo único que dijo Juan Diego.

Lástima, pensó; el Sofitel parecía un sitio agradable. A Miriam debía de haberle gustado el hotel por alguna razón; quizá nunca había probado el bufé. Quizá Bienvenido se equivocaba.

Se alejaron del Sofitel sin que Juan Diego pusiera los pies en el establecimiento. El otro hotel que Miriam había propuesto era el Ascott.

—Debería haber mencionado el Ascott primero —dijo Bienvenido con un suspiro—. Está en Glorietta, allá en Makati City. El Centro Ayala está a un paso; allí puede conseguir cualquier cosa —añadió Bienvenido.

—¿A qué se refiere? —preguntó Juan Diego.

—Kilómetros y kilómetros de tiendas: son unas galerías comerciales. Hay escaleras mecánicas y ascensores; hay restaurantes de todo tipo —contestó Bienvenido.

A los cojos no les entusiasman las galerías comerciales, pensó Juan Diego, pero lo único que dijo fue:

—¿Y el hotel en sí, el Ascott? ¿No hay constancia de ninguna muerte por culpa del bufé?

—El Ascott está bien. Debería haberse alojado allí la primera vez —respondió Bienvenido.

—No me provoque con eso de «debería haber», Bienvenido —dijo Juan Diego; a sus novelas las habían definido como proposiciones encabezadas por «y si» y «debería haber».

—La próxima vez, pues —dijo Bienvenido.

Regresaron a Makati City a fin de que Juan Diego pudiera reservar habitación personalmente en el Ascott para su viaje de vuelta a Manila. Juan Diego pediría a Clark French que anulara la reserva en el Makati Shangri-La; después del Apocalipsis del acuario, sin duda todas las partes afectadas verían con alivio la cancelación de la reserva para el viaje de vuelta.

Había que subir en ascensor desde la entrada del Ascott, a nivel de calle, hasta el vestíbulo del hotel, que estaba en un piso superior. En los ascensores, tanto a nivel de calle como en el vestíbulo, vigilaba un par de guardias de seguridad, visiblemente nerviosos, con perros detectores de bombas.

No se lo dijo a Bienvenido, pero Juan Diego adoraba los perros. Mientras Juan Diego reservaba la habitación, imaginó a Miriam registrándose en el Ascott. En el vestíbulo, un largo trecho separaba los ascensores de la recepción; Juan Diego tenía la certeza de que a los guardias de seguridad se les irían los ojos detrás de Miriam durante todo ese recorrido. Había que estar ciego, o ser perro detector de bombas, para no quedarse contemplando a Miriam mientras se alejaba; cualquiera sentiría el impulso de seguirla con la mirada lo largo de todo el recorrido.

¿Qué me pasa?, volvió a preguntarse Juan Diego. Tenía alborotados los pensamientos, los recuerdos: lo que imaginaba, lo que soñaba. Y estaba obsesionado con Miriam y Dorothy.

Juan Diego se hundió en el asiento trasero de la limusina como una piedra en un estanque invisible.

«Acabaremos en Manila», había dicho Dorothy; Juan Diego se preguntó si en cierto modo se refería a todo el mundo. Quizá todos nosotros acabemos en Manila, estaba pensando Juan Diego.

Un solo viaje. Sonaba a título. ¿Era algo que él había escrito, o algo que se proponía escribir? El lector del basurero no lo recordaba.

«Me casaría con ese hippy si oliera mejor y dejara de cantar esa canción del vaquero», había dicho Lupe. («¡Así me muera!», había dicho también.)

¡Cómo aborrecía los nombres con que las monjas de Niños Perdidos bautizaban a su madre! Juan Diego se arrepentía de haberle puesto también él motes a su madre. Las monjas llamaban a Esperanza ‘Desesperanza’. La llamaban ‘Desesperación’.

—‘Lo siento, madre’ —dijo Juan Diego en voz baja para sí en el asiento trasero de la limusina, lo dijo tan bajo que Bienvenido no lo oyó.

Bienvenido no sabía si Juan Diego estaba despierto o dormido. El chófer había comentado algo sobre el aeropuerto de vuelos nacionales de Manila: que los mostradores de facturación cerraban arbitrariamente, luego reabrían de forma espontánea, y aplicaban recargos por todo. Pero Juan Diego no respondió.

Tanto si estaba despierto como si estaba dormido, el pobre parecía fuera de este mundo, y Bienvenido decidió que acompañaría a Juan Diego en el proceso de facturación, pese a las complicaciones que tendría con el coche.

—¡Hace frío! —exclamó de súbito Juan Diego—. ¡Aire fresco, por favor! ¡No

más aire acondicionado!

—Cómo no, usted manda —dijo Bienvenido; apagó el aire acondicionado y abrió automáticamente las ventanillas de la limusina. Se hallaban ya cerca del aeropuerto, cruzando otro barrio de chabolas, cuando Bienvenido detuvo el coche en un semáforo en rojo.

Antes de que Bienvenido pudiera prevenirlo, Juan Diego se vio acosado por niños pedigüños: de repente metieron sus brazos flacos, con las palmas de las manos hacia arriba, por las ventanillas traseras de la limusina detenida.

—Hola, niños —dijo Juan Diego, como si hubiera estado esperándolos. (Es imposible apartar a los rebuscadores del hábito de rebuscar; los ‘pepenadores’ llevan consigo la costumbre de cribar y clasificar mucho después de haber dejado de reunir aluminio, cobre o vidrio.)

Antes de que Bienvenido pudiera impedirselo, Juan Diego se palpaba en busca del billete.

—No, no; no les dé nada —dijo Bienvenido—. De verdad, nada de nada. Caballero, Juan Diego, por favor... ¡No acabará nunca!

En todo caso, ¿qué era esa moneda tan curiosa? Parece dinero de juguete, pensó Juan Diego. No llevaba calderilla, y sólo tenía dos billetes pequeños. Dio el billete de veinte pesos a la primera mano extendida; no tenía nada menor que cincuenta para la segunda manita.

—*Dalawampung piso!* —exclamó el primer niño.

—*Limampung piso!* —vociferó el segundo. ¿Era tagalo eso que hablaban?, se preguntó Juan Diego.

Bienvenido le impidió entregar el billete de mil pesos, pero uno de los niños suplicantes vio la cantidad antes de que Bienvenido pudiera cortar el paso a la mano del mendigo.

—Caballero, por favor, eso es un exceso —dijo el chófer a Juan Diego.

—*Sanlibong piso!* —exclamó uno de los niños suplicantes.

Los otros niños enseguida se sumaron a las exclamaciones del primero.

—*Sanlibong piso! Sanlibong piso!*

El semáforo se puso en verde y Bienvenido aceleró lentamente; los niños mendigos apartaron del coche sus flacos brazos.

—Esos niños no saben lo que es «exceso», Bienvenido; para ellos lo único que existe es «escasez» —dijo Juan Diego—. Yo soy un niño de la basura —explicó al chófer—. Quién mejor que yo para saberlo.

—¿Un niño de la basura, caballero? —preguntó Bienvenido.

—Fui un niño de la basura, Bienvenido —repitió Juan Diego—. Mi hermana y yo... éramos ‘niños de la basura’. Nos criamos en el ‘basurero’; prácticamente vivíamos allí. Nunca deberíamos habernos marchado... ¡Desde entonces todo ha ido cuesta abajo! —declaró el lector del basurero.

—Caballero... —empezó a decir Bienvenido, pero se interrumpió al ver que Juan

Diego lloraba.

El aire sucio de la ciudad contaminada entraba por las ventanillas abiertas del coche; los olores a guiso lo asaltaban; los niños mendigaban en las calles; las mujeres, en apariencia agotadas, llevaban vestidos sin mangas, o pantalones cortos con tops; los hombres merodeaban en los umbrales de las puertas, fumando o sólo charlando, como si no tuvieran nada mejor que hacer.

—¡Es una barriada! —exclamó Juan Diego—. ¡Es una barriada nauseabunda y contaminada! ¡Millones de personas que no tienen ninguna ocupación o no tienen ocupaciones suficientes y, aun así, los católicos quieren que nazcan más y más niños!

Se refería a Ciudad de México; en ese momento, Manila le recordaba poderosamente a Ciudad de México.

—¡Y fíjese en esos absurdos peregrinos! —exclamó Juan Diego—. Caminan de rodillas, sangrando..., se azotan, ¡para exhibir su devoción!

Por supuesto, Bienvenido estaba desconcertado. Pensó que Juan Diego se refería a Manila. ¿Qué peregrinos?, pensaba el chófer. Pero lo único que dijo fue:

—Caballero, sólo es un pequeño barrio de chabolas; no es exactamente una barriada. Admito que la contaminación es un problema...

—¡Cuidado! —exclamó Juan Diego.

Pero Bienvenido era buen conductor. Había visto cómo caía el niño del yipni lleno hasta los topes y en marcha; aunque el conductor del yipni no se había dado cuenta —siguió adelante sin más—, el niño, en una de las últimas filas de asientos, resbaló, o fue empujado. Cayó a la calle; Bienvenido tuvo que virar para no arrollarlo.

El niño era un golfillo de cara sucia con lo que parecía una estola raída (o un boa de piel) en torno al cuello y los hombros; el harapo semejaba una de esas prendas con que se envuelven el cuello las ancianas en los climas fríos. Pero cuando el niño cayó, tanto Bienvenido como Juan Diego vieron que aquella bufanda peluda era en realidad un perro pequeño, y el perro, no el niño, fue el que resultó herido en la caída. El perro soltó un gáñido, no podía apoyar su peso en una de las patas delanteras, que mantenía en alto, temblorosa. El niño se había raspado una de las rodillas desnudas, que le sangraba, pero, por lo demás, parecía ileso; sobre todo le preocupaba el perro.

¡DIOS ES BUENO!, decía el adhesivo del yipni. No para ese niño, ni para ese perro, pensó Juan Diego.

—Pare..., debemos parar —dijo Juan Diego, pero Bienvenido siguió adelante.

—Aquí no, caballero; ahora no —respondió el joven chófer—. La facturación en el aeropuerto... lleva más tiempo que el vuelo.

—Dios no es bueno —dijo Juan Diego—. Dios es indiferente. Pregúntele a ese niño. Hable con ese perro.

—¿Qué peregrinos? —preguntó Bienvenido—. Ha dicho «peregrinos», caballero —le recordó el chófer.

—En Ciudad de México hay una calle... —empezó a decir Juan Diego. Cerró los

ojos y enseguida los abrió, como si no quisiera ver esa calle de Ciudad de México—. Los peregrinos van allí..., la calle es su acceso a un santuario —prosiguió Juan Diego, pero hablaba cada vez más despacio, como si el acceso al santuario fuese difícil, al menos para él.

—¿Qué santuario, caballero? ¿Qué calle? —preguntó Bienvenido, pero Juan Diego ya tenía los ojos cerrados; puede que no oyera al joven chófer—. ¿Juan Diego? —preguntó el chófer.

—La Avenida de los Misterios —contestó Juan Diego, con los ojos cerrados; las lágrimas le corrían por la cara. La Avenida de los Misterios.

—Cálmese, caballero; no tiene por qué contármelo —dijo Bienvenido, pero Juan Diego ya había dejado de hablar. Aquel viejo loco estaba en otra parte, advirtió Bienvenido; en otra parte, muy lejos en el espacio o en el tiempo, o las dos cosas.

Era un día soleado en Manila; incluso con los ojos cerrados, Juan Diego veía la oscuridad veteada de luz. Era como contemplar aguas profundas. Por un momento imaginó que veía un par de ojos amarillentos fijos en él, pero en esa oscuridad veteada de luz no se distinguía nada.

Así será cuando muera, pensaba Juan Diego; sólo que más oscuro, negro como boca de lobo. Sin Dios. Sin bondad ni maldad. En otras palabras, sin ‘señor’ *Morales*. Sin un Dios considerado. Tampoco un «señor Moralidad». Ni siquiera una morena con la respiración entrecortada. Nada de nada.

—‘Nada’ —dijo Juan Diego; aún tenía los ojos cerrados.

Bienvenido guardó silencio; se limitó a seguir conduciendo. Pero, por cómo asintió con la cabeza el joven chófer, y por la manifiesta compasión con que observó a su pasajero adormilado a través del espejo retrovisor, era evidente que Bienvenido conocía la palabra «nada», aunque no la historia completa.

15

La nariz

—Tampoco yo tengo mucha fe —había dicho Juan Diego en una ocasión a Edward Bonshaw.

Pero ésas habían sido las palabras de un muchacho de catorce años; al principio, para el niño de la basura, era más fácil afirmar eso —que no tenía mucha fe— que expresar su desconfianza hacia la Iglesia católica, en especial ante un escolar tan afable (¡preparándose para ser sacerdote!) como el ‘señor Eduardo’.

—No digas eso, Juan Diego; eres demasiado joven para apartarte de la fe —había comentado Edward Bonshaw.

A decir verdad, no era fe lo que le faltaba a Juan Diego. La mayoría de los niños de la basura son buscadores de milagros. Al menos Juan Diego quería creer en lo milagroso, en toda clase de misterios inexplicables, aunque dudase de los milagros que la Iglesia pretendía hacer creer a todo el mundo: aquellos milagros preexistentes, los milagros empañados por el paso del tiempo.

Lo que le despertaba dudas al lector del basurero era la Iglesia: su política, sus intervenciones sociales, sus manipulaciones de la historia y el comportamiento sexual... Cosa que para Juan Diego, a sus catorce años, habría sido difícil de expresar en la consulta del doctor Vargas, donde el médico ateo y el misionero de Iowa lidiaban entre sí.

La mayoría de los niños de la basura son creyentes; tal vez uno tenga que creer en algo cuando ve tantísimas cosas desechadas. Y Juan Diego sabía lo que todos los niños de la basura (y todos los huérfanos) saben: todas las cosas tiradas, de la primera a la última, todas las personas o cosas que no son deseadas, pueden haber sido deseadas en otro tiempo..., o, en circunstancias distintas, podrían haber sido deseadas.

El lector del basurero había rescatado libros de la quema y, de hecho, había leído esos libros. No debe pensarse que un lector del basurero es incapaz de tener fe. Para leer ciertos libros, incluso (o especialmente) ciertos libros salvados de la quema, se requiere una eternidad.

El vuelo de Manila a la ciudad de Tagbilarán, en la provincia de Bohol, duraba poco más de una hora, pero los sueños pueden parecer eternos. A los catorce años, la transición de Juan Diego de la silla de ruedas a las muletas, y (con el tiempo) a la cojera..., en fin, la verdad es que esa transición también se le había hecho eterna, y el muchacho conservaba un recuerdo confuso de esa etapa. En el sueño, lo único que quedaba era la relación que se estaba desarrollando entre el muchacho cojo y Edward Bonshaw, su toma y daca, en sentido teológico. El muchacho se había retractado de su descreimiento, pero en cuanto a las dudas sobre la Iglesia, se mantenía en sus trece.

Juan Diego recordaba haber dicho, cuando iba aún con muletas:

—Nuestra Virgen de Guadalupe no era María. Esa Virgen María de ustedes no era Guadalupe. Eso es un trabalenguas católico; ¡un galimatías papal! —(Los dos ya habían recorrido ese camino antes.)

—Entiendo tu planteamiento —había dicho Edward Bonshaw a su jesuítica manera, en apariencia razonable—. Admito que hubo demora; pasó mucho tiempo hasta que el papa Benedicto XIV vio una réplica de la imagen de Guadalupe en el manto del indio y declaró que vuestra Guadalupe era María. Ése es tu planteamiento, ¿no?

—¡Doscientos años después del hecho! —exclamó Juan Diego y le hincó una muleta en el pie al ‘señor Eduardo’—. Sus evangelizadores españoles se desnudaron con los indios, y a la primera de cambio... En fin, de ahí venimos Lupe y yo. Somos zapotecos, si algo somos. ¡No somos católicos! Guadalupe no es María, esa impostora.

—Y vosotros seguís quemando perros en el vertedero... Me lo ha contado Pepe —dijo el ‘señor Eduardo’—. No entiendo de dónde sale esa idea de que quemar a los muertos les sirve a ellos de algo.

—Son ustedes, los católicos, quienes se oponen a la incineración —señalaba Juan Diego al oriundo de Iowa. Y seguían dale que te pego con su discusión, antes y después de que el hermano Pepe llevara en coche a los niños de la basura, ida y vuelta, al vertedero para participar en la eterna quema de perros. (Y entretanto el circo seguía tentando a los niños a abandonar Niños Perdidos.)

—Fíjese en lo que hicieron con la Navidad, ustedes los católicos —decía Juan Diego—. Eligieron el veinticinco de diciembre como fecha del nacimiento de Cristo sólo para apropiarse de una fiesta pagana. Éste es mi planteamiento: ustedes los católicos se apropian de todo. ¿Y sabe que es posible que existiera una estrella de Belén real? Los chinos dejaron constancia de una nova, una explosión estelar, en el año cinco antes de Cristo.

—¿Dónde lee eso el muchacho, Pepe? —preguntaba repetidamente Edward Bonshaw.

—En nuestra biblioteca de Niños Perdidos —contestaba el hermano Pepe—. ¿Acaso debemos impedirle que lea? Queremos que lea, ¿o no?

«Y hay una cosa más», recordaba haber dicho Juan Diego... no necesariamente en su sueño. Las muletas habían desaparecido; sólo cojeaba. Se hallaban en algún lugar del zócalo; Lupe corría por delante de ellos, y el hermano Pepe tenía serias dificultades para no quedarse a la zaga. Aun cojo, Juan Diego caminaba más deprisa que Pepe. «¿Qué tiene de tan atractivo el celibato? ¿Por qué los sacerdotes dan tanta importancia a eso de ser célibes? ¿No están diciéndonos siempre los sacerdotes qué hacer y qué pensar..., quiero decir, desde el punto de vista sexual?», preguntó Juan Diego. «En fin, ¿qué autoridad pueden tener en cuestiones sexuales si nunca mantienen relaciones sexuales?»

—¿Estás diciéndome, Pepe, que el muchacho ha aprendido a poner en tela de juicio la autoridad sexual de un clérigo célibe a partir de nuestra biblioteca de la misión? —preguntó el ‘señor Eduardo’ al hermano Pepe.

—Me vienen a la cabeza cosas que no leo —recordó haber dicho Juan Diego—. Se me ocurren a mí, a mí solo. —Su cojera era relativamente nueva; la recordaba también como novedad en su vida.

La cojera era aún algo nuevo la mañana en que Esperanza quitaba el polvo a la Virgen María gigantesca en el Templo de la Compañía de Jesús. Esperanza, por más que se estirase, no podía acercarse siquiera a la cara de la estatua sin una escalera. Por lo regular, Juan Diego o Lupe sujetaban la escalera. No así esa mañana.

El ‘gringo’ bueno atravesaba tiempos difíciles; Flor había contado a los niños de la basura que el ‘gringo bueno’ estaba sin blanca, o gastaba lo que le quedaba en alcohol (no en prostitutas). Las prostitutas ya casi nunca lo veían. No podían cuidar de alguien a quien apenas veían.

Según Lupe, Esperanza era, en cierto modo, la «responsable» del deterioro en la situación del hippy; al menos así había traducido Juan Diego las palabras de su hermana.

—La guerra de Vietnam es la responsable de lo suyo —afirmó Esperanza; puede que lo creyera realmente o puede que no. Esperanza aceptaba y repetía como el evangelio todo aquello que oía en la calle Zaragoza: lo que los prófugos aducían en su propia defensa, o lo que las prostitutas decían sobre esos jóvenes norteamericanos perdidos.

Esperanza había apoyado la escalera en la Virgen María. El pedestal estaba tan elevado que los enormes pies del Monstruo María quedaban a la altura de los ojos de Esperanza. La Virgen, de tamaño mucho mayor que el natural, descollaba por encima de Esperanza.

—El ‘gringo bueno’ combate ahora en su propia guerra —susurró Lupe enigmáticamente. Luego miró la escalera apoyada en la descomunal Virgen—. A María no le gusta la escalera —fue lo único que dijo Lupe. Juan Diego tradujo eso, pero no lo referente al combate del ‘gringo’ bueno en su propia guerra.

—Vosotros aguantad la escalera para que pueda quitarle el polvo —dijo Esperanza.

—Será mejor que no le quites el polvo al Monstruo María ahora; hoy la Virgen grande está de malas por algo —advirtió Lupe, pero Juan Diego dejó eso sin traducir.

—Eh, que no tengo todo el día —dijo Esperanza mientras subía por la escalera. Juan Diego hizo ademán de sujetar la escalera cuando Lupe lanzó un grito.

—¡Los ojos! ¡Fijaos en los ojos de la gigante! —exclamó Lupe, pero Esperanza no la entendió; además, en ese momento, la mujer de la limpieza pasaba el plumero por la punta de la nariz de la Virgen María.

Fue entonces cuando Juan Diego vio los ojos de la Virgen María: tenían una expresión colérica, y saltaron del bonito rostro de Esperanza a su pechera. Tal vez, a

juicio de la Virgen gigantesca, Esperanza se excedía un poco en la exhibición del canalillo.

—‘Madre’..., quizá la nariz no —fue lo único que consiguió decir Juan Diego; se disponía de nuevo a sujetar la escalera, pero de pronto se detuvo. La gran Virgen dirigió hacia él sus ojos coléricos una sola vez, y eso bastó para paralizarlo. Enseguida, la Virgen María volvió a posar su mirada condenatoria en el canalillo de Esperanza.

¿Perdió Esperanza el equilibrio y trató de echar los brazos alrededor del cuello del Monstruo María para no caerse? ¿Había mirado entonces Esperanza los abrasadores ojos de María y se había soltado, temiendo más la cólera de la gigantesca Virgen que la caída? Tampoco fue una caída tremenda, la de Esperanza; ni siquiera se golpeó en la cabeza. La escalera en sí no cayó; dio la impresión de que Esperanza se apartó de la escalera de un empujón (suyo o de alguien).

«Murió antes de caer», decía siempre Lupe. «La caída no tuvo nada que ver.»

¿Llegó a moverse la gran estatua? ¿Se tambaleó la Virgen María en su pedestal? No y no, dirían los niños de la basura a cualquiera que les preguntase. Pero ¿cómo se rompió exactamente la nariz de la Virgen María? ¿Cómo fue que la Madre Santa se quedó sin nariz? ¿Acaso golpeó Esperanza a María en la cara mientras caía? ¿Había dado Esperanza un mamporro a la gigantesca Virgen con el mango de madera del plumero? No y no, contestaron los niños de la basura, aunque en realidad no lo habían visto. ¡A eso sí se le llama «tocar las narices»! ¡A la Virgen María se las tocaron tanto que se las rompieron! Juan Diego buscó alrededor. ¿Cómo podía desaparecer sin más una nariz tan grande?

La gran Virgen tenía otra vez los ojos opacos e inmóviles. Ya no se advertía cólera, sino sólo la habitual indefinición, una opacidad rayana en lo insulso. Y ahora que la descomunal imagen se había quedado sin nariz, los ojos ciegos de la giganta parecían aún más carentes de vida.

Los niños de la basura no pudieron por menos de observar que en los ojos abiertos de par en par de Esperanza se veía más vida, pese a que los niños sabían con toda certeza que su madre había muerto. Lo habían sabido desde el instante en que Esperanza se cayó de la escalera... «Igual que se desprende una hoja de un árbol», lo describiría más tarde Juan Diego a aquel hombre de ciencia, el doctor Vargas.

Fue Vargas quien explicó a los niños de la basura las conclusiones de la autopsia practicada a Esperanza.

—Cuando uno muere de un susto, la causa más probable es la arritmia —empezó Vargas.

—¿Le consta que murió de miedo? —había intervenido Edward Bonshaw.

—Indudablemente murió de miedo —respondió Juan Diego al oriundo de Iowa.

—Indudablemente —repitió Lupe; incluso el ‘señor Eduardo’ y el doctor Vargas comprendieron su alocución de una sola palabra.

—Si el sistema de conducción cardiaca se ve inundado de adrenalina —prosiguió

Vargas—, el ritmo del corazón se altera; en otras palabras, no se bombea sangre. El nombre de esa peligrosísima clase de arritmia es «fibrilación ventricular»; las células musculares sólo se contraen: no se produce la más mínima acción de bombeo.

—Y entonces te mueres en el acto, ¿no? —preguntó Juan Diego.

—Entonces te mueres en el acto —confirmó Vargas.

—¿Y eso puede ocurrirle a una persona tan joven como Esperanza, con un corazón normal? —preguntó el ‘señor Eduardo’.

—La juventud no ayuda necesariamente al corazón —contestó Vargas—. Estoy seguro de que Esperanza no tenía un corazón «normal». Tenía la presión arterial anormalmente alta...

—Su forma de vida, quizá... —apuntó Edward Bonshaw.

—No existen pruebas de que la prostitución cause infartos, salvo a los católicos —dijo Vargas de aquella manera suya de apariencia tan científica—. Esperanza no tenía un corazón «normal». Y en cuanto a vosotros, niños —continuó Vargas—, tendréis que vigilaros el corazón. Al menos tú, Juan Diego.

El médico guardó silencio por un momento; estaba haciendo sus cálculas a partir de los posibles padres de Juan Diego, una cifra, al parecer, manejable, a diferencia del conjunto de personajes decididamente distinto e infinitamente superior que constituía el grupo de los posibles padres de Lupe. Fue, incluso para un ateo, un silencio considerado.

Vargas miró a Edward Bonshaw.

—Uno de los posibles padres de Juan Diego..., es decir, quizás el padre biológico más probable..., murió de un infarto —dijo Vargas—. Por entonces, el posible padre de Juan Diego era muy joven, o eso me contó Esperanza —añadió Vargas—. ¿Vosotros qué sabéis de eso? —preguntó Vargas a los niños de la basura.

—No más que usted —respondió Juan Diego.

—Rivera sabe algo, sólo que se lo calla —dijo Lupe.

Juan Diego no pudo añadir gran cosa a la respuesta de Lupe. Rivera había dicho a los niños de la basura que el padre «más probable» de Juan Diego murió con el corazón roto.

—Un ataque al corazón, ¿no? —había preguntado Juan Diego al ‘jefe’, porque eso era lo que Esperanza había dicho a sus hijos y a todo el mundo.

—Si es así como llamas a un corazón roto permanentemente... —fue lo único que les había dicho Rivera a los niños.

En cuanto a la nariz de la Virgen María..., en fin..., Juan Diego había localizado la ‘nariz’; estaba cerca del reclinatorio de la segunda fila de bancos. Tuvo ciertas dificultades para meterse la gran nariz en el bolsillo. Los gritos de Lupe pronto atraerían al padre Alfonso y al padre Octavio al Templo de la Compañía de Jesús. El padre Alfonso ya estaba rezando junto a Esperanza cuando la hermana Gloria, la muy bruja, apareció. El hermano Pepe, sin aliento, no iba muy a la zaga de la monja permanentemente proclive a la desaprobación, que parecía sulfurada por esa manera

de morir tan llamativa de Esperanza, así como por la exhibición del canalillo, incluso al morir, de la mujer de la limpieza, que la Virgen gigantesca había condenado del modo más drástico.

Los niños de la basura se limitaron a quedarse rondando por allí, para ver cuánto tardaban en darse cuenta los sacerdotes —o el hermano Pepe, o la hermana Gloria— de que a la monstruosa Madre Santa le faltaba la gran nariz. No cayeron en la cuenta hasta pasado un larguísimo rato.

¿Y quién fue a darse cuenta de la desaparición de la nariz? Llegó corriendo por el pasillo hacia el altar, sin detenerse para la genuflexión, ondeando los faldones sueltos de su camisa hawaiana, que parecía una fuga de monos y aves tropicales liberados de una selva por efecto de un rayo.

—¡La culpable ha sido la mala de María! —exclamó Lupe dirigiéndose al ‘señor Eduardo’—. ¡Esa Virgen grande de ustedes ha matado a nuestra madre! ¡La mala de María ha matado a nuestra madre de un susto! —Juan Diego no dudó en traducirlo.

—A la primera de cambio nos saldrá con que este accidente ha sido un milagro —dijo la hermana Gloria al padre Octavio.

—No pronuncie la palabra «milagro» en mi presencia, hermana —repuso el padre Octavio.

El padre Alfonso terminó en ese momento el responso por el alma de Esperanza, algo relacionado con liberarla de sus pecados.

—¿Ha dicho ‘milagro’? —preguntó Edward Bonshaw al padre Octavio.

—¡‘Milagroso’! —exclamó Lupe. El ‘señor Eduardo’ no tuvo el menor problema para comprender la palabra «milagroso».

—Esperanza se ha caído de la escalera, Edward —aclaró el padre Octavio al oriundo de Iowa.

—¡Ya estaba fulminada antes de caer! —farfulló Lupe, pero Juan Diego dejó sin traducir «fulminada» para reducir el elemento dramático; una mirada repentina no lo mata a uno, a menos que se muera del susto.

—¿Dónde está la nariz de María? —preguntó Edward Bonshaw a la vez que señalaba a la Virgen gigantesca sin nariz.

—¡No está! ¡Se ha esfumado en medio de una nube de humo! —deliraba Lupe—. No le quiten el ojo de encima a la mala de María: puede que empiecen a desaparecer otras partes.

—Lupe, no mientas —dijo Juan Diego.

Pero Edward Bonshaw, que no había entendido ni una sola palabra de la alocución de Lupe, no podía apartar la mirada de la María mutilada.

—Es sólo la nariz, Eduardo —intentó explicar el hermano Pepe al fervoroso joven—. No significa nada..., probablemente anda por ahí, en algún sitio.

—¿Cómo no va a significar nada, Pepe? —preguntó el oriundo de Iowa—. ¿Cómo es posible que la nariz de la Virgen María no esté ahí?

El padre Alfonso y el padre Octavio se hallaban a cuatro patas; no rezaban,

buscaban la nariz perdida del Monstruo María bajo la primera fila de bancos.

—¿Tú no sabrás nada de la ‘nariz’, supongo? —preguntó el hermano Pepe a Juan Diego.

—‘Nada’ —contestó Juan Diego.

—La mala de María ha movido los ojos; parecía viva —dijo Lupe.

—No se lo creerán, Lupe —dijo Juan Diego a su hermana.

—El hombre papagayo sí —repuso Lupe, señalando al ‘señor Eduardo’—. Necesita creer más de lo que cree; se creerá cualquier cosa.

—¿Qué es lo que no nos vamos a creer? —preguntó el hermano Pepe a Juan Diego.

—¡Ya me parecía a mí que había dicho eso! ¿Qué quieres decir, Juan Diego? —preguntó Edward Bonshaw.

—¡Díselo! ¡La mala de María ha movido los ojos; la Virgen gigantesca miraba de aquí para allá! —exclamó Lupe.

Juan Diego se metió como pudo la mano en el bolsillo lleno; de hecho, tenía sujeta la nariz de la Virgen María cuando les habló de la expresión colérica en los ojos de la Virgen gigantesca, de sus miradas repentinas de aquí para allá, que siempre acababa posando en el canalillo de Esperanza.

—Es un milagro —declaró el oriundo de Iowa con toda naturalidad.

—Solicitemos la intervención del hombre de ciencia —dijo el padre Alfonso con tono sarcástico.

—Sí, Vargas puede ocuparse de la autopsia —dijo el padre Octavio.

—¿Quiere hacerle una autopsia a un milagro? —preguntó el hermano Pepe con una mezcla de inocencia y malicia.

—Se ha muerto del susto, eso es lo único que se verá en la autopsia —anunció Juan Diego, apretando la mano en torno a la nariz rota de la Madre Santa.

—Ha sido la mala de María, yo sólo sé eso —dijo Lupe. Muy cierto, decidió Juan Diego; tradujo lo de la mala de María.

—¡La mala de María! —repitió la hermana Gloria.

Todos miraron a la Virgen sin nariz como si previeran más daños, de un tipo u otro. Pero el hermano Pepe advirtió algo en Edward Bonshaw: sólo el oriundo de Iowa tenía la mirada puesta en los ojos de la Virgen María, únicamente en los ojos.

Un ‘milagrero’, pensaba el hermano Pepe mientras observaba al ‘señor Eduardo’; ¡el oriundo de Iowa es un milagrero donde los haya!

Juan Diego no pensaba en nada. Tenía bien sujeta la nariz de la Virgen María, como si nunca fuera a soltarla.

Los sueños se corrigen a sí mismos; los sueños son implacables con los detalles. No es el sentido común lo que dicta qué queda en el sueño, o qué se excluye. Puede dar la sensación de que un sueño de dos minutos es eterno.

El doctor Vargas se explayó ampliamente. Las explicaciones que dio a Juan Diego

acerca de la adrenalina fueron mucho más extensas, pero no todo lo que dijo Vargas penetró en el sueño de Juan Diego. Según Vargas, la adrenalina, en grandes cantidades, como la dosis que se liberaba en una situación de miedo repentino, era tóxica.

Juan Diego incluso había preguntado al hombre de ciencia sobre otros estados emocionales. ¿Qué más, aparte del miedo, podía causar una arritmia? Si uno tenía la clase de corazón que no le convenía, qué más podía provocarle esos ritmos cardíacos fatales.

—Cualquier emoción fuerte, positiva o negativa, como la felicidad o la tristeza —había dicho Vargas al muchacho, pero esta respuesta no aparecía en el sueño de Juan Diego—. Hay gente que ha muerto durante el coito —explicó Vargas. Y volviéndose hacia Edward Bonshaw, el doctor Vargas añadió—: Incluso como consecuencia de la pasión religiosa.

—¿Y qué me dice de flagelarse? —había preguntado el hermano Pepe a su manera medio inocente, medio maliciosa.

—No está documentado —respondió el hombre de ciencia ladinamente.

Algunos golfistas habían muerto al hacer un hoyo de un solo golpe. Un número anormalmente alto de alemanes sufría muerte súbita a causa del corazón cada vez que el equipo alemán de fútbol competía en un mundial. Hombres, sólo uno o dos días después de la muerte de sus esposas; mujeres que han perdido a sus maridos, no sólo a causa de la muerte; padres que han perdido hijos. Todos han muerto de tristeza, de forma repentina. Estos ejemplos de estados emocionales que provocaban ritmos cardíacos fatales no formaban parte del sueño de Juan Diego.

Sin embargo, el sonido de la furgoneta de Rivera —aquél gemido especial que emitía la marcha atrás cuando Rivera retrocedía— sí se abrió paso insidiosamente hasta el sueño de Juan Diego, sin duda en el momento en que se desplegaba el tren de aterrizaje del avión, que estaba a punto de llegar a Bohol. Eso es propio de los sueños: al igual que la Iglesia católica, apostólica y romana, los sueños se apropian de todo; los sueños se adueñan de cosas que en realidad no les pertenecen.

En los sueños, todo es igual: el chirrido del tren de aterrizaje del vuelo 177 de Philippine Airlines, el gemido de la furgoneta de Rivera dando marcha atrás. En cuanto a cómo se filtró el hedor del depósito de cadáveres de Oaxaca en el sueño de Juan Diego durante ese breve vuelo de Manila a Bohol..., en fin, no todo tiene explicación.

Rivera sabía dónde se hallaba la plataforma de carga en el depósito de cadáveres; además, conocía al encargado de las autopsias, el cirujano forense que abría los cuerpos en el ‘anfiteatro de disección’. Por lo que a los niños de la basura se refería, no habría sido necesario practicar la autopsia a Esperanza. La Virgen María le había dado un susto de muerte, y —es más— el Monstruo María lo había hecho adrede.

Rivera hizo lo posible por preparar a Lupe para el aspecto que ofrecería el cadáver de Esperanza: la costura de la autopsia (desde el cuello hasta la entrepierna) a

lo largo del esternón. Pero Lupe no estaba preparada para el montón de cadáveres sin reclamar que aguardaban autopsia, ni para el cuerpo del ‘gringo bueno’ ya intervenido, cuyos brazos blancos abiertos (como si acabaran de bajarlo de la cruz, donde había sido crucificado) contrastaban marcadamente con los cadáveres de piel más morena.

La raja de la autopsia del ‘gringo’ bueno era reciente, acabada de coser, y en la zona de la cabeza se observaban unos cortes: más daños de los que habría causado una corona de espinas. La guerra del ‘gringo’ bueno había terminado. Para Lupe y Juan Diego fue una conmoción ver el cadáver desechado del hippy. El rostro del ‘gringo bueno’, semejante al de Cristo, descansaba por fin, si bien el Cristo tatuado en el cuerpo pálido del hermoso muchacho había sufrido también la disección del cirujano forense.

A Lupe no se le pasó por alto el detalle de que su madre y el ‘gringo’ bueno eran los cuerpos más hermosos expuestos en el anfiteatro de disección, aunque en vida los dos presentaban mucho mejor aspecto.

—Nos llevaremos también al ‘gringo bueno’; me prometiste que lo quemaríamos —dijo Lupe a Juan Diego—. Lo quemaremos con mamá.

Rivera había convencido al encargado de las autopsias de que les entregara a él y a los niños de la basura el cuerpo de Esperanza, pero cuando Juan Diego tradujo la petición de Lupe —que quería también al hippy muerto—, el cirujano forense reaccionó mal.

El fugitivo norteamericano formaba parte de la investigación de un delito. Alguien en el hotel Somega informó a la policía de que el hippy había sucumbido a una intoxicación etílica; una prostituta declaró que el chico había «muerto sin más» encima de ella. Pero el encargado de las autopsias había descubierto algo distinto. El ‘gringo bueno’ había muerto de una paliza; estaba borracho, pero el alcohol no fue la causa de la muerte.

—Su alma tiene que volver a casa volando —insistía Lupe—. «Mientras paseaba por las calles de Laredo» —cantó de pronto—. «Mientras paseaba por Laredo un día...»

—¿En qué idioma canta esta niña? —preguntó el cirujano forense a Rivera.

—La policía no va a hacer nada —adujo Rivera—. Ni siquiera van a decir que el hippy murió de una paliza. Dirán que fue una intoxicación etílica.

El cirujano forense se encogió de hombros.

—Sí, ya es eso lo que están diciendo —confirmó el cirujano—. Les comuniqué que el chico del tatuaje había recibido una paliza, pero la poli me indicó que me lo guardase.

—Es una intoxicación etílica, así van a presentarlo —aseguró Rivera.

—Ahora lo único que importa es el alma del ‘gringo’ bueno —insistió Lupe. Juan Diego decidió traducirlo.

—Pero ¿y si su madre quiere recuperar los restos? —añadió Juan Diego después

de transmitirles el comentario de Lupe sobre el alma del ‘gringo bueno’.

—La madre ha pedido sus cenizas. Eso no es lo que solemos hacer, ni siquiera con los extranjeros —contestó el cirujano—. Desde luego no quemamos los cuerpos en el ‘basurero’.

Rivera se encogió de hombros.

—Le traeremos algunas cenizas —prometió Rivera.

—Hay dos cuerpos, y nosotros nos quedaremos con la mitad de las cenizas —dijo Juan Diego.

—Llevaremos las cenizas a Ciudad de México; las esparciremos en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, a los pies de nuestra Virgen —dijo Lupe—. ¡No vamos ni a acercarnos a las cenizas a la mala de María sin nariz! —exclamó Lupe.

—Nunca he oído hablar a nadie como esa niña —dijo el cirujano forense, pero Juan Diego se abstuvo de traducir el dislate de Lupe sobre eso de esparcir las cenizas del ‘gringo’ bueno y Esperanza a los pies de Nuestra Señora de Guadalupe en Ciudad de México.

Rivera, probablemente porque había una niña presente, insistió en que metieran a Esperanza y al ‘gringo bueno’ en bolsas para cadáveres distintas; Juan Diego y Rivera ayudaron al cirujano forense a hacerlo. Durante ese momento fúnebre, Lupe miró los otros cadáveres, tanto los diseccionados como los que aguardaban la disección; en otras palabras, miró los muertos que no le importaban. Juan Diego oía los ladridos y aullidos de *Diablo* procedentes de la plataforma de la furgoneta de Rivera; el perro percibía que el aire en torno al depósito de cadáveres estaba contaminado. En el ‘anfiteatro de disección’ flotaba un olor a fiambre.

—¿Cómo es posible que su madre no haya querido ver antes el cuerpo? ¿Cómo es posible que una madre prefiera las cenizas del encantador muchacho? —decía Lupe. No esperaba respuesta; al fin y al cabo, ella creía en la incineración.

Puede que Esperanza no hubiese expresado el deseo de ser incinerada, pero los niños de la basura iban a quemarla de todos modos. Teniendo en cuenta el fervor católico de su madre (Esperanza adoraba la confesión), tal vez no habría elegido una pira funeraria en el vertedero, pero si los difuntos no dejan instrucciones previas (Esperanza no las había dejado), son los hijos quienes deben decidir qué hacer con el muerto.

—Los católicos tienen que estar locos para no creer en la incineración —farfullaba Lupe—. No hay sitio mejor para quemar cosas que el vertedero: el humo negro elevándose hasta donde alcanza la vista, los buitres suspendidos sobre el paisaje. —Lupe, en el anfiteatro de disección, con los ojos cerrados, aferraba a Coatlicue, la horrenda diosa tierra, contra sus pechos incipientes pero aún no perceptibles—. Tienes la nariz, ¿no? —preguntó Lupe a su hermano a la vez que abría los ojos.

—Sí, claro que la tengo —respondió Juan Diego; el bolsillo le abultaba.

—La nariz también irá al fuego, para más seguridad —anunció Lupe.

—Más seguridad ¿de qué? —preguntó Juan Diego—. ¿Para qué vamos a quemar la nariz?

—Por si acaso la impostora María tiene algún poder, para ir sobre seguro —dijo Lupe.

—¿La ‘nariz’? —preguntó Rivera; llevaba a cuestas las bolsas con los dos cadáveres, repartidas en cada uno de sus grandes hombros—. ¿Qué nariz?

—No digas nada de la nariz de María. Rivera es muy supersticioso. Deja que lo deduzca él. Verá a la monstruosa Virgen sin nariz la próxima vez que vaya a misa, o a confesar sus pecados. Se lo digo una y otra vez, pero él no escucha: ese bigote suyo es un pecado —farfulló Lupe. Vio que Rivera la escuchaba con atención; la ‘nariz’ había captado el interés del ‘jefe’: intentaba deducir qué habían estado diciendo los niños de la basura acerca de una nariz.

—«Que seis alegres vaqueros carguen con mi ataúd» —empezó a cantar Lupe—. «Que seis bonitas doncellas sostengan mi palio mortuorio.» —Era el momento oportuno para el canto fúnebre del vaquero: Rivera acarreaba los dos cadáveres camino de su furgoneta—. «Que pongan ramos de rosas sobre mi ataúd» —siguió cantando Lupe—. «Rosas que amortigüen los puñados de tierra al caer.»

—Esa niña es una maravilla —dijo el cirujano forense al responsable del vertedero—. Podría ser una estrella del rock.

—¿Cómo va a ser una estrella del rock? —preguntó Rivera—. ¡No la entiende nadie, aparte de su hermano!

—Nadie sabe qué cantan las estrellas del rock. ¿Quién entiende las letras? —preguntó el cirujano.

—Existe una razón para que el imbécil del encargado de las autopsias se pase la vida entera en compañía de muertos —farfullaba Lupe.

Pero Rivera, con el asunto de la estrella del rock, se olvidó de la nariz. El ‘jefe’ llevó las bolsas con los cadáveres a la plataforma de carga y allí las depositó con delicadeza en la furgoneta, donde *Diablo* olfateó de inmediato los cuerpos.

—No dejéis que *Diablo* se revuelque encima de los cuerpos —dijo Rivera a Juan Diego; los niños de la basura y Rivera sabían lo mucho que disfrutaba el perro revolcándose sobre cosas muertas. Juan Diego viajaría hasta el ‘basurero’ en la plataforma de la furgoneta junto con Esperanza y el ‘gringo bueno’ y, por supuesto, *Diablo*.

Lupe viajó con Rivera en la cabina de la furgoneta.

—Vendrán los jesuitas, ya lo sabe —dijo el cirujano forense al responsable del vertedero—. Vienen a recoger a sus fieles; se presentarán a por Esperanza.

—Los niños están a cargo de su madre; dícales a los jesuitas que los niños de la basura son los fieles de Esperanza —dijo Rivera al encargado de las autopsias.

—Esa niña podría estar en el circo, ¿sabe? —dijo el cirujano forense señalando a Lupe en la cabina.

—Haciendo ¿qué? —preguntó Rivera.

—¡La gente pagaría sólo por oírla hablar! —exclamó el encargado de las autopsias—. Ni siquiera tendría que cantar.

Más adelante, a Juan Diego le obsesionaría que ese cirujano, con sus guantes de goma, contaminados de muerte y disección, hubiese sacado el circo a la conversación en el depósito de cadáveres de Oaxaca.

—¡Arranca! —indicó Juan Diego a Rivera; el muchacho aporreó la cabina de la furgoneta y Rivera se alejó de la plataforma de carga. Era un día despejado con un cielo perfecto, de un azul intenso—. No te revuelques encima de ellos... ¡Nada de revolcones! —ordenó a *Diablo*, pero el perro iba sentado en la plataforma, observando al muchacho vivo sin olfatear siquiera los cadáveres.

El viento secó enseguida las lágrimas en el rostro de Juan Diego, pero el viento no le permitió oír qué decía Lupe a Rivera en la cabina de la furgoneta. Juan Diego sólo oía la voz profética de su hermana, no sus palabras; hablaba y hablaba. Juan Diego pensó que farfullaba sobre *Blanco Sucio*. Rivera había entregado a ese alfeñique a una familia de Guerrero, pero el perro, no más grande que un roedor, seguía volviendo a la chabola del ‘jefe’, sin duda buscando a Lupe.

Ahora *Blanco Sucio* había desaparecido; naturalmente, Lupe había arremetido contra Rivera sin compasión. Dijo que ella sabía adónde iría *Blanco Sucio*; se refería al sitio al que el perrito iría a morir. («El lugar de los cachorros», lo había llamado.)

Desde la plataforma de la furgoneta, Juan Diego sólo oía fragmentos de lo que el responsable del vertedero decía. «Si tú lo dices», intercalaba el ‘jefe’ de vez en cuando, o «Yo mismo no habría podido expresarlo mejor, Lupe», durante todo el camino hasta Guerrero, desde donde Juan Diego veía las columnas aisladas de humo; ya ardían unas cuantas fogatas en el vertedero no muy lejano.

Mientras oía de forma inexacta la conversación de Lupe con Rivera, Juan Diego se acordó de cuando estudiaba literatura con Edward Bonshaw en una de las salas de lectura insonorizadas de la biblioteca de Niños Perdidos. Lo que el ‘señor Eduardo’ entendía por «estudiar literatura» era un proceso de lectura en voz alta: el oriundo de Iowa empezaba leyéndole a Juan Diego lo que llamaba una «novela de adultos»; así podían determinar juntos si el libro era apropiado o no para la edad del muchacho. Naturalmente, surgían diferencias de opinión entre ellos en cuanto a lo apropiado o inapropiado de las lecturas.

—¿Y si me gusta de verdad? ¿Y si supiera que, en caso de permitírseme leer este libro, no dejaría nunca de leerlo? —preguntó Juan Diego.

—Eso no es lo mismo que si el libro es adecuado o no —contestaba Edward Bonshaw al muchacho de catorce años. O el ‘señor Eduardo’ interrumpía la lectura en voz alta, delatándose, y Juan Diego sabía entonces que el misionero intentaba saltarse algo de contenido sexual.

—Está censurando una escena de sexo —decía el muchacho.

—No estoy seguro de que esto sea apropiado —contestaba el oriundo de Iowa.

Los dos se habían decidido por Graham Greene; las cuestiones sobre la fe y la

duda ocupaban a todas luces un lugar preferente en la cabeza de Edward Bonshaw, si es que no eran la única motivación de su autoflagelación, y a Juan Diego le gustaban los temas sexuales de Greene, pese a que el autor tendía a presentar el sexo entre bastidores o con comedimiento.

El método de estudio consistía en que Edward Bonshaw empezaba una novela de Greene leyéndosela en voz alta a Juan Diego; después Juan Diego leía el resto de la novela por su cuenta; por último, el adulto y el muchacho comentaban la trama. En la parte dedicada a los comentarios, el ‘señor Eduardo’ tendía a citar párrafos concretos y preguntar a Juan Diego cuál era ahí la intención de Greene.

Una frase de *El poder y la gloria* había dado pie a una larga conversación sobre el significado de la novela. El alumno y el profesor tenían ideas enfrentadas acerca de la frase: «Siempre hay un momento en la infancia en el que la puerta se abre y deja entrar al futuro».

—¿Qué conclusión sacas de eso, Juan Diego? —había preguntado Edward Bonshaw al muchacho—. ¿Está diciendo Greene que nuestro futuro empieza en la infancia y que debemos prestar atención a...?

—Bueno, claro que el futuro empieza en la infancia... ¿Dónde va a empezar, si no? —preguntó Juan Diego al oriundo de Iowa—. Pero me parece una tontería decir que hay un único momento en que se abre la puerta al futuro. ¿Por qué no puede haber muchos momentos? ¿Y está diciendo Greene que hay sólo «una» puerta? Dice «la» puerta, como si hubiera sólo una.

—¡Graham Greene no dice tonterías, Juan Diego! —había exclamado el ‘señor Eduardo’; el fervoroso joven tenía algo pequeño sujeto en una mano.

—Ya sé lo de la ficha de mahjong; no hace falta que me la enseñe otra vez —dijo Juan Diego al escolar—. Ya lo sé, ya lo sé: usted... se cayó, la piececita de marfil y bambú le hizo un corte en la cara. Sangró, *Beatrice* le lamió... Así es como murió su perra, de un tiro. ¡Lo sé, lo sé! Pero ¿fue ese único momento lo que lo llevó a querer ser sacerdote? ¿La puerta a la ausencia de sexo durante el resto de su vida se abrió sólo porque le pegaron un tiro a *Beatrice*? Debió de haber otros momentos también en su infancia; usted podría haber abierto otras puertas. Todavía podría abrir una puerta distinta, ¿no? ¡Esa ficha de mahjong no tenía por qué ser su infancia y su futuro!

Resignación: eso era lo que Juan Diego vio en el rostro de Edward Bonshaw. El misionero parecía resignado a su destino: el celibato, la autoflagelación, el sacerdocio..., ¿había sido causado todo ello por una caída con una ficha de mahjong en la manita? ¿Una vida de azotes autoinfligidos y privación sexual porque habían matado cruelmente a su querida perra de un tiro?

También era resignación lo que Juan Diego veía ahora en el rostro de Rivera mientras el ‘jefe’ regresaba en la furgoneta a la chabola que habían compartido como una familia en Guerrero. Juan Diego sabía qué era mantener una no conversación con Lupe: consistía sólo en escucharla, se la entendiera o no.

Lupe siempre sabía más que uno; Lupe, aunque ininteligible la mayor parte del tiempo, sabía cosas que nadie más sabía. Lupe era una niña, pero razonaba como un adulto. Hacía comentarios que ni siquiera ella entendía; decía que las palabras «sencillamente acudían» a su cabeza, a menudo sin que ella tuviera el menor conocimiento de su significado.

Quemar al ‘gringo bueno’ con su madre; quemar la nariz de la Virgen María con ambos. Hacerlo sin más. Esparcir sus cenizas en Ciudad de México. Hacerlo sin más.

Y ahí estaba el fervoroso Edward Bonshaw disertando sobre Graham Greene (otro católico, claramente atormentado por la fe y la duda), afirmando que había un único momento en que la puerta —¡una sola puerta, una puta puerta!— se abría y dejaba entrar al puto futuro.

—Dios santo —masculló Juan Diego al bajar de la plataforma de la furgoneta de Rivera. (Ni Lupe ni el responsable del vertedero pensaron que el muchacho estuviera rezando.)

—Esperad un momento —dijo Lupe.

Se alejó resueltamente de ellos y desapareció por detrás de la chabola que en otro tiempo los niños de la basura consideraban su hogar. Tiene que echar una meada, pensó Juan Diego.

—¡No, no tengo que echar una meada! —exclamó Lupe—. Busco a *Blanco Sucio*.

—¿Está Lupe meando, o necesitáis más pistolas de agua? —preguntó Rivera. Juan Diego se encogió de hombros—. Deberíamos empezar a quemar los cadáveres... antes de que los jesuitas lleguen al ‘basurero’ —dijo el ‘jefe’.

Lupe regresó cargada con un perro muerto: era un cachorro, y Lupe lloraba.

—Siempre los encuentro en el mismo sitio, o casi en el mismo sitio —farfulló. El cachorro muerto era *Blanco Sucio*.

—¿Vamos a quemar a *Blanco Sucio* con vuestra madre y el hippy? —preguntó Rivera.

—Si me quemarais a mí, ¡querría que me quemarais con un cachorro! —exclamó Lupe.

Juan Diego pensó que eso era digno de traducirse, y así lo hizo. Rivera no prestó la menor atención al cachorro muerto; el ‘jefe’ detestaba a *Blanco Sucio*. Para el responsable del vertedero fue un alivio, sin duda, que aquel desagradable alfeñique no tuviese la rabia, y no hubiese mordido a Lupe.

—Lamento que la adopción del perro no haya salido bien —dijo Rivera a Lupe cuando la niña volvió a sentarse en la cabina de la furgoneta del ‘jefe’ con el cachorro yerto en el regazo.

Cuando Juan Diego estuvo de nuevo con *Diablo* y las bolsas de los cadáveres en la plataforma de la furgoneta, Rivera enfiló el camino del ‘basurero’; una vez allí, echó marcha atrás y se acercó a la fogata más intensa entre las pilas humeantes.

Rivera actuó con cierta precipitación mientras descargaba las bolsas de los

cadáveres de la plataforma y las rociaba de gasolina.

—Parece que *Blanco Sucio* está empapado —dijo Juan Diego a Lupe.

—Lo está —confirmó ella, y dejó al cachorro en el suelo junto a las bolsas de los cadáveres. Rivera vertió un poco de gasolina respetuosamente sobre el perro muerto.

Los niños de la basura se alejaron de la fogata cuando el ‘jefe’ arrojó las bolsas con los cadáveres sobre las brasas, entre las llamas bajas; de pronto, las llamas se elevaron. Cuando el fuego era una descomunal deflagración, pero Lupe permanecía aún de espaldas al resplandor, Rivera lanzó al pequeño cachorro a aquel infierno.

—Será mejor que aparte la furgoneta —dijo el responsable del vertedero.

Los niños ya se habían fijado en que el retrovisor lateral seguía roto. Rivera sostenía que nunca lo repararía; dijo que quería torturarse con el recuerdo.

Como buen católico, pensó Juan Diego mientras observaba cómo el ‘jefe’ apartaba la furgoneta del súbito calor de la pira funeraria.

—¿Quién es un buen católico? —preguntó Lupe a su hermano.

—¡Deja ya de leerme el pensamiento! —reprendió Juan Diego a su hermana.

—No puedo evitarlo —dijo ella. Cuando Rivera estaba aún en la furgoneta, Lupe dijo—: Ahora es buen momento para echar al fuego la nariz del monstruo.

—No le veo sentido —comentó Juan Diego, pero echó la nariz rota de la Virgen María a la deflagración.

—Ya llegan, justo a tiempo —dijo Rivera al reunirse con los niños, que permanecían a cierta distancia del fuego; la hoguera despedía mucho calor. Vieron el polvoriento Volkswagen rojo del hermano Pepe entrar a toda velocidad en el ‘basurero’.

Más adelante, Juan Diego pensó que la aparición de los jesuitas saliendo del pequeño Volkswagen escarabajo semejaba un número circense de payasos. El hermano Pepe, los dos sacerdotes escandalizados —el padre Alfonso y el padre Octavio— y, por supuesto, el atónito Edward Bonshaw.

La pira funeraria habló por los niños de la basura, que no dijeron nada, pero Lupe decidió que cantar no era mala idea.

—«Ay, tañed el tambor despacio y tocad el pífano muy bajo» —cantó—. «Tocad la marcha fúnebre mientras cargáis conmigo...»

—Esperanza no habría querido una hoguera... —empezó a decir el padre Alfonso, pero el responsable del vertedero lo interrumpió.

—Se trataba de lo que querían sus hijos, padre; así va la cosa —dijo Rivera.

—Es lo que hacemos con todo aquello que queremos —explicó Juan Diego.

Lupe sonreía serenamente; observaba cómo se alejaban las columnas de humo ascendentes, y los buitres siempre suspendidos en el aire.

—«Llebadme al valle, y cubridme de tierra» —cantó Lupe—. «Porque soy un joven vaquero y sé que he obrado mal.»

—Ahora estos niños son huérfanos —dijo el ‘señor Eduardo’—. Sin duda son responsabilidad nuestra, más que antes. ¿O no?

El hermano Pepe no contestó de inmediato al oriundo de Iowa, y los dos viejos sacerdotes se limitaron a cruzar una mirada.

—¿Qué diría Graham Greene? —preguntó Juan Diego a Edward Bonshaw.

—¡Graham Greene! —exclamó el padre Alfonso—. No me digas, Edward, que este muchacho ha estado leyendo a *Greene*...

—¡Qué desacertado! —proclamó el padre Octavio.

—Greene no es del todo apropiado para su edad... —empezó a decir el padre Alfonso, pero el 'señor Eduardo' no quería ni oír hablar del asunto.

—¡Greene es católico! —exclamó el oriundo de Iowa.

—No un buen católico, Edward —matizó el padre Octavio.

—¿A esto se refiere Greene al hablar de «un» momento? —preguntó Juan Diego al 'señor Eduardo'—. ¿Es ésta «la» puerta que se abre al futuro..., el de Lupe y el mío?

—Esta puerta se abre al circo —dijo Lupe—. Eso es lo que viene a continuación..., ahí vamos a ir.

Juan Diego lo tradujo, por supuesto, antes de preguntar a Edward Bonshaw:

—¿Es éste nuestro «único» momento? ¿Es ésta la «única» puerta al futuro? ¿Es esto lo que Greene quería decir? ¿Es así como acaba la infancia?

El oriundo de Iowa se devanaba los sesos..., se los devanaba como nunca antes, y Edward Bonshaw era un hombre profundamente reflexivo.

—¡Sí, es eso! ¡Es justo eso! —contestó de pronto Lupe al oriundo de Iowa; la niña le tocó la mano al 'señor Eduardo'.

—Dice que es eso..., sea lo que sea lo que está usted pensando —dijo Juan Diego a Edward Bonshaw, que mantenía la mirada fija en las llamas devoradoras.

—Está pensando que las cenizas del pobre prófugo volverán a su tierra, y junto a su afligida madre, mezcladas con las cenizas de una prostituta —dijo Lupe. Juan Diego lo tradujo también.

De pronto se oyó un áspero chasquido procedente de la pira funeraria, y una fina llama azul se elevó rápidamente entre los vivos colores naranja y amarillo, como si se hubiese prendido una sustancia química, o se hubiera incendiado, quizás, un charco de gasolina.

—A lo mejor es el cachorro; estaba empapado —dijo Rivera mientras todos contemplaban la intensa llamarada azul.

—¡El cachorro! —exclamó Edward Bonshaw—. ¿Habéis quemado a un perro con vuestra madre y ese muchacho, ese hippy encantador? ¡Habéis quemado otro perro en su hoguera!

—Ojalá todos tuviéramos la suerte de que nos quemaran con un cachorro —dijo Juan Diego al oriundo de Iowa.

La sibilante llama azul captó la atención de todos, pero Lupe levantó los brazos y atrajo la cara de su hermano hacia sus labios. Juan Diego pensó que iba a darle un beso, pero Lupe quería susurrarle al oído, pese a que nadie la habría entendido, aun

cuando la hubiesen oído.

—Es el cachorro empapado desde luego —decía Rivera.

—La ‘nariz’ —susurró Lupe al oído de su hermano tocándole la nariz. En el instante mismo en que habló, cesó aquel sonido sibilante, la llama azul desapareció. El silbido azul llameante era la nariz, claro, pensó Juan Diego.

Durante el aterrizaje en Bohol del vuelo número 177 de Philippine Airlines, las sacudidas del avión ni siquiera lo despertaron, como si nada pudiera despertar a Juan Diego del sueño sobre el inicio de su futuro.

El rey de los animales

Varios pasajeros del vuelo 177 de Philippine Airlines hicieron un alto en el momento de salir de la cabina para comunicar a la azafata su preocupación por el caballero moreno y entrado en años que permanecía desmadejado en un asiento junto a la ventanilla. «Duerme a pierna suelta, o ha estirado la pata sin más», dijo uno de los pasajeros a la azafata, en una desconcertante combinación de jerga local y laconismo.

Juan Diego, sin duda, parecía muerto, pero tenía el pensamiento muy lejos de allí, en las alturas, en las columnas de humo que se elevaban sobre el ‘basurero’ de Oaxaca; aunque sólo en su imaginación veía desde la perspectiva de un buitre los límites municipales: la zona de Cinco Señores, donde se encontraba el recinto circense, y las lejanas carpas de vivos colores del Circo de La Maravilla.

Desde la cabina del avión avisaron a los auxiliares médicos; los rescatadores irrumpieron antes de que todo el pasaje hubiese abandonado el aparato. A escasos segundos de practicársele diversos métodos de socorro, uno de sus salvadores advirtió que Juan Diego estaba muy vivo, pero para entonces la bolsa de mano del pasajero presuntamente enfermo ya había sido registrada. Los fármacos captaron la atención más inmediata. Los betabloqueantes indicaban un problema cardiaco; la Viagra, con la advertencia impresa de que no debía administrarse junto con nitratos, indujo a una de los auxiliares médicos a preguntar a Juan Diego, con no poco apremio, si había tomado nitratos.

Juan Diego no sólo ignoraba qué eran los nitratos; su mente estaba en Oaxaca, cuarenta años atrás, y Lupe le susurraba al oído.

—‘La nariz’ —susurró Juan Diego a la alarmada auxiliar; era una mujer joven, y entendía un poco el español.

—¿La nariz? —preguntó la joven auxiliar; para hacerse entender, se tocó ella misma la nariz al hablar.

—¿No puede respirar? ¿Le cuesta respirar? —preguntó otro auxiliar médico; también se tocó la nariz, sin duda en referencia a la respiración.

—Con la Viagra a veces se taponan la nariz —intervino un tercer auxiliar.

—No, no me refiero a mi nariz —contestó Juan Diego, y se echó a reír—. Soñaba con la nariz de la Virgen María —explicó al equipo de auxiliares médicos.

Eso no fue de gran ayuda; la delirante mención de la nariz de la Virgen María distrajo al personal médico del interrogatorio que debería haber seguido: a saber, si Juan Diego había estado manipulando las dosis de Lopressor. Aun así, el equipo de auxiliares médicos confirmó que el pasajero presentaba unas constantes vitales normales; el hecho de que hubiese sido capaz de permanecer dormido durante un aterrizaje con turbulencias (niños llorando, mujeres chillando) no era una cuestión de

índole médica.

—Parecía muerto —seguía diciendo la azafata a cualquiera que se prestara a escucharla.

Pero Juan Diego no se había enterado del accidentado aterrizaje, de los sollozos de los niños, de los lamentos de las mujeres convencidas de que iban a morir. El milagro (o no) de la nariz de la Virgen María había acaparado la atención de Juan Diego, tal como ocurriera hacía ya tantos años; él sólo había oído la llama azul sibilante, que desapareció tan deprisa como apareció.

Los auxiliares médicos no se entretuvieron más con Juan Diego; su presencia allí no era necesaria. Mientras tanto, el amigo y ex alumno del hombre que soñaba con narices seguía mandando mensajes de texto, interesado en la salud de su ex profesor.

Juan Diego no estaba al corriente, pero Clark French era un escritor famoso... al menos en las Filipinas. Sería simplista decir que eso se debía a que en las Filipinas había muchos lectores católicos y las novelas edificantes sobre la fe recibían mejor acogida allí que en Estados Unidos o Europa. En parte era así, pero, además, Clark French se había casado con una filipina de una respetada familia manileña: Quintana era un apellido ilustre en la comunidad médica. Eso contribuyó a que Clark fuese un autor más leído en las Filipinas que en su propio país.

Como antiguo profesor de Clark, Juan Diego aún veía a su ex alumno como una persona necesitada de protección; las condescendientes reseñas sobre la obra de Clark aparecidas en Estados Unidos eran, prácticamente, lo único que Juan Diego sabía de la reputación de su colega escritor de menor edad. Y Juan Diego y Clark mantenían correspondencia por correo electrónico, lo cual proporcionaba a Juan Diego sólo una idea general de dónde vivía Clark French; a saber, en algún lugar de las Filipinas.

Clark vivía en Manila; su mujer, la doctora Josefa Quintana, era lo que Clark llamaba una «doctora de bebés». Juan Diego sabía que la doctora Quintana ocupaba una posición destacada en el centro médico Cardinal Santos; «Uno de los principales hospitales de las Filipinas», se complacía en decir Clark. Un hospital «privado», le había dicho Bienvenido a Juan Diego para distinguir el Cardinal Santos de lo que Bienvenido llamaba despectivamente «los sucios hospitales públicos». Un hospital «católico», fue lo que se le quedó grabado a Juan Diego; el factor «católico» se sumó a su irritación por no saber si «doctora de bebés» quería decir que la esposa de Clark era pediatra o tocoginecóloga.

Como Juan Diego había pasado toda su vida adulta en la misma ciudad universitaria, y su vida como escritor en Iowa había sido (hasta la fecha) indisociable de la vida de profesor en una sola universidad, no se había dado cuenta de que Clark French era uno de esos «otros» escritores, esos que pueden vivir en cualquier parte, o en todas partes.

Juan Diego sí sabía que Clark era uno de esos escritores que, aparentemente, iban a todos los festivales literarios; por lo visto se deleitaba, o sobresalía, en la parte de ser escritor que no consistía en escribir: la parte que consistía en hablar del tema, que

a Juan Diego ni le gustaba ni se le daba bien. De hecho, con el paso de los años, la parte que consistía en escribir (en hacerlo) era cada vez más el único aspecto de ser escritor con el que Juan Diego disfrutaba.

Clark French viajaba por todo el mundo, pero Manila era el sitio donde Clark tenía su hogar, o al menos su lugar de residencia. Clark y su mujer no tenían hijos. ¿Porque él viajaba? ¿Porque ella era «doctora de bebés» y ya veía niños más que suficientes? O quizá porque, si Josefa Quintana pertenecía a la otra clase de «doctoras de bebés», había visto demasiadas complicaciones espantosas de índole tocoginecológica.

Fuera cual fuese la razón de la falta de hijos, Clark French era uno de esos escritores que podía escribir y escribía en todas partes, y no había un solo festival literario o congreso de escritores importante al que no asistiera; la parte pública de ser escritor no lo limitaba a las Filipinas. Clark volvía a su «hogar» en Manila porque su mujer estaba allí; ella era quien tenía un trabajo real.

Probablemente por ser médico, y de una familia de médicos tan ilustre —la mayoría de las personas del entorno médico filipino la conocían de oídas—, los auxiliares médicos que habían examinado a Juan Diego en el avión fueron un tanto indiscretos. Ofrecieron a la doctora Josefa Quintana un parte completo de sus hallazgos médicos (y no médicos). Y Clark French estuvo justo al lado de su mujer, escuchando.

El pasajero dormido tenía todo el aspecto de estar en el limbo; entre risas, había quitado importancia al episodio de la semiinconsciencia aduciendo que estaba abstraído en un sueño sobre la Virgen María.

—¿Juan Diego soñaba con María? —intervino Clark French.

—Sólo con su nariz —respondió uno de los auxiliares.

—¡La nariz de la Virgen! —exclamó Clark.

Había prevenido a su mujer acerca del anticatolicismo de Juan Diego, pero esa broma de mal gusto sobre la nariz de María Madre reveló a Clark que su ex profesor había descendido a un nivel más bajo en sus arremetidas contra el catolicismo.

Los auxiliares médicos quisieron poner al corriente a la doctora Quintana sobre la Viagra y el Lopressor. Josefa tuvo que explicar a Clark, detalladamente, cómo actuaban los betabloqueantes; con total acierto añadió que, debido a los habituales efectos secundarios de los comprimidos de Lopressor, la Viagra podría haber sido «necesaria».

—También llevaba en la bolsa de mano una novela, o al menos creo que era una novela —informó uno de los auxiliares médicos.

—¿Qué novela? —preguntó Clark con vivo interés.

—*La pasión*, de Jeanette Winterson —dijo el auxiliar médico—. Parece un libro religioso.

La joven auxiliar médico habló con cautela. (Quizás intentaba establecer una relación entre la novela y la Viagra.)

—Parece pornográfico —dijo.

—No, no; Winterson es literaria —afirmó Clark French—. Lesbiana pero literaria —añadió.

Clark no conocía la novela, pero dio por supuesto que tenía algo que ver con las lesbianas; se preguntó si Winterson había escrito una novela sobre una orden de monjas lesbianas.

Cuando los auxiliares médicos se marcharon, Clark y su mujer se quedaron a solas; todavía esperaban a Juan Diego, pese a que había pasado ya un buen rato, y Clark estaba preocupado por su ex profesor.

—Que yo sepa, vive solo; siempre ha vivido solo. ¿Qué hace con la Viagra? —preguntó Clark a su mujer.

Josefa era tocoginecóloga (pertenecía a esa clase de «doctoras de bebés»); sabía mucho sobre la Viagra. Muchas de sus pacientes le habían preguntado por la Viagra; sus maridos o novios la tomaban, o se planteaban probarla, y las mujeres querían informarse y pedían a la doctora Quintana que les explicara cómo afectaría la Viagra a los hombres de sus vidas. ¿Serían las mujeres violadas en plena noche, las montarían cuando ellas sólo intentaban preparar café por la mañana..., o se las tirarían contra el coche parado cuando sencillamente se inclinaban para sacar del maletero las bolsas de la compra?

La doctora Josefa Quintana dijo a su marido:

—Oye, Clark, quizá tu ex profesor no viva con nadie, pero es posible que le guste tener una erección..., ¿entiendes?

Entonces apareció Juan Diego con su cojera; Josefa lo vio primero; lo reconoció por las fotos de las solapas de sus libros, y Clark la había prevenido sobre la cojera. (Naturalmente, Clark French había exagerado la cojera, como es propio de los escritores.)

—¿Para qué? —oyó Juan Diego que Clark preguntaba a su mujer, la doctora.

Ella pareció violentarse un poco, o esa impresión tuvo Juan Diego, pero lo saludó con un gesto y le sonrió. Parecía una mujer encantadora; con una sonrisa sincera.

Clark giró la cabeza y lo vio. Ahí estaba la sonrisa juvenil de Clark, deformada ahora por una simultánea expresión de culpabilidad, como si Clark se hubiese visto sorprendido haciendo o diciendo algo que no debía. (En este caso, respondiendo con un «¿Para qué?» más bien tonto al dictamen profesional de su mujer, según el cual, probablemente, a su ex profesor le «gustaba» tener erecciones.)

—¿Para qué? —repitió Josefa en voz baja a su marido antes de tenderle la mano a Juan Diego.

Clark no podía dejar de sonreír; ahora señalaba la gigantesca maleta naranja, el armatoste.

—¿Lo ves, Josefa? ¡Ya te dije que Juan Diego investigaba mucho para sus novelas! ¡Se lo ha traído todo!

El mismo Clark de siempre, un hombre entrañable pero abochornante, pensaba

Juan Diego; a continuación se armó de valor, a sabiendas de que estaba a punto de ser triturado por el atlético abrazo de Clark.

Además de la novela de Winterson, Juan Diego llevaba en la bolsa de mano un cuaderno de papel pautado. Contenía notas para la novela que Juan Diego estaba escribiendo: siempre estaba escribiendo una novela. Llevaba escribiendo su siguiente novela desde su viaje a Lituania en febrero de 2008 con motivo de la publicación de una obra suya traducida. Trabajaba en su novela en curso desde hacía casi dos años; Juan Diego calculaba que le faltaban otros dos o tres.

El viaje a Vilna fue su primera visita a Lituania, pero ésa no era la primera traducción de una novela suya que se publicaba allí. Había ido a la feria del libro de Vilna con su editora y con su traductora. Juan Diego fue entrevistado en un escenario por una actriz lituana. Después de plantear ella misma unas cuantas preguntas excelentes, la actriz invitó al público a hacer más preguntas; asistían al acto mil personas, muchas de ellas jóvenes estudiantes. Era un público más numeroso y mejor informado que el que Juan Diego solía encontrarse en actos comparables organizados en Estados Unidos.

Después de la presentación en la feria del libro, había ido con su editora y con su traductora a firmar ejemplares a una librería del casco antiguo. Los apellidos lituanos eran un problema, pero no así, en general, los nombres de pila. Se decidió, pues, que Juan Diego escribiera sólo los nombres de pila de sus lectores en las dedicatorias. Por ejemplo, la actriz que lo había entrevistado en la feria del libro se llamaba Dalia, un nombre relativamente fácil; pero su apellido representaba un reto mucho mayor. Su editora se llamaba Rasa, y su traductora, Daiva; pero sus apellidos no se parecían en nada a los sonidos españoles o ingleses.

Todo el mundo fue muy atento, incluido el joven librero; le costaba un verdadero esfuerzo hablar en inglés, pero había leído (en lituano) todo lo que Juan Diego había escrito y no podía renunciar a hablar con su autor preferido.

—¡Lituania es un país renacido! ¡Nosotros somos sus lectores recién nacidos! —exclamó. (Daiva, la traductora, explicó a qué se refería el joven librero: desde la retirada de los soviéticos, la gente gozaba de libertad para leer más libros, en especial novelas extranjeras.)

—¡Al despertar, hemos descubierto que alguien como usted existía ya antes que nosotros! —exclamó el joven, retorciéndose las manos. Juan Diego estaba muy conmovido.

En algún momento Daiva y Rasa debían de haber ido a los servicios, o necesitaban descansar un rato del entusiasta y joven librero. Su nombre de pila no era tan sencillo. (Era algo así como Gintaras, o quizá fuese Arvydas.)

Juan Diego se puso a mirar un tablón de anuncios en la librería. Contenía fotografías de mujeres, acompañadas de lo que parecían listas de nombres de escritores. E incluían números que parecían los números telefónicos de esas mujeres. ¿Eran mujeres de un club de lectura? Juan Diego reconoció muchos de los nombres

de los escritores, el suyo entre ellos. Eran todos autores literarios. Claro que era un club de lectura, pensó Juan Diego; no había un solo retrato de hombre.

—Esas mujeres... leen novelas. ¿Son de un club de lectura? —preguntó Juan Diego al librero, que estaba merodeando cerca de él.

El joven pareció apenarse: puede que no lo hubiera entendido, o que no supiera cómo expresar en inglés lo que pensaba.

—Todas lectoras desesperadas... ¡Buscan a otros lectores con quienes quedar a tomar un café o una cerveza! —vociferó Gintaras o Arvydas; seguramente la palabra «desesperadas» no era la que quería usar.

—¿Quiere decir quedar a modo de «cita»? —había preguntado Juan Diego. Le parecía enternecedor: ¡mujeres que querían conocer a hombres para hablar de los libros que habían leído! Jamás había oído nada semejante—. ¿Una especie de servicio de citas? —¡Qué cosas! ¡Un sistema de emparejamiento a partir de las novelas que a uno le gustan!, pensó Juan Diego. Pero ¿encontrarían esas pobres mujeres a algún hombre que leyera novelas? (Juan Diego tenía sus dudas.)

—¡Novias por correo! —exclamó el joven librero en tono desdeñoso; con un gesto en dirección al tablón, manifestó el pobre concepto que tenía de esas mujeres.

La editora y la traductora de Juan Diego volvieron a su lado, pero no antes de que Juan Diego lanzara una mirada anhelante a una de las fotografías: era una mujer en cuya lista aparecía el nombre de Juan Diego en primer lugar. Era guapa, pero no muy guapa; se la veía ojerosa, un poco desdichada. Tenía una expresión perturbadora en los ojos; el pelo parecía un tanto descuidado. No tenía a nadie en su vida para hablar de las maravillosas novelas que había leído. Su nombre de pila era Odeta; su apellido debía de tener quince letras.

—¿Novias por correo? —preguntó Juan Diego a Gintaras o Arvydas—. No es posible que sean...

—¡Mujeres patéticas sin vida propia, que se emparejan con personajes de las novelas en lugar de tratar con hombres reales! —vociferó el librero.

Ahí estaba: la chispa de una nueva novela. Novias por correo anunciándose mediante las novelas que habían leído, ¡y nada menos que en una librería! La idea nació con título: *Una oportunidad para abandonar Lituania*. Uy, no, pensó Juan Diego. (Eso era lo que siempre pensaba cuando se le ocurría una nueva novela: al principio siempre se le antojaba una pésima idea.)

Y naturalmente todo era un malentendido, una simple confusión idiomática. Gintaras o Arvydas no sabía expresarse en inglés. La editora y la traductora de Juan Diego explicaron entre risas el error del librero.

—Es sólo un grupo de lectoras, todas mujeres —explicó Daiva a Juan Diego.

—Se reúnen con otras mujeres para tomar café o cerveza, y hablan sólo de los novelistas que les gustan —añadió Rasa.

—Una especie de club de lectura improvisado —dijo Daiva.

—En Lituania no hay novias por correo —declaró Rasa.

—Alguna novia por correo habrá —comentó Juan Diego.

A la mañana siguiente, en su hotel de nombre impronunciable, el Stikliai, Juan Diego recibió la visita de una mujer policía de la delegación de la Interpol en Vilna; Daiva y Rasa habían ido en su busca y la habían llevado al hotel.

—En Lituania no hay novias por correo —le aseguró la mujer policía.

No se quedó a tomar un café; Juan Diego no alcanzó a entender su nombre. La aspereza de esa mujer policía no se veía atenuada por su pelo, que llevaba teñido de un color rubio surfista, con mechaz anaranjadas como una puesta de sol. Ni todo el tinte del mundo podía ocultar lo que en realidad era: no era una chica con la que pasar un buen rato, sino una poli que no se andaba con chiquitas. Nada de novelas sobre novias por correo en Lituania, por favor; ése era el severo mensaje de la mujer policía. Así y todo, la idea de *Una oportunidad para abandonar Lituania* había arraigado.

—¿Y la adopción? —había preguntado Juan Diego a Daiva y Rasa—. ¿Y los orfanatos o las agencias de adopción? Debe de haber servicios estatales de adopción, quizá servicios estatales en defensa de los derechos de los niños. ¿Y las mujeres que quieren o necesitan dar a sus hijos en adopción? Lituania es un país católico, ¿no?

Daiva, traductora de muchas de sus novelas, entendió muy bien a Juan Diego.

—Las mujeres que dan a sus hijos en adopción no se anuncian en una librería —dijo con una sonrisa.

—Era sólo el principio de algo —explicó él—. Las novelas empiezan por alguna parte; las novelas se someten a revisión.

No había olvidado la cara de Odeta en el tablón de anuncios de la librería, pero ahora *Una oportunidad para abandonar Lituania* era ya otra novela. La mujer que ofrecía un niño en adopción era también lectora; aspiraba a conocer a otros lectores. No sólo adoraba las novelas y los personajes de éstas por sí mismos; su aspiración era dejar atrás su vida pasada, incluido su hijo. No estaba pensando en conocer a un hombre.

Pero ¿para quién era la oportunidad de abandonar Lituania? ¿Para ella o para el niño? Durante el proceso de adopción las cosas pueden torcerse, como Juan Diego sabía, y no sólo en las novelas.

En cuanto a *La pasión* de Jeanette Winterson, era una novela que a Juan Diego le encantaba; la había leído dos o tres veces, siempre volvía a ella. No trataba de una orden de monjas lesbianas. Trataba de historia y magia, incluidos los hábitos alimentarios de Napoleón y una chica de pies palmeados; ésta, además, se travestía. Era una novela sobre amor no realizado y tristeza. No era tan edificante como para que la hubiera escrito Clark French.

Y Juan Diego había subrayado una de sus frases preferidas en la parte central de *La pasión*: «En algún lugar entre el miedo y el sexo está la religión». Esa frase habría sido una provocación para el pobre Clark.

Eran casi las cinco de la tarde del último día del año en Bohol cuando Juan Diego, cojeando, salió del decrepito aeropuerto y accedió a la tumultuosa ciudad de Tagbilarán, que le pareció una mísera metrópolis llena de motocicletas y ciclomotores. En las Filipinas eran tantos los topónimos difíciles que Juan Diego no se aclaraba: las islas tenían nombre, como lo tenían las ciudades, y a eso se sumaban los nombres de los barrios de las ciudades. Le resultaba confuso. Y en la ciudad de Tagbilarán también circulaban muchos de esos yipnis religiosos que ya conocía, pero aquí se entremezclaban con vehículos de fabricación casera semejantes a cortacéspedes reconstruidos o carritos de golf con el motor sobrealimentado; había, asimismo, muchas bicicletas, amén de la muchedumbre de peatones.

Clark French había levantado virilmente la enorme maleta de Juan Diego por encima de la cabeza, en consideración a las mujeres y niños pequeños que no le llegaban al pecho. El armatoste de color naranja era un aplastador de mujeres y niños; que bien podía arrollarlos. En cambio, Clark no vaciló en abrirse paso a marchas forzadas, como un cuchillo, a través de los hombres de la multitud; los cuerpos morenos, más pequeños que él, se echaban a un lado a su paso o Clark los apartaba a la fuerza. Clark era un toro.

La doctora Josefa Quintana sabía seguir a su marido a través del gentío. Mantenía la palma de una de sus pequeñas manos en contacto con la ancha espalda de Clark; con la otra sujetaba firmemente a Juan Diego.

—No se preocupe; tenemos chófer, en algún sitio —dijo ella—. Clark, aunque él opine lo contrario, no tiene por qué ocuparse de todo.

Juan Diego se sentía cautivado por ella; era auténtica, y Juan Diego sospechó que era el cerebro pensante y el sentido común de la familia. Clark era el instintivo: un activo y un pasivo a la vez.

El complejo turístico les había proporcionado el chófer, un muchacho de expresión montaraz que no parecía tener edad para conducir; pero sí estaba impaciente por hacerlo. En cuanto salieron de la ciudad, los transeúntes, ya más dispersos y en menor cantidad, avanzaban por el arcén de la carretera, pese a que allí el tráfico de vehículos circulaba a velocidades de autopista. Junto a la calzada había cabras y vacas amarradas, pero sus cabestros eran demasiado largos; de vez en cuando una vaca (o una cabra) alargaba la cabeza e invadía la calzada obligando a virar a los muy diversos vehículos.

Los perros permanecían encadenados cerca de las chabolas, o en los atestados patios de esas viviendas contiguas a la carretera; cuando las cadenas de los perros eran demasiado largas, los perros atacaban a los peatones que pasaban, de ahí que invadieran la calzada no sólo cabezas de vacas y cabras, sino también personas. El muchacho que conducía el todoterreno del complejo turístico recurría muchísimo a la bocina.

Ante semejante caos, Juan Diego se acordó de México: ¡personas que irrumpían en la calzada, y animales! Para Juan Diego, la presencia de animales indebidamente

atendidos era un claro indicio de superpoblación. Hasta el momento, Bohol lo había inducido a pensar en el control de la natalidad.

Hay que decir, en honor a la verdad, que Juan Diego tomaba mayor conciencia de la necesidad del control de la natalidad en presencia de Clark. Cruzaban belicosos correos electrónicos sobre el tema del dolor fetal, inspirados por una ley de Nebraska bastante reciente que prohibía el aborto transcurridas las veinte primeras semanas de gestación. Y habían discutido por la utilización de la encíclica papal de 1995 en Latinoamérica, un esfuerzo del sector católico más conservador para arremeter contra la anticoncepción con la idea de que ésta formaba parte de «la cultura de la muerte»: así era como Juan Pablo II prefería referirse al aborto. (Ese Papa polaco era un punto de fricción entre ellos.) ¿Tenía Clark French un corcho metido en el culo en cuestiones de sexualidad, un corcho católico?

Pero Juan Diego pensaba que no era fácil saber de qué clase de corcho se trataba. Clark era uno de esos católicos de actitudes liberales en el plano social. Según él, se «oponía a título personal» al aborto —«es repugnante», le había oído decir Juan Diego—, pero Clark era liberal en el plano político; opinaba que las mujeres tenían derecho a optar por el aborto, si ése era su deseo.

Clark siempre había apoyado, además, los derechos de los gays; sin embargo, defendía la arraigada postura de su venerada Iglesia católica; consideraba la postura de la Iglesia sobre el aborto, y sobre el matrimonio tradicional (es decir, entre un hombre y una mujer), «coherente y previsible». Clark incluso había dicho que, a su juicio, la Iglesia «debía defender» sus puntos de vista sobre el aborto y el matrimonio; Clark no veía la menor incoherencia en el hecho de que él tuviese puntos de vista a título personal sobre «temas sociales» diferentes de los puntos de vista defendidos por su bienamada Iglesia. Eso exasperaba a Juan Diego sobremanera.

Pero ahora, en la menguante luz del crepúsculo, mientras su joven chófer esquivaba ágilmente obstáculos que aparecían en la carretera y se esfumaban al instante, no se habló de control de la natalidad. Clark French, como correspondía a su fervoroso sentido del sacrificio, viajaba en el asiento más peligroso —el contiguo al joven chófer— mientras que Juan Diego y Josefa iban con el cinturón de seguridad abrochado en la aparente fortaleza que era el asiento trasero del todoterreno.

El hotel del complejo turístico de la isla de Panglao se llamaba Encantador; para llegar hasta allí atravesaron un pueblecito de pescadores en la bahía de Panglao. Allí la oscuridad era mayor. Los destellos de las luces en el agua y el olor a salitre en el denso aire eran los únicos indicios de que el mar estaba cerca. Y a cada curva de la tortuosa carretera los haces de los faros se reflejaban en los ojos alerta de perros y cabras sin rostro; los pares de ojos a mayor altura eran de vacas o de personas, dedujo Juan Diego. Había un sinfín de ojos sumidos en la oscuridad. En un lugar así, cualquiera habría conducido tan deprisa como el joven chófer.

—Este escritor es el maestro del rumbo de colisión —decía Clark French, el eterno experto en la obra de Juan Diego, a su mujer—. El suyo es un mundo

predestinado; lo inevitable se cierne en el futuro...

—Es verdad que en sus novelas ni siquiera los accidentes son coincidencias: obedecen a un plan —dijo la doctora Quintana a Juan Diego, interrumpiendo a su marido—. Creo que el mundo conspira contra sus pobres personajes —añadió.

—¡Este escritor es el maestro de la predestinación! —pontificó Clark French en el coche que avanzaba a toda velocidad.

A Juan Diego le irritaba que Clark, aunque con conocimiento de causa, hablara a menudo de él en tercera persona cuando disertaba sobre su obra —a la manera de «este escritor»—, a pesar de hallarse Juan Diego presente (en este caso, en el coche).

El joven chófer viró de pronto para esquivar una silueta oscura —con una expresión de sobresalto en los ojos, con múltiples brazos y piernas—, pero Clark prosiguió como si estuvieran en un aula.

—Y no se te vaya a ocurrir preguntar a Juan Diego qué hay de autobiográfico, Josefa..., o qué no hay —continuó Clark.

—¡No tenía intención! —protestó su mujer.

—La India no es México. Lo que les pasa a esos niños en la novela sobre el circo no es lo que les pasó a Juan Diego y a su hermana en su circo —siguió Clark—. ¿Verdad? —preguntó Clark de pronto a su ex profesor.

—Verdad, Clark —contestó Juan Diego.

También había oído pontificar a Clark sobre la «novela del aborto», como muchos críticos habían descrito otra de las novelas de Juan Diego. «Un convincente argumento a favor del derecho de la mujer al aborto», había oído Juan Diego decir a Clark sobre esa novela. «Sin embargo, es un argumento complicado para venir de un ex católico», añadía siempre Clark.

«Yo no soy un ex católico. Nunca he sido católico», señalaba Juan Diego invariablemente. «Fui acogido por los jesuitas, pero eso no fue por elección mía ni contra mi voluntad. ¿Qué posibilidad de elegir o de ejercer la voluntad tiene uno a los catorce años?»

—Lo que intento decir —prosiguió Clark en el todoterreno, que viraba una y otra vez en su avance por la oscura y estrecha carretera salpicada de ojos brillantes e imperturbables— es que, en el mundo de Juan Diego, uno siempre sabe que la colisión se acerca. Cuál es exactamente la colisión... Bueno, eso puede llegar en forma de sorpresa. Pero uno sabe, sin lugar a dudas, que va a producirse. En la novela del aborto, desde el momento en que el huérfano aprende qué es dilatación y legrado, uno sabe que el niño acabará siendo médico y practicándolo..., ¿verdad, Josefa?

—Verdad —contestó la doctora Quintana en el asiento trasero del coche. Dirigió a Juan Diego una sonrisa difícil de interpretar, o acaso de ligera disculpa.

La parte de atrás del oscilante todoterreno estaba a oscuras; Juan Diego no habría sabido decir si la doctora Quintana se disculpaba por la inmoderada autoestima de su marido o por sus intimidaciones literarias, o si esbozaba una sonrisita tímida en lugar de admitir que era ella quien más sabía de dilatación y legrado en aquel coche en

peligro de colisión.

«No escribo sobre mí mismo», declaraba Juan Diego entrevista tras entrevista, y eso mismo le repetía a Clark French. También había explicado a Clark, un entusiasta de la polémica jesuítica, que (como antiguo niño de la basura) se había beneficiado enormemente de los jesuitas en su adolescencia; había sentido un gran afecto por Edward Bonshaw y el hermano Pepe. Juan Diego deseaba a veces, incluso, poder entablar conversación con el padre Alfonso y el padre Octavio, ahora que el lector del basurero era adulto, y en cierto modo estaba mejor equipado para discutir con sacerdotes de tan formidable conservadurismo. Y las monjas de Niños Perdidos no les habían hecho ningún mal, ni a él ni a Lupe, pese a lo bruja que era la hermana Gloria. (La mayoría de las otras monjas habían tratado bien a los niños de la basura.) En el caso de la hermana Gloria, Esperanza había sido quien más provocaba a la monja proclive a la desaprobación.

Con todo, Juan Diego ya había previsto que estar en compañía de Clark —aun siendo éste un leal alumno— implicaría una vez más, al menos en parte, verse sometido a examen bajo la acusación de anticatolicismo. Lo que sacaba de sus muy católicas casillas a Clark, como Juan Diego sabía, no era que su ex profesor no fuese creyente. Juan Diego no era ateo; sencillamente tenía conflictos con la Iglesia. Este enigma le causaba frustración a Clark French; para Clark era mucho más fácil ver con indiferencia, o no conceder importancia alguna, a un no creyente.

El pretendido desenfado con que Clark aludió a la dilatación y el legrado —no el tema más relajante para una tocoginecóloga en ejercicio, imaginó Juan Diego— pareció apartar a la doctora Quintana de toda conversación de carácter literario. Saltó a la vista que Josefa pretendía cambiar de tema, para alivio de Juan Diego, aunque no tanto de su marido.

—Allí donde nos vamos a alojar..., en fin, es una de esas cosas de familia, una tradición familiar —dijo Josefa desplegando una sonrisa más de incertidumbre que de disculpa—. Puedo responder por el sitio..., seguro que el Encantador le gustará..., pero no pongo la mano en el fuego por todos los miembros de mi familia —prosiguió con cautela—. Quién está casado con quién, quién no debería haberse casado nunca..., sus muchísimos hijos —dijo, y su débil voz fue apagándose gradualmente.

—Josefa, no tienes que disculparte por todos los miembros de tu familia —intervino Clark desde el asiento del acompañante—. Por quien no podemos responder es por el huésped misterioso: hay un huésped no invitado. No sabemos quién es —añadió, desvinculándose de esa persona desconocida.

—Por lo general, mi familia ocupa todo el establecimiento; todas las habitaciones del Encantador son para nosotros —explicó la doctora Quintana—. Pero este año el hotel tiene una habitación reservada para otra persona.

Juan Diego, con el corazón más acelerado que de costumbre —en otras palabras, lo suficiente para darse cuenta—, miró por la ventanilla del veloz coche a los innumerables ojos que, suspendidos junto a la carretera, lo miraban a él. ¡Dios mío!,

imploró. ¡Por favor, que sea Miriam o Dorothy!

«Ah, volveremos a vernos..., eso seguro», había dicho Miriam.

«Sí, seguro», dijo Dorothy.

En la misma conversación, Miriam le había dicho: «Al final nos veremos en Manila. Si no antes».

«Si no antes», repitió Dorothy.

¡Que sea Miriam, sólo Miriam!, pensaba Juan Diego, como si un par de aquellos ojos cautivadores que brillaban en la oscuridad pudieran ser los de ella.

—Supongo —dijo Juan Diego lentamente a la doctora Quintana— que ese huésped no invitado debió de pedir la habitación antes de las habituales reservas de su familia.

—¡No! ¡Ésa es la cuestión! ¡No es eso lo que pasó! —exclamó Clark French.

—Clark, no sabemos qué pasó exactamente... —empezó a decir Josefa.

—¡Tu familia reserva el establecimiento entero cada año! —insistió Clark—. Esa persona sabía que era una fiesta privada. Así y todo, pidió una habitación, y el Encantador aceptó la reserva... ¡aun a sabiendas de que todas las habitaciones estaban ocupadas! ¿Qué clase de persona desea aguar una fiesta privada? ¡Ella sabía que aquí se quedaría aislada del todo! ¡Sabía que estaría absolutamente sola!

—Ella —fue lo único que dijo Juan Diego, sintiendo una vez más que se le aceleraba el corazón.

Fuera ya no había ojos. La carretera, ahora más estrecha, se había convertido primero en grava, luego en tierra. Puede que el Encantador se hallara en un sitio apartado, pero ella no estaría allí aislada del todo. Ella, tenía la esperanza Juan Diego, estaría con él. Si Miriam era la huésped no invitada, no estaría sola por mucho tiempo ni mucho menos.

Fue entonces cuando el joven chófer debió de advertir algo anómalo por el retrovisor. Habló atropelladamente a la doctora Quintana en tagalo. Clark French entendió sólo a medias al chófer, pero se percibía un elemento de alarma en el tono del muchacho; Clark volvió la cabeza y miró al asiento trasero, donde vio que su mujer se había desabrochado el cinturón de seguridad y observaba atentamente a Juan Diego.

—¿Pasa algo, Josefa? —preguntó Clark a su mujer.

—Espera un segundo, Clark; creo que sólo está dormido —dijo la doctora Quintana a su marido.

—¡Para el coche, para! —ordenó Clark al joven chófer, pero Josefa habló energicamente en tagalo al muchacho, y éste siguió adelante.

—Ya casi hemos llegado, Clark; no hace falta parar aquí —dijo Josefa—. Estoy segura de que tu viejo amigo duerme..., sueña, me atrevería a decir, pero estoy segura de que sólo duerme.

Flor llevó en coche a los niños de la basura al Circo de La Maravilla, porque el

hermano Pepe ya empezaba a sentirse culpable ante la perspectiva de que los ‘niños’ se expusieran a semejante riesgo; Pepe estaba demasiado alterado para acompañarlos, a pesar de que lo del ‘circo’ había sido idea suya, suya y de Vargas. Flor los llevó en el Volkswagen escarabajo de Pepe, con Edward Bonshaw en el asiento del acompañante y los niños detrás.

Lupe, entre lágrimas, había hablado en tono desafiante a la estatua sin nariz de la Virgen María; eso ocurrió segundos antes de que se los llevaran del Templo de la Compañía de Jesús.

—Enséñame un milagro de verdad; ¡cualquiera puede matar de un susto a una mujer de la limpieza supersticiosa! —había gritado Lupe a la descomunal Virgen—. ¡Haz algo para que crea en ti! ¡Para mí no eres más que una matona enorme! ¡Mírate! ¡Lo único que haces es estar ahí parada! ¡Ni siquiera tienes nariz!

—¿No vas a ofrecerle tú también unas oraciones? —preguntó el ‘señor Eduardo’ a Juan Diego, que prefirió no traducir el exabrupto de su hermana para el oriundo de Iowa; el muchacho cojo tampoco se atrevió a expresar al misionero sus más profundos miedos.

Si algo le ocurría a Juan Diego en La Maravilla —o si, por alguna razón, Lupe y él llegaban a separarse—, Lupe no tendría futuro, porque nadie, aparte de su hermano, la entendía. Ni siquiera los jesuitas se la quedarían para cuidar de ella; Lupe sería internada en la institución para niños retrasados, donde quedaría en el olvido. Incluso el nombre del centro para niños retrasados se desconocía o había sido olvidado, y nadie parecía saber dónde se encontraba, o nadie decía exactamente dónde estaba, más allá de «fuera de la ciudad» o «en las montañas».

Por aquel entonces, cuando Niños Perdidos era un establecimiento relativamente nuevo en la ciudad, sólo había otro orfanato en Oaxaca, y estaba un poco «fuera de la ciudad» y «en las montañas». Se hallaba en Viguera, y todo el mundo conocía su nombre: Ciudad de los Niños.

«Ciudad de los chicos», era como lo llamaba Lupe; no aceptaban chicas. La mayoría de los chicos tenían entre seis y diez años; doce era el máximo, así que no habrían admitido a Juan Diego.

Ciudad de los Niños había abierto en 1958; llevaba en marcha más tiempo que Niños Perdidos, y el orfanato sólo para chicos duraría más que Niños Perdidos.

El hermano Pepe no hablaba mal de Ciudad de los Niños; quizá Pepe creía que todos los orfanatos eran una bendición. El padre Alfonso y el padre Octavio sólo decían que la educación no era una prioridad en Ciudad de los Niños. (Los niños de la basura sólo habían observado que a los chicos los llevaban en autobús al colegio —el colegio estaba cerca de la Basílica de la Virgen de la Soledad—, y Lupe había dicho, con su característico gesto de despreocupación, que los propios autobuses estaban tan hechos mierda como cabía esperar de autobuses que acostumbraban a transportar chicos.)

Uno de los huérfanos de Niños Perdidos había estado en Ciudad de los Niños

cuando era más pequeño. No hablaba mal del orfanato sólo para chicos; nunca dijo que allí lo hubieran maltratado. Juan Diego recordaba que, según ese chico, había cajas de zapatos apiladas en el comedor (eso lo contaba sin más explicaciones), y que todos los chicos —unos veinte o así— dormían en una misma sala. En los colchones no había sábanas, y las mantas y peluches habían pertenecido antes a otros chicos. El campo de fútbol era un pedregal, contaba ese chico —no convenía caerse—, y la carne se asaba en un fuego de leña al aire libre.

Esas observaciones no contenían crítica alguna; sencillamente contribuyeron a la impresión que Juan Diego y Lupe ya tenían de que Ciudad de los «Chicos» no habría sido una buena opción para ellos, aun cuando Lupe hubiese sido del sexo adecuado para ese establecimiento, y aun cuando ninguno de los dos niños hubiese pasado ya de la edad exigida.

Si los niños de la basura enloquecían en Niños Perdidos, volverían al ‘basurero’ antes de ponerse en manos de la institución para retrasados, donde, según había oído Lupe, los niños eran «tarados», y algunos de los tarados llevaban las manos atadas a la espalda. Eso impedía que les sacaran los ojos a otros niños, o a sí mismos. Lupe no revelaría a Juan Diego la fuente de esa información.

No hay explicación de por qué los niños de la basura consideraron totalmente lógico que el Circo de La Maravilla fuese una opción afortunada, y la única alternativa aceptable a su regreso a Guerrero. Rivera habría visto con agrado la elección de Guerrero, pero brillaba por su ausencia cuando Flor llevó a los niños de la basura y al ‘señor Eduardo’ a La Maravilla. Y el responsable del vertedero habría ido muy apretado si hubiese intentado encajonarse en el Volkswagen escarabajo del hermano Pepe. A los niños de la basura también les pareció totalmente lógico que los llevara al circo en coche una prostituta travestida.

Flor fumaba mientras conducía, sacando el cigarrillo por la ventanilla del conductor, y Edward Bonshaw, que estaba nervioso —sabía que Flor era prostituta; no sabía que era travestido—, dijo con la mayor despreocupación posible:

—Yo antes fumaba. Dejé el hábito.

—¿Se cree que el celibato no es un «hábito»? —preguntó Flor.

Al ‘señor Eduardo’ le sorprendió que Flor hablase tan bien el inglés. No sabía nada de la inefable experiencia de Houston en su vida, y nadie le había contado que Flor había nacido niño (ni que aún tenía pene).

Flor avanzó con cuidado entre la comitiva de una boda recién salida de una iglesia: los novios, los invitados, una banda de mariachis que tocaba sin parar: «Los habituales imbéciles», los llamaba Flor.

—Me preocupa qué será de los ‘niños’ en el circo —confió Edward Bonshaw al travestido, optando por eludir el asunto del celibato, o dejándolo diplomáticamente en espera.

—Los ‘niños de la basura’ ya casi tienen edad para casarse —dijo Flor a la vez que dirigía gestos amenazadores por su ventanilla a todos los integrantes de la

comitiva nupcial (incluidos los niños), con el cigarrillo suspendido ahora entre los labios—. Si estos niños se casaran, entonces sí me preocuparía por ellos —prosiguió Flor—. En el circo lo peor que puede pasarle a uno es que lo mate un león. En el matrimonio son muchas más las cosas que pueden torcerse.

—Bueno, si ésa es su opinión del matrimonio, el celibato, supongo, tampoco es tan mala idea —dijo Edward Bonshaw a su manera jesuítica.

—En el circo sólo hay un león de verdad —terció Juan Diego desde el asiento de atrás—. Las demás son leonas.

—Así que el gilipollas de Ignacio es domador de «leonas», ¿es eso lo que estás diciendo? —preguntó Flor al muchacho.

Acababa de circundar, o atravesar, la comitiva nupcial, cuando Flor y el Volkswagen escarabajo se encontraron con una carreta tirada por un burro allí detenida, totalmente inclinada hacia atrás. La carreta llevaba una sobrecarga de melones, pero todos los melones habían ido a parar al extremo posterior de la carreta, y el burro había quedado suspendido en el aire, sujeto de su arnés; los melones pesaban más que el pequeño burro, que agitaba los cascos en el vacío. El extremo delantero de la carreta también estaba suspendido en el aire.

—Otro burro colgado —comentó Flor. Con sorprendente delicadeza, dirigió un gesto obsceno al carretero, utilizando la misma mano de largos dedos con la que antes sostenía el cigarrillo (entre el pulgar y el índice).

Cerca de una docena de melones había rodado por la calle, y el carretero había abandonado al burro allí colgado porque unos niños callejeros le robaban los melones.

—Yo conozco a ese individuo —comentó Flor a su peculiar manera, como diciéndolo de pasada; nadie en el pequeño Volkswagen supo si quería decir «como cliente» o en otro sentido.

Cuando Flor entró en el recinto circense en Cinco Señores, el público de la función de tarde ya se había marchado. El aparcamiento estaba casi vacío; los espectadores de la función de noche aún no habían empezado a llegar.

—Cuidado con esa cagada de elefante —los previno Flor cuando acarreaban los enseres de los niños de la basura por la avenida de las carpas de la compañía. Edward Bonshaw pisó al instante una pila reciente; la mierda de elefante le cubrió todo el pie, hasta el tobillo.

—Una vez pisada una cagada de elefante, mejor prescindir de las sandalias, encanto —dijo Flor—. Le saldrá más a cuenta ir descalzo hasta que encontremos una manguera.

—Dios misericordioso —exclamó el ‘señor Eduardo’. El misionero siguió adelante, pero cojeando; la suya no era una cojera tan exagerada como la de Juan Diego, pero bastó para que el oriundo de Iowa tomara conciencia de las similitudes—. Ahora todos pensarán que somos parientes —dijo Edward Bonshaw afablemente al muchacho.

—Ojalá fuéramos parientes —contestó Juan Diego; lo había soltado a bote pronto, y tan sinceramente, que en modo alguno habría podido albergar siquiera la esperanza de poder contenerse.

—Seréis parientes... durante el resto de vuestras vidas —anunció Lupe, pero Juan Diego se sintió, súbitamente, incapaz de traducirlo; se le anegaron los ojos en lágrimas y no pudo hablar, ni pudo comprender que, en este caso, Lupe sí predecía el futuro con precisión.

También a Edward Bonshaw le costó hablar.

—Eso que has dicho es enternecedor, Juan Diego —respondió el oriundo de Iowa con voz entrecortada—. Me enorgullecería ser pariente tuyo —añadió el ‘señor Eduardo’.

—Vaya, estupendo. Los dos son enternecedores —dijo Flor—. Sólo que los sacerdotes no pueden tener hijos... Uno de los inconvenientes del celibato.

Declinaba ya el día en el Circo de La Maravilla y los diversos artistas descansaban entre función y función. Los recién llegados componían un extraño cuarteto: un escolar jesuita que se flagelaba, una prostituta travestida que tenía un pasado inenarrable en Houston, y dos niños de la basura. Allí donde las puertas de las carpas de la compañía estaban abiertas, los niños veían cómo algunos de los artistas se retocaban el maquillaje o los trajes, entre ellos un enano travestido. Delante de un espejo de cuerpo entero, se aplicaba carmín en los labios.

—¡Hola, Flor! —saludó el robusto enano y, contoneándose, lanzó un beso a Flor.

—‘Saludos’, Paco —dijo Flor, dirigiéndole un gesto con aquella mano suya de largos dedos.

—No sabía que Paco pudiera ser nombre de chica —comentó Edward Bonshaw educadamente a Flor.

—No lo es —contestó Flor—. Paco es nombre de hombre. Paco es un hombre, como yo —aclaró Flor.

—Pero usted no...

—Sí, lo soy —atajó Flor—. Sólo soy más pasable que Paco, encanto —dijo ella al oriundo de Iowa—. Paco no se propone ser pasable; Paco es payaso.

Siguieron adelante; los esperaban en la carpa del domador de leones. Edward Bonshaw, sin decir nada, miraba una y otra vez a Flor.

—Flor tiene una cosa, una cosa como la de un chico —explicó Lupe servicialmente—. ¿Comprende el hombre papagayo que Flor tiene pene? —preguntó Lupe a Juan Diego, que no tradujo su servicial aclaración al ‘señor Eduardo’, pese a que sabía que su hermana tenía ciertas dificultades para leerle el pensamiento al hombre papagayo.

—El ‘hombre papagayo’..., ése soy yo, ¿no? —preguntó el oriundo de Iowa a Juan Diego—. Lupe habla de mí, ¿verdad?

—En mi opinión, es usted un hombre papagayo de lo más simpático —dijo Flor a Edward Bonshaw; vio que el oriundo de Iowa se sonrojaba, lo que la animó a

coquetear más con él.

—Gracias —respondió Edward Bonshaw al travestido; ahora cojeaba más.

Al igual que la arcilla, la cagada de elefante se endurecía en su sandalia echada a perder y entre los dedos de sus pies, pero acarreaba también otro lastre. El ‘señor Eduardo’ parecía llevar a cuestas una carga; fuera cual fuese, pesaba más en apariencia que la cagada de elefante: esa carga no disminuiría por más que se flagelase. Fuera cual fuese la cruz que llevaba el oriundo de Iowa, y por más tiempo que hiciese que la llevaba, no podía cargar con ella ni un paso más. En ese momento hacía un visible esfuerzo, y no sólo por andar.

—Creo que no soy capaz de hacerlo —dijo el ‘señor Eduardo’.

—De hacer ¿qué? —preguntó Flor, pero el misionero se limitó a cabecear; ahora su cojera semejaba más un tambaleo que una cojera.

La orquesta del circo tocaba en algún sitio, sólo los primeros acordes de una pieza musical, que se interrumpía poco después de empezar y luego comenzaba de nuevo. La orquesta no conseguía superar una parte difícil; también ella estaba haciendo un visible esfuerzo.

En la puerta abierta de una carpa había una atractiva pareja de argentinos. Eran volatineros y se verificaban mutuamente los arneses de seguridad, probando la fuerza de las arandelas metálicas donde se acoplarían los cables atirantados. Los volatineros vestían mallas ajustadas de lentejuelas doradas, y no podían dejar de acariciarse el uno al otro mientras se verificaban el equipo de seguridad.

—He oído decir que le dan al sexo continuamente, pese a que ya están casados; tienen en vela a sus vecinos de las carpas cercanas —dijo Flor a Edward Bonshaw—. Quizás eso del sexo a todas horas sea una cosa propia de argentinos —añadió Flor—. No creo que sea una cosa propia de los matrimonios.

Frente a una de las carpas de la compañía había una niña más o menos de la misma edad que Lupe. Vestía una malla verde azulada y llevaba un antifaz con pico de ave.

Se ejercitaba con el hula-hop. Unas niñas mayores, disfrazadas inverosímilmente de flamencos, pasaron corriendo junto a los niños de la basura por la avenida entre las carpas; las niñas, con tutús rosa, llevaban en la mano las cabezas de flamenco, de picos largos y rígidos. Se oía el tintineo de sus esclavas de plata.

—Los ‘niños de la basura’ —oyeron decir Juan Diego y Lupe a uno de los flamencos descabezados. Los niños de la basura no esperaban que los reconocieran en el circo, pero Oaxaca era una ciudad pequeña.

—Flamencos semidesnudos con cabeza de chorlito —observó Flor sin decir nada más; Flor, naturalmente, había recibido insultos peores.

En los años setenta, había un bar gay en Bustamante, no muy lejos de la calle Zaragoza. El bar se llamaba La China, por alguien de pelo rizado. (Le cambiaron el nombre hará unos treinta años, pero el bar de Bustamante sigue ahí..., y sigue siendo gay.)

Allí Flor se sentía a gusto; en La China podía mostrarse tal como era, pero incluso allí la llamaban ‘la Loca’. Por aquel entonces no era corriente que los travestidos se mostraran tal como eran: que fueran travestidos a todas partes, tal como hacía Flor. Y en la jerga de los parroquianos de La China llamar a Flor «La Loca» tenía connotaciones gays.

Existía un bar especial para los travestidos, ya en los setenta. La Coronita estaba en la esquina de Bustamante con Xóchitl. Era un local de fiestas, con clientela mayoritariamente gay. Los travestidos vestían todos de tiros largos —se travestían de lo lindo, y todo el mundo se lo pasaba en grande—, pero en La Coronita no se ejercía la prostitución, y cuando los travestidos llegaban a la barra, iban vestidos de hombres; no se travestían hasta que estaban a salvo dentro de La Coronita.

No así Flor; ella siempre iba de mujer, allí adonde fuese; tanto si trabajaba en la calle Zaragoza como si iba de fiesta a Bustamante, Flor se mostraba siempre tal como era. Por eso la llamaban La Loca allí adonde iba.

La conocían incluso en La Maravilla; el circo sabía quiénes eran las verdaderas estrellas: lo eran quienes se comportaban como estrellas a todas horas.

Sólo ahora descubría Edward Bonshaw quién era Flor, mientras se abría paso entre las cagadas de elefante en el Circo de La Maravilla. (Para el ‘señor Eduardo’, «La Maravilla» era Flor.)

Un malabarista se ejercitaba frente a una de las carpas de la compañía y el contorsionista, llamado Hombre Pijama, hacía ejercicios de calentamiento. Lo llamaban Hombre Pijama porque se lo veía tan flojo y blando como un pijama sin cuerpo; se movía igual que algo que se pudiera ver colgado en un tendedero. Quizás el circo no sea muy buen sitio para un cojo, pensaba Juan Diego.

—Recuerda, Juan Diego: tú eres un lector —dijo el ‘señor Eduardo’ al muchacho, que tenía cara de preocupación—. Hay una vida en los libros, y en el mundo de tu imaginación; existe algo más que el mundo físico, incluso aquí.

—Yo debería haberte conocido cuando era niña —dijo Flor al misionero—. Podríamos habernos ayudado mutuamente a salir de alguna que otra mierda.

En la avenida de las carpas de la compañía dejaron paso al adiestrador de elefantes y dos de sus elefantes; ante la presencia de los elefantes reales, Edward Bonshaw pisó otra enorme cagada de elefante, esta vez con el pie indemne y la sandalia que le quedaba limpia.

—Dios misericordioso —repitió el oriundo de Iowa.

—Menos mal que no es usted quien se traslada al circo —comentó Flor.

—Las cagadas de elefante no son lo que se dice pequeñas —farfulló Lupe—. ¿Cómo se las arregla el hombre papagayo para no verlas?

—Otra vez mi nombre..., sé que hablas de mí —dijo Eduardo alegremente a Lupe—. ‘Hombre papagayo’, suena bien, ¿no?

—Usted no necesita sólo una esposa —dijo Flor al oriundo de Iowa—. Haría falta una familia entera para cuidar de usted debidamente.

Llegaron a la jaula de las tres leonas. Una de las leonas los miró con languidez; las otras dos dormían.

—¿Ve lo bien que se llevan las hembras? —decía Flor; cada vez era más obvio que se conocía bien el terreno en La Maravilla—. Y no como éste —dijo Flor y se detuvo ante la jaula del león solitario; el supuesto rey de los animales estaba solo en una jaula, y no se lo veía muy contento por ello—. ‘Hola’, *Hombre* —saludó Flor al león—. Se llama *Hombre* —explicó Flor—. Mírele las bolas..., las tiene grandes, ¿eh?

—Señor, ten misericordia —imploró Edward Bonshaw.

Lupe se indignó.

—El pobre león no tiene la culpa: él no ha elegido sus bolas —dijo—. A *Hombre* no le gusta que se burlen de él —añadió.

—Puedes leerle el pensamiento al león, supongo —dijo Juan Diego a su hermana.

—Cualquiera puede leerle el pensamiento a *Hombre* —contestó Lupe. Miraba fijamente al león, a su cara enorme y su espesa melena, no a sus bolas.

De pronto, el león pareció agitarse por su presencia. Quizá percibiendo la agitación de *Hombre*, las dos leonas dormidas se despertaron; las tres leonas observaban a Lupe, como si fuera una rival en los afectos de *Hombre*. Juan Diego tuvo la sensación de que las leonas compadecían al león; parecían compadecerlo tanto como lo temían.

—*Hombre* —dijo Lupe en voz baja al león—, no te preocupes por lo que pase. Tú no tienes la culpa de nada.

—¿De qué hablas? —le preguntó Juan Diego.

—Vamos, ‘niños’ —decía Flor—, el domador de leones y su mujer os esperan; los leones no son asunto vuestro.

Por la cara de fascinación con que Lupe miraba a *Hombre*, y la inquietud con que el león se paseaba por su jaula a la vez que la miraba a ella, habría cabido pensar que el asunto que llevaba a Lupe al Circo de La Maravilla era exclusivamente aquel león macho solitario.

—No te preocupes por lo que pase —le repitió a *Hombre*, como si se tratara de una promesa.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Juan Diego a su hermana.

—*Hombre* es el último perro. Es el último —dijo Lupe a su hermano. Naturalmente, eso no tenía sentido: *Hombre* era un león, no un perro. Pero Lupe había dicho con toda claridad ‘el último perro’; el último, había repetido, para que no cupiera duda.

—¿Qué quieres decir, Lupe? —preguntó Juan Diego con impaciencia; estaba hasta la coronilla de sus interminables declaraciones proféticas.

—Ese *Hombre*... es el máximo perro de las azoteas, y el último —fue lo único que dijo ella, y se encogió de hombros. Juan Diego se sulfuraba cuando Lupe no se molestaba en dar explicaciones.

Finalmente, la orquesta del circo había conseguido superar el principio de la pieza musical repetida una y otra vez. Oscurecía; se encendían las luces en las carpas de la compañía. Al frente, en la avenida, los niños de la basura vieron a Ignacio, el domador de leones; en ese momento enrollaba su largo látigo.

—He oído que a usted le gustan los látigos —comentó Flor en voz baja al tambaleante misionero.

—Hace un rato ha mencionado usted una manguera —contestó Edward Bonshaw, un tanto tenso—. Ahora mismo me gustaría disponer de una manguera.

—Dile al hombre papagayo que se fije en el látigo del domador de leones..., en lo grande que es —farfullaba Lupe.

Ignacio los observaba acercarse a la manera serenamente calculadora con que acaso hubiera calibrado el valor y la fiabilidad de nuevos leones. El domador llevaba un pantalón ajustado como el de un torero; en el torso lucía sólo un chaleco entallado con el cuello en pico, para exhibir sus músculos. El chaleco era blanco, no sólo para realzar la piel morena de Ignacio; si alguna vez lo atacaba un león en la pista, Ignacio quería que el público viese lo roja que tenía la sangre: la sangre presenta un color más vivo en contraste con un fondo blanco. Ignacio sería vanidoso incluso al borde de la muerte.

—Olvídese del látigo; mírelo a él —susurró Flor al oriundo de Iowa cubierto de mierda—. Ignacio es un ídolo nato de las masas.

—¡Y un mujeriego! —farfulló Lupe. Daba igual que no alcanzara a oír lo que alguien susurraba, porque ella ya sabía qué estaba pensando. Sin embargo, con el hombre papagayo, como con Rivera, tenía sus dificultades para leerle el pensamiento.

—A Ignacio le gustan las leonas; le gustan todas las hembras —decía Lupe, pero para entonces los niños de la basura ya estaban en la carpa del domador de leones, y Soledad, la mujer de Ignacio, había salido de la carpa para reunirse con su fatuo marido de aspecto poderoso.

—Si piensa que acaba de ver al rey de los animales —seguía susurrando Flor a Edward Bonshaw—, se equivoca. En realidad está a punto de conocerlo ahora —susurró el travestido al misionero—. Ignacio es el rey de los animales.

—El rey de los cerdos —corrigió Lupe de pronto, pero, por supuesto, sólo la entendió Juan Diego. Y nunca lo entendía todo sobre ella.

Nochevieja en el Encantador

Quizá no fue más que la melancolía del momento en que los niños de la basura llegaron a La Maravilla, o acaso fueron los ojos flotantes en la oscuridad, aquellos ojos incorpóreos que aparecían en torno al coche mientras avanzaba a toda velocidad hacia el hotel de playa con el cautivador nombre de Encantador. A saber qué indujo a Juan Diego a quedarse traspuesto. Puede que fuera el momento en que la carretera se estrechó y el coche aminoró la marcha, y los intrigantes ojos se esfumaron. (Cuando los niños de la basura se trasladaron al circo, allí los observaron más ojos de los que solían observarlos.)

—Al principio he pensado que soñaba despierto; parecía estar en una especie de trance —decía la doctora Quintana.

—¿Está bien? —preguntó Clark French a su mujer, la doctora.

—Sólo está dormido, Clark; se ha dormido profundamente —respondió Josefa—. Puede que sea el *jet lag*, o la mala noche que debe de haberle causado tu desacertado acuario.

—Josefa, se ha quedado dormido mientras hablábamos..., ¡en medio de una conversación! —exclamó Clark—. ¿No tendrá narcolepsia?

—¡No lo sacudas! —oyó Juan Diego que decía la mujer de Clark, pero mantuvo los ojos cerrados.

—No sé de ningún escritor narcoléptico —decía Clark French—. ¿Y no será por los fármacos que toma?

—Los betabloqueantes pueden afectar el sueño —respondió la doctora Quintana a su marido.

—Estaba pensando en la Viagra...

—La Viagra sólo tiene un efecto, Clark.

Juan Diego consideró que ése era buen momento para abrir los ojos.

—¿Ya hemos llegado? —les preguntó. Josefa seguía sentada junto a él en el asiento trasero; Clark había abierto la puerta de atrás y escrutaba a su ex profesor desde fuera del todoterreno—. ¿Es esto el Encantador? —preguntó Juan Diego inocentemente—. ¿Ha llegado la huésped misteriosa?

Había llegado, pero nadie la había visto. Tal vez había hecho un largo viaje y descansaba en su habitación. Parecía conocer la habitación; es decir, había pedido ésa expresamente. Era una próxima a la biblioteca, en la primera planta del edificio principal; o bien se había alojado antes en el Encantador, o bien dio por supuesto que una habitación próxima a la biblioteca sería silenciosa.

—Personalmente, nunca echo la siesta —decía Clark; había arrancado la mastodóntica maleta de color naranja de Juan Diego de las manos del joven chófer y cargaba con ella por la galería exterior del bonito hotel, un mágico pero laberíntico

conjunto de edificios contiguos en una ladera con vistas al mar. Las palmeras impedían ver la playa, incluso desde la perspectiva de las habitaciones de la primera y la segunda planta, pero sí se veía el mar—. Me basta con dormir bien por la noche —prosiguió Clark.

—Anoche, en mi habitación había peces, y una anguila —recordó Juan Diego a su ex alumno.

Aquí ocuparía una habitación en la primera planta, la misma planta donde se alojaba la huésped no invitada, en un edificio contiguo al que se accedía fácilmente por la galería.

—En cuanto a los peces, no le hagas caso a la tía Carmen —decía Clark—. Tu habitación está más bien lejos de la piscina. Así no te despertarán los niños que van a la piscina a primera hora de la mañana.

—La tía Carmen es muy aficionada a las mascotas —intervino la mujer de Clark—. Le interesan más los peces que las personas.

—Gracias a Dios la morena sobrevivió —añadió Clark—. Creo que *Morales* vive con la tía Carmen.

—Es una lástima que no viva nadie más con ella —dijo Josefa—. Nadie más se prestaría —añadió la doctora.

Por debajo de ellos, los niños jugaban en la piscina.

—En esta familia hay muchos adolescentes... Por tanto, muchas niñeras gratis para los pequeños —señaló Clark.

—En esta familia hay muchos niños, y punto —observó la tocoginecóloga—. No todos somos como la tía Carmen.

—Tomo una medicación..., me altera el sueño —explicó Juan Diego—. Tomo betabloqueantes —dijo a la doctora Quintana—. Como seguramente ya sabe —prosiguió diciéndole a la doctora—, los betabloqueantes pueden tener un efecto depresor, o mermar, en la vida real, en tanto que el efecto que tienen en la vida onírica es un poco imprevisible.

Juan Diego no dijo a la doctora que había estado manipulando la dosis de Lopressor. Probablemente dio una impresión de total sinceridad; es decir, por lo que a la doctora Quintana y a Clark French se refería.

La habitación de Juan Diego era una maravilla; las ventanas, con vistas al mar, estaban provistas de mosquiteras, y pendía un ventilador del techo: no haría falta aire acondicionado. El amplísimo cuarto de baño era una delicia, y tenía una ducha exterior con un tejadillo de bambú en forma de pagoda.

—Adecéntese tranquilamente antes de la cena —dijo Josefa a Juan Diego—. El *jet lag*..., ya sabe, la diferencia horaria..., también podría estar influyendo en el efecto de los betabloqueantes —añadió.

—En la mesa, la verdadera conversación podrá empezar cuando los niños mayores lleven a la cama a los niños pequeños —comentó Clark a la vez que daba un apretón en el hombro a su ex profesor.

¿Era eso una advertencia para que no sacara a colación temas adultos en presencia de niños y adolescentes?, se preguntaba Juan Diego. Juan Diego cayó en la cuenta de que Clark French, pese a su pretendida campechanía, todavía era un hombre envarado: un cuarentón mojigato. Los compañeros de Clark en el posgrado de Iowa, si lo vieran ahora, seguirían burlándose de él.

El aborto, como Juan Diego sabía, era ilegal en las Filipinas; sentía curiosidad por saber qué opinaba al respecto la doctora Quintana, la tocoginecóloga. (¿Y coincidían ella y su marido Clark, el buen católico?) Sin duda, ésa era una conversación que Clark y él no podían (ni debían) mantener en la mesa antes de que los niños y los adolescentes se marcharan a la cama. Juan Diego albergaba la esperanza de poder mantener esa conversación con la doctora Quintana cuando el propio Clark se hubiera marchado a la cama.

Juan Diego entró en tal estado de agitación al concebir esa posibilidad que casi se olvidó de Miriam. Por supuesto, no se había olvidado del todo de ella, ni por un momento. Se resistió a tomar una ducha en el exterior, no sólo porque fuera estuviese a oscuras (habría insectos a porrillo en la ducha exterior llegada la noche), sino porque tal vez no oyera el teléfono. No podía llamar a Miriam —¡ni siquiera sabía su apellido!—, ni podía pedir en recepción que lo pusieran en contacto con la mujer «no invitada». Pero si Miriam era la mujer misteriosa, ¿no sería ella quien lo llamaría?

Decidió darse un baño: sin insectos, y así podía dejar la puerta abierta. Si ella llamaba, oiría el teléfono. Naturalmente, se bañó a toda prisa y no hubo llamada. Juan Diego procuró conservar la calma; planeó su siguiente maniobra con la medicación. Para no complicar las cosas, volvió a guardar en el neceser el cortador de pastillas. Los frascos de Viagra y Lopressor estaban uno al lado del otro sobre el mármol junto a la pila.

Las medias dosis no están hechas para mí, decidió Juan Diego. Después de la cena, se tomaría un comprimido de Lopressor entero —en otras palabras, la cantidad debida—, pero no si estaba con Miriam. Saltarse una dosis no había tenido ningún efecto perjudicial la vez anterior, y una subida de adrenalina podía ser beneficiosa —incluso necesaria— en compañía de Miriam.

La Viagra, pensó, le planteaba una decisión más complicada. Para su encuentro con Dorothy, Juan Diego había sustituido su habitual media dosis por una entera; para Miriam, imaginó, media dosis no bastaría. La parte complicada era cuándo tomarla. La Viagra necesitaba casi una hora para surtir efecto. ¿Y cuánto duraría el efecto de una Viagra entera, o sea, de cien miligramos?

¡Y era Nochevieja!, recordó Juan Diego de pronto. Con toda seguridad los adolescentes, o incluso los niños pequeños, no se acostarían hasta pasadas las doce. ¿Y acaso no se quedarían también en pie la mayoría de los adultos para recibir el Año Nuevo?

¿Y si Miriam lo invitaba a su habitación? ¿Debía llevarse, quizá, la Viagra a la cena? (En ese momento era demasiado pronto para tomarla.)

Se vistió despacio, procurando imaginar cómo querría Miriam que fuera vestido. Juan Diego había escrito sobre relaciones más duraderas, más complejas y más diversas que las que él había mantenido. Sus lectores —es decir, aquellos que no lo conocían personalmente— quizás imaginaran que él había tenido una complicada vida sexual; en sus novelas narraba experiencias homosexuales y bisexuales, y muchas de las heterosexuales normales y corrientes. Juan Diego, por razones políticas, se proponía ser sexualmente explícito en sus textos; sin embargo, ni siquiera había convivido jamás con nadie, y su heterosexualidad en particular era una de esas heterosexualidades «normales y corrientes».

Juan Diego sospechaba que, posiblemente, como amante era más bien aburrido. Habría sido el primero en reconocer que lo que pasaba por ser su vida sexual existía casi enteramente en su imaginación; como ahora, pensó con pesar. Lo único que hacía era imaginar a Miriam; ni siquiera sabía si era la huésped misteriosa que había reservado habitación en el Encantador.

La convicción de que, en esencia, tenía una vida sexual imaginaria lo deprimió, y ese día se había tomado sólo medio Lopressor; esta vez, no culparía plenamente a los betabloqueantes por sentirse mermado. Juan Diego decidió meterse un comprimido de Viagra en el bolsillo delantero derecho del pantalón. Así estaría preparado, con Miriam o sin Miriam.

Se metía la mano a menudo en el bolsillo delantero derecho; Juan Diego no necesitaba ver la bonita pieza de mahjong, pero le gustaba su tacto, tan liso. La ficha había dejado una marca de verificación perfecta en la pálida frente de Edward Bonshaw; el ‘señor Eduardo’ siempre llevaba la pieza consigo a modo de recuerdo. Cuando el buen hombre estaba agonizando —cuando el ‘señor Eduardo’ no sólo ya no se vestía él mismo, sino que no llevaba ropa con bolsillos—, le dio la ficha de mahjong a Juan Diego. La ficha, en otro tiempo incrustada entre las cejas rubias de Edward Bonshaw, se convertiría en el talismán de Juan Diego.

El comprimido de Viagra, esa pastilla cuadrangular de color azul grisáceo, no era tan liso como la ficha de mahjong de bambú y marfil; la pieza era el doble de grande que el comprimido de Viagra (su comprimido de «emergencia», como lo veía Juan Diego). Y si Miriam era la huésped no invitada de la habitación de la primera planta próxima a la biblioteca del Encantador, el comprimido de Viagra que Juan Diego llevaba en el bolsillo delantero derecho del pantalón sería su segundo talismán.

Naturalmente, cuando llamaron a la puerta de su habitación en el hotel, concibió falsas esperanzas. Sólo era Clark, que pasaba para acompañarlo al comedor. Mientras Juan Diego apagaba las luces del cuarto de baño y la habitación, Clark le aconsejó que encendiera el ventilador del techo y lo dejara puesto.

—¿Ves el gecko? —preguntó Clark señalando hacia el techo.

En el techo, por encima de la cabecera de la cama, había un gecko más pequeño que un meñique. No era mucho lo que Juan Diego añoraba de México —por eso nunca había vuelto—, pero sí añoraba los geckos. Ese tan pequeño, situado sobre la

cama, corrió por el techo como una exhalación con sus dedos adherentes en el preciso instante en que Juan Diego encendía el ventilador.

—En cuanto el ventilador lleva un rato encendido, los geos se calman —dijo Clark—. Preferirás que no anden correteando de aquí para allá mientras tú intentas conciliar el sueño.

Juan Diego se sintió decepcionado consigo mismo por no haber visto los geos hasta que Clark le señaló uno; mientras cerraba la puerta de la habitación del hotel, localizó un segundo geos, que se escabullía por la pared del cuarto de baño; rápido como un rayo, desapareció velozmente por detrás del espejo del baño.

—Echo de menos los geos —admitió Juan Diego ante Clark. Fuera, en la galería, oyeron música procedente de un ruidoso club para lugareños que había en la playa.

—¿Por qué no vuelves a México? De visita, quiero decir —preguntó Clark.

Con Clark siempre pasaba lo mismo, recordó Juan Diego. Clark quería que Juan Diego resolviera sus «conflictos» de la infancia y la incipiente adolescencia; Clark quería que todo resentimiento terminara de una manera edificante, como en sus propias novelas. Todo el mundo debía salvarse, creía Clark; todo podía perdonarse, imaginaba. Clark presentaba la bondad de tal modo que resultaba tediosa.

Pero ¿acerca de qué no habían discutido Juan Diego y Clark French?

Habían mantenido un interminable tira y afloja en relación con el difunto papa Juan Pablo II, que había muerto en el año 2005. Cuando lo eligieron Papa, era un joven cardenal polaco, y llegó a ser un Papa muy popular, pero los esfuerzos de Juan Pablo por «restaurar la normalidad» en Polonia —o lo que es lo mismo, declarar ilegal el aborto otra vez— sacaban de quicio a Juan Diego.

Clark French había expresado su afinidad con la idea de la «cultura de la vida» del Papa polaco, término que utilizaba Juan Pablo II para referirse a su postura contra el aborto y los anticonceptivos, y que equivalía a proteger a fetos «indefensos» de la idea de la «cultura de la muerte».

«¿Por qué tú..., precisamente tú, después de lo que te pasó..., prefieres una idea de la muerte a una idea de la vida?», había preguntado Clark a su ex profesor. Y ahora Clark sugería (una vez más) a Juan Diego que volviera a México... ¡sólo de visita!

—Ya sabes por qué no vuelvo, Clark —contestó Juan Diego una vez más mientras recorrían la galería de la primera planta. (En otra ocasión, después de excederse con la cerveza, Juan Diego había dicho a Clark: «México está en manos de criminales y de la Iglesia católica».)

—¿No considerarás a la Iglesia culpable del sida? ¿No estarás diciendo que el sexo seguro es la solución a todo? —preguntó Clark ahora a su ex profesor. Aquello no era una alusión velada con mucha habilidad, como Juan Diego sabía; aunque no puede decirse que Clark intentara necesariamente velar sus alusiones.

Juan Diego recordó que Clark había afirmado que el uso del condón era

«propaganda». Probablemente, Clark parafraseaba al papa Benedicto XVI. ¿No había dicho Benedicto algo en la línea de que los condones «sólo exacerbaban» el problema del sida? ¿O eso lo había dicho Clark?

Y ahora, como Juan Diego no había contestado a la pregunta de Clark en cuanto a si el sexo seguro era la solución a todo, Clark insistió en el argumento de Benedicto: «la postura de Benedicto..., a saber, que la única manera eficaz de combatir una epidemia es la renovación espiritual...».

—¡Clark! —exclamó Juan Diego—. «Renovación espiritual» significa sólo más de los mismos valores familiares de siempre: es decir, matrimonio heterosexual, es decir, nada más que abstinencia sexual antes del matrimonio...

—A mí me parece una posible manera de reducir el ritmo de propagación de una epidemia —adujo Clark ladinamente. ¡Seguía tan doctrinario como siempre!

—Entre las impracticables reglas de vuestra Iglesia y la naturaleza humana, me quedo con la naturaleza humana —declaró Juan Diego—. He ahí el celibato, por ejemplo... —empezó.

—Quizá cuando los niños y los adolescentes se hayan ido a la cama —recordó Clark a su ex profesor.

Estaban solos en la galería, y era Nochevieja; Juan Diego tenía la certeza, casi total, de que los adolescentes se acostarían más tarde que los adultos, pero se limitó a decir:

—Piensa en la pederastia, Clark.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que eso vendría a continuación! —dijo Clark, exaltado.

En su mensaje de Navidad en Roma —no hacía ni dos semanas—, el papa Benedicto XVI había dicho que la pederastia se consideraba normal hasta fecha tan reciente como los años setenta. Clark sabía que eso habría indignado a Juan Diego. Ahora, naturalmente, su ex profesor volvía a sus tretas de siempre, citando al Papa como si la teología católica en su conjunto fuera culpable de la insinuación de Benedicto de que no existía lo malo en sí mismo ni lo bueno en sí mismo.

—Clark, Benedicto dijo que sólo hay un «mejor que» y un «peor que»; eso es lo que dijo vuestro Papa —dijo el ex profesor de Clark.

—¿Me permites que te recuerde que los datos estadísticos sobre pederastia fuera de la Iglesia, en la población general, son exactamente los mismos que los datos estadísticos dentro de la Iglesia? —preguntó Clark French a Juan Diego.

—Benedicto dijo: «Nada es bueno o malo en sí mismo». Dijo «nada», Clark —repitió Juan Diego a su ex alumno—. La pederastia no es «nada»; seguramente la pederastia sí es «mala en sí misma», Clark.

—Cuando los niños se hayan...

—¡Aquí no hay niños, Clark! —respondió Juan Diego alzando la voz—. ¡Estamos solos, en una galería! —exclamó.

—Bueno... —dijo Clark French con cautela, mirando alrededor; oían voces de niños en algún sitio, pero no había ningún niño (ni siquiera adolescentes, ni otros

adultos) a la vista.

—La jerarquía católica cree que un beso conduce al pecado —susurró Juan Diego—. Tu Iglesia se opone al control de la natalidad, al aborto, al matrimonio homosexual... ¡Tu Iglesia se opone incluso a los besos, Clark!

De pronto, un enjambre de niños pequeños pasó corriendo por la galería; sus chancletas chacoloteaban y su pelo mojado resplandecía.

—Cuando los pequeños se hayan ido a la cama... —empezó otra vez Clark French; con él, la conversación era comparable a una competición de lucha.

Clark habría sido un misionero infatigable. Clark tenía ese aire de sabelotodo tan jesuítico, remarcando siempre la importancia del aprendizaje y la evangelización. La sola idea de su propio martirio probablemente lo motivaba. De buena gana se prestaría a sufrir sólo por defender un argumento insostenible; si uno lo insultara, sonreiría y se crecería.

—¿Te encuentras bien? —estaba preguntando Clark a Juan Diego.

—Me he quedado un poco sin aliento, sólo eso; es que no estoy acostumbrado a caminar tan deprisa —contestó Juan Diego—. O a caminar y hablar a la vez.

Aminorando el paso, descendieron por la escalera y se encaminaron al vestíbulo principal del Encantador, donde se hallaba el comedor. El restaurante del hotel tenía un tejado saledizo, y una cortina de bambú enrollada en lo alto que podía bajarse a modo de barrera contra el viento y la lluvia. La dispersión de las palmeras y la vista del mar creaban la sensación de que el comedor era una espaciosa veranda. Había gorros de fiesta de papel en todas las mesas.

¡Vaya si era multitudinaria la familia a la que Clark French se había incorporado por medio del matrimonio!, pensaba Juan Diego. La doctora Josefa Quintana debía de tener treinta o cuarenta parientes, y más de la mitad de ellos eran niños o jóvenes.

—Nadie espera que recuerdes los nombres de todos —susurró Clark a Juan Diego.

—En cuanto a la huésped misteriosa —dijo Juan Diego de pronto—, debe sentarse a mi lado.

—¿A tu lado? —preguntó Clark.

—Claro que sí. Todos vosotros la detestáis. Al menos yo soy neutral —dijo Juan Diego a Clark.

—Yo no la detesto. ¡Nadie la conoce! Se ha colado ella en una reunión familiar...

—Lo sé, Clark; lo sé —lo interrumpió Juan Diego—. Debe sentarse a mi lado. Los dos somos desconocidos. Todos vosotros os conocéis.

—Estaba pensando en asignarle una de las mesas de los niños —dijo Clark—. Quizá la mesa de los niños más escandalosos.

—¿Lo ves? Sí la detestas —señaló Juan Diego.

—Era broma. Quizás en una mesa de adolescentes, los más hoscos —prosiguió Clark.

—La detestas de todas todas. Yo soy neutral —le recordó Juan Diego. (Miriam

podía corromper a los adolescentes, estaba pensando Juan Diego.)

—¡Tío Clark! —Un niño pequeño de cara redonda tiró de la mano de Clark.

—Sí, Pedro. ¿Qué pasa? —preguntó Clark al chiquillo.

—Es el gecko grande del cuadro de la biblioteca. ¡Ha salido de detrás del cuadro!
—dijo Pedro.

—¿No será el gecko gigante? ¿No será ése? —preguntó Clark con fingida alarma.

—¡Sí! ¡El gigante! —exclamó.

—Pues da la casualidad, Pedro, de que este señor lo sabe todo sobre los geckos; es un experto en geckos. No sólo adora a los geckos; echa de menos a los geckos —explicó Clark al niño—. Es el señor Guerrero —añadió Clark y, escabulléndose, dejó a Juan Diego con Pedro. El niño se aferró en el acto a la mano del hombre mayor.

—¿Los adora? —preguntó el niño. Pero antes de que Juan Diego pudiera contestar, Pedro dijo—: ¿Por qué echa de menos a los geckos, señor?

—Ah, verás... —empezó Juan Diego, y se interrumpió para ganar tiempo.

Cuando se encaminó hacia la escalera que llevaba a la biblioteca, su cojera atrajo a una docena de niños; tendrían cinco años, o poco más, como Pedro.

—Lo sabe todo sobre los geckos; los adora —decía Pedro a los otros niños—. Echa de menos a los geckos. ¿Por qué? —volvió a preguntar Pedro a Juan Diego.

—¿Qué le ha pasado en el pie, señor? —quiso saber otro de los chiquillos, una niña pequeña con trenzas.

—Fui niño de la basura. Vivía en una chabola cerca del ‘basurero’ de Oaxaca. ‘Basurero’ quiere decir «vertedero»; Oaxaca está en México —les contó Juan Diego—. La chabola donde vivíamos mi hermana y yo tenía una sola puerta. Todas las mañanas, cuando me levantaba, había un gecko en la mosquitera de esa puerta. El gecko era tan rápido que podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos —dijo Juan Diego a los niños, y batió las palmas para mayor efecto. Subiendo por la escalera, su cojera era más acusada—. Una mañana, una furgoneta echó marcha atrás y me pisó el pie derecho. El espejo del lado del conductor estaba roto; el conductor no me vio. No fue culpa suya; era un buen hombre. Murió hace tiempo, y lo echo de menos. Echo de menos el vertedero, y los geckos —dijo Juan Diego a los niños. No era consciente de que varios adultos lo seguían también escalera arriba hacia la biblioteca. También Clark French seguía a su ex profesor; era la historia de Juan Diego lo que seguían, claro está.

¿De verdad ese hombre cojo había dicho que echaba de menos el vertedero?, se preguntaban unos niños a otros.

—Si yo hubiese vivido en el ‘basurero’, dudo que lo echara de menos —dijo la niña de las trenzas a Pedro—. Quizás echa de menos a su hermana —aventuró.

—No entiendo que eche de menos a los geckos —le dijo Pedro.

—Los geckos son esencialmente nocturnos: están más activos por la noche, cuando abundan los insectos. Comen insectos; los geckos no os harán daño —decía Juan Diego.

—¿Dónde está su hermana? —preguntó la niña de las trenzas a Juan Diego.

—Murió —contestó Juan Diego; se disponía a contar cómo había muerto Lupe, pero no quería provocar pesadillas a los pequeños.

—¡Mire! —dijo Pedro y señaló un cuadro grande; colgaba sobre un sofá de aspecto cómodo en la biblioteca del Encantador.

El gecko era lo bastante gigante para que se pudiera ver, incluso a cierta distancia, igual que el cuadro. Permanecía adherido a la pared junto al cuadro; y cuando Juan Diego y los niños se acercaron, trepó hacia arriba. El gran lagarto esperó, observándolos, más o menos a medio camino entre el cuadro y el techo. Ciertamente era un gecko grande, casi del tamaño de un gato doméstico.

—El hombre del cuadro es un santo —explicaba Juan Diego a los niños—. Estudió en la Universidad de París; antes había sido soldado, un soldado vasco, y resultó herido.

—Herido ¿cómo? —preguntó Pedro.

—Por una bala de cañón —respondió Juan Diego.

—¿Una bala de cañón no te mataría? —preguntó Pedro.

—No, si vas a ser santo, supongo —contestó Juan Diego.

—¿Cómo se llamaba? —quiso saber la niña de las trenzas; era muy preguntona—. ¿Quién es ese santo?

—Vuestro tío Clark sabe quién es —respondió Juan Diego. Se había dado cuenta de que Clark French lo observaba y lo escuchaba, siempre el alumno leal. (Clark tenía todo el aspecto de alguien capaz de sobrevivir a una bala de cañón.)

—¡Tío Clark! —exclamaron los niños.

—¿Cómo se llama el santo? —seguía preguntando la niña de las trenzas.

—San Ignacio de Loyola —oyó responder Juan Diego a Clark French.

El gecko gigante se movía con la misma rapidez que uno pequeño. Quizá Clark había hablado con excesivo aplomo, o había levantado la voz un poco demasiado. Fue asombroso ver cómo el gran lagarto conseguía aplanarse, cómo se las arreglaba para meterse detrás del cuadro, aunque lo hubiese movido un poco. Ahora el cuadro colgaba ligeramente torcido en la pared, pero parecía que el gecko nunca hubiese estado allí. San Ignacio no había visto al lagarto, ni miraba siquiera a los niños y adultos.

En todos los retratos de san Ignacio de Loyola que Juan Diego había visto —en el Templo de la Compañía de Jesús, en Niños Perdidos, y en otros sitios de Oaxaca (y Ciudad de México)—, el santo calvo pero barbudo, según recordaba Juan Diego, no devolvía la mirada. San Ignacio siempre dirigía la vista hacia arriba; miraba, siempre suplicante, al cielo. El fundador de los jesuitas buscaba una autoridad superior; san Ignacio no tendía a cruzar miradas con simples espectadores.

—¡La cena está servida! —anunció la voz de un adulto.

—Gracias por contarnos esa historia, señor —dijo Pedro a Juan Diego—. Me da pena por todas esas cosas que echa de menos —añadió el chiquillo.

Tanto Pedro como la niña de las trenzas prefirieron seguir yendo de la mano de Juan Diego cuando regresaron juntos a la escalera, pero la escalera era demasiado estrecha; no habría sido seguro para un cojo bajar por aquella escalera de la mano de dos niños pequeños. Juan Diego sabía que debía sujetarse a la barandilla.

Además, vio que Clark French lo esperaba al pie de la escalera; con el cambio en la disposición de los comensales, sin duda algunos de los miembros ya entrados en años de la familia estaban que trinaban. Juan Diego imaginó que algunas mujeres de cierta edad entre los presentes habrían deseado sentarse junto a él; esas mujeres mayores eran sus lectoras más ávidas, o al menos, por regla general, eran las menos cohibidas ante la posibilidad de hablar con él.

Lo único que dijo Clark, con entusiasmo, fue:

—Me encanta oírte contar historias.

Quizá no te encantaría tanto oír mi historia de la Virgen María, pensaba Juan Diego, pero se sentía excesivamente cansado, sobre todo para haberse dormido en el avión y haber echado una cabezada en el coche. El joven Pedro tenía razón en compadecerlo por «todas esas cosas» que Juan Diego echaba de menos. Sólo de pensar en todas las cosas que echaba de menos, Juan Diego sentía más nostalgia aún de todo el mundo; con esa historia del vertedero que había contado a los niños apenas había arañado la superficie.

La disposición de los comensales era fruto de un cuidadoso plan. Las mesas de los niños se hallaban en el perímetro del comedor; los adultos se agrupaban en las mesas centrales. Josefa, la mujer de Clark, se sentaría junto a Juan Diego, quien vio que el otro asiento contiguo al suyo quedaba vacío. Clark se sentó al otro lado de la mesa, en diagonal con respecto a su ex profesor. Nadie llevaba puesto el gorro de fiesta, todavía no.

Juan Diego no se sorprendió al ver que la zona central de su mesa se componía, en su mayor parte, de «mujeres de cierta edad», esas en las que había estado pensando. Le dirigieron sonrisas de complicidad, tal como acostumbraban las mujeres que habían leído sus novelas (y daban por sentado que lo sabían todo sobre él); sólo una de esas mujeres mayores no sonreía.

Como es sabido, se dice que las personas se parecen a sus mascotas. Antes de que Clark comenzara a repiquetear con una cuchara contra su vaso de agua, antes de la verborreica presentación que ofreció Clark de su ex profesor a la familia de su mujer, Juan Diego supo en el acto quién era la tía Carmen. Entre quienes lo rodeaban, nadie más se parecía ni remotamente a una anguila de vivos colores, dientes afilados y apetito voraz. Y en la favorecedora luz que iluminaba la mesa, los carrillos de la tía Carmen podrían haberse confundido con las trémulas agallas de una morena. También a semejanza de una morena, la tía Carmen irradiaba distancia y desconfianza; con su altivez disimulaba la conocida destreza de la anguila mordedora para realizar desde lejos un ataque letal.

—Hay una cosa que os quiero decir a los dos —advirtió la doctora Quintana a su

marido y a Juan Diego cuando el barullo en torno a su mesa ya era menor; Clark, por fin, había dejado de hablar. El primer plato, un ceviche, ya estaba servido—. Nada de religión, nada de política eclesiástica, ni una sola palabra sobre el aborto o el control de la natalidad..., no durante la cena.

—No mientras los niños y los adolescentes estén... —empezó a decir Clark.

—Ni mientras estén los adultos, Clark; nada de hablar de esos temas a no ser que estéis los dos solos —dejó claro su mujer.

—Y nada de sexo —añadió la tía Carmen; miraba a Juan Diego. Era él quien escribía sobre sexo, no Clark. Y por cómo había dicho la mujer anguila «nada de sexo», como si dejara mal sabor en su boca marchita, daba a entender que no se podía hablar de eso ni practicarlos.

—Sólo nos queda la literatura, supongo —observó Clark con aspereza.

—Depende de qué literatura —dijo Juan Diego.

En cuanto se hubo sentado, sintió cierto mareo; se le enturbió la visión. Eso era uno de los efectos de la Viagra; normalmente, esa sensación se le pasaba pronto. Pero cuando Juan Diego se palpó el bolsillo delantero derecho, se acordó de que no había tomado la Viagra; notaba el comprimido y la ficha de mahjong a través de la tela del pantalón.

El ceviche, claro está, contenía marisco, algo que parecían gambas, o quizás una especie de cangrejo de río. Y trozos de mango, observó Juan Diego; apenas había tocado la marinada con las púas de su tenedor de ensalada. Algún cítrico, sin duda; probablemente lima, pensó Juan Diego.

La tía Carmen vio cómo lo probaba de forma furtiva; blandió su tenedor de ensalada, como para demostrar que ya se había contenido más que suficiente.

—No veo ninguna razón para que la esperemos —dijo la tía Carmen y señaló con el tenedor la silla vacía junto a Juan Diego—. No es de la familia —añadió la mujer anguila.

Juan Diego notó que algo o alguien le tocaba los tobillos; vio una cara pequeña que lo miraba desde debajo de la mesa. La niña de las trenzas estaba sentada a sus pies.

—Hola, señor —dijo—. La señora me ha pedido que le diga que ahora viene.

—¿Qué señora? —preguntó Juan Diego a la niña; los demás comensales, excepto la mujer de Clark, debieron de pensar que le hablaba a su propio regazo.

—Consuelo —dijo Josefa a la niña—. Deberías estar en tu mesa; vete a tu sitio, por favor.

—Sí —contestó Consuelo.

—¿Qué señora? —preguntó otra vez Juan Diego a Consuelo. La niña había salido a gatas de debajo de la mesa y ahora soportaba la mirada cruel de la tía Carmen.

—La señora que aparece sin más —respondió Consuelo; se tiró de las dos trenzas e hizo oscilar su cabeza hacia delante. Se marchó corriendo. Los camareros servían vino; uno de ellos era el joven chófer que había llevado a Juan Diego desde el

aeropuerto de la ciudad de Tagbilarán.

—Tú debes de haber traído a la dama misteriosa desde el aeropuerto —le dijo Juan Diego a la vez que rehusaba el vino con un gesto, pero el muchacho pareció no entenderlo.

Josefa le habló en tagalo; aun así, el joven chófer pareció confuso. Dio a la doctora Quintana lo que pareció una respuesta demasiado larga.

—Dice que él no la ha traído; que ella sencillamente apareció en el camino de acceso al hotel. Nadie ha visto su coche ni a su chófer —explicó Josefa.

—¡Esto se pone cada vez más interesante! —declaró Clark French—. Para él, nada de vino; sólo bebe cerveza —dijo Clark al joven chófer, a quien se notaba mucho menos seguro de sí mismo ejerciendo de camarero que sentado al volante.

—Sí, señor —dijo el muchacho.

—No deberías haber suministrado a tu ex profesor tal cantidad de cerveza —reprochó de pronto la tía Carmen a Clark—. ¿Estaba borracho? —preguntó la tía Carmen a Juan Diego—. ¿Cómo se le ocurrió apagar el aire acondicionado? ¡En Manila nadie apaga el aire acondicionado!

—Ya basta, Carmen —atajó la doctora Quintana a su tía—. Tupreciado acuario no es tema de conversación para esta cena. Tú has dicho «nada de sexo»; yo digo «nada de peces». ¿Entendido?

—Fue culpa mía, tía —terció Clark—. El acuario fue idea mía.

—Estaba congelándome —explicó Juan Diego a la mujer anguila—. Detesto el aire acondicionado —dijo a todos—. Es posible que sí tomara demasiada cerveza...

—No se disculpe —le dijo Josefa—. Sólo eran peces.

—¡Sólo peces! —exclamó la tía Carmen.

La doctora Quintana se inclinó sobre la mesa y tocó la mano correosa de la tía Carmen.

—¿Quieres saber cuántas vaginas he visto yo durante la última semana..., durante el último mes? —preguntó a su tía.

—¡Josefa! —exclamó Clark.

—Nada de peces, nada de sexo —repitió la doctora Quintana a la mujer anguila—. ¿Quieres hablar de peces, Carmen? Tú ándate con cuidado.

—Espero que *Morales* esté bien —dijo Juan Diego a la tía Carmen en un esfuerzo de pacificación.

—*Morales* está distinto; la experiencia lo cambió —repuso la tía Carmen altivamente.

—Nada de anguilas tampoco, Carmen —terció Josefa—. Tú ándate con cuidado.

Ay, las doctoras... ¡Cómo las apreciaba Juan Diego! En su día adoró a la doctora Marisol Gómez; sentía devoción por su querida amiga la doctora Rosemary Stein. ¡Y ahí estaba la maravillosa doctora Josefa Quintana! Juan Diego sentía afecto por Clark, pero ¿se merecía Clark una mujer así?

«Aparece sin más», había dicho la niña de las trenzas al referirse a la dama

misteriosa. ¿Y acaso no había confirmado el joven chófer que la dama había aparecido sin más?

No obstante, la conversación sobre el acuario había sido intensa; ahora nadie, ni siquiera Juan Diego, se acordaba de la huésped no invitada, no en el momento en que el pequeño gecko cayó (o se dejó caer) desde el techo. El gecko aterrizó en el ceviche intacto del plato del asiento contiguo a Juan Diego; era como si la pequeña criatura supiera qué plato de ensalada estaba sin vigilancia. El gecko pareció meterse en la conversación en el único asiento vacío.

El lagarto era tan delgado como un bolígrafo, y sólo la mitad de largo. Dos mujeres chillaron; una era una mujer bien vestida, sentada justo enfrente del asiento desocupado de la huésped misteriosa (la marinada de cítrico le salpicó las gafas). Un trozo de mango saltó del plato de ensalada en dirección al hombre mayor que habían presentado a Juan Diego como cirujano jubilado. (Él y Juan Diego estaban sentados a ambos lados del asiento vacío.) La mujer del cirujano, una de esas lectoras «de cierta edad», había chillado más fuerte que la mujer bien vestida, que ya se había tranquilizado y se limpiaba las gafas.

—Malditos bichos —dijo la mujer bien vestida.

—¿Y a ti quién te ha invitado? —preguntó el cirujano jubilado al pequeño gecko, que ahora permanecía agazapado (inmóvil) en el ceviche para él desconocido.

Todos se rieron excepto la tía Carmen; por lo visto, para ella el pequeño gecko visiblemente nervioso no era motivo de risa. El gecko parecía a punto de brincar, pero ¿adónde iría?

Más tarde, todos dirían que, distraídos por el gecko, no se habían fijado en la mujer esbelta del vestido de seda beige. «Había aparecido sin más», pensarían todos más tarde; nadie la vio acercarse a la mesa, pese a que era muy digna de que la mirasen con aquel vestido sin mangas perfectamente entallado. Al parecer se deslizó sin que nadie advirtiese su presencia hasta la silla que la esperaba; ni siquiera el gecko la vio llegar, y los geckos siempre están muy alertas. (Si uno es un gecko y quiere conservar la vida, más le vale estar alerta.)

Juan Diego recordaría haber visto sólo un fugaz asomo de la esbelta muñeca de la mujer; no alcanzó a ver el tenedor de ensalada en su mano, no hasta que ella traspasó la espina dorsal del gecko, del tamaño de una ramita, inmovilizándolo contra un trozo de mango en su plato.

—Te pillé —dijo Miriam.

Esta vez, sólo la tía Carmen gritó, como si la apuñalada hubiese sido ella. Siempre se puede contar con que los niños lo ven todo; quizá los chiquillos habían visto llegar a Miriam y habían tenido el sentido común de observarla.

—No pensaba que los seres humanos pudieran ser tan rápidos como los geckos —diría Pedro a Juan Diego otro día. (Se encontraban en la biblioteca de la primera planta, atentos al cuadro de san Ignacio de Loyola, a la espera de que apareciese el gecko gigante, pero ese gecko nunca volvió a dejarse ver.)

—Los geos son muy, muy rápidos; es imposible atraparlos —diría Juan Diego al niño.

—Pero esa señora... —empezó a decir Pedro y se interrumpió.

—Sí, fue rápida —se limitó a comentar Juan Diego.

En el comedor sumido en el silencio, Miriam sostuvo el tenedor de ensalada entre el pulgar y el índice, cosa que recordó a Juan Diego la forma en que Flor sostenía el cigarrillo, como si fuera un porro.

—Camarero —dijo Miriam.

El geos sin vida pendía flácidamente de las relucientes púas del pequeño tenedor. El joven chófer, que era un camarero torpe, se acercó de forma apresurada a coger el arma asesina de la mano de Miriam.

—Necesitaré también un nuevo ceviche —le dijo a la vez que ocupaba su asiento—. No te levantes, cariño —dijo apoyando la mano en el hombro de Juan Diego—. Sé que no ha pasado mucho tiempo, pero no sabes cuánto te he echado de menos —añadió. En el comedor todos lo habían oído; nadie hablaba.

—Yo también te he echado de menos a ti —contestó Juan Diego.

—Pues aquí me tienes —dijo Miriam.

Así que se conocían, pensaba todo el mundo; no era exactamente la invitada misteriosa que imaginaban. De pronto, dejó de parecer «no invitada». Y Juan Diego ya no daba la impresión de ser exactamente «neutral».

—Les presento a Miriam —anunció Juan Diego—. Y te presento a Clark; Clark French, el escritor. Mi ex alumno —añadió Juan Diego.

—Ah, sí —dijo Miriam con una recatada sonrisa.

—Y la mujer de Clark, Josefa..., la doctora Quintana —prosiguió Juan Diego.

—Me alegra de que haya un médico aquí —dijo Miriam a Josefa—. Así el Encantador resulta un lugar menos remoto.

La saludó un coro de voces; y otros médicos, que alzaron las manos. (En su mayoría hombres, por supuesto, pero incluso las doctoras levantaron la mano.)

—Ah, estupendo, toda una familia de médicos —comentó Miriam sonriendo a los presentes.

La tía Carmen fue la única que no se dejó cautivar precisamente; sin duda se había puesto del bando del geos: al fin y al cabo, era defensora de los animales.

¿Y los niños?, se preguntaba Juan Diego. ¿Qué impresión les causaba a ellos la huésped misteriosa?

Notó que la mano de Miriam le rozaba el regazo; la apoyó en su muslo.

—Feliz Año Nuevo, cariño —le susurró ella.

Juan Diego creyó percibir también el contacto de su pie en la pantorrilla, y luego en la rodilla.

—Hola, señor —dijo Consuelo desde debajo de la mesa.

Esta vez la niña de las trenzas no estaba sola; Pedro se había metido a gatas bajo la mesa con ella. Juan Diego se quedó mirándolos.

Josefa no había visto a los niños; estaba inclinada sobre la mesa, comunicándose con Clark por medio de un lenguaje de signos ininteligible.

Miriam se asomó bajo la mesa; vio que los dos niños los miraban.

—Me parece que la señora no adora a los geocos, señor —dijo Pedro.

—No creo que ella eche de menos a los geocos —añadió Consuelo.

—No, no me gustan los geocos en el ceviche —dijo Miriam a los niños—. No echo de menos a los geocos en la ensalada —añadió.

—¿Usted qué opina, señor? —preguntó la pequeña de las trenzas a Juan Diego—. ¿Qué opinaría su hermana? —preguntó.

—Sí, ¿qué...? —empezó a decir Pedro, pero Miriam se inclinó hacia ellos; su rostro, bajo la mesa, quedó de pronto muy cerca de los niños.

—Escuchad, vosotros dos —dijo Miriam—. No le preguntéis qué opina su hermana; a su hermana la mató un león.

Eso ahuyentó a los niños; se alejaron gateando a toda prisa.

Yo no quería provocarles pesadillas, intentaba decir Juan Diego a Miriam, pero fue incapaz de hablar. ¡Yo no quería asustarlos!, intentó decirle, pero las palabras no le salieron. Era como si hubiese visto la cara de Lupe bajo la mesa, pese a que la niña de las trenzas, Consuelo, era mucho menor que Lupe cuando murió.

De pronto volvió a enturbiársele la visión; esta vez, Juan Diego supo que no era por la Viagra.

—Son sólo lágrimas —declaró a Miriam—. Estoy perfectamente; no me pasa nada. Sólo estoy llorando —intentó explicar a Josefa. (La doctora Quintana lo había agarrado del brazo.)

—¿Te encuentras bien? —preguntó Clark a su ex profesor.

—Estoy perfectamente, Clark; no me pasa nada. Sólo estoy llorando —repitió Juan Diego.

—Claro que estás llorando, cariño; claro que estás llorando —dijo Miriam y le agarró del otro brazo; le besó la mano.

—¿Dónde está esa encantadora niña de las trenzas? Pídale que venga —dijo Miriam a la doctora Quintana.

—¡Consuelo! —llamó Josefa. La niña corrió hasta su mesa.

Pedro la seguía de cerca.

—¡Aquí estáis, los dos! —exclamó Miriam; soltó el brazo a Juan Diego y estrechó a los niños contra sí—. No os asustéis —les dijo—. El señor Guerrero está triste por su hermana; siempre está pensando en ella. ¿No lloraríais vosotros si os fuera imposible olvidar que a vuestra hermana la mató un león? —preguntó Miriam a los niños.

—¡Sí! —exclamó Consuelo.

—Supongo —dijo Pedro; en realidad, daba la impresión de que él sí podría olvidarlo.

—Pues bien, así es como se siente el señor Guerrero; sencillamente la echa de

menos —explicó Miriam a los niños.

—La echo de menos; se llamaba Lupe —consiguió decir Juan Diego a los niños. El joven chófer, ahora camarero, sostenía una cerveza para servírsela; el torpe muchacho estaba allí parado, sin saber qué hacer con la cerveza.

—¡Déjala ya! —le ordenó Miriam, y él obedeció.

Consuelo se había encaramado al regazo de Juan Diego.

—Todo irá bien —dijo la niña; se tiraba de las trenzas: eso hizo llorar y llorar a Juan Diego—. Todo irá bien, señor —repitió Consuelo.

Miriam levantó en brazos a Pedro y se lo acomodó en el regazo; el niño no parecía tenerlas todas consigo, pero Miriam lo resolvió en el acto.

—¿Qué imaginas que podrías echar tú de menos, Pedro? —preguntó Miriam—. O sea, algún día... ¿Qué echarías de menos si lo perdieras? ¿A quién echarías de menos? ¿A quién quieres mucho?

Pero ¿quién es esta mujer? ¿De dónde ha salido?, pensaban todos los adultos; también Juan Diego lo pensaba. Deseaba a Miriam; estaba encantado de verla. Pero ¿quién era, y qué hacía allí? ¿Y por qué los tenía a todos fascinados? Incluso a los niños, pese a haberlos asustado.

—Bueno —empezó a decir Pedro, y arrugó la frente en una expresión de total seriedad—, echaría de menos a mi padre. Lo echaré de menos... algún día.

—Sí, claro que lo echarás de menos; eso está muy bien. A eso me refiero exactamente —dijo Miriam al niño. Una especie de melancolía pareció abatirse sobre el pequeño Pedro; se recostó contra Miriam, que lo acunó en su pecho—. Qué chico más listo —le susurró. El niño cerró los ojos; suspiró. Resultaba casi obsceno verlo así de seducido.

La mesa —todo el comedor— parecía sumida en el mayor silencio.

—Siento lo de su hermana, señor —dijo Consuelo a Juan Diego.

—Todo irá bien —dijo Juan Diego a la niña. Agotado como se sentía, fue incapaz de proseguir, incapaz de cambiar nada.

Fue el joven chófer, el camarero poco seguro de sí mismo, quien dijo algo en tagalo a la doctora Quintana.

—Sí, claro, servid ya el plato principal. ¡Vaya pregunta! ¡Servidlo ya! —le contestó Josefa. (Ni una sola persona se había puesto el gorro de fiesta. Aún no era la hora de la fiesta.)

—¡Mirad a Pedro! —dijo Consuelo; la niña se reía—. Se ha quedado dormido.

—Oh, ¿no es un encanto? —dijo Miriam a Juan Diego con una sonrisa.

El niño dormía profundamente en el regazo de Miriam, la cabeza apoyada en su pecho. ¡Era extrañísimo que un niño de su edad se durmiera sin más en el regazo de una absoluta desconocida..., que además daba tanto miedo!

Pero ¿quién es esta mujer?, volvió a preguntarse Juan Diego, sin embargo, no podía dejar de sonreírle. Tal vez todos ellos se preguntaban quién era Miriam, pero nadie decía nada ni hacía nada para detenerla.

La lujuria tiene sus métodos

Después de marcharse de Oaxaca, Juan Diego permanecería en contacto con el hermano Pepe durante años. Lo que Juan Diego supo de Oaxaca desde principios de los años setenta fue gracias en gran medida a la fiel correspondencia de Pepe.

El problema era que Juan Diego no siempre recordaba cuándo le había transmitido Pepe tal o cual información importante; para Pepe, toda novedad era «importante», todo cambio tenía su peso, al igual que aquellas cosas que no habían cambiado (y nunca cambiarían).

Durante la epidemia de sida, el hermano Pepe escribió a Juan Diego para hablarle del bar gay de Bustamante, pero si fue a finales de los ochenta o a principios de los noventa... En fin, ésa era la clase de especificidad que se le escapaba a Juan Diego. «Sí, aquel bar todavía está allí, y todavía es gay», había escrito Pepe; Juan Diego debía de haberle preguntado al respecto. «Pero ya no se llama La China; ahora es el Chinampa.»

Y más o menos por esas fechas Pepe le había escrito que el doctor Vargas sentía la «impotencia de la comunidad médica». Con el sida, Vargas sintió la «intrascendencia» de ser traumatólogo. «Ningún médico está formado para ver morir a la gente; lo nuestro no es andar agarrando a la gente de la mano», le había dicho Vargas a Pepe, y eso que Vargas ni siquiera atendía enfermedades infecciosas.

Desde luego, el comentario parecía muy propio de Vargas, que aún se sentía excluido por no haber estado en el accidente de avión de su familia.

La carta de Pepe sobre La Coronita llegó en los años noventa, si la memoria no engañaba a Juan Diego. El «sitio de las fiestas» de los travestidos había cerrado; el dueño, que era gay, había muerto. Cuando La Coronita reabrió, se había ampliado; incluía una planta superior, y ahora era un lugar para prostitutas travestidas y sus clientes. La gente ya no esperaba a llegar al bar para vestirse de mujer; los travestis eran quienes eran ya cuando llegaban. Eran mujeres cuando acudían allí, o eso insinuaba Pepe.

En los años noventa, el hermano Pepe atendía a enfermos terminales; a diferencia de Vargas, Pepe sí era apto para agarrar a la gente de la mano, y para entonces Niños Perdidos ya no existía desde hacía tiempo.

El Hogar de la Niña había abierto en 1979. Era la respuesta, sólo para chicas, a Ciudad de Los Niños, que Lupe había llamado Ciudad de los «Chicos». Pepe había trabajado en el Hogar de la Niña a lo largo de la década de los ochenta y a principios de los noventa.

Pepe nunca menospreciaría un orfanato. El Hogar de la Niña no estaba muy lejos de Viguera, donde seguía en activo su equivalente sólo para chicos, Ciudad de los Niños. El Hogar de la Niña estaba en el barrio de Cuauhtémoc.

En opinión de Pepe, esas niñas eran muy rebeldes; se había quejado a Juan Diego de que podían ser crueles entre sí. Y a Pepe no le había gustado la adoración que las niñas sentían por *La Sirenita*, la película de dibujos animados de Disney estrenada en 1989. En el dormitorio tenían calcomanías de tamaño natural de la propia Sirenita. «Más grandes que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe», se había quejado Pepe. (Como sin duda se habría quejado Lupe, pensó Juan Diego.)

Pepe le había mandado una foto de algunas de las niñas en sus vestidos heredados y anticuados, de esos que se abotonaban por la espalda. En el retrato, Juan Diego no veía que las niñas se hubieran molestado en abrocharse las espaldas de los vestidos, pero el hermano Pepe también se había quejado de eso; por lo visto, no abrochárselos era sólo uno de los actos de «rebeldía» de esas niñas.

El hermano Pepe (pese a sus quejas menores) seguiría siendo «uno de los soldados de Cristo», como se complacía el ‘señor Eduardo’ en llamar a sus hermanos jesuitas, y a sí mismo. Pero, en realidad, Pepe estaba al servicio de los niños; ésa había sido su vocación.

En la ciudad habían aparecido otros orfanatos; cuando Niños Perdidos cerró, surgieron sustitutos; quizá no con las prioridades «educativas» que en otro tiempo tanto importaban al padre Alfonso y al padre Octavio, pero, así y todo, eran orfanatos. Algún día habría varios en Oaxaca.

A finales de los años noventa, el hermano Pepe fue a trabajar al Albergue Josefino de Santa Lucía del Camino. El orfanato había abierto en 1993, y las monjas cuidaban de chicos y de chicas, si bien los chicos no podían quedarse en el centro una vez cumplidos los doce años. Juan Diego no entendió quiénes eran las monjas, y el hermano Pepe no se molestó en explicarlo. Madres de los desamparados. (A Juan Diego la palabra «desamparados» siempre le había sonado mejor que «abandonados».) Pero Pepe llamaba a las monjas «madres de aquellos que no tienen techo». Pepe opinaba que, entre todos los orfanatos, el Albergue Josefino era el más agradable. «Los niños te agarran de la mano», escribió a Juan Diego.

Había una Guadalupe en la capilla, y otra en el aula; incluso había un reloj de Guadalupe, dijo Pepe. Las niñas podían quedarse hasta que desearan irse; algunas habían cumplido ya los veinte cuando se marchaban. Pero a Lupe y a Juan Diego no les habría servido, ya que Juan Diego habría sido demasiado mayor.

«No te mueras nunca», había escrito Juan Diego al hermano Pepe desde Iowa City. Lo que Juan Diego quería decir era que él también moriría si perdía a Pepe.

¿Cuántos médicos debía de haber alojados esa Nochevieja en el hotel Encantador a orillas del mar? ¿Diez o doce? Quizá más. La familia filipina de Clark French estaba llena de médicos. Ninguno de aquellos médicos —ciertamente no la mujer de Clark, la doctora Josefa Quintana— habría aconsejado a Juan Diego que se saltara otra dosis de betabloqueantes.

Entre aquellos médicos, quizá los hombres —los que habían visto a Miriam, en

especial aquellos que habían sido testigos de cómo ensartaba el geco con un tenedor de ensalada a la velocidad del rayo— habrían coincidido en que el comprimido de cien miligramos de Viagra era recomendable.

Pero en cuanto a alternar la omisión de dosis con dosis dobles (o medias dosis) de Lopressor..., ¡eso ni hablar! Ni siquiera los hombres entre aquellos médicos que celebraban la Nochevieja en el Encantador habrían aprobado esa pauta.

Cuando Miriam, aunque brevemente, convirtió la muerte de Lupe en tema de conversación en la mesa durante la cena, Juan Diego se acordó de Lupe: la forma en que reprendió a la escultura sin nariz de la Virgen María.

«Enséñame un milagro de verdad —había retado Lupe a la giganta—. ¡Haz algo para que crea en ti! ¡Para mí no eres más que una matona enorme!»

¿Fue eso lo que llevó a Juan Diego a ser cada vez más consciente de que existía una desconcertante similitud entre la descomunal Virgen María del Templo de la Compañía de Jesús y Miriam?

En ese momento de incertidumbre, Miriam le tocó por debajo de la mesa: el muslo, los pequeños bultos en el bolsillo delantero derecho del pantalón.

—¿Qué hay aquí? —le preguntó Miriam en un susurro. Él se apresuró a enseñarle la ficha de mahjong, la histórica pieza de ese juego, pero antes de que pudiera iniciar una explicación detallada, Miriam murmuró—: Ah, no, eso no; ya estoy al corriente acerca de ese recordatorio tan inspirador que llevas encima. Me refería a qué otra cosa guardas en el bolsillo.

¿Había leído Miriam lo de la ficha de mahjong en alguna entrevista al autor? ¿Se le había escapado a Juan Diego la historia de tan preciado recuerdo ante los medios de comunicación, que siempre lo trivializan todo? Miriam parecía saber lo del comprimido de Viagra sin que él la hubiese informado. ¿Acaso Dorothy había contado a su madre que Juan Diego tomaba Viagra? Con toda seguridad, él no había dicho que tomase Viagra en ninguna entrevista, ¿o sí?

El hecho de no saber qué sabía (o no sabía) Miriam sobre la Viagra llevó a Juan Diego a evocar el fugaz diálogo mantenido a su llegada al circo, cuando Edward Bonshaw, que ya estaba enterado de que Flor era una prostituta, descubrió que era un travestido.

Fue puro azar: a través de la puerta abierta de una carpa de la compañía habían visto a Paco, el enano travestido, y Flor había dicho al oriundo de Iowa: «Sólo soy más pasable que Paco, encanto».

«¿Comprende el hombre papagayo que Flor tiene pene?», había preguntado Lupe (sin traducción). Quedó claro que el ‘hombre papagayo’ estaba pensando en el pene de Flor. Flor, que sabía qué pensaba el ‘señor Eduardo’, redobló su coqueteo con el oriundo de Iowa.

El destino lo es todo, reflexionaba Juan Diego; se acordó de la niña de las trenzas, Consuelo, y de la manera en que había dicho «Hola, señor». ¡Cuánto le recordaba a Lupe!

La forma en que Lupe había repetido a *Hombre*: «No te preocupes por lo que pase».

«He oído que a usted le gustan los látigos», había dicho Flor en voz baja al tambaleante misionero, que tenía las sandalias rebozadas de mierda de elefante.

«El rey de los cerdos», había dicho de pronto Lupe al ver a Ignacio, el domador de leones.

Juan Diego se preguntó por qué acudía eso ahora a su memoria; no podía ser sólo porque Consuelo, la niña de las trenzas, hubiera dicho «Hola, señor». ¿Cómo había llamado Consuelo a Miriam? «La señora que aparece sin más.»

«¿No lloraríais vosotros si os fuera imposible olvidar que a vuestra hermana la mató un león?», había preguntado Miriam a los niños. Y, a continuación, Pedro se había quedado dormido con la cabeza apoyada en el pecho de Miriam. Era como si el chiquillo hubiese sido embrujado, reflexionaba Juan Diego.

Juan Diego había estado mirándose el regazo —mirando la mano de Miriam, que presionaba el comprimido de Viagra contra su muslo derecho—, pero cuando alzó la vista para echar una ojeada a los comensales en torno a la mesa (en torno a todas las mesas), cayó en la cuenta de que se había perdido el momento en que los presentes se pusieron el gorro de fiesta. Vio que incluso Miriam llevaba un gorro de fiesta de papel, una especie de corona de rey o de reina; sin embargo, la suya era rosa. Los gorros de fiesta eran todos de colores pastel. Juan Diego se tocó la cabeza y notó el gorro de fiesta: una corona de papel circundándole el pelo.

—La mía es... —empezó a decir.

—Azul pastel —dijo Miriam.

Y cuando Juan Diego se palpó el bolsillo delantero del pantalón, advirtió que la ficha de mahjong estaba, pero el comprimido de Viagra no. Notó asimismo la mano de Miriam sobre la suya.

—Te la has tomado —susurró ella.

—¿Ah, sí?

Ya habían recogido los platos, pese a que Juan Diego no recordaba haber comido, ni siquiera el ceviche.

—Se te ve cansado —decía Miriam.

Si Juan Diego hubiese tenido más experiencia con las mujeres, ¿no habría sabido que Miriam tenía algo de extraño, o un poco «remoto»? En esencia, su conocimiento de las mujeres se basaba en la literatura, en la lectura y la creación de novelas. En los libros, las mujeres eran a menudo seductoras y misteriosas; en las novelas de Juan Diego, las mujeres eran también intimidatorias. ¿Y no era normal —o al menos nada fuera de lo común— que las mujeres en los libros fuesen una pizca peligrosas?

Si las mujeres de su vida real iban a la zaga de esas mujeres que había conocido sólo en la imaginación..., en fin, quizás eso explicara por qué las mujeres como Miriam y Dorothy, muy alejadas de la experiencia de Juan Diego con mujeres reales, le atrajeran y le resultaran familiares. (Tal vez se había cruzado con ellas muchas

veces en la imaginación. ¿Era ahí donde las había visto antes?)

Si los gorros de fiesta de papel habían cobrado forma súbitamente en las cabezas de quienes celebraban la Nochevieja en el Encantador, también carecía de explicación que hubiera aparecido de forma igualmente espontánea el grupo de música, empezando por tres jóvenes desaliñados con vello facial intermitente y síntomas de inanición. El guitarra solista exhibía un tatuaje en el cuello semejante a una quemadura, la imitación de una piel escaldada. El que tocaba la armónica y el batería gustaban de las camisetas sin mangas, que dejaban al descubierto sus brazos tatuados; el batería sentía debilidad por el tema de los insectos, en tanto que el de la armónica prefería los reptiles: sólo vertebrados escamosos, serpientes y lagartos, podían reptar por sus brazos desnudos.

Miriam dedicó un cáustico comentario a esos jóvenes:

—Mucha testosterona pero poco porvenir.

Juan Diego advirtió que Clark French lo oía, pero Clark estaba de espaldas a los chicos del grupo; a juzgar por su expresión de ligera alarma, Clark pensó que Miriam se refería a él.

—Esos chicos, detrás de ti..., el grupo, Clark —indicó la doctora Quintana a su marido.

Se llamaban (todo el mundo lo sabía) los Monos Nocturnos. La reputación del grupo, que era exclusivamente local, se sostenía en los huesudos hombros desnudos de la cantante: una muchachita esquelética con un vestido sin tirantes. Por falta de volumen en los pechos, el vestido se le escurría, y su cabello negro y lacio, brutalmente cortado a la altura del lóbulo de la oreja, contrastaba con su palidez cadavérica. Su piel presentaba una blancura antinatural: no muy filipina, pensaba Juan Diego. El hecho de que la cantante semeajara un cadáver recién desenterrado llevó a Juan Diego a preguntarse si tal vez un tatuaje o dos no habrían servido de algo, aunque fuera un insecto o un reptil, incluso la grotesca y visible lesión en el cuello del guitarra solista.

Para el nombre del grupo, los Monos Nocturnos, Clark, cómo no, tenía una explicación. Las cercanas Colinas de Chocolate eran una de las atracciones turísticas de la zona. En las Colinas de Chocolate había Monos.

—Los monos deben de ser nocturnos, se ve —comentó Miriam.

—Exacto —contestó Clark no muy convencido—. Si le interesa, y no llueve, podría organizarse una excursión a las Colinas de Chocolate; vamos allí unos cuantos cada año —dijo Clark.

—Pero de día no veríamos a los monos, no si son nocturnos —señaló Miriam.

—Eso es verdad: nunca vemos a los monos —masculló Clark. Juan Diego advirtió que le costaba mirar a Miriam.

—Supongo que tendremos que conformarnos con «estos» monos —dijo Miriam; lánguidamente, señaló con el brazo desnudo en dirección al desventurado grupo. Desde luego, parecían Monos Nocturnos.

—Una noche, cada año, unos cuantos damos un paseo en barco por el río —se aventuró a contar Clark, aún con más cautela que antes. Miriam lo ponía nervioso; ella se limitó a esperar a que continuara—. Vamos en autobús hasta el río. En el río hay muelles, sitios donde comer —prosiguió Clark, yéndose por las ramas—. Después de la cena, vamos en un barco turístico río arriba.

—A oscuras —dijo Miriam con indiferencia—. ¿Qué se ve a oscuras? —preguntó a Clark.

—Luciérnagas..., debe de haber miles. Las luciérnagas son espectaculares —respondió Clark.

—¿Qué hacen las luciérnagas... aparte de parpadear? —preguntó Miriam.

—Las luciérnagas parpadean de forma espectacular —insistió Clark.

Miriam se encogió de hombros.

—El parpadeo es a lo que recurren esos escarabajos a modo de cortejo —dijo Miriam—. ¡Imagínese que lo único que pudiéramos hacer nosotros para insinuarnos fuese parpadear! —Dicho lo cual, empezó a parpadear en dirección a Juan Diego, que le devolvió el parpadeo; los dos se echaron a reír.

La doctora Josefa Quintana se rió también; parpadeó en dirección a su marido, sentado al otro lado de la mesa, pero Clark French no estaba de humor para parpadeos.

—Las luciérnagas son espectaculares —repitió a la manera de un maestro de escuela que ha perdido el control de la clase.

La forma de parpadear de Miriam le provocó a Juan Diego una erección. Se acordó (gracias a Miriam) de que había tomado la Viagra, y quizá la mano de Miriam en su muslo, bajo la mesa, hubiera contribuido. Juan Diego, para su desconcierto, tuvo la clara impresión de que alguien le echaba el aliento en la rodilla —muy cerca de donde descansaba la mano de Miriam en su muslo—, y cuando miró bajo la mesa, allí estaba la niña de las trenzas, Consuelo, mirándolo.

—Buenas noches, señor; se supone que tengo que irme a la cama —anunció Consuelo.

—Buenas noches, Consuelo —dijo Juan Diego. Josefa y Miriam miraron a la niña bajo la mesa—. Mi madre siempre me deshace las trenzas antes de acostarme —explicó la niña—. Pero esta noche va a acostarme una adolescente: tendré que dormir con trenzas.

—El pelo no se te morirá en una noche, Consuelo —dijo la doctora Quintana a la niña—. Tus trenzas sobrevivirán una noche.

—Se me ondulará el pelo —se quejó Consuelo.

—Ven aquí —dijo Miriam—. Yo sé deshacer trenzas.

Consuelo era reacia a acercarse a Miriam, pero Miriam sonrió y tendió los brazos a la niña, que se encaramó a su regazo. Se quedó allí sentada con la espalda muy erguida y las manos firmemente entrelazadas.

—Se supone que también hay que cepillar el pelo, pero usted no tiene cepillo —

dijo Consuelo, nerviosa.

—Sé qué hacer con las trenzas sin usar nada más que los dedos —aseguró Miriam a la niña—. Puedo peinarte con los dedos.

—Por favor, no me duerma como a Pedro —rogó Consuelo.

—Lo procuraré —contestó Miriam a su manera inexpresiva, sin prometer nada.

Mientras Miriam deshacía las trenzas a Consuelo, Juan Diego miró debajo de la mesa en busca de Pedro, pero el niño, sin ser visto, se había sentado en la silla de la doctora Quintana. (Juan Diego tampoco había advertido en qué momento había abandonado su asiento la doctora Quintana, pero vio entonces que la doctora estaba de pie junto a Clark, al otro lado de la mesa, en diagonal.) Muchos de los adultos se habían levantado de las mesas dispuestas en el centro del comedor; esas mesas estaban siendo apartadas. El centro del comedor se convertiría en la pista de baile. A Juan Diego no le gustaba ver bailar a la gente; el baile no es apto para cojos, ni siquiera como experiencia indirecta.

Estaban llevando a la cama a los niños; los niños mayores, los adolescentes, también habían abandonado las mesas situadas en el perímetro de la pista de baile. Algunos adultos se habían sentado ya en esas mesas del perímetro. Cuando empezara a sonar la música, los adolescentes, sin duda, regresarían, pensaba Juan Diego, pero de momento habían desaparecido, para hacer lo que fuera que hiciesen los adolescentes.

—¿Qué le habrá pasado al gecko grande de detrás del cuadro, señor? —preguntó Pedro en voz baja a Juan Diego.

—Bueno... —empezó Juan Diego.

—Ha desaparecido. Lo he buscado. Ahí no hay nada —susurró Pedro.

—Ese gecko grande debe de haberse ido de caza —aventuró Juan Diego.

—Ha desaparecido —repitió Pedro—. Quizá la señora también ha apuñalado al gecko grande —susurró Pedro.

—No..., no lo creo, Pedro —dijo Juan Diego, pero, al parecer, el niño estaba convencido de que el gecko grande se había ido para siempre.

Miriam había deshecho las trenzas a Consuelo y pasaba expertamente sus dedos por el espeso cabello negro de la niña.

—Tienes un pelo precioso, Consuelo —dijo Miriam a la niña, que permanecía sentada en el regazo de Miriam sólo un poco menos rígida que antes. Consuelo se resistía a dormirse, reprimía un bostezo.

—Sí, sí tengo el pelo bonito —dijo Consuelo—. Si alguna vez me secuestran, los secuestradores me cortarán el pelo y lo venderán.

—Eso ni lo pienses..., no va a pasar —aseguró Miriam.

—¿Sabe usted todo lo que va a pasar? —preguntó Consuelo a Miriam.

Por algún motivo, Juan Diego contuvo la respiración; esperaba atentamente la respuesta de Miriam. No quería perderse una sola palabra.

—Creo que la señora sí lo sabe todo —susurró Pedro a Juan Diego, que compartía

con el niño aparentemente atemorizado esa premonición con respecto a Miriam.

Juan Diego había dejado de respirar porque creía que Miriam sí conocía el futuro, aunque, a diferencia de Pedro, dudaba mucho que Miriam hubiese liquidado al geco grande. (Habría necesitado un arma asesina más temible que el tenedor de ensalada.)

Y durante todo ese tiempo, mientras Juan Diego contenía la respiración, Pedro y él observaban a Miriam masajearle el cuero cabelludo a Consuelo. No quedó ni una sola onda en el exuberante cabello de la niña, y Consuelo, desplomada contra Miriam, ya había sucumbido; la niña adormilada había entornado los ojos. Al parecer, había olvidado que su pregunta a Miriam aún no tenía respuesta.

Pedro no lo había olvidado.

—Vamos, señor; será mejor que se lo pregunte —susurró el niño—. Está durmiendo a Consuelo; a lo mejor es eso lo que le ha hecho al geco grande —sugirió Pedro.

—¿Sabes...? —empezó a decir Juan Diego, pero se notó la lengua rara en la boca y se le empañó el habla. ¿Sabes todo lo que va a pasar?, quería preguntar a Miriam, pero Miriam se llevó un dedo a los labios y lo obligó a callar.

—Chist..., la pobrecita debería estar en la cama —susurró Miriam.

—Pero usted... —empezó Pedro. No pudo pasar de ahí.

Juan Diego vio cómo caía o se dejaba caer el geco del techo; era otro de tamaño pequeño. Éste aterrizó en la cabeza de Pedro, en su pelo. El geco, sobresaltado, había aterrizado perfectamente en lo alto de la cabeza del niño, dentro de la corona abierta del gorro de fiesta de papel, que en el caso de Pedro era de color verde mar, no muy distinto de la tonalidad del pequeño lagarto. Cuando Pedro notó el geco en el pelo, se echó a gritar; esto arrancó a Consuelo de su trance: la niña también se puso a gritar.

Sólo más tarde entendería Juan Diego por qué dos niños filipinos gritaban por un geco. No era el geco lo que inducía a Pedro y a Consuelo a gritar. Gritaban porque debían de haber imaginado que Miriam iba a apuñalar al geco, inmovilizando al pequeño lagarto en lo alto de la cabeza de Pedro.

Juan Diego tendió la mano hacia el geco en el pelo de Pedro cuando el niño, presa del pánico, dio un manotazo al lagarto y lo mandó hacia la pista de baile, donde también acabó su gorro de fiesta. Fue el batería (el de los tatuajes de insectos en los brazos desnudos) quien asestó un pisotón al geco; las entrañas del lagarto le salpicaron los ceñidos vaqueros.

—Tío, te has pasado —dijo el que tocaba la armónica; era el otro que vestía camiseta sin mangas, el músico con serpientes y lagartos tatuados en los brazos.

El guitarra solista con una quemadura tatuada en el cuello no vio el geco despanzurrado; manipulaba el amplificador y los altavoces para ajustar el sonido.

Pero Consuelo y Pedro sí habían visto la suerte corrida por el pequeño geco; sus gritos eran ahora gemidos de protesta, que los adolescentes que se los llevaron a la cama no consiguieron aplacar. (Los gritos y los gemidos habían atraído a los adolescentes de regreso al comedor, confundiendo, quizá, las exclamaciones de los

niños con el primer tema del grupo de música.)

Más filosófica que otros cantantes, la muchachita de color cadáver fijó la mirada en el techo por encima de la pista de baile, como si esperara que cayeran más gecos.

—Detesto a esos putos bichos —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Vio, además, que el batería intentaba limpiarse el vaquero salpicado de entrañas de lagarto—. ¡Qué asco! —exclamó la cantante con toda naturalidad; tal como lo dijo, dio la impresión de que «Qué asco» era el título de su canción más conocida.

—Me juego lo que quieras a que mi habitación está más cerca de la pista de baile que la tuya —dijo Miriam a Juan Diego mientras los adolescentes se llevaban de allí a los niños aterrorizados—. Lo que quiero decir, cariño, es que la decisión de si dormimos en tu habitación o en la mía debería basarse preferiblemente en hasta qué punto queremos oír a estos Monos Nocturnos.

—Sí —fue lo único que consiguió decir Juan Diego.

Vio que la tía Carmen ya no se hallaba entre los adultos que quedaban en las proximidades de la pista de baile recién aparecida; o bien se la habían llevado junto con las mesas, o se había escabullido a la cama antes que los niños. «Estos» Monos Nocturnos no debían de haberse granjeado con sus encantos el aprecio de la tía Carmen. En cuanto a los verdaderos monos nocturnos, los de las Colinas de Chocolate, Juan Diego imaginó que quizá sí habrían sido del agrado de la tía Carmen..., aunque sólo fuese para darle de comer uno a su mascota la morena.

—Sí —repitió Juan Diego. Decididamente era hora de marcharse. Se puso en pie como si no cojeara, como si nunca hubiera cojeado, y como Miriam lo agarró del brazo al instante, Juan Diego casi no cojeó al empezar a caminar con ella.

—¿No te quedas a dar la bienvenida al Año Nuevo? —preguntó Clark French a su ex profesor, levantando la voz.

—Uy, sí que vamos a darle la bienvenida, eso desde luego —contestó Miriam, también en voz alta, una vez más con un lánguido gesto de su brazo desnudo.

—Déjalos en paz, Clark; déjalos que se marchen —instó Josefa.

Juan Diego debió de ofrecer una imagen un tanto ridícula al tocarse el pelo mientras se alejaba cojeando (sólo un poco); se preguntaba qué había sido de su gorro de fiesta, sin recordar que se lo había quitado Miriam con la misma economía de movimientos con que se había despojado del suyo.

Cuando Juan Diego estaba ya en la primera planta, después de subir por la escalera, Miriam y él oyeron la música de karaoke procedente del club de la playa; la música se sentía levemente desde la galería exterior del Encantador, pero no por mucho tiempo. La lejana música de karaoke no podía competir con el aniquilador sonido de los Monos Nocturnos: la batería súbitamente pulsátil, la guitarra rabiosamente combativa y el lastimero gemido de la armónica (una expresión de dolor felino).

Juan Diego y Miriam aún se hallaban fuera, en la galería, él estaba abriendo la puerta de su habitación del hotel, cuando la cantante, la chica salida de la tumba,

inició su lamento. Cuando la pareja entró en la habitación y Juan Diego cerró la puerta a sus espaldas, los sonidos de los Monos Nocturnos quedaron amortiguados por el suave ronroneo del ventilador del techo. Los ocultaba también otro sonido: por las ventanas abiertas —la brisa que entraba por las mosquiteras soplabá desde el mar—, la insípida canción del karaoke del club de la playa era (gracias a Dios) la única música que oían.

—Esa pobre chica —dijo Miriam; se refería a la cantante de los Monos Nocturnos—. Alguien debería llamar a una ambulancia: está dando a luz o la están destripando.

Esas mismas palabras eran las que Juan Diego estaba a punto de decir antes de que Miriam las pronunciara. ¿Cómo era posible? ¿También ella era escritora? (En tal caso, no cabía duda de que ella y él no eran el mismo escritor.) Fuera cual fuese la razón, parecía carecer de importancia. La lujuria tiene sus métodos para distraerlo a uno de los misterios.

Miriam había metido la mano en el bolsillo delantero derecho del pantalón de Juan Diego. Sabía que él ya se había tomado el comprimido de Viagra, y no tenía interés en sacar la ficha de mahjong; esa bonita pieza del juego no era su amuleto de la suerte.

—Cariño —empezó Miriam, como si nadie hubiese utilizado nunca antes ese anticuado término afectuoso, como si nadie hubiese tocado nunca el pene de un hombre desde el interior del bolsillo de su pantalón.

En el caso de Juan Diego, de hecho, nadie le había tocado el pene así, pese a que había escrito una escena en la que eso ocurría; lo inquietó, un poco, haberlo imaginado ya exactamente de esa manera.

También lo inquietó haber olvidado el contexto de una conversación que había mantenido con Clark. Juan Diego no recordaba si había tenido lugar antes o después de la llegada de Miriam a la mesa y el apuñalamiento del gecko. Clark había estado explayándose acerca de una reciente alumna de escritura; Juan Diego tuvo la impresión de que se trataba de una protegida en curso, aunque percibía que Josefa la veía con escepticismo. La alumna de escritura era una tal «pobre Leslie»: una joven que había sufrido, de algún modo, y por supuesto dentro de un contexto católico. Pero la lujuria tiene sus métodos para distraerlo a uno, y, de pronto, Juan Diego estaba con Miriam.

El Chico Maravilla

En lo alto de la carpa de la compañía destinada a las jóvenes acróbatas había una escalera de mano atornillada horizontalmente a dos montantes paralelos de cinco centímetros por diez. Los peldaños eran de cuerda: dieciocho peldaños espaciados a lo largo de la escalera. Ahí era donde se ejercitaban los funámbulos, porque el techo de la carpa de las acróbatas tenía sólo tres metros y medio de altura. Aunque uno estuviera colgado por los pies de los peldaños de cuerda, cabeza abajo, no se mataría si caía de la escalera en esa carpa.

En la carpa principal, donde se ejecutaban los números circenses..., en fin, eso ya era otra cosa. Una escalera idéntica a ésta, con los dieciocho peldaños de cuerda, estaba atornillada horizontalmente en lo alto de la carpa principal, pero si uno se caía de esa escalera, caía desde una altura de veinticinco metros; sin red, era una muerte segura. En el Circo de La Maravilla no había red para los funámbulos.

Tanto si lo llamaban Circo de La Maravilla como sólo La Maravilla, un aspecto importante de La Maravilla era la ausencia de red. Cuando se decía La Maravilla, tanto si se aludía al circo (a todo el circo) como si se aludía concretamente a la artista —en referencia a La Maravilla en persona—, lo que la convertía en algo tan especial tenía mucho que ver con la ausencia de red.

Era algo intencionado, y obra exclusivamente de Ignacio. De joven, el domador de leones había viajado a la India y había visto por primera vez esa clase de funámbulos, los caminantes de las alturas, en un circo de allí. También fue de allí de donde el domador de leones sacó la idea de utilizar a niños como acróbatas. Ignacio tomó la idea de la ausencia de red de un circo que vio en Junagadh, y de otro que había visto en Rajkot. Ausencia de red, niños artistas, un número de alto riesgo: tal como se vio, los caminantes de las alturas también causaron verdadera sensación entre el público de México. Y como Juan Diego detestaba a Ignacio, había viajado a la India: quería ver lo que el domador de leones había visto; necesitaba saber cuál era el origen de las ideas de Ignacio.

La cuestión del «origen» era un aspecto importante en la vida de Juan Diego como escritor. *Una historia desencadenada por la Virgen María*, su novela ambientada en la India, trataba del «origen» de todo; en esa novela, como en gran parte de la infancia y adolescencia de Juan Diego, los jesuitas o el circo eran el origen de muchas cosas. Aun así, ninguna novela de Juan Diego Guerrero estaba ambientada en México; no aparecían personajes mexicanos (ni mexicano-estadounidenses) en su narrativa. «La vida real es un modelo demasiado chapucero para la buena literatura», había dicho Juan Diego. «Los buenos personajes de las novelas están más plenamente formados que la mayoría de las personas que conocemos en nuestra vida», añadiría. «Los personajes de las novelas son más comprensibles, más consecuentes, más

previsibles. En ninguna buena novela hay caos; muchas de las llamadas vidas reales son caóticas. En una buena novela, todo lo importante para la trama tiene su origen en algo o en alguna parte.»

Sí, el origen de sus novelas estaba en su infancia y adolescencia: ése era el origen de sus miedos, y el origen de su imaginación residía en todo aquello que le infundía miedo. Eso no significaba que escribiera sobre sí mismo, o sobre lo que le había ocurrido de niño y adolescente; no era así. Como escritor, Juan Diego Guerrero había imaginado aquello que le infundía miedo. Nunca podía saberse lo suficiente sobre el origen de las personas reales.

He ahí, por ejemplo, el caso de Ignacio, el domador de leones; en particular, su depravación. No podía achacarse la culpa a la India. Sin duda, él se había formado en la doma de leones en los circos indios, pero domar leones no era una aptitud atlética; y no era acrobática, eso por descontado. (La doma de leones es una cuestión de dominación; esto parece aplicable a domadores tanto de leones macho como de leones hembra.) Ignacio había aprendido a ofrecer un aspecto intimidador, o ya poseía esa cualidad antes siquiera de viajar a la India. Con los leones, el elemento de intimidación era ilusorio, por supuesto. Y si la dominación daba resultado o no..., en fin, eso dependía de cada león en concreto. O cada leona en concreto, en el caso de Ignacio: el factor femenino.

El funambulismo en sí era, básicamente, una cuestión de técnica; para los funámbulos, eso conllevaba aprender un sistema específico. Había una manera determinada de hacerlo. Ignacio lo había visto, pero el domador de leones no era un acróbata; sólo se había casado con una. La mujer de Ignacio, Soledad, era la acróbata, o antigua acróbata. Había sido trapecista, voladora; físicamente, Soledad era capaz de hacer cualquier cosa.

Ignacio, simplemente, había descrito en qué consistía caminar por las alturas; Soledad era quien enseñaba a las jóvenes acróbatas a hacerlo. Soledad había aprendido por su cuenta a caminar por las alturas sin peligro en la escalera de esa carpa de la compañía; una vez dominado el ejercicio sin caerse, Soledad supo que podía enseñárselo a las jóvenes acróbatas.

En el Circo de La Maravilla sólo se adiestraba como funámbulas a las más jóvenes, sólo a las niñas acróbatas, hasta cierta edad (Las Maravillas propiamente dichas). Eso era también intencionado, y obra exclusiva de Ignacio. Al domador de leones le gustaban muy jóvenes; opinaba que las chicas prepúberes eran las mejores funámbulas. Ignacio opinaba que si uno se hallaba entre el público, quería preocuparse por la posible caída de las chicas, no pensar en ellas en sentido sexual; en cuanto las mujeres tenían edad para inspirar pensamientos sexuales..., en fin, al menos en opinión del domador de leones, uno no se preocupaba tanto por su posible muerte si podía imaginar sexo con ellas.

Como es natural, Lupe supo ese detalle sobre el domador de leones desde el momento mismo en que lo vio; Lupe podía leer el pensamiento a Ignacio. Esa

primera reunión, nada más llegar los niños de la basura a La Maravilla, había sido la introducción de Lupe a los pensamientos del domador de leones. Lupe nunca había leído una mente tan atroz como la de Ignacio.

—Ésta es Lupe, la nueva vidente —dijo Soledad, presentando a Lupe a las jóvenes en la carpa de la compañía. Lupe sabía que estaba en territorio ajeno.

—Lupe prefiere llamarlo «telepatía», más que «videncia»... Suele saber lo que uno piensa, no necesariamente lo que ocurrirá en el futuro —explicó Juan Diego. Se sentía inseguro, perdido.

—Y éste es el hermano de Lupe, Juan Diego; es el único que la entiende —continuó Soledad.

Juan Diego estaba en una carpa llena de chicas más o menos de su edad; unas cuantas eran tan jóvenes como Lupe (o más jóvenes aún), de diez u once años, y había un par de quince o dieciséis, pero la mayoría de las acróbatas rondaban los trece o catorce. Juan Diego nunca se había sentido tan cohibido. No tenía por costumbre verse rodeado de chicas atléticas.

Una joven colgaba cabeza abajo de la escalera de los funámbulos en la cúspide de la carpa; tenía los empeines de los pies desnudos, que parecían en carne viva, anclados en los dos primeros peldaños de cuerda y rígidamente flexionados en ángulo recto con respecto a las pantorrillas desnudas. Se balanceaba y, con un impulso hacia delante siempre idéntico, se desprendía de un peldaño de cuerda, avanzaba rítmicamente hasta el otro y luego, sin perder el ritmo en ningún momento, hasta el siguiente. Componían ese «camino» dieciséis pasos, de principio a fin; a veinticinco metros de altura, sin red, uno de esos dieciséis pasos podía ser el último. Pero allí, en la carpa de las acróbatas, la funámbula parecía indiferente a esa posibilidad; traslucía una peculiar despreocupación: se la veía tan relajada como su camiseta, que llevaba sin remeter y mantenía sujeta contra el tórax (tenía los antebrazos cruzados sobre los pequeños pechos).

—Y ésta —dijo Soledad a la vez que señalaba a la funámbula colgada cabeza abajo— es Dolores.

Juan Diego la miró con atención.

Dolores era La Maravilla del momento; era La Maravilla del Circo de La Maravilla, aunque sólo fuera durante un fugaz medio segundo: Dolores no sería prepúber por mucho tiempo. Juan Diego contuvo la respiración.

La joven, cuyo nombre remitía a «dolor» y «sufrimiento», sencillamente seguía caminando por las alturas. El holgado pantalón de gimnasia revelaba sus largas piernas; el sudor humedecía su vientre desnudo. Juan Diego la adoró.

—Dolores tiene catorce años —dijo Soledad. (Catorce yendo para veintiuno, tal como Juan Diego la recordaría durante mucho tiempo.)

Dolores era hermosa pero se aburría; parecía indiferente al riesgo que corría, o —más peligrosamente— a cualquier riesgo. Lupe la detestó de inmediato.

Pero lo que Lupe recitó fueron los pensamientos del domador de leones.

—El cerdo piensa que Dolores debería estar follando, no caminando por las alturas —farfulló Lupe.

—¿Con quién tendría que estar ella...? —empezó a preguntar Juan Diego, pero Lupe no paraba de farfullar. Mantenía la mirada fija en Ignacio.

—Con él. El cerdo quiere que folle con él; considera que ha de dejar ya el funambulismo. Lo que pasa es que no hay ninguna otra chica apta para sustituirla, todavía no —explicó Lupe. A continuación dijo que para Ignacio sería un conflicto si La Maravilla le provocaba una erección; para el domador de leones era imposible temer por la vida de una chica si además quería follársela.

—A ser posible, en cuanto una chica tiene la regla, debe abandonar el funambulismo —aclaró Lupe.

Ignacio había dicho a todas las niñas que los leones sabían cuándo tenía una chica la regla. (Fuera verdad o no, las jóvenes acróbatas se lo creían.) Ignacio sabía cuándo tenían las chicas la regla porque se las veía intranquilas en presencia de los leones o los eludían totalmente.

—El cerdo está impaciente por follarse a esta chica; piensa que está a punto —dijo Lupe y señaló con un gesto a Dolores, cabeza abajo y serena.

—¿Qué piensa la funámbula? —susurró Juan Diego a Lupe.

—No estoy leyéndole la mente; ahora mismo La Maravilla no tiene ningún pensamiento —dijo Lupe con displicencia—. Pero tú también estás deseando sexo con ella, ¿verdad? —preguntó Lupe a su hermano—. ¡Qué asco! —exclamó antes de que Juan Diego pudiera contestarle.

—¿Y la mujer del domador qué...? —susurró Juan Diego.

—Soledad sabe que el cerdo se folla a las acróbatas cuando ya tienen «edad»... Sólo la entristece —dijo Lupe.

Cuando Dolores llegó al final de su recorrido por las alturas, tendió las dos manos hacia la escalera y dejó colgar sus largas piernas; sus pies desnudos, surcados de cicatrices, se hallaban a pocos centímetros del suelo de la carpa cuando se soltó de la escalera y cayó en el suelo de tierra.

—Recuérdamelo —pidió Dolores a Soledad—. ¿Qué hace el cojo? Seguro que no será algo con los pies —dijo la joven altanera; una diosa de la insidia, pensó Juan Diego.

—¡Tetas de ratón, chocho mimado...! ¡Anda y que se la cepille el domador de leones! ¡Ése es su único futuro! —exclamó Lupe. Esa clase de obscenidades era impropia de Lupe, pero estaba leyendo el pensamiento a las otras jóvenes acróbatas; el vocabulario de Lupe se volvería más ordinario en el circo. (Juan Diego no tradujo este exabrupto, por supuesto; estaba prendado de Dolores.)

—Juan Diego es traductor: es el intérprete de su hermana —dijo Soledad a la chica ufana. Dolores se encogió de hombros.

—¡Así te mueras de parto, puta mona! —dijo Lupe a Dolores. (Más telepatía: las otras jóvenes acróbatas aborrecían a Dolores.)

—¿Qué ha dicho? —preguntó Dolores a Juan Diego.

—Lupe se preguntaba si los peldaños de cuerda te hacen daño en los empeines —dijo Juan Diego con voz entrecortada a la funámbula. (Las cicatrices aparentemente en carne viva en los empeines de los pies de Dolores eran evidentes para cualquiera.)

—Al principio —contestó Dolores—, pero luego te acostumbras.

—Es bueno que hablen entre sí, ¿no? —preguntó Edward Bonshaw a Flor.

En la carpa nadie quería estar al lado de Flor. Ignacio se mantenía lo más lejos posible de ella: el travestido era mucho más alto y ancho de hombros que el domador de leones.

—Supongo —dijo Flor al misionero. Nadie quería estar tampoco al lado del ‘señor Eduardo’, pero era sólo por la mierda de elefante que llevaba en las sandalias.

Flor dijo algo al domador de leones y recibió una respuesta de lo más lacónica; ese breve intercambio fue tan rápido que Edward Bonshaw no lo entendió.

—¿Qué? —quiso saber el oriundo de Iowa a Flor.

—Le preguntaba dónde hay una manguera —respondió Flor.

—El ‘señor Eduardo’ todavía está pensando en eso de que Flor tiene pene —informó Lupe a Juan Diego—. No puede dejar de pensar en su pene.

—Jesús —dijo Juan Diego. Estaban sucediendo demasiadas cosas y demasiado deprisa.

—¿La mentalista está hablando de Jesús? —preguntó Dolores.

—Ha dicho que caminas por las alturas igual que Jesús caminó sobre las aguas —mintió Juan Diego a la envarada chica de catorce años.

—¡Vaya embustero! —exclamó Lupe, indignada.

—Se pregunta cómo sostienes tu peso, cabeza abajo, con los empeines de los pies. Debe de llevar su tiempo desarrollar los músculos que te permiten mantener los pies en ese ángulo recto, para que no resbalen de las cuerdas. Explícame eso —dijo Juan Diego a la bonita funámbula. Finalmente consiguió controlar la respiración.

—Tu hermana es muy observadora —dijo Dolores al cojo—. Ésa es la parte más difícil.

—A mí me costaría la mitad caminar por las alturas —aseguró Juan Diego a Dolores. Se quitó el zapato especial y le enseñó el pie torcido; sí, estaba un poco desalineado con respecto a la espinilla (el pie apuntaba hacia las dos), pero el pie aplastado permanecía inmovilizado en ángulo recto. No había ningún músculo que necesitara desarrollarse en el pie derecho del muchacho cojo. Ese pie no se doblaría; no podía doblarse. Su maltrecho pie derecho estaba trabado en la posición perfecta para caminar por las alturas—. ¿Lo ves? —dijo Juan Diego a Dolores—. Yo sólo tendría que entrenar un pie, el izquierdo. ¿No me resultaría más fácil a mí, de esta forma, caminar por las alturas?

Soledad, que entrenaba a las funámbulas, se arrodilló en la tierra de la carpa para palpar el pie lisiado de Juan Diego. Juan Diego siempre recordaría ese momento: era la primera vez que alguien le tocaba el pie desde que se le curó, a su manera..., y

además ésa era la primera vez en su vida que alguien le tocaba el pie apreciativamente.

—El chico tiene razón, Ignacio —dijo Soledad a su marido—. A Juan Diego le costaría la mitad aprender a caminar por las alturas. Este pie es un gancho; este pie ya sabe caminar por las alturas.

—Sólo las chicas pueden ser funámbulas —repuso el domador de leones—. La Maravilla es siempre una chica. —(Aquel hombre era una máquina de virilidad, un robot con pene.)

—A ese cerdo inmundo no le interesa tu pubertad —explicó Lupe a Juan Diego, pero su enfado con Juan Diego era mayor que el asco que le inspiraba Ignacio—. Tú no puedes ser La Maravilla: ¡si caminaras por las alturas, morirías! Se supone que has de marcharte de México con el ‘señor Eduardo’ —dijo Lupe a su hermano—. Tú no te quedarás en el circo. La Maravilla no es un lugar permanente... ¡No para ti! —prosiguió Lupe—. Tú no eres acróbata, tú no eres atleta..., ¡ni siquiera puedes andar sin cojear! —exclamó Lupe.

—Cabeza abajo no hay cojera; ahí arriba puedo andar perfectamente —contestó Juan Diego; señaló la escalera horizontal en el techo de la carpa.

—Quizás el cojo deba echar un vistazo a la escalera de la carpa grande —dijo Dolores, a nadie en particular—. Hacen falta huevos para ser La Maravilla en esa escalera —añadió la chica altanera a Juan Diego—. Cualquiera puede ser funámbulo en la carpa de entrenamiento.

—Yo tengo huevos —aseguró el muchacho. Las jóvenes acróbatas se rieron, y no sólo Dolores. Ignacio se rió también, pero no su mujer.

Soledad había mantenido la mano en el pie maltrecho del cojo.

—Si tiene huevos para esto o no, ya se verá —dijo Soledad—. Desde luego, este pie le da cierta ventaja..., eso es lo único que decimos el chico y yo.

—Un chico no puede ser La Maravilla —insistió Ignacio; enrollaba y desenrollaba el látigo, más por nerviosismo que en actitud amenazadora.

—¿Por qué no? —preguntó su mujer—. Soy yo quien entrena a los funámbulos, ¿o no? —(Al parecer, no todas las leonas estaban domadas.)

—No me gusta el cariz que está tomando esto —dijo Edward Bonshaw a Flor—. No irán en serio con eso de que Juan Diego se acerque siquiera a la escalera, ¿verdad? El muchacho no va en serio, ¿no? —preguntó el oriundo de Iowa a Flor.

—El chaval tiene huevos, ¿no? —preguntó Flor al misionero.

—¡No, no! ¡Ni hablar de caminar por las alturas! —exclamó Lupe—. ¡Tú tienes otro futuro! —dijo la niña a su hermano—. Deberíamos volver a Niños Perdidos. ¡Se acabó el circo! —exclamó Lupe—. Aquí hay demasiados pensamientos que leer —dijo la niña. De pronto miró cómo la observaba a ella el domador de leones; también Juan Diego vio que Ignacio miraba a Lupe.

—¿Qué? —preguntó Juan Diego a su hermana menor—. ¿Y ahora qué está pensando el cerdo? —le susurró.

Lupe no podía mirar al domador de leones.

—Está pensando que le gustaría follármeme cuando yo esté a punto —dijo Lupe a Juan Diego—. Está preguntándose cómo sería eso de follarse a una retrasada, una niña a quien sólo entiende su hermano cojo.

—¿Sabes qué estaba pensando? —dijo de pronto Ignacio.

El domador de leones miraba hacia un lugar indefinido, un punto exactamente equidistante entre Lupe y Juan Diego, y Juan Diego se preguntó si ésa era una táctica que utilizaba Ignacio con los leones, a saber, no establecer contacto visual con ningún león en concreto, sino inducir a los leones a pensar que los miraba a todos. Desde luego, estaban ocurriendo demasiadas cosas al mismo tiempo.

—Lupe sabe qué pensaba usted —respondió Juan Diego al domador de leones—. No es retrasada.

—Lo que me disponía a decir —aclaró Ignacio, todavía sin mirar a Juan Diego ni a Lupe, sino a un punto en algún lugar entre ellos— es que la mayoría de los mentalistas o videntes, o como quieran hacerse llamar, son farsantes. Los que pueden hacerlo a petición son, sin lugar a dudas, farsantes. Los auténticos pueden leer el pensamiento de algunas personas, pero no de todas. A los auténticos no les interesan los pensamientos de la mayoría de la gente. Los auténticos entresacan sólo lo que destaca entre los pensamientos de la gente.

—Suelen ser cosas horribles —dijo Lupe.

—Dice que lo que destaca suelen ser cosas horribles —aclaró Juan Diego al domador de leones. Desde luego, todo iba demasiado deprisa.

—Ella debe de ser de las auténticas —dijo Ignacio; entonces miró a Lupe: sólo a ella, a nadie más—. ¿Has leído alguna vez el pensamiento a un animal? —preguntó el domador de leones—. Me pregunto si sabrías qué está pensando un león.

—Depende del león en concreto, o la leona —contestó Lupe.

Juan Diego lo repitió tal como Lupe lo había dicho. Por la manera en que las jóvenes acróbatas retrocedieron, apartándose de Ignacio, al oír la palabra «leona», los niños de la basura supieron que el domador de leones veía con susceptibilidad que lo consideraran domador de «leonas».

—Pero ¿serías capaz de captar lo que un león en concreto, o una leona, está pensando? —preguntó Ignacio; volvía a mirar sin fijar la vista en nadie, posándola aquí y allá en la zona entre la niña clarividente y su hermano.

—Suelen ser cosas horribles —repitió Lupe; esta vez, Juan Diego lo tradujo literalmente.

—Interesante —fue lo único que dijo el domador de leones, pero en la carpa todos comprendieron que Ignacio sabía que Lupe era de los auténticos y que le leería el pensamiento con precisión—. El cojo puede probar a caminar por las alturas; ya veremos si tiene huevos —dijo Ignacio antes de abandonar la carpa. Había desplegado totalmente el látigo y, al salir, lo llevaba a rastras, cuan largo era, a sus espaldas. El látigo lo siguió como si fuera una serpiente de compañía tras los pasos de

su amo.

Todas las jóvenes acróbatas miraban a Lupe; incluso Dolores, la superestrella del funambulismo, miraba a Lupe.

—Todas quieren saber qué piensa Ignacio acerca de follárselas: si cree que están «a punto» —dijo Lupe a Juan Diego.

La mujer del domador de leones había oído la palabra «Ignacio» (al igual que todos los demás, incluso el misionero).

—¿Qué pasa con Ignacio? —preguntó Soledad; no se molestó en preguntárselo a Lupe: habló directamente a Juan Diego.

—Sí, Ignacio piensa en follársenos a todas; lo piensa con cualquier mujer joven —contestó Lupe—. Pero eso ya lo sabéis; no necesitáis que yo os lo diga —añadió Lupe, para Soledad—. Eso ya lo sabéis todas —dijo Lupe; miró una por una a las jóvenes acróbatas mientras lo decía..., deteniéndose más en Dolores.

Nadie se sorprendió por la traducción textual que ofreció Juan Diego de las palabras de su hermana. Al parecer, Flor fue la menos sorprendida. Ni siquiera a Edward Bonshaw le sorprendió, aunque él, claro está, no había entendido la mayor parte de la conversación, incluida la traducción de Juan Diego.

—Hay una función de noche —explicó Soledad a los recién llegados—. Las chicas tienen que vestirse para la actuación.

Soledad acompañó a los niños de la basura a la carpa donde vivirían. Era la carpa de los perros, como les habían prometido; allí había dos camastros plegables para los niños, que también dispondrían de su propio armario, y un espejo de cuerpo entero muy alto.

Las camas y los platos para el agua de los perros estaban dispuestos por orden, y el perchero para los trajes de los perros era pequeño y estaba colocado de manera que no estorbara. La adiestradora de los perros se alegró de conocer a los niños de la basura; era una anciana vestida como si aún fuera joven, y aún fuera bonita. Estaba vistiendo a los perros para la función de la noche cuando los niños de la basura llegaron a la carpa. Se llamaba Estrella. Dijo a los ‘niños’ que necesitaba dejar de dormir con los perros durante un tiempo, a modo de descanso, aunque los niños, al ver cómo vestía Estrella a los perros, no tuvieron ninguna duda de que la anciana quería sinceramente a los perros y los cuidaba bien.

Con su negativa a vestirse o comportarse como correspondía a su edad, Estrella era más niña que los niños de la basura; a Lupe y a Juan Diego les cayó bien, como les caía bien a los perros. Lupe siempre había desaprobado el aspecto descocado de su madre, pero las blusas escotadas de Estrella eran más cómicas que chabacanas; sus pechos marchitos asomaban a menudo, pero los tenía pequeños y contraídos: no había nada de insinuante en el hecho de que Estrella los mostrara. Y sus faldas, en otro tiempo ajustadas, le conferían ahora cierto aspecto de payaso; Estrella era un espantapájaros: su ropa no se le ceñía, no como antiguamente (o como acaso ella imaginara que se le ceñía aún).

Estrella era calva; no le gustaba la forma en que le raleaba el pelo, ni que perdiera su lustre negro azabache. Se rapaba —o convencía a alguien para que la afeitara, porque ella solía cortarse— y llevaba peluca (tenía más pelucas que perros). Eran pelucas excesivamente juveniles para ella.

De noche, Estrella dormía con una gorra de béisbol; se quejaba de que tenía que dormir boca arriba por culpa de la visera. Si roncaba, la culpa no era suya; se la achacaba a la gorra de béisbol. Y el contorno de la gorra le dejaba una marca permanente en la frente, por debajo del nacimiento de las pelucas.

Había días, cuando Estrella estaba cansada, que en lugar de ponerse una peluca se dejaba la gorra de béisbol. Si La Maravilla no actuaba, Estrella vestía como la figura de una prostituta calva y seca como un palo, con gorra de béisbol.

Era una persona generosa; Estrella no era posesiva con sus pelucas. Dejaba a Lupe probárselas, y tanto Estrella como Lupe disfrutaban probando tal o cual peluca a los perros. Ese día no era uno de los días en que Estrella iba con gorra de béisbol; lucía una peluca de color «rojo fuego», que posiblemente le habría quedado mejor a uno de los perros; desde luego le habría quedado mejor a Lupe.

Todo el mundo entendía por qué los niños de la basura y los perros adoraban a Estrella. Pero, generosidad aparte, no acogió tan bien a Flor y al ‘señor Eduardo’ como a los niños de la basura. Estrella no era una intolerante sexual; no se oponía a que entrara una prostituta travestida en la carpa de los perros. Pero la adiestradora de perros siempre reñía a los perros si se cagaban en la carpa. Estrella no quiso que el oriundo de Iowa enmerdado con la caca de elefante diera malas ideas a los perros, así que no dispensó la menor hospitalidad al jesuita.

Cerca de las duchas al aire libre, que estaban detrás de la carpa destinada a la letrina de hombres, había un grifo con una larga manguera; Flor llevó a Edward Bonshaw allí para resolver el asunto de la mierda de elefante, ya endurecida en las sandalias del misionero... y, para mayor incomodidad, entre los dedos de sus pies descalzos.

Como Estrella estaba recitándole a Lupe los nombres de los perros y explicándole cuánto debía comer cada uno, Soledad aprovechó el momento de intimidad; en una vida que transcurría en carpas, como pronto comprendería Juan Diego, no existían muchos momentos íntimos, lo cual no se diferenciaba mucho de la vida en un orfanato.

—Tu hermana es muy especial —empezó Soledad en voz baja—. Pero ¿por qué no quiere que intentes convertirte en La Maravilla? Los funámbulos son las estrellas del circo. —La idea de ser él mismo una estrella lo dejó atónito.

—Lupe cree que mi futuro es otro, no el de funámbulo —explicó Juan Diego. Tuvo la sensación de que lo cogían con la guardia baja.

—¿Lupe también conoce el futuro? —preguntó Soledad al muchacho cojo.

—Sólo en parte —contestó Juan Diego; en realidad, ignoraba si Lupe sabía mucho (o poco)—. Como Lupe no ve el funambulismo en mi futuro, piensa que

moriré intentándolo..., si es que lo intento.

—¿Y tú qué piensas, Juan Diego? —preguntó la mujer del domador de leones. Un niño de la basura no estaba acostumbrado a tratar con adultos como ella.

—Yo sólo sé que si caminara por las alturas, no cojearía —contestó el muchacho. Soledad vio la decisión cernida ante él.

—El dachshund es macho y se llama *Baby* —oyó que repetía Lupe para sí; Juan Diego sabía que era así como memorizaba. Vio al dachshund: el perrito llevaba un gorro de bebé atado bajo la barbilla e iba sentado, muy recto, en una sillita de niño.

—Ignacio quería una mentalista para leer el pensamiento a los leones —dijo Soledad de pronto a Juan Diego—. ¿Qué pinta una mentalista en un circo? Tú mismo has dicho que tu hermana no es vidente —continuó Soledad sin levantar la voz. Las cosas no iban según lo previsto.

—El ovejero es hembra y se llama *Pastora* —oyó decir Juan Diego a Lupe. *Pastora* era una ovejera de la raza border collie; llevaba puesto un vestido de niña. Cuando la perra andaba a cuatro patas, tropezaba con el vestido, pero cuando se erguía sobre las patas traseras, empujando la sillita con *Baby* (el dachshund) en el asiento, el vestido le quedaba bien.

—¿Qué diría Lupe en un número de circo? ¿Qué mujer quiere oír a alguien decirle lo que piensa su marido? ¿Qué hombre va a alegrarse de oír lo que a su mujer le ronda por la cabeza? —preguntaba Soledad a Juan Diego—. ¿No se sentirán incómodos los niños si sus amigos saben lo que piensan? —continuó Soledad—. Tú párate a pensarlo. A Ignacio sólo le interesa saber qué piensan ese viejo león y esas leonas. Si tu hermana no puede leer el pensamiento a los leones, no tendrá ninguna utilidad para Ignacio. Y en cuanto les haya leído el pensamiento a los leones, ya no tendrá ninguna utilidad para él, ¿no crees? ¿O acaso los leones cambian de manera de pensar? —preguntó Soledad a Juan Diego.

—No lo sé —admitió el muchacho. Estaba asustado.

—Yo tampoco lo sé —dijo Soledad—. Yo sólo sé que tenéis más probabilidades de quedaros en el circo si tú eres funámbulo..., y más siendo un chico. ¿Entiendes lo que quiero decir, Chico Maravilla? —preguntó Soledad. Todo resultaba muy precipitado.

—Sí, lo entiendo —contestó él, pero esa precipitación lo asustaba. Le costaba imaginar que Soledad hubiese sido guapa en otro tiempo, pero Juan Diego sabía que Soledad era una mujer con las ideas claras; entendía a su marido, quizá lo suficiente para sobrevivirle. Soledad entendía que el domador de leones era un hombre que, en esencia, tomaba decisiones egoístas: su interés en Lupe como mentalista se basaba en el puro instinto de conservación. En cuanto a Soledad, una cosa era evidente: era una mujer fuerte.

Sin duda había soportado una gran tensión en las articulaciones, como había observado el doctor Vargas acerca de la antigua trapecista. Se había dañado los dedos, las muñecas, los codos, pero, lesiones articulares aparte, Soledad seguía siendo

fuerte. En el trapecio, había sido primero voladora y luego había terminado su carrera como receptora. Entre los trapecistas, los receptores suelen ser hombres, pero Soledad tenía suficiente fuerza en los brazos y suficiente fuerza en el agarre para ser receptora.

—El mestizo es macho y se llama *Chucho*. No creo que sea justo que lo llamen *Chucho*: ése no debería ser el nombre del pobre perro —dijo Lupe. El mestizo, el pobre *Chucho*, no llevaba traje. En el número de los perros, el mestizo era un ladrón de bebés. *Chucho* intenta huir llevándose a *Baby* en la sillita, mientras el dachshund con el gorro de bebé ladra como un poseso, por supuesto.

—*Chucho* es siempre el malo —dijo Lupe—. ¡Eso tampoco es justo! —(Juan Diego sabía qué iba a decir Lupe a continuación, porque era un tema que su hermana repetía a menudo)—. *Chucho* no nació mestizo por voluntad propia —añadió Lupe. (Naturalmente, Estrella, la adiestradora de perros, no tenía la menor idea de qué decía Lupe.)

—Me parece que Ignacio les tiene un poco de miedo a los leones —dijo Juan Diego cautamente a Soledad. No era una pregunta; estaba ganando tiempo.

—A Ignacio le conviene tener miedo a los leones; le conviene tenerles mucho miedo —afirmó la mujer del domador de leones.

—El pastor alemán, que es hembra, se llama *Alemania* —farfullaba Lupe. Juan Diego pensó que poner *Alemania* a un pastor alemán era una manera de no mojarse; por otra parte, vestir con uniforme de policía a un pastor alemán era un estereotipo. Pero se suponía que *Alemania* era ‘policía’, mujer policía. Naturalmente, Lupe farfullaba sobre lo «humillante» que era para *Chucho*, un perro macho, ser prendido por una hembra de pastor alemán. En el número circense sorprenden a *Chucho* robando al bebé en la sillita; *Alemania*, vestida de policía, saca a rastras de la pista al mestizo, sin traje, sujeto por el pescuezo. *Baby* (el dachshund) y su madre (*Pastora*, la ovejera) se reúnen.

Fue en ese momento de toma de conciencia —acerca de las exiguas posibilidades de éxito de los niños de la basura en el Circo de La Maravilla, el destino del funámbulo cojo yuxtapuesto al hecho poco probable de que Lupe acabara leyendo el pensamiento a los leones— cuando Edward Bonshaw, descalzo y tambaleante, entró en la carpa de los perros. Los andares del oriundo de Iowa, con los pies doloridos, debieron de excitar a los perros, o quizá fuese la simple torpeza de movimientos del ‘señor Eduardo’, ahora más bajo, aferrado al travestido, más corpulento, en busca de apoyo.

Baby fue el primero en ladrar; el pequeño dachshund tocado con el gorro de bebé saltó de la sillita. Eso se apartaba tanto del guión, del número circense, que el pobre *Chucho* entró en un estado de agitación y mordió a Edward Bonshaw en uno de sus pies descalzos. Al instante *Baby* levantó una pata, como hacen la mayoría de los perros macho, y se meó en el otro pie del ‘señor Eduardo’, el no mordido. Flor echó a patadas al dachshund y al mestizo.

Alemania, el perro policía, no vio bien eso de las patadas; se produjo un tenso empate entre la hembra de pastor alemán y el travestido: gruñidos por parte del enorme perro, una política de no retirada por parte de Flor, que nunca eludía una pelea. Estrella, con la peluca de color rojo fuego torcida, intentó calmar a los perros.

Lupe estaba tan alterada tras leer (en un instante) lo que Juan Diego tenía en la mente que no prestó atención a los perros.

—¿Tengo que leerles el pensamiento a los leones? ¿De eso se trata? —preguntó la niña a su hermano.

—Confío en Soledad..., ¿tú no? —fue lo único que respondió Juan Diego.

—Somos imprescindibles si tú eres funámbulo; de lo contrario, somos prescindibles. ¿Es eso? —volvió a preguntar Lupe a Juan Diego—. Ah, ya entiendo: te gusta la idea de ser Chico Maravilla, ¿no?

—Soledad y yo no sabemos si los leones cambian de manera de pensar..., en el supuesto de que seas capaz de leer el pensamiento a los leones —dijo Juan Diego; intentaba mantener una actitud digna, pero la idea de ser Chico Maravilla le resultaba tentadora.

—Sé qué le ronda por la cabeza a *Hombre* —fue lo único que Lupe estuvo dispuesta a decirle.

—Lo que yo propongo es, sencillamente, que lo probemos —dijo Juan Diego—. Fijémonos un plazo de una semana, para ver cómo va...

—¡Una semana! —exclamó Lupe—. Tú no eres el Chico Maravilla, créeme.

—Vale, vale. Fijémonos un plazo de sólo un par de días —suplicó Juan Diego—. Sencillamente, probémoslo, Lupe; tú no lo sabes todo —añadió. ¿Qué cojo no sueña con caminar sin cojear? ¿Y si un cojo pudiera caminar espectacularmente? Los funámbulos son aplaudidos, admirados, incluso venerados..., y sólo por andar, sólo por dieciséis pasos.

—Hay que marcharse; es una cuestión de vida o muerte —dijo Lupe—. Lo mismo da un par de días que una semana. —Todo resultaba muy precipitado..., también para Lupe.

—¡Qué melodramática eres! —exclamó Juan Diego.

—¿Quién quiere ser La Maravilla? ¿Quién es aquí el melodramático? —preguntó Lupe—. Chico Maravilla.

¿Dónde estaban los adultos responsables?

Era difícil imaginar que a Edward Bonshaw pudiera ocurrirle algo más en los pies, pero el oriundo de Iowa, con sus pies descalzos, tenía otra cosa en la cabeza; los perros no lo habían distraído de sus pensamientos, y no cabía esperar que el ‘señor Eduardo’ se hiciese cargo de la delicada situación en que se hallaban los niños de la basura. Ni siquiera podía culparse a Flor, en su ininterrumpido coqueteo con el oriundo de Iowa, por no advertir el dilema de marcharse o morir al que se enfrentaban los niños de la basura. Los adultos allí presentes estaban pensando en sí mismos.

—¿De verdad tiene usted pechos y pene? —preguntó Edward Bonshaw en inglés de sopetón a Flor, cuya experiencia no descrita en Houston le había proporcionado un buen dominio del idioma. El ‘señor Eduardo’ había contado con que Flor lo entendiera, por supuesto; pero no esperaba que Juan Diego y Lupe, enzarzados en una discusión, lo oyeran y lo entendieran. Y nadie en la carpa de los perros habría adivinado que Estrella, la vieja adiestradora de perros, y menos aún Soledad, la mujer del domador de leones, también entendían el inglés.

Naturalmente, cuando el ‘señor Eduardo’ preguntó a Flor si tenía pechos y pene, los enloquecidos perros ya habían dejado de ladrar. Todos y cada uno de los presentes en la carpa de los perros oyeron, y al parecer entendieron, la pregunta. La pregunta no hacía referencia a los niños de la basura.

—Jesús —dijo Juan Diego. Los niños se hallaban solos ante su dilema.

Lupe tenía aferrado el tótem de Coatlicue contra sus pechos, que no se veían de tan pequeños. La aterradora diosa con anillos de serpiente de cascabel por pezones parecía entender la pregunta de los pechos y el pene.

—En fin, no voy a enseñarle el pene..., aquí no —dijo Flor al oriundo de Iowa. Estaba desabrochándose la blusa y sacándose el faldón de la cinturilla de la falda. Los niños, por su cuenta, toman decisiones precipitadas.

—¿No te das cuenta? —dijo Lupe a Juan Diego—. Es ella... ¡Están hechos el uno para el otro! Flor y el ‘señor Eduardo’..., son ellos quienes te adoptan. ¡Ellos pueden llevarte sólo si están juntos!

Flor se había quitado la blusa por completo. No era necesario que se despojara del sujetador. Tenía los pechos pequeños, lo que más tarde describiría como «lo máximo que podía conseguirse con las hormonas»; Flor dijo que ella no era «partidaria de la cirugía». Pero, para mayor seguridad, Flor se quitó también el sujetador; por pequeños que fueran, quería que a Edward Bonshaw no le quedara la menor duda de que en efecto tenía pechos.

—No son anillos de serpiente de cascabel, ¿verdad que no? —preguntó Flor a Lupe cuando todos en la carpa de los perros vieron sus pechos y sus pezones.

—Hay que marcharse; es una cuestión de vida o muerte —repitió Lupe—. El ‘señor Eduardo’ y Flor son tu vía de escape —dijo la niña pequeña a Juan Diego.

—En cuanto al pene, de momento tendrás que creerme —dijo Flor al oriundo de Iowa; había vuelto a ponerse el sujetador y estaba abrochándose la blusa cuando apareció Ignacio. Aunque aquello no hubiese sido una carpa, los niños de la basura tuvieron la impresión de que el domador de leones no habría llamado antes de entrar.

—Ven a conocer a los leones —dijo Ignacio a Lupe—. También tú tendrás que venir, supongo —dijo el domador de leones al cojo, el «aspirante» a Chico Maravilla.

Quedaba claro que los niños de la basura entendían las condiciones: la labor de mentalista se limitaba a los leones. Y si los leones cambiaban de manera de pensar o no, también correspondería a Lupe la labor de inducir al domador de leones a creer que los leones quizá cambiaran de manera de pensar.

Pero ¿qué debía de estar pensando el misionero descalzo, mordido y meado? A Edward Bonshaw se le desbarajustaron los votos; la combinación de pechos y pene de Flor lo había llevado a replantearse el celibato de un modo que no podía disiparse con ninguna cantidad de azotes.

«Uno de los soldados de Cristo», había descrito el ‘señor Eduardo’ a sus hermanos jesuitas, y a sí mismo; pero su certidumbre se tambaleó. Y era evidente que los dos viejos sacerdotes no querían que los niños de la basura se quedaran en Niños Perdidos; sus desganas preguntas sobre los posibles peligros del circo habían sido una cuestión más de protocolo sacerdotal que una sincera preocupación o convicción.

—Esos niños son tan salvajes... ¡que se los podrían comer los animales salvajes! —había comentado el padre Alfonso, alzando las manos..., como si semejante destino fuera el que correspondía a los niños de la basura.

—Carecen de comedimiento... ¡Podrían caerse de esos artefactos para columpiarse! —intervino el padre Octavio.

—Los trapecios —apuntó Pepe servicialmente.

—¡Eso! ¡Los trapecios! —exclamó el padre Octavio, casi como si la idea lo atrajese.

—El muchacho no se columpiará en ningún sitio —había asegurado Edward Bonshaw a los sacerdotes—. Será traductor... ¡Al menos no se dedicará a recolectar en el vertedero!

—Y la niña se dedicará a leer el pensamiento, a adivinar el futuro..., no se columpiará en ningún sitio. Al menos así no acabará en la prostitución —dijo el hermano Pepe a los dos sacerdotes; Pepe los conocía muy bien: la palabra «prostitución» fue determinante.

—Para eso, mejor que la devore un animal salvaje —declaró el padre Alfonso.

—Para eso, mejor que se caiga del trapecio —coincidió el padre Octavio, por supuesto.

—Sabía que lo entenderían —dijo el ‘señor Eduardo’ a los dos viejos sacerdotes. Aun así, incluso entonces, el oriundo de Iowa no parecía saber muy bien de qué lado decantarse. Parecía no tener muy claro qué estaba defendiendo. ¿Por qué había llegado a verse el circo como una buena idea?

Y ahora —otra vez en la avenida flanqueada por las carpas, atento a posibles cagadas de elefante para esquivarlas— Edward Bonshaw avanzaba, descalzo y tambaleante, con los pies doloridos. El oriundo de Iowa se recostaba en Flor, pegado al travestido, más grande y fuerte, en busca de apoyo; la corta distancia hasta las jaulas de los leones, a sólo dos minutos, debió de antojársele una eternidad a Edward Bonshaw: conocer a Flor, y el mero hecho de pensar en sus pechos y su pene, había alterado el rumbo de su vida.

Aquel recorrido hasta las jaulas de los leones fue para el ‘señor Eduardo’ como caminar por las alturas; para el misionero, esa corta distancia equivalía a su propio recorrido a veinticinco metros del suelo, sin red; por más que el oriundo de Iowa

renquease, éstos eran los pasos que cambiarían su vida.

El ‘señor Eduardo’ introdujo su pequeña mano en la palma mucho mayor de Flor; el misionero casi se cayó cuando ella le estrujó la mano con la suya.

—Para serte sincero —dijo el oriundo de Iowa con visible esfuerzo—, me estoy enamorando de ti. —Tenía el rostro bañado en lágrimas; la vida que había anhelado durante tanto tiempo, esa por la que se había flagelado, tocaba a su fin.

—No parece que te alegres mucho —señaló Flor.

—Qué va, qué va... Sí me alegro, ¡me alegro mucho! —afirmó Edward Bonshaw; empezó a contarle a Flor que san Ignacio de Loyola había fundado un asilo para mujeres perdidas—. Fue en Roma, donde el santo anunció que sacrificaría su vida si lograba evitar los pecados de una sola prostituta durante una sola noche —balbuceaba el ‘señor Eduardo’.

—Yo no quiero que sacrifiques tu vida, idiota —replicó la prostituta travestida—. Yo no quiero que me salves —añadió—. Deberías empezar follándome, creo yo —dijo Flor al oriundo de Iowa—. Empecemos por ahí, y a ver qué pasa —propuso Flor.

—Vale —respondió Edward Bonshaw, casi cayéndose otra vez; se tambaleaba, pero la lujuria tiene sus métodos.

Las jóvenes acróbatas pasaron corriendo junto a ellos por la avenida de las carpas; las lentejuelas verdes y azules de sus mallas relucían bajo las luces de los faroles. También los adelantó, pero sin correr, Dolores; caminaba a buen paso, pero reservaba sus carreras para el adiestramiento de las superestrellas del funambulismo. Las lentejuelas de su malla eran de colores plata y oro, y llevaba cascabeles de plata en las esclavas; cuando Dolores pasó junto a ellos, sus esclavas tintinearón.

—¡Con sus ruidos, la muy furcia anda buscando llamar la atención! —exclamó Lupe a espaldas de la guapa funámbula—. No es tu futuro; olvídate —fue lo único que dijo Lupe a Juan Diego.

Las jaulas de los leones se hallaban frente a ellos. Ahora los leones estaban despiertos, los cuatro. Los ojos de las tres leonas, alertas, seguían el tráfico peatonal de la avenida de las carpas. El hosco macho, *Hombre*, tenía los ojos entornados, fijos en el domador de leones, que se acercaba.

A ojos de los transeúntes de la concurrida avenida, quizá diera la impresión de que el muchacho cojo tropezaba, y de que su hermana pequeña lo sujetaba del brazo para que no se cayera; un observador más atento acaso habría imaginado que el muchacho cojo sólo se inclinaba para besar a su hermana en la sien.

Lo que en realidad ocurrió fue que Juan Diego susurró algo al oído de Lupe.

—Si de verdad sabes qué están pensando los leones, Lupe... —empezó a decir Juan Diego.

—Sé qué estás pensando tú —lo interrumpió Lupe.

—¡Por el amor de Dios, tú ten cuidado con lo que dices cuando cuentas qué piensan los leones! —susurró Juan Diego con aspereza.

—Eres tú quien debe andarse con cuidado —repuso Lupe—. Nadie sabe qué digo

a no ser que tú se lo aclares —le recordó.

—Tú recuerda esto: no soy tu proyecto de rescate —decía Flor al oriundo de Iowa, que se deshacía en lágrimas: lágrimas de felicidad, lágrimas de conflicto, o simples lágrimas. En otras palabras, un llanto inconsolable; a veces la lujuria tiene sus métodos también para ejercer ese efecto.

El pequeño séquito que acompañaba a los niños se había detenido frente a las jaulas de los leones.

—Hola, *Hombre* —saludó Lupe al león. Era indudable que el gran felino macho miraba a Lupe..., sólo a Lupe, no a Ignacio.

Quizá Juan Diego hacía acopio del valor necesario para ser funámbulo; quizá fuese ése el momento en que se convenció de que tenía huevos para serlo. De hecho, ser Chico Maravilla le parecía posible.

—¿Le queda aún alguna sospecha de que pueda ser retrasada? —preguntó el muchacho cojo al domador de leones—. Ya ve que *Hombre* sabe que ella lee el pensamiento, ¿o no lo ve? —preguntó Juan Diego a Ignacio—. Es auténtica —añadió el muchacho. No se sentía ni la mitad de seguro de sí mismo de lo que aparentaba.

—Tú procura no jugármela, caminante de bajuras —dijo Ignacio a Juan Diego—. En la vida se te ocurra mentirme sobre lo que diga tu hermana. Si mientes, me daré cuenta, caminante de carpa de entrenamiento. Puedo leerte el pensamiento... un poco —advirtió el domador de leones.

Cuando Juan Diego miró a Lupe, ella no hizo el menor comentario, ni siquiera se encogió de hombros. La niña estaba concentrada en el león. Incluso para el transeúnte más indiferente de la avenida de las carpas, era obvio que los pensamientos de Lupe y *Hombre* estaban en total sintonía. El viejo león macho y la niña no prestaban atención a nadie más.

20

Casa Vargas

En el sueño de Juan Diego era imposible saber de dónde procedía la música. No tenía el machacón sonido de una banda de mariachis yendo de mesa en mesa en las terrazas de las cafeterías de Marqués del Valle, una de esas molestas bandas que podrían haber estado tocando en cualquier lugar del zócalo. Y aunque la banda circense de La Maravilla tenía su propia versión para charanga de *Calles de Laredo*, ésa no era su moribunda y fúnebre distorsión del lamento del vaquero.

Para empezar, Juan Diego oía el canto de una voz; en su sueño oía la letra, aunque no tan dulcemente como la entonaba el ‘gringo’ bueno. Ay, cómo le gustaba *Calles de Laredo* al ‘gringo bueno’: ¡el encantador muchacho era capaz de cantar esa balada hasta dormido! Incluso Lupe cantaba esa canción dulcemente. Pese a tener una voz forzada y difícil de entender, Lupe poseía una voz de niña, una voz de sonido inocente.

La vocalización amateur del club de la playa había cesado; por tanto, lo que Juan Diego oía no podía ser la música trillada del karaoke; quienes celebraban la Nochevieja en el club de playa de la isla de Panglao se habían ido a la cama, o se habían ahogado mientras tomaban un baño nocturno en el mar. Y nadie recibía ya el Año Nuevo en el Encantador; incluso los Monos Nocturnos guardaban silencio, afortunadamente.

En la habitación de hotel de Juan Diego la oscuridad era absoluta; contuvo la respiración porque no oía respirar a Miriam, sino sólo la lastimera canción del vaquero entonada por una voz que Juan Diego no reconocía. ¿O sí? Resultaba extraño oír *Calles de Laredo* cantada por una mujer mayor; parecía una incongruencia. Pero ¿acaso no estaba a punto de reconocer la voz? Sencillamente no era la voz apropiada para esa canción.

—«Por tu indumentaria veo que eres vaquero» —cantaba la mujer con voz grave y ronca—. «Estas palabras dijo cuando me acercaba lentamente.»

¿Era la voz de Miriam?, se preguntó Juan Diego. ¿Cómo podía estar cantando si no oía su respiración? En la oscuridad, Juan Diego no tenía la certeza de que ella estuviera realmente allí.

—¿Miriam? —susurró. Luego repitió su nombre, levantando un poco más la voz.

Ya no se oía el canto: *Calles de Laredo* se había interrumpido. Tampoco se percibía respiración alguna; Juan Diego dejó de respirar. Permanecía atento a cualquier posible sonido de Miriam; tal vez ella había regresado a su propia habitación. Quizás él había roncado, o había hablado dormido... En ocasiones, Juan Diego hablaba en sueños.

Debería tocarla, sólo para saber si está o no, pensaba Juan Diego, pero temía averiguarlo. Se tocó el pene; se olió los dedos. El olor a sexo no debería haberlo

sorprendido; bien debía de recordar haber hecho el amor con Miriam. Pero no, no exactamente. Desde luego, él había dicho algo: sobre cómo se sentía ella, qué se sentía al estar dentro de ella. Había dicho «sedoso» o «aterciopelado»; eso era lo único que recordaba, sólo las palabras.

Y Miriam había dicho: «¡Qué gracia! Necesitas una palabra para todo». Entonces cantó un gallo... ¡en plena noche! ¿Estaban locos los gallos en las Filipinas? ¿Se había desorientado ese gallo estúpido como consecuencia de la música de karaoke? ¿Había confundido esa ave necia a los Monos Nocturnos con gallinas nocturnas?

—Alguien debería matar a ese gallo —dijo Miriam con su voz grave y ronca; Juan Diego notaba en el tórax y la parte superior del brazo el contacto de sus pechos desnudos: los dedos de ella cerrados en torno a su pene. Tal vez Miriam veía en la oscuridad—. Estás ahí, cariño —dijo ella, como si él necesitase confirmación de que existía, de que realmente estaba ahí, con ella, cuando durante todo el tiempo él había estado preguntándose si ella era real, si existía de verdad. (Eso era lo que él temía averiguar.) El gallo loco volvió a cantar en la oscuridad.

—Aprendí a nadar en Iowa —comentó a Miriam a oscuras, cosa curiosa para decirle a alguien que le tenía agarrado el pene, pero así era como se desarrollaba el tiempo para Juan Diego (no sólo en los sueños). El tiempo saltaba adelante o atrás; el tiempo parecía más asociativo que lineal, pero tampoco era exclusivamente asociativo.

—Iowa —musitó Miriam—. No es lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en nadar.

—En el agua no cojeo —explicó Juan Diego. Con las atenciones de Miriam comenzaba a empujarse otra vez. Cuando Juan Diego no estaba en Iowa City, no encontraba a mucha gente interesada en Iowa—. Seguro que nunca has estado en el Medio Oeste —dijo Juan Diego a Miriam.

—Uy, he estado en todas partes —objetó Miriam a su lacónica manera.

¿En todas partes?, se preguntó Juan Diego. Nadie ha estado en todas partes, pensó. Pero en cuanto a la percepción de un lugar, la perspectiva individual cuenta, ¿o no? No todos los niños de catorce años, al verse en Iowa City por primera vez, habrían considerado estimulante el traslado desde México; para Juan Diego, Iowa era una aventura. Era un muchacho que nunca había emulado a los jóvenes que veía alrededor; de pronto, había estudiantes por doquier. Iowa City era una ciudad universitaria, una ciudad en el grupo de las Diez Grandes: el campus estaba en el centro; la ciudad y la universidad eran una misma cosa. ¿Por qué un lector del basurero no iba a encontrar fascinante una ciudad universitaria?

Cierto que a cualquier muchacho de catorce años pronto le llamaría la atención el hecho de que los héroes del campus de Iowa fuesen sus ases del deporte. Aun así, eso confirmaba lo que Juan Diego había imaginado acerca de Estados Unidos: desde la perspectiva de un niño mexicano, las estrellas de cine y los héroes deportivos parecían el cénit de la cultura estadounidense. Como la doctora Rosemary Stein había

dicho a Juan Diego, o bien era un niño de México, o bien un adulto de Iowa todo el tiempo.

Para Flor, la transición a Iowa City desde Oaxaca debió de ser más difícil, aunque no una desventura de la magnitud que había representado para ella Houston. En una ciudad universitaria de las Diez Grandes, ¿qué oportunidades existían para un travestido y ex prostituta? Ya había cometido un error en Houston; Flor estaba poco dispuesta a correr riesgos en Iowa City. Docilidad, mantener una vida discreta..., en fin, no era propio de Flor andarse con vacilaciones. Flor siempre tendía a reafirmarse.

Cuando el gallo desquiciado cantó por tercera vez, su canto se interrumpió a medio cacareo.

—Listo, se acabó —dijo Miriam—. No más anuncios de un falso amanecer, no más emisarios embusteros.

Mientras Juan Diego intentaba interpretar qué había querido decir Miriam exactamente —parecía hablar con mucha autoridad—, un perro empezó a ladrar; pronto también ladrarían otros perros.

—No hagas daño a los perros; ellos no tienen la culpa de nada —dijo Juan Diego a Miriam. Era lo que, según imaginaba, habría dicho Lupe. (Un Año Nuevo más, y Juan Diego seguía echando de menos a su querida hermana.)

—Nada malo les pasará a los perros, cariño —musitó Miriam.

Ahora se notaba una brisa a través de las ventanas abiertas; Juan Diego creyó oler el salitre del mar, pero no oía las olas, si es que había olas. Sólo entonces cayó en la cuenta de que en Bohol podía nadar; en el Encantador había playa y piscina. (El ‘gringo’ bueno, la inspiración para el viaje de Juan Diego a las Filipinas, no le había inspirado pensamientos relacionados con la natación.)

—Dime cómo aprendiste a nadar precisamente en Iowa —le susurró Miriam al oído; estaba sentada a horcajadas sobre él, y Juan Diego sintió que volvía a penetrar en ella. Lo envolvió una sensación de tersura tal que fue casi como si nadara, pensó, antes de pasársele por la cabeza la idea de que Miriam sabía lo que pensaba.

Sí, había transcurrido mucho tiempo, pero, por influencia de Lupe, Juan Diego sabía qué se sentía en presencia de alguien capaz de leer el pensamiento.

—Nadaba en una piscina cubierta, en la Universidad de Iowa —empezó Juan Diego, con la voz algo entrecortada.

—Me refería a quién, cariño; me refería a quién te enseñó, quién te llevaba a la piscina —dijo Miriam en un susurro.

—Ah.

Juan Diego no podía pronunciar sus nombres, ni siquiera en la oscuridad.

El ‘señor Eduardo’ le había enseñado a nadar; eso ocurrió en la piscina del antiguo complejo deportivo de Iowa, al lado de los hospitales y dispensarios de la universidad. Edward Bonshaw, que había abandonado la vida académica para entregarse al sacerdocio, fue acogido de nuevo por el Departamento de Literatura de la Universidad de Iowa: «Su lugar de procedencia», se complacía en decir Flor,

exagerando el acento mexicano en la palabra «procedencia».

Flor no nadaba, pero cuando Juan Diego aprendió a nadar, lo llevaba ella de vez en cuando a la piscina, que utilizaban el personal docente y no docente de la universidad y sus hijos, y también la frecuentaban los lugareños. El ‘señor Eduardo’ y Juan Diego adoraban el antiguo complejo deportivo; a principios de los años setenta, antes de construirse el pabellón Carver-Hawkeye, la mayoría de las competiciones deportivas en pista cubierta de Iowa tenían lugar en ese complejo. Además de nadar allí, Edward Bonshaw y Juan Diego iban a ver partidos de baloncesto y combates de lucha.

A Flor le gustaba la piscina, pero no el antiguo complejo deportivo; rondaban por allí demasiados deportistas, decía. Las mujeres llevaban a sus hijos a la piscina; las mujeres se sentían incómodas en presencia de Flor, pero no se quedaban mirándola.

Los hombres jóvenes no podían contenerse, contaba siempre Flor; los hombres jóvenes sencillamente se quedaban mirándola. Flor era alta y ancha de hombros — uno noventa de estatura, ochenta kilos—, y pese a tener los pechos pequeños, era muy atractiva (en un sentido femenino) y tenía un aspecto muy masculino.

En la piscina, Flor se ponía bañador de una sola pieza, pero sólo se la veía por encima de la cintura. Siempre se ceñía una gran toalla a la cadera; la parte inferior del bañador no quedaba a la vista, y Flor nunca se metía en el agua.

Juan Diego no sabía cómo se las apañaba Flor con lo de vestirse y desvestirse: eso debía de suceder en el vestuario de mujeres. ¿Acaso nunca se quitaba el bañador? (Nunca se le mojaba.)

«No te preocupes por eso», había dicho Flor al muchacho. «No voy a enseñarle el chisme más que al ‘señor Eduardo’.»

O al menos no lo haría en Iowa City, como algún día comprendería Juan Diego. Algún día también le resultaría comprensible por qué necesitaba Flor marcharse de Iowa..., no muy a menudo, sólo esporádicamente.

Si el hermano Pepe veía por casualidad a Flor en Oaxaca, escribía a Juan Diego. «Supongo que Edward y tú sabéis que ella está aquí... “sólo de visita”, dice. La veo en los sitios de costumbre... ¡Bueno, no quiero decir en todos los sitios “de costumbre”!», era como solía expresarse Pepe.

Pepe se refería a que había visto a Flor en La China, el bar gay de Bustamante, el que más adelante se convertiría en Chinampa. Pepe también veía a ‘La Loca’ en La Coronita, donde la clientela era gay en su gran mayoría y los travestidos vestían como tigresas.

Pepe no quería decir que Flor se dejase caer por el hotel de las furcias; no era el hotel Somega, o ser prostituta, lo que Flor añoraba. Pero ¿adónde podía ir una persona como Flor en Iowa City? Flor era muy fiestera..., al menos esporádicamente. En Iowa City, en la década de los setenta y de los ochenta, no había ningún bar como La China, y menos aún como La Coronita. ¿Qué había de malo en que Flor volviera a Oaxaca de vez en cuando?

El hermano Pepe no la juzgaba, y por lo visto el ‘señor Eduardo’ había sido comprensivo.

Cuando Juan Diego estaba a punto de marcharse de Oaxaca, el hermano Pepe le había soltado de pronto:

—No te conviertas en uno de esos mexicanos que... —dijo Pepe, pero se interrumpió.

—Que ¿qué? —le preguntó Flor a Pepe.

—Uno de esos mexicanos que detestan México —consiguió decir Pepe.

—Querrás decir uno de esos norteamericanos —corrigió Flor.

—¡Mi querido muchacho! —había exclamado el hermano Pepe estrechando a Juan Diego entre sus brazos—. Tampoco te conviene convertirte en uno de esos mexicanos que vuelven una y otra vez, esos que no pueden estar lejos de aquí —añadió Pepe.

Flor se limitó a quedarse mirando al hermano Pepe.

—¿En qué más «no debe» convertirse? —preguntó a Pepe—. ¿Qué otra clase de mexicano está prohibida?

Pero Pepe, sin hacer caso a Flor, susurró al oído de Juan Diego.

—¡Mi querido muchacho, conviértete en quien tú quieras..., pero mantente en contacto! —suplicó Pepe.

—Más vale que no te conviertas en nada, Juan Diego —había dicho Flor al muchacho de catorce años mientras Pepe lloraba desconsoladamente—. Confía en nosotros, Pepe; Edward y yo no consentiremos que el niño se eche a perder —añadió Flor—. Nos aseguraremos de que no se convierta en un don nadie mexicano.

Edward Bonshaw, mientras oía todo eso, sólo había entendido su nombre.

—Eduardo —dijo Edward Bonshaw corrigiendo a Flor, que se limitó a esbozar una sonrisa comprensiva.

«¡Fueron mis padres, o lo intentaron!», trató de decir Juan Diego en voz alta, pero en la oscuridad las palabras no le salieron.

—Oh —fue lo único que consiguió decir... de nuevo. Tal como se movía Miriam encima de él, no podría haber dicho nada más que eso.

El perro mestizo, alias *Chucho*, estuvo en cuarentena y en observación durante diez días; si uno se propone verificar la existencia de rabia, ése es el procedimiento común para animales que han mordido y no presentan síntomas de la enfermedad. (*Chucho* no tenía la rabia, pero el doctor Vargas, obrando en consecuencia después de administrar a Edward Bonshaw la vacuna antirrábica, había preferido andar sobre seguro.) El número de los perros se suspendió durante diez días en el Circo de La Maravilla; la cuarentena del ladrón de bebés alteró la rutina de los otros perros en la carpa de los niños de la basura.

Baby, el dachshund macho, se meaba en el suelo de tierra de la tienda todas las noches. *Pastora*, la ovejera, gemía sin cesar. Estrella tuvo que dormir en la carpa de

los perros, o *Pastora* no se habría callado, y Estrella roncaba. Ver a Estrella dormida boca arriba, su rostro a la sombra de la visera de la gorra de béisbol, le provocaba pesadillas a Lupe, pero Estrella decía que no podía dormir sin nada en la cabeza, porque los mosquitos le picaban en la calva; entonces le entraban picores en la cabeza y no podía rascarse sin quitarse la peluca, cosa que ponía nerviosos a los perros. Durante la cuarentena de *Chucho, Alemania*, la hembra de pastor alemán, se acercaba al camastro de Juan Diego por la noche y le jadeaba en la cara. Lupe culpaba a Vargas de «demonizar» al mestizo; el pobre *Chucho*, «siempre el malo», era una vez más la víctima a ojos de Lupe.

—El muy gilipollas de ese perro mordió al ‘señor Eduardo’ —recordó Juan Diego a su hermana. La idea de «perro gilipollas» era de Rivera. Lupe no creía que hubiese perros gilipollas.

—¡El ‘señor Eduardo’ estaba enamorándose del pene de Flor! —exclamó Lupe, como si ese suceso nuevo y perturbador hubiese empujado a *Chucho* a atacar al oriundo de Iowa. Pero eso implicaba que *Chucho* era homófobo, ¿y acaso no lo convertía eso en un perro gilipollas?

Aun así, Juan Diego convenció a Lupe de que se quedara en La Maravilla, al menos hasta que el circo se trasladara a Ciudad de México. El viaje tenía mayor trascendencia para Lupe que para Juan Diego; esparcir las cenizas de su madre (y las cenizas del ‘gringo’ bueno, y las de *Blanco Sucio*, además de los restos de la enorme nariz de la Virgen María) era muy importante para Lupe. Creía que Nuestra Señora de Guadalupe había sido marginada en las iglesias de Oaxaca; Guadalupe era una segundona en Oaxaca.

Esperanza, al margen de sus defectos, había sido «fulminada» por el Monstruo María, en opinión de Lupe. La niña clarividente creía que las injusticias del mundo religioso se enmendarían... si, y sólo si, las cenizas de su madre pecadora eran esparcidas en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en Ciudad de México. Sólo allí la Virgen Morena atraía autobuses llenos de peregrinos hasta su santuario. Lupe ansiaba ver la Capilla del Pozo, donde Guadalupe, envuelta en cristal, yacía en su lecho de muerte.

A pesar de su cojera, a Juan Diego le ilusionaba realizar el largo ascenso, la interminable escalera que conducía hasta El Cerrito de las Rosas, el templo donde no tenían a Guadalupe arrinconada en un altar lateral. La habían entronizado en la zona frontal del sagrado ‘Cerrito’. (Lupe, en lugar de decir «El Cerrito», prefería llamar «De las Rosas» al templo; según ella, eso sonaba más sagrado que «El Cerrito».) O bien allí, o bien en el lecho de muerte de la Virgen Morena en la Capilla del Pozo, los niños de la basura esparcirían las cenizas, que guardaban en una lata de café que Rivera había encontrado en el ‘basurero’.

El contenido de la lata de café no olía a Esperanza. Despedía un olor indefinido. Flor había olfateado las cenizas; había dicho que ése tampoco era el olor del ‘gringo’ bueno.

—Huele a café —había dicho Edward Bonshaw al olisquear la lata de café.

Fuera cual fuese el olor de las cenizas, no despertaba el menor interés en los perros de la carpa. Quizá desprendía un aroma medicinal; Estrella dijo que cualquier cosa que oliera a medicamento ahuyentaba a los perros. Tal vez ese olor inidentificable era de la nariz de la Virgen María.

—Desde luego no es de *Blanco Sucio* —fue lo único que diría Lupe sobre el olor; todas las noches, antes de acostarse, olfateaba las cenizas de la lata de café.

Juan Diego nunca sería capaz de leerle el pensamiento, ni siquiera lo intentaba. Posiblemente, Lupe olfateaba el contenido de la lata de café porque sabía que pronto esparcirían las cenizas, y quería recordar el olor cuando las cenizas ya no estuviesen.

Poco después de que el Circo de La Maravilla se trasladara a Ciudad de México —un largo viaje, sobre todo en una caravana de camiones y autobuses—, Lupe llevó la lata de café a una cena a la que los invitaron, en la casa del doctor Vargas en Oaxaca. Lupe dijo a Juan Diego que quería una «opinión científica» acerca del olor de las cenizas.

—Pero es una cena, Lupe —objetó Juan Diego.

Era la primera vez que alguien invitaba a cenar a los niños de la basura; con toda probabilidad, les constaba, la idea de la invitación no había partido de Vargas.

El hermano Pepe había hablado con Vargas de lo que Pepe llamaba «la prueba del alma» de Edward Bonshaw. El doctor Vargas no creía que Flor hubiese desencadenado una crisis espiritual en el oriundo de Iowa. De hecho, Vargas había ofendido a Flor al insinuarle al ‘señor Eduardo’ que el único posible motivo de preocupación en cuanto a su relación con una prostituta travestida podía ser de índole médica.

El doctor Vargas se refería a las enfermedades de transmisión sexual; se refería al número de parejas sexuales que tenía una prostituta, y lo que Flor podía haber contraído de algunas de ellas. A Vargas le traía sin cuidado que Flor tuviera pene, o que Edward Bonshaw lo tuviera también, y que el oriundo de Iowa se viera obligado a renunciar a sus expectativas de llegar al sacerdocio debido a eso.

A Vargas también le traía sin cuidado que Edward Bonshaw hubiese incumplido el voto del celibato. «Lo que yo no quiero es que la polla se le caiga..., o se le vuelva verde, o algo así», había dicho Vargas al oriundo de Iowa. Eso fue lo que ofendió a Flor, y el motivo por el que no acudió a la cena en casa de Vargas.

En Oaxaca, cualquiera que guardase resquemor contra Vargas llamaba a su lugar de residencia «Casa Vargas». Esto incluía a personas que le tenían antipatía por la riqueza de su familia, o consideraban insensible por su parte haberse instalado en la mansión de sus padres después de morir éstos en un accidente de avión. (Por entonces, en Oaxaca, todo el mundo conocía la anécdota de que Vargas debería haber viajado en ese avión.) Y entre las personas que aludían a la «Casa Vargas» se incluían aquellos ofendidos por la brusquedad con que Vargas podía tratar a la gente. Esgrimía la ciencia como una cachiporra; era propenso a aporrear a los demás con detalles

rigurosamente médicos: tal como había reducido a Flor a una posible enfermedad de transmisión sexual.

En fin, ése era Vargas: así era él. El hermano Pepe lo conocía bien. Pepe consideraba que podía contar con que Vargas exhibiera su cinismo en cualquier circunstancia. Pepe creía que los niños de la basura y Edward Bonshaw podían beneficiarse del cinismo de Vargas. Por eso, Pepe había convencido a Vargas de que invitara al oriundo de Iowa y a los niños de la basura a cenar.

Pepe conocía a otros escolares que habían faltado a sus votos. Podía haber dudas y desvíos en el camino hacia el sacerdocio. Cuando los estudiantes más fervientes abandonaban sus estudios, los aspectos emocionales y psicológicos de la «reorientación», tal como Pepe lo entendía, podían ser brutales.

Con toda certeza, Edward Bonshaw se había planteado la duda de si era o no homosexual, o si estaba enamorado de esa persona en concreto, que casualmente tenía pechos y pene. Con toda certeza, el ‘señor Eduardo’ se había preguntado: ¿no es un hecho que muchos homosexuales no sienten atracción por los travestidos? Pero Edward Bonshaw sabía de sobra que algunos homosexuales sí se sentían atraídos por los travestis. ¿Lo convertía eso, debió de preguntarse el ‘señor Eduardo’, en una minoría sexual dentro de una minoría?

El hermano Pepe no sentía el menor interés por esas distinciones dentro de distinciones. Pepe albergaba mucho amor en su interior. Pepe sabía que la orientación sexual del oriundo de Iowa era un asunto que incumbía exclusivamente a Edward Bonshaw.

El hermano Pepe no ponía el menor reparo a que el ‘señor Eduardo’ descubriese tarde su identidad homosexual (si es que era eso lo que estaba ocurriendo), o a que abandonase el difícil camino hacia el sacerdocio; Pepe no veía mal que Edward Bonshaw estuviese perdidamente enamorado de un travesti con pene. Y Flor no caía mal a Pepe, pero éste sí ponía reparos en lo tocante a la prostitución, no necesariamente por la misma razón que Vargas: la transmisión sexual. Pepe sabía que Flor siempre había estado en apuros; había vivido inmersa en apuros (no todo podía atribuirse a Houston), en tanto que Edward Bonshaw apenas había vivido. ¿Qué harían dos personas así juntas en Iowa? En opinión de Pepe, el ‘señor Eduardo’ había ido un poco demasiado lejos al elegir a Flor: el mundo de Flor carecía de límites.

En cuanto a Flor, a saber qué pensaba. «Pienso que eres un hombre papagayo encantador», había dicho Flor al oriundo de Iowa. «Debería haberte conocido cuando era niña», había añadido. «Podríamos habernos ayudado el uno al otro a superar alguna que otra mierda.»

Bueno, sí, el hermano Pepe habría estado de acuerdo en eso. Pero ¿no era ya demasiado tarde para los dos? En cuanto al doctor Vargas —concretamente, su «ofensa» a Flor—, quizá fuese Pepe quien había inducido a Vargas. Aun así, es posible que ni siquiera toda una letanía de enfermedades de transmisión sexual hubiese ahuyentado a Edward Bonshaw; la atracción sexual no es algo rigurosamente

científico.

El hermano Pepe había cifrado mayores esperanzas en que el escepticismo de Vargas surtiese efecto en Juan Diego y Lupe. Los niños de la basura estaban decepcionados con La Maravilla; al menos lo estaba Lupe. El doctor Vargas, al igual que el hermano Pepe, veía con desconfianza eso de leer el pensamiento a los leones. Vargas había examinado a algunas de las jóvenes acróbatas; habían sido pacientes suyas, tanto antes como después de pasar por manos de Ignacio. Como artista, ser La Maravilla podía costarle a uno la vida. (Nadie había sobrevivido a la caída desde veinticinco metros sin red.) El doctor Vargas sabía que las jóvenes acróbatas que se habían acostado con Ignacio deseaban estar muertas.

Y Vargas había admitido ante Pepe, un tanto a la defensiva, que, en un principio, había pensado que el circo podía ofrecer un buen porvenir a los niños de la basura, convencido de que Lupe, como telépata que era, no tendría contacto con Ignacio. (Lupe no sería una de las jóvenes acróbatas de Ignacio.) Ahora Vargas había cambiado de idea; lo que no le gustaba de que Lupe leyera el pensamiento a los leones era que eso ponía a la niña de trece años en contacto con Ignacio.

Pepe había trazado el círculo completo en cuanto al porvenir de los niños de la basura en el circo. El hermano Pepe quería que volviesen a Niños Perdidos, donde al menos estarían a salvo. Pepe contaba con el apoyo de Vargas también en cuanto al porvenir de Juan Diego en el funambulismo. ¿Qué más daba que el pie lisiado quedase trabado permanentemente en la posición perfecta para caminar por las alturas? Juan Diego no era un atleta; el pie ileso del muchacho era un hándicap.

Había estado ejercitándose en la carpa de las acróbatas. El pie ileso se le resbalaba de los peldaños de cuerda de la escalera; se había caído unas cuantas veces. Y eso sólo era la carpa de entrenamiento.

Por último, a todo eso se sumaban las expectativas que los niños de la basura habían concebido con respecto a Ciudad de México. La peregrinación de Juan Diego y Lupe a la basílica inquietaba a Pepe, que era natural de Ciudad de México. Pepe era consciente de la conmoción que podía representar ver el santuario de Guadalupe por primera vez, y sabía que los niños de la basura podían llegar a ser un tanto puntillosos: en cuanto a las manifestaciones públicas de fe religiosa, eran niños difíciles de complacer. Pepe pensaba que los niños de la basura tenían su propia religión, y le parecía una religión insondablemente personal.

Niños Perdidos no permitiría a Edward Bonshaw ni al hermano Pepe acompañar a los niños de la basura en su viaje a Ciudad de México; no podían prescindir de sus dos mejores profesores simultáneamente. Y el ‘señor Eduardo’ deseaba ver el santuario de Guadalupe casi tanto como los niños de la basura; a juicio de Pepe, el oriundo de Iowa podía llegar a sentirse tan abrumado y repelido por los excesos de la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe como los propios niños de la basura. (La muchedumbre que acudía en tropel al santuario de Guadalupe un sábado por la mañana podía atentar, sin duda, contra las creencias personales de cualquiera.)

Vargas sabía de qué iba la cosa: los fieles insensatos y desbocados eran la viva imagen de todo aquello que él aborrecía. Pero Pepe se equivocaba al concebir que el doctor Vargas (o cualquier otra persona) podía preparar a los niños de la basura y a Edward Bonshaw para las hordas de peregrinos que se aproximaban a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe por la Avenida de los Misterios; la «Avenida de las Miserias», era como había oído Pepe que la llamaba el médico, con su inglés seco. Ese espectáculo era algo que los ‘niños de la basura’ y el misionero tenían que vivir en sus propias carnes.

Y hablando de espectáculos: una cena en Casa Vargas era todo un espectáculo. Las estatuas de tamaño natural de los conquistadores españoles, en lo alto y al pie de la majestuosa escalera (y en el vestíbulo), intimidaban más que las muñecas sexuales religiosas y las otras esculturas vendidas en la tienda de vírgenes de Independencia.

Los amenazadores soldados españoles eran muy realistas; montaban guardia en dos plantas de la casa de Vargas, como un ejército conquistador. Vargas no había tocado nada en la mansión de sus padres. Había vivido su juventud en guerra con la religión y las posturas políticas de sus padres, y sin embargo había dejado intactos sus cuadros y sus estatuas y sus fotos familiares.

Vargas era socialista y ateo; prácticamente regalaba sus servicios médicos a los más necesitados. Pero la casa donde vivía era un recordatorio de los valores que tanto había rechazado en vida de sus desdeñados padres. Casa Vargas, más que un respetuoso homenaje a los difuntos padres de Vargas, era una burla hacia ellos; su cultura, que Vargas había repudiado, estaba allí expuesta, pero más por su ridículo efecto que para honrarla, o esa impresión tenía Pepe.

«¡Vargas lo mismo podría haber *disecado* a sus padres muertos y haberlos puesto a montar guardia en la casa de la familia!», había prevenido el hermano Pepe a Edward Bonshaw, pero el oriundo de Iowa estaba desquiciado incluso antes de llegar a la cena.

El ‘señor Eduardo’ no había confesado al padre Alfonso o al padre Octavio su transgresión con Flor. El fervoroso joven insistía en ver a las personas a quienes quería como proyectos; había que recomponerlas o rescatarlas, nunca se las abandonaba. Flor y Juan Diego y Lupe eran los proyectos del oriundo de Iowa; Edward Bonshaw los veía con los ojos de un reformador nato, pero no los quería menos por verlos de esa manera. (En opinión de Pepe, eso era una complicación más en el proceso de «reorientación» del ‘señor Eduardo’.)

El hermano Pepe compartía aún el cuarto de baño con el fervoroso joven. Pepe sabía que Edward Bonshaw había dejado de flagelarse, pero Pepe oía cómo el oriundo de Iowa lloraba en el cuarto de baño, donde ahora azotaba el inodoro y el lavabo y la bañera en lugar de azotarse a sí mismo. El ‘señor Eduardo’ lloraba y lloraba, porque no sabía cómo dejar su puesto en Niños Perdidos antes de encontrar solución a cómo cuidar de sus queridos proyectos.

En cuanto a Lupe, no estaba de humor para cenas en Casa Vargas. Últimamente

se pasaba todo el tiempo con *Hombre* y las leonas; las ‘señoritas’, llamaba Ignacio a las tres leonas. Les había puesto nombre, una parte del cuerpo a cada una: *Cara*, *Garra*, *Oreja*. Ignacio dijo a Lupe que él era capaz de leerles el pensamiento a las leonas por medio de esas partes corporales. *Cara* contraía el rostro cuando sentía agitación o rabia; *Garra* parecía amasar pan con sus zarpas, que hundía en la tierra; *Oreja* ladeaba una oreja, o echaba las dos hacia detrás.

—No pueden engañarme; sé lo que están pensando. Las señoritas son muy previsibles —explicó el domador de leones a Lupe—. No necesito a nadie para leer el pensamiento de las ‘señoritas’; son los pensamientos de *Hombre* los que, para mí, representan un misterio.

Quizá para Lupe no, eso era lo que pensaba Juan Diego. Tampoco Juan Diego estaba de humor para cenas; dudaba que Lupe hubiese sido totalmente sincera con él.

—¿Qué tiene *Hombre* en el pensamiento? —había preguntado él.

—No gran cosa, las cosas propias de los machos —había dicho Lupe a su hermano—. *Hombre* piensa en hacerlo con las leonas. Con *Cara*, por lo general. A veces con *Garra*. Con *Oreja* rara vez, salvo cuando de pronto piensa en ella, y entonces quiere hacerlo de inmediato. *Hombre* piensa en el sexo o no piensa en nada —dijo Lupe—. Aparte de la comida.

—Pero ¿es peligroso? —preguntó Juan Diego. (Le pareció extraño que *Hombre* pensara en el sexo. Juan Diego estaba casi seguro de que *Hombre*, en realidad, jamás mantenía relaciones sexuales.)

—Lo es si lo molestas cuando está comiendo..., o si lo tocas cuando está pensando en hacerlo con una de las leonas. *Hombre* quiere que todo siga siempre igual: no le gustan los cambios —dijo Lupe—. No sé si los leones lo hacen de verdad —admitió.

—Pero ¿qué piensa *Hombre* de Ignacio? ¡Eso es lo único que le preocupa a Ignacio! —exclamó Juan Diego.

Lupe se encogió de hombros con el gesto de su difunta madre.

—*Hombre* aprecia a Ignacio, excepto cuando lo odia. A *Hombre* le resulta confuso odiar a Ignacio. *Hombre* sabe que no debe odiar a Ignacio —contestó Lupe.

—Hay algo que no me cuentas —dijo Juan Diego.

—Vaya, ahora eres tú quien lee el pensamiento, ¿no? —preguntó Lupe.

—¿Qué es? —preguntó Juan Diego.

—Ignacio cree que las leonas son tontas del culo; no le interesa saber qué piensan las leonas —contestó Lupe.

—¿Sólo eso? —preguntó Juan Diego. Entre lo que Ignacio pensaba y el vocabulario de las jóvenes acróbatas, cada día que pasaba el lenguaje de Lupe era más ordinario.

—Ignacio está obsesionado con lo que piensa *Hombre*: es una de esas cosas entre machos. —Pero su siguiente comentario tuvo algo de extraño, pensó Juan Diego—. Al domador de leonas no le interesa lo que piensan las leonas —dijo Lupe. No había

dicho «al domador de leones». En lugar de eso, Lupe había dicho «domador de leonas».

—¿Y en qué piensan las leonas, Lupe? —había preguntado Juan Diego. (No en sexo, por lo visto.)

—Las leonas detestan a Ignacio... a todas horas —contestó Lupe—. Las leonas, en efecto, son tontas del culo: ¡están celosas de Ignacio porque piensan que *Hombre* quiere más a Ignacio de lo que ese león gilipollas las quiere a ellas! Pero si alguna vez Ignacio llega a hacerle daño a *Hombre*, las leonas matarán a Ignacio. ¡Las leonas son más idiotas que unas putas monas! —vociferó Lupe—. Quieren a *Hombre*, a pesar de que ese león gilipollas nunca piensa en ellas..., ¡a menos que recuerde que quiere hacerlo, y entonces a *Hombre* le cuesta recordar con cuál tiene más ganas de hacerlo!

—¿Las leonas quieren matar a Ignacio? —preguntó Juan Diego a Lupe.

—Lo matarán —auguró ella—. Ignacio no tiene nada que temer de *Hombre*; es a las leonas a las que el domador de leones debería tener miedo.

—El problema es qué vas a decirle a Ignacio, o qué no vas a decirle —dijo Juan Diego a su hermana menor.

—Ése es tu problema —replicó Lupe—. Yo sólo leo el pensamiento. Es a ti a quien escucha el domador de leones, caminante de bajuras.

Ciertamente, él no era más que eso, pensaba Juan Diego. Incluso Soledad había perdido la confianza en él como futuro caminante de las alturas. El pie ileso le causaba dificultades; se le resbalaba en los peldaños de cuerda de la escalera, y no lo tenía tan fuerte para soportar su peso en esa postura antinatural en ángulo recto.

Cuando Juan Diego veía a Dolores, solía ser cabeza abajo. O ella estaba cabeza abajo o lo estaba él; en la carpa de las acróbatas no podía haber más de un funámbulo ejercitándose al mismo tiempo. Dolores nunca había tenido la menor confianza en él como funámbulo; al igual que Ignacio, Dolores creía que Juan Diego no tenía huevos para eso. (En cuanto a huevos, por lo visto, sólo la carpa principal era una verdadera prueba, el recorrido a veinticinco metros de altura, sin red.)

Lupe había dicho que una persona le caía bien a *Hombre* si le tenía miedo; quizá por eso Ignacio les decía a las jóvenes acróbatas que *Hombre* sabía cuándo les venía la regla a las chicas. Eso provocaba que las chicas le tuviesen miedo a *Hombre*. Como Ignacio obligaba a las chicas a dar de comer al león (y a las leonas), posiblemente las chicas corrían menos peligro gracias a eso.

Resultaba nauseabundo que a *Hombre* le cayesen bien las chicas porque lo temían, pensaba Juan Diego. Pero eso no tenía sentido, había dicho Lupe. Ignacio sólo quería que las jóvenes acróbatas tuviesen miedo, y quería además que diesen de comer a los leones. Ignacio pensaba que si él diera de comer a los leones, ellos lo considerarían débil. La cuestión de la regla de las chicas sólo tenía importancia para Ignacio. Lupe dijo que *Hombre* no pensaba en las reglas de las chicas: nunca.

Juan Diego le tenía miedo a Dolores, pero no por eso le caía bien a Dolores. Ella

sí le dijo una cosa útil sobre el funambulismo, aunque la intención de Dolores no fuera ser útil. Sólo estaba siendo cruel con él, lo cual formaba parte de su manera de ser.

—Si piensas que te vas a caer, te caerás —dijo Dolores a Juan Diego. Éste se hallaba cabeza abajo en la carpa de entrenamiento, sus pies en los dos primeros peldaños de cuerda de la escalera. Los peldaños de cuerda se le hincaban en los pliegues de los ángulos donde confluían los empeines y los tobillos.

—Eso no sirve de nada, Dolores —había dicho Soledad a La Maravilla, pero para Juan Diego sí sería útil; en ese momento, sin embargo, fue incapaz de dejar de pensar que iba a caerse, y por tanto se cayó.

—¿Lo ves? —le había dicho Dolores a la vez que se encaramaba a la escalera. Cabeza abajo, resultaba especialmente deseable.

A Juan Diego no le habían permitido llevarse su estatua de Guadalupe de tamaño natural a la carpa de los perros. No cabía, y cuando Juan Diego intentó describir la figura de Guadalupe a Estrella, la anciana le dijo que los perros macho (*Baby*, el dachshund, y *Chucho*) se mearían en ella.

Ahora, cuando Juan Diego quería masturbarse, pensaba en Dolores; normalmente se la representaba cabeza abajo. No le había dicho a Lupe que se masturbaba imaginando a Dolores cabeza abajo, pero Lupe lo sorprendió pensando en eso.

—¡Qué asco! —exclamó Lupe—. Te imaginas a Dolores cabeza abajo con tu pene en su boca... Pero ¿qué estás pensando?

—Lupe, ¿qué quieres que te diga? ¡Tú ya sabes qué estoy pensando! —dijo Juan Diego con exasperación, pero también abochornado.

Su traslado a La Maravilla y sus respectivas edades por aquel entonces fueron algo sumamente inoportuno. De pronto resultaba doloroso para los dos; a saber, Lupe no quería enterarse de lo que pensaba su hermano, y Juan Diego tampoco quería que su hermana menor se enterara. Se distanciaron por primera vez en la vida.

Así (en este estado de ánimo que les era ajeno) llegaron los niños de la basura, acompañados del hermano Pepe y el ‘señor Eduardo’, a Casa Vargas. Al ver las estatuas de los conquistadores españoles, Edward Bonshaw se tambaleó en la escalera, o quizá la causa de su momentáneo desequilibrio fuese el esplendor del vestíbulo. El hermano Pepe agarró del brazo al oriundo de Iowa; Pepe sabía que la larga lista de cosas de las que el ‘señor Eduardo’ se había privado ya era más corta. Además del sexo con Flor, Edward Bonshaw se permitía ahora beber cerveza —era casi imposible estar con Flor sin beber nada—, pero incluso un par de cervezas podía desequilibrar a Edward Bonshaw.

No mejoró las cosas el hecho de que la novia de Vargas en esa cena estuviese allí en la suntuosa escalera para recibirlos. El doctor Vargas no tenía una novia instalada allí con él; vivía solo, si es que podía llamarse vivir «solo» a vivir en Casa Vargas. (Las estatuas de los conquistadores españoles equivalían a una fuerza de ocupación,

un pequeño ejército.)

Para las cenas, Vargas siempre se sacaba de la manga una novia que supiera cocinar. Ésa, en particular, se llamaba Alejandra: una belleza pechugona cuyos pechos debían de ser un peligro en las inmediaciones de una estufa encendida. Alejandra le inspiró a Lupe una antipatía inmediata; según el severo juicio de ésta, los libidinosos pensamientos concebidos por Vargas hacia la doctora Gómez deberían haber obligado a Vargas a ser fiel a la otorrinolaringóloga.

—Lupe, sé realista —susurró Juan Diego a su hosca hermana menor; Lupe se había limitado a lanzar una ceñuda mirada a Alejandra, y se había negado a estrechar la mano a la joven. (Lupe no quería soltar la lata de café)—. ¡Vargas no tiene por qué ser fiel a una mujer con la que no se ha acostado! Vargas sólo quiere acostarse con la doctora Gómez, Lupe.

—Es lo mismo —declaró Lupe a la manera bíblica; naturalmente, le pareció abominable tener que pasar ante el ejército español en la escalera.

—Alejandra, Alejandra —repitió una vez tras otra la novia de Vargas en esa cena, al presentarse al hermano Pepe y al tambaleante ‘señor Eduardo’ en la traicionera escalera.

—¡Vaya aliento a pene! —dijo Lupe a su hermano.

Quería decir que Alejandra tenía aliento a pene, el epíteto preferido de Dolores. Así llamaba La Maravilla a las jóvenes acróbatas que se acostaban o se habían acostado con Ignacio. Así llamaba Dolores también a las leonas cuando tenía que darles de comer. (Las leonas odiaban a Dolores, decía Lupe, pero Juan Diego no sabía si era verdad; él sólo sabía con certeza que Lupe odiaba a Dolores.) Lupe llamaba a Dolores «aliento a pene», o insinuaba que Dolores era una futura «aliento a pene», cosa que Dolores (decía Lupe), como puta mona y tonta del culo que era, ignoraba.

Ahora Alejandra era una aliento a pene sólo por ser una de las novias del doctor Vargas. Edward Bonshaw, sin aliento, vio sonreír a Vargas en lo alto de la escalera, con su brazo alrededor del soldado barbudo con plumas en el yelmo.

—¿Y quién es este salvaje? —preguntó el ‘señor Eduardo’ a Vargas señalando la espada y el peto del soldado.

—Uno de sus evangelizadores en armadura, por supuesto —contestó Vargas al oriundo de Iowa.

Edward Bonshaw miró con recelo al español. ¿Fue sólo la preocupación de Juan Diego por su hermana lo que le indujo a pensar que la mirada sin vida de la estatua cobró vida cuando el ‘conquistador’ vio a Lupe?

—A mí no me mires, violador y saqueador —dijo Lupe al español—. ¡Te cortaré la polla con tu espada! ¡Conozco a unos leones que se os comerían a ti y a toda tu escoria cristiana!

—Jesús, Lupe —exclamó Juan Diego.

—Jesús no pinta nada —dijo Lupe—. Aquí son las vírgenes las que mandan, aunque vírgenes lo que se dice vírgenes no son, aunque ni siquiera sepamos quiénes

son.

—¿Cómo? —preguntó Juan Diego.

—Las vírgenes son como las leonas —contestó Lupe a su hermano—. Es de ellas de quienes tienes que preocuparte: son las jefas del cotarro. —La empuñadura de la espada del español le quedaba a Lupe a la altura de los ojos; tocó la vaina con su pequeña mano—. Mantenla afilada, asesino —dijo Lupe al ‘conquistador’.

—Desde luego, daban miedo, ¿no os parece? —comentó Edward Bonshaw con la mirada fija todavía en el soldado conquistador.

—Desde luego ésa era su intención —respondió Vargas al oriundo de Iowa.

Seguían las caderas de Alejandra por un largo y decoroso pasillo. Lógicamente no podían pasar ante un retrato de Jesús sin hacer un comentario.

—Bienaventurados sean... —empezó a decir Edward Bonshaw; era un retrato de Jesús pronunciando el sermón de la montaña.

—¡Ay, esas entrañables bienaventuranzas! —lo interrumpió Vargas—. Son mi parte preferida de la Biblia..., aunque poca atención se les presta a las bienaventuranzas; no van por ahí, precisamente, los asuntos de la Iglesia en general. ¿No tiene previsto llevar a esos dos inocentes al santuario de Guadalupe? Una atracción turística católica, si quiere saber mi opinión —prosiguió Vargas dirigiéndose al ‘señor Eduardo’ pero en atención a todos—. ¡En ésa, la más impía de las basílicas, las bienaventuranzas brillan por su ausencia!

—Un poco de tolerancia, Vargas —suplicó Pepe—. Tú toleras nuestras creencias; nosotros toleraremos tu falta de...

—Mandan las vírgenes —los interrumpió Lupe, firmemente aferrada a la lata de café—. A nadie le interesan las bienaventuranzas. Nadie escucha a Jesús... Jesús era sólo un bebé. Son las vírgenes quienes mueven los hilos.

—Te sugiero que no traduzcas las palabras de Lupe..., sea lo que sea lo que ha dicho. No las traduzcas —instó Pepe a Juan Diego, tan absorto en las caderas de Alejandra que no podía prestar atención al misticismo de Lupe; quizás el contenido de la lata de café contribuía a los irritantes poderes de Lupe.

—La tolerancia nunca es mala idea —empezó Edward Bonshaw. Ante ellos, Juan Diego vio a otro soldado español, éste en posición de firmes junto al umbral de una puerta de dos hojas en el pasillo.

—Esto suena a treta jesuítica —comentó Vargas al oriundo de Iowa—. ¿Desde cuándo los católicos nos dejan en paz a los no creyentes? —Como prueba, el doctor Vargas señaló al solemne ‘conquistador’ que montaba guardia a la puerta de la cocina. Vargas apoyó la mano en el peto del soldado, sobre el corazón del ‘conquistador’, en el supuesto de que el conquistador español hubiera tenido alguna vez corazón—. Háblele a este individuo sobre el libre albedrío —dijo Vargas, pero el español pareció no notar las excesivas confianzas del médico; una vez más, Juan Diego vio que la mirada remota de la estatua se posaba en algo. El soldado español miraba a Lupe.

Juan Diego se inclinó hacia su hermana y le susurró:

—Sé que no me lo cuentas todo.

—No me creerías —respondió ella.

—¿No son un encanto, estos niños? —dijo Alejandra a Vargas.

—¡Dios mío, la aliento a pene quiere tener hijos! Esto va a quitarme el apetito — fue lo único que diría Lupe a su hermano.

—¿Te has traído el café? —preguntó Alejandra de pronto a Lupe—. ¿O son esos tus juguetes? Es...

—¡Es para él! —dijo Lupe señalando al doctor Vargas—. Son las cenizas de nuestra madre. Tienen un olor raro. Hay un perrito en las cenizas, y un hippy muerto. También hay algo sagrado en las cenizas —añadió Lupe con un susurro—. Pero huele a otra cosa. No la identificamos. Necesitamos una opinión científica. —Tendió la lata de café a Vargas—. Vamos, huélala —instó Lupe.

—Huele sólo a café —dijo Edward Bonshaw para tranquilizar al doctor Vargas. (El oriundo de Iowa ignoraba si Vargas tenía conocimiento previo del contenido de la lata de café.)

—¡Son las cenizas de Esperanza! —prorrumpió el hermano Pepe.

—Tu turno, traductor —dijo Vargas a Juan Diego; el médico había tomado la lata de café de manos de Lupe, pero no la había destapado aún.

—Incineramos a nuestra madre en el ‘basurero’ —empezó a explicar Juan Diego—. Incineramos con ella a un ‘gringo’ prófugo..., uno muerto —se esforzó en aclarar el muchacho de catorce años.

—A ello hay que añadir un perro, uno pequeño —señaló Pepe.

—Debió de ser toda una hoguera —comentó Vargas.

—Ya ardía cuando echamos los cuerpos —explicó Juan Diego—. La había encendido Rivera con todo lo que encontró por allí.

—La típica fogata de vertedero, supongo —dijo Vargas; acariciaba con el dedo la tapa de la lata de café, pero aún no la había retirado.

Juan Diego siempre recordaría cómo se tocó Lupe la punta de la nariz; se llevó el dedo índice a la nariz cuando habló.

—‘Y la nariz’ —dijo Lupe. Juan Diego dudó si traducir eso, pero Lupe lo repitió a la vez que se tocaba la punta de la naricita—: ‘Y la nariz’.

—¿La nariz? —adivinó Vargas—. ¿Qué nariz? ¿La nariz de quién?

—¡Cómo que la nariz, pequeños paganos! —prorrumpió el hermano Pepe.

—¿La nariz de María? —exclamó Edward Bonshaw—. ¿Echasteis la nariz de la Virgen María a aquella hoguera? —preguntó a Lupe el oriundo de Iowa.

—Fue él —dijo Lupe y señaló a su hermano—. La llevaba en el bolsillo, aunque casi no le cabía; era una nariz enorme.

Nadie le había hablado a Alejandra, la novia en esa cena, de la estatua gigante de la Virgen María que había perdido la nariz en el accidente que costó la vida a la mujer de la limpieza del templo jesuita. La pobre Alejandra debió de imaginar, por un

momento, la nariz de la verdadera Virgen María en la espantosa fogata del ‘basurero’.

—Ayúdenla —fue lo único que dijo Lupe señalando a Alejandra.

El hermano Pepe y Edward Bonshaw consiguieron guiar a la novia en esa cena hasta el fregadero.

Vargas destapó la lata de café. Nadie habló, pese a que todos oyeron a Alejandra tomar aire por la nariz y expulsarlo por la boca en un esfuerzo por contener el vómito.

El doctor Vargas acercó la boca y la nariz a la lata de café abierta. Todos lo oyeron aspirar hondo. No había más sonido que la respiración cuidadosamente acompasada de su novia en esa cena, que pugnaba por no arrojar en el fregadero.

La espada del primer ‘conquistador’ se escurrió de su vaina y golpeó el suelo de piedra del vestíbulo al pie de la suntuosa escalera. Fue un golpe sonoro, pero alejado de la cocina, donde se hallaban los asistentes a la cena.

El hermano Pepe dio un respingo al oír el ruido de la espada, como también hicieron el ‘señor Eduardo’ y los niños de la basura, pero no así Vargas y Alejandra. La segunda espada golpeó más cerca de ellos: la espada del español que montaba guardia en lo alto de la escalera. No sólo se oyó el golpe de la segunda espada contra la escalera de piedra, y cómo se deslizó por varios peldaños hasta detenerse en su descenso, sino que además todos oyeron el sonido de la segunda espada al desenvainarse.

—Esos soldados españoles... —empezó a decir Edward Bonshaw.

—No son los ‘conquistadores’; sólo son estatuas —dijo Lupe. (Esta vez, Juan Diego no dudó en traducirlo)—. Son sus padres, ¿verdad? Vive usted en su casa porque están aquí, ¿no? —preguntó Lupe al doctor Vargas. (Juan Diego siguió traduciendo.)

—Las cenizas son cenizas; las cenizas apenas huelen —dijo Vargas—. Pero esto procede de una hoguera en el vertedero —prosiguió el médico—. En estas cenizas hay pintura, quizá también haya trementina o algún tipo de disolvente de pintura. Puede que tintura..., algo para dar color a la madera, quiero decir. Algo inflamable.

—¿Gasolina quizás? —aventuró Juan Diego; había visto a Rivera encender más de una hoguera en el vertedero con gasolina.

—Gasolina, quizá —convino Vargas—. Muchas sustancias químicas —añadió el médico—. Lo que oléis son las sustancias químicas.

—La nariz del Monstruo María era química —dijo Lupe, pero Juan Diego le agarró la mano antes de que pudiera tocarse otra vez la nariz.

El tercer golpe y el posterior tableteo sonaron muy cerca; a excepción de Vargas, todos se sobresaltaron.

—A ver si adivino —dijo el hermano Pepe jovialmente—. Ésa ha sido la espada de nuestro ‘conquistador’, el que está de guardia junto a la puerta de la cocina, ahí mismo, en el pasillo —añadió Pepe y señaló en esa dirección.

—No, eso ha sido el casco —corrigió Alejandra—. Yo aquí no me quedo a dormir. No sé qué quieren sus padres —dijo la bella cocinera. Parecía que se había

recobrado ya del todo.

—Sólo quieren estar aquí; quieren que Vargas sepa que están bien —explicó Lupe—. Se alegran de que usted no viajara en el avión, ¿sabe? —dijo Lupe al doctor Vargas.

Cuando Juan Diego se lo tradujo, Vargas se limitó a contestar a Lupe con un gesto de asentimiento; él eso lo sabía de sobra. El doctor Vargas tapó la lata de café y se la devolvió a Lupe.

—Basta con que no te lleves los dedos a la boca ni a los ojos si has tocado las cenizas —le aconsejó—. Lávate las manos. La pintura, la trementina, la tintura de madera..., todo eso es venenoso.

La espada apareció en la cocina, donde ellos estaban, y se deslizó por el suelo; esta vez el ruido no fue gran cosa: el suelo era de madera.

—Ésa es la tercera espada, la del español más cercano —dijo Alejandra—. Siempre la dejan en la cocina.

El hermano Pepe y Edward Bonshaw habían salido al largo pasillo a echar un vistazo. El cuadro de Jesús pronunciando el sermón de la montaña colgaba torcido en la pared; con sumo cuidado, Pepe lo enderezó.

Sin asomarse al pasillo, Vargas dijo:

—Quieren que preste atención a las bienaventuranzas.

Fuera, en el pasillo, se oía al oriundo de Iowa recitar las bienaventuranzas. «Bienaventurados sean...», y así sucesivamente.

—Crear en fantasmas no es lo mismo que creer en Dios —explicó Vargas a los niños de la basura un poco a la defensiva.

—Usted no está tan mal —le dijo Lupe—. Es mejor de lo que yo pensaba —añadió—. Y usted no es una aliento a pene —dijo la niña a Alejandra—. La comida huele bien; deberíamos comer algo. —Juan Diego decidió que sólo traduciría la última parte.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios», recitaba el ‘señor Eduardo’. El oriundo de Iowa no habría estado de acuerdo con el doctor Vargas. Edward Bonshaw pensaba que creer en fantasmas equivalía a creer en Dios; para el ‘señor Eduardo’, las dos cosas estaban, como mínimo, relacionadas.

¿Qué creía Juan Diego en ese preciso momento? Había visto lo que podían hacer los fantasmas. ¿Había presenciado un movimiento perceptible en el Monstruo María, o sólo lo había imaginado? Y, además, estaba el truco de la nariz, o como quisiera llamárselo. Algunas cosas inexplicables son reales.

El señor va a nadar

—Crear en fantasmas no es lo mismo que creer en Dios —dijo en voz alta el antiguo lector del basurero.

Juan Diego habló con un aplomo muy superior al que traslucía el doctor Vargas cuando mencionaba a sus fantasmas familiares. Pero Juan Diego había soñado que discutía con Clark French, aunque no sobre fantasmas o la fe en Dios. Andaban a la greña, una vez más, por el Papa polaco. El papa Juan Pablo II asociaba el aborto y el control de la natalidad con la decadencia moral, y la idea exasperaba a Juan Diego; ese Papa se la tenía jurada a la contracepción. A principios de los años ochenta había afirmado que la contracepción y el aborto eran los «enemigos modernos de la familia».

—Seguro que hay un contexto que pasas por alto —había dicho Clark French a su ex profesor muchas veces.

—¿Un contexto, Clark? —preguntó Juan Diego (también lo preguntó mientras soñaba).

A finales de los años ochenta el papa Juan Pablo II había declarado «moralmente ilícito» el uso del condón, incluso como medio para prevenir el sida.

—¡El contexto era la crisis del sida, Clark! —había exclamado Juan Diego, no sólo aquella vez, sino también en el sueño.

Con todo, Juan Diego, al despertar, sostuvo que creer en fantasmas y creer en Dios eran cosas distintas; la forma en que se producían las transiciones del sueño a la vigilia le desorientaba.

—Fantasmas... —prosiguió Juan Diego mientras se incorporaba en la cama, pero de repente se calló.

Se hallaba solo en la habitación del Encantador; esta vez, Miriam se había esfumado de verdad: no yacía en la cama junto a él conteniendo (de algún modo) la respiración.

—¿Miriam? —preguntó Juan Diego, por si había ido al cuarto de baño. Pero la puerta del baño estaba abierta, y no hubo respuesta; sólo se oyó el canto de otro gallo. (Tenía que ser un gallo distinto; al primero lo habían matado en pleno cacareo, a juzgar por el sonido.) Al menos este gallo no estaba loco; la luz de la mañana bañaba la habitación: era Año Nuevo en Bohol.

A través de las ventanas abiertas, Juan Diego oía a los niños en la piscina. Cuando fue al baño, le sorprendió ver sus medicamentos esparcidos por la encimera en torno a la pila. ¿Acaso se había levantado por la noche y —medio dormido o en un trance de saciedad sexual— había engullido un puñado de pastillas? En tal caso, ¿cuántas había tomado..., y cuáles? (Tanto el frasco de Viagra como el de Lopressor estaban abiertos; los comprimidos se hallaban desparramados por la encimera, también los

había en el suelo del baño.)

¿Era Miriam adicta a los fármacos?, se preguntó Juan Diego. Pero ni siquiera un adicto encontraría estimulantes los betabloqueantes, ¿y para qué iba a tomar Viagra una mujer?

Juan Diego lo recogió todo. Se dio una ducha en el exterior, entretenido con los gatos que, juguetonamente, aparecían en el tejado y le maullaban. Quizás un gato, al amparo de la oscuridad, había matado a aquel gallo despistado en pleno canto. Los gatos eran asesinos natos, ¿o no?

Juan Diego estaba vistiéndose cuando oyó unas sirenas, o lo que parecían sirenas. Quizás el mar había arrastrado un cuerpo hasta la orilla, imaginó: el de alguno de los criminales del karaoke a altas horas de la noche en el club de playa de la isla de Panglao, o el de un nadador nocturno que había bailado toda la noche y luego se había ahogado a causa de un calambre. O quizá los Monos Nocturnos habían ido a bañarse en cueros con calamitosos resultados. Así se abandonó Juan Diego a imaginar diabólicas escenas de muerte, como es propio de los escritores.

Pero cuando Juan Diego bajó por la escalera para ir a desayunar, vio la ambulancia y el coche de policía en el camino de acceso al Encantador. Clark French montaba guardia por iniciativa propia en la escalera que subía a la biblioteca de la primera planta.

—Sólo quiero mantener alejados a los niños —informó Clark a su ex profesor.

—¿Alejados de qué, Clark? —preguntó Juan Diego.

—Josefa está ahí arriba..., con el forense y la policía. La tía Carmen ocupaba una habitación cerca de la de tu amiga, en diagonal al otro lado del pasillo. ¡No sabía que iba a marcharse tan pronto!

—¿Quién, Clark? ¿Quién se ha marchado? —preguntó Juan Diego.

—¡Tu amiga! ¿Quién viene hasta tan lejos para pasar una sola noche..., aunque sea Nochevieja? —preguntó Clark.

Juan Diego desconocía que Miriam tuviera previsto marcharse; debió de exteriorizar su sorpresa.

—¿No te dije que se marchaba? —preguntó Clark—. ¡Pensaba que la conocías! Según el recepcionista, tu amiga tenía que tomar un avión esta mañana temprano; un coche ha venido a recogerla antes del amanecer. Alguien ha dicho que todas las puertas de las habitaciones de la primera planta estaban abiertas de par en par después de irse tu amiga. ¡Por eso han encontrado a la tía Carmen! —desgranó Clark.

—¿Encontrado? Encontrado ¿dónde, Clark? —preguntó Juan Diego. ¡Desde el punto de vista cronológico, el relato era tan enrevesado como una novela de Clark French!, pensaba el ex profesor de escritura creativa.

—En el suelo de su habitación, entre la cama y el cuarto de baño... ¡La tía Carmen está muerta! —exclamó Clark.

—Lo siento, Clark. ¿Se encontraba enferma? ¿Había estado...? —comenzó a preguntar Juan Diego cuando Clark French señaló el mostrador de recepción en el

vestíbulo.

—Te ha dejado una carta; la tiene el recepcionista —dijo Clark a su ex profesor.

—La tía Carmen me ha escrito...

—Te ha dejado una carta tu amiga..., ¡no la tía Carmen! —exclamó Clark.

—Ah.

—Hola, señor —saludó Consuelo; la niña de las trenzas estaba a su lado. Juan Diego vio que Pedro la acompañaba.

—No se puede subir, niños —advirtió Clark French a los pequeños, pero Pedro y Consuelo decidieron seguir a Juan Diego, que, cojeando, atravesó el vestíbulo en dirección al mostrador.

—Señor, la tía, la de los peces, se ha muerto —empezó a decir Pedro.

—Sí, ya me he enterado —contestó Juan Diego al niño.

—Se ha roto el cuello —añadió Consuelo.

—¡El cuello! —exclamó Juan Diego.

—Señor, ¿cómo se rompe uno el cuello al levantarse de la cama? —preguntó Pedro.

—Ni idea —respondió Juan Diego.

—Señor, la señora que aparece sin más ha desaparecido —dijo Consuelo.

—Sí, ya me he enterado —respondió Juan Diego a la niña de las trenzas.

El recepcionista vio acercarse a Juan Diego; el joven, de aspecto cumplidor pero nervioso, le tendía ya la carta.

—La señora Miriam ha dejado esto para usted; tenía que tomar un avión a primera hora.

—La señora Miriam —repitió Juan Diego. ¿Acaso nadie conocía el apellido de Miriam?

Clark French los había seguido a él y a los niños hasta recepción.

—¿Es la señora Miriam una huésped asidua del Encantador? ¿Existe un ‘señor’ Miriam? —preguntó Clark al recepcionista. (Juan Diego conocía bien el tono de desaprobación moral que destilaba la voz de su ex alumno; era también una presencia, un calor incandescente, en la voz «escrita» de Clark.)

—Se ha alojado antes con nosotros, pero no asiduamente. Hay una hija, caballero —informó el recepcionista a Clark.

—¿Dorothy? —preguntó Juan Diego.

—Sí, caballero, así se llama la hija: Dorothy —dijo el recepcionista; entregó la carta a Juan Diego.

—¿Conoces a la madre y a la hija? —preguntó Clark French a su ex profesor. (El tono de voz de Clark estaba ahora en modo de máxima alerta moral.)

—Tuve un trato más estrecho con la hija, Clark, pero acabo de conocerlas a las dos... Las conocí en el vuelo de Nueva York a Hong Kong —explicó Juan Diego—. Viajan por todo el mundo, eso es lo único que sé de ellas. Parecen...

—Parecen mundanas, eso desde luego; o al menos Miriam parecía altamente

mundana —apuntó Clark a bocajarro. (Juan Diego sabía que ser «mundano» no era una gran virtud; no si uno era, como Clark, un católico serio.)

—Señor, ¿no va a leer la carta de la señora? —preguntó Consuelo. Recordando el contenido de la «carta» de Dorothy, Juan Diego se lo pensó antes de abrir el mensaje delante de los niños, pero ¿cómo podía dejarlo sin abrir en ese mismo momento? Todos estaban esperándolo.

—Puede que tu amiga haya visto algo..., me refiero con respecto a la tía Carmen, quiero decir —dijo Clark French. Clark conseguía pronunciar el vocablo «amiga» como si describiera a un demonio en forma femenina. ¿No existía una palabra para demonio femenino? (Una de esas palabras que bien podría haber dicho la hermana Gloria.) Súcubo: ¡eso era! Sin duda, Clark French conocía el término. Los súcubos eran espíritus malignos femeninos, que, según se decía, tenían trato carnal con hombres dormidos. Debía de derivar del latín, pensaba Juan Diego, pero Pedro le tiró del brazo e interrumpió sus pensamientos.

—Señor, nunca he visto a nadie tan rápido —dijo Pedro a Juan Diego—. Me refiero a su amiga.

—Tanto cuando aparece como cuando desaparece —añadió Consuelo, tirándose de las trenzas.

Ante semejante interés en Miriam, Juan Diego abrió la carta. «Hasta Manila», había escrito Miriam en el sobre. «Mira el fax de D.», había garabateado, o bien con precipitación, o bien con impaciencia, o lo uno y lo otro. Clark tomó el sobre de manos de Juan Diego y leyó en voz alta la parte «Hasta Manila».

—Parece un título —comentó Clark French—. ¿Vas a ver a Miriam en Manila? —preguntó a Juan Diego.

—Diría que sí —respondió Juan Diego; había aprendido a encogerse de hombros como Lupe, el gesto de despreocupación heredado de su madre. Juan Diego se enorgulleció un poco al pensar que Clark French consideraba «mundano» a su ex profesor, y al imaginar que Clark podía concebir que Juan Diego alternaba con súcubos.

—Supongo que D. es la hija. Parece un fax largo —prosiguió Clark.

—Es D. de Dorothy, Clark; sí, es la hija —confirmó Juan Diego.

Era, en efecto, un fax largo y un poco difícil de seguir. En el relato se mencionaba un búfalo de agua, y ciertas cosas que picaban; una serie de desventuras habían acontecido a unos niños con quienes Dorothy había coincidido en sus viajes, o esa impresión daba. Dorothy invitaba a Juan Diego a reunirse con ella en un complejo hotelero llamado El Nido, en la isla de Lagen: estaba en otra parte de las Filipinas, un lugar llamado Palawan. El sobre contenía unos billetes de avión. Por supuesto, Clark se había fijado en los billetes de avión. Y era evidente que Clark conocía El Nido y lo consideraba objetable. (Un «nido» podía ser una guarida, un cuchitril, un antro.) Obviamente, Clark también consideraba objetable a D.

Se oyó el roce de unas ruedecillas en el suelo del vestíbulo del Encantador; a Juan

Diego se le erizó el vello de la nuca al oírlo: antes de mirar y ver la camilla, ya sabía (de algún modo) que era la camilla de la ambulancia. La llevaban al ascensor de servicio. Pedro y Consuelo se echaron a correr detrás. Clark y Juan Diego vieron a la mujer de Clark, la doctora Josefa Quintana; bajaba por la escalera de la biblioteca de la primera planta e iba con el forense.

—Como te he dicho, Clark, la tía Carmen ha debido de caer mal; tenía el cuello roto —explicó la doctora Quintana.

—Quizás alguien le ha partido el cuello —dijo Clark French; miró a Juan Diego como si buscara confirmación.

—Los dos son novelistas —aclaró Josefa al forense—. Muy imaginativos.

—Su tía ha tenido una caída aparatosa, y el suelo es de piedra; el cuello ha debido de doblársele bajo el peso del cuerpo al caer —explicó el forense a Clark.

—También se ha dado un golpe en la coronilla —añadió la doctora Quintana.

—¡O se lo han dado! —apuntó Clark French.

—Este hotel está... —empezó a decir Josefa a Juan Diego. Se interrumpió entonces para observar a los dos niños solemnes, Pedro y Consuelo, que acompañaban la camilla en la que trasladaban el cadáver de la tía Carmen. Uno de los sanitarios empujaba la camilla a través del vestíbulo del Encantador.

—Este hotel está ¿qué? —preguntó Juan Diego a la mujer de Clark.

—Encantado —dijo la doctora Quintana.

—Quiere decir que hay fantasmas —aclaró Clark French.

—Casa Vargas —fue lo único que dijo Juan Diego; el hecho de haber soñado poco antes con fantasmas no era siquiera una sorpresa—. ‘Ni siquiera una sorpresa’ —dijo en español.

—Juan Diego conoce más a la hija de su amiga; las vio por primera vez en el avión —explicaba Clark a su mujer. (El forense se había marchado detrás de la camilla)—. Supongo que no las conoces bien —dijo Clark a su ex profesor.

—No las conozco apenas —admitió Juan Diego—. Me he acostado con las dos, pero para mí son misterios —dijo a Clark y a la doctora Quintana.

—Te has acostado con una madre y su hija —repitió Clark, como para asegurarse—. ¿Sabes qué son los súcubos? —preguntó a continuación, pero prosiguió sin darle tiempo a Juan Diego a contestar—. *Succuba* significa «amante»; un súcubo es un demonio en forma femenina...

—¡Que, según se dice, tiene trato carnal con hombres dormidos! —se apresuró a añadir Juan Diego.

—Del latín *succubare*, «yacer debajo» —continuó Clark.

—Miriam y Dorothy, para mí, no son más que misterios —volvió a decir Juan Diego a Clark y a la doctora Quintana.

—Misterios —repitió Clark; lo dijo una y otra vez.

—Hablando de misterios —atajó Juan Diego—, ¿habéis oído cantar a ese gallo en plena noche..., en plena oscuridad?

La doctora Quintana impidió a su marido repetir la palabra «misterios». No, no habían oído al gallo loco, cuyo cacareo se había visto interrumpido..., quizá para siempre.

—Hola, señor —dijo Consuelo; estaba de nuevo junto a Juan Diego—. ¿Qué tiene pensado hacer hoy? —le preguntó en un susurro. Antes de que Juan Diego pudiera contestar, Consuelo lo agarró de la mano; y entonces notó que Pedro lo agarraba de la otra.

—Voy a nadar —respondió Juan Diego a los niños, también en un susurro. Parecieron sorprenderse a pesar de la mucha agua que había allí, por todas partes a su alrededor. Los niños cruzaron una mirada de preocupación.

—¿Y el pie, señor? —susurró Consuelo.

Pedro asentía con expresión grave; los dos niños miraban fijamente el pie derecho de Juan Diego, torcido en un ángulo equivalente a las dos.

—En el agua no cojeo —susurró Juan Diego—. Cuando nado, no estoy impedido. —Eso de hablar en susurros tenía su gracia.

¿Por qué sentía Juan Diego tal júbilo ante la perspectiva del día que tenía por delante? No sólo lo atraía nadar; también le complacía que a los niños les divirtiera hablar con él en susurros. Consuelo y Pedro disfrutaban convirtiendo en juego su intención de ir a nadar; Juan Diego disfrutaba de la compañía de los niños.

¿Por qué no sentía Juan Diego la apremiante necesidad de proseguir la acostumbrada discusión con Clark French sobre la querida Iglesia católica de Clark? Juan Diego ni siquiera estaba molesto porque Miriam no le hubiese anunciado su marcha; en realidad, que se hubiera ido era, en cierto modo, un alivio.

¿Lo había amedrentado Miriam de alguna manera que desconocía? ¿Se debía sólo a que había soñado con fantasmas o espíritus en Nochevieja y, simultáneamente, Miriam lo había asustado? Para ser sincero, Juan Diego se alegraba de estar solo. No así Miriam. («Hasta Manila.»)

Pero ¿y Dorothy? El sexo con Dorothy, y con Miriam, había sido sublime. Siendo así, ¿por qué le costaba tanto recordar los detalles? Miriam y Dorothy se entretejían de tal modo con sus sueños que Juan Diego se preguntaba si las dos mujeres existían sólo en su vida onírica. Sólo que no cabía duda de que existían: ¡otras personas las habían visto! Aquella joven pareja china en la estación de tren de Kowloon: el chico había tomado una foto a Juan Diego con Miriam y Dorothy. («Puedo hacer una de los “tres”», había dicho el muchacho.) Y no cabía duda de que todos habían visto a Miriam en la cena de Nochevieja; muy posiblemente sólo el desafortunado gecko, ensartado con un tenedor de ensalada, no la había visto... hasta que era demasiado tarde.

Aun así, Juan Diego se preguntaba si reconocería siquiera a Dorothy; en su imaginación le costaba representarse a la joven: aunque debía reconocer que Miriam era la más llamativa de las dos. (Y, en cuanto al sexo, Miriam era más reciente.)

—¿Desayunamos? —preguntó Clark French, aunque tanto Clark como su esposa

estaban incómodos. ¿Les molestaban acaso los susurros, o que Juan Diego pareciese inseparable de Consuelo y Pedro?

—Consuelo, ¿no has desayunado ya? —preguntó la doctora Quintana a la niña. Consuelo no había soltado la mano de Juan Diego.

—Sí, pero no he comido nada... Estaba esperando al señor —contestó Consuelo.

—Señor Guerrero —corrigió Clark a la niña.

—La verdad, Clark, prefiero sólo señor... a secas —terció Juan Diego.

—Señor, esta mañana vamos ya por dos gecos..., de momento —dijo Pedro a Juan Diego; el niño había estado mirando detrás de todos los cuadros. Juan Diego había visto a Pedro levantar las esquinas de las alfombras y escudriñar dentro de las pantallas de las lámparas—. Ni rastro del grande; ha desaparecido —añadió el niño.

La palabra «desaparecido» a Juan Diego le resultaba dolorosa. Las personas a quienes más quería habían desaparecido: todos sus seres queridos, aquellos que lo habían marcado.

—Sé que volveremos a verte en Manila —le dijo Clark, pese a que Juan Diego pasaría dos días más en Bohol—. Sé que vas a ver a D., y adónde irás a continuación. Podemos hablar de la hija en otra ocasión —sugirió Clark French a su ex profesor, como si lo que debía decirse acerca de Dorothy (o lo que Clark se sentía obligado a contar sobre ella) no fuese posible decirlo en presencia de niños. Consuelo agarraba firmemente de la mano a Juan Diego; Pedro había perdido interés en eso de ir de la mano, pero el niño no se marchaba.

—¿Qué pasa con Dorothy? —preguntó Juan Diego a Clark; no era precisamente una pregunta inocente. (Juan Diego sabía que Clark estaba alterado por el asunto de la madre y la hija)—. ¿Y dónde voy a verla? ¿En otra isla? —Antes de que Clark pudiera contestarle, Juan Diego se volvió hacia Josefa—. Cuando uno no hace sus propios planes, nunca recuerda adónde va —dijo a la doctora.

—En cuanto a esos medicamentos que está tomando... —empezó la doctora Quintana—. Todavía toma los betabloqueantes, ¿verdad? No ha dejado de tomarlos, ¿verdad?

Fue entonces cuando Juan Diego cayó en la cuenta de que debía de haberse saltado el Lopressor; se había despistado al ver todas aquellas pastillas desperdigadas por el cuarto de baño. Esa mañana se sentía demasiado bien; si se hubiese tomado los betabloqueantes, no se habría sentido así de bien.

Mintió a la doctora Quintana.

—Claro que me los tomo; en principio no hay que dejarlos si no es gradualmente, o algo así.

—Debe hablar con su médico antes de pensar siquiera en no tomarlos —advirtió la doctora Quintana.

—Sí, ya lo sé —contestó Juan Diego.

—Desde aquí irás a la isla de Lagen, en Palawan —informó Clark French a su viejo profesor—. El hotel se llama El Nido; no se parece en nada a esto. Aquello es

de mucho postín; ya verás lo distinto que es —dijo Clark con desaprobación.

—¿Hay geocos en la isla de Lagen? —preguntó Pedro a Clark French—. ¿Cómo son los lagartos de allí? —le preguntó el niño.

—Allí hay varanos: son carnívoros, grandes como perros —contestó Clark al niño.

—¿Corren o nadan? —preguntó Consuelo a Clark.

—Las dos cosas... y muy deprisa —respondió Clark French a la niña de las trenzas.

—Si les dices esas cosas a los niños, tendrán pesadillas, Clark —advirtió Josefa a su marido.

—Yo sí voy a tener pesadillas pensando en esa madre y en su hija —empezó Clark French.

—Quizá, no delante de los niños, Clark —atajó su mujer.

Juan Diego se limitó a encogerse de hombros. No sabía nada de varanos, pero ver a Dorothy en esa isla «de postín» sería, ciertamente, una experiencia distinta. Juan Diego se sintió un poco culpable: cómo disfrutaba con la desaprobación de su ex alumno, qué gratificante le resultaba, en cierto modo, la condena moral de Clark.

Sin embargo, Clark y Miriam y Dorothy eran, cada uno a su manera, manipuladores, pensó Juan Diego; quizá disfrutaba manipulándolos un poco a los tres.

De pronto Juan Diego se dio cuenta de que la mujer de Clark, Josefa, le agarraba de la otra mano, la que Consuelo no tenía sujeta.

—Hoy cojea menos, me parece —comentó la doctora—. Da la impresión de que ha recuperado el sueño perdido.

Juan Diego supo que tendría que andarse con cuidado en presencia de la doctora Quintana; tendría que estar atento a sus juguetes con el Lopressor. Cuando estuviera en presencia de la doctora, tal vez le conviniera mostrarse más mermado de lo que estaba: era muy observadora.

—Ah, hoy me encuentro muy bien; muy bien para como suelo encontrarme, quiero decir —contestó Juan Diego—. No tan cansado, no tan mermado —fue como Juan Diego se expresó ante la doctora Quintana.

—Sí, ya lo noto —dijo Josefa, y le dio un apretón en la mano.

—Te horrorizará El Nido; está lleno de turistas, turistas extranjeros —decía Clark French.

—¿Sabe qué voy a hacer hoy? Una cosa que me encanta —dijo Juan Diego a Josefa. Pero cuando iba a anunciar sus planes a la mujer de Clark, la niña de las trenzas se la adelantó.

—¡El señor va a nadar! —exclamó Consuelo.

Saltó a la vista el esfuerzo que hacía Clark French, la pugna que le exigía, contener la desaprobación ante el plan de nadar.

Edward Bonshaw y los niños de la basura viajaban en el autobús con la adiestradora de perros, Estrella, y con los perros. Los payasos enanos, Barriga de Cerveza y su compañero de aspecto no muy femenino —Paco, el travesti—, iban en el mismo autobús. En cuanto el ‘señor Eduardo’ se quedó dormido, Paco salpicó de «sarampión de elefante» la cara del oriundo de Iowa (y las caras de los niños de la basura). Paco utilizó colorete para crear el sarampión; también se salpicó su propia cara, así como la cara de Barriga de Cerveza.

Los volatineros argentinos se durmieron acariciándose, pero los enanos no salpicaron de colorete las caras de los amantes. (Los argentinos podrían haber imaginado que el sarampión de elefante era una enfermedad de transmisión sexual.) Las jóvenes acróbatas, de continuo palique en la parte de atrás del autobús, afectaban demasiada superioridad para interesarse en la broma del sarampión de elefante, que, intuía Juan Diego, los payasos enanos siempre gastaban a los incautos en los viajes por carretera de La Maravilla.

Durante todo el trayecto hasta Ciudad de México, el Hombre Pijama, el contorsionista, durmió estirado en el suelo del autobús, en el pasillo, entre los asientos. Los niños de la basura nunca habían visto al contorsionista extendido del todo; les sorprendía ver que, en realidad, era bastante alto. Tampoco al contorsionista le molestaban los perros, que deambulaban inquietos por el pasillo, pisándolo y olfateándolo.

Dolores —La Maravilla en persona— se sentó a cierta distancia de las jóvenes acróbatas menos consumadas. Miraba por la ventanilla del autobús, o dormía con la frente contra el cristal de la ventanilla, una actitud con la cual, para Lupe, se confirmaba la condición de «chocho mimado» de la funámbula, un apelativo que le había atribuido a la par que el impropio «tetas de ratón». Incluso los cascabeles de los tobillos habían granjeado a Dolores la censura de Lupe, que consideraba que «con sus ruidos, la muy furcia anda buscando llamar la atención», aunque la actitud distante de Dolores —con respecto a todo el mundo, al menos en el autobús— inducía a Juan Diego a pensar que Dolores era todo lo contrario de alguien que «anda buscando llamar la atención».

Para Juan Diego, Dolores parecía una joven triste, incluso desventurada; el muchacho imaginaba que la mayor amenaza que pesaba contra ella no era caer de las alturas. Era Ignacio, el domador de leones, quien enturbiaba el futuro de Dolores, como Lupe le había advertido: «¡Anda y que se la cepille el domador de leones!», había exclamado Lupe. «¡Así te mueras de parto, puta mona!» Puede que Lupe lo dijera por efecto de una ira pasajera, pero —en la cabeza de Juan Diego— eso equivalía a una maldición ineluctable.

El muchacho no sólo deseaba a Dolores; también admiraba su valor como funámbula; él se había ejercitado ya lo suficiente en la escalera para saber que la perspectiva de intentarlo a veinticinco metros de altura era ciertamente aterradora.

Ignacio no iba en el autobús con los niños de la basura; iba en el camión que transportaba a los grandes felinos. (Soledad dijo que Ignacio siempre viajaba con sus leones.) *Hombre*, a quien Lupe había llamado «el último perro, el último», tenía su propia jaula. Las ‘señoritas’ —cuyos nombres se correspondían con las partes más expresivas de sus cuerpos— iban las tres en una misma jaula. (Como Flor había observado, las leonas congeniaban.)

El emplazamiento del circo, en el norte de Ciudad de México —no muy lejos de Cerro Tepeyac, el monte donde el tocayo azteca de Juan Diego había visto, según él, a la Virgen Morena en 1531—, se hallaba a cierta distancia del centro de Ciudad de México, pero cerca de la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. Sin embargo, el autobús en el que viajaban los niños de la basura y Edward Bonshaw se separó de la caravana de vehículos del circo y dio un rodeo improvisado por el centro de Ciudad de México, a instancias de los dos payasos enanos.

Paco y Barriga de Cerveza querían que los otros artistas de La Maravilla viesen el antiguo barrio de los enanos: los dos payasos eran de Ciudad de México. Cuando el autobús aminoró la marcha a causa del tráfico urbano, cerca del transitado cruce de la calle Anillo de Circunvalación y la calle San Pablo, el ‘señor Eduardo’ se despertó.

El perro mestizo, alias *Chucho*, el ladrón de bebés —«el mordedor», lo llamaba ahora Juan Diego—, pese a estar dormido en el regazo de Lupe, se las había arreglado para mearse en el muslo del ‘señor Eduardo’. Eso llevó al oriundo de Iowa a imaginar que era él mismo quien se había meado encima.

Esta vez, Lupe sí que había conseguido leer el pensamiento a Edward Bonshaw, de ahí que comprendiera su estado de confusión al despertar.

—Dile al hombre papagayo que *Chucho* se le ha meado encima —dijo Lupe a Juan Diego, pero, para entonces, el oriundo de Iowa ya había visto el sarampión de elefante en los rostros de los niños de la basura.

—Os han salido manchas: ¡habéis pillado algo espantoso! —exclamó el ‘señor Eduardo’.

Barriga de Cerveza y Paco intentaban organizar una visita guiada a la calle San Pablo —el autobús se había detenido—, pero Edward Bonshaw vio más sarampión de elefante en los rostros de los payasos enanos.

—¡Es una epidemia! —exclamó el oriundo de Iowa. (Lupe contó más tarde que Edward Bonshaw se imaginó que la incontinencia era un síntoma incipiente de la enfermedad.)

Paco entregó al que pronto sería *ex* escolar un pequeño espejo (en la cara interior de la tapa de su polvera), que el travesti llevaba en su bolso.

—Tú también lo tienes: es sarampión de elefante. Hay brotes en todos los circos; normalmente no es mortal —dijo el travestido.

—¡Sarampión de elefante! —exclamó el ‘señor Eduardo’—. Normalmente no es mortal... —estaba repitiendo cuando Juan Diego le susurró al oído.

—Son payasos; es una broma. Es maquillaje o algo así —dijo el lector del

basurero al misionero angustiado.

—Es mi colorete de tonalidad burdeos, Eduardo —aclaró Paco señalando el cosmético de la pequeña polvera.

—¡Por eso me he meado en el pantalón! —exclamó Edward Bonshaw, indignado, al enano travestido, pero Juan Diego era el único que entendía el atropellado inglés del oriundo de Iowa.

—El mestizo se ha meado en su pantalón, el mismo perro tonto que le mordió —explicó Juan Diego al ‘señor Eduardo’.

—Esto no parece el emplazamiento de un circo —decía Edward Bonshaw mientras él y los niños de la basura seguían a los artistas que se bajaban del autobús. No todo el mundo estaba interesado en la visita guiada por el antiguo barrio de Paco y Barriga de Cerveza, pero para Juan Diego y Lupe sería la única ocasión de echar una ojeada al centro de Ciudad de México; los niños de la basura querían ver el gentío.

—Buhoneros, manifestantes, ramera, revolucionarios, turistas, ladrones, vendedores de bicicletas... —recitaba Barriga de Cerveza encabezando la marcha.

Había, en efecto, una tienda de bicicletas cerca de la esquina de las calles San Pablo y Roldán. En la acera delante de las bicis en venta se congregaban prostitutas, y había más prostitutas en el patio de una casa de citas de la calle Topacio, donde las chicas que rondaban por el patio parecían poco mayores que Lupe.

—Quiero volver al autobús —dijo Lupe—. Quiero volver a Niños Perdidos, aunque tengamos... —La forma en que se interrumpió en mitad de la frase indujo a Juan Diego a preguntarse si Lupe había cambiado de idea, o si de pronto había visto algo en el futuro, algo por lo que era improbable (al menos en la cabeza de Lupe) que los niños de la basura volvieran a Niños Perdidos.

Ya fuera porque Edward Bonshaw la entendió antes de que Juan Diego pudiera traducir la petición de su hermana, ya fuera porque Lupe, quien de repente agarró de la mano al oriundo de Iowa, dejó al ‘señor Eduardo’ suficientemente claro, sin palabras, cuál era su deseo, la niña y el jesuita regresaron al autobús. (El momento no había quedado suficientemente claro para Juan Diego.)

—¿Es algo hereditario, algo en la sangre, lo que las lleva a ser prostitutas? —preguntó Juan Diego a Barriga de Cerveza. (El muchacho debía de estar pensando en su difunta madre.)

—No te conviene preguntarte qué tienen en la sangre —contestó Barriga de Cerveza al muchacho.

—La sangre ¿de quién? ¿Qué pasa con la sangre? —quiso saber Paco; llevaba la peluca ladeada y su asomo de barba presentaba un peculiar contraste con el carmín malva y la sombra de ojos a juego, por no hablar ya del sarampión de elefante.

Juan Diego también quería volver al autobús; era casi seguro que volver a Niños Perdidos le rondaba igualmente por la cabeza. «El problema no es geográfico, encanto», había oído decir a Flor cuando hablaba con el ‘señor Eduardo’, aunque

Juan Diego no sabía muy bien acerca de qué. (¿No había sido «geográfico» el problema de Flor en Houston?)

Quizás era el consuelo de la lata de café, y de la mezcla que contenía, lo que Juan Diego quería; Lupe y él habían dejado la lata de café en el autobús. En cuanto a volver a Niños Perdidos, ¿tenía Juan Diego la impresión de que eso sería una derrota? (Como mínimo, debía de antojársele una forma de retirada.)

—Le envidio —había oído Juan Diego que le decía Edward Bonshaw al doctor Vargas—. Esa capacidad suya para curar, para cambiar vidas... —estaba diciendo el ‘señor Eduardo’ en el momento en que Vargas lo interrumpió.

—Yo diría que un jesuita envidioso es un jesuita con problemas. No vaya a decirme que tiene dudas, hombre papagayo —le dijo Vargas.

—La duda forma parte de la fe, Vargas; la certidumbre es para ustedes los científicos, que han cerrado la otra puerta —le contestó Edward Bonshaw.

—¡La otra puerta! —exclamó Vargas.

Ya de vuelta en el autobús, Juan Diego vio a quienes habían prescindido de la visita guiada. No sólo la hosca Dolores —La Maravilla en persona no se había movido de su asiento junto a la ventanilla—, sino también las otras jóvenes acróbatas. Para ellas, el problema con Ciudad de México, o con esa parte del centro de la ciudad —a saber, las prostitutas—, era, por decir poco, un tanto inquietante. Quizás el circo había librado a las jóvenes acróbatas de tomar decisiones difíciles; La Maravilla quizás hubiese introducido por la fuerza a Ignacio en los momentos en que ellas debían tomar decisiones sobre el futuro, pero la vida de las chicas que vendían su cuerpo en San Pablo y Topacio no era la vida de las jóvenes acróbatas en el Circo de La Maravilla, todavía no.

Tampoco los volatineros argentinos habían bajado del autobús; acurrucados, parecían detenidos en el acto de acariciarse; daba la impresión de que su manifiesta vida sexual los protegía de las caídas, con la misma fiabilidad que los cables que se prendían uno al otro con sumo cuidado en los arneses de seguridad. El contorsionista, el Hombre Pijama, permanecía estirado en el pasillo entre los asientos: su flexibilidad no era algo que deseara exponer a las risas de los demás en público. (En el circo nadie se reía de él.) Y por supuesto Estrella se había quedado en el autobús con sus queridos perros.

Lupe, dormida, ocupaba dos asientos, con la cabeza apoyada en el regazo de Edward Bonshaw. A Lupe no le importaba que *Chucho* se hubiese meado en el muslo del oriundo de Iowa.

—Me parece que Lupe está asustada. Creo que deberíais volver los dos a Niños Perdidos... —empezó a decir el ‘señor Eduardo’ cuando vio a Juan Diego.

—Pero usted se irá, ¿no? —preguntó el muchacho de catorce años.

—Sí..., con Flor —contestó en voz baja el oriundo de Iowa.

—Oí su conversación con Vargas, aquella sobre el poni de la postal —admitió Juan Diego.

—Juan Diego, no deberías haber oído esa conversación; a veces me olvido de lo bien que hablas el inglés —dijo el ‘señor Eduardo’.

—Sé qué es la pornografía —añadió Juan Diego—. Era una fotografía pornográfica, ¿no? Una postal con una imagen de un poni; una joven tiene el pene del poni en la boca. ¿No? —preguntó el muchacho de catorce años al misionero. Edward Bonshaw asintió con cara de culpabilidad.

—Yo tenía tu edad cuando la vi —explicó el oriundo de Iowa.

—Entiendo que se alterara por una foto así —dijo el muchacho—. Estoy seguro de que a mí también me alteraría, pero ¿por qué lo altera aún? —preguntó Juan Diego al ‘señor Eduardo’—. ¿No superan nunca esas cosas los adultos?

Edward Bonshaw había visitado una feria del condado.

—Esas ferias no eran sitios muy apropiados por aquel entonces —había oído decir Juan Diego al oriundo de Iowa cuando hablaba con el doctor Vargas.

—Ya, ya... Caballos con cinco patas, una vaca con una cabeza de más. Animales monstruosos..., mutantes, ¿no? —le había preguntado Vargas.

—Y espectáculos de chicas en el interior de las carpas, chicas que se desnudaban... Los llamaban *Peep shows* —había proseguido el ‘señor Eduardo’.

—¡En Iowa! —había exclamado Vargas, y se echó a reír.

—En una de esas carpas de chicas, alguien me vendió una postal pornográfica; costaba un dólar —confesó Edward Bonshaw.

—¿La de la chica que se la chupaba al poni? —había preguntado Vargas al oriundo de Iowa.

El ‘señor Eduardo’ se quedó de una pieza.

—¿Conoce esa postal? —preguntó el misionero.

—Todo el mundo ha visto esa postal. La hicieron en Texas, ¿no? —preguntó Vargas—. Aquí todo el mundo la conocía, porque la chica parecía mexicana...

Pero Edward Bonshaw había interrumpido al médico.

—En la postal salía un hombre en primer plano; no se le veía la cara, pero calzaba botas camperas y empuñaba un látigo. Daba la impresión de que era él quien había obligado a la chica...

Esta vez fue Vargas quien lo interrumpió a él.

—Desde luego, alguien la obligó. No pensaría usted que eso fue idea de la chica, ¿verdad? O del poni —añadió Vargas.

—Me obsesioné con esa postal. No podía dejar de mirarla; llegué a amar a esa pobre chica —confesó el oriundo de Iowa.

—¿No es ése el objetivo de la pornografía? —preguntó Vargas a Edward Bonshaw—. ¿Se supone que uno no puede dejar de mirarla!

—El látigo me inquietaba especialmente —dijo el ‘señor Eduardo’.

—Pepe me ha contado que siente usted debilidad por los látigos... —empezó a decir Vargas.

—Un día llevé la postal a confesión —prosiguió Edward Bonshaw—. Confesé mi

adicción a esa imagen... al sacerdote. Y me dijo: «Déjame a mí la foto». Naturalmente, pensé que él la quería por las mismas razones que yo, pero el sacerdote dijo: «Yo puedo destruir eso si tú tienes la fortaleza necesaria para desprenderte de ello. Ya es hora de dejar en paz a esa pobre chica».

—Dudo que esa pobre chica llegara a conocer la paz —dijo Vargas.

—Fue entonces cuando deseé ser sacerdote por primera vez —explicó Edward Bonshaw—. Deseé hacer por otras personas lo que el sacerdote había hecho por mí: me rescató. ¿Quién sabe? —dijo el ‘señor Eduardo’—. Quizás esa postal fue la ruina de aquel sacerdote.

—Supongo que la experiencia afectó más a la chica —fue lo único que dijo Vargas.

Edward Bonshaw había dejado de hablar. Pero lo que Juan Diego no entendía era por qué esa postal inquietaba aún al ‘señor Eduardo’.

—¿No cree que el doctor Vargas tenía razón? —preguntó Juan Diego al oriundo de Iowa en el autobús del circo—. ¿No cree que esa foto pornográfica afectó más a la pobre chica?

—Esa pobre chica no era una chica —contestó el ‘señor Eduardo’; había lanzado una ojeada a Lupe, dormida en su regazo, sólo para asegurarse de que aún dormía—. Esa pobre chica era Flor —dijo el oriundo de Iowa; ahora hablaba en susurros—. Eso fue lo que le pasó a Flor en Houston. La pobre chica conoció a un poni.

Había llorado por Flor y el ‘señor Eduardo’ antes; Juan Diego no podía dejar de llorar por ellos. Pero Juan Diego se hallaba a cierta distancia de la orilla: nadie lo veía llorar. ¿Y acaso el agua salada no provoca lágrimas a todo el mundo? Uno podría flotar eternamente en agua salada, pensaba Juan Diego; así de fácil era mantenerse en la superficie del agua en el mar sereno y tibio.

—¡Hola, señor! —gritaba Consuelo.

Juan Diego veía a la niña de las trenzas en la playa; lo saludaba con los brazos, y él le devolvió el saludo.

No le requería casi ningún esfuerzo permanecer a flote; apenas parecía moverse. Llorar le representaba tan poco esfuerzo como nadar. Las lágrimas sencillamente se le escapaban.

—¿Te das cuenta? ¡Siempre la he amado, incluso antes de conocerla! —le había dicho Edward Bonshaw a Juan Diego.

El oriundo de Iowa no había reconocido en Flor a la chica del poni, no al principio. Y cuando el ‘señor Eduardo’ por fin reconoció a Flor —cuando cayó en la cuenta de que era ella la chica de la postal del poni, si bien Flor ahora era ya adulta —, fue incapaz de decirle que conocía el episodio del poni de su triste historia en Texas.

—Debería decírselo —había sugerido Juan Diego al oriundo de Iowa; pese a tener sólo catorce años, eso, el lector del basurero, lo sabía.

—Cuando Flor quiera hablarme de Houston, lo hará; es su historia, pobre chica —diría Edward Bonshaw a Juan Diego durante años.

—¡Díselo! —repetiría Juan Diego al ‘señor Eduardo’ conforme avanzaba el tiempo que pasaron juntos. Correspondería a Flor contar su historia en Houston.

—¡Díselo! —exclamó Juan Diego en el cálido mar de Bohol. Miraba mar adentro; se hallaba de cara al horizonte infinito. ¿No estaba Mindanao allí, en algún sitio? (Nadie en la orilla habría podido oírlo llorar.)

—¡Hola, señor! —gritaba Pedro—. Cuidado con los... —(A esto siguió: «No pise los...»); la palabra no oída se parecía a «guericos».) Pero Juan Diego estaba en aguas profundas; no podía tocar el fondo: no corría el menor peligro de pisar «cohombros» o «pepinos de mar», o cualquier cosa rara sobre la que Pedro estuviera previniéndolo.

Juan Diego podía mantenerse a flote en el agua mucho rato, pero no era buen nadador. Le gustaba nadar como un perro: ése era su estilo de natación preferido, nadar como un perro, despacio (aunque en realidad nadie podía nadar como un perro y hacerlo deprisa).

El estilo perro había representado un problema para los nadadores serios en la piscina cubierta del antiguo complejo deportivo de Iowa. Juan Diego recorría los largos muy lentamente; se lo conocía como el nadador al estilo perro de la calle lenta.

La gente siempre andaba sugiriendo a Juan Diego que tomara clases de natación, pero él ya había tomado clases de natación; el estilo perro era elección suya. (A Juan Diego, la manera de nadar de los perros ya le parecía bien; las novelas también avanzaban despacio.)

—Deja en paz al niño —dijo una vez Flor a un socorrista en la piscina—. ¿Tú has visto andar a este chico? No sólo tiene el pie lisiado; le pesa una tonelada. Lo tiene lleno de metal... ¡A ver si tú haces algo más que nadar como un perro con un ancla colgada de una pierna!

—Yo no tengo el pie lleno de metal —le dijo Juan Diego a Flor cuando volvían ya a casa al salir del complejo deportivo.

—Es una buena historia, ¿no? —fue lo único que respondió Flor. Pero ella se negaba a contar su propia historia. El poni de esa postal no era más que un instante de la historia de Flor, la única imagen de lo que le había ocurrido en Houston que Edward Bonshaw llegaría a conocer.

—¡Hola, señor! —seguía gritando Consuelo desde la playa. Pedro se había adentrado en el agua poco profunda; el niño se movía con especial cautela. Pedro parecía señalar seres potencialmente mortíferos en el lecho marino.

—¡Aquí hay uno! —exclamó Pedro dirigiéndose a Consuelo—. ¡Hay un montón! —La niña de las trenzas no se atrevía a entrar en el agua.

A Juan Diego, que nadando como un perro avanzaba lentamente hacia la orilla, el mar de Bohol no le parecía amenazador. No le preocupaban los guericos asesinos, o lo que fuera que preocupaba a Pedro. Juan Diego ya estaba cansado de mover brazos y piernas en el agua, lo que para él equivalía a nadar, pero había preferido dejar de

llorar antes de volver a la orilla.

En realidad, no había dejado de llorar: sencillamente estaba cansado por lo mucho que había aguantado a que el llanto cesara. En el agua poco profunda, en cuanto Juan Diego tocó el fondo, decidió ir a pie el resto del camino hasta la orilla, aunque eso implicara cojear de nuevo.

—Cuidado, señor; los hay por todas partes —advirtió Pedro, pero Juan Diego no vio el primer erizo de mar que pisó (ni el siguiente, ni el otro). No tenía ninguna gracia pisar aquellas esferas de concha dura recubiertas de púas, fuese uno cojo o no.

—Siento lo de los erizos, señor —decía Consuelo mientras Juan Diego salía a gatas a la orilla; le escocían ambos pies a causa de las dolorosas púas.

Pedro había corrido en busca de la doctora Quintana.

—No pasa nada si llora, señor; los erizos hacen mucho daño —le dijo Consuelo; se sentó junto a él en la playa. Sus lágrimas, quizás exacerbadas después de tanto tiempo en el agua salada, seguían manando. Veía a Josefa y a Pedro correr hacia él por la playa; Clark French iba a la zaga: corría como un tren de mercancías, arrancando despacio pero ganando velocidad uniformemente.

A Juan Diego le temblaban los hombros, quizá por bracear demasiado en el agua; el estilo perro exige un gran esfuerzo de brazos y hombros. La niña de las trenzas lo rodeó con sus pequeños y delgados brazos.

—No pasa nada, señor —intentó reconfortarlo Consuelo—. Ahí viene la doctora; se pondrá usted bien.

¿Qué tengo yo con las doctoras?, se preguntaba Juan Diego. (Debería haberse casado con una, lo sabía.)

—El señor ha pisado erizos —explicó Consuelo a la doctora Quintana, que se arrodilló en la arena junto a Juan Diego—. Por supuesto, tiene otras razones por las que llorar —dijo la niña de las trenzas.

—Echa de menos algunas cosas: los geos, el vertedero —empezó a enumerar Pedro dirigiéndose a Josefa.

—No te olvides de su hermana —dijo Consuelo a Pedro—. Un león mató a la hermana del señor —aclaró Consuelo a la doctora Quintana, por si ésta no había oído la letanía de aflicciones que aquejaban a Juan Diego, ¡y ahora, para colmo, había pisado erizos!

La doctora Quintana tocaba con delicadeza los pies de Juan Diego.

—El problema con los erizos de mar es que sus púas son móviles; no hieren sólo una vez —explicaba la doctora.

—No son los pies, no son los erizos —intentó decirle Juan Diego en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó Josefa y agachó más la cabeza para oírlo.

—Debería haberme casado con una doctora —susurró a Josefa; Clark y los niños no lo oían.

—¿Y por qué no lo ha hecho? —preguntó la doctora Quintana con una sonrisa.

—No se lo pedí a tiempo; ella le dio el sí a otra persona —musitó Juan Diego.

¿Cómo iba a contarle algo más a la doctora Quintana? Le resultaba imposible contar a la mujer de Clark French por qué no se había casado, por qué una pareja de por vida, una compañera hasta el final, era una forma de relación que no había llegado a establecer. Aunque Clark y los niños no hubiesen estado allí en la playa, Juan Diego no habría podido contar a Josefa por qué no se había atrevido a emular el emparejamiento de Edward Bonshaw con Flor.

Los conocidos, incluso los colegas y amigos íntimos —entre ellos los estudiantes con quienes había entablado amistad y con quienes había tenido un poco de trato social (no sólo en las clases o en los encuentros entre profesores y escritores)—, suponían todos que los padres adoptivos de Juan Diego habían formado una pareja que nadie habría pretendido (o podido) emular. Eran raritos... ¡en todos los sentidos de la palabra! Seguramente, ésa era la versión más extendida de por qué Juan Diego nunca se había casado, de por qué ni siquiera había hecho el esfuerzo de encontrar esa compañera de por vida, la que tanta gente creía buscar. (Sin duda, como Juan Diego sabía, ésa era la versión que Clark French habría ofrecido a su mujer sobre su ex profesor: un solterón empedernido, a ojos de Clark, y un seglar humanista ateo.)

Sólo la doctora Stein —¡la querida Rosemary!— lo entendía, creía Juan Diego. La doctora Rosemary Stein no lo sabía todo sobre su amigo y paciente; ella no entendía a los niños de la basura: no estaba presente cuando él era niño y adolescente. Pero Rosemary sí conocía a Juan Diego cuando éste perdió al ‘señor Eduardo’ y a Flor; la doctora Stein era también el médico de ellos dos.

La doctora Rosemary, como pensaba Juan Diego de ella —con gran afecto—, sabía por qué nunca se había casado. No era porque Flor y Edward Bonshaw fuesen una pareja rara; era porque esos dos se habían querido tanto que Juan Diego no concebía siquiera la posibilidad de encontrar una pareja tan extraordinaria como la de ellos: eran inimitables. Y él los había querido no sólo como padres, ni siquiera sólo como padres «adoptivos». Los había querido como la mejor pareja (en el sentido de la más inalcanzable) que había conocido.

—Echa de menos algunas cosas —había dicho Pedro y había nombrado a los geocos y el vertedero.

—No te olvides de su hermana —había dicho Consuelo.

A Lupe la había matado algo más que un león, Juan Diego lo sabía, pero no podía decirlo —a ninguno de ellos, allí en la playa—, como tampoco habría podido llegar a ser funámbulo. Juan Diego no podría haber salvado a su hermana, como tampoco habría podido llegar a ser La Maravilla.

Y si hubiera pedido a la doctora Rosemary Stein que se casara con él —es decir, antes de que ella diera el sí a otra persona—, a saber si ella habría aceptado la propuesta del lector del basurero.

—¿Qué tal el baño? —preguntó Clark French a su ex profesor—. Quiero decir, antes de los erizos de mar —aclaró Clark innecesariamente.

—Al señor le gusta quedarse flotando en un sitio —contestó Consuelo—. ¿A que

sí, señor? —preguntó la niña de las trenzas.

—Sí, Consuelo —respondió Juan Diego—. Bracear, un poco de natación al estilo perro; se parece mucho a escribir una novela, Clark —explicó el lector del basurero a su ex alumno—. Tienes la sensación de que recorres un largo camino, porque el trabajo es mucho, pero, básicamente, cubres un terreno ya conocido..., permaneces en un territorio que te es familiar.

—Entiendo —dijo Clark con cautela. No lo entendía, como Juan Diego bien sabía. Clark aspiraba a cambiar el mundo; escribía con una misión, con un proyecto positivo.

Clark French no valoraba la natación al estilo perro ni el braceo; para él, eso era como vivir en el pasado, como no ir a ninguna parte. Juan Diego vivía ahí, en el pasado: revivía, en su imaginación, las pérdidas que lo habían marcado.

Mañana

«Si algo en tu vida se ha torcido, o simplemente no está resuelto, Ciudad de México quizá no sea la respuesta a tus sueños», había escrito Juan Diego en una de sus primeras novelas. «A menos que creas tener la vida bajo control, no vayas allí.» El personaje femenino que dice esto no es mexicano, y nunca llegamos a saber qué le ocurre en Ciudad de México: la novela de Juan Diego no toma ese camino.

El emplazamiento del circo, en el norte de Ciudad de México, era contiguo a un cementerio. La escasa hierba en el pedregoso campo donde ejercitaban a los caballos y paseaban a los elefantes presentaba un color grisáceo a causa del hollín. La contaminación en el aire era tal que los leones tenían los ojos llorosos cuando Lupe les daba de comer.

Ignacio obligaba a Lupe a dar de comer a *Hombre* y las leonas; las jóvenes acróbatas —las que preveían ya la llegada de la regla— se habían sublevado contra las tácticas del domador de leones. Ignacio había convencido a las jóvenes acróbatas de que los leones sabían cuándo les llegaba la regla a las chicas, y las chicas temían sangrar cerca de los grandes felinos. (Por supuesto, las chicas temían ya, de entrada, el hecho mismo de tener la regla.)

Lupe, convencida de que nunca le llegaría la regla, no tenía miedo. Y como ella podía leer el pensamiento a los leones, sabía que *Hombre* y las leonas nunca pensaban en la menstruación de las chicas.

«Sólo Ignacio piensa en eso», había dicho Lupe a Juan Diego. Le gustaba dar de comer a *Hombre* y las leonas. «Le asombraría saber lo mucho que piensan en la carne», había explicado a Edward Bonshaw. El oriundo de Iowa quería ver a Lupe dar de comer a los leones, sólo para cerciorarse de que el proceso no entrañaba peligro.

Lupe enseñó al ‘señor Eduardo’ cómo podía cerrarse y abrirse con llave la ranura de la jaula donde se dejaba la bandeja con la comida. La bandeja se deslizaba hacia dentro y hacia fuera por el suelo de la jaula. *Hombre* metía la pata por la ranura para intentar acceder a la carne mientras Lupe la colocaba en la bandeja; era un gesto más de deseo por parte del león que un verdadero intento de alcanzar la carne.

Cuando Lupe deslizaba la bandeja llena de carne hacia el interior de la jaula del león, *Hombre* siempre retiraba la zarpa extendida. El león esperaba la comida sentado; su cola, como una escoba, se agitaba a uno y otro lado sobre el suelo de la jaula.

Las leonas nunca metían las patas por la ranura para alcanzar la carne que Lupe colocaba en la bandeja de la comida; esperaban sentadas, meneando la cola en todo momento.

Para limpiarla, la bandeja de la comida podía extraerse por completo de la ranura

en el suelo de la jaula. Incluso cuando se retiraba la bandeja de la jaula, la ranura no tenía la anchura suficiente para que *Hombre* o las leonas escaparan a través de la abertura; la ranura era demasiado pequeña para que *Hombre* introdujese su enorme cabeza en ella. Ni siquiera una de las leonas habría podido introducir la cabeza a través de la ranura abierta de la comida.

—No hay peligro —había dicho Edward Bonshaw a Juan Diego—. Sólo quería comprobar el tamaño de la abertura.

Durante el largo fin de semana en que La Maravilla actuó en Ciudad de México, el ‘señor Eduardo’ durmió con los niños de la basura en la carpa de los perros. La primera noche —cuando los niños de la basura sabían que el oriundo de Iowa estaba dormido, porque roncaba— Lupe dijo a su hermano:

—Yo podría pasar por la ranura donde se pone la bandeja de la comida. La abertura no es tan pequeña como para que yo no quepa.

En la oscuridad de la carpa, Juan Diego reflexionó sobre lo que Lupe había querido decir; lo que Lupe decía y quería decir no siempre coincidían.

—¿Quieres decir que podrías entrar en la jaula de *Hombre*... o en la jaula de las leonas... por la ranura de la comida? —preguntó el muchacho.

—Si la bandeja de la comida se retirara de la ranura, sí, podría —contestó Lupe.

—Por cómo hablas, parecería que lo has intentado —señaló Juan Diego.

—¿Por qué iba a intentarlo? —preguntó Lupe.

—No lo sé..., dímelo tú —respondió Juan Diego.

Ella no contestó, pero, incluso a oscuras, Juan Diego percibió que se encogía de hombros, un gesto de pura indiferencia a la posibilidad de responderle. (Como si Lupe no pudiera tomarse la molestia de explicar todo lo que sabía, o cómo era que lo sabía.)

Alguien dejó escapar un pedo, uno de los perros, quizás.

—¿Ha sido el mordedor? —preguntó Juan Diego.

El perro mestizo, alias *Chucho*, dormía con Lupe en su camastro. *Pastora* dormía con Juan Diego; le constaba que la ovejera no se había tirado un pedo.

—Ha sido el hombre papagayo —contestó Lupe.

Los niños de la basura se echaron a reír. Un perro meneó la cola con el consiguiente golpeteo. A uno de los perros le habían gustado las risas.

—*Alemania* —dijo Lupe.

Era la hembra de pastor alemán quien había meneado la enorme cola. Dormía en el suelo de tierra de la carpa, junto a la puerta, como si montara guardia (a la manera de un perro policía) a la entrada o la salida.

—Me pregunto si los leones pueden pillar la rabia —dijo Lupe, como si la venciera el sueño y no fuera a recordar esa idea por la mañana.

—¿Por qué? —preguntó Juan Diego.

—Por curiosidad —respondió Lupe con un suspiro. Al cabo de un silencio, preguntó—: ¿No te parece que el nuevo número de los perros es absurdo?

Juan Diego sabía cuándo cambiaba Lupe intencionadamente de tema, y, por supuesto, Lupe sabía que él había estado pensando sobre el nuevo número de los perros. Había sido idea de Juan Diego, pero los perros no habían cooperado mucho y los payasos enanos se habían apropiado de la idea; se había convertido en el nuevo número de Paco y Barriga de Cerveza, en opinión de Lupe. (Como si esos dos payasos necesitaran otro número absurdo.)

Ay, el paso del tiempo... Un día, mientras Juan Diego nadaba al estilo perro en la piscina del antiguo complejo deportivo de Iowa, cayó en la cuenta de que el nuevo número de los perros había equivalido a su primera novela en curso, pero se trataba de una trama que había sido incapaz de terminar. (¿Y la idea de que los leones pudieran pillar la rabia? ¿No equivalía eso a una trama que Lupe había sido incapaz de llevar hasta su conclusión?)

Al igual que las verdaderas novelas de Juan Diego, el número de los perros empezaba como una proposición condicional. ¿Y si uno de los perros pudiera ser adiestrado para trepar hasta lo alto de una escalera de mano? Era una de esas escaleras con repisa en lo alto; la repisa servía para colocar un bote de pintura, o las herramientas de un operario, pero Juan Diego había concebido la repisa como trampolín de lanzamiento para un perro. ¿Y si uno de los perros trepaba por la escalera y se lanzaba al vacío, desde el trampolín, para caer en una manta extendida que sostenían los payasos enanos?

—Al público le encantaría —dijo Juan Diego a Estrella.

—A *Alemania* no; ella no lo hará —había respondido Estrella.

—Sí..., supongo que un pastor alemán es demasiado grande para trepar por una escalera de mano —había contestado Juan Diego.

—*Alemania* es demasiado lista para hacer eso —fue lo único que dijo Estrella.

—*Chucho*, el mordedor, es un cobardica —observó Juan Diego.

—A ti no te gustan los perros pequeños; no te gustaba *Blanco Sucio* —replicó Lupe.

—Yo no tengo nada contra los perros pequeños... Y *Chucho* tampoco es tan pequeño. No me gustan los perros cobardes, ni los perros que muerden —le aclaró Juan Diego a su hermana.

—*Chucho* no, él no lo hará —fue lo único que dijo Estrella.

Probaron con *Pastora*, la ovejera, en primer lugar; todo el mundo pensó que un dachshund tenía las patas demasiado cortas para trepar por los peldaños de una escalera de mano; sin duda *Baby* no llegaría a los peldaños.

Pastora pudo trepar por la escalera —esos border collies son muy ágiles y agresivos—, pero cuando llegó a lo alto, se tendió en el trampolín con el hocico entre las patas delanteras. Los payasos enanos bailaron al pie de la escalera manteniendo la manta extendida bajo la ovejera, pero *Pastora* no estaba dispuesta siquiera a ponerse de pie en el trampolín. Cuando Paco o Barriga de Cerveza la llamaban por su nombre, la ovejera se limitaba a menear la cola allí tendida.

—No es una saltadora —fue lo único que dijo Estrella.

—*Baby* tiene huevos —señaló Juan Diego.

Los dachshund, en efecto, tienen huevos —para su tamaño, parecen especialmente feroces—, y *Baby* se prestó a intentar trepar por la escalera. Pero el dachshund de patas cortas necesitó impulso.

Eso podía resultar gracioso; el público se reiría, decidieron Paco y Barriga de Cerveza. Y ver a los dos payasos enanos empujar a *Baby* escalera arriba era gracioso. Como siempre, Paco vestía (mal) de mujer; mientras Paco empujaba a *Baby* por el culo, para ayudar al dachshund a subir por la escalera, Barriga de Cerveza se colocaba detrás de Paco... y la empujaba a ella por el culo escalera arriba.

—De momento va bien —dijo Estrella.

Pero *Baby*, con huevos y todo, tuvo miedo a las alturas. Cuando el dachshund llegó a lo alto de la escalera, se quedó paralizado en el trampolín; le daba miedo incluso tenderse. El pequeño dachshund se quedó inmóvil, tan rígido que se puso a temblar; pronto la escalera empezó a vibrar. Paco y Barriga de Cerveza suplicaron a *Baby* a la vez que mantenían extendida la manta. Al final, *Baby* se meó en el trampolín; no se atrevió a levantar la pata, como supuestamente hacen los perros macho.

—*Baby* se siente humillado; no puede mear a su manera —explicó Estrella.

Pero el número era gracioso, insistieron los payasos enanos. Daba igual que *Baby* no fuera un saltador, dijeron Paco y Barriga de Cerveza.

Estrella no permitiría que *Baby* hiciera eso ante el público. Dijo que el número era psicológicamente cruel. Ésa no había sido la intención de Juan Diego. Pero esa noche, en la oscuridad de la carpa de los perros, lo único que Juan Diego le dijo a Lupe fue:

—El nuevo número de los perros no es absurdo. Lo único que necesitamos es un perro nuevo; necesitamos un saltador —dijo Juan Diego.

Tardaría años en ser consciente de que había dicho eso víctima de una manipulación. Lupe tardó tanto en decir algo —entre los ronquidos y los pedos de la carpa de los perros— que Juan Diego estaba casi dormido cuando ella habló, y Lupe misma parecía adormilada.

—El pobre caballo —fue lo único que dijo Lupe.

—¿Qué caballo? —preguntó Juan Diego en la oscuridad.

—El del cementerio —contestó Lupe.

Por la mañana, un disparo de pistola despertó a los niños de la basura. Uno de los caballos del circo había salido al galope del campo cubierto de hollín y había saltado por encima de la verja del cementerio, donde se rompió una pata contra una lápida. Ignacio había matado al caballo de un tiro; el domador de leones tenía un revólver de calibre 45 por si había algún problema con los leones.

—Ese pobre caballo —fue lo único que dijo Lupe al oír el disparo.

La Maravilla había llegado a Ciudad de México el jueves. Los peones habían

montado las carpas de la compañía el día de su llegada; todo ese viernes, los peones estuvieron plantando la carpa principal y afianzando las barreras de protección contra los animales en torno a la pista. La concentración de los animales se veía afectada por el viaje, y necesitaron casi todo el viernes para recuperarse.

El caballo se llamaba *Mañana*; era un caballo capón, y aprendía despacio. El adiestrador siempre decía que el caballo llegaría a dominar «mañana» un truco que venían practicando desde hacía semanas, de ahí su nombre. Pero para *Mañana* el truco de saltar por encima de la verja del cementerio y partirse la pata era nuevo.

Ignacio libró al pobre caballo de su sufrimiento el viernes. *Mañana* había saltado la verja para entrar en el cementerio, pero la puerta del cementerio estaba cerrada con llave; sacar el caballo muerto del cementerio era de una dificultad aparentemente insuperable. Sin embargo, alguien denunció el disparo; la policía se presentó en el emplazamiento del circo, y fue más un estorbo que una ayuda.

¿Por qué tenía el domador de leones un arma de gran calibre?, preguntó la policía. (Bueno, era un domador de ‘leones’.) ¿Por qué había matado Ignacio al caballo? (¡*Mañana* tenía una pata rota!) Y así sucesivamente.

Durante el fin de semana no era posible obtener el permiso para deshacerse del caballo muerto en Ciudad de México, no cuando se trataba de un caballo que no «procedía» de Ciudad de México. Sacar a *Mañana* del cementerio cerrado con llave fue sólo el comienzo de las dificultades.

Había funciones durante todo el fin de semana, empezando por la noche del viernes. La última era el domingo a primera hora de la tarde, y los peones levantarían la carpa principal y desmontarían las barreras de la pista ese mismo día antes del anochecer. La Maravilla volvería a la carretera, de regreso a Oaxaca, el lunes al mediodía. Los niños de la basura y Edward Bonshaw tenían previsto ir al santuario de Guadalupe el sábado por la mañana.

Juan Diego observó a Lupe mientras daba de comer a los leones. Una tórtola se daba un baño de tierra cerca de la jaula de *Hombre*; el león detestaba las aves, y puede que *Hombre* pensara que la tórtola estaba interesada en su comida. Por alguna razón, *Hombre* metió la zarpa por la ranura de la bandeja de comida con mayor agresividad, y arañó a Lupe en el dorso de la mano con una garra. Apenas sangró; Lupe se llevó la mano a la boca y *Hombre* retiró la zarpa: el león, arrepentido, retrocedió en la jaula.

—No ha sido culpa tuya —dijo Lupe al gran felino, sin embargo, en los ojos de color amarillo oscuro del león se advirtió un cambio: una atención más intensa, pero ¿centrada en la tórtola o en la sangre de Lupe? El ave debía de haber percibido la intensidad de la mirada calculadora de *Hombre*, y emprendió el vuelo.

Los ojos de *Hombre* volvieron a la normalidad al instante, incluso expresaron aburrimiento. Los dos payasos enanos pasaron contoneándose por delante de las jaulas de los leones de camino a las duchas al aire libre. Llevaban toallas ceñidas a la cintura y sus sandalias chacoloteaban. El león los miró sin el menor interés.

—¡‘Hola’, *Hombre!* —saludó Barriga de Cerveza.

—¡‘Hola’, Lupe! ¡‘Hola’, hermano de Lupe! —dijo Paco; el travesti tenía los pechos tan pequeños (casi inexistentes) que Paco no se molestaba en tapárselos cuando iba y venía de las duchas al aire libre, y era por la mañana cuando más hirsuta se le veía la barba. (A saber cómo se hormonaba Paco, pero, desde luego, no obtenía sus estrógenos de la misma fuente que Flor; Flor obtenía sus estrógenos del doctor Vargas.)

Pero, como Flor había dicho, Paco era un payaso; el objetivo de Paco en la vida no era mostrarse pasable como mujer. Paco era un enano gay que, en la vida real, ejercía de hombre la mayor parte del tiempo.

Era en calidad de «él» como Paco iba a La China, el bar gay de Bustamante. Y cuando Paco iba a La Coronita, donde los travestidos se complacían en vestirse de tiros largos, Paco también iba en calidad de «él»: Paco, sencillamente, era un hombre más entre la clientela gay.

Según Flor, Paco ligaba con muchos primerizos, aquellos hombres que tenían sus primeras experiencias en cuanto a estar con otro hombre. (¿Acaso los primerizos consideraban que un enano gay era una manera cauta de empezar?)

Pero cuando Paco estaba con su familia del circo en La Maravilla, el payaso enano se sentía a salvo siendo una «ella». Podía estar a gusto como travesti en compañía de Barriga de Cerveza. En los números de payasos siempre actuaban como si fueran pareja, pero en la vida real Barriga de Cerveza era hetero. Estaba casado, y su mujer no era enana.

La mujer de Barriga de Cerveza temía quedarse embarazada; no quería tener un hijo enano. Obligaba a Barriga de Cerveza a ponerse dos condones. En La Maravilla todo el mundo había oído las anécdotas de Barriga de Cerveza sobre los peligros de ponerse un condón de más.

«Eso no lo hace nadie, nadie usa dos condones, de verdad», le decía siempre Paco, pero Barriga de Cerveza utilizaba doble condón, porque así lo quería su mujer.

Las duchas al aire libre eran módulos prefabricados de endeble madera contrachapada; podían montarse y desmontarse con gran rapidez. A veces se venían abajo; incluso se habían caído sobre la persona que estaba duchándose. Corrían tantas malas anécdotas sobre las duchas al aire libre utilizadas en La Maravilla como sobre Barriga de Cerveza y su condón de más. (En otras palabras, muchos accidentes embarazosos.)

Las jóvenes acróbatas se quejaban a Soledad de que Ignacio las miraba en las duchas al aire libre, pero Soledad no podía impedir que su marido fuese un cerdo lascivo. El día que hubo que matar a *Mañana* en el cementerio, Dolores estaba dándose una ducha al aire libre; Paco y Barriga de Cerveza habían calculado el momento de su propia llegada a las duchas: abrigaban la esperanza de ver a Dolores desnuda.

Los dos payasos enanos no eran lascivos, no con respecto a la hermosa pero

inasequible funámbula, La Maravilla en persona. Paco era gay..., ¿qué interés tenía Paco en ver a Dolores? Y Barriga de Cerveza tenía el cupo más que cubierto con su mujer, la de los dos condones; Barriga de Cerveza tampoco albergaba un interés personal en ver desnuda a Dolores.

Pero los dos enanos habían hecho una apuesta. Paco había dicho: «Tengo las tetas más grandes que Dolores». Barriga de Cerveza apostó a que Dolores las tenía más grandes. Por eso los dos payasos intentaban siempre ver a Dolores en las duchas al aire libre. La apuesta había llegado a oídos de Dolores, a quien el asunto no le hacía mucha gracia. Juan Diego había imaginado que la ducha se venía abajo: Dolores al descubierto, los payasos enanos discutiendo sobre el tamaño de su busto. (Lupe, que había utilizado el apelativo «tetas de ratón» en referencia a los pechos de Dolores, estaba del lado de Paco; en opinión de Lupe, Paco tenía las tetas más grandes.)

Por eso Juan Diego siguió a Paco y a Barriga de Cerveza hasta las duchas al aire libre; el muchacho de catorce años acariciaba la esperanza de que ocurriera algo y se le brindara la oportunidad de ver a Dolores desnuda. (A Juan Diego le traía sin cuidado que sus pechos fueran pequeños; él la consideraba preciosa, aun cuando tuviese las tetas minúsculas.)

Los payasos enanos y Juan Diego veían la cabeza y los hombros desnudos de Dolores por encima de la barrera prefabricada de la ducha al aire libre. Fue entonces cuando apareció uno de los elefantes en la avenida de las carpas; el elefante llevaba a rastras al caballo muerto, sujeto con una cadena alrededor del cuello. La policía iba tras el cuerpo de *Mañana*; había diez policías para un solo caballo muerto. Ignacio y los policías discutían.

Dolores tenía una espesa capa de champú en el pelo... y los ojos cerrados. Se le veían los tobillos y los pies descalzos por debajo de la endeble barrera de contrachapado; las jabonaduras le cubrían los pies. Juan Diego pensaba que, con el champú, acaso le escocieran las heridas abiertas en los empeines.

El domador de leones se calló al ver que Dolores ocupaba una de las duchas al aire libre. Todos los policías miraron también en dirección a La Maravilla.

—Quizás éste no sea el mejor momento —comentó Barriga de Cerveza a su compinche enano, Paco.

—Yo opino que es el momento ideal —afirmó Paco, y apretó el paso, con su contoneo.

Los payasos enanos corrieron hasta la ducha al aire libre de Dolores. No podrían haber mirado por encima de la barrera prefabricada sin (inconcebiblemente) subirse uno a los hombros del otro, así que se asomaron por debajo del contrachapado: para mirar hacia arriba, bajo la lluvia de agua y champú. Estuvieron mirando sólo durante uno o dos segundos; cuando se irguieron y dieron la espalda a la ducha de Dolores, tenían la cabeza mojada de agua (y cubierta de espuma del champú). Dolores seguía lavándose el pelo; no se había dado cuenta de que los enanos la habían mirado furtivamente. Pero entonces Juan Diego intentó echar un vistazo por encima de la

barrera prefabricada; para encaramarse, tuvo que agarrarse con ambas manos al endeble tablero de contrachapado e izarse, despegando los pies del suelo.

Más tarde, Barriga de Cerveza dijo que habría sido un número gracioso para los payasos; el elenco de personajes más insólito se había dado cita en un pequeño escenario de la avenida de las carpas. Los payasos enanos, ya salpicados del champú de Dolores, eran simples espectadores. (Los payasos pueden resultar especialmente graciosos cuando se limitan a rondar por algún sitio, sin hacer nada.)

Más tarde, el adiestrador de los elefantes explicó que un elefante puede sobresaltarse más por lo que ocurre en la periferia de su visión que por algo que tenga el elefante ante sus ojos. Cuando la ducha al aire libre se desplomó, Dolores lanzó un alarido; no veía (cegada por el champú), pero sin duda percibió que, a su alrededor, las paredes se habían esfumado.

Más tarde, Juan Diego dijo que, a pesar de hallarse inmovilizado bajo una de las paredes prefabricadas de la ducha, sintió cómo temblaba la tierra cuando el elefante se puso en marcha a la carrera, o al galope (o comoquiera que se llamase cuando los elefantes, presas del pánico, salían disparados).

El adiestrador del elefante corrió en pos de su animal; la cadena, todavía prendida del cuello del caballo muerto, se había roto, pero no antes de que *Mañana*, por efecto de la sacudida, quedase en postura genuflexa (o de oración).

Dolores se había agachado y puesto a cuatro patas en la tarima que servía de suelo improvisado a la ducha; mantenía la cabeza bajo los chorros de agua, para enjuagarse el champú del pelo: quería volver a ver, claro está. Juan Diego había salido a gatas de debajo de la barrera de contrachapado desplomada. Intentaba ofrecerle a Dolores su toalla.

—He sido yo; lo he hecho yo. Lo siento —se disculpó; Dolores cogió la toalla de sus manos, pero no parecía tener prisa por cubrirse. Primero utilizó la toalla para secarse el pelo; sólo cuando vio a Ignacio, y a los diez policías, La Maravilla se cubrió con la toalla.

—Tienes más huevos de lo que yo pensaba, o al menos algo de huevos —fue lo único que dijo Dolores a Juan Diego.

Nadie cayó en la cuenta de que ella no se había fijado en el caballo muerto. Entretanto, los payasos enanos se quedaron allí, en la avenida de las carpas, observándola atentamente, ceñidas las toallas en torno a sus cinturas. Paco tenía las tetas tan pequeñas que ni uno solo de los diez policías la miró dos veces; a todas luces, los policías pensaban que Paco era un hombre.

—Ya te he dicho que Dolores las tenía más grandes —repitió Barriga de Cerveza a su compañero el payaso enano.

—Pero ¿qué dices? —replicó Paco—. ¡Yo las tengo más grandes!

—Tú las tienes más pequeñas —insistió Barriga de Cerveza.

—¡Más grandes! —exclamó Paco—. ¿Tú qué opinas, hermano de Lupe? —preguntó el travesti a Juan Diego—. ¿Dolores las tiene más grandes o más pequeñas?

—Las tiene más bonitas —dijo el muchacho de catorce años—. Dolores las tiene más hermosas —añadió Juan Diego.

—Algo de huevos sí tienes, desde luego —admitió Dolores; bajó de la plataforma de la ducha a la avenida de las carpas, donde tropezó con el caballo muerto. El orificio de bala todavía sangraba. *Mañana* tenía la herida a un lado de la cara, entre la oreja y uno de los ojos abiertos.

Más tarde, Paco diría que discrepó de Barriga de Cerveza, no sólo en cuanto al tamaño relativo de los pechos de Dolores, sino también en cuanto a la idoneidad del episodio de la ducha como número para los payasos. «No la parte del caballo muerto, eso no tenía gracia», fue lo único que diría Paco al respecto.

Dolores, tras caer sobre el caballo muerto en la avenida de las carpas, pataleó con las piernas desnudas, agitó los brazos desnudos y chilló. Ignacio, contra lo que era habitual en él, no le prestó la menor atención. Siguió adelante con los diez policías, pero, antes de que el domador de leones prosiguiera su discusión con los agentes del orden, soltó un buen rapapolvo a Juan Diego.

—Si tienes «algo de huevos», caminante de bajuras, ¿a qué esperas? —preguntó Ignacio al muchacho—. ¿Cuándo vas a intentar pasear a veinticinco metros de altura? Creo que tendríamos que llamarte «Algo de Huevos». ¿O qué tal *Mañana*? Ahora ese nombre ha quedado libre —dijo el domador de leones señalando con la cabeza el caballo muerto—. Tuyo es si lo quieres..., si es que tienes intención de postergar indefinidamente hasta «mañana» el momento de convertirte en el primer hombre funámbulo que camina por las alturas. Si vas a seguir postergándolo hasta el próximo ‘mañana’.

Dolores se había puesto en pie; la toalla se le había manchado de sangre del caballo. Antes de alejarse en dirección a la carpa de las jóvenes acróbatas, dio sendos pescozones a Barriga de Cerveza y Paco.

—Bichejos asquerosos —les dijo.

—Más grandes que las tuyas —fue lo único que Barriga de Cerveza dijo a Paco cuando Dolores se marchó y los dejó allí.

—Más pequeñas que las mías —respondió Paco en voz baja.

Ignacio y los diez policías siguieron adelante; continuaban discutiendo, si bien era el domador de leones el único que hablaba.

—Si necesito un permiso para deshacerme del caballo muerto, supongo que no necesito un permiso para descuartizar al animal y darle la carne a mis leones, ¿verdad? —decía el domador de leones, pero sin dar pie a que los diez policías le respondieran—. No esperarán que me lleve un caballo muerto de vuelta a Oaxaca, ¿verdad? —preguntó Ignacio—. Podría haber dejado morir al caballo en el cementerio. Eso no les habría gustado mucho, ¿a que no? —prosiguió el domador de leones, sin recibir contestación.

—Olvídate de los paseos por las alturas, hermano de Lupe —advirtió Paco al muchacho de catorce años.

—Lupe necesita que cuides de ella —dijo Barriga de Cerveza a Juan Diego.

Los dos payasos enanos se alejaron con su contoneo; quedaban aún en pie algunas duchas al aire libre, y los dos payasos empezaron a ducharse.

Juan Diego pensó que *Mañana* y él estaban solos en la avenida de las carpas; no vio a Lupe hasta que la tuvo a su lado. Juan Diego dedujo que había estado allí en todo momento.

—¿Has visto...? —comenzó a preguntarle.

—Todo —contestó Lupe. Juan Diego se limitó a asentir con la cabeza—. En cuanto al nuevo número de los perros... —empezó Lupe; entonces se interrumpió, como si esperase a que él la alcanzara. Ella iba siempre un pensamiento o dos por delante de Juan Diego.

—¿Qué? —preguntó Juan Diego.

Lupe dijo:

—Sé dónde puedes encontrar un perro nuevo, un saltador.

Los sueños o recuerdos que había echado de menos, por efecto de los betabloqueantes, habían resurgido y lo habían abrumado; durante los dos últimos días que pasó en el Encantador, Juan Diego tomó debidamente su Lopressor, la dosis correcta.

La doctora Quintana debió de darse cuenta de que Juan Diego no fingía; su regreso al letargo, a un nivel de alerta y actividad fisiológica mermado, fue evidente para todos: llevó a cabo su natación al estilo perro en la piscina (allí no acechaban erizos de mar) y comió en la mesa de los niños. Hacía compañía a Consuelo y a Pedro, sus colegas de susurros.

Por la mañana temprano, tomando café junto a la piscina, Juan Diego releía sus notas (y hacía nuevas anotaciones) acerca de *Una oportunidad para abandonar Lituania*; había regresado a Vilna otras dos veces desde su primera visita en 2008. Rasa, su editora, había encontrado a una mujer del Servicio de Adopción y Protección de los Derechos de los Niños del Estado dispuesta a hablar con él; él se había llevado a Daiva, su traductora, a la primera entrevista, pero la mujer de los Derechos de los Niños hablaba un inglés excelente, y era muy comunicativa. Se llamaba Odeta, como la misteriosa mujer del tablón de anuncios de la librería, la que no era una novia encargada por correo. La fotografía y el teléfono de esa mujer habían desaparecido del tablón de anuncios, pero su imagen todavía le rondaba a Juan Diego por la cabeza: su infelicidad contenida pero visible, las ojeras, la mirada de lectora nocturna, el cabello descuidado. ¿No habría aún en su vida nadie que hablara con ella sobre las novelas maravillosas que leía?

Una oportunidad para abandonar Lituania había evolucionado, por supuesto. La lectora no era una novia encargada por correo. Había dado a su hijo en adopción, pero la adopción (un largo trabajo en curso) se había torcido. En la novela de Juan Diego, la mujer quiere que su hijo sea adoptado por estadounidenses. (Siempre había soñado

con ir a Estados Unidos; ahora renunciará a su hijo, pero sólo si puede imaginar al niño feliz en Estados Unidos.)

La Odeta de los Derechos de los Niños había explicado a Juan Diego que no era habitual que los niños lituanos se adoptasen fuera de Lituania. Existía un prolongado tiempo de espera para permitir que la madre biológica dispusiese de una segunda oportunidad para cambiar de idea. Las leyes eran severas: al menos seis meses para las decisiones internacionales, pero el periodo de tiempo (el periodo de espera) podía alargarse cuatro años; de ahí que los niños que más probabilidades tenían de ser adoptados por extranjeros fuesen los mayores.

En *Una oportunidad para abandonar Lituania*, la pareja estadounidense que esperaba para adoptar un niño lituano sufre su propia tragedia: la joven esposa, cuando iba en bicicleta, muere atropellada por un conductor que se da a la fuga; el viudo no tiene ánimos para adoptar a un niño él solo (cosa que Derechos de los Niños, en todo caso, no consentiría).

En una novela de Juan Diego Guerrero, todo el mundo viene a ser intruso; los personajes de Juan Diego se sienten extranjeros, incluso cuando están en su propio país. A la joven lituana, que ha tenido dos oportunidades para cambiar de idea acerca de la decisión de entregar a su hijo en adopción, ahora se le ofrece una tercera oportunidad para cambiar de idea; la adopción de su hijo queda pospuesta. Se enfrenta a otro horrendo «periodo de espera». Cuelga su foto y número de teléfono en el tablón de anuncios de la librería; queda con otras lectoras a tomar un café o una cerveza, para hablar de las novelas que han leído: el sinfín de infelicidades de otros.

Es una colisión que se debería ver venir, pensaba Juan Diego. El viudo estadounidense viaja al Vilna; no espera ver al niño que su difunta esposa y él iban a adoptar: Derechos de los Niños nunca se lo habría permitido. Ni siquiera conoce el nombre de la madre soltera que pretendía dar a su hijo en adopción. No espera conocer a nadie. Sólo confía en asimilar cierto ambiente: una esencia que su hijo adoptivo tal vez habría llevado a Estados Unidos. ¿O es su visita a Vilna una manera de reconectarse con su difunta esposa, una manera de mantenerla viva un poco más de tiempo?

Sí, va a la librería, claro está; quizá sea por el *jet lag*: piensa que una novela lo ayudaría a dormir. Y allí, en el tablón de anuncios, ve la foto de la mujer: alguien cuya infelicidad se halla oculta y a la vez salta a la vista. La poca atención que ella se dedica a sí misma lo atrae, ¡y sus novelistas preferidos son los novelistas preferidos de su esposa! Sin saber si ella habla inglés —lo habla, por supuesto—, pide ayuda al librero para telefonarla.

¿Y entonces? La pregunta pendiente era una anterior, a saber: ¿para quién es la «oportunidad de abandonar Lituania»? El curso de la colisión de *Una oportunidad para abandonar Lituania* es obvio: se conocen, ambos descubren quién es el otro, se hacen amantes. Pero ¿cómo sobrellevan el aplastante peso de la coincidencia extrema de su mutuo encuentro? ¿Y qué hacen con respecto a su aparente sino? ¿Siguen

juntos? ¿Conserva ella a su hijo, van los tres a Estados Unidos, o el solitario viudo estadounidense se queda con la madre y su hijo en Vilna? (El hijo de la mujer ha estado en casa de la hermana de ella: lo cual no es una buena situación.)

En la oscuridad del reducido apartamento de la madre soltera —ella duerme en los brazos de él, tan profundamente como no dormía desde hacía años—, él reflexiona, allí tendido. (Por el momento, sólo ha visto fotos del niño.) Si va a abandonar a esta mujer y a su hijo y regresar solo a Estados Unidos, sabe que lo mejor es que se marche ya.

Lo que no deberíamos ver venir, pensó Juan Diego, es que la epónima oportunidad de abandonar Lituania podía ser la del estadounidense: su última oportunidad para cambiar de idea, para irse.

—Estás escribiendo, ¿verdad? —preguntó Clark French a su ex profesor. Aún era temprano, y Clark había sorprendido a Juan Diego con uno de sus cuadernos, bolígrafo en mano, junto a la piscina del Encantador.

—Ya me conoces; son sólo anotaciones sobre lo que voy a escribir —contestó Juan Diego.

—Eso es escribir —afirmó Clark, muy seguro de sí mismo.

Parecía de lo más natural que Clark preguntara a Juan Diego sobre su novela en curso, y Juan Diego se sentía cómodo ante la posibilidad de hablarle de *Una oportunidad para abandonar Lituania*: de dónde salía la idea y cómo había evolucionado la novela.

—Otro país católico —dijo de pronto Clark—. ¿Sería una osadía por mi parte preguntar qué infame papel representa la Iglesia en esa historia?

Juan Diego no había aludido al papel de la Iglesia; ni siquiera se lo había planteado, todavía no. Pero, claro está, Juan Diego encontraría un papel para la Iglesia en *Una oportunidad para abandonar Lituania*. Eso lo sabían sin duda tanto el profesor como su ex alumno.

—Sabes tan bien como yo, Clark, qué papel desempeña la Iglesia con respecto a los niños no deseados —respondió Juan Diego—. Con respecto a lo que provoca el nacimiento de niños no deseados, ya para empezar... —Se interrumpió; vio que Clark había cerrado los ojos. Juan Diego los cerró también.

El *impasse* planteado por sus diferencias religiosas era un callejón sin salida habitual, un deprimente punto muerto. Cuando, en el pasado, Clark utilizaba la palabra «nosotros», nunca quería decir «tú y yo»; cuando Clark decía «nosotros», se refería a la Iglesia, sobre todo cuando Clark pretendía ofrecer una imagen progresista o tolerante. «No deberíamos ser tan insistentes en cuestiones como el aborto, el uso de métodos anticonceptivos o el matrimonio homosexual. La doctrina de la Iglesia», y aquí Clark siempre vacilaba, «es clara.» A continuación proseguía: «Pero no es necesario hablar de estas cuestiones continuamente, o adoptar un tono tan combativo.»

Ya, claro... Clark podía adoptar un tono progresista cuando quería; en cuanto a

esas cuestiones, ¿no era tan absolutista como Juan Pablo II!

Y Juan Diego, en el transcurso de los años, también había sido poco sincero; se había andado con miramientos. Había provocado a Clark demasiadas veces con la consabida cita de Chesterton: «La prueba de una buena religión es si puedes bromear acerca de ella». (Clark, naturalmente, le había quitado importancia con una risotada.) Juan Diego lamentaba haber malgastado la oración preferida de su querido hermano Pepe en más de una de sus discusiones con Clark. Por supuesto, Clark era incapaz de reconocerse en esa oración de santa Teresa de Ávila, la que Pepe repetía fielmente entre sus oraciones diarias: «De devociones absurdas y santos amargados, líbranos, Señor».

Pero ¿por qué revivía Juan Diego su correspondencia con el hermano Pepe como si Pepe hubiese escrito el día anterior mismo? Años atrás, en una carta, le había contado que el padre Alfonso y el padre Octavio habían muerto mientras dormían con sólo unos días de diferencia. Pepe expresó a Juan Diego su pesar, pensando en cómo se habían «escabullido» los dos viejos sacerdotes; siempre habían sido muy dogmáticos, punitivamente aferrados a sus opiniones... ¿Cómo se habían atrevido esos dos a morir sin una última trifulca?

Y la marcha de Rivera de esta vida también fastidió a Pepe. El ‘jefe’ no era el mismo desde que se trasladó a otra parte el viejo vertedero en 1981; ahora había un basurero nuevo. Aquellas primeras diez familias del suburbio de Guerrero habían desaparecido hacía mucho.

Lo que realmente hundió a Rivera fue la prohibición de la quema impuesta tras la creación del nuevo vertedero. ¿Cómo podían haber puesto fin a las ‘hogueras’? ¿Qué clase de vertedero *no* quemaba nada?

Pepe había presionado al ‘jefe’ para que le contara algo más. El final de los fuegos eternos en el ‘basurero’ traía sin cuidado al hermano Pepe: aquello sobre lo que quería saber más era la posible ascendencia paterna de Juan Diego.

Aquella trabajadora del antiguo ‘basurero’ había contado a Pepe que el responsable del vertedero no era «exactamente» el padre del lector del basurero; el propio Juan Diego había creído siempre que el ‘jefe’ «probablemente no» era su padre.

Pero Lupe había dicho:

—Rivera sabe algo, sólo que se lo calla.

Rivera había dicho a los niños de la basura que el padre «más probable» de Juan Diego había muerto con el corazón «roto».

—Un ataque al corazón, ¿no? —había preguntado Juan Diego al ‘jefe’, porque eso era lo que Esperanza había dicho a sus hijos, y a todo el mundo.

—Si es así como llamáis vosotros a un corazón roto permanentemente —fue lo único que siempre había dicho Rivera a los niños.

Pero el hermano Pepe por fin había persuadido a Rivera para que le contara algo más.

Sí, el responsable del vertedero estaba casi seguro de que él era el padre biológico de Juan Diego; Esperanza no se acostaba con nadie más en aquella época, o eso decía. Pero, más tarde, ella había dicho a Rivera que él era demasiado estúpido para haber engendrado a un genio como el lector del basurero. «Aunque tú fueras su padre, él no debe saberlo», había dicho Esperanza al ‘jefe’. «Si Juan Diego llegara a saber que eres su padre, minaría su seguridad en sí mismo», había afirmado ella. (Eso minó, sin duda, la poca seguridad en sí mismo que tenía el responsable del vertedero.)

Rivera pidió a Pepe que no se lo contara a Juan Diego, no hasta que el responsable del vertedero hubiera muerto. A saber si el ‘jefe’ había muerto por un problema de corazón.

Nadie supo nunca dónde vivía realmente Rivera; murió en la cabina de su furgoneta; siempre había sido su sitio preferido para dormir, y después de la muerte de *Diablo*, Rivera echaba de menos a su perro y rara vez dormía en ninguna otra parte.

Al igual que el padre Alfonso y el padre Octavio, el ‘jefe’ también se había «escabullido», pero no antes de hacer su confesión al hermano Pepe.

La muerte de Rivera, incluida su confesión, ocupaba gran parte de la correspondencia entre el hermano Pepe y Juan Diego que éste reviviría... una y otra vez.

¿Cómo había conseguido el hermano Pepe vivir tan alegremente el epílogo de su propia vida?, se preguntaba Juan Diego.

En el Encantador ya no cantaban gallos en la oscuridad; Juan Diego durmió toda la noche, indiferente a la música de karaoke procedente del club de playa. Ninguna mujer durmió (ni se esfumó) a su lado, pero una mañana, al despertar, descubrió unas palabras que parecían un título —de su puño y letra— en el cuaderno que había dejado en su mesilla de noche.

Las últimas cosas, había escrito en el cuaderno. Ésa había sido la noche que soñó con el último orfanato de Pepe. El hermano Pepe empezó a trabajar como voluntario en Hijos de la Luna poco después de 2001; las cartas de Pepe habían sido muy positivas: todo parecía infundirle vigor, y por entonces ya se acercaba a los ochenta años.

El orfanato estaba en Guadalupe Victoria. Hijos de la Luna era para los hijos de las prostitutas. Según contó el hermano Pepe, allí las prostitutas eran bien recibidas si querían visitar a sus hijos. En Niños Perdidos, recordaba Juan Diego, las monjas mantenían alejadas a las madres naturales; ésa era una de las razones por las que Esperanza, la madre natural de los niños de la basura, nunca había sido bien recibida por las monjas.

En Hijos de la Luna, los huérfanos llamaban a Pepe ‘Papá’; Pepe decía que eso «no era nada del otro mundo». Según Pepe, a los otros hombres que trabajaban como voluntarios en el orfanato también los llamaban ‘Papá’.

«Nuestro querido Edward no habría visto con buenos ojos que aparcaran

motocicletas en el aula», había escrito el hermano Pepe, «pero la gente roba las motocicletas si están aparcadas en la calle.» (El ‘señor Eduardo’ decía que una motocicleta era una «muerte en curso».)

El doctor Vargas seguramente habría visto con malos ojos la presencia de perros en el orfanato; Hijos de la Luna permitía los perros: a los niños les gustaban.

En el patio de Hijos de la Luna había una cama elástica —no se permitía a los perros estar en la cama elástica, había escrito Pepe— y un granado. Muñecas de trapo y otros juguetes festoneaban las ramas superiores del árbol: cosas que los niños habían lanzado hacia arriba, entre las ramas receptoras. Los dormitorios de las chicas y de los chicos se hallaban en edificios independientes, pero compartían la ropa: la ropa de los huérfanos era propiedad comunitaria.

«Ya no tengo un Volkswagen escarabajo», había escrito Pepe. «No quiero matar a nadie. Tengo un pequeño ciclomotor, y nunca voy lo suficientemente deprisa para matar a alguien si llegara a atropellarlo.»

Ésa había sido la última carta del hermano Pepe, una de las cosas que habría que relatar en *Las cosas perdidas*, el posible título que Juan Diego había escrito dormido, o cuando estaba sólo medio despierto.

La mañana que se marchó del Encantador, sólo Consuelo y Pedro estaban despiertos para despedirlo; fuera aún no había clareado. El chófer de Juan Diego fue aquel muchacho de expresión montaraz que no parecía tener edad para conducir, el aficionado a la bocina. Pero el muchacho era mejor conductor que camarero, recordó Juan Diego.

—Señor, cuidado con los varanos —dijo Pedro.

—Señor, no pise ningún erizo de mar —dijo Consuelo.

Clark French había dejado una nota a su ex profesor en recepción. Clark debió de pensar que aquello era gracioso, gracioso al menos para Clark. «Hasta Manila», rezaba el mensaje.

A lo largo de todo el trayecto hasta el aeropuerto de Tagbilarán no trabó conversación con el joven chófer. Juan Diego recordaba la carta que había recibido de la mujer que dirigía Hijos de la Luna en Guadalupe Victoria. El hermano Pepe había muerto en su pequeño ciclomotor. Había hecho un brusco viraje para no atropellar a un perro, y un autobús lo había atropellado a él. «Tenía todos sus libros, los que usted le dedicó. ¡Estaba muy orgulloso de usted!», había explicado la mujer de Hijos de la Luna a Juan Diego en una carta. Había firmado con su nombre al pie: ‘Mamá’. La mujer que había escrito a Juan Diego se llamaba Coco. Los huérfanos la llamaban ‘mamá’.

Juan Diego se preguntaría si había sólo una ‘Mamá’ en Hijos de la Luna. Resultó que, en efecto, así era —sólo una—, como le confirmaría el doctor Vargas a Juan Diego en una carta.

Pepe se había confundido en cuanto al uso de la palabra ‘Papá’, escribió Vargas a Juan Diego. «Pepe no oía muy bien, o de lo contrario habría oído el autobús», fue

como lo expresó Vargas.

Los huérfanos no llamaban a Pepe ‘Papá’; Pepe los había oído mal.

En Hijos de la Luna había sólo una persona a quien los niños llamaban ‘Papá’: era el hijo de Coco, el hijo de la ‘Mamá’.

Menudo uno ese Vargas para enmendar la plana, para ofrecer la respuesta «científica», había pensado Juan Diego.

Qué largo era el trayecto hasta Tagbilarán, y eso era sólo el principio del largo día de viaje que tenía por delante, como Juan Diego sabía. Lo esperaban aún dos aviones y tres barcos, por no hablar de los varanos, o de D.

Ni animal ni vegetal ni mineral

«El pasado lo rodeaba como caracaras en medio de una multitud», había escrito Juan Diego.

Era lunes —3 de enero de 2011—, y la joven sentada junto a Juan Diego estaba preocupada por él. En el vuelo 174 de Philippine Airlines, de Tagbilarán a Manila, el alboroto era considerable, pese a haber despegado a las siete y media de la mañana; aun así, la mujer sentada junto a Juan Diego se vio en la necesidad de advertir a la azafata que el caballero se había quedado dormido al instante en medio del bullicio de sus ruidosos compañeros de viaje.

—Se ha quedado totalmente frito —explicó la mujer a la azafata. Pero, poco después de dormirse, Juan Diego había empezado a hablar—. Al principio he pensado que me hablaba a mí —dijo la mujer a la auxiliar de vuelo.

No parecía que Juan Diego estuviera hablando en sueños: no arrastraba las palabras, su pensamiento era incisivo (aunque profesoral).

—En el siglo XVI, cuando se fundó la orden de los jesuitas, no había mucha gente que supiera leer..., y menos aún el latín necesario para officiar misa —empezó Juan Diego.

—¿Cómo dice? —preguntó la joven.

—Pero había unas cuantas almas excepcionalmente devotas, personas que sólo pensaban en hacer el bien y ansiaban formar parte de una orden religiosa —prosiguió Juan Diego.

—¿Por qué? —preguntó la mujer antes de darse cuenta de que él tenía los ojos cerrados. Juan Diego había sido profesor universitario; a la mujer debió de parecerle que la aleccionaba en sueños.

—Estos hombres abnegados recibieron la designación de «hermanos legos», lo que significaba que no estaban ordenados —siguió aleccionando Juan Diego—. Hoy en día suelen trabajar como cajeros o cocineros... Incluso como escritores —dijo, riendo para sí. A continuación, todavía profundamente dormido, Juan Diego se echó a llorar—. Pero el hermano Pepe vivía entregado a los niños: se dedicaba a la docencia —prosiguió Juan Diego, y se le quebró la voz. Abrió los ojos. Fijó la mirada en la joven sentada a su lado, sin verla. Ella supo que seguía «frito», como se había expresado antes—. Pepe, sencillamente, no sintió la llamada al sacerdocio, pese a que había hecho los mismos votos que un sacerdote, y por tanto no podía casarse —explicó Juan Diego; se le cerraban los ojos a la vez que las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Entiendo —dijo la mujer en voz baja, y abandonó con sigilo su asiento; entonces acudió en busca de la auxiliar de vuelo. Intentó explicar a la azafata que el hombre no estaba molestándola; parecía un buen hombre, pero estaba triste, dijo.

—¿Triste? —preguntó la auxiliar de vuelo.

La azafata estaba en pleno ajeteo: una pandilla de borrachos viajaba a bordo de ese vuelo a primera hora de la mañana; jóvenes que habían pasado toda la noche de juerga. Y había una mujer embarazada; probablemente en una fase demasiado avanzada para volar sin peligro. (Había dicho a la auxiliar de vuelo que o bien estaba de parto, o había desayunado algo poco recomendable.)

—Está llorando dormido..., sollozando —trataba de explicar la mujer que ocupaba el asiento contiguo al de Juan Diego—. Pero su conversación es muy elevada, como si fuera un profesor dirigiéndose a una clase, o algo así.

—No parece amenazador —comentó la azafata. (La conversación de ambas era, a todas luces, un diálogo de sordos.)

—He dicho que es buena persona, ¡no amenazador! —replicó la joven—. El pobre tiene problemas: ¡se le ve muy desdichado!

—Desdichado —repitió la auxiliar de vuelo.

¡Como si a ella le pagaran por ocuparse de las desdichas ajenas! Con todo, aunque sólo fuera para descansar de los jóvenes borrachos y la idiota embarazada, la azafata acompañó a la mujer a echar un vistazo a Juan Diego, que parecía dormir plácidamente en un asiento junto a la ventanilla.

Sólo cuando dormía, Juan Diego aparentaba menos edad de la que tenía —su piel de color moreno cálido, su pelo casi totalmente negro—, y la auxiliar de vuelo dijo a la joven:

—Este hombre no tiene ningún «problema». Desde luego no está sollozando: ¡está dormido!

—¿Qué se pensará que tiene entre las manos? —preguntó la mujer a la azafata.

En efecto, Juan Diego mantenía los antebrazos inmóviles en ángulo recto con respecto al cuerpo: las manos separadas, los dedos extendidos, como si sujetara algo aproximadamente de la circunferencia de una lata de café.

—¿Caballero? —preguntó la azafata y se inclinó sobre su asiento. Le tocó con delicadeza la muñeca, donde notó muy tensos los músculos del antebrazo—. Caballero, ¿se encuentra usted bien? —preguntó la auxiliar de vuelo, ya más enérgicamente.

—‘Calzada de los Misterios’ —dijo Juan Diego en voz alta, como si intentara hacerse oír por encima del clamor de una turbamulta. (En su imaginación, en el recuerdo o el sueño de Juan Diego, era eso lo que hacía. Viajaba en el asiento trasero de un taxi que avanzaba despacio entre el tráfico de un sábado por la mañana en la Avenida de los Misterios, en medio de una turbamulta.)

—Disculpe... —dijo la azafata.

—¿Lo ve? Eso es lo que pasa: en realidad no habla con usted —dijo la joven a la auxiliar de vuelo.

—‘Calzada’, una calle ancha, normalmente adoquinada o asfaltada..., muy mexicana, muy formal, de tiempos imperiales —explicó Juan Diego—. ‘Avenida’ es

menos formal. ‘Calzada de los Misterios’, ‘Avenida de los Misterios’..., es lo mismo. Traducido al inglés, el artículo no se traduciría. Sólo se diría: *Avenue of Mysteries*. A la mierda «los» —añadió Juan Diego, en un tono ya no tan profesoral.

—Ya veo —dijo la azafata.

—Pregúntele qué lleva en las manos —recordó la joven pasajera a la auxiliar de vuelo.

—¿Caballero? —preguntó la azafata con gentileza—. ¿Qué tiene en las manos? —Pero cuando ella le tocó una vez más el tenso antebrazo, Juan Diego estrechó la caja de café imaginaria contra su pecho.

—Cenizas —susurró Juan Diego.

—Cenizas —repitió la auxiliar de vuelo.

—Como en la frase «el polvo al polvo», en ese sentido, esa clase de cenizas. Juraría que es eso —aventuró la pasajera.

—Las cenizas ¿de quién? —susurró la azafata a Juan Diego al oído, inclinándose un poco más hacia él.

—De mi madre —contestó él—, y del hippy muerto, y de un perro muerto..., un cachorro.

En el pasillo del avión, las dos jóvenes enmudecieron; las dos vieron que Juan Diego se echaba a llorar.

—Y de la nariz de la Virgen María..., esas cenizas —susurró Juan Diego.

Los jóvenes borrachos entonaban una canción indecorosa —había niños a bordo del vuelo 174 de Philippine Airlines—, y una mujer mayor se acercó a la auxiliar de vuelo por el pasillo.

—Creo que la joven en avanzado estado de gestación está de parto —advirtió la mujer mayor—. O al menos eso cree ella. Aunque, todo sea dicho, es primeriza, así que, en realidad, no sabe qué es un parto...

—Perdone, tendrá que sentarse —dijo la azafata a la joven que ocupaba el asiento contiguo al de Juan Diego—. El tipo este durmiente de las cenizas parece inofensivo, y ya sólo faltan treinta o cuarenta minutos para que aterricemos en Manila.

—Jesús, María y José —fue lo único que dijo la joven.

Vio que Juan Diego sollozaba otra vez. Si eran sollozos por su madre o por el hippy muerto o por el perro muerto o por la nariz de la Virgen María..., en fin, a saber cuál era la causa de su llanto.

El vuelo desde Tagbilarán no era largo, pero treinta o cuarenta minutos dan mucho de sí para soñar con cenizas.

Las hordas de peregrinos se habían congregado en la ancha avenida y marchaban a pie por el centro de la calzada, aunque muchos de ellos habían llegado a la Avenida de los Misterios en autobús. El taxi avanzaba muy despacio, se detenía y seguía de nuevo cautamente. La muchedumbre de peatones había cortado el paso al tráfico vehicular; los peatones se reunían en grupos, unificados y resueltos. La procesión de

viandantes avanzaba de forma implacable, obstaculizando y a la vez adelantando a los abrumados vehículos. Los peregrinos en marcha conseguían avanzar por la Avenida de los Misterios a una velocidad mayor de la que lograría jamás el sofocante y claustrofóbico taxi.

La peregrinación de los niños de la basura al santuario de Guadalupe no fue una marcha solitaria, no podía serlo un sábado por la mañana en Ciudad de México. Los fines de semana la Virgen Morena atraía a multitudes.

En el asiento trasero del asfixiante taxi, Juan Diego sostenía en su regazo la lata de café sagrada; Lupe había querido sostenerla ella, pero tenía las manos pequeñas. Uno de los fervientes peregrinos podría haber zarandeado el coche, y quizás a ella se le habrían caído las cenizas.

El taxista frenó una vez más; se hallaban detenidos en medio de un mar de viandantes: la ancha avenida que conducía a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe estaba de bote en bote.

—Todo esto por una fulana india cuyo nombre significa «criadora de coyotes»: Guadalupe significa «criadora de coyotes» en náhuatl, o alguna de esas lenguas indígenas —dijo el taxista de aspecto malévolo.

—No sabes de qué hablas, cara de rata, aliento a mierda —replicó Lupe al taxista.

—¿Qué ha sido eso? ¿Habla en náhuatl o algo así? —preguntó el taxista; le faltaban, entre otros, dos dientes delanteros.

—No nos suelte el rollo de la guía turística; no somos turistas. Usted conduzca y calle —dijo Juan Diego.

Cuando una orden de monjas adelantó al taxi parado, a una de ellas se le rompió el rosario y las cuentas sueltas rebotaron y rodaron por el capó del taxi.

—No dejéis de ver el cuadro del bautismo de los indios; no os lo perdáis —recomendó el taxista.

—¡Los indios tuvieron que renunciar a sus nombres indios! —exclamó Lupe—. Los indios tuvieron que adoptar nombres españoles, ¡así funcionaba la ‘conversión’ de los indios, pedazo de vendido, minga de ratón, follapollos!

—¿Eso no es náhuatl? Desde luego parece indígena... —empezó a decir el taxista, pero frente a él, contra el parabrisas, tenía un rostro enmascarado; tocó la bocina, pero los viandantes enmascarados se limitaron a lanzar miradas al taxi sin dejar de avanzar. Llevaban máscaras de animales de granja: vacas, caballos o burros, cabras y pollos.

—Peregrinos del pesebre, putos chiflados de los belenes —masculló el taxista para sí; alguien le había saltado de un puñetazo también los colmillos superiores e inferiores, pese a lo cual él exhibía una superioridad imperturbable.

Sonaban a todo volumen cantos de alabanza a la Virgen Morena; niños vestidos de uniforme escolar aporreaban tambores. El taxi avanzó con una sacudida y se detuvo de nuevo. Unos cuantos hombres trajeados, con vendas en los ojos, iban todos sujetos a una misma cuerda; los guiaba un sacerdote que pronunciaba ensalmos.

(Nadie oía los ensalmos del sacerdote, ahogados por la música.)

En el asiento trasero, Lupe permanecía con el ceño fruncido entre su hermano y Edward Bonshaw. El ‘señor Eduardo’, que una y otra vez lanzaba nerviosas ojeadas a la lata de café que Juan Diego sostenía en el regazo, no estaba menos nervioso por los enloquecidos peregrinos que rodeaban el taxi. Y ahora los peregrinos se mezclaban con vendedores ambulantes de tótems religiosos baratos: figuras de Guadalupe, Cristos del tamaño de un dedo (sumidos en un sufrimiento multifacético en la cruz), e incluso la horrenda Coatlicue con su falda de serpientes (amén de su favorecedor collar de corazones y manos y cráneos humanos).

Juan Diego notó que Lupe se sentía incómoda al ver tantas versiones vulgares de la grotesca figurilla que le había regalado el ‘gringo’ bueno. Un buhonero de voz aguda debía de tener en venta un centenar de estatuillas de Coatlicue, todas ataviadas con serpientes retorcidas, todas con los pechos flácidos y anillos de serpiente de cascabel por pezones. Cada figurilla, como la de Lupe, tenía ávidas garras en manos y pies.

—La tuya sigue siendo especial, Lupe, porque te la regaló el ‘gringo’ bueno —dijo Juan Diego a su hermana menor.

—No leas tanto el pensamiento —fue lo único que repuso Lupe.

—Ya sé —dijo el taxista—. Si no habla en náhuatl, tiene algún problema en la voz: ¡la lleváis a la «criadora de coyotes» para que la cure!

—Déjenos salir de este taxi que apesta a culo; a pie iremos más deprisa que con usted en coche, pene de tortuga —dijo Juan Diego.

—Te he visto andar, ‘chico’ —contestó el conductor—. Crees que Guadalupe va a curarte la cojera..., ¿eh?

—¿Vamos a parar? —preguntó Edward Bonshaw a los niños de la basura.

—¡Pero si no nos hemos movido! —exclamó Lupe—. ¡Nuestro taxista se ha follado a tantas prostitutas que tiene el cerebro más pequeño que los huevos!

El ‘señor Eduardo’ estaba pagando la carrera cuando Juan Diego le indicó, en inglés, que no dejara propina al taxista.

—¡‘Hijo de la chingada’! —dijo el taxista a Juan Diego.

Eso era algo que quizá la hermana Gloria habría pensado, en su fuero interno, de Juan Diego; Juan Diego creía que el taxista lo había llamado «hijo de puta». Lupe dudó de esta traducción. Ella había oído a las jóvenes acróbatas usar el término ‘hijo de la chingada’; creía que significaba más bien «cabrón».

—¡‘Pinche pendejo chimuelo’! —gritó Lupe al taxista.

—¿Qué ha dicho la india? —preguntó el taxista a Juan Diego.

—Ha dicho que es usted un «gilipollas desdentado y despreciable»; es evidente que alguien lo ha molido a palos —dijo Juan Diego.

—¡Qué hermoso idioma! —comentó Edward Bonshaw con un suspiro; siempre andaba repitiendo lo mismo—. Ojalá consiguiera aprenderlo, pero no hago grandes avances.

Después de eso, los niños de la basura y el oriundo de Iowa se vieron atrapados en medio de la agobiante multitud. Primero quedaron inmovilizados detrás de una orden de monjas muy lentas que iban de rodillas; llevaban los hábitos recogidos a la altura de medio muslo y sus rodillas dejaban rastros de sangre en los adoquines. A continuación, un grupo de monjes flagelantes de un recóndito monasterio se interpuso en la marcha de los niños de la basura y el misionero ya sin fe. (Si sangraban, sus hábitos marrones ocultaban la sangre, pero el ‘señor Eduardo’ se encogió al ver esos latigazos.) Había muchos más niños con uniformes colegiales aporreando tambores.

—Dios bendito —fue lo único que Edward Bonshaw consiguió decir; había dejado de lanzar miradas nerviosas a la lata de café que llevaba Juan Diego: había muchas otras cosas atroces que ver, y ni siquiera habían llegado aún al santuario.

En la Capilla del Pozo, el ‘señor Eduardo’ y los niños de la basura tuvieron que abrirse paso enérgicamente por entre los peregrinos flagelantes, que se exhibían de manera nauseabunda. Una mujer se clavaba una y otra vez unas tijeras para las uñas en la cara. Un hombre se había marcado la frente con la punta de un bolígrafo; la sangre y la tinta se mezclaban y le caían en los ojos. Naturalmente, no podía dejar de parpadear; parecía llorar lágrimas de color púrpura.

Edward Bonshaw se cargó a Lupe en los hombros para que viera por encima de los tipos trajeados; éstos se habían quitado las vendas de los ojos para ver a Nuestra Señora de Guadalupe en su lecho de muerte. La Virgen Morena yacía en una vitrina, pero los hombres sujetos a una misma cuerda y trajeados se resistían a seguir avanzando, no permitían que nadie más la viera.

El sacerdote que había guiado a los ejecutivos de ojos vendados hasta ese espectáculo proseguía con sus ensalmos. El sacerdote sostenía además todas las vendas; parecía un camarero mal vestido que absurdamente había recogido las servilletas usadas en un restaurante evacuado por una amenaza de bomba.

Juan Diego había decidido que era mejor cuando la estridente música impedía oír los ensalmos del sacerdote, porque el sacerdote parecía un disco rayado detenido en la más simplista repetición. ¿Acaso no se sabía ya de memoria la más famosa alocución de Guadalupe todo aquel que sabía algo de la Virgen Morena?

—¿‘No estoy aquí, que soy tu madre’? —repetía una y otra vez el sacerdote que sostenía las vendas arrugadas—. ¿No estoy aquí, que soy tu madre? —Ciertamente, no tenía ningún sentido que un hombre que sostenía una docena (o más) de vendas dijera eso.

—Bájeme; no quiero ver esto —le pidió Lupe, pero el oriundo de Iowa no la entendió; Juan Diego tuvo que traducir las palabras de su hermana.

—Esos capullos con cerebro de banquero no necesitan vendas en los ojos: ya están ciegos sin las vendas —dijo también Lupe, pero esto Juan Diego no lo tradujo. (Los peones del circo llamaban a los postes de las carpas «pollas de ensueño»; Juan Diego consideraba que era sólo cuestión de tiempo que el vocabulario de Lupe descendiera al nivel de las «pollas de ensueño».)

Lo que más adelante les esperaba al ‘señor Eduardo’ y a los niños de la basura era la interminable escalera que conducía a El Cerrito de las Rosas: una verdadera prueba de devoción y resistencia. Edward Bonshaw inició valerosamente el ascenso por la escalera con el muchacho cojo ahora en hombros, pero había demasiados peldaños: era demasiado larga y empinada.

—Puedo andar, como ya sabe —intentó decir Juan Diego al oriundo de Iowa—. Si cojeo, no importa... ¡Cojear es lo mío!

Pero el ‘señor Eduardo’ siguió adelante con su empeño; jadeaba, la base de la lata de café le golpeaba la coronilla de su cabeza oscilante. Por supuesto, nadie habría adivinado que el escolar fallido acarreaba a un cojo escalera arriba; el tambaleante jesuita podía confundirse con cualquier otro peregrino que fuese flagelándose: igual que si hubiese acarreado sobre los hombros bloques de cemento o sacos de arena.

—¿Te das cuenta de lo que pasaría si el hombre papagayo se cayera muerto aquí mismo? —preguntó Lupe a su hermano—. ¡Ahí se irían al traste tus posibilidades de salir de este lío, y de este país de locos!

Los niños de la basura habían visto con sus propios ojos las complicaciones que podían surgir cuando moría un caballo; *Mañana* era un caballo de fuera de la ciudad, ¿verdad? Si Edward Bonshaw la diñaba subiendo por la escalera hacia El Cerrito..., en fin, el oriundo de Iowa era de fuera de la ciudad, ¿o no? ¿Qué harían entonces Juan Diego y Lupe?, pensaba Juan Diego.

Naturalmente, Lupe tenía una respuesta para eso que a Juan Diego le rondaba por la cabeza.

—Tendríamos que robarle la cartera al cadáver del ‘señor Eduardo’, sólo para conseguir el dinero con que pagar un taxi que nos llevara otra vez al circo, ¡de lo contrario nos secuestrarían y venderían a los burdeles de prostitución infantil!

—Vale, vale —contestó Juan Diego. Al jadeante y sudoroso ‘señor Eduardo’, Juan Diego le dijo—: Bájeme, déjeme ir a pie. Yo puedo cojear más deprisa de lo que usted anda conmigo auestas. Si muere, tendré que vender a Lupe a un burdel de niños sólo para tener con qué comer. Si muere, nunca volverá a Oaxaca.

—¡Jesús misericordioso! —oró Edward Bonshaw, y se arrodilló en la escalera. En realidad no estaba orando; se arrodilló porque no le quedaban fuerzas para levantar a Juan Diego de sus hombros y descargarlo; se postró de rodillas porque se habría caído si hubiese intentado dar otro paso.

Los niños de la basura se quedaron junto al ‘señor Eduardo’, arrodillado y jadeante, mientras el oriundo de Iowa trataba afanosamente de recobrar el aliento. Un equipo de televisión los adelantó escaleras arriba. (Años más tarde, cuando Edward Bonshaw agonizaba —cuando la respiración del buen hombre era igual de afanosa—, Juan Diego recordaría ese momento en que el equipo de televisión los adelantó por la escalera que ascendía al templo que Lupe se complacía en llamar «De las Rosas».)

La periodista televisiva —una joven guapa pero profesional— ofrecía un relato del milagro conforme a un guión ya preparado de antemano. Podría haber sido un

programa de viajes, o un documental para la televisión, ni muy elevado ni sensacionalista.

«En 1531, cuando la Virgen se apareció por primera vez a Juan Diego —un noble o un campesino azteca, según versiones opuestas—, el obispo no creyó a Juan Diego y le pidió pruebas», decía la guapa periodista televisiva. Al ver al extranjero arrodillado, interrumpió su narración; quizá captó su interés la camisa hawaiana, o acaso los niños visiblemente preocupados que asistían al hombre, éste, al parecer, en plena oración. Y en eso centró el cámara su atención: obviamente al cámara le gustó la imagen de Edward Bonshaw arrodillado en la escalera y los dos niños que esperaban con él. Ellos, los tres, atrajeron la cámara de televisión.

No era la primera vez que Juan Diego oía hablar de las «versiones opuestas», aunque prefería pensar que él llevaba el nombre de un «campesino» famoso; Juan Diego encontraba un tanto inquietante concebir la posibilidad de que tal vez llevase el nombre de un «noble» azteca. Esa palabra no concordaba con la imagen predominante que Juan Diego tenía de sí mismo: a saber, un abanderado de los lectores de los vertederos.

El ‘señor Eduardo’ había recobrado el aliento; ya era capaz de levantarse y seguir con andar inestable escaleras arriba. Pero el cámara tomaba un primer plano de un muchacho cojo que subía a ‘El Cerrito de la Rosas’. A partir de ese punto, el equipo de televisión avanzó lentamente al mismo paso que el oriundo de Iowa y que los niños de la basura; ascendieron juntos por la escalera.

«Cuando Juan Diego regresó al cerro, la Virgen reapareció y le dijo que se hiciera con unas rosas y se las llevara al obispo», prosiguió la periodista televisiva.

Detrás del muchacho cojo, cuando él y su hermana llegaron a lo alto del cerro, se desplegó una vista espectacular de Ciudad de México; la cámara de televisión capturó el panorama, pero ni Edward Bonshaw ni los niños de la basura se volvieron en ningún momento a contemplarlo. Juan Diego sostenía con cuidado la lata de café, como si las cenizas fuesen una ofrenda sagrada que llevaba al templo llamado «El Cerrito», que marcaba el lugar donde en su día crecieron las rosas milagrosas.

«Esta vez, el obispo sí le creyó: la imagen de la Virgen estaba estampada en el manto de Juan Diego», continuó la guapa periodista televisiva, pero el cámara había perdido interés en el ‘señor Eduardo’ y los niños de la basura; captaba ahora su atención un grupo de parejas japonesas en luna de miel: su guía turístico utilizaba un megáfono para explicar el milagro de Guadalupe en japonés.

Lupe se alarmó al ver que los novios japoneses en luna de miel llevaban la boca y la nariz cubiertas con mascarillas quirúrgicas; imaginó que las jóvenes parejas japonesas estaban muriendo de alguna horrenda enfermedad: pensó que habían ido a De las Rosas para suplicar a Nuestra Señora de Guadalupe que las salvara.

—Pero ¿no será contagiosa? —preguntó Lupe—. ¿A cuánta gente se la habrán transmitido entre aquí y Japón?

¿Qué parte de la traducción de Juan Diego y de la explicación que Edward

Bonshaw le dio a Lupe se perdió en el bullicio de la muchedumbre? La proclividad de los japoneses a la «precaución», a ponerse mascarillas quirúrgicas para protegerse del aire contaminado o de la enfermedad..., en fin, no quedó claro si Lupe llegó a entender de qué iba aquello.

Para mayor distracción, los turistas y los fieles cercanos que habían oído hablar a Lupe prorrumpieron en sus propios gritos de emoción fundada en la fe. Un fervoroso creyente señaló a Lupe y anunció que la niña hablaba en lenguas; esto había alarmado a Lupe: que se vio acusada de proferir las alocuciones extáticas e ininteligibles propias de una niña mesiánica.

Dentro del templo se celebraba una misa, pero la turba que entraba en El Cerrito no propiciaba el ambiente para aquella ceremonia: las legiones de monjas y niños de uniforme, los monjes flagelados y los hombres trajeados sujetos a una misma cuerda, estos últimos otra vez con los ojos vendados, razón por la cual habían tropezado y se habían caído al subir por la escalera (llevaban los pantalones rotos o rozados en las rodillas, y dos o tres de los ejecutivos cojeaban, aunque no de manera tan perceptible como Juan Diego).

Juan Diego no era el único lisiado: allí estaban los mutilados, también los amputados. (Estaban allí para curarse.) Habían ido todos, los sordos, los ciegos, los pobres, junto con los don nadie en visita de turismo y los novios japoneses con mascarilla en luna de miel.

En el umbral del templo, los niños de la basura oyeron que la guapa periodista televisiva decía: «De hecho, un químico alemán analizó las fibras rojas y amarillas del manto de Juan Diego. El químico determinó, científicamente, que los tintes del manto no eran de origen animal ni vegetal ni mineral».

—¿Qué pintan los alemanes en todo esto? —preguntó Lupe—. Guadalupe es un milagro, o no lo es. ¡No tiene nada que ver con el manto!

La Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe era, en realidad, un conjunto de iglesias, capillas y santuarios reunidos en la ladera rocosa donde presuntamente se produjo el milagro. Al final, Edward Bonshaw y los niños de la basura sólo vieron la Capilla del Pozo, donde yacía Guadalupe bajo un cristal en su lecho de muerte, y El Cerrito de las Rosas. (No llegarían a ver el manto en su santuario.)

Dentro de El Cerrito la Virgen de Guadalupe, ciertamente, no está arrinconada en un altar lateral; la habían entronizado en la zona frontal de la capilla. Pero ¿y qué más daba que la hubieran convertido en la atracción principal? Habían fundido a Guadalupe y a la Virgen María en una sola cosa; las habían convertido a ambas en lo mismo. Se había fraguado del todo el juego de manos católico: el sagrado De las Rosas era una casa de locos. Los chiflados superaban ampliamente en número a los fieles que intentaban seguir la misa en curso. Los sacerdotes oficiaban de memoria. Si bien el uso del megáfono estaba prohibido dentro del templo, el guía turístico continuó hablando en japonés a los novios en luna de miel con sus mascarillas quirúrgicas. Los hombres trajeados sujetos a una misma cuerda —otra vez sin venda

en los ojos— miraban a la Virgen Morena sin verla, tal como miraba Juan Diego cuando soñaba.

—No toques las cenizas —le dijo Lupe, pero Juan Diego mantenía la tapa firmemente cerrada—. Aquí no ha de derramarse ni una mota —añadió Lupe.

—Ya sé... —empezó a decir Juan Diego.

—Nuestra madre preferiría arder en el infierno antes que ver sus cenizas esparcidas aquí —dijo Lupe—. El ‘gringo bueno’ nunca dormiría en El Cerrito...; era tan hermoso cuando dormía —continuó, acordándose de él. A Juan Diego no le pasó inadvertido el detalle de que su hermana no llamaba ya «De las Rosas» al templo. Lupe se conformaba con llamar «El Cerrito» al templo; para ella ya no era tan sagrado.

—No necesito traducción —dijo el ‘señor Eduardo’ a los niños de la basura—. Esta capilla no es sagrada. En este sitio no hay nada bien..., todo está mal, no es como tendría que ser.

—Tendría que ser —repitió Juan Diego.

—No es de origen animal ni vegetal ni mineral..., ¡como dijo el alemán! —exclamó Lupe. Juan Diego pensó que debía traducir esto para Edward Bonshaw; tenía una perturbadora resonancia de veracidad.

—¿Qué alemán? —preguntó el oriundo de Iowa mientras descendían por la escalera.

(Años más tarde, el ‘señor Eduardo’ diría a Juan Diego: «Tengo la sensación de que todavía estoy marchándome de El Cerrito de las Rosas. La desilusión, el desencanto que sentí cuando descendía por aquella escalera aún perdura; sigo descendiendo», diría Edward Bonshaw.)

Mientras el oriundo de Iowa y los niños de la basura descendían, más peregrinos sudorosos se apretujaban y chocaban con ellos en su ascenso a lo alto del emplazamiento donde se produjo el milagro. Juan Diego pisó algo; se le antojó un poco blando y un poco crujiente al mismo tiempo. Se detuvo a mirarlo: lo recogió.

El tótem, un poco mayor que los Cristos sufrientes del tamaño de un dedo que se vendían por todas partes, no era tan grueso como la figurilla de Coatlicue de Lupe, del tamaño de una rata, que también se vendía por todas partes en el complejo de edificios que componían la enorme Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. La figura de juguete que había pisado era de la propia Guadalupe: el lenguaje corporal pasivo y atenuado, la mirada baja, el pecho sin busto, el ligero abultamiento de la parte inferior del abdomen. La estatuilla irradiaba el origen humilde de la Virgen; parecía hablar sólo náhuatl, si es que hablaba.

—Alguien la ha tirado —dijo Lupe a Juan Diego—. Alguien tan asqueado como nosotros —añadió.

Pero Juan Diego se guardó en el bolsillo la figura religiosa de goma dura. (Aunque no era tan grande como la nariz de la Virgen María, le abultaba en el bolsillo.)

Al pie de la escalera sufrieron el baqueteo del pasillo formado por puestos de tentempiés y refrescos. Y un grupo de monjas vendía postales a fin de recaudar dinero para las limosnas que el convento repartía entre los pobres. Edward Bonshaw compró una.

Juan Diego se preguntaba si el ‘señor Eduardo’ pensaba todavía en la postal de Flor con el poni, pero esta otra postal era sólo una foto más de Guadalupe: la Virgen Morena en su lecho de muerte, bajo una vitrina de cristal, en la Capilla del Pozo.

—Un recuerdo —dijo el oriundo de Iowa con un poco de culpabilidad mientras enseñaba la postal a Lupe y Juan Diego.

Lupe echó un fugaz vistazo a la foto de la Virgen Morena en su lecho de muerte; luego desvió la mirada.

—Tal como me siento ahora, casi preferiría verla con el pene de un poni en la boca —dijo Lupe—. Quiero decir muerta, pero también con el pene del poni —añadió Lupe.

Si bien era verdad que Lupe estaba durmiendo —con la cabeza en el regazo del ‘señor Eduardo’— cuando el originario de Iowa contó la historia de esa espantosa postal, Juan Diego siempre había sabido que Lupe era capaz de leer el pensamiento incluso dormida.

—¿Qué ha dicho Lupe? —preguntó Edward Bonshaw.

Juan Diego buscaba la mejor manera de escapar de la enorme plaza enlosada; se preguntaba por dónde andaban los taxis.

—Lupe ha dicho que se alegra de que Guadalupe esté muerta; opina que ésa es la mejor parte de la postal —fue lo único que dijo Juan Diego.

—No me has preguntado por el nuevo número de los perros —dijo Lupe a su hermano. Se detuvo, tal como había hecho antes, en espera de que él la alcanzara. Pero Juan Diego nunca alcanzaría a Lupe.

—Ahora mismo, Lupe, busco la manera de salir de aquí —replicó Juan Diego, irritado.

Lupe le dio unas palmadas en el bulto del bolsillo, allí donde él se había guardado la figura perdida o desechada de Guadalupe.

—Pero a ella no le pidas ayuda —fue lo único que dijo Lupe.

«Detrás de cada viaje hay una razón», escribiría Juan Diego un día. Habían pasado cuarenta años desde ese viaje de los niños de la basura al santuario de Guadalupe en Ciudad de México, pero —como diría un día el ‘señor Eduardo’— Juan Diego tenía la sensación de estar descendiendo aún.

24

Pobre Leslie

«Siempre ando conociendo a gente en los aeropuertos», fue como, de forma aparentemente inocente, comenzó Dorothy el fax para Juan Diego. «¡Y vaya si esa joven madre necesitaba ayuda! Sin marido: el marido ya la había dejado plantada antes. Y la niñera los abandonó a ella y a los niños al principio del viaje. ¡La niñera desapareció sin más en el aeropuerto!», fue la manera que tuvo Dorothy de poner en marcha la historia.

Eso de la sufrida y joven madre me suena, pensaba Juan Diego mientras leía y releía el fax de Dorothy. Como escritor, Juan Diego sabía que había mucha cosa en esa historia de Dorothy; sospechaba que era más lo que acaso faltara. Por ejemplo: eso de que «una cosa llevó a la otra», tal como Dorothy lo expresaría, y qué hacía ella en El Nido con «la pobre Leslie» y los hijos de Leslie, dos niños pequeños.

Lo de la «pobre» Leslie le sonó mucho a Juan Diego, incluso la primera vez que leyó el fax de Dorothy. ¿No había oído hablar antes de una pobre Leslie? Ah, sí que había oído hablar de ella, y Juan Diego no necesitó seguir leyendo el fax de Dorothy mucho más para recordar lo que había oído contar sobre la pobre Leslie, y a quién.

«No te preocupes, cariño..., ¡no es otra escritora!», había escrito Dorothy. «Solo es estudiante de escritura creativa: se propone ser escritora. De hecho, conoce a tu amigo Clark; Leslie asistió a una especie de taller organizado en un congreso de escritores, y Clark French era el profesor.»

¡Así que «esa» era la pobre Leslie!, cayó en la cuenta Juan Diego. Esa pobre Leslie había conocido a Clark antes de asistir al taller de escritura creativa que él impartía. Clark la había conocido en un acto de recaudación de fondos: tal como Clark lo había expresado, se trataba de una de las varias organizaciones benéficas católicas a las que daban apoyo la pobre Leslie y él. Su marido acababa de abandonarla; tenía dos hijos que eran «un poco salvajes»; ella consideraba que las «crecientes decepciones» de su joven vida merecían contarse por escrito.

Juan Diego recordó haber pensado entonces que el consejo que le dio Clark a Leslie era muy poco propio de Clark, quien detestaba las memorias y la narrativa autobiográfica. Clark despreciaba lo que él llamaba «escribir como terapia»; pensaba que las memorias noveladas «rebajaban el nivel intelectual de la narrativa y traducían la imaginación». Aun así, ¡Clark había alentado a la pobre Leslie a volcar su corazón en el papel!

—Leslie tiene buen corazón —había insistido Clark cuando le habló a Juan Diego de ella—. ¡La pobre Leslie simplemente ha tenido mala suerte con los hombres!

—La pobre Leslie —había repetido la mujer de Clark. A eso siguió una pausa. A continuación, la doctora Josefa Quintana dijo—: Creo que a Leslie le gustan las mujeres, Clark.

—No creo que Leslie sea lesbiana, Josefa; creo que solo está confusa —replicó Clark French.

—Pobre Leslie —repitió Josefa; la escasa convicción en su manera de decirlo era lo que Juan Diego mejor recordaba.

—¿Es guapa, Leslie? —había preguntado Juan Diego.

La expresión de Clark fue la viva imagen de la indiferencia, como si no se hubiese fijado en si Leslie era guapa o no.

—Sí —fue lo único que dijo la doctora Quintana.

Según Dorothy, la idea de que Dorothy acompañara a Leslie y sus hijos salvajes a El Nido partió por completo de Leslie.

«Yo no soy precisamente la típica niñera», había escrito Dorothy a Juan Diego. Pero Leslie era guapa, pensaba Juan Diego. Y si a Leslie le gustaban las mujeres —tanto si era lesbiana, como si estaba confusa—, Juan Diego no dudó que Dorothy la habría calado. Dorothy, fuera lo que fuese, no estaba confusa a ese respecto.

Naturalmente, Juan Diego no les dijo a Clark y a Josefa que Dorothy se había liado con la pobre Leslie..., si realmente era eso lo que Dorothy había hecho. (En su fax, Dorothy no decía exactamente que fuera así.)

Teniendo en cuenta el desdén con el que Clark había llamado «D.» a Dorothy, por no hablar ya de la aversión con que se había referido a Dorothy como «la hija», o lo asqueado que Clark se había mostrado con todo el asunto madre-hija..., en fin, ¿por qué iba Juan Diego a aumentar el malestar de Clark insinuando que la pobre Leslie se había liado con «D.»?

«Lo que les pasó a esos niños no fue culpa mía», había escrito Dorothy. Como escritor, Juan Diego acostumbraba a percibir cuándo un narrador cambiaba de tema intencionadamente; le constaba que Dorothy no había ido a El Nido movida por un deseo de ejercer de niñera.

También le constaba que Dorothy era muy directa; cuando quería, podía ser muy concreta. Aun así, los detalles de lo que les había ocurrido a los niños de Leslie eran imprecisos... ¿Intencionadamente, quizás?

En eso estaba pensando Juan Diego cuando se despertó con una sacudida durante el aterrizaje en Manila de su vuelo procedente de Bohol.

No entendía, claro está, por qué la joven sentada a su lado —ella ocupaba el asiento del pasillo— le tenía sujeta la mano.

—No sabe cuánto lo siento —dijo muy seria. Juan Diego esperó, sonriente. Confiaba en que le explicara a qué se refería, o al menos que le soltara la mano—. Su madre... —empezó a enumerar la joven, pero se interrumpió y se cubrió el rostro con las dos manos—. ¡El *hippy* muerto, el perro muerto..., un cachorro..., y todo lo demás! —prorrumpió de pronto. (En lugar de decir «la nariz de la Virgen María», la joven sentada a su lado se tocó su propia nariz.)

—Ya veo —fue lo único que dijo Juan Diego.

¿Acaso estaba perdiendo el juicio?, se preguntaba Juan Diego. ¿Le había estado

hablando durante todo el viaje a esa desconocida sentada junto a él? ¿Era quizá su destino, de algún modo, conocer a personas capaces de leer el pensamiento?

Ahora la joven escrutaba su teléfono móvil, lo cual recordó a Juan Diego que debía encender también él su móvil y consultarlo. El pequeño teléfono lo recompensó vibrando en su mano. El modo vibración era el que más le gustaba. Le desagradaban todos los «tonos», como los llamaban. Juan Diego vio que tenía un mensaje de texto de Clark French... y no corto.

Los novelistas no se sienten en su salsa en el truncado mundo de los mensajes de texto, pero Clark era una persona perseverante; era obstinado, sobre todo cuando se indignaba por algo. Los mensajes de texto no estaban concebidos para la indignación moral, pensó Juan Diego. «¡Mi amiga Leslie ha sido seducida por tu amiga D., la hija!», comenzaba el mensaje de Clark; por desgracia, se había enterado de lo de la pobre Leslie.

Los hijos de Leslie contaban nueve y diez años..., o quizá siete y ocho. Juan Diego intentaba recordarlo. (Le resultaba imposible acordarse de sus nombres.)

Los niños tenían nombres que parecían alemanes, pensó Juan Diego; en eso no se equivocaba. El padre de los niños, el ex marido de Leslie, era alemán, un hostelero internacional. Juan Diego no recordaba (o nadie le había dicho) el nombre del magnate de la hostelería alemán, pero a eso se dedicaba el ex de Leslie: tenía hoteles, y compraba hoteles de primera categoría que se hallaran en una situación económica difícil. Y Manila era una de las bases de las operaciones en Asia del hostelero alemán, o eso había insinuado Clark. Leslie había vivido en todas partes, incluidas las Filipinas; sus hijos pequeños habían vivido por todo el mundo.

Juan Diego leyó el mensaje de Clark en la pista de aterrizaje, tras el vuelo procedente de Bohol. Del texto emanaba una especie de agravio católico —un sentimiento de resquemor— en nombre de Leslie. Al fin y al cabo, la pobre Leslie era una mujer de fe —otra católica como él—, y Clark tenía la sensación de que había sido agraviada una vez más.

Clark había enviado el siguiente mensaje: «Cuidado con el búfalo de agua en el aeropuerto: ¡no es tan dócil como parece! Werner fue pisoteado, pero no resultó gravemente herido. El pequeño Dieter dice que ni él ni Werner hicieron nada para incitarlo a embestir. (La pobre Leslie dice que Werner y Dieter “no son culpables de provocar al búfalo”.) Y después al pequeño Dieter le picaron ciertas cosas nadadoras... que en el hotel llamaron “plancton”. Tu amiga D. dice que las cosas que picaban eran del tamaño de la uña de un pulgar humano; D., nadando con Dieter, dice que esas cosas, el supuesto plancton, parecían “condones para un niño de tres años”, ¡cientos de ellas! Todavía no hay reacción alérgica a las picaduras de esos condones en miniatura. “Decididamente no eran plancton”, dice D.».

«Dice D.», pensó Juan Diego; la versión de Clark en lo referente al búfalo de agua y las cosas que picaban difería solo ligeramente de la de Dorothy. La imagen de esos «condones para un niño de tres años» concordaba, pero Dorothy —a su manera

imprecisa— insinuaba que el búfalo de agua sí fue provocado. No explicaba cómo.

En el aeropuerto de Manila, donde Juan Diego cambió de avión para el vuelo de conexión con destino a Palawan, no había ningún búfalo de agua que exigiese cautela. El nuevo avión era un bimotor de hélices, en forma de puro, con solo un asiento a cada lado del pasillo. (Juan Diego no correría el peligro de contar a un total desconocido la historia de las cenizas que Lupe y él no esparcieron en el santuario de Guadalupe de Ciudad de México.)

Pero antes de que el bimotor empezara a alejarse de la puerta de embarque, Juan Diego notó vibrar otra vez su teléfono móvil. El mensaje de texto de Clark parecía más precipitado o más histérico que el anterior: «Werner, todavía dolorido por pisoteo de búfalo, picado por medusa rosa nadando verticalmente (como caballitos de mar). Dice D. que eran “semitransparentes y del tamaño de dedos índices”. Necesario que pobre Leslie y los niños evacuen la isla con presteza, debido a la inmediata reacción alérgica de Werner a las cosas translúcidas y del tamaño de dedos: hinchazón de labios, lengua, el pobre pene. Estarás solo con D. Ella se queda para resolver la cancelación de las reservas de habitación..., ¡las de la pobre Leslie, no las tuyas! Procura no salir a nadar. Nos vemos en Manila, espero. Cuídate en compañía de D.».

El bimotor había empezado a moverse; Juan Diego apagó el móvil. Con respecto al segundo episodio de picaduras —la medusa rosa nadando verticalmente—, Dorothy era más la de siempre. «¿Quién necesita esta mierda? ¡Hay que joderse con el Mar de la China Meridional!» Le había escrito Dorothy en el fax a Juan Diego, que intentaba imaginar lo que sería quedarse solo con Dorothy en una recóndita isla, donde no se atrevería a nadar. ¿Por qué iba a arriesgarse a sufrir una picadura de los condones para niños de tres años o la medusa rosa que provocaba hinchazón de pene? (¡Por no hablar de los varanos del tamaño de perros! ¿Cómo habían conseguido escapar los salvajes niños de Leslie de esos lagartos gigantes?)

¿No sería más feliz regresando a Manila?, reconsideró Juan Diego. Pero tenía un folleto de a bordo para hojear; se detuvo sobre todo en el mapa, con inquietantes resultados. Palawan era la isla más occidental del archipiélago filipino. El Nido, hotel de la isla de Lagen —situada a cierta distancia de la punta noroccidental de Palawan—, se hallaba en la misma latitud que la ciudad de Ho Chi Minh y el delta del Mekong. Vietnam estaba justo al oeste de las Filipinas, en la orilla opuesta del Mar de la China Meridional.

La guerra de Vietnam era la razón por la que el ‘gringo’ bueno había huido a México; el padre del ‘gringo bueno’ había caído en una guerra anterior: yacía enterrado no muy lejos del lugar donde su hijo podría haber muerto. ¿Eran casuales esas conexiones o estaban predeterminadas? «¡He ahí una buena pregunta!», podía oír Juan Diego que decía el ‘señor Eduardo’, si bien el oriundo de Iowa no había encontrado él mismo respuesta a esa pregunta.

Cuando Edward Bonshaw y Flor murieron, Juan Diego abordaría el mismo tema con el doctor Vargas. Juan Diego dijo a Vargas lo que el ‘señor Eduardo’ le había

revelado: que había reconocido a Flor en la postal.

—¿Qué me dices de esa conexión? —preguntaría Juan Diego al doctor Vargas—. ¿Considerarías que eso es casual o fruto del destino? —fue como el lector del basurero se lo expresó al ateo.

—¿Y si te dijera que es algo a medio camino entre lo uno y lo otro? —preguntó Vargas.

—Lo llamaría «evasiva» —contestó Juan Diego. Pero estaba iracundo; Flor y el ‘señor Eduardo’ acababan de morir: los putos médicos había sido incapaces de salvarlos.

Quizás ahora Juan Diego diría lo que Vargas había dicho: el funcionamiento del mundo era «algo a medio camino» entre la casualidad y el destino. Había misterios, Juan Diego lo sabía; no todo tenía una explicación científica.

El aterrizaje en el aeropuerto de Lio, en Palawan, fue un tanto accidentado: la pista era de tierra, sin asfaltar. Al bajar del avión, los pasajeros fueron recibidos por cantantes nativos; a cierta distancia de los cantantes, como si su música lo aburriera, había un búfalo de agua de aspecto cansado. Costaba imaginar a ese triste búfalo de agua embistiendo o pisoteando a alguien, pero solo Dios (o Dorothy) sabía en realidad qué podían haber hecho los niños salvajes de Leslie (o uno de ellos) para provocar a la bestia.

Para realizar el resto del trayecto era necesario tomar tres barcos, pese a que el hotel El Nido de la isla de Lagen no estaba muy lejos de Palawan. Lo que se veía de Lagen desde el mar eran los acantilados: la isla era una montaña. La laguna quedaba oculta; los edificios del complejo hotelero circundaban la laguna.

Cuando Juan Diego llegó a El Nido, le dio la bienvenida un representante del hotel, un joven muy cordial. Habían tenido en cuenta su cojera; su habitación, con vistas a la laguna, estaba a un paso del comedor. Comentaron los desafortunados sucesos que dieron lugar a la repentina marcha de la pobre Leslie.

—Esos niños eran un poco salvajes —dijo el joven representante con mucho tacto mientras acompañaba a Juan Diego a su habitación.

—Pero las picaduras... Seguro que esas cosas que picaban no fueron resultado de ninguna salvajada por parte de los niños, ¿no? —preguntó Juan Diego.

—Por lo general, los huéspedes aficionados a nadar que se alojan en nuestro hotel no sufren picaduras —respondió el joven—. Se vio a esos niños acechar a un varano: eso es llamar al mal tiempo.

—¡Acechar! —exclamó Juan Diego; intentó imaginar a los niños salvajes armados con lanzas hechas de raíces de mangle.

—La amiga de la señora Leslie estaba nadando con los niños; a ella no le picaron —señaló el joven representante del hotel.

—Ah, sí, su amiga. ¿Está ella...? —empezó a preguntar Juan Diego.

—Sí, está aquí, caballero; me figuro que se refiere usted a la señorita Dorothy —dijo el joven.

—Sí, claro..., la señorita Dorothy —fue lo único que pudo decir Juan Diego.

¿Había pasado de moda usar los apellidos?, se preguntaría Juan Diego, por un instante. Le sorprendió lo grato que era El Nido: remoto pero hermoso, pensó. Tendría tiempo de deshacer la maleta y quizá de rodear la laguna antes de la cena. Dorothy se lo había organizado todo: le había pagado la habitación y la pensión completa, había informado al joven representante del hotel. (¿O lo había pagado todo la pobre Leslie?, se preguntó Juan Diego aunque también solo por un instante.)

Juan Diego no sabía qué haría en El Nido; decididamente no tenía muy claro si de verdad le atraía la perspectiva de estar a solas con Dorothy.

Acababa de deshacer la maleta —ya se había duchado y afeitado— cuando oyó llamar a la puerta. Comparada con otras maneras de llamar, esa no era precisamente vacilante.

Tiene que ser ella, pensó Juan Diego; sin echar siquiera un vistazo por la mirilla, abrió la puerta.

—¿A que me estabas esperando? —preguntó Dorothy. Sonriente, lo apartó para meter sus maletas en la habitación.

¿Acaso no había entendido ya qué clase de viaje había emprendido?, pensaba Juan Diego. ¿Y no tenía algo ese viaje de insólitamente organizado? En ese periplo suyo, ¿no parecían las conexiones más predeterminadas que casuales? (¿O estaba pensando excesivamente como escritor?)

Dorothy se sentó en la cama; tras quitarse las sandalias movió los dedos de los pies. Juan Diego pensó que tenía las piernas más morenas de lo que él recordaba; tal vez había tomado el sol desde la última vez que la vio.

—¿Cómo conociste a Leslie? —le preguntó Juan Diego.

La manera en que Dorothy se encogió de hombros le resultó muy familiar; era como si Dorothy hubiese observado a Esperanza y Lupe encogerse de hombros, y las imitara.

—Uno conoce a mucha gente en los aeropuertos, ya lo sabes —fue lo único que ella dijo.

—¿Qué pasó con el búfalo de agua? —preguntó Juan Diego.

—¡Ay, esos niños! —exclamó Dorothy, y dejó escapar un suspiro—. No sabes cuánto me alegro de que no tengas hijos —añadió con una sonrisa.

—¿Provocaron al búfalo de agua? —preguntó Juan Diego.

—Los niños encontraron una oruga viva: era verde y amarilla, con cejas de color marrón oscuro —explicó Dorothy—. Werner le metió la oruga en la nariz al búfalo de agua, hasta arriba del todo, tanto como pudo por uno de los agujeros.

—Menudo vaivén de cabeza y cuernos, imagino —comentó Juan Diego—. Y con esas pezuñas... debió de temblar la tierra.

—Tú también resoplarías si intentaras expulsar una oruga de la nariz —dijo Dorothy; era evidente que se ponía del lado del búfalo de agua—. Tampoco es que Werner saliera muy pisoteado, dadas las circunstancias.

—Sí, pero ¿y esos condones que picaban y esos dedos transparentes que nadaban verticalmente? —preguntó Juan Diego.

—Sí, ponían los pelos de punta. A mí no me picaron, pero nadie habría podido estar preparado para algo como lo del pene de ese niño —dijo Dorothy—. ¡Nunca se sabe quién va a tener alergia a qué..., ni cómo!

—Nunca se sabe —repitió Juan Diego; se sentó en la cama junto a ella. Dorothy olía a coco; quizá fuera su protector solar.

—Seguro que me has echado de menos, ¿eh? —preguntó Dorothy.

—Sí —respondió él.

Juan Diego la había echado de menos, pero hasta ese momento no se dio cuenta de lo mucho que Dorothy le recordaba a la figura de Guadalupe, la muñeca sexual, aquella que el ‘gringo’ bueno le había regalado, la escultura que la hermana Gloria había desaprobado desde el principio.

Había sido un día muy largo, pero ¿era por eso por lo que Juan Diego se sentía tan extenuado? Estaba tan cansado que era incapaz de preguntar a Dorothy si había habido sexo entre ella y la pobre Leslie. (Conociendo a Dorothy, sin duda lo había habido.)

—Se te ve triste —susurraba Dorothy. Juan Diego intentó hablar, pero las palabras no le salieron—. Quizá deberías comer algo; aquí se come bien.

—Vietnam —fue lo único que consiguió articular Juan Diego.

Quiso contarle que en otro tiempo él había sido un estadounidense recién nacionalizado. Era demasiado joven para el servicio militar obligatorio, y cuando, más adelante, el reclutamiento pasó a realizarse por medio de sorteo, para él apenas hubo diferencia; era un lisiado; nunca lo habrían aceptado. Pero como había conocido al ‘gringo’ bueno, que había muerto intentando no ir a Vietnam, Juan Diego se sentiría culpable por no ir... o por no tener que mutilarse o huir a fin de no ir.

Juan Diego deseó contarle a Dorothy que estar tan cerca geográficamente de Vietnam le causaba desazón —en el mismo Mar de la China Meridional—, porque no había sido enviado allí, y que lo apenaba que el ‘gringo’ bueno, el desventurado muchacho, hubiera muerto por tratar de huir de esa guerra delirante.

Pero, de repente, Dorothy dijo:

—Vuestros soldados estadounidenses venían aquí, ¿sabes? No me refiero aquí mismo, a este hotel, ni a la isla de Lagen o a Palawan. Quiero decir cuando estaban de permiso, ya sabes, para lo que llamaban «reposo y recuperación» de la guerra de Vietnam.

—¿Qué sabes tú de eso? —consiguió preguntar Juan Diego. (Tuvo la impresión de que su voz sonaba tan incomprensible como la de Lupe.)

Una vez más, Dorothy contestó con aquel familiar gesto de hombros: lo había entendido.

—Aquellos soldados asustados..., algunos tenían solo diecinueve años —dijo Dorothy, como si los recordara, aunque ella no podría haber recordado a ninguno de

aquellos jóvenes.

Dorothy no era mucho mayor de lo que habían sido aquellos muchachos durante la guerra; Dorothy no podía haber nacido cuando la guerra de Vietnam terminó... ¡De eso hacía treinta y cinco años! No cabía duda de que hablaba de esos muchachos asustados de diecinueve años desde un punto de vista histórico.

Les daba miedo morir, imaginaba Juan Diego: ¿por qué no iban a estar asustados los jóvenes en una guerra? Pero tampoco esta vez le salieron las palabras, y Dorothy dijo:

—Esos muchachos temían ser capturados, ser torturados. Estados Unidos ocultó información sobre el grado de tortura que los norvietnamitas aplicaban a los soldados estadounidenses capturados. Deberías ir a Laoag, la parte más septentrional de Luzón. Laoag, Vigán..., esos sitios. Era ahí adonde iban de reposo y recuperación los soldados de permiso llegados de Vietnam. Podríamos ir allí, ¿sabes?; conozco un sitio —dijo Dorothy—. El Nido es solo un hotel; es agradable, pero no es real.

Lo único que Juan Diego consiguió decir fue:

—La ciudad de Ho Chi Minh está justo al oeste de aquí.

—Por entonces era Saigón —le recordó Dorothy—. Da Nang y el golfo de Tonkín están justo al oeste de Vigán. Hanói está justo al oeste de Laoag. En Luzón, todo el mundo sabe que los norvietnamitas torturaban a vuestros jóvenes estadounidenses... Eso era lo que aquellos pobres muchachos temían. Los norvietnamitas eran «insuperables» en tortura, o eso dicen en Laoag y Vigán. Podríamos ir allí —repitió Dorothy.

—Vale —dijo Juan Diego; era lo más fácil de decir.

Había pensado en mencionar a un veterano de Vietnam: Juan Diego lo había conocido en Iowa. El veterano de guerra contaba alguna que otra anécdota sobre los periodos de reposo y recuperación en las Filipinas.

Se había hablado de Olongapo y Baguio, o quizá fuera ciudad de Baguio. ¿Eran ciudades de Luzón?, se preguntaba Juan Diego. El veterano había mencionado bares, vida nocturna, prostitutas. No se había hablado de tortura, ni de los norvietnamitas como expertos en la materia, ni se había mencionado Laoag o Vigán, que Juan Diego recordara.

—¿Qué tal las pastillas? ¿No deberías tomarte algo? —preguntó Dorothy—. Echemos un vistazo a tus pastillas —dijo.

—Vale —repitió él.

Al estar tan cansado tuvo la impresión de que no cojeaba cuando se dirigió con ella al cuarto de baño para echar un vistazo a los comprimidos de Lopressor y Viagra.

—A mí me gusta esta, ¿a ti no? —preguntó Dorothy. (Tenía una Viagra en la mano)—. Es tan perfecta tal como es. ¿Qué necesidad hay de partirla en dos? Creo que una entera es mejor que media, ¿no te parece?

—Vale —susurró Juan Diego.

—No te preocupes, no estés triste —dijo Dorothy; le ofreció la Viagra y un vaso

de agua—. Todo irá bien.

Sin embargo, lo que Juan Diego recordó de pronto no estaba bien. Recordaba lo que Dorothy y Miriam habían exclamado juntas..., como si fueran un coro.

«¡No me venga ahora con la voluntad de Dios!», exclamaron espontáneamente Miriam y Dorothy. Si Clark French hubiese oído eso, Juan Diego albergaba pocas dudas de que Clark habría pensado que era algo que podría haber dicho un súcubo.

¿Guardaban Miriam y Dorothy algún resquemor contra la voluntad de Dios?, se preguntó Juan Diego. De pronto pensó: ¿veían Dorothy y Miriam con resentimiento la voluntad de Dios, porque eran ellas quienes la ejecutaban? ¡Qué disparate! Pensar en Miriam y Dorothy como mensajeras que ejecutaban la voluntad de Dios no cuadraba con la impresión de Clark, para quien esas dos eran demonios en forma femenina... Aunque, bajo ningún concepto, Clark habría podido convencer a Juan Diego de que esa madre y su hija eran espíritus malignos. En su deseo por ellas, Juan Diego tenía la sensación, sin ningún género de duda, de que Miriam y Dorothy estaban físicamente unidas al mundo corpóreo; eran de carne y hueso, no espectros o espíritus. En cuanto a que esa impía pareja fuera realmente la que ejecutaba la voluntad de Dios..., en fin, ¿por qué detenerse siquiera a pensarlo? ¿Quién podía imaginar una cosa semejante?

Por supuesto, Juan Diego nunca expresaría una idea tan descabellada..., desde luego no en el contexto de ese momento, no cuando Dorothy estaba ofreciéndole el comprimido de Viagra y un vaso de agua.

—¿Tú y Leslie...? —empezó a preguntar Juan Diego.

—La pobre Leslie está confusa, yo solo intenté ayudarla —dijo Dorothy.

—Intentaste ayudarla —fue lo único que pudo decir Juan Diego. Tal como lo dijo pareció una pregunta, pero estaba pensando que, si él se sintiera confuso, estar con Dorothy no sería precisamente una ayuda.

Acto 5, escena 3

Por cómo se desarrollan los recuerdos o los sueños relacionados con los seres queridos —aquellos que se han ido—, es inevitable que el final de la historia se adelante al resto de la narración. Uno no tiene la opción de elegir la cronología de lo que sueña, ni el orden de los incidentes en los recuerdos que uno conserva de alguien. En su mente —en sus sueños, en su memoria—, a veces la narración empieza por el epílogo.

En Iowa City, el primer departamento especializado en el tratamiento del VIH — con enfermeros, servicios sociales y elementos docentes— se inauguró en junio de 1998. El departamento se hallaba en la Torre Boyd; pese a su nombre, no era una torre. La llamada Torre Boyd era un edificio nuevo de cinco plantas anexo al antiguo hospital. El edificio de la Torre Boyd formaba parte de los hospitales y consultorios, y el centro del VIH/sida estaba en la planta baja. Se llamaba Centro de Virología. Por aquel entonces, la perspectiva de dar publicidad a un centro dedicado al VIH/sida despertaba cierta preocupación; existía el legítimo temor de que tanto los pacientes como el hospital se vieran discriminados.

El VIH/sida se asociaba con el sexo y las drogas; la enfermedad era tan poco común en Iowa que muchos de los habitantes la consideraban un problema «urbano». Entre la población rural de Iowa, algunos pacientes fueron víctimas tanto de homofobia como de xenofobia.

Juan Diego recordaba los tiempos en que se construyó la Torre Boyd, a principios de los setenta; había (aún hay) una torre real, la torre gótica situada en el lado norte del antiguo Hospital General. Cuando Juan Diego se trasladó a Iowa City con el ‘señor Eduardo’ y Flor, se instalaron en un dúplex de una casa victoriana semejante a una recargada tarta nupcial con un ruinoso porche delantero. El dormitorio y el cuarto de baño de Juan Diego, y el despacho del ‘señor Eduardo’, estaban en la primera planta.

El precario porche delantero era de escasa utilidad para Edward Bonshaw o para Flor, pero Juan Diego recordaba que a él en otro tiempo le encantaba. Desde el porche veía el complejo deportivo de Iowa (donde estaba la piscina cubierta) y el Estadio Kinnick. Ese decrepito porche delantero en Melrose Avenue era un lugar excelente para observar a los estudiantes, sobre todo en aquellos sábados de otoño en que el equipo de fútbol de Iowa jugaba en casa. (El ‘señor Eduardo’ llamaba al Estadio Kinnick «el Coliseo romano».)

Juan Diego no tenía interés en el fútbol americano. Por curiosidad, al principio, y más tarde para estar con sus amigos, Juan Diego asistía de vez en cuando a algún partido en el Estadio Kinnick, pero lo que de verdad le gustaba era sentarse en el porche delantero de aquella casa de madera de Melrose, sin hacer nada más que

observar a los jóvenes que pasaban. («Supongo que me gusta oír la música de la banda, de lejos..., e imaginarme a las animadoras de cerca», decía Flor, a su manera difícil de interpretar.)

Juan Diego debía de estar a punto de licenciarse en Iowa cuando acabó de construirse la Torre Boyd; desde su vecindario, en Melrose Avenue, la atípica familia de tres miembros veía la torre gótica del antiguo Hospital General. (Flor diría más adelante que ya no le veía ningún encanto a esa vieja torre.)

Flor fue la primera en presentar los síntomas; cuando ella recibió el diagnóstico, Edward Bonshaw, como es lógico, se sometió a las pruebas. Flor y el ‘señor Eduardo’ dieron positivo en el VIH en 1989. Esa insidiosa neumonía, la *Pneumocystis carinii*, PCP, fue la manifestación inicial del sida en el caso de ambos. Esa tos, el ahogo, la fiebre: Flor y el oriundo de Iowa fueron tratados con Bactrim. (Edward Bonshaw desarrollaría una erupción a causa del Bactrim.)

Flor había sido casi hermosa, pero las lesiones del sarcoma de Kaposi desfigurarían su cara. Una lesión de color violeta pendía de una de las cejas de Flor; otra lesión morada colgaba de su nariz. Esta última era tan prominente que Flor optó por escondérsela con un pañuelo. ‘La Bandida’, se llamaba a sí misma. Pero, lo más difícil para Flor, fue perder el «la» que llevaba dentro.

Los estrógenos que tomaba tenían efectos secundarios, sobre todo en el hígado. Los estrógenos pueden causar una especie de hepatitis; la bilis se estanca y aumenta. El picor que acompañaba a esta dolencia enloquecía a Flor. Tuvo que abandonar las hormonas, y volvió a salirle barba.

A Juan Diego le pareció injusto que Flor, que se había esforzado tanto en feminizarse, no sólo estuviese muriendo de sida, sino que estuviese muriendo como hombre. Cuando el ‘señor Eduardo’ dejó de tener el pulso lo bastante firme para afeitar a Flor diariamente, empezó a ocuparse de ello Juan Diego. Aun así, cuando Juan Diego le daba un beso, notaba la barba en la mejilla de Flor, y siempre le veía una sombra de barba, incluso recién afeitada.

Como eran una pareja poco convencional, Edward Bonshaw y Flor habían preferido un médico joven para su atención primaria, y Flor había querido que fuera una mujer. Su guapa médico de cabecera era Rosemary Stein; fue ella quien insistió en que se hicieran la prueba del VIH. En 1989, la doctora Stein tenía sólo treinta y tres años. «La doctora Rosemary» —Flor fue la primera en llamarla así— era de la edad de Juan Diego. En el Centro de Virología, Flor llamaba a los médicos de enfermedades infecciosas por su nombre de pila: pronunciar sus apellidos era una pesadilla para una mexicana. Juan Diego y Edward Bonshaw —el inglés de ellos era perfecto— también llamaban a los médicos de enfermedades infecciosas «doctor Jack» y «doctor Abraham», para que Flor se sintiera menos extranjera.

La sala de espera del Centro de Virología era muy insulsa, muy de los años sesenta. Tenía la moqueta marrón; las sillas eran asientos para una o dos personas con cojines oscuros forrados de vinilo: Naugahyde, casi con toda seguridad. El mostrador

de recepción era de un color naranja tostado con la superficie de fórmica clara. El mostrador tenía enfrente una pared de ladrillo. Flor decía que ojalá la Torre Boyd hubiese sido exclusivamente de ladrillo, por dentro y por fuera; le inquietaba pensar que «mierda como el Naugahyde y la fórmica» vivirían más que ella y su querido Eduardo.

Flor había contagiado al oriundo de Iowa, suponía todo el mundo, aunque sólo Flor lo decía. Edward Bonshaw nunca le echó la culpa; ni se le pasaba por la cabeza hacer el menor comentario acusador. No habían intercambiado votos oficiales, pero se habían prometido uno al otro lo de costumbre. «En la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe», le recitaría el ‘señor Eduardo’ devotamente cuando Flor se acusaba a sí misma, confesando sus esporádicas infidelidades (aquellos viajes de regreso a Oaxaca, las fiestas..., aunque sólo fuera por los viejos tiempos).

«Y qué hay del voto de “renunciar a todos los demás”: yo accedí a eso, ¿no?», preguntaba Flor a su querido Eduardo; estaba empeñada en cargar con la culpa.

Pero era imposible eliminar el lado anárquico de Flor. Edward Bonshaw permanecería fiel a Flor —ella era el amor de su vida, decía siempre—, como permanecería fiel a su juramento escocés, aquel tan delirante «no doblegarse ante ningún viento» que, absurdamente, repetía sin poder contenerse en su versión latina original: *haud ullis labentia ventis*. (Era el mismo dislate que había proclamado ante el hermano Pepe cuando las plumas de pollo anunciaban su llegada a Oaxaca.)

En el Centro de Virología, la sala de extracción de sangre era contigua a la sala de espera, que los pacientes seropositivos compartían, la mayor parte del tiempo, con los diabéticos. Estos dos grupos de pacientes se sentaban en lados opuestos de la sala. A finales de los años ochenta y principios de los noventa, el número de pacientes de sida aumentó, y muchos de los moribundos presentaban visibles manifestaciones de la enfermedad, y no sólo por sus cuerpos estragados, o las lesiones del sarcoma de Kaposi.

Edward Bonshaw presentaba sus propias manifestaciones: sufría de una dermatitis seborreica; le confería un aspecto escamoso y grasiento, sobre todo en las cejas y el cuero cabelludo, y a los lados de la nariz. Tenía en la boca acumulaciones amarillentas de candidas, que le revestían la lengua de blanco. La candidiasis descendería con el tiempo a la garganta del oriundo de Iowa, al esófago; le costaba tragar, y una costra blanca agrietada cubría sus labios. Al final, el ‘señor Eduardo’ apenas podía respirar, pero se negó a usar respirador; Flor y él querían morir juntos, en casa, no en un hospital.

Al final, fue necesario alimentar a Edward Bonshaw mediante un catéter Hickman; a Juan Diego le dijeron que la alimentación intravenosa era inevitable en pacientes que no podían comer por sí solos. Con la candidiasis, unida a las dificultades para tragar, el ‘señor Eduardo’ estaba al borde de la inanición. Una enfermera —una mujer mayor, la señora Dodge— se instaló en lo que había sido el dormitorio de Juan Diego en la primera planta de aquel dúplex de Melrose. La

enfermera estaba allí básicamente para ocuparse del catéter; la señora Dodge era quien limpiaba el Hickman con una solución de heparina.

«Si no, los coágulos lo obstruyen», explicó la señora Dodge a Juan Diego, que no sabía de qué le hablaba; no le pidió que se lo explicara.

El catéter Hickman pendía del pecho de Edward Bonshaw, en el lado derecho, donde se le había insertado bajo la clavícula; traspasaba la piel a unos centímetros por encima del pezón y penetraba en la vena subclavia. Juan Diego no podía acostumbrarse a verlo; escribiría sobre el catéter Hickman en una de sus novelas, en la que varios personajes morían de sida, algunos de ellos con las enfermedades oportunistas relacionadas con el sida que habían aquejado al ‘señor Eduardo’ y a Flor. Pero las víctimas del sida de esa novela no se «basaban» ni remotamente en el oriundo de Iowa ni en ‘La Loca’: ‘La Bandida’, como se llamaba Flor a sí misma.

Juan Diego, a su manera, escribió sobre lo que les ocurrió a Flor y Edward Bonshaw, pero ni una sola vez escribió sobre ellos. El lector del basurero era autodidacta y había aprendido a imaginar también por su cuenta. Quizá fue esa faceta autodidacta de donde el lector del basurero sacó la idea de que un narrador «crea» personajes, e «inventa» una historia; no se limita a escribir sobre las personas que conoce, ni a contar su propia historia, y llamar a eso novela.

En las personas reales de su vida, Juan Diego encontraba demasiadas contradicciones e incógnitas; las personas reales eran demasiado incompletas para servir como personajes de una novela, pensaba Juan Diego. Y era capaz de inventar una historia mejor que la que le había ocurrido a él; el lector del basurero consideraba que su propia historia era «demasiado incompleta» para una novela.

Cuando daba clases de escritura creativa, Juan Diego no decía ni una sola vez a sus alumnos cómo debían escribir; nunca les habría indicado a sus alumnos de narrativa que escribieran una novela tal y como él escribía las suyas. El lector del basurero no era proselitista. El problema es que muchos jóvenes escritores buscan un método; los jóvenes escritores incurren en el peligro de elegir un proceso de escritura y creer que ésa es la única manera de escribir. (¡Escribid de lo que sepáis! ¡Sólo imaginad! ¡Todo se reduce a una cuestión de lenguaje!)

Pongamos por ejemplo a Clark French. Algunos estudiantes siguen siendo estudiantes toda la vida: buscan y encuentran generalizaciones conforme a las cuales pueden vivir; como escritores, quieren que su forma de escribir se establezca como código universal y blindado. (¡Utilizar la autobiografía como base de la narrativa da lugar a estupideces! ¡Utilizar la imaginación es falsearla!) Clark sostenía que Juan Diego estaba «en el bando antiautobiográfico».

Juan Diego había procurado no dejarse arrastrar a la necesidad de tomar partido.

Clark insistía en que Juan Diego estaba «en el bando de la imaginación»; Juan Diego era un «fabulador, no un autor de memorias», decía Clark.

Es posible, pensaba Juan Diego, pero no quería estar en el bando de nadie. Clark French había convertido la creación literaria en una competición entre polemistas.

Juan Diego había procurado despolemizar la conversación; había intentado hablar de la literatura que él amaba, de los escritores que lo habían llevado a desear ser escritor, no porque viese a esos escritores como abanderados de una determinada manera de escribir, sino, sencillamente, porque amaba su obra.

Como no era de extrañar, la biblioteca de literatura en lengua inglesa de Niños Perdidos era limitada y, por regla general, no había nada más reciente que los modelos formales del siglo XIX, que incluían las novelas que el padre Alfonso y el padre Octavio habían destinado a la destrucción en los fuegos eternos del ‘basurero’ y aquellas novelas esenciales que el hermano Pepe o Edward Bonshaw habían salvado para la pequeña colección de literatura de la biblioteca. Esas novelas eran lo que había inspirado a Juan Diego el deseo de ser novelista.

El hecho de que la vida no fuese justa con los perros había preparado al lector del basurero para *La letra escarlata* de Hawthorne. Aquellas matronas que cuchicheaban en la iglesia sobre lo que ellas le harían a Hester —marcarle la frente con un hierro al rojo, o matarla, en lugar de marcarle sólo la ropa— ayudaron a Juan Diego a prepararse para los vestigios del puritanismo estadounidense que se encontraría cuando se trasladó a Iowa.

Moby Dick, de Melville —sobre todo, el «ataúd como boya» de Queequeg—, enseñaría a Juan Diego que en narrativa la prefiguración es el compañero del destino.

En cuanto al destino, y a cómo puede uno escapar del suyo, allí estaba *El alcalde de Casterbridge*. Michael Henchard, borracho, vende a su mujer y a su hija a un marinero en el primer capítulo. Henchard nunca podrá expiar lo que ha hecho; en su testamento, Henchard pide «que nadie me recuerde». (No era precisamente una historia de redención. Clark French detestaba a Hardy.)

Y también estaba Dickens; Juan Diego citaría el capítulo de la «La tempestad», de *David Copperfield*. Al final de ese capítulo, las olas arrastran hasta la orilla el cadáver de Steerforth, y Copperfield se enfrenta a los restos del antiguo ídolo de su infancia y su taimado torturador: el arquetipo de chico mayor que uno conoce en el colegio, su maltratador predestinado. No había necesidad de decir nada más sobre el cadáver de Steerforth en la playa, donde yace «entre las ruinas del hogar que había deshonrado». Pero Dickens, como Dickens que es, le hace decir algo más a Copperfield: «Lo vi a “él”, con la cabeza descansando encima de su brazo, como le había visto tantas veces dormir en el colegio».

«¿Qué más necesitaba saber yo para escribir novelas aparte de lo que aprendí de esos cuatro?», había preguntado Juan Diego a sus alumnos de escritura creativa, incluido Clark French.

Y cuando Juan Diego presentaba a esos cuatro novelistas decimonónicos a sus alumnos de escritura creativa —«mis maestros», llamaba a Hawthorne, Melville, Hardy y Dickens—, nunca dejaba de mencionar también a Shakespeare. El ‘señor Eduardo’ había enseñado a Juan Diego que mucho antes de que nadie escribiera una novela, Shakespeare entendía y sabía valorar ya la importancia de la trama.

Mencionar a Shakespeare en presencia de Clark French era un error; Clark era el guardaespaldas autodesignado del Bardo de Avon, y como miembro de la escuela de pensamiento basada sólo en la imaginación..., en fin, ya puede uno imaginar hasta qué punto sacaban de quicio a Clark esos infieles que creían que «otra persona» había escrito la obra de Shakespeare.

Y pensar en Shakespeare llevó a Juan Diego de nuevo a Edward Bonshaw, y lo que les había pasado a Flor y a él.

Al principio, cuando el ‘señor Eduardo’ y Flor conservaban aún las fuerzas — cuando cargaban bultos y subían escaleras, y Flor aún conducía— iban por su cuenta al centro de la Torre Boyd; no había más de medio kilómetro desde su casa de Melrose. Cuando las cosas se complicaron, Juan Diego (o la señora Dodge) llevaba a Flor y a Edward Bonshaw al otro extremo de Melrose Avenue; Flor aún caminaba, pero el ‘señor Eduardo’ iba en silla de ruedas.

En la primera mitad de la década de los noventa —antes de que el número de muertes por efecto del sida disminuyera radicalmente (gracias a los nuevos fármacos) y el número de pacientes seropositivos en el Centro de Virología empezara a aumentar—, el número de pacientes que visitaban el centro se estabilizó en unos doscientos al año. Muchos de los pacientes se sentaban en los regazos de sus parejas en la sala de espera; se oía alguna que otra conversación sobre bares de homosexuales y espectáculos de *drag queens*, y se lucía algún que otro llamativo vestido..., llamativo para Iowa.

No en el caso de Flor, ya no. Flor perdería casi del todo su apariencia femenina, y aunque seguía vistiéndose de mujer, vestía con recato; era consciente de que su atractivo se había apagado, aunque no ante los adoradores ojos del ‘señor Eduardo’. Se agarraban de la mano en la sala de espera. En Iowa City, si a Juan Diego no le engañaba la memoria, el único sitio donde Flor y Edward Bonshaw exhibían en público su mutuo afecto era en la sala de espera del centro para el tratamiento del VIH/sida de la Torre Boyd.

Uno de los pacientes de sida era un joven de una familia menonita, que inicialmente lo repudió; más tarde lo volvieron a aceptar. Llevaba las verduras de su huerto a la sala de espera; repartía tomates entre el personal del centro. El joven menonita lucía camperas y un sombrero vaquero de color rosa.

Una de las veces que la señora Dodge llevó a Flor y a Edward Bonshaw al centro, Flor dirigió un comentario gracioso al joven hortelano del sombrero vaquero de color rosa.

En público, Flor siempre llevaba la cara cubierta con su pañuelo. ‘La Bandida’ dijo:

—¿Sabes qué, vaquero? Si tienes un par de caballos, tú y yo podríamos asaltar un tren o atracar un banco.

La señora Dodge le contó a Juan Diego que «toda la sala de espera se echó a

reír»; incluso ella se rió, añadió. Y el menonita del sombrero vaquero de color rosa le siguió la corriente.

—Me conozco bastante bien North Liberty —dijo el vaquero—. Allí hay una biblioteca donde seguro que sería fácil dar un golpe. ¿Tú conoces North Liberty? —preguntó el vaquero a Flor.

—Pues no —contestó Flor—, y no tengo el menor interés en atracar una biblioteca; no leo.

Eso era verdad: Flor no leía. Hablando, tenía un vocabulario muy incisivo —era una oyente excelente—, pero su acento mexicano no había cambiado desde 1960, y nunca leía nada. (Edward Bonshaw o Juan Diego le leían en voz alta.)

Según la señora Dodge, eso había sido un interludio cómico en el centro de tratamiento del VIH/sida, pero el ‘señor Eduardo’ se molestó por aquel coqueteo de Flor con el vaquero hortelano.

—Yo no coqueteaba, bromeaba —aseguró Flor.

La señora Dodge no creía que Flor hubiese coqueteado con el granjero. Más tarde, cuando Juan Diego preguntó a la señora Dodge por el episodio, ésta dijo: «Me parece que para Flor el coqueteo ya se ha acabado».

La señora Dodge era de Coralville. La había recomendado la doctora Rosemary. La primera vez que Edward Bonshaw dijo a la enfermera: «Por si se pregunta cómo me hice esta cicatriz»..., en fin, la señora Dodge ya lo sabía todo al respecto.

—En Coralville todo el mundo..., es decir, todo el mundo de cierta edad..., conoce esa historia —dijo la señora Dodge al ‘señor Eduardo’—. La familia Bonshaw era famosa por lo que su padre hizo con esa pobre perra.

El ‘señor Eduardo’ sintió alivio al saber que la familia Bonshaw no había escapado a las miradas escrutadoras de los vecinos en Coralville; uno no puede pegarle un tiro a su perro delante de su casa y quedar impune.

—Por supuesto —prosiguió la señora Dodge—, yo era muy pequeña aún cuando oí esa historia, y no trataba de usted ni de su cicatriz —dijo al ‘señor Eduardo’—. La historia trataba de *Beatrice*.

—Como debe ser: fue ella la que murió de un tiro. La historia, en efecto, trata de *Beatrice* —declaró Edward Bonshaw.

—No para mí, no para quienes te queremos, Eduardo —le dijo Flor.

—¡Tú estabas coqueteando con ese granjero del sombrero vaquero de color rosa! —exclamó el ‘señor Eduardo’.

—Yo no coqueteaba —insistió Flor.

Más tarde, Juan Diego pensaría que esas acusaciones sobre el coqueteo de Flor con el joven vaquero menonita en el centro fueron lo más parecido a una recriminación que Edward Bonshaw haría en su vida a Flor por sus visitas a Oaxaca..., y lo que cabía imaginar de la naturaleza de los coqueteos de Flor allí.

Como es lógico, fue entonces cuando Juan Diego entabló amistad con Rosemary Stein, y no sólo por su belleza. Era la doctora del ‘señor Eduardo’ y la doctora de

Flor. ¿Por qué la doctora Rosemary no iba a convertirse también en doctora de Juan Diego?

Flor dijo a Juan Diego que debía pedir a la doctora Rosemary que se casara con él, pero Juan Diego le pediría antes que fuese su doctora. A Juan Diego le resultaría embarazoso, más adelante, recordar que el motivo de su primera visita a la consulta de la doctora Stein como paciente fue fruto de su imaginación. No estaba enfermo; no le pasaba nada de nada. Pero, expuesto a ver aquellas enfermedades oportunistas asociadas al sida, Juan Diego se había convencido de que debía someterse a la prueba del VIH.

La doctora Stein le aseguró que no había hecho nada para contraer el virus. Juan Diego no recordaba exactamente cuándo había mantenido relaciones sexuales por última vez —ni siquiera estaba seguro del año—, pero sabía que fue con una mujer y que utilizó un condón.

—¿Y no consumes drogas por vía intravenosa? —le había preguntado Rosemary.

—¡No, jamás!

Aun así, había imaginado placas blancas de candida en torno a sus dientes. (Juan Diego admitió ante Rosemary que se había despertado por la noche y se había examinado la boca y mirado la garganta con un espejo de mano y una linterna.) En el Centro de Virología, Juan Diego había oído hablar de pacientes con meningitis criptocócica. El doctor Abraham le explicó que la meningitis se diagnosticaba por medio de una punción lumbar; cursaba con fiebre, dolores de cabeza y confusión mental.

Juan Diego soñaba con esas cosas incesantemente; se despertaba en plena noche con los síntomas que sólo estaban en su imaginación. «Deja que la señora Dodge lleve a Flor y a Edward al centro. Para eso os la busqué; deja que se encargue la señora Dodge», dijo la doctora Stein a Juan Diego. «Tú eres el que tiene imaginación..., eres escritor, ¿no?», le había preguntado la doctora Rosemary. «La imaginación no es un grifo de agua; no puedes cerrarla al final del día, cuando dejas de escribir. La imaginación, sencillamente, sigue su curso, ¿no?», preguntó Rosemary.

Debería haberle pedido que se casara con él entonces, antes de que otro se lo pidiera. Pero para cuando Juan Diego supo por fin que debía pedir a Rosemary que se casara con él, ella ya había dado el sí a otro.

Juan Diego creía saber lo que Flor habría dicho de haber seguido viva. «Joder, mira que eres lento; siempre me olvido de lo lento que eres», habría dicho Flor. (Habría sido muy propio de ella aludir a su manera de nadar estilo perro.)

Al final, el doctor Abraham y el doctor Jack experimentarían con la morfina sublingual en oposición al elixir de morfina; Edward Bonshaw y Flor se prestaron a ser sus conejillos de Indias. Pero, por entonces, Juan Diego dejaba que la señora Dodge se ocupara de todo; había hecho caso a la doctora Rosemary y había cedido las labores de enfermería a la enfermera.

Pronto llegaría 1991; tanto Juan Diego como Rosemary tenían treinta y cinco años cuando Flor y el ‘señor Eduardo’ murieron: primero Flor, Edward Bonshaw sólo unos días después.

Esa zona de Melrose Avenue seguiría cambiando; aquellas desmesuradas y extravagantes casas victorianas con suntuosos porches delanteros ya habían empezado a desaparecer. Al igual que Flor, Juan Diego adoró en otro tiempo la vista de la torre gótica desde el porche delantero de su casa de madera de Melrose, pero ¿qué quedaba por adorar de aquella vieja torre después de ver el Centro de Virología de la planta baja de la Torre Boyd, después de ver lo que ocurría bajo esa torre?

Mucho antes de la epidemia del sida, cuando Juan Diego estudiaba en el instituto, empezó a sentir algo menos de entusiasmo por su vecindario de Melrose Avenue en Iowa City. Para un cojo, el instituto West, por ejemplo, implicaba recorrer un largo trecho hacia el oeste por Melrose; estaba a más de dos kilómetros y medio. Y pasado el campo de golf, cerca del cruce con Mormon Trek Boulevard, había un perro malo. En el instituto también había matones. No eran la clase matones que, según Flor, cabía esperar. Juan Diego era un muchacho moreno de cabello negro y aspecto mexicano; aun así, en Iowa City, los elementos racistas no predominaban: sí estaban representados (en pequeña cantidad, en unos pocos incidentes) en el instituto West, pero éstos no eran los peores matones con quienes Juan Diego se las vería allí.

En su mayor parte, las pullas y dardos juveniles lanzados a Juan Diego tenían que ver con Flor y el ‘señor Eduardo’: su madre que no era una mujer de verdad y su padre «maricón». «Un par de tortolitos sarasas», había llamado a los padres adoptivos de Juan Diego un chico del instituto West. El chico que lo mortificaba era rubio, de cara sonrosada; Juan Diego desconocía el nombre del chico.

Así que la mayor parte de la intolerancia con que se las vería Juan Diego era de carácter sexual, no racial, pero él no se atrevía a hablar de eso con Flor y Edward Bonshaw. Cuando los tortolitos advertían que Juan Diego estaba atribulado, Juan Diego prefería no revelar que ellos eran el problema. Resultaba más fácil decir que había tenido que enfrentarse a algún comportamiento antimexicano: una de esas insinuaciones acerca del sur de la frontera, o una clara ofensa de aquellas sobre las que Flor lo había prevenido.

En cuanto al largo paseo de ida y vuelta por Melrose, cojeando, hasta el instituto West, Juan Diego no se quejaba. Habría sido peor que Flor lo llevara en coche; el hecho de que ella lo dejara y recogiera habría suscitado más episodios de intimidación de carácter sexual. Además, Juan Diego ya era muy aplicado en sus años de instituto; era uno de esos alumnos incansables que mantenían siempre la mirada baja: un chico callado que sobrellevaba estoicamente el instituto, pero tenía la firme intención de destacar en sus años universitarios, como así fue. (Cuando un lector del basurero no tiene más ocupación que estudiar, puede ser razonablemente feliz, además de obtener excelentes resultados.)

Y Juan Diego no conducía; nunca conduciría. Tenía el pie derecho en un ángulo anómalo que no le permitía pisar bien el acelerador o el freno. Juan Diego recibiría autorización para iniciar las prácticas de conducir, pero la primera vez que intentó conducir, con Flor a su lado en el asiento del acompañante —Flor era la única conductora con carnet de la familia; Edward Bonshaw se negaba a conducir—, Juan Diego se las ingenió para pisar a la vez el freno y el acelerador. (Eso era algo natural si uno tenía el pie derecho apuntando hacia las dos.)

«Listo, hemos terminado», le había dicho Flor. «Ahora ya hay dos no conductores en la familia.»

Y en el instituto West, cómo no, había un par de chicos que consideraban intolerable que Juan Diego no tuviese carnet de conducir; el factor «no conducción» lo aislaba más que la cojera o el factor «aspecto mexicano». El hecho de no conducir le valió a Juan Diego el calificativo de «rarito», en el mismo sentido con que algunos de los chicos del instituto West empleaban la palabra para referirse a los padres adoptivos de Juan Diego.

—¿Tu madre, o comoquiera que se haga llamar, se afeita? Quiero decir la cara, encima del puto labio superior —había preguntado el chico rubio de rostro sonrosado a Juan Diego.

Flor tenía un ligerísimo amago de bigote; no es que ése fuera el rasgo más masculino de Flor, pero saltaba a la vista. En el instituto, los adolescentes, en su mayoría, prefieren pasar inadvertidos; también prefieren que sus padres pasen inadvertidos. Pero debe decirse, en honor a la verdad, que Juan Diego nunca se avergonzó del ‘señor Eduardo’ y Flor.

—Es lo máximo que puede conseguirse con las hormonas. Quizá te hayas fijado en que tiene los pechos bastante pequeños. Eso es también por las hormonas; lo que puede lograrse con los estrógenos tiene un límite. Eso es lo que sé —contestó Juan Diego al muchacho rubio.

El chico de rostro sonrosado no se esperaba esa franqueza en la respuesta de Juan Diego. Dio la impresión de que Juan Diego había salido victorioso, pero los matones no aceptan bien la derrota.

El chico rubio no se dio por vencido.

—He aquí lo que yo sé —dijo—. Tu supuesta madre y tu supuesto padre son tíos. Uno de ellos, el grande, se viste de mujer, pero los dos tienen polla... Eso es lo que yo sé.

—Me adoptaron, me quieren —contestó Juan Diego al chico, porque el ‘señor Eduardo’ le había dicho que siempre debía decir la verdad—. Y yo los quiero a ellos... Eso es lo que yo sé —añadió Juan Diego.

En el instituto, en estos episodios de intimidación, uno nunca sale ganando exactamente, pero si sobrevive a ellos, al final sí puede ganar: eso era lo que Flor siempre le había dicho a Juan Diego, quien con el tiempo lamentaría no haber sido del todo sincero con Flor o el ‘señor Eduardo’ acerca de cómo lo habían acosado, o

por qué.

—Se afeita la cara y no le queda del todo bien encima del puto labio superior, quienquiera que sea, o lo que quiera que sea —dijo a Juan Diego el capullo de cabello rubio y rostro sonrosado.

—No se afeita —contestó Juan Diego. Se deslizó el dedo por los contornos de su propio labio superior tal y como había visto hacer a Lupe cuando incordiaba a Rivera—. Siempre tiene ese asomo de bigote. Es lo máximo que puede lograrse con los estrógenos, como te he dicho.

Años más tarde —cuando Flor enfermase y tuviese que abandonar los estrógenos y volviese a salirle barba—, una vez, mientras Juan Diego afeitaba a Flor, se acordó de ese matón rubio de rostro sonrosado. Quizá vuelva a verlo algún día, se dijo Juan Diego para sus adentros.

—Volver a ver ¿a quién? —le había preguntado Flor. Flor no leía el pensamiento; Juan Diego cayó en la cuenta de que debía de haber pensado en voz alta.

—Ah, tú no lo conoces; ni siquiera sé cómo se llama. Es sólo un chico que recuerdo del instituto —le había dicho Juan Diego.

—No hay nadie a quien yo quiera volver a ver, y menos del instituto —dijo Flor. (Desde luego, tampoco de Houston, recordaría Juan Diego haber pensado mientras la afeitaba, cuidándose mucho de pensar eso en voz alta.)

Cuando Flor y el ‘señor Eduardo’ murieron, Juan Diego daba clases en el Taller de Escritores de Iowa, en el programa del Máster en Bellas Artes, que él había cursado en otro tiempo. Después de abandonar su habitación en la primera planta del dúplex de Melrose Avenue, Juan Diego no volvió a vivir a ese lado del río Iowa.

Había ocupado él solo diversos apartamentos insípidos, cerca del campus principal y del Antiguo Capitolio, siempre a un paso del centro de Iowa City, porque no conducía. Él caminaba..., bueno, mejor dicho, cojeaba. Sus amigos —sus colegas y sus alumnos— reconocían todos esa cojera; distinguían fácilmente a Juan Diego a lo lejos, o desde un coche en movimiento.

Al igual que la mayoría de las personas que no conducen, Juan Diego no conocía el paradero exacto de los sitios adonde lo habían llevado en coche; si él no había ido hasta allí a pie, con su cojera, si sólo había sido pasajero en el coche de otra persona, Juan Diego nunca era capaz de decir dónde estaba el sitio, o cómo llegar.

Ése era el caso de la parcela de la familia Bonshaw en el cementerio donde Flor y el ‘señor Eduardo’ serían enterrados: juntos, como habían pedido, y con las cenizas de *Beatrice*, que la madre de Edward Bonshaw había guardado para él. (El ‘señor Eduardo’ había depositado las cenizas de su querida perra en una caja de seguridad de un banco de Iowa City.)

La señora Dodge, con sus contactos en Coralville, sabía dónde estaba exactamente la parcela de la familia Bonshaw; el cementerio no se hallaba en Coralville, sino «en algún sitio a las afueras de Iowa City». (Así era como el propio Edward Bonshaw lo había descrito; el ‘señor Eduardo’ tampoco conducía.)

Si no hubiese sido por la señora Dodge, Juan Diego nunca habría descubierto dónde deseaban ser enterrados sus queridos padres adoptivos. Y después de morir la señora Dodge, era siempre la doctora Rosemary quien llevaba a Juan Diego en coche al misterioso cementerio. Edward Bonshaw y Flor, como era su expreso deseo, habían compartido una sola lápida, y la inscripción era un fragmento del último parlamento de *Romeo y Julieta* de Shakespeare, obra que el ‘señor Eduardo’ adoraba. Las tragedias que afectaban a jóvenes eran las que más conmovían al oriundo de Iowa. (Flor declaraba sentirse menos conmovida. No obstante, Flor había cedido a los deseos de Eduardo en lo tocante al apellido y la inscripción en la losa.)

FLOR Y EDWARD

BONSHAW

«UNA PAZ SOMBRÍA

NOS TRAE LA MAÑANA»

ACTO 5, ESCENA 3

Así quedó la lápida. Juan Diego cuestionaría la petición del ‘señor Eduardo’.

—Si no aparece el título de la obra de Shakespeare, ¿no quieres al menos añadir «Shakespeare»? —había preguntado el lector del basurero al oriundo de Iowa.

—No creo que sea necesario. Quienes conocen a Shakespeare ya lo sabrán, y quienes no lo conocen..., pues no lo sabrán —caviló Edward Bonshaw mientras el catéter Hickman se agitaba en su pecho desnudo—. Y nadie tiene que saber que las cenizas de *Beatrice* están enterradas con nosotros, ¿eh?

Bueno, Juan Diego lo sabría, ¿no? Como lo sabría la doctora Rosemary, quien también conocía el origen de la actitud distante de su amigo escritor en lo referente al compromiso que exigían las relaciones permanentes. En los libros de Juan Diego, que Rosemary también conocía, el «origen» de todo tenía verdadera importancia.

Es verdad que la doctora Rosemary Stein en realidad no conocía al muchacho de Guerrero, no conocía su faceta de niño de la basura, la tenacidad interior del lector del basurero. Pero había visto a Juan Diego ser tenaz; la primera vez la había sorprendido tal tenacidad en un hombre de tan baja estatura, de complexión tan menuda, y encima con esa característica cojera suya.

Estaban cenando en cierto restaurante que frecuentaban, cerca de la esquina de las calles Clinton y Burlington. Sólo Rosemary y su marido, Pete —también médico—, y Juan Diego con uno de sus colegas escritores. ¿Era Roy? Rosemary no se acordaba. Quizá fuera Ralph, no Roy. Uno de los escritores visitantes que bebía mucho; que, o bien no decía nada, o nunca callaba. Uno de esos escritores residentes de paso; en opinión de Rosemary, eran los que peor se comportaban.

Corría el año 2000; no, era el 2001, porque Rosemary acababa de decir: «Me cuesta creer que haga ya diez años, pero hace diez años que nos dejaron. Dios mío,

nos dejaron hace ya todo ese tiempo». (La doctora Rosemary hablaba de Flor y de Edward Bonshaw.) Rosemary estaba un poco achispada, pensó Juan Diego, pero daba igual: no estaba de guardia, y cuando Pete y ella salían juntos, siempre conducía él.

Fue entonces cuando Juan Diego oyó decir algo a un hombre en otra mesa; lo que el otro hombre dijo no es que fuese especial, pero sí la manera en que lo dijo. «Eso es lo que yo sé», había dicho el hombre. Por alguna razón, su entonación resultaba fácil de recordar. La voz del hombre le pareció familiar y a la vez beligerante; sonaba también un poco a la defensiva. Daba la impresión de ser uno de esos individuos a quienes gusta decir la última palabra.

Era un hombre rubio de rostro rojizo que cenaba con su familia; al parecer, había estado discutiendo con su hija, una chica de unos dieciséis o diecisiete años, le habría calculado Juan Diego. También había un hijo varón; era sólo un poco mayor que la hija. El hijo aparentaba unos dieciocho, como mucho; el muchacho aún estudiaba en el instituto, habría apostado Juan Diego.

—Es un O'Donnell —dijo Pete—. En la familia son todos un poco ruidosos.

—Es Hugh O'Donnell —añadió Rosemary—. Trabaja en el departamento de calificación del suelo. Siempre quiere saber cuándo vamos a construir otro hospital, para poder oponerse.

Pero Juan Diego observaba a la hija. Conocía y comprendía la expresión acosada que asomaba a la cara de la joven. Había estado intentando defender el jersey que llevaba puesto. Juan Diego la había oído decir a su padre: «Con él no parezco “una fulana”; ¡es lo que llevan hoy día los jóvenes!».

Eso había sido el desencadenante del despectivo «Eso es lo que yo sé» del padre de rostro rojizo. El hombre rubio no había cambiado mucho desde el instituto, cuando dirigió a Juan Diego aquellos comentarios hirientes. ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Veintiocho o veintinueve años, casi treinta?

—Hugh, por favor... —dijo la señora O'Donnell.

—No es de «fulana», ¿verdad? —preguntó la chica a su hermano.

Se volvió en su silla para mostrar mejor el jersey al muchacho, que tenía en los labios una sonrisa de autosuficiencia. Pero el muchacho recordó a Juan Diego cómo era antes Hugh O'Donnell: más delgado, de cabello rubio clarísimo y rostro sonrosado. (Ahora Hugh tenía mucho más roja la cara.) El muchacho esbozaba la misma sonrisa de autosuficiencia que su padre; la chica supo que no le serviría de nada seguir exhibiendo el jersey ante él; se dio la vuelta. Para todos quedó claro que el hermano con sonrisa de autosuficiencia carecía del valor necesario para ponerse del lado de su hermana. Juan Diego ya había visto antes la mirada que el muchacho dirigió a la chica: era una mirada sin la menor solidaridad, como si el hermano pensara que su hermana parecería una fulana con cualquier jersey. Ante los ojos de expresión condescendiente del muchacho, su hermana parecía una fulana, vistiera como vistiese la pobre chica.

—Por favor, los dos... —empezó a decir la esposa y madre, pero Juan Diego se

levantó de la mesa.

Naturalmente, Hugh O'Donnell reconoció la cojera, aunque no la había visto —ni la cojera ni a Juan Diego— desde hacía casi treinta años.

—Hola, soy Juan Diego Guerrero. Soy escritor..., fui al instituto con vuestro padre —dijo a los jóvenes O'Donnell.

—Hola... —empezó a decir la hija, pero el hijo permaneció en silencio, y la chica, cuando lanzó una ojeada a su padre, enmudeció también.

La señora O'Donnell balbuceó algo, pero no terminó lo que quería decir; se interrumpió sin más. «Ah, yo a usted lo conozco. He leído...», fue hasta donde llegó. En la expresión de Juan Diego debía de traslucirse no poca de esa tenacidad suya propia del lector del basurero, suficiente para dar a entender a la señora O'Donnell que Juan Diego no tenía interés en hablar de sus libros..., ni en hablar con ella. No en ese momento.

—Yo tenía tu edad —dijo Juan Diego al hijo de Hugh O'Donnell—. Quizá vuestro padre y yo teníamos una edad intermedia entre las vuestras —dijo a la hija—. Tampoco conmigo era muy amable —añadió Juan Diego, dirigiéndose a la chica, que parecía cada vez más abochornada, y no necesariamente a causa de su muy vilipendiado jersey.

—Eh, mira por dónde... —empezó a decir Hugh O'Donnell, pero Juan Diego se limitó a señalar a Hugh, sin molestarse en mirarlo.

—No estoy hablando contigo, ya he oído lo que tienes que decir —atajó Juan Diego, mirando sólo a los hijos—. Me adoptaron dos gays —prosiguió Juan Diego; al fin y al cabo, sabía contar una historia—. Eran pareja; no podían casarse, ni aquí ni en México, de donde soy yo. Pero se querían, y me querían a mí; eran mis tutores, mis padres adoptivos. Y yo los quería, claro, tal como se supone que los hijos quieren a sus padres. Ya sabéis de qué va eso, ¿verdad? —preguntó Juan Diego a los hijos de Hugh O'Donnell, pero los hijos fueron incapaces de despegar los labios para contestar, y sólo la chica movió la cabeza en un gesto de asentimiento, un gesto mínimo. El muchacho permanecía absolutamente inmóvil.

—El caso es que vuestro padre era un matón —continuó Juan Diego—. Decía que mi madre se afeitaba; se refería a la cara. Opinaba que no se afeitaba del todo bien encima del labio superior, pero la verdad es que no se afeitaba. Era un hombre, claro; vestía de mujer y tomaba hormonas. Las hormonas la ayudaban a parecerse un poco más a una mujer. Tenía los pechos tirando a pequeños, pero tenía pechos, y había dejado de salirle barba, aunque aún tenía un ligerísimo asomo de bigote, muy tenue. Expliqué a vuestro padre que eso era lo máximo que podían hacer las hormonas; insistí en que era lo único que podía conseguirse con estrógenos, pero vuestro padre siguió comportándose como el matón que era.

Hugh O'Donnell se había levantado de la mesa, pero no habló; permaneció allí inmóvil sin más.

—¿Sabéis qué me dijo vuestro padre? —preguntó Juan Diego a los hijos de

O'Donnell—. Dijo: «Tu supuesta madre y tu supuesto padre son tíos; los dos tienen polla». Eso dijo; supongo que es uno de esos hombres aficionados a decir «Eso es lo que yo sé». ¿No es así, Hugh? —preguntó Juan Diego. Era la primera vez que Juan Diego lo miraba—. ¿No es eso lo que me dijiste?

Hugh O'Donnell continuó allí quieto, sin hablar. Juan Diego volvió a centrar la atención en los chicos.

—Murieron de sida hace diez años; murieron aquí, en Iowa City —dijo Juan Diego a los jóvenes—. Al que quería ser mujer..., yo tenía que afeitarse cuando estaba agonizando, porque ya no podía tomar estrógenos y volvió a salirle barba, y yo veía lo mucho que la entristecía ese aspecto de hombre. Ella murió primero. Mi «supuesto padre» murió unos días después.

Juan Diego se interrumpió. Sabía, sin necesidad de mirarla, que la señora O'Donnell lloraba; la hija lloraba también. Juan Diego siempre había sabido que las mujeres eran las verdaderas lectoras: las mujeres eran quienes poseían la capacidad de sentirse afectadas por una historia.

Mirando al implacable padre de rostro rojizo y a su petrificado hijo de rostro sonrosado, Juan Diego se interrumpiría para preguntarse qué afectaba más a la mayoría de los hombres. ¿Qué coño afectaría alguna vez a la mayoría de los hombres?, se preguntó Juan Diego.

—Y eso es lo que yo sé —dijo Juan Diego a los jóvenes O'Donnell.

Esta vez los dos movieron la cabeza en gestos de asentimiento, aunque muy levemente. Cuando Juan Diego se volvió y regresó a su mesa, donde vio que Rosemary y Pete —e incluso aquel escritor borracho— habían estado pendientes de cada una de sus palabras, Juan Diego se dio cuenta de que su cojera era un poco más acusada que de costumbre, como si consciente (o inconscientemente) intentara atraer más la atención sobre esa característica suya. Era casi como si el 'señor Eduardo' y Flor estuvieran observándolo —de algún modo, desde algún sitio—, y también ellos hubieran estado pendientes de cada una de sus palabras.

En el coche, con Pete al volante y el escritor borracho en el asiento del acompañante —porque Roy o Ralph era un hombre corpulento, y un borracho torpe, y todos coincidieron en que necesitaba el espacio para las piernas—, Juan Diego se había sentado en el asiento trasero con la doctora Rosemary. Juan Diego tenía previsto volver a casa a pie —vivía relativamente cerca del cruce de Clinton con Burlington—, pero Roy o Ralph necesitaba ir en coche, y Rosemary había insistido en que Pete y ella llevarían a Juan Diego a su destino.

—Oye, esa historia no estaba nada mal, o lo que yo he podido entender de ella —comentó el escritor borracho desde el asiento delantero.

—Sí, era... muy interesante —fue lo único que dijo Pete.

—Yo me he liado un poco en la parte del sida —perseveró Ralph o Roy—. Eran dos tíos..., eso lo he pillado, sin duda. Uno de ellos era travesti. Ahora que lo pienso, lo confuso era lo del afeitado... He pillado la parte del sida, creo —prosiguió Roy o

Ralph.

—Murieron... hace diez años. Eso es lo único que importa —dijo Juan Diego desde el asiento de atrás.

—No, no sólo eso —dijo Rosemary. (Juan Diego, como más tarde recordaría, pensó que no se había equivocado: Rosemary estaba un poco achispada; quizá no sólo un poco, pensó.) En el asiento trasero, la doctora Rosemary agarró de pronto la cara de Juan Diego entre sus manos—. Si te hubiera oído decir lo que le has dicho a ese gilipollas de Hugh O'Donnell..., es decir, antes de acceder a casarme con Pete..., te habría pedido que te casaras conmigo, Juan Diego —dijo Rosemary.

Pete circuló por Dubuque Street durante un rato; nadie habló. Roy o Ralph vivía en algún lugar al este de Dubuque Street, quizás en Bloomington o en Davenport, no se acordaba. Para no ser crueles con él, hay que decir que Roy o Ralph estaba distraído; intentaba situar a la doctora Rosemary en el asiento trasero: manipulaba torpemente el retrovisor. Por fin la encontró.

—Guau..., eso sí que no lo veía venir —dijo Roy o Ralph—. ¡O sea, eso de pedirle a Juan Diego que se case contigo!

—Yo sí..., sí lo veía venir —intervino Pete.

Pero Juan Diego, que había enmudecido en el asiento de atrás, estaba tan desconcertado como Roy o Ralph, o quienquiera que fuese ese escritor itinerante. (Tampoco Juan Diego se lo veía venir.)

—Ya hemos llegado..., creo que ya hemos llegado. Ojalá supiera dónde coño vivo —decía Roy o Ralph.

—En realidad, no quiero decir que me hubiera casado contigo —intentó aclarar Rosemary, corrigiéndose en atención a Pete, o en atención a Juan Diego; quizá lo dijo por los dos—. Sólo quería decir que a lo mejor te lo habría pedido —añadió. Eso sonó más razonable.

Sin mirarla, Juan Diego supo que Rosemary lloraba, tal como había sabido que lloraban la mujer y la hija de Hugh O'Donnell.

Pero eran tantas las cosas que habían pasado... Lo único que Juan Diego pudo decir desde el asiento de atrás fue:

—Las mujeres son las lectoras. —Lo que también sabía, ya entonces, habría sido inexpresable: a saber, a veces la historia empieza por el epílogo. Pero, en fin, ¿cómo iba a decir una cosa así? Eso necesitaba un contexto.

A veces, Juan Diego tenía la sensación de estar aún en compañía de Rosemary en la penumbra del asiento trasero del coche, los dos sin mirarse, sin hablar. ¿Y acaso no era ése el significado de los versos de Shakespeare, y la razón por la que Edward Bonshaw había sentido tanto apego por esas palabras? «Una paz sombría nos trae la mañana»..., bueno, sí, ¿y por qué habría de disiparse una oscuridad así? ¿Quién puede pensar felizmente en lo que les ocurrió a Julieta y a su Romeo, y no afligirse por lo que les ocurrió al final de la historia?

El esparcimiento

El estado de desorientación propio de quienes viajan era tema recurrente en las primeras novelas de Juan Diego. Ahora los demonios de ese estado de desorientación volvían para acosarlo; le costaba recordar cuántos días y cuántas noches habían pasado Dorothy y él en El Nido.

Recordaba el sexo con Dorothy, y no sólo el griterío de sus orgasmos, en lo que parecía náhuatl, sino también que ella llamaba repetidamente a su pene «este muchacho», como si el pene de Juan Diego fuese una presencia muda pero, por lo demás, molesta en una fiesta ruidosa. Dorothy era, desde luego, ruidosa. Un verdadero terremoto en el mundo de los orgasmos; los vecinos de la habitación contigua del hotel les habían telefoneado para preguntar si pasaba algo. (Pero allí nadie había utilizado la palabra «giliplayas», ni el apelativo más común «gilipollas».)

Tal como Dorothy le había dicho a Juan Diego, en El Nido se comía bien: fideos de arroz con salsa de gambas; rollos de primavera con carne de cerdo o champiñones o pato; jamón serrano con mango verde en vinagre; sardinas con especias. Preparaban también un condimento a base de pescado fermentado del que Juan Diego aprendió a cuidarse; creía que le producía indigestión o ardor de estómago. Y de postre servían flan —a Juan Diego le gustaban las natillas—, pero Dorothy le advirtió que eludiera todo plato con contenido lácteo. Dijo que no se fiaba de la leche de las «islas exteriores».

Juan Diego no sabía si sólo una pequeña isla constituía una isla «exterior», o si todas las islas del grupo de Palawan eran (a juicio de Dorothy) de la modalidad «exterior». Cuando se lo preguntó, Dorothy se limitó a encogerse de hombros. Tenía esa manera irresistible de encogerse de hombros.

Era curioso, estar en compañía de Dorothy hacía que se olvidase de Miriam, pero había olvidado que estar en compañía de Miriam (o incluso desear estar en compañía de Miriam) lo había llevado antes a olvidarse de haber estado con Dorothy. Muy curioso, eso de obsesionarse con las dos mujeres y, simultáneamente, olvidarse de ellas.

El café del hotel era muy fuerte, o quizá parecía fuerte porque Juan Diego lo tomaba solo.

—Toma té verde —le aconsejó Dorothy.

Pero el té verde era muy amargo; Juan Diego probó a echar un poco de miel. Vio que la miel procedía de Australia.

—Australia queda cerca, ¿no? —preguntó Juan Diego a Dorothy—. Seguro que con la miel no hay ningún riesgo.

—La diluyen con algo; está demasiado aguada —dictaminó Dorothy—. ¿Y de dónde sale el agua? —preguntó ella. (Volvía sobre el tema de las islas exteriores)—.

¿Es agua embotellada, o la hierven? A la mierda la miel, ésa es mi opinión —declaró Dorothy.

—Vale —dijo Juan Diego. Por lo visto, Dorothy sabía mucho.

Juan Diego empezaba a darse cuenta de que cuando estaba con Dorothy o su madre, transigía cada vez más.

Permitía a Dorothy que le administrara las pastillas; ella había asumido el control de sus medicamentos, así de sencillo. Dorothy no sólo decidía cuándo debía tomar la Viagra —siempre un comprimido entero, no la mitad—, sino que, además, le decía cuándo tomar los betabloqueantes, y cuándo no tomarlos.

Con la marea baja, era Dorothy quien insistía en sentarse a contemplar la laguna; la marea baja era el momento en que las garcetas del arrecife acudían a escrutar las marismas.

—¿Qué buscan las garcetas? —había preguntado Juan Diego.

—Da igual; son unas aves imponentes, ¿no te parece? —fue lo único que dijo Dorothy.

Con la marea alta, Dorothy lo agarraba del brazo y se aventuraban a acceder a la playa de la cala en forma de herradura. A los varanos les gustaba yacer en la arena; algunos eran tan largos como el brazo de un humano adulto.

—No conviene acercarse a ellos; muerden, y huelen a carroña —le previno Dorothy—. Parecen penes, ¿no te parece? Penes de aspecto poco amistoso —matizó Dorothy.

Juan Diego ignoraba qué aspecto ofrecía un pene poco amistoso; escapaba a su comprensión cómo podía parecerse un pene a un varano. Juan Diego ya tenía problemas de sobra para entender su propio pene. Cuando Dorothy lo llevó a bucear con esnórquel en las aguas profundas exteriores a la laguna, le escocía un poco el pene.

—Es sólo por el agua salada y por darle mucho al sexo —le explicó Dorothy.

Ella parecía saber más sobre el pene de Juan Diego que él mismo. Y el escozor pronto cesó. (Era más un hormigueo que un escozor, a decir verdad.) Juan Diego no estaba sufriendo el ataque de aquellas cosas que picaban, el plancton semejante a condones para niños de tres años. No había dedos índices nadando erguidos; aquellas cosas rosadas que picaban y nadaban en posición vertical, como los caballitos de mar, las medusas de las que sólo había oído hablar a Dorothy y a Clark.

En cuanto a Clark, Juan Diego empezó a recibir de su ex alumno mensajes de texto inquisitivos antes de que Dorothy y él abandonaran El Nido y la isla de Lagen.

«D. TODAVÍA está contigo, ¿no?», inquiría Clark en el primero de esos mensajes.

—¿Qué le digo? —preguntó Juan Diego a Dorothy.

—Ah, Leslie también cruza mensajes con Clark..., ¿no? —había preguntado Dorothy—. Yo paso de contestarle a ella. Cualquiera diría que lo mío con Leslie iba en serio o algo así.

Pero Clark French seguía enviando mensajes de texto a su ex profesor. «Como la

pobre Leslie sabe, D. ha DESAPARECIDO sin más. Leslie esperaba que D. se reuniera con ella en Manila. Pero la pobre Leslie recela..., sabe que conoces a D. ¿Qué le digo?»

—Dile a Clark que nos marchamos a Laoag. Leslie sabrá dónde está eso. Todo el mundo sabe dónde está Laoag. No des más detalles —indicó Dorothy a Juan Diego.

Pero cuando Juan Diego hizo exactamente eso —cuando envió a Clark un mensaje para informarle de que «partía hacia Laoag con D.»—, volvió a tener noticias de su ex alumno casi de inmediato.

«D. se te está follando, ¿no? Me explico: ¡no soy yo quien quiere saberlo!», decía Clark en su mensaje. «Me lo pregunta la pobre Leslie. ¿Qué le digo?»

Dorothy vio la consternación de Juan Diego, abstraído en el móvil.

—Leslie es una persona muy posesiva —afirmó Dorothy, sin necesidad de preguntar a Juan Diego si el mensaje era de Clark—. Tenemos que dejar claro a Leslie que no es nuestra dueña. Todo esto se debe a que tu ex alumno es un estirado y no se atreve a follársela, y Leslie sabe que no tendrá las tetas firmes eternamente, o algo así.

—¿Quieres que me quite de encima a esa marimandona amiga tuya? —preguntó Juan Diego a Dorothy.

—Seguro que nunca has tenido que quitarte de encima a una amiga marimandona —dijo Dorothy; sin esperar a que Juan Diego admitiera que nunca había tenido una amiga marimandona, ni muchas otras clases de amiga, Dorothy le indicó cómo debía manejar la situación.

—Tenemos que demostrarle a Leslie que, para nosotros, ella no es un grillete emocional —empezó Dorothy—. Le dirás a Clark lo siguiente; él se lo transmitirá todo a Leslie. Primero: ¿Por qué D. y yo no deberíamos hacerlo? Segundo: Leslie y D. lo hicieron, ¿verdad? Tercero: ¿Cómo andan esos niños, el pobre pene de uno de ellos en particular? Cuarto: ¿Quieres que saludemos al búfalo de agua de parte de toda la familia?

—¿Eso es lo que debo decir? —preguntó Juan Diego a Dorothy. Ciertamente, ella sabía mucho, pensaba Juan Diego.

—Tú mándalo —dijo Dorothy—. Leslie necesita que te la quites de encima; lo está suplicando. Ahora ya puedes decir que has tenido una amiga marimandona. Tiene gracia, ¿verdad? —preguntó Dorothy.

Juan Diego envió el mensaje de texto, por orden de Dorothy. Juan Diego era consciente de que estaba quitándose de encima también a Clark. Estaba pasándose bien, eso desde luego; de hecho, no recordaba cuánto tiempo hacía que no se lo pasaba tan bien, a pesar del escozor en el pene, que remitía rápidamente.

—¿Cómo va este muchacho? —preguntó entonces Dorothy, tocándole el pene—. ¿Todavía te escuece? ¿Todavía sientes ese ligero hormigueo, quizá? ¿Quieres que este muchacho sienta un poco más de hormigueo? —preguntó Dorothy.

Su cansancio era tal que a duras penas pudo asentir con la cabeza. Juan Diego

mantenía aún la mirada fija en el móvil, pensando en el mensaje que acababa de enviarle a Clark, tan impropio de él.

—No te preocupes —le susurraba Dorothy; seguía tocándole el pene—. Se te ve un poco cansado, pero no puede decirse lo mismo de este muchacho —susurró—. Él es incansable.

Dorothy le quitó el teléfono y lo apartó de él.

—No te preocupes, cariño —dijo en un tono más imperioso que antes; asombrosamente, la palabra «cariño» sonó tal como la había pronunciado Miriam—. Leslie ya no nos molestará más. Créeme: captará el mensaje. Tu amigo Clark French hace todo lo que ella quiere, excepto follársela.

Juan Diego deseaba preguntarle a Dorothy por el viaje que iban a realizar a Laoag y a Vigán, pero era incapaz de formar las palabras. No habría podido expresar a Dorothy sus dudas respecto a la visita a ese lugar. Dorothy había decidido —dado que Juan Diego era estadounidense, y de la generación del Vietnam— que al menos debía ver adónde iban aquellos jóvenes norteamericanos, aquellos muchachos asustados de diecinueve años que tenían tanto miedo a la tortura, para alejarse de la guerra (cuando, o si se daba el caso, conseguían alejarse de ella).

Juan Diego había tenido intención de preguntar también a Dorothy cuál era exactamente el origen de la certidumbre doctrinaria de sus opiniones —es sabido que Juan Diego siempre andaba preguntándose acerca del origen de todo—, pero había sido incapaz de reunir fuerzas para plantearle la pregunta a la joven autócrata.

Dorothy no aprobaba la presencia de turistas japoneses en El Nido; molesta con el hotel por atender los gustos de los japoneses, señaló que la carta incluía platos japoneses.

—Pero estamos muy cerca de Japón —le recordó Juan Diego—. Y a otras personas les gusta la comida japonesa...

—¿Después del trato que dieron los japoneses a los filipinos? —preguntó Dorothy.

—Bueno, la guerra... —había empezado a decir Juan Diego.

—Espera a ver el Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila..., si es que al final llegas a verlo —dijo Dorothy con desdén—. Los japoneses no deberían venir a las Filipinas.

Y Dorothy señaló que los australianos superaban en número al resto de los clientes blancos en el comedor de El Nido.

—Allí adonde van, van en grupo; son una banda —dijo.

—¿No te caen bien los australianos? —preguntó Juan Diego—. Son gente muy cordial... Son, sencillamente, sociables por naturaleza.

Dorothy acogió el comentario encogiéndose de hombros a lo Lupe. Era como si hubiese dicho: si no lo entiendes, a mí me sería del todo imposible explicártelo.

Había en El Nido dos familias rusas, y también unos cuantos alemanes.

—Hay alemanes por todas partes —fue lo único que dijo Dorothy.

—Son grandes viajeros, ¿no? —había preguntado Juan Diego.

—Son grandes conquistadores —le corrigió Dorothy y dirigió al techo sus ojos oscuros.

—Pero te gusta la comida de aquí..., de El Nido. Dijiste que se comía bien —le recordó Juan Diego.

—El arroz, arroz es —fue lo único que respondería Dorothy, como si ella nunca hubiese dicho que allí se comía bien. Sin embargo, cuando Dorothy entraba en un estado de buena disposición para con «este muchacho», tenía una capacidad de concentración impresionante.

En su última noche en El Nido, a Juan Diego le despertó el reflejo de la luna en la laguna; distraídos por la intensa atención dedicada un rato antes a «este muchacho», debían de haberse olvidado de correr las cortinas. La forma en que la luz plateada se proyectaba sobre la cama e iluminaba el rostro de Dorothy resultaba un poco inquietante. Dormida, ofrecía una imagen tan desprovista de vida como una estatua, como si Dorothy fuese un maniquí que, sólo de vez en cuando, cobraba vida.

Juan Diego se inclinó sobre ella a la luz de la luna y acercó el oído a sus labios. No notó el aliento en su boca y su nariz, ni sus pechos —apenas cubiertos por las sábanas— parecían subir y bajar.

Por un momento, Juan Diego imaginó que sentía a la hermana Gloria decir, tal como había dicho una vez: «No quiero oír ni una palabra más de tener ahí tumbada a Nuestra Señora de Guadalupe». Por un momento, fue como si Juan Diego estuviera acostado junto a la escultura de Nuestra Señora de Guadalupe, la muñeca sexual —el regalo que le había hecho el ‘gringo’ bueno, de aquella tienda de vírgenes de Oaxaca —, y por fin Juan Diego hubiese conseguido serrar el pedestal de los pies aprisionados del maniquí.

—¿Esperas que diga algo? —le susurró Dorothy al oído, y lo sobresaltó—. O tal vez estabas pensando en llevarme al pilón y despertarme así —dijo la joven con indiferencia.

—¿Quién eres? —preguntó Juan Diego. Pero a la luz plateada de la luna vio que Dorothy se había dormido de nuevo, o fingía dormir..., o acaso sólo hubiera imaginado que ella le hablaba, y lo que él le había preguntado.

El sol se ponía; tardó aún en ocultarse el tiempo justo para proyectar un resplandor cobrizo sobre el Mar de la China Meridional. Su pequeño avión procedente de Palawan siguió volando hacia Manila. Juan Diego recordaba la mirada de despedida que Dorothy, cuando se iban, había dirigido al búfalo de agua cansado de los turistas en el aeropuerto.

—Eso es un búfalo de agua tratado con betabloqueantes —había comentado Juan Diego—. Pobre.

—Sí, ya... Tendrías que verlo cuando le meten una oruga por la nariz —había dicho Dorothy, mirando mal al búfalo de agua una vez más.

El sol se había puesto. El cielo era del color de un hematoma. Por el parpadeo de unas luces muy separadas entre sí a lo largo de la costa, Juan Diego dedujo que sobrevolaban tierra; el mar ya había quedado atrás. Juan Diego estaba mirando por la ventanilla del avión cuando notó que la pesada cabeza de Dorothy entraba en contacto con su hombro y parte de su cuello; daba la impresión de que esa cabeza era tan maciza como una bala de cañón.

—Lo que verás dentro de unos quince minutos son las luces de la ciudad —informó Dorothy—. Lo primero que aparece es una oscuridad sin iluminación.

—¿Una oscuridad sin iluminación? —preguntó Juan Diego; hablaba con tono alarmado.

—Salvo por algún que otro barco —contestó ella—. Esa oscuridad es la bahía de Manila —explicó Dorothy—. Primero la bahía, luego las luces.

¿Era la voz de Dorothy o el peso de su cabeza lo que estaba adormeciéndolo? ¿O sentía Juan Diego la llamada de esa oscuridad sin iluminación?

La cabeza apoyada en él era la de Lupe, no la de Dorothy; viajaba en autobús, no en avión; la carretera de montaña que serpenteaba en la oscuridad se hallaba en algún lugar de la Sierra Madre; el circo regresaba de Ciudad de México a Oaxaca. Lupe, recostada en él, dormía profundamente, como un perro que no sueña; había aflojado los dedos en torno a los dos tótems religiosos con los que jugaba antes de dormirse.

Juan Diego sostenía la lata de café con las cenizas; no dejó que Lupe la sostuviera entre las rodillas mientras dormía. Con su horrenda estatuilla de Coatlicue y la figurilla de Guadalupe —la que Juan Diego había encontrado en la escalera cuando bajaban de El Cerrito—, Lupe había estado librando una guerra entre superheroínas. En manos de Lupe, las dos figuras se habían asestado de cabezazos, habían cruzado patadas, le habían dado al sexo; Guadalupe, con su serena presencia, no tenía visos de erigirse en vencedora, y bastaba un vistazo a los pezones de Coatlicue, formados por anillos de serpiente de cascabel (o a su falda de serpientes), para saber con toda certeza cuál de las dos combatientes era la representante del Inframundo.

Juan Diego había permitido a su hermana escenificar la guerra religiosa que se desarrollaba dentro de ella mediante esa infantil batalla entre superheroínas. Uno habría dicho al principio que la figurilla de Guadalupe, tan piadosa en apariencia, sucumbía ante su rival; mantenía las manos unidas en actitud de oración, por encima del pequeño pero perceptible abultamiento del vientre. Guadalupe no tenía postura de luchadora; Coatlicue, en cambio, parecía tan dispuesta a acometer como una de sus retorcidas serpientes, y los pechos flácidos de Coatlicue daban miedo. (¡Hasta un recién nacido famélico habría apartado la cara de esos pezones formados por anillos de serpiente de cascabel!)

Aun así, Lupe obligó a las dos figuras a entablar diversas actividades saturadas de carga emocional: la lucha y el folleto se entremezclaban a partes iguales, y se producían momentos de manifiesta ternura entre las dos guerreras: incluso se besaban.

Cuando Juan Diego vio besarse a Guadalupe y Coatlicue, le preguntó a Lupe si eso venía a representar una tregua entre las adversarias, una manera de dejar de lado sus diferencias religiosas. Al fin y al cabo, ¿besarse no equivalía a hacer las paces?

—Sólo están tomándose un respiro —fue lo único que contestó Lupe, y reinició la repetitiva acción, aún con mayor violencia, entre los dos tótems, más lucha y más folleteo, hasta que Lupe, agotada, se durmió.

Por lo que Juan Diego veía, observando a Guadalupe y Coatlicue en los dedos ya relajados de las pequeñas manos de Lupe, la disputa entre esas dos brujas seguía sin resolverse. ¿Cómo podía coexistir una diosa madre tierra violenta con una de esas vírgenes sabidillas e inoperantes?, pensaba Juan Diego. Ignoraba que Edward Bonshaw, al otro lado del pasillo del autobús a oscuras, lo observaba mientras él, con delicadeza, le quitaba de las manos a su hermana dormida las dos figurillas religiosas.

En el autobús alguien se había tirado un pedo: uno de los perros, tal vez; el hombre papagayo, quizá; Paco y Barriga de Cerveza, eso sin duda. (Los dos payasos enanos bebían mucha cerveza.) Juan Diego ya había abierto la ventanilla del autobús, sólo un poco. La rendija le bastó para pasar las dos superheroínas por la abertura. En algún lugar, durante una noche eterna —en una tortuosa carretera que atravesaba la Sierra Madre—, dos figuras religiosas formidables fueron abandonadas a su suerte en la oscuridad sin iluminación.

¿Y ahora qué...? ¿A continuación qué?, estaba pensando Juan Diego cuando el ‘señor Eduardo’ le habló desde el otro lado del pasillo.

—No estás solo, Juan Diego —dijo el oriundo de Iowa—. Aunque rechazas una fe y luego otra, no estás solo: el universo no es un lugar dejado de la mano de Dios.

—¿Y ahora qué...? ¿A continuación qué? —preguntó Juan Diego.

Un perro de mirada inquisitiva pasó entre ellos por el pasillo del autobús del circo; era *Pastora*, la ovejera. Meneó la cola como si Juan Diego le hubiese hablado a ella, y siguió adelante.

Edward Bonshaw empezó a farfullar sobre el Templo de la Compañía de Jesús; se refería al de Oaxaca. El ‘señor Eduardo’ quería que Juan Diego considerara la posibilidad de esparcir las cenizas de Esperanza allí, a los pies de la Virgen María gigantesca.

—El Monstruo María... —comenzó a decir Juan Diego.

—Vale..., ¡quizá no todas las cenizas, y sólo a sus pies! —se apresuró a matizar el oriundo de Iowa—. Sé que Lupe y tú tenéis algún que otro conflicto con la Virgen María, pero vuestra madre la adoraba.

—El Monstruo María mató a nuestra madre —recordó Juan Diego al ‘señor Eduardo’.

—Creo que estás haciendo una interpretación dogmática de un accidente —advirtió Edward Bonshaw—. Quizá Lupe se muestre más abierta a reconsiderar la cuestión de la Virgen María... El Monstruo María, como tú la llamas.

Pastora, yendo de aquí para allá, pasó otra vez entre ellos por el pasillo. A Juan

Diego, esa perra inquieta le recordó a sí mismo, y la manera en que Lupe venía comportándose desde hacía un tiempo, con una inseguridad impropia de ella, tal vez, pero también con actitud más reservada.

—Tumbada, *Pastora* —dijo Juan Diego, pero los border collies son furtivos; la ovejera siguió deambulando.

Juan Diego no sabía qué creer; salvo caminar por las alturas, todo era un engaño. Sabía que Lupe también estaba confusa, por mucho que no fuera a admitirlo. ¿Y si Esperanza andaba bien encaminada en su veneración al Monstruo María? Sujetando la lata de café entre los muslos, Juan Diego supo que esparcir las cenizas de su madre —y todas las demás— no tenía por qué ser una decisión racional, al margen de dónde se depositaran las cenizas. ¿Por qué no habría de querer su madre que sus cenizas se esparciesen a los pies de la enorme Virgen María del templo de los jesuitas, donde Esperanza se había labrado un buen nombre? (Aunque fuese sólo como mujer de la limpieza.)

Edward Bonshaw y Juan Diego estaban durmiendo cuando amaneció, en el momento en que la caravana de camiones y autobuses del circo entraba en el valle formado entre la Sierra Madre de Oaxaca y la Sierra Madre del Sur. La caravana atravesaba Oaxaca cuando Lupe despertó a su hermano.

—El hombre papagayo tiene razón: deberíamos esparcir las cenizas por encima del Monstruo María —dijo Lupe a Juan Diego.

—Él ha dicho «sólo a sus pies», Lupe —advirtió Juan Diego a su hermana menor.

Tal vez Lupe había malinterpretado los pensamientos del oriundo de Iowa, o bien cuando estaba dormida, o bien cuando dormía el ‘señor Eduardo’, o durante una combinación de ambas circunstancias.

—Yo propongo que echemos las cenizas por encima del Monstruo María, que esa pécora nos demuestre su valía —dijo Lupe a su hermano.

—El ‘señor Eduardo’ ha dicho que «quizá no todas las cenizas», Lupe —previno Juan Diego.

—Yo propongo que las echemos todas, y por encima —insistió Lupe—. Dile al conductor del autobús que nos deje a nosotros y al hombre papagayo delante del templo.

—Jesús, María y José —masculló Juan Diego. Vio que todos los perros estaban despiertos; deambulaban por el pasillo con *Pastora*.

—Rivera debería estar presente; él es devoto de María —dijo Lupe, como si hablara sola.

Juan Diego sabía que, a primera hora de la mañana, Rivera tal vez estuviese en la chabola de Guerrero, o dormido en la cabina de su furgoneta; probablemente aún no había prendido los fuegos eternos en el ‘basurero’. Los niños de la basura llegarían al templo de los jesuitas antes de la primera misa del día; quizás el hermano Pepe ya habría encendido las velas o estuviera aún encendiéndolas. Era poco probable que rondara por allí alguien más.

El conductor del autobús tuvo que dar un rodeo; un perro muerto obstruía la estrecha calle. «Sé dónde puedes encontrar un perro nuevo: un saltador», había dicho Lupe a Juan Diego. No se refería a un perro muerto. Se refería a un perro de las azoteas: uno acostumbrado a saltar, uno que no se hubiese caído.

—Un perro de las azoteas —fue lo único que dijo el conductor acerca del perro muerto en la calle, pero Juan Diego supo que era eso a lo que Lupe se refería.

—No se puede adiestrar a uno de esos perros para que trepe por una escalera de mano —dijo Juan Diego a su hermana—. Y, según Vargas, los perros de las azoteas tienen la rabia; son como los ‘perros del basurero’. Los perros del vertedero y los perros de las azoteas tienen la rabia. Según Vargas...

—Tengo que hablar con Vargas de otra cosa. Olvídate del perro saltador —lo interrumpió Lupe—. No vale la pena preocuparse por ese número absurdo de la escalera. Lo del perro de las azoteas era sólo una idea..., saltan, ¿no? —preguntó Lupe.

—Se matan, y, desde luego, muerden... —empezó a decir Juan Diego.

—Los perros de las azoteas me traen sin cuidado —dijo Lupe con impaciencia—. Mi duda son los leones. ¿Pillan la rabia? Vargas lo sabrá —añadió ella, y su voz se apagó gradualmente.

El autobús había dado ya el rodeo para evitar al perro muerto; se acercaban al cruce de Flores Magón con Valerio Trujano. Ya veían el Templo de la Compañía de Jesús.

—Vargas no es médico de leones —recordó Juan Diego a su hermana menor.

—Tienes las cenizas, ¿no? —fue lo único que dijo Lupe.

Había cogido en brazos a *Baby*, el dachshund macho cobarde, y había acercado el hocico del perro a la oreja del ‘señor Eduardo’ para despertarlo. El método del hocico frío sobresaltó al oriundo de Iowa, que se puso en pie al instante y salió al pasillo del autobús, donde los perros giraron en torno a él. Edward Bonshaw vio que el cojo sostenía muy firmemente la lata de café entre sus manos; supo que el muchacho tenía una idea fija en la cabeza.

—Entiendo..., vamos a esparcirlas, ¿no? —preguntó el oriundo de Iowa, pero nadie le contestó.

—Vamos a cubrir a esa pécora de la cabeza a los pies: ¡el Monstruo María tendrá ceniza en los ojos! —desvarió Lupe incoherentemente. Pero Juan Diego no tradujo el exabrupto de su hermana.

A la entrada del templo, sólo Edward Bonshaw se detuvo ante la fuente de agua bendita; la tocó y se llevó el dedo a la frente, bajo el retrato de san Ignacio mirando al Cielo (eternamente) en busca de orientación.

Pepe ya había encendido las velas. Los niños de la basura no se detuvieron ante el ‘agua’ bendita ni para mojarse mínimamente. En la reducida capilla situada más allá de la fuente, encontraron al hermano Pepe rezando a la inscripción de Guadalupe; «la bobada de Guadalupe», como la llamaba ahora Lupe.

«¿No estoy aquí, que soy tu madre?» (Lupe se refería a esa bobada.)

—No, no estás aquí —dijo Lupe a la imagen de Guadalupe, de tamaño menor que el natural—. Y no eres mi madre. —Cuando Lupe vio a Pepe de rodillas, dijo a su hermano—: Dile a Pepe que traiga a Rivera; el responsable del vertedero tiene que estar presente. El ‘jefe’ querrá ver esto.

Juan Diego explicó a Pepe que esparcirían las cenizas a los pies de la gran Virgen María, y que Lupe quería que Rivera estuviera presente.

—Eso ya es otra cosa —dijo Pepe—. Eso representa todo un cambio en la manera de pensar. Deduzco que hay un antes y un después del santuario de Guadalupe. ¿Ha marcado tal vez Ciudad de México un punto de inflexión? —preguntó Pepe al oriundo de Iowa, que tenía la frente húmeda de agua bendita.

—Nunca he sentido una incertidumbre tan grande —dijo el ‘señor Eduardo’; Pepe tuvo la impresión de que eso era el principio de una larga confesión: Pepe se puso en marcha apresuradamente, con una parca disculpa al oriundo de Iowa.

—Tengo que ir a buscar a Rivera: ésas son mis instrucciones —dijo Pepe, si bien rebosaba compasión por cómo evolucionaba la reorientación de Edward Bonshaw—. Por cierto, ¡me he enterado de lo del caballo! —dijo Pepe levantando la voz en dirección a Juan Diego, que avivaba el paso para alcanzar a Lupe; ella, ya ante la base del pedestal (los horripilantes ángeles inmóviles en el pedestal de nubes celestiales), miraba al Monstruo María.

—¿Lo ves? —dijo Lupe a Juan Diego—. No es posible esparcir las cenizas a los pies. ¡Mira quién está tumbado a sus pies!

En fin, hacía ya tiempo que los niños de la basura no se hallaban ante el Monstruo María; se habían olvidado del diminuto Jesús de aspecto encogido, que sufría en la cruz y sangraba a los pies de la Virgen María.

—No vamos a esparcir las cenizas de nuestra madre encima de él —dijo Lupe.

—Muy bien..., ¿dónde, pues? —preguntó Juan Diego.

—Creo, sinceramente, que ésta es la decisión correcta —decía Edward Bonshaw—. Me parece que ninguno de vosotros le ha dado una verdadera oportunidad a la Virgen María.

—Deberías subirte a los hombros del hombre papagayo. Lanzarás las cenizas a más altura si tú mismo estás a más altura —indicó Lupe a Juan Diego.

Lupe sostuvo la lata de café mientras Juan Diego se encaramaba a los hombros de Edward Bonshaw. El oriundo de Iowa tuvo que agarrarse al comulgatorio para erguirse, de forma inestable, cuan alto era. Lupe destapó la lata de café antes de entregar las cenizas a su hermano. (Sólo Dios sabe qué hizo Lupe con la tapa.)

Incluso desde su elevada posición, Juan Diego tenía ante los ojos las rodillas de la Virgen María; la coronilla de su cabeza quedaba sólo a la altura del muslo de la gigante.

—No sé cómo vas a hacer para espolvorear las cenizas desde abajo —observó el ‘señor Eduardo’ con delicadeza.

—Nada de espolvoreos —dijo Lupe a su hermano—. Tú agarra un puñado y tíralo.

Pero el primer puñado de ceniza no llegó más allá de los formidables pechos del Monstruo María; naturalmente, la mayor parte de la ceniza cayó en los rostros vueltos hacia arriba de Juan Diego y el oriundo de Iowa. El ‘señor Eduardo’ tosió y estornudó; Juan Diego tenía ceniza en los ojos.

—Esto no acaba de funcionar —comentó Juan Diego.

—Es la idea lo que cuenta —dijo Edward Bonshaw, atragantado.

—¡Tira la lata! ¡Tírasela a la cabeza! —exclamó Lupe.

—¿Está rezando, tu hermana? —preguntó el oriundo de Iowa a Juan Diego, pero el muchacho estaba apuntando, muy concentrado. Arrojó la lata de café, llena en sus tres cuartas partes, tal como había visto lanzar las granadas a los soldados en las películas.

—¡La lata entera no! —oyeron exclamar los niños de la basura al ‘señor Eduardo’.

—Buen lanzamiento —dijo Lupe.

La lata de café había alcanzado a la Virgen María en plena frente imperiosa. (Juan Diego tuvo la certeza de que había visto parpadear al Monstruo María.) Llovió ceniza, desparramándose por todas partes. Caía ceniza a través de los haces de la luz matutina y encima del Monstruo María, cubriendo la imagen centímetro a centímetro. La ceniza no paraba de caer.

«Fue como si la ceniza descendiera desde una altitud superior, desde un origen invisible, pero alto», así describiría más tarde Edward Bonshaw lo ocurrido. «Y la ceniza continuaba cayendo, como si en aquella lata de café hubiera más ceniza de la que, de hecho, podía contener.» En ese punto, el oriundo de Iowa hizo una pausa antes de añadir: «Dudo antes de decir esto. Dudo sinceramente. Pero, como la ceniza no dejaba de caer, el momento pareció durar una eternidad. El tiempo, el tiempo en sí, toda sensación de tiempo, se detuvo».

En las semanas posteriores —durante meses, sostendría el hermano Pepe—, aquellos fieles que llegaban temprano para la primera misa de la mañana siguieron calificando de «incidente» la ceniza que flotaba en los haces de luz. No obstante, nadie que llegase al templo jesuita para asistir a la misa de la mañana proclamaba que aquella ceniza, que parecía envolver la descomunal Virgen María en una nube radiante pero de color marrón grisáceo, era un suceso «divino».

Los dos viejos sacerdotes, el padre Alfonso y el padre Octavio, se quejaron de la «suciedad» causada por la ceniza: las primeras diez filas de bancos quedaron rebozadas de ceniza; una película de ceniza se adhería al comulgatorio, curiosamente pegajosa al tacto. La gran Virgen María había quedado impresentable; desde luego se la veía más oscura, como manchada de hollín. La ceniza de colores marrón tierra y gris muerte estaba por todas partes.

—Los niños querían esparcir las cenizas de su madre —empezó a explicar

Edward Bonshaw.

—¿En el templo, Edward? —preguntó el padre Alfonso al oriundo de Iowa.

—¡Todo esto son cenizas esparcidas! —exclamó el padre Octavio. Tropezó con algo, que sin querer alejó de un puntapié: la lata de café vacía rodó ruidosamente por el suelo. El ‘señor Eduardo’ recogió la lata.

—Yo no sabía que iban a esparcir todo el contenido —admitió el oriundo de Iowa.

—¿Esa lata de café estaba llena? —preguntó el padre Alfonso.

—No sólo contenía las cenizas de nuestra madre —respondió Juan Diego a los dos sacerdotes.

—Habla —exigió el padre Octavio. Edward Bonshaw fijó la mirada en la lata vacía, como si esperara que poseyese poderes de oráculo.

—El ‘gringo’ bueno, que en paz descansa —empezó Lupe—. Mi perro, uno pequeño. —Se interrumpió, como si esperase que Juan Diego tradujera hasta ahí antes de continuar. O acaso Lupe se interrumpiera porque estaba planteándose si debía hablar a los dos sacerdotes sobre la nariz desaparecida del Monstruo María.

—¿Se acuerdan de aquel hippy norteamericano, el prófugo, el muchacho que murió? —preguntó Juan Diego al padre Alfonso y al padre Octavio.

—Sí, sí, por supuesto —contestó el padre Alfonso—. Un alma sin norte, un joven trágicamente autodestructivo.

—Una tragedia espantosa, qué desperdicio —dijo el padre Octavio.

—Y se murió el perrito de mi hermana... El perro estaba en la hoguera —prosiguió Juan Diego—. Y el hippy muerto.

—Ahora nos viene todo a la memoria... Eso lo sabíamos —admitió el padre Alfonso. El padre Octavio asintió con expresión adusta.

—Sí, para ya, por favor, con eso basta —instó el padre Octavio—. Muy pero que muy desagradable. Nos acordamos, Juan Diego.

Lupe no habló; en todo caso, los dos sacerdotes no la habrían entendido. Lupe se limitó a aclararse la garganta, como si fuera a decir algo.

—No —dijo Juan Diego, pero ya era demasiado tarde. Lupe señaló el rostro sin nariz de la Virgen María gigantesca y se tocó su naricilla con el dedo índice de la otra mano.

El padre Alfonso y el padre Octavio tardaron unos segundos en interpretarlo: el Monstruo María seguía sin nariz; la niña ininteligible del vertedero indicaba que su propia naricilla estaba intacta; habían encendido una hoguera en el basurero, una quema infernal de cuerpos humanos y caninos.

—¿La nariz de la Virgen María estaba en esa hoguera diabólica? —preguntó el padre Alfonso a Lupe; ella asintió vigorosamente, como si pretendiera que se le desprendieran los dientes o se le salieran los ojos.

—Madre misericordiosa... —empezó a decir el padre Octavio.

El estrépito de la lata de café al caer los sobresaltó. Es poco probable que Edward

Bonshaw soltara intencionadamente la lata de café, que se apresuró a recoger. Puede que al ‘señor Eduardo’ se le escurriera de las manos; tal vez tomara conciencia de que la noticia que él seguía ocultando al padre Alfonso y al padre Octavio (a saber, su amor por Flor, que ponía fin a sus votos) pronto se convertiría para esos dos viejos sacerdotes en una conmoción aún mayor que la quema de la nariz de una estatua inanimada.

Como Juan Diego había visto al Monstruo María lanzar una mirada de extrema desaprobación al canalillo de su madre —como sabía lo «animada» que podía llegar a ser la Virgen María, al menos en cuanto a expresiones condenatorias y miradas fulminantes—, habría puesto en tela de juicio la presuposición de que la descomunal estatua (o su nariz perdida) fuera «inanimada». ¿Acaso la nariz del Monstruo María no había emitido un áspero chasquido, y no se había elevado una llama azul en la pira funeraria? ¿No había visto Juan Diego parpadear a la Virgen María cuando la lata de café la alcanzó en la frente?

Y cuando Edward Bonshaw, torpemente, dejó caer y recuperó la lata de café, ¿no había arrancado ese estrépito reverberante un intenso destello de aterrador aborrecimiento de los ojos omnividentes de la amenazadora Virgen María?

Juan Diego no era devoto de María, pero sabía que le convenía tratar a la sucia gigante con el mayor respeto.

—‘Lo siento’, Madre —dijo Juan Diego en voz baja a la gran Virgen María y se señaló la frente—. No era mi intención darte con la lata. Sólo pretendía llegar a ti.

—Esta ceniza huele raro; me gustaría saber qué más había en la lata —dijo el padre Alfonso.

—Cosas del basurero, supongo, pero ahí llega el responsable del vertedero; deberíamos preguntárselo a él —dijo el padre Octavio.

Hablando de devotos de María, Rivera avanzó a zancadas por el pasillo central hacia la descomunal estatua; era como si el responsable del vertedero tuviera sus propios asuntos que tratar con el Monstruo María; tal vez la misión de Pepe —ir a Guerrero en busca del ‘jefe’— fuera pura coincidencia. Aun así, era evidente que Pepe había interrumpido a Rivera en medio de algo: «un pequeño proyecto, los últimos retoques», fue lo único que diría el responsable del vertedero al respecto.

Rivera debía de haberse marchado del vertedero con cierta sensación de urgencia —a saber cómo le habría anunciado Pepe el esparcimiento de las cenizas—, porque el responsable del vertedero llevaba aún su delantal de carpintero.

El delantal tenía numerosos bolsillos y era tan largo como una de esas faldas poco favorecedoras que se ponen las mujeres de cierta edad. Un bolsillo era para los formones y escoplos, de varios tamaños; otro era para trozos de papel de lija distintos, de grano grueso y grano fino; un tercer bolsillo era para el tubo de cola y el paño que Rivera utilizaba para limpiar el residuo de cola de la boquilla del tubo. Era imposible saber qué contenían los otros bolsillos; eran los bolsillos lo que, según él mismo, le gustaba de ese delantal de carpintero. El viejo delantal de cuero escondía

muchos secretos, o eso creía Juan Diego en otro tiempo, de niño.

—No sé a qué estamos esperando..., a ti, quizá —dijo Juan Diego al ‘jefe’—. Me parece que es poco probable que la gigante haga algo —añadió el muchacho y señaló con la barbilla al Monstruo María.

En el momento en que llegaron el hermano Pepe y Rivera, el templo empezaba a llenarse, pese a que faltaba todavía un rato para la misa. Juan Diego recordaría más tarde que Lupe prestaba más atención que de costumbre al responsable del vertedero; en cuanto al ‘jefe’, se lo veía incluso más cauto que de costumbre en presencia de Lupe.

Rivera había hundido la mano izquierda en un misterioso bolsillo de su delantal de carpintero; con las yemas de los dedos de la mano derecha, el responsable del vertedero tocó la película de ceniza del comulgatorio.

—Esta ceniza huele un poco raro..., no es un olor embriagador —dijo el padre Alfonso al ‘jefe’.

—Hay algo pegajoso en esta ceniza, una sustancia extraña —añadió el padre Octavio.

Rivera se olfateó las yemas de los dedos y luego se las limpió en el delantal de cuero.

—Llevas muchas cosas en los bolsillos, ‘jefe’ —dijo Lupe al responsable del vertedero, pero Juan Diego no lo tradujo; el lector del basurero estaba molesto porque Rivera no había respondido a su comentario en broma sobre la gigante: a saber, el vaticinio de que la Virgen María difícilmente haría algo.

—Debería apagar las velas, Pepe —indicó el responsable del vertedero; señalando a su querida Virgen María, Rivera les dijo a los dos viejos sacerdotes—. La Virgen es muy inflamable.

—¡Inflamable! —exclamó el padre Alfonso.

Rivera recitó la misma letanía sobre el contenido de la lata de café que los niños de la basura habían oído pronunciar al doctor Vargas: un análisis científico, rigurosamente químico.

—Pintura, trementina..., o alguna clase de disolvente de pintura. Gasolina, desde luego —dijo Rivera a los dos viejos sacerdotes—. Y probablemente algún producto para dar color a la madera.

—La Madre Santa no quedará manchada, ¿verdad? —preguntó el padre Octavio al responsable del vertedero.

—Será mejor que me dejen limpiarla a mí —propuso el responsable del vertedero—. Si pudiera quedarme un rato a solas con ella... O sea, mañana antes de la primera misa. Lo ideal sería después de la última misa de hoy. No conviene mezclar agua con algunas de estas sustancias extrañas —dijo Rivera, como si fuera un alquimista a quien no se podía refutar, o no fuera en todo caso el habitual responsable de vertedero.

El hermano Pepe, de puntillas, andaba ocupado en apagar las velas con un largo

matacandelas de oro; naturalmente, la ceniza caída ya había sofocado las velas más cercanas a la Virgen María.

—¿Te duele la mano, ‘jefe’? ¿Dónde te has cortado? —preguntó Lupe a Rivera. Incluso para una telémeta, era difícil leer el pensamiento al responsable del vertedero.

Juan Diego especularía más tarde con la posibilidad de que acaso Lupe lo hubiera leído todo en la mente de Rivera, no sólo lo referente al corte, y lo mucho que sangraba. Tal vez Lupe lo supiera todo sobre el «pequeño proyecto», fuera cual fuese, en medio del cual Pepe había interrumpido a Rivera, incluido lo que Rivera había llamado «los últimos retoques»; a saber en qué estaba trabajando exactamente el responsable del vertedero cuando se hizo un tajo en el pulgar y el índice de la mano izquierda. Pero Lupe no dijo lo que sabía, ni si lo sabía, y Rivera —como los bolsillos de su delantal de carpintero— escondía muchos secretos.

—Lupe quiere saber si te duele la mano, ‘jefe’..., y dónde te has cortado —dijo Juan Diego.

—Sólo necesito un par de puntos —respondió Rivera; mantuvo la mano izquierda oculta en el bolsillo del delantal de cuero.

El hermano Pepe pensó que Rivera no debía conducir; habían ido los dos en el Volkswagen de Pepe desde la chabola de Guerrero. Pepe quería llevar al responsable del vertedero a ver al doctor Vargas de inmediato para que le diera unos puntos, pero Rivera se había empeñado en ver antes los resultados del esparcimiento.

—¡Los resultados! —repitió el padre Alfonso después de oír las explicaciones de Pepe.

—Los resultados son equiparables a una especie de acto de vandalismo —dijo el padre Octavio mirando a Juan Diego y a Lupe mientras hablaba.

—Yo también necesito ver al doctor Vargas..., vamos —dijo Lupe a su hermano.

Los niños de la basura ni siquiera miraban al Monstruo María; no esperaban gran cosa de ella en cuanto a «resultados». Pero Rivera sí miró el rostro sin nariz de la Virgen María, como si, a pesar de su semblante oscurecido, el responsable del vertedero esperase ver una señal, algo rayano en una instrucción.

—Vamos, ‘jefe’; te duele, todavía sangras —dijo Lupe, y agarró a Rivera de la mano derecha.

El responsable del vertedero no estaba acostumbrado a semejantes muestras de afecto por parte de la niña, siempre tan crítica. El ‘jefe’ le dio a Lupe la mano y se dejó guiar por ella a lo largo del pasillo central.

—Nos ocuparemos de que disponga del templo para usted solo, antes de cerrarlo esta noche —dijo el padre Alfonso alzando la voz en dirección al responsable del vertedero.

—Pepe, me imagino que tú cerrarás con llave cuando él se marche —dijo el padre Octavio al hermano Pepe, que había devuelto el matacandelas a su lugar sagrado; Pepe corría en pos de Rivera y los ‘niños de la basura’.

—¡Sí, sí! —respondió Pepe a los dos viejos sacerdotes.

Edward Bonshaw se quedó allí con la lata de café vacía en las manos. Ése no era el momento idóneo para que el ‘señor Eduardo’ dijera lo que, como sabía, era necesario decir al padre Alfonso o al padre Octavio; no era momento de confesar: se avecinaba una misa, y la tapa de la lata de café se había perdido. Sencillamente (o no tan sencillamente) había desaparecido; quizá también se había convertido en humo, como la nariz de la Virgen María, pensaba el ‘señor Eduardo’. Pero la tapa de esa lata de café secular —tocada por Lupe en último lugar— se había evaporado sin un silbido azul llameante.

Los niños de la basura y el responsable del vertedero habían salido del templo con el hermano Pepe, y habían dejado a Edward Bonshaw y los dos viejos sacerdotes frente a la Virgen María sin nariz y el incierto futuro de todos ellos. Quizás era Pepe quien mejor entendía la situación: Pepe sabía que el proceso de reorientación nunca era fácil.

Nariz por nariz

El vuelo nocturno de Manila a Laoag iba abarrotado de niños llorones. No llevaban en el aire más de una hora y cuarto, pero, a fuerza de oír el gimoteo de los pequeños, el tiempo de vuelo parecía mayor.

—¿Es fin de semana? —preguntó Juan Diego a Dorothy, pero ella contestó que era jueves por la noche—. ¡Mañana es día de colegio! —declaró Juan Diego; estaba atónito—. ¿No van al colegio estos niños? —(Ya antes de que Dorothy se encogiera de hombros, Juan Diego supo que ella respondería con ese gesto.)

Incluso la displicencia expresada por Dorothy con esa manera de encogerse de hombros —era un gesto levísimo— bastaba para desorientar a Juan Diego y alejarlo del tiempo presente. Ni siquiera los niños llorones podían retenerlo en el momento actual. ¿Por qué se veía transportado tan fácilmente (y repetidamente) al pasado?, se preguntaba Juan Diego.

¿Guardaba relación con el asunto de los betabloqueantes, o tal vez su paso por las Filipinas era de carácter insustancial o transitorio?

Dorothy decía algo sobre su propensión a hablar más cuando había niños cerca —«prefiero escucharme a mí misma antes que oír a los niños, ¿sabes?»—, pero a Juan Diego le costaba prestar atención a Dorothy. La conversación con el doctor Vargas en la Cruz Roja —con ocasión de los puntos de sutura que dio Vargas a Rivera en los dedos pulgar e índice de la mano izquierda—, pese a haberse desarrollado hacía ya cuarenta años, estaba más presente en la cabeza de Juan Diego que el monólogo de Dorothy de camino a Laoag.

—¿No te gustan los niños? —fue lo único que Juan Diego había preguntado a Dorothy. Después de eso, no pronunció una sola palabra durante el resto del vuelo. Prestó más atención a lo que Vargas y Rivera y Lupe decían —entre puntada y puntada, aquella lejana mañana en el hospital de la Cruz Roja— que a lo que en realidad oía (o recordaría) del deshilvanado soliloquio de Dorothy.

—Me da igual que la gente tenga hijos..., o sea, los demás. Si otros adultos quieren niños, por mí no hay inconveniente —declaró Dorothy. No del todo en orden cronológico, inició su lección sobre historia local; Dorothy debía de querer que Juan Diego conociera mínimamente el lugar adonde iban. Pero Juan Diego se perdió casi toda la alocución de Dorothy; estaba escuchando una conversación en la Cruz Roja, una a la que debería haber prestado más atención cuarenta años atrás.

—Jesús, ‘jefe’..., ¿se ha metido en una lucha con espadas? —preguntaba Vargas al responsable del vertedero.

—Me lo he hecho con un simple formón —contestó Rivera a Vargas—. Primero he probado con el escoplo..., tiene la boca en bisel para cortar en ángulo oblicuo..., pero no me iba bien.

—Y entonces has cambiado de formón —acicateó Lupe al ‘jefe’. Juan Diego lo tradujo.

—Sí, he cambiado de formón —confirmó Rivera—. El problema era el propio objeto en el que estaba trabajando; no es posible inmovilizarlo en posición horizontal. Es difícil sujetarlo por la base; en realidad, el objeto no tiene base propiamente dicha.

—Es difícil estabilizar el objeto con una mano mientras lo cortas, o rebajas, con el escoplo, que tienes en la otra mano —explicó Lupe. Juan Diego tradujo también esta aclaración.

—Sí..., es difícil estabilizar el objeto, eso desde luego —convino el responsable del vertedero.

—¿Qué clase de objeto es ése, ‘jefe’? —preguntó Juan Diego.

—Para que te hagas una idea, viene a ser como el pomo de una puerta... o el saliente del pestillo de una puerta, o de una ventana —contestó el responsable del vertedero—. Algo así.

—Complicado asunto —dijo Lupe. Esto Juan Diego también lo tradujo.

—Sí —fue lo único que dijo Rivera.

—Se ha hecho un corte del carajo, ‘jefe’ —comentó Vargas al responsable del vertedero—. Igual debería limitarse a los asuntos del ‘basurero’.

En ese momento, todo el mundo se rió; Juan Diego aún oía sus risas, mientras Dorothy seguía dale que te pego. Contaba algo sobre la costa noroccidental de Luzón. En los siglos X y XI, Laoag era un puerto comercial y un pueblo de pescadores; «se nota la influencia china», decía Dorothy. «Después llegó la invasión española, con todo ese rollo de Jesús y María..., tus viejos amigos», dijo Dorothy a Juan Diego. (Los españoles llegaron en el siglo XVI; estuvieron en las Filipinas más de trescientos años.)

Pero Juan Diego no prestaba atención. Era otro el diálogo que pesaba en él, un momento en el que podría (debería) haber visto que algo se avecinaba, un momento en el que él podría haber cambiado el curso de los inminentes acontecimientos.

Lupe, tan cerca de Vargas que le habría sido posible tocar los puntos, observaba cómo el médico suturaba las heridas en los dedos pulgar e índice de Rivera; Vargas le dijo a Lupe que se exponía a que su inquisitiva carita quedara cosida a la mano del ‘jefe’. Fue entonces cuando Lupe preguntó a Vargas qué sabía acerca de los leones y la rabia.

—¿Pueden coger la rabia los leones? Empecemos por ahí —comenzó Lupe. Juan Diego lo tradujo, pero Vargas era de esos hombres poco predispuestos a reconocer que no sabía algo.

—Un perro infectado puede transmitir la rabia cuando el virus llega a las glándulas salivares del perro, lo cual ocurre una semana, o menos, antes de que el perro muera a causa de la rabia.

—Lupe quiere saber qué pasa con los leones —insistió Juan Diego.

—El periodo de incubación en un humano infectado es de entre tres y siete

semanas, pero yo he tenido pacientes que desarrollan la enfermedad al cabo de diez días —decía Vargas cuando Lupe lo interrumpió.

—Pongamos que un perro con rabia muerde a un león; ya me entiende, un perro de las azoteas, o uno de esos ‘perros del basurero’. ¿Se pone enfermo el león? ¿Qué le pasa al león? —preguntó Lupe a Vargas.

—Estoy seguro de que se han realizado estudios... Tendré que echar un vistazo a las investigaciones que se han hecho sobre la rabia en los leones —dijo el doctor Vargas con un suspiro—. Probablemente, la mayoría de las personas que sufren la mordedura de un león no se preocupan por la rabia. Ésa no sería la principal preocupación que uno tendría, en el caso de que le mordiera un león —dijo a Lupe.

Juan Diego sabía que el encogimiento de hombros de Lupe no tenía traducción.

El doctor Vargas estaba vendando los dedos pulgar e índice de la mano izquierda de Rivera.

—‘Jefe’, tiene que mantener esto limpio y seco —decía Vargas al responsable del vertedero. Pero Rivera observaba a Lupe, que eludía su mirada; el ‘jefe’ sabía cuándo Lupe escondía algo.

Y Juan Diego estaba impaciente por regresar a Cinco Señores, donde La Maravilla estaría plantando las carpas y tranquilizando a los animales. En aquel momento, Juan Diego creía que tenía asuntos que atender más importantes que lo que a Lupe le rondaba por la mente. Como es propio de un muchacho de catorce años, Juan Diego soñaba con ser un héroe: abrigaba la ambición de caminar por las alturas. (Y Lupe, claro está, sabía en qué pensaba su hermano; podía leerle el pensamiento.)

Se apretujaron los cuatro en el Volkswagen escarabajo de Pepe; Pepe dejó a los niños de la basura en Cinco Señores antes de llevar a Rivera de regreso a la chabola de Guerrero. (El ‘jefe’ había dicho que quería echarse una siesta antes de que se le pasara el efecto de la anestesia local.)

En el coche, Pepe dijo a los niños de la basura que serían bien acogidos en Niños Perdidos si deseaban volver.

—Tendréis a punto vuestra antigua habitación cuando queráis —fue como Pepe se expresó.

Pero la hermana Gloria había devuelto la muñeca sexual de la Virgen Guadalupe de tamaño natural al establecimiento de las posadas; Niños Perdidos ya nunca sería lo mismo, pensaba Juan Diego. ¿Y por qué iba uno a abandonar un orfanato y después volver? Si uno se iba, se iba, pensó Juan Diego: uno sigue adelante, no vuelve atrás.

Cuando llegaron al circo, Rivera lloraba; los niños de la basura sabían que no se le había pasado el efecto de la anestesia local, pero el responsable del vertedero, en su congoja, era incapaz de hablar.

—‘Jefe’, sabemos que en Guerrero seríamos bien recibidos si quisiéramos volver allí —empezó a decir Lupe—. Dile a Rivera que sabemos que la chabola es nuestra chabola, si alguna vez necesitamos ir a casa —continuó diciendo Lupe a Juan Diego—. Dile que nosotros también lo echamos de menos —añadió Lupe. Juan Diego

repitió todo eso mientras Rivera seguía llorando; sus anchos hombros temblaban en el asiento del acompañante.

Es asombroso que, a esa edad, a los trece o catorce años, uno valore tan poco el hecho de ser objeto de afecto, que uno (incluso cuando es querido) se sienta totalmente solo. Los niños de la basura no habían sido abandonados en el Circo de La Maravilla; aun así, habían dejado de confiar el uno en el otro, y no confiaban en nadie más.

—Buena suerte con ese objeto en el que estás trabajando —dijo Juan Diego a Rivera cuando el responsable del vertedero se marchaba de Cinco Señores para volver a Guerrero.

—Un asunto complicado —repitió Lupe, como si hablara sola. (Después de alejarse el Volkswagen escarabajo de Pepe, únicamente habría podido oírla Juan Diego, y en realidad no la escuchaba.)

Juan Diego estaba pensando en su propio y complicado asunto. Por lo visto, en cuanto a tener huevos, sólo la carpa principal —caminar por las alturas a veinticinco metros del suelo, sin red— era una verdadera prueba. O eso había dicho Dolores, y Juan Diego lo creía. Soledad lo había entrenado, enseñándole a caminar por la escalera en la carpa de las jóvenes acróbatas, pero Dolores sostenía que eso no valía.

Juan Diego recordaba haber soñado que caminaba por las alturas..., antes de saber qué era caminar por las alturas, cuando Lupe y él vivían aún en la chabola de Rivera en Guerrero. Y cuando Juan Diego preguntó a su hermana qué opinaba de ese sueño en el que caminaba cabeza abajo en el firmamento, ella había adoptado su característica pose de misterio. Lo único que Juan Diego le había dicho a Lupe sobre ese sueño fue:

—Llega un momento en la vida de toda persona en que debe soltar las manos, las dos manos.

—Es un sueño sobre el futuro —había dicho Lupe—. Es un sueño de muerte — fue como ella lo había expresado.

Dolores había definido el momento crucial, ese en el que uno debe soltar las manos, las dos manos. «Nunca sé en manos de quién estoy entonces, en ese momento», había dicho Dolores. «¿Puede ser que esas vírgenes milagrosas tengan manos mágicas? Quizás estoy en manos de ellas en ese momento. No creo que debas pensar en eso. Es entonces cuando debes concentrarte en los pies, paso a paso. Creo que en la vida de toda persona hay siempre un momento en el que debe decidir cuál es su lugar. En ese momento, uno no está en manos de nadie», había dicho Dolores a Juan Diego. «En ese momento, todo el mundo camina por las alturas. Quizá todas las grandes decisiones se toman sin red», le había explicado La Maravilla en persona. «Llega la hora, en la vida de toda persona, en que uno debe soltarse.»

Después de un viaje por carretera, al día siguiente, el Circo de La Maravilla se levantaba tarde; es decir, «tarde» para un circo. Juan Diego contaba con madrugar, pero es difícil madrugar más que los perros. Juan Diego trató de salir furtivamente de

la carpa de los perros sin suscitar sospechas; por supuesto, cualquier perro que estuviese despierto querría acompañarlo.

Juan Diego se levantó tan temprano que sólo lo oyó *Pastora*; ella ya estaba despierta, deambulando. Como es lógico, la ovejera no entendió por qué Juan Diego no se la llevaba al marcharse de la carpa. Fue probablemente *Pastora* quien despertó a Lupe, después de marcharse Juan Diego.

En la avenida de las carpas no había un alma. Juan Diego estaba alerta a la posible aparición de Dolores; ella madrugaba para ir a correr. Últimamente, por lo visto, corría demasiado o con demasiada intensidad; algunas mañanas acababa vomitando. Aunque le gustaban las largas piernas de Dolores, Juan Diego era incapaz de entender esas demenciales carreras. ¿A qué muchacho cojo le gusta correr? E incluso si a uno le *encantaba* correr, ¿por qué había de correr hasta echar las tripas?

Pero Dolores se tomaba muy en serio su entrenamiento. Ella corría y bebía mucha agua. Consideraba que las dos cosas eran de vital importancia para prevenir los calambres musculares en las piernas. No convenía tener un calambre en la pierna que sostenía el peso mientras se recorrían los peldaños de cuerda por las alturas: no a veinticinco metros de altura, no cuando el pie unido a esa pierna era lo único que te mantenía sujeta a la escalera.

Juan Diego encontraba consuelo en la idea de que ninguna de las chicas de la carpa de las acróbatas estaba en condiciones de sustituir a Dolores como La Maravilla; Juan Diego sabía que, después de Dolores, él era el mejor funámbulo de La Maravilla, aunque sólo a una altura de tres metros y medio.

La carpa principal era otro cantar. La cuerda de nudos era lo que utilizaban todos los volatineros para trepar hasta lo alto de la carpa. Los nudos se hallaban espaciados a lo largo de la gruesa cuerda de modo que pudieran acomodarse en ellos las manos y los pies de los trapecistas; los nudos estaban al alcance de Dolores, y al alcance de los volatineros argentinos sexualmente hiperactivos.

Para Juan Diego, los nudos no eran problema; tenía un agarre firme (debía de pesar lo mismo que Dolores poco más o menos), las manos le llegaban fácilmente al siguiente nudo por encima de él, y afianzaba con seguridad el pie ileso en el nudo correspondiente. Subió y subió; trepar por una cuerda es un ejercicio agotador, pero Juan Diego mantenía la mirada fija al frente: miraba sólo hacia arriba. Por encima de él veía la escalera con peldaños de cuerda en lo alto de la carpa principal, a cada tirón de brazos veía acercarse la escalera un poco más.

Pero veinticinco metros son un largo ascenso, sólo una brazada cada vez, y el problema era que Juan Diego no se atrevía a mirar hacia abajo. No apartaba la mirada de los peldaños de cuerda de la escalera destinada al paseo por las alturas; centraba toda su atención en lo alto de la carpa principal, que se aproximaba poco a poco, un jalón cada vez.

—¡Tú tienes otro futuro! —oyó gritar a Lupe, tal como le había dicho antes.

Juan Diego sabía que mirar hacia abajo no era una opción; siguió subiendo.

Estaba casi en lo alto; había rebasado ya las plataformas de los trapevistas. Podría haber alargado el brazo y tocado los trapecios, pero eso habría implicado soltar la cuerda, y no estaba dispuesto a soltarla, ni siquiera con una mano.

Había rebasado también los focos, casi sin notar su presencia, porque estaban apagados. Pero percibía vagamente las bombillas sin luz: los focos estaban orientados hacia arriba. Su función era iluminar al funámbulo que caminaba por las alturas, pero también alumbraban los peldaños de cuerda de la escalera con la luz más intensa posible.

—No mires hacia abajo, nunca mires hacia abajo —oyó decir Juan Diego a Dolores. Debía de haber acabado de correr, porque le llegaron a los oídos sus arcadas. Juan Diego no miró hacia abajo, y, sin embargo, la voz de Dolores lo había inducido a detenerse; le ardían los músculos de los brazos, pero se sentía fuerte. Y ya no le faltaba mucho.

—¡Otro futuro! ¡Otro futuro! ¡Otro futuro! —gritó Lupe.

Dolores continuó vomitando. Juan Diego dedujo que ellas dos eran su único público.

—No deberías haber parado —consiguió decirle Dolores—. Tienes que pasar de la cuerda de ascenso a la escalera sin pensar, porque tienes que soltarte de la cuerda antes de agarrarte a la escalera. —Eso implicaba que tenía que soltarse *dos veces*.

Nadie le había hablado de esa parte. Ni Soledad ni Dolores creían que estuviera preparado para esa parte. Juan Diego descubrió que no era capaz de soltarse ni una sola vez, ni siquiera una mano. Se quedó paralizado; allí inmóvil, sentía el balanceo de la gruesa cuerda.

—Baja —instó Dolores—. No todo el mundo tiene huevos para esa parte. Estoy segura de que tendrás huevos para muchas otras cosas.

—Tú tienes otro futuro —repitió Lupe, ya sin levantar tanto la voz.

Juan Diego descendió por la cuerda sin mirar hacia abajo ni una sola vez. Cuanto tocó el suelo con los pies, le sorprendió ver que Lupe y él estaban solos en la enorme carpa.

—¿Adónde ha ido Dolores? —preguntó Juan Diego.

Lupe había dicho auténticas barbaridades sobre Dolores: «¡Anda y que se la cepille el domador de leones!». (De hecho, Ignacio ya se había cepillado a Dolores.) «¡Ése es su único futuro!», había dicho Lupe, pero ahora lamentaba haber proferido esas cosas. Dolores había tenido su primera regla hacía un tiempo; quizá los leones no supieran cuándo empezó a sangrar Dolores, pero Ignacio sí lo supo.

Dolores había estado saliendo a correr para librarse del niño —ya no le venía la regla—, pero no lograba correr con intensidad suficiente para abortar. Eran las náuseas matutinas propias del embarazo la causa de las vomiteras de Dolores.

Cuando Lupe le contó todo esto a Juan Diego, éste preguntó a Lupe si Dolores había hablado de ello, pero Dolores no había informado a Lupe de su estado. Lupe, sencillamente, había leído lo que Dolores tenía en la mente.

Dolores sí le dijo una cosa a Lupe esa mañana cuando La Maravilla salió de la carpa principal, en cuanto Dolores supo que Juan Diego descendía por la cuerda. «Te diré para qué no tengo yo huevos, porque eres una sabelotodo y seguramente ya lo sabes», dijo Dolores a Lupe. «No tengo huevos para la próxima parte de mi vida», confesó la funámbula. Acto seguido, Dolores abandonó la carpa principal; ya no volvería. La Maravilla no tendría a nadie que caminara por las alturas.

La última persona que vio a Dolores en Oaxaca fue el doctor Vargas, en el servicio de urgencias de la Cruz Roja. Vargas explicó que Dolores murió de una peritonitis, causada por un aborto chapucero que se le practicó en Guadalajara. Vargas dijo: «El gilipollas del domador de leones conoce a un aficionado, y le manda a sus funámbulas embarazadas». Cuando Dolores llegó a la Cruz Roja, la infección ya estaba muy avanzada y Vargas no pudo salvarla.

«¡Así te mueras de parto, puta mona!», había dicho Lupe en una ocasión a La Maravilla. En cierto modo, eso fue lo que le ocurrió a Dolores; al igual que Juan Diego, tenía sólo catorce años. El Circo de La Maravilla perdió a La Maravilla.

La cadena de acontecimientos, los eslabones de nuestras vidas —lo que nos lleva allí adonde vamos, las trayectorias que seguimos hasta nuestro final, lo que no vemos venir, y lo que hacemos—, todo ello puede ser misterioso, o sencillamente invisible, o incluso evidente.

Vargas era un buen médico y un hombre inteligente. Le bastó con mirar a Dolores para saberlo todo: el aborto en Guadalajara (Vargas ya había visto los resultados antes); el aficionado que había hecho la chapuza (Vargas sabía que el carnicero era amigo de Ignacio); la chica de catorce años que había tenido su primera regla hacía muy poco (Vargas conocía la extraña conexión entre los paseos por las alturas y la menstruación, aunque ignoraba que el domador de leones había dicho a las chicas que los leones sabían cuándo sangraban las chicas).

Pero ni siquiera Vargas lo sabía todo. El doctor Vargas cultivaría durante el resto de su vida el interés por los leones y la rabia; seguiría enviando a Juan Diego datos de las investigaciones existentes. Sin embargo, cuando Lupe hizo la pregunta —cuando Lupe buscaba respuestas—, Vargas no aportó posteriormente información alguna sobre los leones.

Fiel a su naturaleza, Vargas tenía una mentalidad científica: no podía dejar de especular. En realidad no le interesaban los leones y la rabia, pero mucho después de la muerte de Lupe, Vargas se preguntaría por qué Lupe quería saberlo.

El ‘señor Eduardo’ y Flor habían muerto de sida y Lupe se había ido ya hacía mucho tiempo cuando Vargas escribió a Juan Diego sobre unos incomprensibles «estudios» llevados a cabo en Tanzania. Una investigación sobre la rabia en los leones del Serengeti exponía ciertos postulados «significativos», que Vargas había destacado.

La rabia en los leones tenía su origen en los perros domésticos. Se creía que se propagaba de los perros a las hienas, y de las hienas a los leones. La rabia en los

leones podía causar enfermedad, pero también podía permanecer «latente». (Se habían producido epidemias de rabia entre los leones en 1976 y 1981, pero no se manifestó la enfermedad; se las llamaba epidemias latentes.) La presencia de cierto parásito, que había sido comparado con la malaria, determinaba, según se pensaba, si la enfermedad de la rabia se manifestaba o no; en otras palabras, un león podía propagar la rabia sin estar enfermo, y no enfermar nunca; en tanto que un león podía contraer el mismo virus de la rabia y morir, según si se producía o no la coinfección con el parásito.

«Eso tiene que ver con los efectos en el sistema inmune causados por el parásito», había escrito Vargas a Juan Diego. Habían tenido lugar epidemias de rabia «mortíferas» entre los leones del Serengueti; éstas se produjeron en periodos de sequía, que eliminaban al búfalo cafre. (Los cuerpos de los búfalos muertos estaban infestados de garrapatas, portadoras del parásito.)

No es que Vargas pensara que esos «estudios» tanzanos acaso hubieran ayudado a Lupe. A ella le interesaba saber si *Hombre* podía contraer la rabia o no, y si la rabia provocaría la enfermedad en *Hombre*. Pero ¿por qué? Eso era lo que Vargas deseaba saber. (¿Qué sentido tenía averiguarlo ahora?, pensaba Juan Diego. Era demasiado tarde para saber qué habría pensado Lupe.)

Para un león, enfermar de rabia era una probabilidad remota, incluso en el Serengueti, pero ¿qué idea descabellada se había planteado Lupe, antes de pensárselo mejor y concebir la siguiente idea descabellada?

¿Qué importancia tenía que *Hombre* enfermara de rabia? De ahí debía de haber salido la idea del perro de las azoteas, antes de que Lupe la descartara. Un perro rabioso muerde a *Hombre*, u *Hombre* mata y devora a un perro rabioso, pero entonces ¿qué? *Hombre* enferma, entonces *Hombre* muerde a Ignacio, pero ¿qué pasa a continuación?

—Todo tenía que ver con lo que pensaban las leonas —había explicado Juan Diego a Vargas un centenar de veces—. Lupe leía el pensamiento a los leones; sabía que *Hombre* nunca haría daño a Ignacio. Y las chicas de La Maravilla nunca estarían a salvo, no mientras el domador de leones viviese. Lupe también sabía eso, porque leía el pensamiento a Ignacio.

Naturalmente, esa lógica rocambolesca no se expresaba en el lenguaje de los estudios científicos que el doctor Vargas consideraba convincentes.

—¿Estás diciendo que Lupe sabía de algún modo que las leonas matarían a Ignacio, pero sólo si el domador de leones mataba a *Hombre*? —preguntó Vargas (siempre incrédulo) a Juan Diego.

—Se lo oí decir a ella —le había repetido Juan Diego a Vargas una y otra vez—. Lupe no dijo que las leonas «matarían» a Ignacio; dijo «lo matarán». Lupe dijo que las leonas odiaban a Ignacio. Dijo que las leonas eran todas más tontas que putas monas, porque las leonas estaban celosas de Ignacio y pensaban que *Hombre* amaba más al domador de leones que a ellas. Ignacio no tenía nada que temer de *Hombre*;

eran las leonas las que deberían haber amedrentado al domador de leones, decía siempre Lupe.

—¿Lupe sabía todo eso? ¿Cómo sabía todo eso? —preguntaba siempre el doctor Vargas a Juan Diego. Los estudios del doctor sobre la rabia en los leones proseguirían. (No era un campo de estudio muy difundido.)

El mismo día que Juan Diego se rajó en su empeño de caminar por las alturas sería conocido en Oaxaca (durante un tiempo) como «el día de la Nariz». Nunca se lo llamaría «el día de la Nariz» en un calendario eclesiástico; no se convertiría en una festividad nacional, ni siquiera en el día de un santo patrón local. El día de la Nariz pronto caería en el olvido —incluso para los lugareños—, pero, durante un tiempo, se lo consideraría un gran acontecimiento a pequeña escala.

En la avenida de las carpas, Lupe y Juan Diego estaban solos; todavía era temprano, antes de la primera misa de la mañana, y el Circo de La Maravilla aún dormía.

Se oía cierto revuelo en la carpa de los perros —era evidente que, dentro, Estrella y los perros no dormían—, y los niños de la basura corrieron a ver cuál era la causa del revuelo. No era habitual ver el Volkswagen escarabajo del hermano Pepe en la avenida de las carpas —el pequeño coche estaba vacío, pero Pepe había dejado el motor al ralentí—, y los niños oían al perro mestizo, *Chucho*, ladrar desafortadamente. En la puerta abierta de la carpa de los perros, *Alemania*, la hembra de pastor alemán, gruñía: mantenía a raya a Edward Bonshaw.

—¡Ahí están! —exclamó Pepe cuando vio a los niños de la basura.

—Uy, uy, uy —dijo Lupe. (Obviamente sabía qué les rondaba por la cabeza a los jesuitas.)

—¿Habéis visto a Rivera? —preguntó el hermano Pepe a Juan Diego.

—No desde que lo vio usted mismo —contestó Juan Diego.

—El responsable del vertedero tenía pensado ir a la primera misa de la mañana —explicó Lupe; esperó a que su hermano lo tradujera antes de decir el resto a Juan Diego. Como Lupe sabía todo lo que estaban pensando Pepe y el ‘señor Eduardo’, no esperó a que éstos le contaran a Juan Diego qué ocurría—. Al Monstruo María le ha salido una nariz nueva —dijo Lupe—. O a la Virgen María le ha aparecido la nariz de otro. Como cabría esperar, el asunto está abierto a debate.

—¿Qué asunto? —le preguntó Juan Diego.

—El posible milagro; hay dos líneas de pensamiento —respondió Lupe—. Nosotros esparcimos las cenizas de la nariz antigua; ahora el Monstruo María tiene una nariz nueva. ¿Es un milagro, o es rinoplastia? Como podrás imaginar, el padre Alfonso y el padre Octavio no ven bien que la palabra «milagro» se use a la ligera —informó Lupe.

Naturalmente, el ‘señor Eduardo’ había oído y comprendido la palabra «milagro».

—¿Ha dicho Lupe «milagro»? —preguntó el oriundo de Iowa a Juan Diego.

—Según Lupe, ésa es una línea de pensamiento —explicó Juan Diego.

—¿Y qué dice Lupe sobre el cambio de color de la Virgen María? —preguntó el hermano Pepe—. Rivera limpió las cenizas, pero la estatua es mucho más morena que antes.

—El padre Alfonso y el padre Octavio consideran que no es nuestra antigua María, blanca como la cera —informó Lupe—. Los sacerdotes piensan que el Monstruo María se parece mucho más a Guadalupe que a María; el padre Alfonso y el padre Octavio piensan que la Virgen María se ha convertido en una Virgen morena gigantesca.

Pero cuando Juan Diego tradujo esto, Edward Bonshaw se animó, o se animó lo más que se atrevió con *Alemania* allí gruñéndole.

—¿No sostenemos siempre nosotros..., con «nosotros» quiero decir «la Iglesia»..., que, en cierto sentido, la Virgen María y Nuestra Señora de Guadalupe son una misma cosa? —preguntó el oriundo de Iowa—. Bueno, pues si las vírgenes son una sola cosa, lógicamente el color de la piel no importa, ¿no?

—Ésa es una línea de pensamiento —señaló Lupe a Juan Diego—. El color de la piel del Monstruo María también está abierto a debate.

—Rivera estaba solo con la estatua..., pidió que lo dejáramos solo con ella —recordó el hermano Pepe a los niños de la basura—. Vosotros, ‘niños’, no pensaréis que el responsable del vertedero ha hecho algo, ¿verdad?

Como cabe imaginar, la cuestión de si Rivera hizo algo o no también había estado sujeta a debate.

—Según el ‘jefe’, el objeto en el que estaba trabajando no podía inmovilizarse en posición horizontal, y era difícil sujetarlo por la base; el responsable del vertedero dijo que, en realidad, el objeto no tenía base propiamente dicha —señaló Lupe—. Eso suena a nariz —añadió.

«Para que te hagas una idea, viene a ser como el pomo de una puerta... o el saliente del pestillo de una puerta, o de una ventana. Algo así», había dicho el jefe. (Más o menos como una nariz, pensaba Juan Diego.)

«Un asunto complicado», había comentado Lupe con relación a aquello en lo que estaba trabajando el responsable del vertedero. Pero Lupe nunca diría si sabía que Rivera había tallado una nariz nueva para el Monstruo María, y —mucho antes de que los niños del vertedero volvieran en coche al Templo de la Compañía de Jesús con el hermano Pepe y el ‘señor Eduardo’ en el Volkswagen escarabajo— Lupe y Juan Diego tenían sobrada experiencia para saber que el ‘jefe’ ya se había guardado secretos antes.

Desde Cinco Señores hasta el centro de Oaxaca circularon en hora punta. Llegaron al templo de los jesuitas acabada la misa. Algunos de los devotos de la nueva nariz rondaban todavía por allí, contemplando boquiabiertos aquel Monstruo María moreno; al limpiar la imagen, Rivera había conseguido eliminar parte de los elementos colorantes del contenido químico del ataque ceniciento contra la Virgen

María. (Al parecer, la ropa de la virgen gigantesca no se había oscurecido, o al menos la ropa no se había oscurecido tan perceptiblemente como la piel.) Rivera había asistido a la misa, pero se había mantenido a distancia de los mirones absortos en la nariz; el responsable del vertedero rezaba en silencio, para sí, en un reclinatorio, un tanto alejado de los primeros bancos. El temperamento imperturbable del ‘jefe’ había sido una barrera inexpugnable ante las insinuaciones de los dos viejos sacerdotes.

En cuanto a la tonalidad oscura de la piel de la Virgen María, Rivera sólo habló de pintura y trementina, o de «algún tipo de disolvente de pintura» y «algo para dar color a la madera». Por supuesto, el responsable del vertedero mencionó también los efectos posiblemente severos de la gasolina, su sustancia preferida para encender fuegos.

En cuanto a la nariz nueva, Rivera sostenía que la estatua seguía sin nariz cuando él concluyó la limpieza. (Pepe dijo que no había visto la nariz nueva cuando echó la llave esa noche.)

Lupe sonreía al Monstruo María moreno: la Virgen María gigantesca ofrecía, desde luego, un aspecto más indígena. A Lupe le gustaba también la nariz nueva.

—Es menos perfecta, más humana —observó Lupe. El padre Alfonso y el padre Octavio, que no estaban acostumbrados a ver sonreír a Lupe, pidieron la traducción a Juan Diego.

—Parece una nariz de boxeador —comentó el padre Alfonso en respuesta a la evaluación de Lupe.

—Una nariz fracturada, eso está claro —dijo el padre Octavio fijando la mirada en Lupe. (A su juicio, «menos perfecta, más humana» era sin duda una imagen inapropiada para la Virgen María.)

Los dos viejos sacerdotes habían pedido al doctor Vargas que se acercara por allí y diera su opinión científica. No es que les gustara la ciencia (o creyeran en ella), como el hermano Pepe bien sabía, pero Vargas no era un hombre que fuera a utilizar la palabra «milagro» a la ligera; Vargas tendía a no usar jamás la palabra «milagro», y el padre Alfonso y el padre Octavio se decantaban claramente por restar valor a la interpretación milagrosa de la piel más morena y de la nariz nueva del Monstruo María. (Los dos viejos sacerdotes debían de ser conscientes de que, solicitando a Vargas su opinión, incurrieran en un riesgo.)

Edward Bonshaw había visto tambalearse su fe recientemente, después de faltar tanto a sus votos como a su determinación de «no doblegarse ante ningún viento», tenía sus propias razones para buscar una aceptación liberal de la —alterada pero no menos trascendental— Virgen María que se alzaba ante ellos.

En cuanto al hermano Pepe, siempre había abierto los brazos al cambio... y a la tolerancia, la tolerancia por encima de todo. El inglés de Pepe había mejorado mucho gracias a su trato con Juan Diego y el oriundo de Iowa. Pero Pepe, en su entusiasmo por aceptar a la Virgen morena con su nariz distinta, declaró que el Monstruo María transformado era «de cajón».

Pepe no debía de ser muy consciente de que, al decir «es de cajón», insinuaba que aquello era lo lógico y normal, y el padre Alfonso y el padre Octavio no entendieron qué había de «normal» en una Virgen María de aspecto indígena (con nariz de púgil).

—Pepe, ¿no querrás decir que es un «cajón de sastre»? —apuntó el ‘señor Eduardo’ servicialmente, pero tampoco eso fue bien recibido por los dos viejos sacerdotes.

El padre Alfonso y el padre Octavio no querían pensar en la Virgen María como algo parecido a un «cajón» o a un «sastre».

—Esta María es lo que es —dijo Lupe—. Ya ha hecho más de lo que yo esperaba que hiciese —añadió Lupe—. Al menos ha hecho algo, ¿o no? —preguntó Lupe a los dos viejos sacerdotes—. ¿Qué más da de dónde haya salido la nariz? ¿Por qué tiene que ser esa nariz un milagro? ¿O por qué no va a ser un milagro? ¿Qué necesidad hay de interpretarlo todo? —preguntó a los dos viejos sacerdotes—. ¿Acaso sabe alguien cómo era la auténtica Virgen María? —preguntó Lupe a todos los presentes—. ¿Conocemos acaso el color de la piel de la auténtica virgen, o cómo era su nariz? —preguntó Lupe; estaba en vena. Juan Diego tradujo su alocución palabra por palabra.

Incluso los devotos de la nariz nueva habían dejado de contemplar boquiabiertos al Monstruo María; habían depositado su atención en la niña farfullante. El responsable del vertedero dejó sus mudas oraciones y alzó la vista. Y todos vieron que Vargas estaba allí desde el principio. El doctor Vargas se hallaba a cierta distancia de la descomunal estatua. Examinaba la nariz nueva de la Virgen María con unos prismáticos; Vargas ya había pedido a la nueva mujer de la limpieza que le acercara la escalera larga.

—Me gustaría añadir unas palabras de Shakespeare —anunció Edward Bonshaw, siempre profesoral. (Se trataba de aquel conocido pasaje de *Romeo y Julieta*, la tragedia que el oriundo de Iowa tanto admiraba)—. «¿Qué tiene un nombre?» —recitó el ‘señor Eduardo’; el escolar cambió la palabra «rosa» por «nariz», naturalmente—. «Lo que llamamos nariz olería igual de bien con cualquier otro nombre» —declamó Edward Bonshaw con voz atronadora.

El padre Alfonso y el padre Octavio se habían quedado mudos después de oír la traducción de Juan Diego de las inspiradas afirmaciones de Lupe, pero Shakespeare no había impresionado a los dos viejos sacerdotes: ya habían oído antes a Shakespeare, un autor muy secular.

—El *quid* está en los materiales, Vargas... La cara, la nariz nueva, ¿son del mismo material? —preguntó el padre Alfonso al médico, que seguía examinando la nariz en cuestión a través de aquellos prismáticos omnividentes.

—Y nos preguntamos si hay alguna fisura o alguna grieta visible donde la nariz se acopla a la cara —añadió el padre Octavio.

La mujer de la limpieza (recia y ruda, ésta sí parecía una mujer de la limpieza) llevaba la escalera a rastras por el pasillo central; Esperanza, ella sola, no habría podido arrastrar esa escalera tan larga (desde luego no habría podido cargar con su

peso). Vargas ayudó a la mujer de la limpieza a colocar la escalera, apoyada en la gigante.

—No estoy recordando cómo reacciona el Monstruo María a las escaleras —dijo Lupe a Juan Diego.

—Al igual que tú, yo tampoco lo estoy recordando —fue lo único que le dijo Juan Diego.

Los niños de la basura no sabían, con toda certeza, si la anterior nariz del Monstruo María era de madera o de piedra; tanto Lupe como Juan Diego creían que era de madera, madera pintada. Pero años más tarde, cuando el hermano Pepe, en una carta a Juan Diego, hizo referencia a la «restauración interior» del Templo de la Compañía de Jesús, Pepe había mencionado la «nueva piedra caliza».

«¿Sabías», había preguntado Pepe a Juan Diego, «que de la piedra caliza, cuando se quema, se obtiene cal?» Juan Diego no lo sabía y tampoco entendió si Pepe quería decir que el propio Monstruo María había sido restaurado. ¿Se incluía a la gigantesca Virgen en lo que Pepe había descrito como la «restauración interior» del templo? Y, en tal caso, ¿debía inferirse a partir de la estatua restaurada (ahora de «piedra caliza nueva») que la anterior Virgen María era de otra clase de piedra?

Mientras Vargas subía por la escalera para echar un vistazo de cerca a la cara del Monstruo María —por ahora inescrutable; los ojos de la virgen de apariencia indígena no delataban una posible animación inminente, de momento—, Lupe le leyó el pensamiento a Juan Diego.

—Sí, yo también pienso que era de madera, no de piedra —dijo Lupe a Juan Diego—. Por otro lado, si Rivera estaba utilizando formones de carpintero para rebajar y tallar piedra..., en fin, quizás eso explicara por qué se cortó. Nunca se había cortado, o yo no lo había visto, ¿y tú? —preguntó Lupe a su hermano.

—No —respondió Juan Diego. Estaba pensando que las dos narices eran de madera, pero que Vargas, probablemente, encontraría la manera de revestir sus explicaciones de tono científico sin decir gran cosa sobre la composición real del material de la nueva nariz milagrosa (o no milagrosa).

Los dos viejos sacerdotes observaban a Vargas con atención, pese a que el médico estaba muy arriba en la escalera; era difícil ver qué hacía Vargas exactamente.

—¿Eso es un cuchillo? No iré a hacerle un corte, ¿verdad? —preguntó el padre Alfonso alzando la voz hacia lo alto de la larga escalera.

—Es una navaja suiza. Yo tenía una, pero... —empezó Edward Bonshaw antes de que el padre Octavio lo interrumpiera.

—¡No le pedimos que extraiga sangre, Vargas! —exclamó el padre Octavio, alzando a su vez la voz hacia lo alto de la larga escalera.

Lupe y Juan Diego no tenían el menor interés en la navaja suiza; observaban los ojos indolentes de la Virgen María.

—Debo decir que esto es una rinoplastia prácticamente sin costuras —informó el doctor Vargas casi en lo más alto de la precaria escalera—. En cirugía, a menudo hay

una gran diferencia entre el trabajo de un aficionado y lo sublime.

—¿Está usted diciendo que esta intervención quirúrgica entra en la categoría de lo sublime, pero que, aun así, es una intervención quirúrgica? —preguntó el padre Alfonso hacia a lo alto de la escalera.

—Hay una ligera tara a un lado de uno de los orificios nasales, como un lunar; desde ahí abajo sería imposible verla —dijo Vargas al padre Alfonso.

El supuesto lunar podría haber sido una mancha de sangre, estaba pensando Juan Diego.

—Sí, podría ser sangre —dijo Lupe a su hermano—. El ‘jefe’ debió de sangrar mucho.

—¿La Virgen María tiene un lunar? —preguntó el padre Octavio, indignado.

—No es un defecto; en realidad resulta intrigante —dijo Vargas.

—¿Y los materiales, Vargas? ¿La cara, la nariz nueva? —recordó el padre Octavio al científico.

—Ah, detecto en esta dama más presencia del mundo que de los cielos —respondió Vargas; se guaseaba de los dos viejos sacerdotes, y ellos lo sabían—. Percibo en su aroma más presencia del ‘basurero’ que del placentero más allá.

—Cíñase a los elementos científicos —dijo el padre Alfonso.

—Si queremos poesía, ya leeremos a Shakespeare —añadió el padre Octavio y lanzó una mirada furibunda al hombre papagayo, quien comprendió, por la expresión del padre Octavio, que no debía recitar más pasajes de *Romeo y Julieta*.

El responsable del vertedero había acabado de rezar; ya no estaba de rodillas. Si la nueva nariz era obra suya o no, el ‘jefe’ no tenía intención de decirlo; mantenía el vendaje limpio y seco, y guardaba silencio.

Rivera se habría marchado del templo, dejando a Vargas en lo alto de la escalera y a los dos viejos sacerdotes sintiéndose blanco de sus burlas, pero Lupe debió de querer que todos estuvieran presentes cuando hablase. Sólo más tarde caería Juan Diego en la cuenta de por qué quiso que todos la oyeran.

Los últimos mirones idiotas embobados con la nariz habían abandonado el templo; acaso fueran buscadores de milagros, pero poseían conocimiento suficiente del mundo real para saber que difícilmente oirían salir la palabra «milagro» de labios de un médico con prismáticos y una navaja suiza subido a una escalera.

—Nariz por nariz, a mí eso me basta. Traduce todo lo que diga —indicó Lupe a Juan Diego—. Cuando muera, no me quemén. Móntenme la parafernalia completa —dijo Lupe mirando directamente al padre Alfonso y al padre Octavio—. Si queréis quemar algo —dijo a Rivera y a Juan Diego—, podéis quemar mi ropa..., mis pocas pertenencias. Si ha muerto un cachorro, entonces sí, podéis quemar al cachorro con mis cosas, eso por descontado. Pero a mí no me queméis. Hagan conmigo lo que ella querría que se hiciera —dijo Lupe a todos, señalando al Monstruo María con nariz de boxeador—. Y espolvorea..., sólo espolvorea, no las tires..., las cenizas a los pies de la Virgen María. Como dijo usted la primera vez —dijo Lupe al hombre papagayo—,

¡quizá no todas las cenizas, y sólo a los pies!

Mientras traducía esto, palabra por palabra, Juan Diego vio que los dos viejos sacerdotes estaban cautivados por la alocución de Lupe.

—Cuidado con el pequeño Jesús, no vayas a echarle las cenizas a los ojos — advirtió Lupe a su hermano. (Demostraba consideración incluso con ese Cristo encogido, que sufría en la cruz diminuta, sangrando a los pies de la gran Virgen María.)

Juan Diego no necesitaba el don de la telepatía para saber qué le rondaba al hermano Pepe por la cabeza. ¿Podía ser eso una conversión, en el caso de Lupe? Como Pepe había dicho con ocasión del primer esparcimiento de cenizas: «Eso ya es otra cosa. Eso representa todo un cambio en la manera de pensar».

Éstas son las cosas que pensamos cuando nos hallamos en un monumento al mundo espiritual, como era el Templo de la Compañía de Jesús. En un lugar así, ante la descomunal presencia de una Virgen María gigantesca, nos asaltan pensamientos religiosos (o irreligiosos). Oímos un discurso como el de Lupe, y pensamos en nuestras divergencias o similitudes religiosas; oímos sólo lo que, según imaginamos, son las creencias religiosas de Lupe, o sus sentimientos religiosos, y contraponemos sus creencias o sentimientos a los nuestros.

Vargas, el ateo —el médico que se había llevado sus propios prismáticos para investigar un milagro, o para examinar una nariz no milagrosa—, habría dicho que, para tratarse de una niña de trece años, la complejidad espiritual de Lupe era «de lo más impresionante».

Rivera, que sabía que Lupe era especial... —de hecho, el responsable del vertedero, que era devoto de María y muy supersticioso, temía a Lupe—, en fin, ¿qué puede decirse de los pensamientos del ‘jefe’? (Probablemente Rivera sintió alivio al oír que las creencias religiosas de Lupe parecían menos radicales que las que le había oído expresar con anterioridad.) Y esos dos viejos sacerdotes, el padre Alfonso y el padre Octavio..., muy posiblemente se felicitaban, a sí mismos y al personal de Niños Perdidos, por haber conseguido tan manifiestos avances en el caso de una niña difícil e ininteligible.

El bueno del hermano Pepe quizás hubiera rezado para que Lupe, a pesar de todo, tuviera aún esperanzas; tal vez no era un caso tan «perdido» como había supuesto al principio..., tal vez, aunque sólo traducida, Lupe pudiera llegar a entender, o a entenderse al menos desde el punto de vista religioso. Para Pepe, Lupe parecía conversa.

No la quemarían; probablemente eso era lo único que le importaba al entrañable ‘señor Eduardo’. Sin duda el deseo de no ser quemada era un paso en la dirección correcta.

Eso debió de ser lo que todos ellos pensaron respectivamente. E incluso Juan Diego, quien mejor conocía a su hermana menor, incluso él pasó por alto lo que debería haber oído.

¿Por qué pensaba en la muerte una niña de trece años? ¿Por qué expresaba Lupe precisamente en ese momento su última voluntad? Lupe era una niña capaz de leer el pensamiento de los demás..., incluso el de los leones, incluso el de las leonas. ¿Por qué ninguno de los presentes supo leerle el pensamiento a Lupe?

Aquellos ojos amarillos que se acercaban

Esta vez, Juan Diego estaba tan profundamente inmerso en el pasado —o tan alejado del momento presente— que ni el sonido del tren de aterrizaje al desplegarse ni la sacudida al tomar tierra en Laoag lo devolvieron de inmediato a la conversación con Dorothy.

—De aquí es Marcos —decía Dorothy.

—¿Quién? —preguntó Juan Diego.

—Marcos. Sabes quién es la señora Marcos, ¿no? —repuso Dorothy—. Imelda, la del millón de zapatos, esa Imelda. Todavía ocupa un escaño en la Cámara de Representantes por este distrito —explicó Dorothy.

—La señora Marcos ya debe de pasar de los ochenta años —dijo Juan Diego.

—Sí..., o al menos es muy vieja —concluyó Dorothy.

Tenían por delante una hora de viaje en coche, Dorothy lo había prevenido: otra carretera oscura, otra noche, atisbos de un mundo ajeno en rápida sucesión. (Cabañas con techumbre de paja, iglesias de estilo colonial, perros o sólo sus ojos.) Y muy en consonancia con la oscuridad que circundaba el coche —el hostelero les había organizado el desplazamiento hasta allí por medio de un servicio de alquiler de vehículos con chófer—, Dorothy describió el inenarrable sufrimiento de los prisioneros estadounidenses en Vietnam del Norte. Parecía conocer los horribles detalles de las sesiones de tortura en el Hanoi Hilton (como llamaban a la prisión de Hoa Lo en la capital norvietnamita); le contó que los métodos de tortura más brutales se empleaban contra los pilotos militares de Estados Unidos abatidos y capturados.

Más política —política de otra época, pensaba Juan Diego— en la oscuridad en movimiento. No es que Juan Diego fuese apolítico, pero, como autor literario, recelaba de aquellos que creían saber cuál era (o debería ser) su postura política. Ocurría continuamente.

¿Por qué, si no, había llevado Dorothy a Juan Diego hasta allí? Única y exclusivamente porque él era estadounidense, y Dorothy consideraba que debía ver el sitio adonde acudían los antedichos «muchachos asustados de diecinueve años», como ella los había llamado, en busca de reposo y recuperación..., «temerosamente», como había remarcado Dorothy, por miedo a la tortura que preveían si alguna vez llegaban a capturarlos los norvietnamitas.

Dorothy hablaba como aquellos críticos y entrevistadores que pensaban que Juan Diego, «en cuanto que escritor», debería ser de algún modo más mexicano-estadounidense. Siendo como era estadounidense de origen mexicano, ¿no debería escribir como tal? ¿O se trataba más bien de que debería escribir sobre la experiencia de serlo? (¿No estaban los críticos diciéndole, en esencia, cuál debería ser su tema?)

—No te conviertas en uno de esos mexicanos que... —había soltado de pronto

Pepe a Juan Diego, antes de interrumpir la frase.

—Que ¿qué? —había preguntado Flor a Pepe.

—Uno de esos mexicanos que detestan México —se había atrevido a decir Pepe antes de estrechar a Juan Diego entre sus brazos—. Tampoco te conviene convertirte en uno de esos mexicanos que vuelven una y otra vez, esos que no pueden estar lejos de aquí —había añadido Pepe.

Flor acababa de quedarse mirando al pobre Pepe; era una mirada fulminante.

—¿En qué más «no debe» convertirse? —había preguntado a Pepe—. ¿Qué otra clase de mexicano está prohibida?

Flor nunca había entendido eso de «escribir» al respecto: el hecho de que se crearan expectativas en cuanto a aquello sobre lo que debía (o no debía) escribir un autor mexicano-estadounidense, el hecho de que lo que estaba prohibido (en la cabeza de muchos críticos y entrevistadores) era que un escritor mexicano-estadounidense no escribiese sobre la experiencia mexicanoestadounidense.

Si uno acepta la etiqueta de mexicano-estadounidense, opinaba Juan Diego, acepta la obligación de cumplir esas expectativas.

Y en comparación con lo que le había ocurrido a Juan Diego en México —en comparación con su niñez e incipiente adolescencia en Oaxaca—, desde su traslado a Estados Unidos no le había ocurrido nada sobre lo que, a su juicio, mereciese la pena escribir.

Sí, tenía una amante más joven, una mujer cautivadora, pero la postura política de ésta —mejor dicho, lo que Dorothy imaginaba que debía ser la postura política de él — la impulsaba a explicarle la importancia del lugar donde se hallaban. Ella no lo entendía. Juan Diego no necesitaba estar en el noroeste de Luzón, ni verlo, para imaginarse a aquellos «muchachos asustados de diecinueve años».

Quizá fuera el reflejo de los faros de un coche que circulaba en sentido contrario, pero a los ojos oscuros de Dorothy asomó un destello de color más claro y, durante uno o dos segundos, adquirieron un tono amarillo tostado —como los ojos de un león — y, en ese instante, el pasado se adueñó nuevamente de Juan Diego.

Fue como si nunca se hubiese marchado de Oaxaca; antes del amanecer, en la carpa de los perros a oscuras, donde olía a aliento de perro, no le esperaba más futuro que una vida como intérprete de su hermana en La Maravilla. Juan Diego no tenía huevos para caminar por las alturas. En el Circo de La Maravilla no necesitaban para nada a un caminante de «bajuras». (Juan Diego aún no era consciente de que, después de Dolores, nadie caminaría ya por las alturas.) Cuando uno tiene catorce años y está deprimido, concebir la idea de que podría tener otro futuro es como tratar de ver en la oscuridad. «Creo que en la vida de toda persona», había dicho Dolores, «hay siempre un momento en el que debe decidir cuál es su lugar.»

En la carpa de los perros, la oscuridad previa al amanecer era impenetrable. Cuando Juan Diego no podía dormir, intentaba identificar las respiraciones de los

demás. Si no oía los ronquidos de Estrella, llegaba a la conclusión de que estaba muerta o se había ido a dormir a otra carpa. (Esa mañana Juan Diego recordó lo que ya sabía de antemano: Estrella se había tomado una de sus noches libres de la obligación de dormir con los perros.)

Entre los perros, *Alemania* era la que tenía el sueño más profundo; su respiración era la más acompasada, la menos inquieta. (En estado de vigilia, su vida como mujer policía probablemente la agotaba.)

Baby era, entre los perros, el que soñaba más activamente; mientras dormía, movía sus cortas patas como si corriese, o escarbaba con las manos. (*Baby* ladraba cuando asediaba a una presa imaginaria.)

Como Lupe había afirmado en tono de queja, *Chucho* era «siempre el malo». Si se juzgaba al mestizo estrictamente por sus pedos..., en fin, desde luego era el malo en la carpa de los perros (a menos que el hombre papagayo durmiese también allí).

En cuanto a *Pastora*, era como Juan Diego: siempre preocupada, insomne. Cuando *Pastora* estaba despierta, jadeaba y deambulaba; dormida, gemía, como si para ella la felicidad fuese tan efímera como una buena noche de descanso.

—Tumbada, *Pastora* —decía Juan Diego en la voz más baja posible; no quería despertar a los otros perros.

Esa mañana había distinguido con facilidad la respiración de cada perro. Lupe era siempre la más difícil de oír; dormía tan silenciosamente que parecía no respirar apenas. Juan Diego aguzaba el oído para detectar a Lupe cuando tocó algo bajo la almohada. Tuvo que buscar la linterna a tientas bajo el camastro para ver qué había encontrado bajo la almohada.

La tapa perdida de la lata de café en otro tiempo sagrada, la lata de las cenizas, era como cualquier otra tapa de plástico, excepto por el olor; aquellas cenizas contenían más sustancias químicas que restos de Esperanza, del ‘gringo’ bueno o de *Blanco Sucio*. Y fuera cual fuese la magia que pudiera encerrar la vieja nariz de la Virgen María, eso no era susceptible de olerse. En la tapa de aquella lata de café estaba más presente el ‘basurero’ que cualquier cosa ultraterrena; aun así, Lupe la había guardado: había querido que quedase en manos de Juan Diego.

Juan Diego también encontró, bajo la almohada, el cordón con las llaves de los cierres de las ranuras por donde se introducían las bandejas de comida en las jaulas de los leones. Había dos llaves, claro está: una para la jaula de *Hombre* y otra para la de las leonas.

La mujer del director de la banda era muy aficionada a tejer cordones; había confeccionado uno en el que su marido llevaba colgado el silbato cuando dirigía la banda circense. Y la mujer del director de la banda había confeccionado otro cordón para Lupe. Las hebras del cordón de Lupe eran de colores carmesí y blanco; Lupe se colgaba el cordón del cuello cuando tomaba las llaves e iba a las jaulas de los leones a la hora de darles de comer.

—¿Lupe? —preguntó Juan Diego bajando la voz aún más que al ordenar a

Pastora que se tumbara. Nadie lo oyó, ni uno solo de los perros—. ¡Lupe! —exclamó Juan Diego de repente, e iluminó con la linterna el camastro vacío de su hermana.

«Estoy donde siempre estoy», decía invariablemente Lupe. No esta vez. Esta vez, en el preciso momento en que despuntaba el alba, Juan Diego encontró a Lupe en la jaula de *Hombre*.

Ni siquiera con la bandeja retirada de la abertura en la base de la jaula, la ranura tenía anchura suficiente para que *Hombre* escapara por ella.

«No hay peligro», había dicho Edward Bonshaw a Juan Diego después de ver a Lupe dar de comer a los leones por primera vez. «Sólo quería comprobar el tamaño de la abertura.»

Pero en su primera noche en Ciudad de México Lupe había dicho a su hermano:

«Yo podría pasar por la ranura donde se pone la bandeja de la comida. La abertura no es tan pequeña para que yo no quepa.»

«Por cómo hablas, parecería que lo has intentado», había dicho Juan Diego.

«¿Por qué iba a intentarlo?», había preguntado Lupe.

«No lo sé..., dímelo tú», había respondido Juan Diego.

Lupe no le había contestado, ni esa noche en Ciudad de México ni nunca. Juan Diego siempre había sabido que Lupe normalmente acertaba en cuanto al pasado; era el futuro lo que no predecía con la misma precisión. Los telépatas no tienen por qué ser buenos videntes, pero Lupe debió de creer que había visto el futuro. ¿Era su propio futuro el que había imaginado que veía, o era el futuro de Juan Diego el que intentaba cambiar? ¿Acaso Lupe creía haberse prefigurado lo que les depararía el futuro si se quedaban en el circo, y si las cosas continuaban siendo tal y como eran en La Maravilla?

Lupe siempre había estado sola... ¡Como si ser una niña de trece años no fuese aislamiento ya suficiente! Nunca sabremos qué creía Lupe entonces, pero debía de ser una carga aterradora a los trece años. (Sabía que los pechos no iban a crecerle más; sabía que nunca le llegaría la regla.)

En términos más generales, Lupe había previsto un futuro que la asustaba, y aprovechó una oportunidad para cambiarlo... drásticamente. Más drásticamente de lo que se vería alterado el futuro de su hermano por la acción de Lupe. Esta acción empujaría a Juan Diego a vivir el resto de su vida en la imaginación, y lo ocurrido a Lupe (y a Dolores) marcaría el principio del fin de La Maravilla.

En Oaxaca, cuando ya hacía tiempo que nadie hablaba del día de la Nariz, los vecinos más locuaces de la ciudad chismorreaban aún sobre la escabrosa disolución —la sensacional desaparición— del Circo de La Maravilla. Es indudable que la acción de Lupe tendría un efecto, pero ésa no es la cuestión. La acción de Lupe también fue horrenda. El hermano Pepe, que conocía y quería a los huérfanos, diría más tarde que una cosa así sólo habría podido ocurrírsele a una niña de trece años profundamente trastornada. (En fin, sí, pero poco puede hacerse con «las ocurrencias» de los niños de trece años, ¿no es así?)

Lupe debía de haber dejado abierta la ranura del hueco de la bandeja en la jaula de *Hombre* la noche anterior; así, podría dejar el cordel con las llaves de las jaulas de los leones debajo de la almohada de Juan Diego.

Tal vez *Hombre* estaba inquieto porque Lupe se había presentado a darle de comer cuando fuera aún no clareaba: no era ésa la costumbre. Y Lupe había retirado completamente de la jaula la bandeja; además, no puso la carne para *Hombre* en la bandeja.

Nadie sabe con certeza qué ocurrió después; según especuló Ignacio, tal vez Lupe había entrado a rastras en la jaula de *Hombre* con la carne. Juan Diego sospechaba que quizá Lupe había fingido comerse la carne de *Hombre*, o al menos había intentado mantener la carne alejada de él. (A juzgar por cómo había explicado Lupe al ‘señor Eduardo’ el proceso de dar de comer a los leones, era increíble lo mucho que los leones pensaban en la carne.)

¿Y acaso Lupe no había llamado a *Hombre* «el último perro» desde la primera vez que lo vio? ¿No había repetido «el último»? «‘El último perro’», había dicho con toda claridad refiriéndose al león. «‘El último’.» (Como si *Hombre* fuese el rey de los perros de las azoteas, el rey de los mordedores..., el último mordedor.)

«No te preocupes por lo que pase», había repetido Lupe a *Hombre*, desde el principio. «Tú no tienes la culpa de nada», le había dicho al león.

No era eso lo que debía de pensar el león cuando Juan Diego lo vio, sentado en un rincón al fondo de su jaula. El sentimiento de culpabilidad de *Hombre* era evidente. *Hombre* permanecía sentado lo más lejos posible del lugar donde Lupe yacía hecha un ovillo, en el rincón de la jaula del león diagonalmente opuesto. Lupe estaba hecha un ovillo en el rincón más cercano a la ranura abierta del hueco de la bandeja; tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, no hacia Juan Diego. En ese momento, el muchacho dio gracias por librarse de ver la expresión de Lupe. Más tarde, Juan Diego lamentaría no haber visto su cara: tal vez así se habría librado de imaginar su expresión durante el resto de su vida.

Hombre había matado a Lupe de una sola dentellada: «una mordedura con aplastamiento en la nuca», como lo describiría el doctor Vargas después de examinar el cadáver. El cuerpo de Lupe no presentaba ninguna otra herida, ni siquiera un arañazo. En la nuca de Lupe se observaban escasos restos de sangre en la zona de la dentellada, y no había una sola gota de sangre de Lupe en ningún lugar de la jaula del león. (Más tarde, Ignacio dijo que *Hombre* debía de haber lamido la sangre; el león también se había comido toda la carne.)

Cuando Ignacio disparó contra *Hombre* —dos veces, en aquella cabeza enorme—, quedó no poca sangre del león en ese rincón de la jaula, donde *Hombre* se había autoconfinado. El aire de arrepentimiento no salvaría al león confuso y pesaroso. Ignacio había echado un rápido vistazo a cómo estaba colocado el cuerpo de Lupe cerca de la ranura abierta del hueco de la bandeja, y a la posición diagonalmente opuesta (casi sumisa) que había elegido *Hombre* en el rincón más alejado de su jaula.

Y antes de eso, cuando Juan Diego, renqueante, corrió hasta la carpa del domador de leones, Ignacio ya se había llevado consigo su arma al escenario del crimen.

Ignacio mató de un tiro a *Mañana* porque el caballo se había roto una pata. En opinión de Juan Diego, no existía justificación alguna para que Ignacio matara a *Hombre*. Lupe tenía razón: lo ocurrido no era culpa del león. Un doble motivo indujo a Ignacio a matar a *Hombre*. El domador de leones era un cobarde; no se atrevía a entrar en la jaula de *Hombre* después de haber matado éste a Lupe, no mientras *Hombre* siguiera vivo. (La tensión en la jaula del león, después de la muerte de Lupe, era territorio desconocido.) Y, con toda seguridad, el otro motivo de Ignacio era la ridícula idea del «devorador de hombres», concebida desde su mentalidad de macho: a saber, el domador de leones necesitaba creer que cuando un humano moría víctima de un león, la culpa era siempre del león.

Y Lupe, desde luego, por erróneo que fuese su planteamiento, no se había equivocado en cuanto a lo que ocurriría si *Hombre* la mataba. Lupe sabía que Ignacio pegaría un tiro a *Hombre*; debía de saber también lo que ocurriría después como consecuencia de eso.

Como se vería más tarde, Juan Diego no valoraría plenamente las dotes premonitorias de Lupe (su omnisciencia humana, si no divina) hasta la mañana siguiente.

El día que Lupe murió, irrumpió en el Circo de La Maravilla una plaga de esos individuos a quienes Ignacio veía como las «autoridades». Como el domador de leones siempre había considerado que la autoridad era él, Ignacio tenía un comportamiento un tanto anómalo en presencia de «otras» autoridades: la policía, y personas con funciones análogamente oficiales que desempeñar.

El domador de leones estuvo muy cortante con Juan Diego cuando el muchacho le informó de que Lupe había dado de comer a las leonas antes de dar de comer a *Hombre*. Juan Diego lo sabía, porque, según supuso, Lupe habría pensado que ese día nadie daría de comer a las leonas si no lo hacía ella.

Juan Diego lo sabía también porque había ido a echar un vistazo a las leonas después de las muertes de Lupe y *Hombre*. La noche anterior Lupe también había dejado abierta la ranura del hueco de la bandeja en la jaula de las leonas. Debía de haber dado de comer a las leonas como de costumbre; después había retirado por completo la bandeja y la había dejado apoyada contra el exterior de la jaula de las leonas, exactamente igual que había dejado la bandeja en la jaula de *Hombre*.

Además, las leonas tenían todo el aspecto de haber comido; «las ‘señoritas’», como las llamaba Ignacio, estaban echadas al fondo de la jaula, y se habían limitado a mirar a Juan Diego a su manera inescrutable.

La respuesta que dio Ignacio a Juan Diego llevó al muchacho a pensar que al domador de leones no le importaba si Lupe había dado de comer o no a las leonas antes de morir, pero sí importaba, como se vio. Importaba mucho. Significaba que nadie más tenía que dar de comer a las leonas el día que Lupe y *Hombre* murieron.

Juan Diego incluso intentó entregar a Ignacio las dos llaves de los cierres de las ranuras por donde se introducían las bandejas de comida en las jaulas de los leones, pero Ignacio no quería las llaves.

—Quédatelas, yo tengo mis propias llaves —dijo el domador de leones.

Como es natural, el hermano Pepe y Edward Bonshaw no habían consentido que Juan Diego pasara ni una sola noche más en la carpa de los perros. Pepe y el ‘señor Eduardo’ habían ayudado a Juan Diego a recoger sus cosas, junto con las escasas pertenencias de Lupe: a saber, su ropa. (Lupe no guardaba recuerdos personales; no echaba de menos su figurilla de Coatlicue, no desde la aparición de la nueva nariz de María.)

En el precipitado traslado desde La Maravilla hasta Niños Perdidos, Juan Diego perdería la tapa de la lata de café, antes receptáculo de las cenizas que habían servido de inspiración para la nariz, pero esa noche durmió en su antigua habitación de Niños Perdidos, y se acostó con el cordón de Lupe en torno al cuello. Palpó las dos llaves de las jaulas de los leones; en la oscuridad, tuvo sujetas las llaves entre los dedos pulgar e índice antes de dormirse. A su lado, en la pequeña cama donde antes dormía Lupe, el hombre papagayo veló su sueño; es decir, cuando el oriundo de Iowa no roncaba.

Los niños sueñan con ser héroes; Juan Diego, después de perder a Lupe, ya no abrigaría esos sueños. Sabía que el propósito de su hermana era salvarlo a él; sabía que él no había conseguido salvarla a ella. Quedaría marcado por un aura de fatalidad: también eso lo sabía Juan Diego, ya a sus catorce años.

Después de perder a Lupe, a la mañana siguiente, a Juan Diego le despertó el canto de unos niños: los párvulos repetían las oración responsorial de la hermana Gloria. «‘Ahora y siempre’», recitaban los párvulos. «Ahora y siempre»: no esto, no durante el resto de mi vida, pensaba Juan Diego; aunque despierto, mantuvo los ojos cerrados. Juan Diego no quería ver su antigua habitación en Niños Perdidos; no quería ver la pequeña cama de Lupe, sin nadie en ella (u ocupada quizá por el hombre papagayo).

Esa mañana, el cuerpo de Lupe debía de estar con el doctor Vargas. El padre Alfonso y el padre Octavio ya habían pedido a Vargas que les permitiera ver el cadáver de la niña; los dos viejos sacerdotes querían que una de las monjas de Niños Perdidos los acompañara a Cruz Roja. Había dudas sobre cómo debía vestirse el cadáver de Lupe y —dada la mordedura del león— si era recomendable dejar abierto el féretro o no. (El hermano Pepe se había declarado incapaz de hacerlo; es decir, incapaz de ver el cadáver de Lupe. Por eso los dos viejos sacerdotes pidieron a Vargas que les permitiera verlo.)

Esa mañana, por lo que sabían todos en La Maravilla —excepto Ignacio, que tenía otra información—, Dolores sencillamente se había fugado. Era la comidilla del circo, que La Maravilla en persona había desaparecido sin más; por asombroso que pareciera, nadie en Oaxaca la había visto. Una chica así de guapa, de piernas tan largas, no podía esfumarse por arte de magia, ¿no?

Quizá sólo Ignacio sabía que Dolores estaba en Guadalajara; quizás ya se había practicado el aborto chapucero, y la peritonitis empezaba a incubarse. Quizá Dolores creía que se recuperaría pronto, y había iniciado el viaje de regreso a Oaxaca.

Esa mañana, en Niños Perdidos, debían de ser muchas las cosas que le rondaban por la cabeza a Edward Bonshaw. Tenía una gran confesión que hacer al padre Alfonso y al padre Octavio, una confesión muy distinta de aquellas que acostumbraban a oír los dos viejos sacerdotes. Y el ‘señor Eduardo’ sabía que necesitaba la ayuda de la Iglesia. El escolar no sólo había faltado a sus votos; el oriundo de Iowa era un homosexual enamorado de un travestido.

¿Cómo podían adoptar a un huérfano dos personas así? ¿Quién iba a conceder a Edward Bonshaw y a Flor la custodia legal de Juan Diego? (El ‘señor Eduardo’ no sólo necesitaba la ayuda de la Iglesia; necesitaba que la Iglesia se desviara de las normas, y no poco.)

Esa mañana, en La Maravilla, Ignacio supo que tenía que dar de comer a las leonas él mismo. ¿A quién habría podido persuadir el domador de leones para que lo hiciera por él? Soledad no le dirigía la palabra, e Ignacio había conseguido alimentar en las jóvenes acróbatas el temor a los leones; esa fantochada de que cuando una chica tenía la regla los leones lo percibían había intimidado a las jóvenes acróbatas. Aun antes de que *Hombre* matara a Lupe, las chicas ya tenían miedo, incluso de las leonas.

«Es a las leonas a las que el domador de leones debería tener miedo», había vaticinado Lupe.

Esa mañana, el día después de que Ignacio matara a tiros a *Hombre*, el domador de leones debió de cometer un error mientras daba de comer a las leonas. «No pueden engañarme; sé lo que están pensando», se había jactado Ignacio acerca de las leonas. «Las señoritas son muy previsibles», había explicado el domador de leones a Lupe. «No necesito a nadie para leer el pensamiento de las ‘señoritas’.»

Ignacio había dicho a Lupe que él les leía el pensamiento a las leonas por medio de las partes del cuerpo que las designaban.

Esa mañana, no debió de ser tan fácil leerles el pensamiento a las leonas tal y como el domador de leones antes creía. Según diversos estudios sobre los leones llevados a cabo en el Serengueti —como explicaría Vargas a Juan Diego más tarde—, eran las leonas las que atrapaban y mataban el mayor número de presas. Las leonas sabían cazar en equipo; cuando acechaban a una manada de ñus o de cebras, rodeaban a la manada, cortando toda posible escapatoria, antes de atacar.

Cuando los niños de la basura acababan de conocer a *Hombre*, Flor susurró a Edward Bonshaw: «Si piensa que acaba de ver al rey de los animales, se equivoca. En realidad está a punto de conocerlo ahora. Ignacio es el rey de los animales».

«El rey de los cerdos», había corregido Lupe de pronto.

En cuanto a las estadísticas del Serengueti, u otros estudios sobre leones, lo único que el «rey de los cerdos» acaso hubiera entendido era lo que ocurría en la naturaleza

cuando las leonas acababan de matar a su presa. Era entonces cuando los leones macho reafirmaban su dominancia: comían hasta saciarse antes de permitir a las leonas devorar su parte. Juan Diego estaba seguro de que el rey de los cerdos habría estado de acuerdo en eso.

Esa mañana, nadie vio qué le ocurrió a Ignacio mientras daba de comer a las leonas, pero las leonas saben ser pacientes; las leonas han aprendido a esperar su turno. Las 'señoritas' de Ignacio tendrían su turno. Esa mañana se consumaría el principio del fin de La Maravilla.

Paco y Barriga de Cerveza fueron quienes encontraron el cadáver del domador de leones; los payasos enanos recorrían, contoneándose, la avenida de las carpas camino de las duchas exteriores. Debieron de preguntarse cómo era posible que las leonas hubieran matado a Ignacio si su cuerpo maltrecho estaba fuera de la jaula. Pero cualquiera que conociese el modo de actuar de las leonas podría deducirlo, y el doctor Vargas (naturalmente, fue Vargas quien examinó el cadáver de Ignacio) no tuvo grandes dificultades para reconstruir una secuencia de acontecimientos verosímil.

Como novelista, Juan Diego, cuando hablaba de trama —concretamente de cómo abordaba la trama de una novela—, se complacía en hacer referencia al «trabajo en equipo de las leonas» como «modelo de partida». En las entrevistas, Juan Diego explicaba primero que nadie había visto qué le había ocurrido al domador de leones; después decía que nunca se cansaba de reconstruir la secuencia de acontecimientos verosímil, lo cual fue al menos en parte la causa de que acabara siendo novelista. Y si uno unía lo que le ocurrió a Ignacio y lo que tal vez hubiera pensado Lupe..., en fin, no resulta difícil ver qué pudo alimentar la imaginación del lector del basurero, ¿verdad que no?

Ignacio puso la carne de las leonas en la bandeja de la comida, como de costumbre. Introdujo la bandeja en la ranura abierta de la jaula, como de costumbre. Acto seguido, debió de ocurrir algo desacostumbrado.

Vargas, sin poder contenerse, describió la extraordinaria cantidad de zarpazos en los brazos, hombros y nuca de Ignacio; primero lo había agarrado una de las leonas, después otras zarpas, con uñas, se apoderaron de él. Las leonas debieron de estrujarlo contra los barrotes de la jaula.

Vargas dijo que la nariz del domador de leones había desaparecido, al igual que las orejas, las mejillas, el mentón; contó que los dedos de las dos manos habían desaparecido: las leonas sólo habían pasado por alto un pulgar. Ignacio, dijo Vargas, murió de asfixia, causada por una mordedura en la garganta; mordedura que el médico describió como «fea».

«No fue una presa limpia», se expresaría Vargas. Explicó que una leona era capaz de matar a un ñu o a una cebrá por asfixia de una sola mordedura en la garganta, pero la separación entre los barrotes de la jaula era insuficiente; la leona que finalmente mató a Ignacio por asfixia de una mordedura en la garganta no pudo pasar la cabeza entre los barrotes, no consiguió abrir las fauces tanto como habría querido para

atenazar bien la garganta del domador de leones. (Por eso Vargas utilizaba la palabra «fea» para describir la dentellada letal.)

Después del suceso, las «autoridades» (como las consideraba Ignacio) investigarían las deficiencias de La Maravilla. Era lo que siempre ocurría después de un accidente fatal en un circo: llegaban los expertos y enumeraban las deficiencias. (Según los expertos, la cantidad de carne que Ignacio daba a los leones era una deficiencia; y el número de veces que se daba de comer a los leones, también.)

¿Qué más da?, pensaba Juan Diego; no recordaba cuál debería haber sido, según los expertos, el número correcto de veces o la cantidad apropiada. Lo que La Maravilla tenía de deficiente era lo que tenía de deficiente el propio Ignacio. ¡El domador de leones era deficiente! A la postre, nadie en La Maravilla necesitaba expertos para explicarles eso.

A la postre, pensaría Juan Diego, lo que Ignacio vio fueron aquellos ojos amarillos que se acercaban —las últimas miradas, no precisamente afectuosas, de sus ‘señoritas’—, los ojos inexorables de las últimas señoritas del domador de leones.

En todo circo que naufraga hay un colofón. ¿Adónde van los artistas cuando un circo se va al traste? La Maravilla en persona, como sabemos, no tardó en irse al traste. Pero también sabemos que los otros artistas de La Maravilla no eran capaces de hacer lo que hacía Dolores, ¿verdad que lo sabemos? Como Juan Diego había descubierto, no todo el mundo era capaz de caminar por las alturas.

Estrella encontraría hogares para los perros. Bueno, nadie quiso a *Chucho*; Estrella tuvo que llevárselo. Como Lupe había dicho, el mestizo era siempre el malo.

Y ningún otro circo había querido al Hombre Pijama; su vanidad lo precedía. Durante un tiempo, los fines de semana podía verse al contorsionista contorsionándose para los turistas en el zócalo.

El doctor Vargas se lamentaría más tarde de que la facultad de medicina se hubiese trasladado. La nueva facultad de medicina, que está enfrente de un hospital público, lejos del centro de la ciudad, queda muy lejos del depósito de cadáveres y el hospital de la Cruz Roja, el antiguo territorio de Vargas, donde se hallaba la antigua facultad de medicina cuando Vargas aún daba clases allí.

Ése fue el último lugar donde Vargas vio al Hombre Pijama, en la antigua facultad de medicina. El cadáver del contorsionista fue extraído de la tina de ácido y colocado en una camilla de metal acanalado; los fluidos del cadáver del Hombre Pijama desaguaban en un balde por un orificio de la camilla, situado cerca de la cabeza del contorsionista. Ya en la mesa de autopsias de acero en pendiente —provista de un profundo surco central que desembocaba en un desagüe, también junto a la cabeza del Hombre Pijama—, el cadáver estaba abierto. Extendido, descontorsionado para siempre, el Hombre Pijama era un ser anónimo para los estudiantes de medicina, pero Vargas sí conocía al que fuera en otro tiempo contorsionista.

«No hay vacío, no hay ausencia, como la expresión del rostro de un cadáver»,

escribiría Vargas a Juan Diego cuando el muchacho vivía ya en Iowa. «Los sueños humanos han desaparecido», escribió Vargas, «pero no el dolor. Y permanecen ciertos vestigios de la vanidad de quien fue una persona viva. Recordarás el esmero con que el Hombre Pijama se esculpía la barba y se recortaba el bigote, lo cual delata el tiempo que el contorsionista pasaba mirándose en el espejo: o bien admirándose, o bien buscando la manera de mejorar su imagen.»

«*Sic transit gloria mundi*», gustaban de declamar, con solemnidad, el padre Alfonso y el padre Octavio.

«Así pasa la gloria de este mundo», recordaba siempre la hermana Gloria a los huérfanos en Niños Perdidos.

Los volatineros argentinos eran tan buenos en lo suyo, y tan felices en su mutua compañía, que por fuerza tenían que encontrar plaza en otro circo. Muy recientemente (a Juan Diego, cualquier fecha posterior a 2001, el nacimiento del nuevo siglo, se le antojaba «reciente»), el hermano Pepe había sabido de ellos por mediación de alguien que los había visto; Pepe dijo que los volatineros argentinos volaban en un pequeño circo de las montañas, más o menos a una hora de Ciudad de México por carretera. Puede que desde entonces ya se hayan retirado.

Cuando La Maravilla se fue al traste, Paco y Barriga de Cerveza se marcharon a Ciudad de México; de allí eran los dos payasos enanos, y (según Pepe) Barriga de Cerveza se había quedado allí. Barriga de Cerveza cambió de actividad, aunque Juan Diego no recordaba a qué se había dedicado —Juan Diego ignoraba si Barriga de Cerveza vivía aún—, y a Juan Diego le costaba imaginar a Barriga de Cerveza no siendo payaso. (Por supuesto, Barriga de Cerveza siempre sería enano.)

Paco, como Juan Diego sabía, había muerto. Al igual que Flor, Paco era incapaz de mantenerse alejado de Oaxaca. Al igual que Flor, Paco era muy aficionado a alternar en los antiguos sitios de alterne. Paco siempre había sido un cliente asiduo de La China, el bar gay de Bustamante, el local que más tarde se convertiría en Chinampa. Y Paco también era cliente asiduo de La Coronita, el establecimiento donde se organizaban fiestas para travestis, que cerró por un tiempo en la década de 1990 (cuando murió el dueño de La Coronita, que era gay). Al igual que Edward Bonshaw y Flor, tanto el dueño de La Coronita como Paco morirían de sida.

Soledad, que en una ocasión llamó a Juan Diego «Chico Maravilla», sobreviviría a La Maravilla durante mucho tiempo. Todavía era paciente de Vargas. Sin duda, había sufrido tensión en las articulaciones —como el doctor Vargas había observado en alusión a la ex trapecista—, pero, a pesar de esas lesiones articulares, Soledad aún era fuerte. Juan Diego recordaba que había terminado su carrera en el trapecio como portadora, cosa insólita en una mujer. Poseía fuerza suficiente en los brazos y en el agarre para atrapar a hombres que volaban por el aire.

Pepe contaría a Juan Diego (más o menos en la época de la disolución del orfanato de Niños Perdidos) que Vargas había sido una de las personas a quienes Soledad dio como referencia al adoptar a dos de los huérfanos de Niños Perdidos, un

niño y una niña.

Soledad había sido una madre excelente, informó Pepe. Eso no sorprendió a nadie. Soledad era una mujer imponente..., bueno, podía llegar a ser un poco fría, recordaba Juan Diego, pero siempre la había admirado.

Se había visto envuelta brevemente en un escándalo, pero eso sucedió cuando los niños adoptados por Soledad ya eran mayores y se habían marchado de casa. Soledad había caído en manos de un novio malo; ni Pepe ni Vargas dieron mayores explicaciones en cuanto al calificativo «malo», que ambos utilizaron para describir al novio de Soledad, pero Juan Diego dedujo que la palabra equivalía a «maltratador».

A Juan Diego le sorprendió que Soledad, después de la experiencia con Ignacio, hubiera tenido la mínima paciencia con un novio malo; no la imaginaba como una mujer dispuesta a tolerar malos tratos.

Como se vio, Soledad no tuvo que soportar por mucho tiempo al novio malo. Una mañana llegó a casa después de hacer la compra, y allí estaba él, muerto, con la cabeza apoyada en los brazos, todavía sentado a la mesa de la cocina. Soledad declaró que ya estaba ahí sentado cuando ella se marchó esa mañana.

«Debió de tener un infarto o algo así», fue lo único que diría el hermano Pepe.

Naturalmente, Vargas fue el médico que examinó el cadáver. «Puede que fuera un intruso», dijo Vargas. «Alguien que le guardaba resquemor por algo, una persona de manos fuertes», dedujo el doctor Vargas. El novio malo había sido estrangulado mientras estaba sentado a la mesa de la cocina.

El médico sostuvo que Soledad en modo alguno podría haber estrangulado a su novio. «Tenía las manos maltrechas», había atestiguado Vargas. «¡No podía ni exprimir un limón!», fue como Vargas lo había expresado.

Vargas presentó los calmantes que recetaba a Soledad como prueba de que la «deteriorada» mujer no podría haber estrangulado a nadie. La medicación era para el dolor articular; era sobre todo para el dolor en los dedos y las manos de Soledad.

«Mucho deterioro, mucho dolor», había dicho el médico.

Juan Diego no lo puso en duda, no lo referente al deterioro y el dolor. Pero, en retrospectiva —recordando a Soledad en la carpa del domador de leones, y las esporádicas miradas que lanzaba Soledad en dirección a Ignacio—, Juan Diego había detectado algo en los ojos de la antigua trapezista. No había nada en los ojos oscuros de Soledad que se pareciese al amarillo de los ojos de un león, pero desde luego sí había algo de las inescrutables intenciones de una leona.

Un solo viaje

—Aquí las peleas de gallos son legales, y muy populares —decía Dorothy—. Los gallos, los muy psicópatas, se pasan la noche en vela, sin parar de cacarear. Esas aves de pelea, las muy estúpidas, se mentalizan así para el siguiente combate.

Bueno, pensó Juan Diego, tal vez eso explicara el canto del gallo psicópata antes del amanecer durante la Nochevieja en el Encantador, pero no el posterior graznido del ave, en su muerte repentina y al parecer violenta, como si Miriam, sólo con desear que el molesto gallo estuviese muerto, hubiese conseguido ese efecto.

Al menos esta vez podía darse por prevenido, pensaba Juan Diego: en el hotel cercano a Vigán se oiría el canto de los gallos de pelea durante toda la noche. Juan Diego sentía curiosidad por ver qué haría Dorothy al respecto.

«Alguien debería matar a ese gallo», había dicho Miriam con su voz grave y ronca aquella noche en el Encantador. Luego, cuando ese gallo trastornado cantó una tercera vez y su cacareo se interrumpió con un graznido, Miriam dijo: «Listo, se acabó. No más anuncios de un falso amanecer, no más emisarios embusteros».

—Y como los gallos cantan toda la noche, los perros nunca dejan de ladrar —explicó Dorothy.

—Parece un sitio muy tranquilo —dijo Juan Diego. El hotel era un conjunto de edificios, todos viejos. La arquitectura colonial era evidente; quizás había sido en otro tiempo una misión, pensaba Juan Diego: entre la media docena de alojamientos había una iglesia.

El Escondrijo, así se llamaba el hotel. Resultaba difícil apreciar qué clase de establecimiento era si uno llegaba pasadas las diez de la noche, como fue el caso. Los otros huéspedes (si había alguno) se habían acostado. El comedor era exterior, situado bajo una techumbre de paja, con los laterales abiertos, expuesto a los elementos, pero Dorothy le prometió que no había mosquitos.

—¿Qué mata a los mosquitos? —preguntó Juan Diego.

—Los murciélagos, quizá..., o los fantasmas —contestó Dorothy con indiferencia.

Los murciélagos, conjeturó Juan Diego, también se pasaban la noche en vela, sin cantar ni ladrar, sólo matando en silencio otros seres. Juan Diego ya estaba, en cierto modo, acostumbrado a los fantasmas, o eso pensaba.

La insólita pareja de amantes se alojaba frente al mar; soplabla la brisa. Juan Diego y Dorothy no estaban en Vigán, ni en ninguna otra localidad, pero las luces que veían eran las de Vigán, y había dos o tres cargueros anclados mar adentro, frente a la costa. Veían las luces de los cargueros y, a veces, cuando el viento era propicio, oían las radios de los barcos.

—Hay una piscina pequeña..., una piscina para niños, podríamos decir, supongo

—explicaba Dorothy—. Ojo no vayas a caerte en la piscina de noche, porque no la iluminan —advirtió.

No había aire acondicionado, pero Dorothy dijo que no se necesitaba, porque las noches eran relativamente frescas, y su habitación tenía un ventilador en el techo; el ventilador emitía un leve golpeteo, pero, tomando en consideración el canto de las aves de pelea y los ladridos de los perros, ¿qué más daba el golpeteo de un ventilador? El Escondrijo no era lo que uno describiría como un «complejo turístico».

—La playa más cercana está al lado de un pueblo de pescadores y un colegio de primaria, pero las voces de los niños se oyen a lo lejos; con los niños, oírlos a lo lejos no es problema —decía Dorothy mientras se acostaban—. Los perros del pueblo de pescadores tienen un actitud territorial con respecto a la playa, pero no representan ningún peligro si vas por la arena húmeda; sólo tienes que quedarte cerca del agua —aconsejó Dorothy.

¿Qué clase de gente se hospedaba en El Escondrijo?, se preguntaba Juan Diego. El Escondrijo lo llevó a pensar en fugitivos o revolucionarios, no en turistas. Pero Juan Diego empezaba a conciliar el sueño; estaba medio dormido cuando, en la mesilla de noche, el teléfono móvil de Dorothy (en modo vibración) produjo un zumbido.

—¡Qué sorpresa, mamá! —oyó decir a Dorothy con tono sarcástico en la oscuridad. Siguió un prolongado silencio, durante el cual los gallos cantaron y los perros ladraron, hasta que Dorothy dijo «Ajá» un par de veces y «Vale» también una o dos veces, antes de que Juan Diego la oyera decir—: Es broma, ¿no? —Y después de esos «dorothyismos» ya conocidos vino el comentario con que la hija, en apariencia no muy dócil, puso fin a la llamada. Juan Diego oyó que Dorothy le decía a Miriam—: No te conviene oír lo que he soñado, mamá, créeme.

Juan Diego, despierto en la oscuridad, pensó en esa madre y su hija; recordaba cómo las había conocido: reflexionaba sobre lo mucho que ahora dependía de ellas.

—Duérmete, cariño —oyó decir Juan Diego a Dorothy; Miriam había pronunciado la palabra «cariño» casi exactamente igual. Y la joven, con un movimiento certero, tendió la mano y encontró su pene, al que dio un ambivalente apretón.

«Vale», intentaba decir Juan Diego, pero la palabra no le salía. Lo venció el sueño, como por orden de Dorothy.

«Cuando muera, no me quemem. Móntenme la parafernalia completa», había dicho Lupe mirando directamente al padre Alfonso y al padre Octavio. Eso fue lo que Juan Diego oyó en sueños: la voz de Lupe, sus instrucciones.

Juan Diego no oyó el canto de los gallos ni los ladridos de los perros; no oyó a los dos gatos que se peleaban o follaban (o las dos cosas) en la techumbre de paja de la ducha exterior. Juan Diego no oyó a Dorothy levantarse por la noche, no para orinar sino para abrir la puerta que daba a la ducha exterior, donde encendió la luz de la ducha.

—Largaos de una puta vez o moríos —dijo Dorothy a los gatos con aspereza: dejaron de maullar. Habló con más delicadeza al fantasma que vio en la ducha exterior, allí de pie, como si corriera el agua, cosa que no era así, y como si estuviera desnudo, aunque iba vestido.

—Perdona, no te lo decía a ti; hablaba sólo a esos gatos —se disculpó Dorothy, pero el joven fantasma se había esfumado.

Juan Diego no había oído la disculpa de Dorothy al prisionero de guerra en rápida desaparición; era uno de los huéspedes fantasmas. El joven macilento tenía la piel gris y vestía de gris carcelario: uno de los cautivos torturados por los norvietnamitas. Y a juzgar por su expresión atormentada y aire de culpabilidad —como Dorothy explicaría más tarde a Juan Diego—, ella había llegado a la conclusión de que se trataba de uno de los que sucumbieron ante la tortura. Quizás el joven prisionero de guerra había capitulado a causa del dolor. Quizás había firmado cartas en las que declaraba que había perpetrado actos que nunca había cometido. Algunos de los jóvenes estadounidenses habían intervenido en emisiones radiofónicas, recitando propaganda comunista.

No era culpa de ellos; no debían sentirse culpables, intentaba decir Dorothy siempre a los fantasmales huéspedes de El Escondrijo, pero los fantasmas tendían a esfumarse antes de que uno tuviera ocasión de dirigirles la palabra.

—Yo sólo quiero que sepan que se les ha perdonado lo que hicieron, o se vieron obligados a hacer —fue como se expresaría Dorothy ante Juan Diego—. Pero esos jóvenes fantasmas tienen su propia agenda. No nos escuchan; no interactúan con nosotros en absoluto.

Dorothy también le contaría a Juan Diego que los estadounidenses capturados que habían muerto en Vietnam del Norte no siempre vestían la indumentaria carcelaria gris; algunos de los más jóvenes llevaban su traje de faena.

—No sé si pueden elegir qué ponerse; los he visto con ropa deportiva, camisas hawaianas y esas gilipolleces —fue como se expresaría Dorothy ante Juan Diego—. Nadie conoce las reglas por las que se rigen los fantasmas.

Juan Diego esperaba librarse de ver a los fantasmas de los prisioneros de guerra torturados con camisas hawaianas, pero en su primera noche en la vieja hostería, en los aledaños de Vigán, no llegó a ver las apariciones espectrales de la clientela en reposo y recuperación de El Escondrijo, muerta hacía mucho tiempo; durmió en la conflictiva compañía de sus propios fantasmas. Juan Diego estaba soñando: en esta ocasión se trataba de un sueño ruidoso. (No era de extrañar que Juan Diego no oyese a Dorothy hablar con aquellos gatos o disculparse con aquel fantasma.)

Lupe había pedido la «parafernalia completa», y al Templo de la Compañía de Jesús no le habían dolido prendas. El hermano Pepe hizo cuanto estuvo en sus manos; intentó persuadir a los dos viejos sacerdotes de la conveniencia de celebrar unas exequias sencillas, pero Pepe debería haber sabido que no había forma de contenerlos. Ése era el pan de cada día para la Iglesia, la muerte de inocentes: ante la

muerte de los niños no había contención que valiera. Lupe recibiría unas exequias sin restricciones: cualquier cosa menos sencillas.

El padre Alfonso y el padre Octavio habían insistido en mantener el féretro abierto. Lupe llevaba un vestido blanco, con un pañuelo blanco enrollado en torno al cuello, de modo que no se veían la dentellada ni la hinchazón. (Uno tenía que imaginarse el aspecto que debía de ofrecer su nuca.) Y hubo tanto vaivén de incensario que el irreconocible rostro de la Virgen María con la nariz rota quedó eclipsado por una bruma acre. Rivera parecía preocupado por el humo, como si Lupe estuviera consumiéndose en los fuegos eternos del ‘basurero’, que era lo que en otro tiempo ella habría deseado.

—No te preocupes, después quemaremos algo, como ella dijo —susurró Juan Diego al ‘jefe’.

—Ando atento a ver si aparece un cachorro muerto: encontraré uno —contestó el responsable del vertedero.

Los dos contemplaron desconcertados a las ‘Hijas del Calvario’, monjas plañideras a sueldo.

«Las lloronas profesionales», como Pepe las llamaba, eran un exceso. Bastaba con la presencia de los párvulos huérfanos entonando su oración responsorial, ensayada tan a menudo, bajo la batuta de la hermana Gloria.

«¡Madre! Ahora y siempre», repetían los niños en respuesta a la hermana Gloria. «¡Madre! Ahora y siempre, serás mi guía.» Pero la Virgen María más morena, con su nariz de boxeador, no reaccionó, a pesar de esa plegaria repetitiva y todo lo demás: el llanto por encargo de las Hijas del Calvario, el incienso que envolvía la descomunal presencia del Monstruo María (por más que Juan Diego no la viera claramente en medio de las nubes ascendentes de humo sagrado).

El doctor Vargas asistió a las exequias por Lupe; apenas quitó ojo a aquella estatua poco digna de confianza de la Virgen María, y no se incorporó a la procesión de dolientes (y turistas curiosos, u otros mirones) que desfiló hasta la parte delantera del templo de los jesuitas para echar un vistazo a la niña leona en su féretro abierto. Así era como llamaban a Lupe en Oaxaca y alrededores: la «niña leona».

Vargas había asistido a las exequias por Lupe con Alejandra; a la sazón, ella parecía algo más que una novia para una cena, y Alejandra sentía simpatía por Lupe, pero Vargas no acompañó a su novia a echar un vistazo a Lupe en el féretro abierto.

Juan Diego y Rivera no pudieron evitar oír su conversación.

—¿No vas a ir a mirar? —había preguntado Alejandra a Vargas.

—Ya sé qué aspecto tiene Lupe: la he visto —fue lo único que respondió Vargas.

Después de eso, Juan Diego y el responsable del vertedero prefirieron no ver a Lupe toda de blanco en el féretro abierto. Juan Diego y el ‘jefe’ tenían la esperanza de seguir viendo a Lupe tal como la recordaban en vida. No se movieron del banco, sentados junto a Vargas, pensando como piensan un niño de la basura y un jefe de vertedero: en cosas que quemar, en cenizas que espolvorear a los pies del Monstruo

María —«sólo espolvorea, no las tires», les había indicado Lupe, «¡quizá no todas las cenizas, y sólo a los pies!», había dicho claramente.

Los turistas curiosos y los otros mirones que habían visto a la niña leona en su féretro abierto abandonaron el templo antes del final sin la menor contemplación; por lo visto, había supuesto una decepción para ellos no ver señales del ataque del león en el cuerpo sin vida de Lupe. (El cuerpo de Ignacio no se mostraría en un féretro abierto, como el doctor Vargas, que había visto los restos del domador de leones, comprendió plenamente.)

El canto de despedida fue el *Ave María*, entonado con poca fortuna por un coro de niños mal elegido, también a sueldo, como las Hijas del Calvario. Eran chavales con el uniforme de una academia de música al parecer de alto nivel; sus padres tomaban instantáneas mientras salía la comitiva formada por los clérigos y el coro.

En ese momento, con súbita discordancia, la banda del circo se unió al coro del *Ave María*. El padre Alfonso y el padre Octavio habían insistido en que la banda del circo se quedara fuera del Templo de La Compañía de Jesús, pero fue difícil contener la versión para charanga de *Calles de Laredo* interpretada por La Maravilla; su distorsión moribunda y fúnebre del lamento del vaquero sonó a tal volumen que la mismísima Lupe debió de oírla.

Los niños de la academia de música, forzando sus voces para hacer audible el *Ave María*, no eran rivales para la barahúnda de trompetazos y tamborileo de la banda circense. El lastimero lamento de *Calles de Laredo* interpretado por La Maravilla se oía desde el zócalo. Las amigas de Flor —aquellas prostitutas que trabajaban en el hotel Somega— dijeron que el histriónico canto fúnebre del vaquero que sonaba en el templo de los jesuitas les llegó incluso a la calle Zaragoza.

—Quizás el espolvoreo de las cenizas sea un acto más sencillo —comentó el hermano Pepe, esperanzado, a Juan Diego mientras salían de las exequias por Lupe: aquella atroz parafernalia, aquella absoluta mamarrachada al estilo católico, que era precisamente lo que Lupe había deseado.

—Sí..., más espiritual, quizás —había intervenido Edward Bonshaw.

Al principio no había entendido la traducción al inglés de ‘Hijas del Calvario’, ya que en el diccionario de bolsillo que el ‘señor Eduardo’ consultó, el oriundo de Iowa se fijó en el significado informal de «calvario», que podía significar «serie de calamidades».

Edward Bonshaw, cuya vida sería una serie de calamidades, había imaginado erróneamente que a las monjas que lloraban a sueldo se las llamaba «Hijas de una serie de calamidades». Habida cuenta de las vidas de aquellos huérfanos abandonados en Niños Perdidos, y habida cuenta de las espantosas circunstancias de la muerte de Lupe..., en fin, es comprensible que el hombre papagayo interpretara mal el sentido de ‘Hijas del Calvario’.

Y uno bien podía entender a Flor: para ella, el hombre papagayo empezaba a perder puntos. Hablando en plata, Flor esperaba que Edward Bonshaw dejara de

marear la perdiz de una puta vez. Cuando el ‘señor Eduardo’ confundió a las Hijas del Calvario con una orden de monjas consagrada a una serie de calamidades..., en fin, Flor se había limitado a levantar la vista al cielo.

¿Cuándo haría acopio de huevos Edward Bonshaw para confesar su amor por ella a los dos viejos sacerdotes, si es que lo conseguía?

—Lo principal es la tolerancia, ¿no? —decía el ‘señor Eduardo’ mientras salían del Templo de la Compañía de Jesús; pasaron ante el retrato de san Ignacio, quien, indiferente a ellos, miraba al cielo en busca de orientación.

El Hombre Pijama se echaba agua bendita de la fuente a la cara, y Soledad y las jóvenes acróbatas inclinaron la cabeza cuando Juan Diego pasó por delante de ellas.

Paco y Barriga de Cerveza estaban fuera del templo, donde más atronador era el bombardeo de metales y tambores de la banda del circo.

—¡‘Qué triste’! —vociferó Barriga de Cerveza al ver a Juan Diego.

—‘Sí, sí’, hermano de Lupe..., qué triste, qué triste —repitió Paco a la vez que abrazaba a Juan Diego.

Allí, en medio del estruendo fúnebre de *Calles de Laredo*, no era el momento idóneo para que el ‘señor Eduardo’ confesara su amor por Flor al padre Alfonso y al padre Octavio, al margen de si el oriundo de Iowa hacía acopio alguna vez de huevos para una confesión tan tremenda.

Como Dolores había dicho a Juan Diego, cuando La Maravilla en persona intentaba convencerlo para que bajara de lo alto de la carpa principal: «Estoy segura de que tendrás huevos para muchas otras cosas». Juan Diego se preguntaba pero ¿cuándo, y qué otras cosas?, mientras la banda del circo tocaba y tocaba; daba la impresión de que el canto fúnebre nunca terminaría.

Con la misma intensidad que reverberaba *Calles de Laredo* se estremecía la esquina de las calles Trujano y Flores Magón. Rivera quizá considerara que podía alzar la voz sin peligro; puede que el responsable del vertedero pensara que nadie lo oiría. Se equivocaba: ni siquiera la versión para charanga del lamento del vaquero podía ahogar el grito de Rivera.

El responsable del vertedero se volvió de cara a la entrada del templo de los jesuitas, a un paso de Flores Magón; había blandido el puño en dirección al Monstruo María, tal era su ira.

—¡Volveremos, con más cenizas para ti! —había vociferado el ‘jefe’.

—Se refiere al espolvoreo, supongo —dijo el hermano Pepe al responsable del vertedero, como si Pepe hablara en tono de complicidad.

—Ah, sí..., el espolvoreo —terció el doctor Vargas—. No se olvide de avisarme cuando llegue el momento; no quiero perdérmelo —dijo a Rivera.

—Hay cosas que quemar, decisiones que tomar —masculló el responsable del vertedero.

—Y no queremos que haya demasiadas cenizas..., esta vez basta con la cantidad adecuada —añadió Juan Diego.

—¡Y sólo a los pies de la Virgen María! —les recordó el hombre papagayo.

—‘Sí, sí’..., estas cosas llevan su tiempo —les advirtió el ‘jefe’.

Pero no siempre es así en los sueños: a veces los sueños van más deprisa. En los sueños el tiempo puede comprimirse.

En la vida real, Dolores tardó unos días en aparecer en la Cruz Roja, y en presentarse ante Vargas, como hizo, con su fatal peritonitis. (En el sueño, Juan Diego se saltaría esa parte.)

En la vida real, el ‘hombre papagayo’ —el entrañable hombre papagayo— tardaría unos días en hacer acopio de huevos para decir lo que tenía que decir al padre Alfonso y al padre Octavio, y Juan Diego descubriría que, en efecto, él mismo tenía huevos para «muchas otras cosas», como había intentado hacerle entender Dolores cuando él se quedó paralizado a veinticinco metros de altura. (En el sueño, claro está, Juan Diego se saltaría el número de días que él y el oriundo de Iowa tardaron en descubrir sus huevos.)

Y, en la vida real, el hermano Pepe se pasó varios días llevando a cabo las indagaciones necesarias: las normas en lo referente a la custodia legal, las relativas (en particular) a los huérfanos; la función que la Iglesia podía desempeñar, y había desempeñado, al designar o recomendar tutores legales para niños bajo la tutela de Niños Perdidos. Pepe tenía buena cabeza para ese tipo de papeleo; elaborar argumentaciones jesuíticas a partir de la historia era un procedimiento que comprendía bien.

Poco importaba, a juicio de Pepe, que hubiera constancia del sinfín de veces que el padre Alfonso y el padre Octavio habían dicho: «Somos una Iglesia basada en normas»; ahora bien, como Pepe descubrió, no había constancia de que hubiesen dicho ni una sola vez que podían o estaban dispuestos a desviarse de las normas. Lo que sí tenía importancia era el sinfín de veces que el padre Alfonso y el padre Octavio se habían desviado de las normas: algunos huérfanos no eran muy adoptables; no todo posible tutor era inequívocamente apto. Y, como no era de extrañar, la rigurosa preparación y exposición de Pepe acerca de por qué Edward Bonshaw y Flor eran (en el difícil caso de Juan Diego) los tutores más aptos concebibles para el lector del basurero..., en fin, puede entenderse por qué estas disquisiciones académicas no eran apropiadas para un sueño. (En lo tocante a soñar, Juan Diego se saltaría también las argumentaciones jesuíticas de Pepe.)

Por último pero no menos importante, en la vida real, Rivera y Juan Diego tardarían unos días en planear el asunto de la quema: no sólo qué iría a la hoguera del ‘basurero’, sino también cuánto tiempo debía arder y qué cantidad de ceniza se llevarían. Esta vez, el recipiente de las cenizas sería pequeño: no una lata de café, sino sólo una taza de café. Era una taza que a Lupe le gustaba usar para tomar su chocolate deshecho; la había dejado en la chabola de Guerrero, donde el ‘jefe’ se la había guardado.

Había, cabe destacar, una segunda parte en la última voluntad de Lupe —la parte que atañía al espolvoreo de las cenizas—, pero la preparación de esas interesantes cenizas también quedaría excluida del sueño de Juan Diego. (Los sueños no sólo pueden ir deprisa; pueden ser muy selectivos.)

En su primera noche en El Escondrijo, Juan Diego se levantó a orinar; no recordaría qué ocurrió, porque todavía soñaba. Se sentó a orinar; sentado podía orinar menos ruidosamente, y no quería despertar a Dorothy, pero existía una segunda razón para sentarse. Había visto su propio teléfono móvil: estaba en la encimera junto al inodoro.

Como estaba soñando, Juan Diego, seguramente, no recordaba que el cuarto de baño era el único sitio donde podía poner a cargar el teléfono móvil; junto a la mesilla de noche de la habitación sólo había una toma, y Dorothy se le había adelantado: era una joven muy enterada en lo tocante a tecnología.

Juan Diego no estaba en absoluto al día. Aún no entendía cómo funcionaba el teléfono móvil, ni podía acceder a las cosas que estaban (o no estaban) en el irritante menú de su teléfono móvil, esas cosas que otras personas encontraban tan fácilmente y contemplaban con tan hipnótica fascinación. Juan Diego no consideraba muy interesante su teléfono móvil, no en igual medida que otras personas. En su vida cotidiana en Iowa City, no disponía de ninguna persona joven que le enseñara a utilizar su misterioso teléfono. (Era uno de esos teléfonos móviles con tapa, ya anticuados.)

Le exasperaba —incluso medio dormido, soñando y orinando allí sentado— no poder encontrar todavía la foto que el joven chino les había tomado en el andén subterráneo de la estación de Kowloon.

Todos oían acercarse el tren; el chico tuvo que darse prisa. La foto pilló por sorpresa a Juan Diego, y a Miriam y a Dorothy. La pareja china pensó, por lo visto, que era una foto decepcionante —¿quizá desenfocada?—, pero el tren ya estaba allí. Fue Miriam quién arrebató el teléfono móvil a la pareja, y Dorothy quien —aún más rápida— se lo quitó a su madre. Cuando Dorothy le devolvió el teléfono, ya no estaba en modo cámara.

«No salimos bien en las fotografías», fue lo único que le había dicho Miriam a la pareja china, que pareció en exceso alterada por el incidente. (Quizá las fotos, por lo regular, les quedaban mejor.)

Y ahora, sentado en el váter de su cuarto de baño en El Escondrijo, Juan Diego descubrió —totalmente por azar, y tal vez porque estaba medio dormido y soñaba— que había una manera más fácil de encontrar esa fotografía hecha en la estación de Kowloon. Juan Diego ni siquiera recordaría cómo encontró la imagen tomada por el joven chino. Había pulsado de forma involuntaria un botón situado en el lateral del teléfono móvil; de repente, la pantalla anunció: «Activando cámara». Podría haberse sacado una foto de las rodillas desnudas, abarcando desde el asiento del váter, pero debió de ver la opción «Mis imágenes», y así fue como vio la foto tomada en la

estación de Kowloon, por más que luego no lo recordase.

De hecho, por la mañana, Juan Diego pensaría que sólo había soñado con la fotografía, porque lo que había visto sentado en el váter —lo que había visto en la foto auténtica— no podía ser real.

En la foto que Juan Diego había visto, él salía solo en el andén de la estación de Kowloon; como Miriam había dicho, Dorothy y ella no «salían bien en las fotografías», eso desde luego. No era de extrañar que Miriam hubiese dicho que a Dorothy y a ella no les gustaba nada cómo quedaban en las fotografías: ¡sencillamente no aparecían en las fotos! No era de extrañar que la joven pareja china, que había visto la imagen, pareciera «en exceso alterada».

Pero Juan Diego no estaba realmente despierto en el momento presente; se hallaba en poder del sueño y el recuerdo más importante de su vida: la parte del espolvoreo. Además, Juan Diego no podría haber aceptado (todavía no) que Miriam y Dorothy no hubiesen quedado capturadas en la foto de la estación de Kowloon, la que los pilló a los tres por sorpresa.

Y cuando Juan Diego, con el menor ruido posible, tiró de la cadena del váter en su cuarto de baño de El Escondrijo, no vio al joven fantasma que permanecía, nervioso, bajo la ducha exterior. Ése era un fantasma distinto del que Dorothy había visto; ése vestía traje de faena y parecía muy joven, como si aún no tuviera edad para afeitarse. (Dorothy debía de haber dejado la luz de la ducha encendida.)

En la décima de segundo antes de que el joven fantasma se esfumase, desaparecido para siempre en acto de combate, Juan Diego había vuelto al dormitorio; no recordaría haberse visto solo en el andén de la estación de Kowloon. Saber que no había estado solo en ese andén bastó a Juan Diego para creer que, sencillamente, había soñado que llevaba a cabo ese viaje sin Miriam y sin Dorothy.

Mientras yacía junto a Dorothy —al menos Juan Diego tuvo la impresión de que Dorothy realmente estaba allí—, quizá la palabra «viaje» le trajo algo a la memoria antes de dormirse de nuevo y regresar de lleno al pasado. ¿Dónde había dejado el billete de ida y vuelta a la estación de Kowloon? Sabía que lo había guardado por alguna razón; con su omnipresente bolígrafo había escrito algo en el billete. ¿El título de una futura novela, quizá? «Un solo viaje»... ¿era eso?

¡Sí, eso era! Pero sus pensamientos (como sus sueños) eran tan inconexos que le costó concentrarse. ¿Acaso le había administrado Dorothy esa noche una dosis doble de betabloqueantes? En otras palabras, no era una noche para el sexo, sino una de esas noches para compensar los betabloqueantes que se había saltado. En tal caso —si había tomado una dosis doble de Lopressor—, ¿habría importado mucho si Juan Diego hubiese visto al joven fantasma, nervioso, bajo la ducha exterior? ¿No habría creído Juan Diego que sólo estaba soñando con que veía al fantasma del soldado?

«Un solo viaje»: sonaba casi como el título de una novela que ya hubiese escrito, pensaba Juan Diego mientras se adormecía de nuevo, sumiéndose más profundamente en el sueño de toda su vida. Pensó en «solo» en el sentido de no

acompañado por otros —en el sentido de *solitario* o *en soledad*—, pero también en el sentido de único, de no tener igual (en el sentido de *singular*, supuso Juan Diego).

Entonces, tan repentinamente como se había levantado y había vuelto a la cama, Juan Diego ya no estaba pensando. Una vez más, el pasado se había adueñado de él.

El espolvoreo

La parte del espolvoreo en la última voluntad de Lupe no tuvo un comienzo muy espiritual. El hermano Pepe había estado hablando con un abogado de inmigración estadounidense, eso, amén de las conversaciones de Pepe con las autoridades mexicanas. El término «tutor legal» no era el único en juego; sería necesario que Edward Bonshaw «avalase» a Flor en la solicitud de la «residencia permanente», decía Pepe con la mayor discreción posible. Sólo el ‘señor Eduardo’ y Flor lo oían.

Naturalmente, Flor se opuso a que Pepe dijera que ella tenía antecedentes penales. (Eso exigiría desviarse aún más de las reglas.) «¡Yo no he hecho nada “penal”!», protestó Flor. Se había visto envuelta en uno o dos altercados: la policía de Oaxaca la había detenido una o dos veces.

Según los archivos de la policía, había habido un par de palizas en el hotel Somega, pero Flor sostuvo que ella «sólo» había dado una paliza a Garza —«¡aquel chulo matón se la estaba buscando!»— y otra noche había sacudido estopa a César, el esclavo de Garza. Ésas no eran palizas «penales». En cuanto lo ocurrido a Flor en Houston, el abogado de inmigración estadounidense comunicó a Pepe que nada había salido a la luz. (El poni de la postal, que el ‘señor Eduardo’ mantendría siempre en secreto, en su corazón, no era un asunto susceptible de incluirse en unos antecedentes penales, no en Texas.)

Y antes de iniciarse el espolvoreo en el templo de los jesuitas, el contenido de las cenizas recibió cierta atención no espiritual.

—¿Qué se quemó exactamente, si se me permite preguntarlo? —empezó el padre Alfonso, dirigiéndose al responsable del vertedero.

—Esperamos que esta vez no haya sustancias extrañas —fue como el padre Octavio se lo planteó a Rivera.

—La ropa de Lupe, un cordón que llevaba al cuello, un par de llaves..., más alguna que otra cosa de Guerrero —dijo Juan Diego a los dos viejos sacerdotes.

—¿Cosas del circo en su mayor parte? —preguntó el padre Alfonso.

—Bueno, la quema se hizo en el ‘basurero’..., quemar es propio del vertedero —contestó el ‘jefe’ con cautela.

—Sí, sí, lo sabemos —se apresuró a decir el padre Octavio—. Pero el contenido de esas cenizas procede sobre todo de la vida de Lupe en el circo, ¿no es así? —preguntó el sacerdote al responsable del vertedero.

—Cosas del circo en su mayor parte —masculló Rivera; se guardaba de mencionar el sitio de los cachorros de Lupe, donde había encontrado a *Blanco Sucio*.

El sitio de los cachorros estaba cerca de la chabola de Guerrero, donde el ‘jefe’ había encontrado un nuevo cachorro muerto para la pira de Lupe.

Como Vargas había pedido que se lo incluyese en la ceremonia del espolvoreo, él

y Alejandra estaban allí. Aquél ya había sido un mal día para Vargas; el asunto de la infección letal de Dolores había obligado al médico a tratar con diversas autoridades, un proceso nada satisfactorio.

El padre Alfonso y el padre Octavio habían elegido la hora de la siesta para el espolvoreo, pero a algunos de los indigentes —borrachos y hippies que rondaban por el zócalo— les gustaban las iglesias para sus siestas vespertinas. Los bancos del fondo del templo de los jesuitas eran lugar de descanso provisional para esos indeseables; por esa razón, los dos viejos sacerdotes querían que el espolvoreo se desarrollase en silencio. La petición de espolvorear las cenizas, aunque fuera sólo a los pies de la Virgen María, era algo inusitado. El padre Alfonso y el padre Octavio no querían que el público tuviera la impresión de que *cualquiera* podía esparcir cenizas en el Templo de la Compañía de Jesús.

«Cuidado con el pequeño Jesús, no vayas a echarle las cenizas a los ojos», había dicho Lupe a su hermano.

Juan Diego, sosteniendo la taza de café en la que, en otro tiempo, a Lupe le gustaba tomar su chocolate deshecho, se aproximó respetuosamente al inescrutable Monstruo María.

—Me pareció que las cenizas te afectaban..., me refiero a la otra vez —empezó Juan Diego con cautela; era difícil saber cómo dirigirse a una presencia tan descomunal—. No pretendo engañarte. Estas cenizas no son ella; son sólo su ropa, y unas cuantas cosas que a ella le gustaban. Espero que no haya inconveniente —dijo a la Virgen gigantesca, echando unas pocas cenizas al pedestal en tres niveles donde se alzaba el Monstruo María, que tenía sus grandes pies posados en un motivo en esencia carente de significado, una configuración poco natural de ángeles paralizados entre las nubes. (Era imposible espolvorear las cenizas a los pies de la Virgen María sin que a los ángeles les entraran cenizas en los ojos, pero Lupe no había dicho nada de llevar cuidado con los ángeles.)

Juan Diego siguió espolvoreando, siempre atento a que las cenizas no cayeran cerca del Cristo sufriente y encogido de expresión agónica; no quedaban muchas cenizas en la taza.

—¿Puedo pronunciar unas palabras? —preguntó de pronto el hermano Pepe.

—Claro, Pepe —dijo el padre Alfonso.

—Habla, Pepe —instó el padre Octavio.

Pero Pepe no se lo preguntaba a los dos viejos sacerdotes; se había postrado de rodillas ante la giganta: estaba preguntándose a ella.

—Uno de nosotros, nuestro apreciado Edward, nuestro querido Eduardo, tiene algo que pedirte, María Madre —dijo Pepe—. ¿Verdad, Eduardo? —preguntó el hermano Pepe al oriundo de Iowa.

Edward Bonshaw sí tenía huevos, pese a lo que Flor, hasta ese momento, pensaba.

—Lo lamento si te decepciono —dijo el ‘señor Eduardo’ al Monstruo María de

semblante impasible—, pero he faltado a mis votos: estoy enamorado. De ella —añadió el oriundo de Iowa con voz trémula; lanzó una ojeada a Flor y agachó la cabeza ante los grandes pies de la Virgen María—. Lo lamento también si los decepciono a ustedes —prosiguió Edward Bonshaw, mirando por encima del hombro a los dos viejos sacerdotes—. Déjenos marchar, por favor; ayúdenos, por favor —rogó el ‘señor Eduardo’ al padre Alfonso y al padre Octavio—. Quiero llevarme a Juan Diego; me he consagrado a este muchacho —dijo el oriundo de Iowa a los dos viejos sacerdotes—. Velaré por él como es debido, te lo prometo —imploró Edward Bonshaw a la Virgen gigantesca.

—Te quiero —dijo Flor al oriundo de Iowa, que rompió a sollozar; le temblaron los hombros bajo la camisa hawaiana, bajo aquellos árboles cuajados de vistosos papagayos, allí tumultuosamente representados—. He hecho cosas cuestionables —dijo de pronto Flor a la Virgen María—. No he tenido muchas oportunidades de conocer a lo que podríamos llamar «buenas personas». Ayúdenos, por favor —dijo Flor volviéndose hacia los dos viejos sacerdotes.

—¡Quiero otro futuro! —exclamó Juan Diego dirigiéndose inicialmente al Monstruo María, pero no le quedaban cenizas que espolvorear a los pies de la giganta indolente. Se volvió entonces hacia el padre Alfonso y el padre Octavio—. Déjenme ir con ellos, por favor. Aquí ya lo he intentado, déjenme probar suerte en Iowa —suplicó el muchacho.

—Esto es vergonzoso, Edward... —empezó a decir el padre Alfonso.

—Vosotros dos... ¡Sólo de pensarlo...! ¡Que vosotros dos criéis a un niño...! —balbuceó el padre Octavio.

—¡No sois una «pareja»! —exclamó el padre Alfonso al ‘señor Eduardo’.

—¡Tú ni siquiera eres una «mujer»! —exclamó a su vez el padre Octavio a Flor.

—Sólo una pareja casada puede... —empezó a decir el padre Alfonso.

—Este muchacho no puede... —prorrumpió el padre Octavio antes de que el doctor Vargas lo interrumpiera.

—¿Qué posibilidades tiene aquí este muchacho? —preguntó Vargas a los dos viejos sacerdotes—. ¿Qué perspectivas tiene Juan Diego en Oaxaca cuando abandone Niños Perdidos? —preguntó Vargas, levantando más la voz—. Acabo de ver a la estrella de La Maravilla, ¡La Maravilla en persona! —exclamó Vargas—. Si Dolores no ha tenido ninguna posibilidad, ¿qué posibilidades tiene el niño de la basura? Si el chico se marcha con ellos, ¡sí tendrá alguna oportunidad! —vociferó Vargas a la vez que señalaba al hombre papagayo y a Flor.

Ésa no era la tranquila ceremonia de espolvoreo que los dos sacerdotes preveían. Vargas despertó a los indigentes con sus voces; en los bancos del fondo del templo, los borrachos y los hippies se habían levantado... Mejor dicho, todos excepto un hippy; éste seguía dormido bajo un banco. Todos veían sus sandalias gastadas y tristes, porque los pies sucios del hippy asomaban al pasillo central.

—No le hemos pedido su «opinión científica», Vargas —dijo el padre Alfonso

con tono sarcástico.

—Por favor, baje la voz... —empezó a decir el padre Octavio al médico.

—¡La voz! —exclamó Vargas—. ¿Y si Alejandra y yo quisiéramos adoptar a Juan Diego...? —empezó a preguntar, pero el padre Alfonso fue más rápido.

—Usted no está casado, Vargas —dijo el padre Alfonso con toda tranquilidad.

—¡Esas normas tuyas! ¿Qué tienen que ver esas normas con la vida real de la gente? —le preguntó Vargas.

—Ésta es nuestra Iglesia, éstas son nuestras normas, Vargas —dijo el padre Alfonso sin alterarse.

—Somos una Iglesia basada en normas... —empezó a decir el padre Octavio. (Pepe había oído eso ya un centenar de veces.)

—Las normas las creamos nosotros —señaló Pepe—, pero ¿no nos desviamos también de ellas, o podemos desviarnos? Pensaba que creíamos en la caridad.

—Ustedes hacen favores a las «autoridades» continuamente; ellos les deben favores, ¿no es así? —preguntó Vargas a los dos viejos sacerdotes—. Este chico no va a encontrar una oportunidad mejor que estos dos... —había empezado a decir Vargas, pero de pronto el padre Octavio decidió aventar a los indigentes del templo; estaba distraído.

Sólo el padre Alfonso escuchaba a Vargas, de ahí que Vargas se interrumpiese, aunque parecía inútil seguir (incluso Vargas lo veía). Era absurdo pensar que esos dos viejos sacerdotes se dejarían convencer.

Juan Diego, por de pronto, se había cansado ya de rogárselo a ellos.

—Por favor, haz algo —dijo el muchacho en su desesperación a la Virgen gigantesca—. Se supone que eres alguien, pero no haces nada —reprochó Juan Diego al Monstruo María a gritos—. Si no puedes ayudarme..., vale, vale..., pero ¿no puedes hacer algo? Haz algo, lo que sea, si es que puedes —dijo el muchacho a la descomunal estatua, pero su voz se apagó gradualmente. No tenía el corazón en ello; la poca fe que le quedaba desapareció.

Juan Diego volvió la espalda al Monstruo María: no podía mirarla. Flor ya había vuelto la espalda a la Virgen gigantesca; Flor no era devota de María, ya para empezar. Incluso Edward Bonshaw había vuelto la cara y no miraba ya a la Virgen María, si bien el oriundo de Iowa mantenía la mano en el pedestal, justo por debajo de los grandes pies de la Virgen.

Los indigentes habían salido poco a poco del templo para seguir vagando sin rumbo; el padre Octavio regresaba junto al desventurado corrillo reunido al pie de la atracción principal. El padre Alfonso y el hermano Pepe cruzaron miradas, pero enseguida apartaron la vista. Vargas no había estado prestando mucha atención a la Virgen María, no esta vez: el médico centraba sus esfuerzos en los dos viejos sacerdotes. Y Alejandra estaba en su propio mundo, fuera cual fuese ese mundo: el de una joven soltera en compañía de un joven médico con tendencia a la soledad. (*Ese mundo, o como quiera llamárselo..., si es que hay un nombre para él.*)

Nadie pedía nada a la Virgen gigantesca —ya no—, y sólo uno de los presentes en el espolvoreo de las cenizas, el único que no había pronunciado una sola palabra, observaba a la Virgen María. Rivera la observaba con mucha atención; venía observándola a ella, y sólo a ella, desde el principio.

—Mírenla —dijo, a todos, el responsable del vertedero—. ¿No lo ven? Hay que acercarse, tiene la cara muy lejos. Tiene la cabeza a gran altura, allí arriba. —Todos veían el punto que señalaba el ‘jefe’, pero tuvieron que acercarse para ver los ojos de la Virgen María. La estatua era muy alta.

La primera lágrima del Monstruo María cayó en el dorso de la mano de Edward Bonshaw; las lágrimas caían de tal altura que el impacto era considerable, el ruido era considerable.

—¿No lo ven? —preguntó otra vez el responsable del vertedero—. Está llorando. ¿Ven los ojos? ¿Ven las lágrimas?

Pepe se había acercado mucho; miraba fijamente hacia arriba, hacia la nariz torcida de la Virgen María, cuando una lágrima gigantesca lo alcanzó de pleno entre los ojos como un granizo. Otras lágrimas del Monstruo María cayeron en las palmas de las manos del hombre papagayo. Flor se resistió a tender la mano hacia la lluvia de lágrimas, pero, como estaba cerca del ‘señor Eduardo’, percibía las lágrimas que lo azotaban a él, y Flor veía el rostro bañado en lágrimas de la Virgen de la nariz rota.

Vargas y Alejandra sentían una curiosidad de otra índole con respecto a las lágrimas que caían de la Virgen gigantesca. Alejandra, vacilante, tendió la mano: olfateó una lágrima en la palma de su mano antes de limpiársela en la cadera. Vargas, claro está, llegó al extremo de saborear las lágrimas; además, aguzaba la vista para escrutar el techo por encima del Monstruo María: Vargas quería asegurarse de que no había goteras en el tejado.

—Fuera no llueve, Vargas —señaló Pepe.

—Sólo lo compruebo —fue lo único que dijo Vargas.

—Cuando una persona muere, Vargas... Me refiero a esas personas que siempre recordaremos, esas que nos cambian la vida..., no se va realmente —explicó Pepe al joven médico.

—Ya lo sé, Pepe... También yo vivo con fantasmas —contestó Vargas.

Los dos viejos sacerdotes fueron los últimos en acercarse a la descomunal Virgen; el espolvoreo había sido ya una circunstancia hartamente insólita —esas pocas cosas que habían sido importantes para Lupe, reducidas a cenizas—, y ahora otra anomalía, las enormes lágrimas de esa María no tan inanimada. El padre Alfonso tocó una lágrima que Juan Diego le tendió: una lágrima reluciente, cristalina, en el hueco de la pequeña mano del lector del basurero.

—Sí, ya la veo —dijo el padre Alfonso con toda la solemnidad posible.

—No creo que haya reventado una cañería... No hay cañerías en el techo, ¿verdad? —preguntó Vargas, no muy inocentemente, a los dos viejos sacerdotes.

—No hay cañerías, correcto, Vargas —contestó el padre Octavio con sequedad.

—¿Es un milagro, pues? —preguntó Edward Bonshaw, con el rostro bañado en sus propias lágrimas, al padre Alfonso—. Un ‘milagro’..., ¿no es así como se dice en español? —preguntó el oriundo de Iowa al padre Octavio.

—No, no..., la palabra ‘milagro’ no, por favor —dijo el padre Alfonso al hombre papagayo.

—Aún es pronto para mencionar esa palabra... Esas cosas llevan su tiempo. De momento, esto es un suceso sin investigar... O una serie de sucesos, podría decirse —entonó el padre Octavio como si hablara consigo mismo o ensayara el informe preliminar destinado al obispo.

—Para empezar, debe comunicarse al obispo... —especuló el padre Alfonso, antes de que el padre Octavio lo interrumpiera.

—Sí, sí, por supuesto, pero el obispo no es más que el principio. Hay un proceso —declaró el padre Octavio—. Podría alargarse años.

—Seguimos un procedimiento, en estos casos... —empezó a decir el padre Alfonso, pero se detuvo; tenía la mirada puesta en la taza de Lupe para el chocolate deshecho. Juan Diego sostenía la taza vacía entre sus pequeñas manos—. Si ya has acabado de espolvorear, Juan Diego, me gustaría quedarme esa taza... para que quede constancia —dijo el padre Alfonso.

La Iglesia tardó doscientos años en declarar que Nuestra Señora de Guadalupe era María, estaba pensando Juan Diego. (En 1754, el papa Benedicto XIV declaró a Guadalupe patrona de lo que por entonces se llamaba Nueva España.) Pero no fue Juan Diego quien lo dijo. Quien lo dijo fue el hombre papagayo, en el preciso momento en que Juan Diego entregaba la taza de Lupe al padre Alfonso.

—¿Hablamos de doscientos años? —preguntó Edward Bonshaw a los dos viejos sacerdotes—. ¿Pretenden colarnos una maniobra a lo Benedicto XIV? Cuando Benedicto declaró que su Virgen de Guadalupe era María, habían pasado doscientos años desde el hecho. ¿Es un proceso así lo que tienen en mente? —preguntó el ‘señor Eduardo’ al padre Octavio—. ¿Van a seguir un «procedimiento», como ustedes dicen, que se alargará doscientos años? —preguntó el oriundo de Iowa al padre Alfonso.

—Y así todos los que hemos visto llorar a la Virgen María estaremos muertos, ¿no es verdad? —preguntó Juan Diego a los dos sacerdotes—. Sin testigos, ¿no es verdad? —les preguntó el muchacho. (Ahora Juan Diego ya sabía que Dolores hablaba en serio; ahora ya sabía que tendría huevos para otras cosas.)

—Pensaba que creíamos en los milagros —dijo el hermano Pepe al padre Alfonso y al padre Octavio.

—No en este milagro, Pepe —dijo Vargas—. Ya estamos otra vez con la cantinela de la Iglesia basada en normas, ¿no? —preguntó Vargas a los dos viejos sacerdotes—. Esa Iglesia suya no tiene nada que ver con los milagros; sólo cuentan las «normas», ¿no?

—Yo sé lo que he visto —dijo Rivera a los dos viejos sacerdotes—. Ustedes no han hecho nada; lo ha hecho ella —añadió el responsable del vertedero. Rivera

señalaba hacia arriba, en dirección al rostro del Monstruo María, bañado en lágrimas —. Yo no he venido aquí por ustedes; he venido aquí por ella —dijo el ‘jefe’.

—Aquí las farsantes de mierda no son sus diversas vírgenes —dijo Flor al padre Alfonso—; son ustedes con sus normas..., normas que nos aplican a todos los demás —añadió Flor para el padre Octavio—. No nos ayudarán —dijo Flor al ‘señor Eduardo’—. No nos ayudarán porque los has decepcionado, y porque a mí no me ven con buenos ojos —añadió para el oriundo de Iowa.

—Me parece que la grandullona ha dejado de llorar; me parece que se le han acabado las lágrimas —observó el doctor Vargas.

—Ustedes podrían ayudarnos si quisieran —dijo Juan Diego a los dos viejos sacerdotes.

—Ya te dije yo que el chico tenía huevos, ¿o no? —preguntó Flor al ‘señor Eduardo’.

—Sí, diría que se han terminado las lágrimas —convino el padre Alfonso, al parecer con alivio.

—No veo lágrimas nuevas —coincidió el padre Octavio, al parecer con optimismo.

—Estos tres —dijo de pronto el hermano Pepe, abarcando sorprendentemente con sus brazos a la extraña pareja de amantes y al muchacho cojo; era como si Pepe los uniera—. Ustedes pueden, podrían, resolver la difícil situación de estos tres: he consultado lo que tiene que hacerse, y cómo pueden hacerlo. Ustedes podrían resolverlo —dijo el hermano Pepe a los dos viejos sacerdotes—. *Quid pro quo...*, ¿lo digo bien? —preguntó Pepe al oriundo de Iowa. Pepe sabía que Edward Bonshaw se enorgullecía de su latín.

—*Quid pro quo* —repitió el hombre papagayo—. Una cosa dada o recibida a cambio de otra —tradujo el ‘señor Eduardo’ para el padre Alfonso—. En otras palabras, un trato —fue como Edward Bonshaw lo expresó para el padre Octavio.

—Ya conocemos el significado de esa expresión, Edward —respondió el padre Alfonso, malhumorado.

—Estos tres tienen pendiente un viaje a Iowa, con ayuda de ustedes —fue como el hermano Pepe se expresó ante los dos viejos sacerdotes—. En tanto que ustedes..., es decir, nosotros, la Iglesia..., tenemos un milagro, o un no milagro, que minimizar o acallar.

—Aquí nadie ha pronunciado la palabra «acallar», Pepe —lo reprendió el padre Alfonso.

—Sencillamente es prematuro usar la palabra ‘milagro’, Pepe; tenemos que esperar y ver —lo amonestó el padre Octavio.

—Basta con que nos ayuden a llegar a Iowa —dijo Juan Diego—. Y allí ya esperaremos y veremos durante otros doscientos años.

—Parece un buen trato para todos —terció el oriundo de Iowa—. Para ser exactos, Juan Diego —dijo el ‘señor Eduardo’ al lector del basurero—, Guadalupe

esperó la declaración oficial durante doscientos veintitrés años.

—Da igual cuánto tengamos que esperar a que nos digan que un milagro es un milagro; da igual cuál sea, incluso, el milagro —dijo Rivera a todos. El llanto del Monstruo María había cesado; el responsable del vertedero se disponía ya a marcharse—. No hace ninguna falta que declaren qué es un milagro y qué no: lo hemos visto —les recordó el ‘jefe’ cuando se iba—. El padre Alfonso y el padre Octavio te ayudarán, dalo por hecho; no hace falta tener telepatía para saberlo, ¿verdad que no? —preguntó el responsable del vertedero al niño de la basura—. Lupe sabía que estos dos eran parte necesaria, ¿no? —preguntó Rivera a Juan Diego señalando al hombre papagayo y a Flor—. ¿Crees que tu hermana no sabía también que ellos formarían parte, igualmente, de tu marcha? —El ‘jefe’ señaló a los dos viejos sacerdotes.

El responsable del vertedero se detuvo junto a la pila del agua bendita sólo el tiempo necesario para pensarse dos veces si tocarla. No tocó el agua bendita al salir; por lo visto, había bastado con las lágrimas del Monstruo María.

—Vale más que vengas a despedirte de mí antes de marcharte a Iowa —dijo Rivera al lector del basurero; estaba claro que el responsable del vertedero ya no pensaba dirigir la palabra a nadie más.

—Venga a verme dentro de uno o dos días, ‘jefe’; ¡le quitaré esos puntos! —dijo Vargas a Rivera levantando la voz.

Juan Diego no dudó de lo que el responsable del vertedero había dicho; sabía que los dos viejos sacerdotes cumplirían, y sabía también que Lupe había sabido que así sería. Una mirada al padre Alfonso y al padre Octavio indicó a Juan Diego que los dos viejos sacerdotes también sabían que cumplirían.

—¿Cómo era esa gilipollez en latín? —preguntó Flor al ‘señor Eduardo’.

—*Quid pro quo* —dijo el oriundo de Iowa en voz baja; no quería incomodarla con eso.

Ahora correspondía llorar al hermano Pepe; sus lágrimas no eran un milagro, claro está, pero llorar era muy importante para Pepe, que no podía contenerse. Era un mar de lágrimas.

—Voy a echarte de menos, mi querido lector —dijo el hermano Pepe a Juan Diego—. ¡Creo que ya te echo de menos! —exclamó Pepe.

No fueron los gatos los que despertaron a Juan Diego; fue Dorothy. Dorothy, colocada en la posición superior, era un martillo neumático; a horcajadas sobre él, con el balanceo de sus generosos pechos justo por encima de la cara de Juan Diego y el vaivén de sus caderas atrás y adelante, la joven le cortaba la respiración.

—¡También yo voy a echarte de menos! —había exclamado él cuando aún dormía y soñaba.

Al cabo de un momento estaba corriéndose (Juan Diego no recordaba que le hubiera puesto el condón), y Dorothy se corría también. Un ‘terremoto’, pensó Juan

Diego.

Si había algún gato en la techumbre de paja de la ducha exterior, los gritos de Dorothy sin duda lo ahuyentaron; sus gritos acallaron asimismo, momentáneamente, el cacareo de los gallos de pelea. Aquellos perros que habían estado ladrando toda la noche reanudaron sus ladridos.

No había teléfonos en las habitaciones de El Escondrijo, o, de lo contrario, algún giliplayas de una habitación cercana habría llamado para quejarse. En cuanto a aquellos fantasmas de jóvenes estadounidenses muertos en Vietnam, en eterno reposo y recuperación en El Escondrijo, los explosivos alaridos de Dorothy debían de haber provocado uno o dos latidos en sus corazones parados.

Sólo cuando Juan Diego, cojeando, fue al cuarto de baño, vio el envase abierto de Viagra; las pastillas estaban junto al teléfono móvil, enchufado en la encimera. Juan Diego no recordaba haberse tomado la Viagra, pero debía de haberse tomado un comprimido entero, no medio, tanto si se lo tomó él cuando estaba medio despierto, como si Dorothy le dio la dosis de cien miligramos cuando él estaba profundamente dormido y soñaba con el espolvoreo. (¿Tenía alguna importancia cómo se lo hubiera tomado? Era evidente que se lo había tomado.)

Resulta difícil saber qué sorprendió más a Juan Diego. ¿Fue el joven fantasma en sí, o fue la camisa hawaiana del soldado caído? Lo más sorprendente era la forma en que ese soldado, esa baja estadounidense de una guerra lejana, escrutaba el espejo por encima de la pila del baño buscando algún rastro de sí mismo; la joven víctima no se reflejaba en el espejo. (Algunos fantasmas aparecen en los espejos; ése no. No es fácil clasificar a los fantasmas en categorías.) Y ver a Juan Diego en ese mismo espejo, sobre la pila del cuarto de baño, indujo al fantasma a esfumarse.

El fantasma que no se reflejaba en el espejo del cuarto de baño le recordó a Juan Diego su extraño sueño sobre la fotografía tomada por el joven chino en la estación de Kowloon. ¿Por qué no salían Miriam y Dorothy en esa foto? ¿Cómo llamaba Consuelo a Miriam? «La señora que aparece sin más»... ¿No era eso lo que decía la niña de las trenzas?

Pero ¿cómo habían desaparecido Miriam y Dorothy de una fotografía?, se preguntaba Juan Diego. ¿O acaso la cámara del teléfono móvil no había capturado ya de buen comienzo la imagen de Miriam y Dorothy?

Esa idea, esa conexión —no el joven fantasma en sí, ni su camisa hawaiana—, fue lo que más asustó a Juan Diego. Cuando Dorothy lo encontró plantado como una estatua en el cuarto de baño, donde se miraba en el pequeño espejo colgado sobre el lavabo, dio por supuesto que había visto a uno de los fantasmas.

—Has visto a uno, ¿verdad? —preguntó Dorothy; se apresuró a darle un beso en la nuca antes de deslizarse por detrás de él, desnuda, de camino a la ducha exterior.

—A uno, sí —fue lo único que dijo Juan Diego.

No había apartado la mirada en ningún momento del espejo del cuarto de baño. Notó el beso de Dorothy en el cuello; sintió el roce de su cuerpo en la espalda cuando

se deslizó por detrás de él. Pero Dorothy no apareció en el espejo del cuarto de baño; al igual que el fantasma de la camisa hawaiana, no se reflejó en él. A diferencia de ese joven cautivo estadounidense, Dorothy no se molestó en buscarse en el espejo; había pasado tan imperceptiblemente por detrás de Juan Diego que él no advirtió que iba desnuda, no hasta que la vio de pie en la ducha exterior.

Durante un rato la observó lavarse el pelo. Juan Diego pensó que Dorothy era una joven muy atractiva, y si era un espectro —o, en algún sentido, no era de este mundo —, a Juan Diego se le antojó más plausible que quisiera estar con él, aunque su manera de estar con él fuese de carácter irreal o ilusorio.

«¿Quién eres?», había preguntado Juan Diego a Dorothy en El Nido, pero ella dormía, o fingía estar dormida... O acaso Juan Diego sólo había imaginado que se lo preguntaba.

Consideró oportuno no volver a preguntarle quién era. Para Juan Diego fue un gran alivio imaginar que quizá Dorothy y Miriam eran espectros. El mundo que había imaginado le había aportado más satisfacción y menos dolor que el mundo real.

—¿Quieres ducharte conmigo? —preguntó Dorothy—. Sería divertido. Sólo nos ven los gatos y los perros, o los fantasmas, ¿y qué interés van a tener ellos? —dijo.

—Sí, sería divertido —contestó Juan Diego.

Aún tenía la mirada fija en el espejo del cuarto de baño cuando un pequeño gecko salió de detrás del espejo y fijó en Juan Diego sus ojos brillantes e impasibles. Sin duda, el gecko lo veía, pero Juan Diego, para cerciorarse, se encogió de hombros y movió la cabeza a uno y otro lado. El gecko se escabulló como una exhalación tras el espejo del cuarto de baño; el pequeño lagarto se escondió en medio segundo.

—¡Enseguida voy! —anunció Juan Diego a Dorothy alzando la voz; la ducha exterior (por no hablar ya de Dorothy en ella) resultaba muy seductora. Y le constaba que el gecko lo había visto; Juan Diego sabía que aún estaba vivo, que al menos era visible. No era un fantasma o algo así, todavía no—. ¡Ya voy! —repitió Juan Diego.

—Promesas, promesas —respondió Dorothy desde la ducha exterior.

A ella le gustaba embadurnarle la polla con champú hasta dejársela resbaladiza y frotarse contra él bajo el agua. Juan Diego se preguntó por qué no había tenido ninguna novia como Dorothy, pero suponía que, ya en su juventud, los libros estaban muy presentes en su conversación, una aparente seriedad que había ahuyentado a esas chicas con las que pasar un buen rato. ¿Y era ésa la razón por la que Juan Diego, en su imaginación, habría tendido a inventar a una joven como Dorothy?

—No te preocupes por los fantasmas; es sólo que he pensado que debías verlos —le decía Dorothy en la ducha—. No esperan nada de ti; están tristes, sencillamente, y tú no puedes hacer nada para aliviar su tristeza. Eres estadounidense. Aquello por lo que pasaron forma parte de ti, o tú formas parte de aquello por lo que pasaron..., o algo así. —Dorothy siguió dale que te pego.

Pero ¿qué parte de esos fantasmas formaba parte de él verdaderamente?, se preguntó Juan Diego. ¡La gente —incluso los fantasmas, si Dorothy era una especie

de fantasma— siempre pretendía convertirlo en «parte de» algo!

Resulta imposible apartar a los rebuscadores del hábito de rebuscar; los ‘pepenadores’ son extranjeros allí adonde van. ¿De qué formaba parte Juan Diego? Cierta extranjería universal viajaba con él; esa particularidad era lo que lo definía, no sólo en cuanto escritor. Incluso su apellido era inventado: no «Rivera», sino «Guerrero». El abogado de inmigración estadounidense había puesto objeciones a que Juan Diego conservara el apellido de Rivera. No era sólo que Rivera «probablemente no» fuese el padre de Juan Diego. Rivera estaba vivo; no quedaba bien que el muchacho adoptado llevara el apellido de Rivera.

Pepe tuvo que explicar esta inconveniencia al responsable del vertedero; para Juan Diego, no habría sido nada fácil explicar al ‘jefe’ que el «muchacho adoptado» necesitaba un apellido nuevo.

—¿Y qué tal «Guerrero»? —había sugerido Rivera, mirando sólo a Pepe, no a Juan Diego.

—¿Te parece bien «Guerrero», ‘jefe’? —había preguntado Juan Diego al responsable del vertedero.

—Claro —dijo Rivera; se permitió por fin mirar a Juan Diego, sólo fugazmente—. Incluso un niño de la basura debe saber cuáles son sus orígenes —había contestado el ‘jefe’.

—No olvidaré mis orígenes, ‘jefe’ —fue lo único que dijo Juan Diego, y su apellido pasó a ser algo imaginado.

Nueve personas habían visto un milagro en el Templo de la Compañía de Jesús en Oaxaca: habían caído lágrimas de los ojos de una estatua. Era nada menos que una estatua de la Virgen María, pero no quedó constancia del milagro, y seis de los nueve testigos habían muerto. Con las muertes de los tres supervivientes —Vargas, Alejandra y Juan Diego—, el propio milagro moriría, ¿o no?

Si Lupe viviera, le habría dicho a Juan Diego que esa estatua llorona no era el mayor milagro de su vida. «Nosotros somos los milagrosos», había dicho Lupe. ¿Y no era la propia Lupe el mayor milagro? Lo que ella sabía, los riesgos que había corrido... ¡Cómo había creado otro futuro para él con la fuerza de voluntad! Era de esos misterios de lo que Juan Diego formaba parte. Al lado de esos misterios, sus otras experiencias palidecían.

Dorothy hablaba de algo; aún seguía dale que te pego.

—En cuanto a los fantasmas... —la interrumpió Juan Diego con la mayor naturalidad posible—. Imagino que hay maneras de distinguirlos de los otros huéspedes.

—Queda bastante claro por cómo se esfuman cuando los miras —respondió Dorothy.

En el desayuno, Dorothy y Juan Diego descubrirían que El Escondrijo no estaba muy concurrido; no había muchos más huéspedes. Los que acudieron a desayunar en las mesas del comedor exterior no se esfumaron al mirarlos, pero Diego los notó un

poco viejos y cansados. Aunque, claro está, él se había mirado en el espejo esa mañana —un poco más de lo que tenía por costumbre—, y habría dicho que también él parecía un poco viejo y cansado.

Después del desayuno, Dorothy quiso que Juan Diego viera la pequeña iglesia o capilla que se hallaba entre los vetustos edificios del recinto; pensaba que la arquitectura tal vez le recordara a Juan Diego el estilo español que acostumbraba a ver en Oaxaca. (¡Ay, esos españoles! ¡Cuánto habían viajado!, pensaba Juan Diego.)

El interior de la capilla era muy elemental, nada recargado ni exuberante. Había un altar parecido a una pequeña mesa de cafetería, una para dos personas. Había un Cristo en la Cruz —este Jesús no parecía sufrir demasiado— y una Virgen María, no descomunal, sino sólo de tamaño natural. Casi habría podido pensarse que los dos mantenían una conversación. Pero esas figuras tan habituales, esa madre y su hijo, no eran las presencias dominantes; esa María y su Jesús no fueron quienes despertaron el interés inmediato de Juan Diego.

Fueron los dos jóvenes fantasmas sentados en el primer banco de la capilla quienes captaron la atención de Juan Diego. Los jóvenes se daban la mano, y uno de ellos tenía la cabeza apoyada en el hombro del otro. Digamos que parecían algo más que ex compañeros de armas, aunque los dos vestían traje de faena. No fue el hecho de que los dos cautivos estadounidenses muertos hacía mucho tiempo fueran (o hubiesen sido) amantes lo que sorprendió a Juan Diego. Esos fantasmas no habían visto a Dorothy y a Juan Diego entrar en la pequeña iglesia; los dos no sólo no se esfumaron, sino que siguieron mirando con expresión suplicante a María y a Jesús, como si creyeran que estaban solos en la capilla y nadie los observaba.

Juan Diego habría pensado que, cuando uno estaba muerto y era un fantasma, su actitud —sobre todo en una iglesia— sería distinta. ¿Acaso no dejaba uno de buscar orientación? ¿No conocía ya, de algún modo, las respuestas?

Pero esos dos fantasmas parecían tan perdidos como cualquier par de amantes atribulados que hubieran mirado alguna vez con cara de incompreensión a María y a Jesús. Esos dos, como Juan Diego supo, no sabían nada. Esos dos soldados muertos no estaban mejor informados que los vivos; esos dos jóvenes fantasmas aún buscaban respuestas.

—No más fantasmas; ya he visto fantasmas suficientes —dijo Juan Diego a Dorothy, y, en ese punto, los dos ex compañeros de armas se esfumaron.

Juan Diego y Dorothy se quedarían en El Escondrijo todo ese día y su correspondiente noche, un viernes. Se marcharían de Vigán un sábado; tomaron otro vuelo nocturno de Laoag a Manila. Una vez más sobrevolaron la oscuridad sin iluminación —excepto por algún que otro barco— que era la bahía de Manila.

Adrenalina

Otra llegada nocturna a otro hotel, pensaba Juan Diego, pero el vestíbulo de éste lo había visto ya antes: el Ascott, en Makati City, donde Miriam le había dicho que debía alojarse a su regreso a Manila. Era extraño: tomar habitación con Dorothy allí, donde antes había imaginado la entrada de Miriam captando la atención.

Como Juan Diego recordaba, había un largo trecho hasta la recepción desde el lugar del vestíbulo al que daban los ascensores.

—Me sorprende un poco que mi madre no... —empezó a decir Dorothy; recorría el vestíbulo con la mirada cuando Miriam apareció sin más. A Juan Diego no le sorprendió que a los guardias de seguridad se les fueran los ojos detrás de Miriam durante todo el recorrido desde los ascensores hasta la recepción.

—Qué sorpresa, mamá —saludó Dorothy lacónicamente, pero Miriam hizo como si no la viera.

—¡Pobre! —exclamó Miriam dirigiéndose a Juan Diego—. Seguro que ya estás harto de los fantasmas de Dorothy; los muchachos asustados de diecinueve años no son plato de gusto para todo el mundo.

—¿Estás diciendo que es tu turno, madre? —preguntó Dorothy.

—No seas tan ordinaria, Dorothy; las cosas nunca tienen tanto que ver con el sexo como tú parece pensar —dijo su madre.

—¿No lo dirás en serio? —preguntó Dorothy.

—Ha llegado el momento: estamos en Manila, Dorothy —le recordó Miriam.

—Ya sé qué momento ha llegado: sé dónde estamos, mamá —contestó Dorothy.

—Basta de sexo, Dorothy —repitió Miriam.

—¿No practica aún el sexo la gente? —preguntó Dorothy, pero, una vez más, Miriam actuó como si no la oyera.

—Cariño, se te ve cansado; me preocupa lo cansado que se te ve —decía Miriam a Juan Diego.

Él observó a Dorothy mientras ésta abandonaba el vestíbulo. Poseía un atractivo de una vulgaridad irresistible; los guardias de seguridad observaron a Dorothy, que se acercaba a ellos, durante todo el recorrido hasta los ascensores, pero no la miraron exactamente igual que a Miriam.

—Por el amor de Dios, Dorothy —masculló Miriam para sí al ver que su hija se marchaba enfurruñada. Sólo Juan Diego la oyó—. ¡Hay que ver, Dorothy! —exclamó Miriam en dirección a ella, pero Dorothy no pareció oírla; las puertas del ascensor se cerraban ya.

A petición de Miriam, el Ascott había asignado a Juan Diego una suite de categoría superior con cocina completa, en una de las plantas más altas. Juan Diego no necesitaba cocina, eso desde luego.

—Después de El Escondrijo, que es prácticamente lo más a nivel del mar y más deprimente que puede encontrarse, he pensado que merecías una vista más elevada — dijo Miriam.

Con independencia de su «elevación», la vista de Makati City —el Wall Street de Manila, el centro comercial y financiero de las Filipinas— que se disfrutaba desde el Ascott era como muchos paisajes urbanos nocturnos donde los rascacielos son la nota dominante: las variaciones de iluminación atenuada o ventanas oscuras de las oficinas contrastaban con las ventanas intensamente iluminadas de los hoteles y los bloques de apartamentos. Juan Diego no quería hacer un reproche a los esfuerzos de Miriam con respecto a la vista, pero el paisaje urbano que tenía ante los ojos adolecía de una uniformidad universal (una carencia de identidad nacional).

Y el sitio adonde Miriam lo llevó a cenar —muy cerca del hotel, en el Centro Ayala—, el ambiente de las tiendas y los restaurantes era refinado pero vertiginoso (un centro comercial reubicado con relación a un aeropuerto internacional, o viceversa). Aun así, quizá fuera el talante anónimo del restaurante del Centro Ayala, o el ambiente de «ejecutivos en viaje de negocios» que se respiraba en el Ascott, lo que impulsó a Juan Diego a contar a Miriam una historia tan personal: lo que le había ocurrido al ‘gringo’ bueno, no sólo la quema en el ‘basurero’, sino todos los versos de *Calles de Laredo*, cuya letra entonaba con morbosa monotonía. (A diferencia del ‘gringo’ bueno, Juan Diego no sabía cantar.) No olvidemos que Juan Diego había pasado varios días con Dorothy. Debió de pensar que Miriam sabía escuchar mejor que su hija.

«¿No lloraríais vosotros si os fuera imposible olvidar que a vuestra hermana la mató un león?», había preguntado Miriam a los niños en el Encantador. Y, poco después, Pedro se había quedado dormido con la cabeza apoyada en el pecho de Miriam, como víctima de un hechizo.

Juan Diego decidió que debía hablarle a Miriam sin cesar; si no la dejaba hablar, quizá no lo hechizara a él.

Habló largo y tendido acerca del ‘gringo bueno’, no sólo sobre cómo entablaron amistad Lupe y Juan Diego con el malhadado hippy, sino también sobre el embarazoso detalle de que Juan Diego desconocía el nombre del ‘gringo’ bueno. El Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense era la causa del viaje de Juan Diego a las Filipinas, pero Juan Diego dijo a Miriam que no tenía la menor esperanza de localizar la tumba del padre desaparecido, no con once zonas de enterramiento, no sin el nombre del padre muerto.

—Aun así, una promesa es una promesa —fue como Juan Diego se expresó ante Miriam en el restaurante del Centro Ayala—. Prometí al ‘gringo’ bueno que presentaría sus respetos a su padre. Me imagino que el cementerio es un tanto abrumador, pero tengo que ir allí; al menos debo verlo.

—No vayas mañana, cariño; mañana es domingo, y no un domingo cualquiera —previno Miriam. (He ahí con qué facilidad se malogró la determinación de Juan

Diego de hablar sin cesar; como a menudo ocurría con Miriam y Dorothy, esas mujeres sabían algo que él ignoraba.)

Al día siguiente, domingo, se celebraba la procesión anual conocida como Fiesta del Nazareno Negro.

—El objeto llegó de México; lo transportó a Manila un galeón español desde Acapulco. A principios del siglo xvii, diría..., creo que lo trajeron unos cuantos frailes agustinos —explicó Miriam.

—¿Un nazareno negro? —preguntó Juan Diego.

—No negro en sentido racial —aclaró Miriam—. Es una imagen de Jesucristo hecha en madera y de tamaño natural, le representa con la Cruz a cuestas camino del Calvario. Quizá se talló en madera oscura, pero en principio no tenía que ser negro; se quemó en un incendio.

—¿Se chamuscó? —preguntó Juan Diego.

—Se quemó al menos tres veces, la primera en un incendio a bordo del galeón español. El objeto llegó chamuscado, pero hubo otros dos incendios cuando el Nazareno Negro ya estaba en Manila. El fuego destruyó dos veces la iglesia de Quiapo: en el siglo xviii y en la década de 1920 —dijo Miriam—. Y hubo dos terremotos en Manila, uno en el siglo xvii, otro en el xix. La Iglesia concede mucha importancia al hecho de que el Nazareno Negro haya «sobrevivido» a tres incendios y dos terremotos, y de que el objeto sobreviviera a la Liberación de Manila en 1945, uno de los peores bombardeos en el teatro del Pacífico durante la segunda guerra mundial, dicho sea de paso. Pero ¿por qué darle tanta importancia a que una imagen de madera «sobreviva»? Una imagen de madera no puede morir, ¿no? El objeto se quemó unas cuantas veces y se ennegreció, así de sencillo —fue como Miriam lo expresó—. El Nazareno Negro también recibió una vez un disparo..., en la mejilla, creo. El incidente del arma es bastante reciente, de los años noventa —continuó Miriam—. Como si Cristo no sufriera ya lo suficiente, en el camino al Calvario, el Nazareno Negro ha «sobrevivido» a seis catástrofes, tanto naturales como no naturales. Créeme —dijo Miriam a Juan Diego de pronto—, mañana no te conviene salir del hotel. Manila es un caos cuando los devotos del Nazareno Negro organizan su delirante procesión.

—¿Acuden miles de participantes? —preguntó Juan Diego a Miriam.

—No, millones —aseguró Miriam—. Y muchos de ellos creen que si tocan al Nazareno Negro sanarán de sus dolencias, sean cuales sean. Mucha gente sale herida de la procesión. Hay unos hombres, devotos del Nazareno Negro, que se hacen llamar ‘Hijos del Señor Nazareno’ y cuya entrega a la fe católica es tal que los lleva a «identificarse», como ellos dicen, con la Pasión de Cristo. Quizás esos tarados quieran sufrir tanto como sufrió Jesús —dijo Miriam, y Juan Diego, viendo cómo se encogía de hombros, sintió un escalofrío—. ¿Quién sabe qué quieren los verdaderos creyentes como éstos?

—Puede que vaya al cementerio el lunes —propuso Juan Diego.

—Manila será un caos el lunes; tardan un día en limpiar las calles, y todos los hospitales aún están atendiendo a los heridos —dijo Miriam—. Ve el martes, mejor por la tarde. Los más fanáticos lo hacen todo por la mañana, lo más temprano que se les permite... No vayas por la mañana —advirtió Miriam.

—De acuerdo —contestó Juan Diego. Sólo de escuchar a Miriam sintió el mismo cansancio que habría sentido si hubiese participado en la procesión del Nazareno Negro, padeciendo las inevitables lesiones y deshidratación de la multitud. Cansado y todo, Juan Diego dudó de lo que Miriam le había contado. Su voz transmitía siempre autoridad, pero esta vez el relato parecía exagerado, incluso falso. Juan Diego tenía la impresión de que Manila era enorme. ¿Podía una procesión religiosa en Quiapo afectar realmente a la zona de Makati?

Juan Diego bebió demasiada cerveza San Miguel y comió algo extraño; muchas y diversas cosas podrían haber sido la causa de su malestar. Sospechó de las lumpias de pato a la pequinuesa. (¿Por qué metían pato en un rollo de primavera?) Y Juan Diego no sabía que el lechón kawali era panceta frita, no hasta que Miriam le informó al respecto; la longaniza servida con mayonesa de bagoong lo pilló también por sorpresa. Más tarde, Miriam le contó que la mayonesa se elaboraba con pasta de pescado fermentado, y era eso, pensaba Juan Diego, lo que le producía indigestión o ardor de estómago.

A decir verdad, quizá no fuera la gastronomía filipina (o el exceso de cerveza San Miguel) lo que le revolvió el estómago y le provocó náuseas. El fervor de los seguidores del Nazareno Negro le causaba desazón, una clase de delirio que él conocía bien. ¿Cómo no iba a haber llegado de México el Jesús quemado y su cruz chamuscada?, pensaba Juan Diego mientras Miriam y él ascendían por las escaleras mecánicas de las inmensas galerías comerciales del Centro Ayala, mientras subían en ascensor, arriba y arriba, hasta su suite del Ascott.

Una vez más, a Juan Diego casi le pasó inadvertido el hecho de que, aparentemente, su cojera desaparecía cuando iba a pie a cualquier sitio en compañía de Miriam o Dorothy. Y Clark French lo bombardeaba con un mensaje de texto tras otro. La pobre Leslie había estado mandando mensajes a Clark; quería que Clark supiese que su ex profesor se hallaba «en las garras de una acechadora literaria».

Juan Diego desconocía la existencia de las acechadoras literarias; dudaba que Leslie (estudiante de escritura creativa) fuese asediada por ellas, pero Leslie había advertido a Clark de que Juan Diego había sido seducido por una «grupi que se ceba en los escritores». (Clark insistía en llamar a Dorothy sólo «D.») Leslie había dicho a Clark que Dorothy era una «mujer de intenciones posiblemente satánicas». El adjetivo «satánico» excitaba a Clark de forma invariable.

Esa acumulación de mensajes de Clark se debía a que Juan Diego había apagado el teléfono móvil antes del vuelo de Laoag a Manila; sólo cuando salía del restaurante con Miriam se acordó de encenderlo. Para entonces, la imaginación de Clark French había dado un giro temible y protector.

«¿Estás bien?», empezaba el mensaje más reciente de Clark. «¿Y si D. sí es satánica? Conocí a Miriam: ¡mi impresión es que ella sí era satánica!»

Juan Diego vio que también se había perdido un mensaje de Bienvenido. Era cierto que Clark French se había ocupado de casi todos los preparativos de la estancia de Juan Diego en Manila, pero Bienvenido sabía que el ex profesor del señor French estaba otra vez en la ciudad y que había cambiado de hotel. Bienvenido no contradijo exactamente las advertencias de Miriam con respecto al domingo, pero tampoco fue tan categórico.

«Mañana mejor no asomar mucho, por la multitud que asiste al acto del Nazareno Negro, o evitar al menos toda zona próxima al recorrido de la procesión», decía Bienvenido en un mensaje. «Seré su chófer el lunes, para la entrevista en el teatro con el señor French y la cena posterior.»

«¿QUÉ entrevista tengo en el teatro contigo el lunes, Clark? ¿QUÉ cena posterior?», preguntó Juan Diego de inmediato a Clark French en un mensaje de texto antes de abordar el espinoso asunto del «satanismo» que tanto había excitado a su ex alumno de escritura creativa.

Clark telefoneó para explicarse. Había un pequeño teatro en Makati City, muy cerca del hotel de Juan Diego; «pequeño pero agradable», fue como lo describió Clark. Los lunes por la noche, cuando no había función, la compañía presentaba entrevistas a autores en el escenario. Una librería del barrio proporcionaba ejemplares de los libros de los autores para firmarlos; a menudo el entrevistador era Clark. Acto seguido se ofrecía una cena para los asistentes a la serie de entrevistas a autores en el escenario; «no mucha gente», le aseguró Clark, «pero así tendrás algún contacto con tus lectores filipinos».

Entre los escritores que Juan Diego conocía, Clark French era el único que hablaba como un publicista. Y, al igual que un publicista, Clark mencionó los medios de comunicación en último lugar. Acudirían uno o dos periodistas al acto en el teatro y a la cena, pero Clark dijo que prevendría a Juan Diego sobre aquellos de quienes cuidarse. (¡Clark debería quedarse en casa y escribir!, pensó Juan Diego.)

—Y tus amigas estarán allí —dijo de pronto Clark.

—¿Quiénes, Clark? —preguntó Juan Diego.

—Miriam y su hija. He visto la lista de invitados a la cena; sólo dice: «Miriam y su hija, amigas del autor». Pensaba que ya te habías enterado de que vendrían —dijo Clark.

Juan Diego echó una cauta mirada alrededor en la suite del hotel. Miriam estaba en el cuarto de baño; eran casi las doce de la noche: probablemente se preparaba para acostarse. Alejándose hasta el espacio de la cocina de la suite, Juan Diego bajó la voz al hablar a Clark por el teléfono móvil.

—La D. es de Dorothy, Clark; Dorothy es la hija de Miriam. Me acosté con Dorothy antes de acostarme con Miriam —recordó Juan Diego a su ex alumno de escritura creativa—. Me acosté con Dorothy antes de que ella conociera a Leslie,

Clark.

—Admitiste que no conocías bien a Miriam y a su hija —recordó Clark a su ex profesor.

—Como te dije, para mí son un misterio, pero tu amiga Leslie tiene sus propios conflictos: Leslie sólo está celosa, Clark.

—No niego que la pobre Leslie tiene «conflictos»... —empezó a decir Clark.

—A uno de sus hijos lo pisoteó un búfalo de agua; a ese mismo hijo le picó después una medusa rosa que nadaba en posición vertical —susurró Juan Diego por el móvil—. Al otro hijo le picó cierto plancton parecido a condones para niños de tres años.

—Condones que picaban... ¡No me lo recuerdes! —exclamó Clark.

—No eran condones, Clark; ese plancton que picaba era parecido a los condones.

—¿Por qué hablas en susurros? —preguntó Clark a su ex profesor de escritura creativa.

—Estoy con Miriam —susurró Juan Diego; cojeando, deambulaba por el espacio de la cocina sin perder de vista la puerta cerrada del cuarto de baño.

—Te dejo —susurró Clark—. He pensado que el martes sería un buen día para ir al cementerio estadounidense...

—Sí, por la tarde —lo interrumpió Juan Diego.

—También he contratado a Bienvenido para el martes por la mañana —informó Clark—. He pensado que quizá te gustaría ver el Santuario Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe..., el de aquí, de Manila. Son sólo un par de edificios, únicamente una vieja iglesia y un monasterio, nada tan suntuoso como tu versión de Ciudad de México. La iglesia y el monasterio están en una barriada, Guadalupe Viejo; la barriada está en lo alto de una colina por encima del río Pásig —prosiguió Clark.

—Guadalupe Viejo, una barriada —fue lo único que consiguió articular Juan Diego.

—Te noto cansado. Ya lo decidiremos en otro momento —dijo de repente Clark.

—Guadalupe, 'sí'... —empezó a decir Juan Diego.

La puerta del baño se abrió; vio a Miriam en el dormitorio: llevaba sólo una toalla ceñida y estaba corriendo las cortinas de la habitación.

—Eso es un «sí» a Guadalupe Viejo... ¿Quieres ir allí? —preguntó Clark French.

—Sí, Clark —contestó Juan Diego.

Guadalupe Viejo no sonaba a barriada: para un niño de la basura, Guadalupe Viejo parecía más bien un destino. Juan Diego tuvo la impresión de que la mera existencia del Santuario Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe en Manila era una razón mayor para emprender ese viaje a las Filipinas que la sentimental promesa que le había hecho al 'gringo' bueno. Guadalupe Viejo parecía, más que el Cementerio y Monumento Conmemorativo Estadounidense de Manila, el lugar donde un lector del basurero de Oaxaca acabaría, por utilizar la franca manera de plantearlo de Dorothy.

Y si era cierto que había quedado marcado por un aura de fatalidad, ¿acaso no parecía Guadalupe Viejo un sitio idóneo para Juan Diego Guerrero?

—Estás temblando, cariño, ¿te has resfriado? —preguntó Miriam cuando él entró en el dormitorio.

—No, sólo hablaba con Clark French —contestó Juan Diego—. Se ha organizado un acto en un teatro en el que participamos Clark y yo, una entrevista juntos. Me he enterado de que Dorothy y tú vais a ir.

—No vamos a muchos actos literarios —dijo Miriam, sonriente. Había extendido la toalla para los pies en la moqueta, en su lado de la cama. Ya estaba entre las sábanas—. He sacado tus pastillas —anunció con toda naturalidad—. No sabía si ésta es noche de Lopressor o de Viagra —añadió Miriam con esa despreocupación suya.

Juan Diego fue consciente de que había estado alternando noches: decidía qué noches quería sentir los efectos de la adrenalina; se resignaba a esas otras noches en que, como sabía, se sentiría mermado. Sabía que saltarse una dosis de betabloqueantes —concretamente, desbloquear los receptores de adrenalina de su organismo, administrarse una dosis de adrenalina— era peligroso. Pero Juan Diego no recordaba cuándo se había convertido en rutina, para él, elegir si era «noche de Lopressor o de Viagra», tal como lo había expresado Miriam... un rato antes, imaginó.

A Juan Diego le llamaba la atención lo que en Miriam y Dorothy era idéntico; no tenía nada que ver con su apariencia física, o su comportamiento sexual. Lo que esas dos mujeres tenían de idéntico era su capacidad para manipularlo, así como el hecho de que, siempre que estaba con una de ellas, tendía a olvidarse de la otra. (¡Sin embargo, se olvidaba y se obsesionaba con las dos!)

Existía una palabra para describir su propio comportamiento, pensó Juan Diego; no sólo con esas mujeres, sino también con los betabloqueantes. Estaba comportándose de una manera «pueril», pensaba Juan Diego, no muy distinta de como Lupe y él se habían comportado con respecto a las vírgenes, prefiriendo al principio a Guadalupe por encima del Monstruo María, hasta que Guadalupe los decepcionó. Y después la Virgen María sí había hecho algo, lo suficiente para captar la atención de los niños de la basura, no sólo con el truco de la nariz por nariz, sino también con sus lágrimas nada ambiguas.

El Ascott no era El Escondrijo: no había fantasmas, a menos que Miriam lo fuese, y contaba con numerosas tomas de corriente donde Juan Diego podía cargar su teléfono móvil. Aun así, escogió una toma cercana al lavabo del cuarto de baño, porque el cuarto de baño era un lugar privado. Y Juan Diego albergaba la esperanza de que Miriam —fuera un fantasma o no— se hubiera dormido antes de que él terminara de usar el cuarto de baño.

«Basta de sexo, Dorothy», había oído decir a Miriam —frase muy repetida—, y, más recientemente: «Las cosas nunca tienen tanto que ver con el sexo como tú pareces pensar». Al día siguiente era domingo. Juan Diego tomaría el avión de

regreso a Estados Unidos el miércoles. Por lo que a él se refería, pensaba Juan Diego, no sólo bastaba ya de sexo; bastaba también de esas dos misteriosas mujeres, fueran quienes fuesen. Una manera de dejar de obsesionarse con ellas era poner fin al sexo con ellas, pensó Juan Diego. Valiéndose del cortador de pastillas, partió por la mitad uno de los alargados comprimidos de Lopressor; se tomó la dosis recetada de betabloqueantes, más esa mitad adicional.

Bienvenido había dicho que el domingo no convenía «asomar mucho»; así pues, ciertamente, Juan Diego no asomaría: en su estado de merma, se perdería la mayor parte del domingo. Y no era el gentío ni la demencia religiosa de la procesión del Nazareno Negro lo que Juan Diego eludía de forma intencionada. Deseaba que Miriam y Dorothy desapareciesen sin más; era sentirse mermado, como de costumbre, lo que quería.

Juan Diego se esforzaba por volver a la normalidad, además de intentar, bien que tardíamente, seguir las indicaciones de su médico. (La doctora Rosemary Stein acudía a menudo a su cabeza, aunque no siempre como su médico.)

«Querida doctora Rosemary», encabezó su mensaje de texto dirigido a ella, sentado una vez más en el váter con su teléfono móvil difícil de entender. Juan Diego quería decirle que se había tomado ciertas libertades con el Lopressor recetado; quería explicarle las insólitas circunstancias, las dos interesantes (o al menos interesadas) mujeres. No obstante, Juan Diego quería asegurar a Rosemary que no se sentía solo, ni digno de lástima; también quería prometerle que dejaría de jugar con la dosis prescrita de betabloqueantes, pero tuvo la sensación de que tardaba horas en escribir «Querida doctora Rosemary»: ¡ese absurdo teléfono móvil era un insulto para cualquier escritor! Juan Diego nunca recordaba qué absurda tecla había que pulsar para poner una letra en mayúscula.

Fue entonces cuando se le ocurrió una solución más sencilla: podía enviar a Rosemary la fotografía de él en compañía de Miriam y Dorothy en la estación de Kowloon; así, su mensaje sería más breve y a la vez más gracioso. «Conocí a estas dos mujeres, que me incitaron a tontear con el Lopressor. ¡No temas! He vuelto al buen camino y a la abstinencia. Un abrazo...»

Ésa sería la manera más breve de confesarse a la doctora Rosemary, ¿o no? Y el tono no era autocompasivo..., sin el menor asomo del anhelo o la sensación de oportunidad perdida ligados a aquella noche en el automóvil, cuando circulaban por Dubuque Street y Rosemary cogió la cara de Juan Diego entre sus manos y dijo: «te habría pedido que te casaras conmigo».

El pobre Pete iba al volante. Luego la pobre Rosemary intentó arreglarlo; «Sólo quería decir que a lo mejor te lo habría pedido», fue como lo dijo Rosemary. Y Juan Diego, sin mirarla, supo que ella lloraba.

En fin, era mejor que Juan Diego y su querida doctora Rosemary no dieran muchas vueltas a esa noche en el automóvil cuando circulaban por Dubuque Street. ¿Y cómo podía enviarle esa foto tomada en la estación de Kowloon? Juan Diego era

incapaz de encontrar la foto en el absurdo teléfono móvil, y más incapaz aún de adjuntar la foto a un mensaje. En el exasperante teclado de su pequeño teléfono incluso la tecla «suprimir» aparecía abreviada. La tecla correcta para «suprimir» llevaba el rótulo SUPR: en la tecla habría cabido la palabra entera, en opinión de Juan Diego. Airadamente, eliminó el mensaje a Rosemary, letra por letra.

Clark French sabría encontrar la foto tomada por aquel joven chino en la estación de Kowloon; podía enseñar a Juan Diego a enviar la foto adjunta a un mensaje a la doctora Rosemary. Clark lo sabía todo salvo qué hacer con la pobre Leslie, pensaba Juan Diego cuando, cojeando, se encaminó hacia la cama.

No ladraba ningún perro ni cantaba ningún gallo de pelea, pero —igual que en Nochevieja en el Encantador— Juan Diego no percibió el menor atisbo de respiración en Miriam.

Miriam dormía de lado, sobre el costado izquierdo, de espaldas a él. Juan Diego pensó que podía tenderse también sobre el costado izquierdo y rodearla con el brazo; deseaba poner la mano sobre el corazón, no en un pecho. Quería comprobar si le latía el corazón o no.

La doctora Rosemary Stein podría haberle dicho que el pulso se detecta mejor en otros sitios. Naturalmente, Juan Diego palpó a Miriam —¡por todo el pecho!—, pero no percibió los latidos.

Mientras la toqueteaba, le rozó los pies con los suyos; si Miriam estaba viva, y no era una presencia espectral, sin duda debía de haber notado que él la tocaba. En todo caso, Juan Diego se proponía valientemente reafirmar su familiaridad con el mundo espiritual.

Al muchacho que había nacido en Guerrero no le eran ajenos los espíritus; en Oaxaca abundaban las vírgenes sagradas. Incluso aquel establecimiento dedicado a las posadas era un poco sagrado, la tienda de vírgenes de Independencia; lo era incluso una de aquellas réplicas de las famosas vírgenes de la ciudad semejantes a muñecas sexuales. Y Juan Diego había estado en Niños Perdidos; sin duda las monjas, y los dos viejos sacerdotes del Templo de la Compañía de Jesús, habían expuesto al lector del basurero al mundo espiritual. Incluso el responsable del vertedero era creyente; Rivera era devoto de María. Juan Diego temía a Miriam, o a Dorothy, quienesquiera o lo que quiera que fuesen. Como el ‘jefe’ había dicho: «No hace ninguna falta que declaren qué es un milagro y qué no: lo hemos visto».

Daba igual quién o qué fuese Miriam. Si Miriam y Dorothy eran los ángeles de la muerte particulares de Juan Diego, no le impresionaban. No sería su primer ni su único milagro. Como Lupe había dicho: «Nosotros somos los milagrosos». Todo esto era lo que Juan Diego creía, o lo que intentaba creer —lo que sinceramente deseaba creer— mientras seguía tocando a Miriam.

Con todo, sí se sobresaltó cuando Miriam tomó aire súbitamente.

—Es una noche de Lopressor, deduzco —dijo ella con su voz grave y ronca.

Él procuró contestar con despreocupación.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Juan Diego.

—Las manos y los pies, cariño —dijo Miriam—. Las extremidades ya se te están enfriando.

Ciertamente, los betabloqueantes reducen la circulación de la sangre en las extremidades. El domingo Juan Diego no se despertó hasta el mediodía, y tenía las manos y los pies helados. No le sorprendió que Miriam se hubiese ido, o que no hubiese dejado una nota.

Cuando los hombres no las desean, las mujeres lo saben: los fantasmas y las brujas, las deidades y los demonios, los ángeles de la muerte..., incluso las vírgenes, incluso las mujeres corrientes. Siempre lo saben; cuando uno deja de desearlas, las mujeres se dan cuenta.

Juan Diego se sentía muy mermado; no recordaba cómo fueron pasando las horas de aquel domingo, y de la noche de aquel domingo. Incluso ese medio Lopressor de más había sido excesivo. El domingo por la noche tiró al váter la mitad no utilizada de la pastilla; tomó sólo la dosis de Lopressor prescrita. Aun así, el lunes Juan Diego dormiría hasta el mediodía. Si ese fin de semana hubo alguna noticia, no se enteró.

En Iowa, los alumnos de escritura creativa llamaban a Clark French «el católico santurrón», «el hiperraro», y Clark había estado ocupado con Leslie mientras Juan Diego dormía. «Creo que la principal preocupación de Leslie es tu bienestar», empezaba el primer mensaje de Clark a Juan Diego. Había más mensajes de Clark, claro está, en su mayor parte relacionados con la entrevista en el teatro. «No te preocupes, no te preguntaré quién escribió las obras de Shakespeare, ¡y eludiremos la cuestión de la narrativa autobiográfica en la medida de lo posible!»

Había también otros mensajes sobre la pobre Leslie. «Leslie dice que NO está celosa, no quiere saber nada más de D.», declaraba el mensaje de Clark. «Me consta que a Leslie le preocupa única y exclusivamente qué embrujos, qué violentos sortilegios, puede echar D. sobre ti. Werner contó a su madre que el búfalo de agua fue INCITADO a embestir y pisotear; ¡Werner aseguró que fue D. quien le metió la oruga por la nariz al búfalo!»

Aquí alguien miente, pensaba Juan Diego. Consideraba a Dorothy muy capaz de meterle la oruga en la nariz al búfalo de agua, hasta arriba del todo, tanto como pudiera. Juan Diego también consideraba al joven Werner muy capaz de ello.

«¿Era una oruga verde y amarilla, con cejas de color marrón oscuro?», preguntó Juan Diego a Clark en un mensaje.

«¡Ésa ERA!», contestó Clark. Parece que Werner le echó un buen vistazo a la oruga, pensaba Juan Diego.

«Brujería sin lugar a dudas», respondió Juan Diego a Clark en otro mensaje. «Ya no me acuesto ni con Dorothy ni con su madre», añadió.

«La pobre Leslie estará esta noche en el teatro», fue la respuesta de Clark. «¿Estará allí D.? ¿Con su MADRE? Leslie dice que le sorprende que D. tenga madre, viva.»

«Sí, Dorothy y su madre estarán allí», fue el último mensaje de Juan Diego a Clark. Le proporcionó cierto placer enviarlo. Juan Diego empezaba a ver que resultaba menos estresante ocuparse de tareas mecánicas cuando uno andaba un poco bajo de adrenalina.

¿Acaso era ésa la razón por la que los jubilados se contentaban con matar el rato en sus jardines, o con jugar al golf, o con una gilipollez como ésa: enviar mensajes de texto, una tediosa letra tras otra?, se preguntaba Juan Diego. ¿Eran las futilidades más tolerables cuando uno ya se sentía mermado?

No había previsto que en los telediarios, y en el periódico que el hotel entregó en su suite, la procesión del Nazareno Negro en Manila acapararía toda la atención. Sólo daban noticias locales. El domingo, en su letargo, no había notado que había estado lloviendo todo el día: «monzón del nordeste», lo llamaba el periódico. A pesar del tiempo, se calculaba que un millón setecientos mil filipinos católicos (muchos de ellos descalzos) acudieron a la procesión; unos tres mil quinientos agentes de policía acompañaban a los devotos. Como en años anteriores, los heridos se contaban por centenares. Tres devotos cayeron o saltaron del puente de Quezón, informó la Guardia Costera; la Guardia Costera comunicó asimismo que habían desplegado varios equipos de vigilancia en botes hinchables para patrullar por el río Pásig: «No sólo para velar por la seguridad de los devotos, sino también para permanecer alertas a cualquier intruso que pudiera ocasionar una situación anómala».

¿Qué «situación anómala»? se había preguntado Juan Diego.

La procesión siempre terminaba en el punto de partida, la iglesia de Quiapo, donde se realizaba la práctica llamada *pahalik*: el acto de besar la imagen del Nazareno Negro. La multitud aguardaba en fila, aglomerándose en las inmediaciones del altar, en espera de una oportunidad de besar la imagen.

Y en ese momento, en la televisión, un médico quitaba importancia a las «lesiones menores» sufridas por 560 devotos en la procesión del Nazareno Negro de ese año. Según declaró el médico con rotundidad, todas las laceraciones entraban dentro de lo previsible. «Las lesiones típicas de las aglomeraciones..., los tropezones sin ir más lejos: eso de ir descalzos es llamar al mal tiempo», dijo el médico. Era un joven de aspecto impaciente. ¿Y los problemas gastrointestinales?, preguntaron al joven médico. «Provocados por malas elecciones alimenticias», dijo el médico. ¿Y todos esos esguinces? «Más lesiones propias de las aglomeraciones: caídas, de tanto empujón y zarandeo», contestó el médico con un suspiro. ¿Y todos esos dolores de cabeza? «Deshidratación: la gente no bebe suficiente agua», dijo el médico con creciente desdén. Cientos de participantes habían recibido asistencia por mareos y dificultades respiratorias, llegando alguno al desmayo, dijeron al médico. «¡Desconocimiento de lo que es una procesión!», exclamó el médico y alzó las manos; a Juan Diego le recordaba al doctor Vargas. (El joven médico parecía en un tris de exclamar: «¡Aquí el problema es la religión!».)

¿Y los casos de lumbalgia? «Podrían ser resultado de cualquier cosa..., agravados

sin duda por tanto empujón y zarandeo», contestó el médico; había cerrado los ojos. ¿Y la hipertensión? «Podría ser resultado de cualquier cosa», repitió el médico; mantuvo los ojos cerrados. «Más complicaciones derivadas de la propia procesión, ésa es la causa probable.» Su voz casi se había apagado cuando de pronto abrió los ojos y habló directamente a la cámara. «Le diré quiénes se benefician de la procesión del Nazareno Negro», dijo. «De la procesión se benefician los rebuscadores.»

Naturalmente, un niño de la basura sería sensible al uso despectivo de la palabra «rebuscadores». Juan Diego no sólo estaba imaginando a los ‘pepenadores’ del basurero; amén de los recolectores de basura profesionales, como era el caso de los niños de la basura, Juan Diego pensaba solidariamente en los perros y las gaviotas. Pero el joven médico no hablaba en tono despectivo; era *muy* despectivo con respecto a la procesión del Nazareno Negro, pero al decir que de la procesión se beneficiaban los «rebuscadores», se refería a que se beneficiaban los pobres, aquellos que iban tras los pasos de los devotos recogiendo los envases de agua desechados y los contenedores de comida de plástico para sacarse un dinero.

Ah, ya..., los pobres, pensó Juan Diego. En la historia existían ciertamente vínculos entre la Iglesia católica y los pobres. Juan Diego discutía a menudo con Clark French acerca de eso.

Claro que la Iglesia era «sincera» en su amor a los pobres, como Clark siempre sostenía; eso Juan Diego no lo negaba. ¿Por qué no iba la Iglesia a amar a los pobres?, tenía por costumbre preguntar Juan Diego a Clark. Pero ¿y el control de la natalidad? ¿Y el aborto? Era el «programa social» de la Iglesia católica lo que indignaba a Juan Diego. Las políticas de la Iglesia —opuestas al aborto, ¡opuestas incluso a la contracepción!— no sólo sometían a las mujeres a la «esclavitud del parto», como se había expresado Juan Diego ante Clark; las políticas de la Iglesia mantenían pobres a los pobres, o los empobrecían aún más. ¿Acaso los pobres no seguían reproduciéndose?, preguntaba Juan Diego una y otra vez a Clark.

Juan Diego y Clark French habían discutido en torno a eso hasta la saciedad. Si el tema de la Iglesia no salía a colación cuando los dos estuviesen en el escenario esa noche, o en la posterior cena, ¿cómo no iba a salir a colación a la mañana siguiente en su visita a una iglesia católica? ¿Cómo iban a coexistir Clark y Juan Diego en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe de Manila sin reincidir en su ya manida conversación sobre el catolicismo?

Sólo de pensar en esa conversación, Juan Diego tomó conciencia de su adrenalina: a saber, de la necesidad de ésta. No era únicamente para el sexo para lo que Juan Diego deseaba las descargas de adrenalina que tanto echaba de menos desde el principio del tratamiento con betabloqueantes. El lector del basurero había entrado en contacto con la historia católica en las páginas chamuscadas de libros rescatados de la quema; como consecuencia de su paso por Niños Perdidos, creía entender la diferencia entre los misterios religiosos incontrovertibles y las normas de la Iglesia concebidas por el hombre.

Si tenía previsto ir a la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe con Clark French a la mañana siguiente, pensaba Juan Diego, quizá saltarse una dosis de Lopressor esa noche no fuera mala idea. Habida cuenta de quién era Juan Diego Guerrero, y de sus orígenes..., en fin, si uno era Juan Diego, e iba a visitar Guadalupe Viejo con Clark French, ¿no querría toda la adrenalina posible?

Y estaban, además, el suplicio en el teatro y la posterior cena; tenía que sobrellevar esa noche y el día siguiente, se planteaba Juan Diego. Tomar o no tomar los betabloqueantes, he ahí la cuestión, pensaba.

El mensaje de Clark French era breve, pero bastaría. «Pensándolo mejor», había escrito Clark, «empecemos preguntándote quién escribió las obras de Shakespeare: sabemos que en eso estamos de acuerdo. Así dejaremos atrás la cuestión de si la experiencia personal es la única base válida para escribir literatura: sabemos que también en eso estamos de acuerdo. En cuanto a los individuos que creen que Shakespeare era otra persona, infravaloran la imaginación, o sobrevaloran la experiencia personal: la justificación en la que basan su fe en la narrativa autobiográfica, ¿no te parece?», escribió Clark French a su ex profesor de escritura creativa. El pobre Clark..., todavía tan teórico, eternamente pueril, siempre buscando bronca.

Venga adrenalina, toda la posible, pensó Juan Diego... y una vez más dejó de tomar los betabloqueantes.

No es bahía de Manila

Desde el punto de vista de Juan Diego, lo bueno de ser entrevistado por Clark French era que Clark acaparaba la conversación. La parte difícil era escuchar a Clark, por lo mucho que pontificaba. Y si uno tenía a Clark de su lado, podía ser más embarazoso aún.

Juan Diego y Clark habían leído recientemente el libro de James Shapiro titulado *Shakespeare: una vida y una obra controvertidas*. Tanto Clark como Juan Diego admiraban el libro; se habían dejado convencer por los argumentos del señor Shapiro: creían que el Shakespeare de Stratford era el único Shakespeare; coincidían en que las obras atribuidas a William Shakespeare no fueron escritas en colaboración, ni por otra persona.

Ahora bien, Juan Diego se preguntaba ¿por qué no empezaba Clark French citando textualmente la declaración más persuasiva del señor Shapiro, que postula en el epílogo? (Shapiro escribe: «En mi opinión, lo más descorazonador cuando se afirma que Shakespeare de Stratford carecía de la experiencia vital para escribir su teatro es que menoscaba lo que hace de él alguien tan excepcional: su imaginación».)

¿Por qué empezaba Clark con un ataque contra Mark Twain? La tarea de leer *La vida en el Misisipí*, asignada a Clark en sus años de instituto, había ocasionado «un daño casi letal a mi imaginación», o así era como Clark expresaba su queja. La autobiografía de Twain casi había puesto fin a las aspiraciones literarias de Clark. Y según Clark, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn* deberían haber sido una sola novela; «una breve», argüía Clark.

El público, por lo que Juan Diego veía, no entendía el sentido de esa diatriba; no se había hecho mención del otro escritor en el escenario (a saber, Juan Diego). Y Juan Diego, a diferencia del público, sí sabía qué venía a continuación; sabía que la conexión entre Twain y Shakespeare estaba aún por establecerse.

Marc Twain era uno de los culpables de la idea de que Shakespeare no podía haber escrito las obras que se le atribuían. Twain afirmaba que sus propios libros eran «simples autobiografías»; como el señor Shapiro escribió, Twain creía que la «gran literatura, la suya inclusive, era necesariamente autobiográfica».

Pero Clark no había planteado la «conexión» entre esto y el debate sobre la autoría de las obras de Shakespeare, que, como Juan Diego sabía, era el objetivo de Clark. En lugar de eso, Clark daba vueltas y más vueltas a la falta de imaginación de Twain.

—¡Los autores sin imaginación, los autores que sólo saben escribir sobre sus propias experiencias vitales, sencillamente son incapaces de imaginar que otros autores puedan imaginar algo! —exclamó Clark. Juan Diego habría desaparecido de buena gana.

—Pero ¿quién escribió las obras de Shakespeare, Clark? —preguntó Juan Diego a su ex alumno en un intento de encauzarlo.

—¡Shakespeare escribió las obras de Shakespeare! —prorrumpió Clark.

—Eso zanja el asunto, pues —dijo Juan Diego.

Se produjo un ligero murmullo entre el público, una risita o dos. Dio la impresión de que Clark se sorprendía al oír las risas, pese a lo leves que fueron, como si se hubiera olvidado de la presencia del público.

Antes de que Clark pudiera continuar —despachándose a gusto sobre los otros culpables en el bando de los bellacos sin imaginación que suscribían la herejía de que las obras de Shakespeare las había escrito otra persona—, Juan Diego intentó comentar por encima el excelente libro de James Shapiro para señalar que, como Shapiro decía, «en la época de Shakespeare, a diferencia de ésta, nadie escribía sus memorias»; o que, como también observaba el señor Shapiro, «en sus tiempos, y durante más de un siglo y medio después de su muerte, nadie consideró autobiográfica la obra de Shakespeare».

—¡Afortunado Shakespeare! —exclamó Clark French.

Un delgado brazo se alzó entre el público atónito: una mujer que era tan pequeña que apenas se la veía desde el escenario, aunque sí se distinguía por su belleza (aun sentada, como estaba, entre Miriam y Dorothy). Y (aun a esa distancia) se advertía que las pulseras de su flaco brazo eran de esas llamativas y visiblemente caras que se pondría una mujer con un ex marido rico.

—¿Consideras que el señor Shapiro, en su libro, difama a Henry James? —preguntó Leslie tímidamente desde el público. (Ésa era, sin duda, la «pobre» Leslie.)

—¡Henry James! —vociferó Clark, como si también James hubiera causado un daño indescriptible a la imaginación de Clark en aquellos vulnerables años de instituto. La pobre Leslie, pequeña de por sí, pareció empequeñecer más aún en su butaca. ¿Y sólo se dio cuenta Juan Diego de que Leslie y Dorothy se daban la mano? ¿O Clark también lo vio? (¡Y eso que Leslie había dicho que no quería saber nada más de D.!)

«No es fácil determinar dónde reside el escepticismo de Henry James en cuanto a la autoría de Shakespeare», escribe Shapiro. «A diferencia de Twain, James se resistía a abordar la cuestión en público o de forma directa.» (No precisamente «difamatorio», pensaba Juan Diego, aunque había coincidido con Shapiro cuando describía el «estilo de James, elíptico y evasivo hasta límites exasperantes».)

—¿Y tú consideras que Shapiro «difama» a Freud? —preguntó Clark a su incondicional alumna de escritura creativa, pero ahora la pobre Leslie le tenía miedo; parecía demasiado pequeña para hablar.

Juan Diego habría jurado que el largo brazo que rodeaba los temblorosos hombros de la pobre Leslie era el de Miriam.

«El autoanálisis había permitido a Freud, por extensión, analizar a Shakespeare», había escrito Shapiro.

Sólo Freud podía imaginar el deseo de Freud por su propia madre, o los celos de Freud hacia su padre, decía Clark, y cómo Freud, a partir del «autoanálisis», había llegado a la conclusión de que eso era (como Freud sostenía) «un acontecimiento universal en la primera infancia».

¡Ay, esos acontecimientos universales en la primera infancia!, pensaba Juan Diego; había albergado la esperanza de que Clark French excluyera a Freud de la conversación. Juan Diego no quería oír lo que Clark French pensaba acerca de la teoría freudiana de la envidia del pene.

—Eso no, Clark —dijo una voz femenina más estentórea entre el público, no la voz tímida de Leslie en esta ocasión.

Era la mujer de Clark, la doctora Josefa Quintana, una mujer de armas tomar. Impidió a Clark exponer ante el público sus impresiones acerca de Freud: la epopeya de los inconmensurables daños causados a la literatura y a la vulnerable imaginación del joven Clark a una edad formativa.

Con un comienzo así de opresivo, ¿cómo podía esperarse que la entrevista en el teatro despegara espontáneamente? Era asombroso que el público no se fuera, excepto Leslie, cuya prematura marcha fue muy visible. Pudo considerarse un éxito relativo que la entrevista mejorara un poco. Hubo alguna mención a las novelas de Juan Diego, y constituyó un pequeño triunfo que el tema de que Juan Diego fuera, o no fuera, un escritor mexicano-estadounidense se debatiera sin mayor alusión a Freud, James o Twain.

Pero la pobre Leslie no se había ido sola, no del todo. Aunque no se correspondieran con la idea que la gente pudiera tener de una madre y su hija, aquellas dos mujeres que estaban con Leslie ofrecían sin duda un aspecto competente, y por cómo acompañaron a Leslie por el pasillo hasta la salida del teatro se traslució que estaban acostumbradas a asumir responsabilidades. De hecho, la manera en que Miriam y Dorothy habían sujetado a la bella y pequeña mujer tal vez diera pie a cierta preocupación entre los elementos más observadores del público, si es que alguien se había dado cuenta siquiera, o había estado prestando atención. La firmeza con que Miriam y Dorothy agarraron a la pobre Leslie podría haber inducido a pensar que estaban reconfortándola o abduciéndola. Era difícil saberlo.

¿Y adónde habían ido Miriam y Dorothy?, seguía preguntándose Juan Diego. ¡Qué más le daba! ¿Acaso no había deseado él que desaparecieran sin más? Así y todo, ¿cómo debía interpretarse el hecho de que lo abandonaran a uno sus ángeles de la muerte, de que sus fantasmas particulares dejaran de rondarlo?

La cena posterior al acto en el teatro se celebró en el laberíntico Centro Ayala. A una persona de fuera de la ciudad le costaría distinguir entre sí a los asistentes a la cena. Juan Diego sabía quiénes eran sus lectores —se anunciaban mediante el conocimiento de los detalles de sus novelas—, pero los asistentes a la cena que Clark identificó como «mecenas» eran distantes; sus afinidades con Juan Diego eran

indescifrables.

En cuanto a los mecenas, no conviene generalizar. Algunos no han leído nada; a menudo son quienes aparentan haberlo leído todo. Otros, por su expresión, parecen ajenos a todo; se muestran poco dispuestos a hablar, o si hablan, es sólo para dejar caer un comentario sobre la ensalada o la distribución de los asientos, y normalmente son éstos quienes han leído todo lo que uno ha escrito, y a todos los autores que uno ha leído.

—Ándate con cuidado con los típicos mecenas —susurró Clark a Juan Diego al oído—. No son lo que parecen.

Clark empezaba a colmarle la paciencia a Juan Diego; Clark podía sacar de quicio al más pintado. Por un lado estaban los temas en que Clark y Juan Diego, como los dos sabían, discrepaban, pero cuando Clark más lo sacaba de quicio era precisamente en las cuestiones en que coincidían.

En honor a la verdad, hay que decir que Clark lo había avisado de la presencia de «uno o dos periodistas» en la cena; Clark había añadido que prevendría a Juan Diego sobre «aquellos de quienes cuidarse». Pero Clark no conocía a todos los periodistas.

Uno de los periodistas desconocidos preguntó a Juan Diego si la cerveza que estaba bebiendo era la primera o la segunda.

—¿Quiere saber cuántas cervezas ha tomado? —preguntó Clark al joven con tono hostil—. ¿Sabe cuántas novelas ha escrito este autor? —preguntó Clark acto seguido al periodista, que llevaba una camisa blanca con los faldones sueltos.

Era una camisa de vestir, pero había conocido tiempos mejores. Por su aspecto desastrado y el cúmulo de manchas que exhibía, la camisa —y el joven que la llevaba puesta— delataba, aunque sólo desde la perspectiva de Clark, una vida de desarreglo y poco aseo.

—¿Le gusta la San Miguel? —preguntó el periodista a Juan Diego, y señaló la cerveza; hacía oídos sordos aposta a las palabras de Clark.

—Diga dos novelas escritas por este autor, sólo dos —instó Clark al periodista—. De las novelas que Juan Diego Guerrero ha escrito, diga el título de una que usted haya leído —añadió Clark.

Juan Diego nunca podría comportarse (nunca se comportaría) como Clark, pero Clark estaba redimiéndose a cada segundo que pasaba; Juan Diego recordaba lo que más apreciaba en Clark French, al margen de todas las demás maneras en que Clark podía ser Clark.

—Sí, me gusta la San Miguel —respondió Juan Diego al periodista, y levantó la cerveza como si brindara por el joven poco leído—. Y creo que ésta es la segunda.

—No tienes por qué hablar con él..., no ha hecho los deberes —dijo Clark a su ex profesor.

Juan Diego estaba planteándose que su valoración de Clark French como «tío majo» no era del todo correcta; Clark es un «tío majo», pensó Juan Diego, siempre y cuando uno no sea un periodista que no ha hecho los deberes.

En cuanto al periodista mal preparado, el joven que no era lector, Clark se había ido por las ramas.

—No sé quién es —musitó Clark; estaba decepcionado consigo mismo—. Pero sí conozco a ésa, la conozco —dijo Clark a Juan Diego señalando a una mujer de mediana edad que los observaba a distancia. (Esperaba a que el periodista de menor edad se alejara)—. Es el colmo de la insinceridad: imagínate un hámster venenoso —susurró Clark a Juan Diego.

—De las que hay que cuidarse, deduzco —observó Juan Diego; dirigió una sonrisa de complicidad a su ex alumno—. Contigo me siento seguro, Clark —dijo Juan Diego de pronto.

Era un comentario en verdad espontáneo y franco, pero Juan Diego no tomó conciencia hasta que lo dijo de lo poco seguro que en realidad se había sentido..., ¡y durante cuánto tiempo! (Los niños de la basura no cuentan con sentirse seguros; los niños del circo no dan por hecho que abajo hay una red de seguridad.)

Clark, por su parte, sintió el impulso de rodear con su brazo, grande y fuerte, los estrechos hombros de su ex profesor.

—Pero con ésta no creo que necesites mi protección —susurró Clark a Juan Diego al oído—. Es sólo una cotilla.

Clark hablaba de la periodista de mediana edad, que ya se acercaba: el «hámster venenoso». ¿Se refería Clark a que la mente de esa mujer corría sin moverse del sitio, sometida a repetitivas rotaciones en la rueda sin fin? Pero ¿qué tenía de «venenoso»?

—Todas sus preguntas serán recicladas: cosas que ha visto en Internet, la reiteración de todas las preguntas estúpidas que te han hecho alguna vez —susurraba Clark a su ex profesor al oído—. No habrá leído ni una sola de tus novelas, pero lo habrá leído todo sobre ti. Seguro que ya conoces a las de esa calaña —añadió Clark.

—Las conozco, Clark; gracias —contestó Juan Diego con delicadeza, sonriendo a su ex alumno.

Por suerte, Josefa estaba allí; la buena doctora Quintana se llevaba a rastras a su marido. Juan Diego no se dio cuenta de que se había incorporado a la cola de la comida hasta que vio el mostrador del bufé; lo tenía justo enfrente.

—Le recomiendo el pescado —sugirió la periodista.

Juan Diego vio que ella se había puesto en la cola de la comida junto a él, posiblemente como tienen por costumbre los hámsters venenosos.

—Eso parece salsa de queso, en el pescado —fue lo único que dijo Juan Diego; se sirvió los fideos de cristal coreanos con verduras, y algo llamado «ternera al estilo vietnamita».

—Aquí no he visto a nadie comerse realmente la ternera destrozada, creo —comentó la periodista. Debía de querer decir «troceada», pensaba Juan Diego, pero se calló. (A saber si los vietnamitas «destrozaban» la ternera; Juan Diego lo ignoraba) —. Esa mujer pequeña y bonita..., la que estaba allí esta noche —dijo la periodista de mediana edad mientras se servía el pescado—. Se ha marchado antes de hora —

añadió después de un largo silencio.

—Sí, ya sé a quién se refiere: Leslie no sé cuántos. No la conozco —fue lo único que dijo Juan Diego.

—Leslie no sé cuántos me ha pedido que le diga una cosa —anunció la mujer de mediana edad en tono de confianza (no del todo maternal).

Juan Diego esperó; no quería aparentar demasiado interés. Y buscaba por todas partes a Clark y Josefa; cayó en la cuenta de que no tendría inconveniente en que Clark amilanara, sólo un poco, a esa periodista.

—Leslie me ha pedido que le diga que la mujer que acompaña a Dorothy no puede ser la madre de Dorothy. Según Leslie, la mujer mayor no tiene edad suficiente para ser la madre de Dorothy; además, no se parecen en nada —dijo la periodista.

—¿Usted conoce a Miriam y Dorothy? —preguntó Juan Diego a aquella mujer de apariencia tan ñoña. Vestía una blusa de campesina: una de esas holgadas camisas que llevaban las hippies estadounidenses en Oaxaca, aquellas mujeres que no usaban sujetador y se prendían flores en el pelo.

—Bueno, no puede decirse que las conozca; sólo he visto que estaban muy pegadas a Leslie —dijo la periodista—. Y también ellas se han marchado antes, con Leslie. Por si le interesa saberlo, me ha parecido que la mayor de esas dos mujeres no tenía edad suficiente para ser la madre de la más joven. Y desde luego no se parecían en nada..., no en mi opinión —añadió.

—Yo también las he visto —fue lo único que dijo Juan Diego.

Costaba imaginar qué hacían Miriam y Dorothy con Leslie, pensó Juan Diego. Quizá costaba aún más imaginar qué hacía la pobre Leslie con ellas.

Clark debía de haber ido al lavabo, pensaba Juan Diego; no se lo veía por ningún sitio. No obstante, una inusitada salvadora avanzaba en dirección a Juan Diego; vestía tan mal que bien podía ser otra periodista, pero a sus ojos ávidos asomaba un destello reconocible de intimidades tácitas, como si leer a Juan Diego hubiese cambiado su vida. Tenía anécdotas que compartir, sobre cómo él la había rescatado: tal vez ella había contemplado la posibilidad del suicidio; o estaba embarazada de su primer hijo, a los dieciséis años; o había perdido a un hijo cuando casualmente leyó..., en fin, ésas eran las posibles intimidades que destellaban en sus ojos, donde se leía el mensaje: cuando lo leí, usted me salvó. Juan Diego adoraba a sus lectores acérrimos. Los detalles de sus novelas que más valor tenían para ellos parecían centellear en sus ojos.

La periodista vio acercarse a la lectora acérrima. ¿Se produjo alguna forma de reconocimiento parcial entre ellas? Juan Diego no habría sabido decirlo. Eran mujeres de edad similar.

—A mí me gusta Mark Twain —dijo la periodista a Juan Diego: su frase de despedida antes de marcharse. ¿Era ése todo su veneno?, se preguntó Juan Diego.

—No olvide decírselo a Clark —contestó Juan Diego, pero quizás ella no lo oyó; al parecer, tenía prisa por irse.

—¡Largo de aquí! —exclamó la ávida lectora de Juan Diego en dirección a la

periodista—. Ésa no ha leído nada —anunció la recién llegada a Juan Diego—. Su mayor admiradora soy yo.

A decir verdad, era una mujer corpulenta; debía de pesar fácilmente setenta y cinco u ochenta kilos. Vestía unos vaqueros deformes, rotos en las rodillas, y una camiseta negra con un tigre de aspecto feroz entre los pechos. Era una camiseta de protesta, que expresaba ira en nombre de las especies en peligro de extinción. A Juan Diego eso le resultaba tan ajeno que ni siquiera sabía que los tigres estaban en apuros.

—Fíjese, ¡usted también ha tomado la ternera! —exclamó su nueva y mayor admiradora, y rodeó los hombros de Juan Diego, más estrechos que los suyos, con un brazo en apariencia tan fuerte como el de Clark—. Le diré una cosa —dijo la mujer corpulenta a Juan Diego a la vez que lo guiaba hacia su mesa—. ¿Sabe esa escena de los cazadores de patos? ¿Cuando aquel idiota se olvida de quitarse el condón y vuelve a casa y se pone a mear delante de su mujer? ¡Me encanta esa escena! —dijo la mujer que amaba a los tigres, y lo obligó, a empujones, a ir delante de ella.

—Esa escena no gustó a todo el mundo —intentó señalar Juan Diego. Recordaba una o dos críticas.

—Shakespeare escribió las obras de Shakespeare, ¿no? —le preguntó la mujer corpulenta, empujándolo hacia un asiento.

—Sí, eso creo —respondió Juan Diego con cautela. Todavía buscaba con la mirada a Clark y a Josefa; era cierto que adoraba a sus lectoras acérrimas, pero podían abrumarlo un poco.

Fue Josefa quien lo encontró, y lo llevó a la mesa donde Clark y ella esperaban.

—La mujer de «Salvemos los tigres» también es periodista, de las buenas —informó Clark—. Una que de verdad lee novelas.

—He visto a Miriam y Dorothy en el teatro —dijo Juan Diego a Clark—. Tu amiga Leslie estaba con ellas.

—Ah, he visto a Miriam con alguien a quien no conocía —comentó Josefa.

—Su hija, Dorothy —dijo Juan Diego a la doctora.

—D. —aclaró Clark. (Era evidente que Clark y Josefa habían hablado de Dorothy llamándola «D.»)

—La mujer que yo he visto no parecía hija de Miriam —añadió la doctora Quintana—. Era mucho menos guapa.

—Estoy muy decepcionado con Leslie —comentó Clark a su ex profesor y a su mujer. Josefa no dijo nada.

—Muy decepcionado —fue lo único que Juan Diego pudo decir.

Pero en lo único en lo que pudo pensar fue en Leslie no sé cuántos. ¿Por qué habría ella de ir a ninguna parte con Dorothy y Miriam? ¿Por qué tendría siquiera que estar con ellas? La pobre Leslie en ningún caso habría estado con ellas, pensó Juan Diego, no a menos que estuviera hechizada.

Era martes por la mañana en Manila —11 de enero de 2011— y las noticias del

fin de semana en el país de adopción de Juan Diego no eran buenas. El sábado anterior había ocurrido esto: la congresista Gabrielle Giffords, una demócrata de Arizona, había recibido un disparo en la cabeza; tenía muchas probabilidades de sobrevivir, aunque no conservara plenamente sus funciones cerebrales. Seis personas habían muerto en el tiroteo, incluida una niña de nueve años.

El autor del atentado de Arizona era un hombre de veintidós años; había utilizado una pistola Glock semiautomática provista de un cargador con capacidad para treinta balas. Las declaraciones de ese hombre resultaban ilógicas e incoherentes. ¿Era otro anarquista desquiciado?, se preguntó Juan Diego.

Aquí estoy, en las lejanas islas Filipinas, pensaba Juan Diego, pero los odios internos y las disensiones justicieras de mi país de adopción nunca están tan lejos.

En cuanto a las noticias locales —en su mesa del desayuno en el Ascott, Juan Diego leía un periódico de Manila—, vio que la periodista buena, su acérrima lectora, no le había causado daño alguno. La semblanza de Juan Diego Guerrero daba información correcta y elogiaba sus novelas; la periodista corpulenta que Clark había llamado la «mujer de “Salvemos los tigres”» era una buena lectora, y había sido muy respetuosa con Juan Diego. La foto que el periódico ofrecía no era culpa de ella, Juan Diego lo sabía; sin duda un editor fotográfico giliplayas había elegido esa foto, y tampoco podía responsabilizarse a la mujer que amaba a los tigres del pie de foto.

En la foto del autor invitado —sentado a la mesa en la cena, con su cerveza y su ternera «destrozada»—, Juan Diego tenía los ojos cerrados. Su aspecto era peor que el de estar simplemente dormido; daba la impresión de haber perdido el conocimiento en el estupor de la ebriedad. El pie de foto rezaba: LE GUSTA LA CERVEZA SAN MIGUEL.

Juan Diego podría haber interpretado su irritación ante ese pie de foto como un primer aviso de que su adrenalina estaba en efervescencia, pero no se detuvo a pensar en ello. Y en cuanto a la ligera indigestión que venía sintiendo —quizás el ardor de estómago volvía a darle guerra—, Juan Diego no le prestó atención. En un país extranjero era fácil comer algo que no sentara bien. Lo que había tomado en el desayuno, o la ternera al estilo vietnamita de la noche anterior, podía haber sido la causa, o eso supuso Juan Diego mientras cruzaba el largo vestíbulo del Ascott en dirección a los ascensores, donde vio que Clark French ya lo esperaba.

—¡Vaya, es un alivio ver que esta mañana tienes los ojos abiertos! —saludó Clark a su ex profesor. Obviamente, Clark había visto la foto de Juan Diego con los ojos cerrados en el periódico. Clark tenía un don para aguar toda posibilidad de conversación.

Lógicamente, Clark y Juan Diego no supieron qué más decirse mientras bajaban en el ascensor del Ascott. El coche, con Bienvenido al volante, los aguardaba al nivel de la calle, donde Juan Diego, confiado, tendió la mano hacia uno de los perros detectores de bombas. Clark French, que nunca dejaba de hacer sus deberes, empezó a aleccionarlo en cuanto se pusieron en marcha hacia Guadalupe Viejo.

El distrito de Guadalupe, en Makati City, se había integrado en forma de barriada

y debía su nombre a la «santa patrona» de los primeros colonos españoles; «amigos de tus viejos amigos, y los míos, de la Compañía de Jesús», fue como se expresó Clark ante su ex profesor.

—Ay, esos jesuitas..., cuánto rondaron de aquí para allá —comentó Juan Diego; era poco lo que había dicho, pero le sorprendió lo mucho que le costaba hablar y respirar al mismo tiempo.

Juan Diego notó que la respiración ya no era para él un proceso natural. Algo estaba sentándole mal, intratablemente mal, en el estómago; y a la vez sentía un gran peso en el pecho. Debía de ser la ternera... «destrozada» de todas todas, pensaba Juan Diego. Se notaba el rostro acalorado; había empezado a sudar. Aun siendo una persona que detestaba el aire acondicionado, Juan Diego estaba a punto de pedir a Bienvenido que enfriara un poco el coche, pero se abstuvo de pedirlo; de pronto, con el esfuerzo que le exigía respirar, dudaba que fuera capaz de articular palabra.

Durante la segunda guerra mundial, el distrito de Guadalupe había sido la barriada más maltratada de Makati City, aleccionaba Clark French.

—Hombres, mujeres y niños fueron masacrados por los soldados japoneses —había intervenido Bienvenido.

Juan Diego veía, por supuesto, adónde iba a parar aquello: ¡vaya una Nuestra Señora de Guadalupe para proteger a la gente! Juan Diego sabía que los sedicentes defensores de la causa pro vida se habían apropiado de Guadalupe. «Del vientre a la tumba», entonaban incesantemente varios prelados de la Iglesia.

¿Y cuáles eran esos solemnes versículos de Jeremías que siempre andaban citando? Los muy imbéciles enarbolaban pancartas en las gradas próximas a los paneles de anotación de los puntos durante los partidos de fútbol: JEREMÍAS 1:5. ¿Qué decían?, quiso preguntar Juan Diego a Clark. Le constaba que Clark se lo sabría de memoria: «Antes de que te formara en el vientre te conocí y antes de que salieras del seno te consagré». (Era algo así.) Juan Diego intentó transmitir a Clark sus pensamientos, pero las palabras no le salían; sólo le importaba respirar. Ahora sudaba a mares; la ropa se le adhería a la piel. Juan Diego sabía que, si hubiese intentado hablar, no habría llegado más allá de «Antes de que te formara en el vientre...»; en la palabra «vientre», sospechaba, vomitaría.

¿Estaba mareado, quizá, por el viaje en coche..., una cinetosis o algo así?, se preguntaba Juan Diego mientras Bienvenido circulaba lentamente por las estrechas calles de la barriada que se enclavaba en la colina por encima del río Pásig. En el patio sembrado de hollín de la vieja iglesia y monasterio, un letrero advertía: CUIDADO CON LOS PERROS.

—¿Con todos los perros? —preguntó Juan Diego con voz ahogada, pero Bienvenido estaba aparcando el coche. Clark, por supuesto, seguía hablando. Nadie había oído a Juan Diego en su intento de hablar.

Junto a la imagen de Jesús a la entrada del ‘monasterio’ crecía un arbusto verde; unas llamativas estrellan adornaban el arbusto, como si se tratara de un chabacano

árbol de Navidad.

«Aquí la Navidad dura eternamente, joder», oía Juan Diego decir a Dorothy, o imaginaba que era eso lo que Dorothy diría si estuviera junto a él en el patio de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. Pero, naturalmente, Dorothy no estaba allí, sino sólo su voz. ¿Oía cosas?, se preguntó Juan Diego. Lo que oía por encima de todo lo demás —lo que acababa de descubrir que oía— eran los acelerados y enloquecidos latidos de su corazón.

La estatua con manto azul de santa María de Guadalupe, medio oculta por las palmeras que daban sombra a las paredes oscurecidas por el hollín del monasterio, tenía una expresión inescrutablemente serena para alguien que había sobrellevado una historia tal calamitosa; Clark, por supuesto, recitaba esa historia, su tono profesoral al son, en apariencia, del martilleo repetitivo del corazón de Juan Diego.

Por alguna razón, el ‘monasterio’ estaba cerrado, pero Clark llevó a su ex profesor al interior de la iglesia de Guadalupe, cuyo nombre oficial era Nuestra Señora de Gracia, explicaba Clark. ¡Otra Nuestra Señora no..., basta ya de tanta «Nuestra Señora»!, pensaba Juan Diego, pero se calló, procurando ahorrar aliento.

La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe había llegado de España en 1604; en 1629 se terminó la construcción de la iglesia y el monasterio. En 1639 sesenta mil chinos se alzaron en armas, decía Clark a Juan Diego, ¡sin explicar el motivo! Pero los españoles llevaron la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe al campo de batalla; milagrosamente, se entablaron unas negociaciones pacíficas y se evitó el derramamiento de sangre. (Quizá no «milagrosamente»..., ¿quién había dicho que eso fuera un milagro?, pensaba Juan Diego.)

Por supuesto, no se acabaron ahí los problemas: en 1763 se produjo la ocupación de la iglesia y el monasterio por parte de tropas británicas..., a lo que siguió el incendio y la destrucción. Un «funcionario» católico irlandés salvó la imagen de la Señora de Guadalupe. (¿Qué clase de «funcionario» acudió al rescate?, se preguntaba Juan Diego.)

Bienvenido se había quedado esperando en el coche. Clark y Juan Diego estaban solos dentro de la vieja iglesia, salvo por dos mujeres, en apariencia plañideras; estaban de rodillas en el primer banco, ante un elegante altar, casi delicado, y el retrato nada imponente de Guadalupe. Vestían de luto, tocadas con velo, la cabeza del todo cubierta. Clark mantuvo la voz baja por respeto al difunto.

Los terremotos casi habían arrasado Manila en 1850; la bóveda de la iglesia se desplomó en medio de los temblores de tierra. En 1882 el monasterio fue convertido en un orfanato para los hijos de las víctimas del cólera. En 1898, Pío del Pilar —un general revolucionario de las Filipinas— ocupó la iglesia y el monasterio con sus rebeldes. Pío fue obligado a retroceder por los estadounidenses en 1899, y al huir prendió fuego a la iglesia; ardieron muebles, documentos y libros.

Jesús, Clark..., ¿es que no ves que me pasa algo?, pensaba Juan Diego. Juan Diego sabía que le pasaba algo, pero Clark no lo miraba.

—En 1935 —anunció Clark de pronto—, el papa Pío XI declaró que Nuestra Señora de Guadalupe era «patrona de las Filipinas». En 1941 llegaron los bombarderos estadounidenses: hicieron picadillo a los soldados japoneses ocultos en las ruinas de la iglesia de Guadalupe. En 1995 se completó la restauración del altar de la iglesia y la sacristía —así concluyó Clark su recitación.

Las silenciosas plañideras no se habían movido; las dos mujeres de luto permanecían tan quietas como estatuas, sus cabezas gachas.

Juan Diego seguía respirando con dificultad, pero el dolor, cada vez más agudo, lo obligaba, alternativamente, a contener la respiración, tomar una anhelante bocanada de aire y contener de nuevo la respiración. Clark French —abismado en su propio don de la palabra— no había notado el malestar de su ex profesor.

Juan Diego creía que sería incapaz de pronunciar todo el versículo Jeremías 1:5; que eso era hablar demasiado con el poco aliento que le quedaba. Decidió decir sólo la última parte; Juan Diego sabía que Clark lo entendería. Con visible esfuerzo, Juan Diego lo dijo: sólo el «antes de que salieras del seno te consagré».

—Yo prefiero «te santifiqué» a ese «te consagré» tuyo..., pero las dos formas son correctas —dijo Clark a su ex profesor antes de volverse a mirarlo. Clark sujetó a Juan Diego por debajo de las axilas, o Juan Diego se habría desplomado.

En el revuelo que se produjo a continuación en la vieja iglesia, ni Clark ni Juan Diego se habrían fijado en las plañideras silenciosas; las dos mujeres arrodilladas apenas habían vuelto la cabeza. Se levantaron los velos, lo justo para observar las ideas y venidas al fondo de la iglesia: Clark salió corriendo en busca de Bienvenido; después los dos hombres se llevaron a Juan Diego del sitio donde Clark había dejado a su ex profesor, tendido en el último banco. En circunstancias de tan evidente urgencia —y arrodilladas, como estaban las dos mujeres, en el primer banco de la vieja iglesia tenuemente iluminada—, nadie habría reconocido a Miriam o Dorothy (no de luto, y no tocadas con velos).

Juan Diego era un novelista que prestaba atención a la cronología de la narración; en su caso, como escritor, la decisión de dónde empezar o terminar una narración era siempre consciente. Pero ¿era Juan Diego consciente de que había empezado a morir? Debía de saber que esa respiración fatigosa y el dolor que sentía al respirar no podían deberse a la ternera al estilo vietnamita, pero lo que Clark y Bienvenido decían no tenía gran importancia para Juan Diego. Bienvenido debía de despotricar contra los «sucios hospitales públicos»; Clark, por supuesto, debía de querer que Juan Diego fuese al hospital donde trabajaba su mujer, donde sin duda todo el mundo conocía a la doctora Josefa Quintana, donde el ex profesor de Clark recibiría la mejor atención posible.

«Ha querido la suerte...», tal vez oyera Juan Diego que decía su ex alumno hablando con Bienvenido. Clark lo decía en respuesta a Bienvenido, después de informarle éste de que el hospital católico más cercano a la iglesia de Guadalupe estaba en San Juan City; parte del área metropolitana de Manila, San Juan era la

localidad contigua a Makati, a sólo veinte minutos de allí. Lo que Clark consideraba una «suerte» era que en ese hospital trabajaba su mujer: el Centro Médico Cardenal Santos.

Desde el punto de vista de Juan Diego, el viaje de veinte minutos fue como un sueño pero desdibujado; no registró nada que fuese real. Ni el centro comercial Greenhills, muy cerca del hospital, ni siquiera el club de campo y de golf con el extraño nombre de Wack Wack, adyacente al centro médico. Clark estaba preocupado por su querido ex profesor, porque Juan Diego no respondió al comentario de Clark sobre la ortografía de Wack.

—Si el nombre viene de la onomatopeya en inglés derivada del golpe dado a la pelota de golf, *whack*, lleva hache, o debería llevarla —dijo Clark—. Siempre he pensado que los golfistas malgastan el tiempo; no me extraña que les falle la ortografía.

Pero Juan Diego no respondió; el ex profesor de Clark ni siquiera reaccionó ante los crucifijos de la sala de urgencias del Cardenal Santos: eso preocupó seriamente a Clark. Ni pareció advertir Juan Diego la presencia de las monjas, que llevaban a cabo sus rondas habituales. (En el Cardenal Santos, como Clark sabía, por las mañanas había siempre uno o dos sacerdotes a mano; administraban la comunión a los pacientes que la querían.)

«¡El señor va a nadar!», imagino Juan Diego que oía exclamar a Consuelo, pero la niña de las trenzas no estaba entre los rostros vueltos hacia arriba de la multitud circundante. Ningún filipino observaba, y Juan Diego no estaba nadando; caminaba por fin sin cojear. Caminaba cabeza abajo, claro está; caminaba por las alturas, a veinticinco metros del suelo: había dado los dos primeros de aquellos pasos en que se desafiaba a la muerte. (Y luego otros dos, y luego dos más.) De nuevo lo rodeó el pasado, como los rostros vueltos hacia arriba de la multitud expectante.

Juan Diego imaginó que Dolores estaba allí; decía: «Cuando caminas por las alturas para las vírgenes, te dejan hacerlo eternamente». Pero caminar por las alturas no era nada del otro mundo para un lector del basurero. Juan Diego había arrancado a los fuegos eternos del ‘basurero’ los primeros libros que leyó; se había quemado las manos salvando libros de la quema. ¿Qué eran dieciséis pasos a veinticinco metros de altura para un lector del basurero? ¿No era ésa la vida que podría haber llevado si hubiese tenido el valor de adueñarse de ella? Pero cuando uno tiene catorce años no ve el futuro con claridad.

«Nosotros somos los milagrosos», había intentado decirle Lupe. «¡Tú tienes otro futuro!», había vaticinado con acierto. ¿Y en realidad cuánto tiempo habría podido seguir vivo y mantener con vida a su hermana menor..., aunque hubiese llegado a caminar por las alturas?

Quedaban sólo diez pasos, pensó Juan Diego; había estado contando los pasos en silencio. (En la sala de urgencias del Cardenal Santos nadie sabía qué estaba contando, claro está.)

La enfermera de urgencias supo que lo perdía. Había solicitado ya la presencia de un cardiólogo; Clark había insistido en que avisaran a su mujer; naturalmente, también le había enviado mensajes de texto.

—La doctora Quintana ya viene, ¿no? —preguntó la enfermera de urgencias; en opinión de la enfermera, eso daba igual, pero pensó que lo más prudente era distraer a Clark.

—Sí, sí..., ya viene —musitó Clark.

Estaba enviando otro mensaje a Josefa; era algo en lo que ocuparse. De pronto lo irritó que la vieja monja que había aceptado su ingreso en urgencias siguiera allí, rondando cerca de ellos. Y, en ese momento, la vieja monja se santiguó moviendo los labios inaudiblemente. ¿Qué hacía?, se preguntó Clark. ¿Estaba rezando? Incluso sus rezos lo irritaron.

—Quizás un sacerdote... —empezó a decir la vieja monja, pero Clark la interrumpió.

—¡No, nada de sacerdotes! —exclamó Clark—. Juan Diego no querría un sacerdote.

—Desde luego que no, indudablemente no lo querría —oyó Clark que decía alguien. Era una voz femenina, muy imperiosa, una voz que había oído antes... Pero ¿cuándo?, pero ¿dónde?, se preguntaba Clark.

Cuando Clark apartó la vista del teléfono móvil, Juan Diego había contado en silencio dos pasos más, luego dos más, y luego otros dos. (¡Faltaban sólo cuatro pasos!, pensaba Juan Diego.)

Clark French no vio a nadie con su ex profesor en la sala de urgencias, a nadie excepto a la enfermera y la vieja monja. Ésta se había alejado; ahora permanecía a una distancia respetuosa del lugar donde Juan Diego se debatía entre la vida y la muerte. Pero dos mujeres —vestidas de luto, con la cabeza del todo cubierta— recorrían el pasillo, como flotando, y Clark alcanzó a vislumbrarlas antes de que se esfumaran. Clark no llegó a verlas bien. Oyó decir a Miriam con total claridad: «Desde luego que no, indudablemente no lo querría». Pero Clark nunca relacionaría la voz que había oído con la mujer que había ensartado el gecko con un tenedor de ensalada en el Encantador.

Con toda probabilidad —aunque Clark French hubiera visto bien a aquellas dos mujeres flotar por el pasillo— no habría dicho que las dos mujeres de luto parecían madre e hija. Por cómo llevaban cubiertas las cabezas y porque no hablaban entre sí, Clark French pensó que las mujeres eran monjas, de una orden cuyo hábito totalmente negro le pareció lo normal. (En cuanto a Miriam y Dorothy, desaparecieron sin más, de aquella manera tan suya. Esas dos siempre andaban apareciendo o desapareciendo sin más, ¿o no?)

—Iré a buscar a Josefa yo mismo —dijo Clark, impotente, a la enfermera de urgencias. (¡Menos mal! ¡Aquí usted no pinta nada!, quizá pensara ella, si es que pensó algo)—. ¡Nada de sacerdotes! —repitió Clark, casi airadamente, a la vieja

monja. La monja guardó silencio; había visto agonías de todo tipo: conocía bien el proceso, y los comportamientos desesperados más diversos en los instantes finales (como el de Clark).

La enfermera de urgencias sabía cuándo un corazón estaba acabado; ni una tocoginecóloga ni un cardiólogo conseguirían poner éste en marcha, supo la enfermera, pero —aun así— fue a buscar a alguien.

Daba la impresión de que Juan Diego había perdido la cuenta de algo. ¿Faltan sólo dos pasos, o faltan todavía cuatro?, pensaba Juan Diego. Vaciló antes del siguiente paso. Los funámbulos (los auténticos funámbulos) saben que no deben vacilar, pero Juan Diego, sencillamente, dejó de caminar por las alturas. Fue entonces cuando supo que en realidad no estaba caminando por las alturas; fue entonces cuando Juan Diego comprendió que aquello eran sólo imaginaciones suyas.

Eso era lo que de verdad se le daba bien: imaginar. Juan Diego sabía que se estaba muriendo; la agonía no era imaginaria. Y entendió que eso, precisamente eso, era lo que hacía la gente al morir; eso era lo que quería la gente al expirar... Bueno, o al menos eso era lo que quería Juan Diego. No necesariamente la vida eterna, no una supuesta vida después de la muerte, sino la vida que desearía haber llevado; la vida heroica que en otro tiempo imaginó para sí.

Así que la muerte es esto..., la muerte es sólo esto, pensó Juan Diego. Eso le permitió sentirse un poco mejor en cuanto a Lupe. La muerte ni siquiera era una sorpresa.

—‘Ni siquiera una sorpresa’ —oyó decir a Juan Diego la vieja monja.

Ya no había oportunidad de abandonar Lituania. Ya no había luz; quedaba sólo la oscuridad sin iluminación. Así había descrito Dorothy la vista de la bahía de Manila desde el avión, cuando uno se acercaba a Manila de noche: una oscuridad sin iluminación. «Salvo por algún que otro barco», le había dicho ella. «Esa oscuridad es la bahía de Manila», había explicado Dorothy. No esta vez, supo Juan Diego; no esta oscuridad. Allí no había luces ni barcos: esa oscuridad sin iluminación no era la bahía de Manila.

En su marchita mano izquierda, la vieja monja mantenía aferrado el crucifijo que le colgaba del cuello; cerrando el puño, sostuvo el Cristo Crucificado contra su propio corazón palpitante. Nadie —y menos Juan Diego, que estaba muerto— la oyó decir, en latín: «*Sic transit gloria mundi*». («Así pasa la gloria de este mundo.»)

En cualquier caso, nadie habría dudado de una monja de tan venerable aspecto, y no se equivocaba; ni siquiera Clark French, si hubiese estado allí, habría hecho la menor matización. No todo rumbo de colisión llega en forma de sorpresa.

Notas

[1] En español en el original. En adelante usaremos las comillas simples para indicar las numerosas palabras y frases en español que salpican el texto original en inglés a lo largo de todo el libro. (*N. del T.*) <<